



Juan Valera

Miscelánea

Índice

La sacerdotisa de Irminsul

Adadus Calpe

Antinomias críticas sobre la crítica literaria

De «El Contemporáneo»

Apología de las corridas de toros

Notas de sociedad

Baile en casa de don Carlos Calderón. Representación dramática en casa de los duques de Medinaceli

Un poco de crematística

Meditación

- I -

- II -

- III -

La cordobesa

Sobre la conservación de los monumentos árabes de Granada

De la perversión moral de la España de nuestros días

Con motivo del libro «Todo el mundo», de don Santiago De Liniers

- I -

- II -

Diciembre

Una expedición al Monasterio de Piedra

La primavera

Sobre la adopción del meridiano de Greenwich

Al ministerio de Estado

Autos sacramentales

Junio

Concepto progresivo del Nuevo Mundo

Carta de maese Jaime, piloto de Mallorca

Al magnífico señor infante de Portugal don Enrique

Poesía angloamericana

Velázquez y su tercer centenario

Mis visitas

- I -

El arte por el arte

- II -

Canastel de Flores

Meditaciones utópicas sobre la educación humana

- I -

El Gobierno docente

- II -

La libertad de enseñanza

- III -

La instrucción primaria

- IV -

El idioma castellano

- V -

La lectura y la escritura

- VI -

Aritmética, Geografía e Historia

- VII -

La religión y la moral

- VIII -

Educación corporal y artes cosméticas

- IX -

Antes de tomar oficio

- X -

Importancia de la mujer en el progreso y cultura del linaje humano

- XI -

De la educación general en las mujeres

- XII -

Continuación del mismo asunto

- XIII -

De varias cosas que no se exige que sepan todos, pero que conviene que hombres y mujeres aprendan

- XIV -

Sobre el estudio de los idiomas

- XV -

De la ciencia en general y de las facultades mayores

- XVI -

Del doctorado y de la plenitud posible de la ciencia humana

Filosofía del arte

Lecciones dadas en el Ateneo de Madrid

Lección segunda
Lección tercera
De los buenos tiempos antiguos
El aseo
Exposición de Bellas Artes
El genio
Apuntes casi trascendentales
Belleza
La tortura en España
Lolita
- I -
- II -
- III -

La sacerdotisa de Irminsul

Aunque Julio César, después de una obstinada y sangrienta lucha, logró sujetar a la dominación romana toda o la mayor parte de la Galia, los habitantes de este país sufrían con pesar el yugo que se les había impuesto, y a veces durante la noche se oían por las selvas y bosques resonar los cánticos de guerra, que sobresaltaban a los romanos y les hacían redoblar su vigilancia.

Galerio, prefecto de las Galias, hacia fines del reinado de Augusto, había recibido repetidos avisos hasta de la misma Roma, en los que se le prevenía viviese muy aperecido, pues tramaban los galos con todo silencio una conjuración que tenía por objeto sorprender el campo atrincherado del Ejército romano y acabar con éste. Era Galerio hombre severo, adusto, valiente soldado, muy afecto a la disciplina militar, y honrado y de buen corazón. Por tanto, aunque adoptó en su campo las medidas más eficaces para evitar toda sorpresa, no se atrevía a emprender nada contra un pueblo que aún se mostraba obediente, y de cuyo delito no tenía más pruebas que las vagas noticias que había recibido. Lleno, empero, de sobresalto y cuidado, velaba las más de las noches, y recorría sin cesar el campo y sus alrededores, atento a descubrir la menor señal que aclarase sus sospechas.

Una noche en que, cubierto con el traje, armas y manto de un soldado, vagaba por las cercanías del campamento, vio con admiración que salía de él un hombre y se adelantaba silenciosa y apresuradamente con dirección al inmediato bosque. Tenía Galerio dada la más rigurosa orden para que ningún guerrero romano saliese de los atrincheramientos después de anochecido, y conociendo todos los soldados su severidad, no se había dado ejemplo de que alguno la quebrantase. Esto aumentaba más su extrañeza, y resolvió averiguar cuál era el intento del atrevido y qué motivo le impelía a desobedecer los preceptos de su general. Observó con cuidado la dirección que llevaba, y dando un largo rodeo, se apostó escondido en un sitio por donde necesariamente había de pasar. La luna brillaba en todo su esplendor, y así pudo distinguir con facilidad el rostro del culpable, en quien reconoció con sorpresa a un joven decurión llamado Pompilio,

reputado por soldado valeroso, y en quien tenía gran confianza. Este descubrimiento aumentó su inquietud, y resolvió seguirlo a toda costa y ver adónde se dirigía. La claridad de la luna hacía muy difícil este proyecto, poniéndose a cada instante en riesgo de ser descubierto; sin embargo, no desistió, y se internó en el bosque, pisando con la mayor precaución.

Así anduvieron los dos más de una hora y al cabo llegaron a lo más intrincado de la selva, en donde había uno de esos colosales y toscos monumentos drúidicos, cuyo objeto aún no han sabido explicar satisfactoriamente los más sabios anticuarios. Allí Pompilio recorrió con la vista el terreno; Galerio tuvo que arrojarse a tierra para ocultarse a sus miradas, y no viendo a nadie, se sentó en una roca, embozándose en el manto.

Pocos instantes habían pasado, cuando resonaron leves pisadas, acompañadas de una voz delicada, que con bajo, pausado y misterioso tono cantaba. Levantose Pompilio al oírla, y salió de la espesura una mujer joven y hermosa con el traje que usaban las nuevas profetisas druidas, cuyo colegio existía en la Isla de Francia. Al ver a Pompilio se arrojó en sus brazos con el mayor afán, y llegó a los oídos de Galerio, que aprovechó este momento para situarse donde pudiera ver sin ser visto, el ruido de los amorosos besos con que los dos se saludaban. Sentáronse los amantes en una roca, y aunque hablaban demasiado bajo para que el prefecto pudiese comprender su conversación, parecióle a éste que su descubrimiento estaba reducido a una intriga amorosa sin consecuencia, y pensó retirarse; mas fuele imposible hacerlo, porque aún no había dado un paso cuando, sobresaltados los amantes por el ruido que no pudo menos de hacer, se halló muy expuesto a ser visto, y tuvo por necesidad que permanecer, a su pesar, espectador de la amorosa conferencia.

Gran rato había pasado, y la impaciencia de Galerio no tenía ya límites, cuando un gran ruido de armas, o más bien como si golpeasen con espadas en una multitud de escudos, alborotó la selva. Levantose asustada la druida y exclamó, poniendo las manos en el pecho de su amante: «Vete, vete, o eres perdido», y desapareció.

Pompilio se puso también en camino apresuradamente, y el prefecto, no menos sobresaltado, trató igualmente de salir del bosque, contando, sin embargo, volver con gente armada y averiguar la causa del estruendo que había oído; pero embarazado con la turbación, perdió el camino, y al cabo de un cuarto de hora se halló completamente extraviado. En esto llegó a sus oídos un cántico guerrero entonado por muchas voces, y cuyas palabras contenían una multitud de imprecaciones contra los romanos. La luna se había ocultado entre dos nubes; las palabras del cántico proporcionaban a Galerio una prueba de la verdad de las noticias que había recibido, y deseando adquirir la certeza, se decidió a aprovecharse de la oscuridad y tentar la arriesgada empresa de acercarse al misterioso lugar donde quizá se celebraba una función de muerte. Hízolo así, en efecto, y a poco encontró varios bultos que caminaban en varias direcciones, como retirándose. No se detuvo por eso, y al cabo de algunos momentos descubrió una luz muy viva, y siguiéndola volvió a llegar a las cercanías del monumento de que ya se ha hecho mención, pero por distinto lado que anteriormente. Detúvose sin salir a un espacio despejado de árboles que

allí había, y dirigiendo con atención sus curiosas miradas vio que al pie de una alta encina había un tosco altar de piedra, sobre el cual ardía una hoguera, y al que rodeaban varios druidas y la joven que había visto anteriormente. Ésta dirigía entonces la palabra a los sacerdotes, y en una especie de profecía prometía a los guerreros galos la victoria y la destrucción completa de los romanos, concluyendo con decirles que el dios, por su medio, señalaría el día de la venganza.

Galerio era valiente; los guerreros habían desaparecido, y sólo quedaban los sacerdotes y la profetisa; tomó una resolución desesperada, y presentándose a los conspiradores les apostrofó con resolución, dejándoles al pronto helados de terror.

Sin embargo, algo recobrado uno de los sacerdotes, dirigió a Galerio la palabra con tono altivo:

-Profano -le dijo-, ¿cómo te atreves a interrumpir los misterios de nuestro culto?

-No ignoro -respondió Galerio- cuáles son vuestros intentos, y sólo con una pronta sumisión podéis evitar el castigo que está próximo a caer sobre vuestras cabezas.

-Ese romano debe morir- dijo la profetisa.

-Si tu amante el decurión Pompilio te ha dicho que nadie sale de noche del campo romano, te ha engañado.

El efecto de un rayo no es más pronto que el que estas palabras causaron en la joven. Uno de los sacerdotes exclamó:

- ¡Impostor!

Pero la druida cayó de rodillas, gritando:

-¡Perdón! ¡Perdón!

-No lo habrá para ti si eres criminal- dijo el sacerdote.

Hubo unos instantes de silencio, que fueron interrumpidos por la llegada de una centuria romana, a cuya cabeza venía un tribuno, que, inquieto por la larga ausencia del general, había salido en su busca.

Galerio mandó que todos los presentes fuesen conducidos al campamento, en donde separadamente examinó a los sacerdotes y descubrió el pormenor de la conspiración, que logró desconcertar con su valor.

Los druidas pidieron a Galerio que les fuese entregada la criminal sacerdotisa para castigarla; pero el prefecto rehusó acceder a esta súplica y la envió a Roma con su amante Pompilio.

Ahora sólo resta añadir al lector que en este suceso estriba la acción de la tragedia titulada Norma y de la ópera que con el mismo título ha alcanzado tantos aplausos.

Granada, 1840.

Adadus Calpe

No hace muchos días que, hallándome yo en una reunión de hombres doctos, cité a la persona cuyo nombre sirve de epígrafe a este articulillo, y la cité como a una, o tal vez la primera, de nuestras glorias científicas contemporáneas. Todos se miraron asombrados y me dijeron que no conocían a semejante persona ni tan extraño nombre.

-No lo dudo -dije yo-; pocos la conocen en España, y si yo la conozco es por una casualidad. La conocí en una gran ciudad de la América del Sur, y tuve la dicha de hacerme su amigo y de que me explicase algo de sus doctrinas. La fatalidad nos separó muy pronto, y no he vuelto a saber de ella.

-Pero ¿cuál es su verdadero nombre? -dijo uno de los que me escuchaban-, porque Adadus Calpe me parece seudónimo.

-Su verdadero nombre no lo sé, y aunque lo supiera no lo diría. Es un gran secreto. Baste saber que Adadus Calpe es el nombre con que le conocen sus innumerables discípulos. Bajo este nombre publica sus obras, que son muchas, impresas las más en los Estados Unidos.

-¿Y usted no ha leído o no posee alguna de sus obras?

-He leído un poco de algunas, porque no hubo tiempo para más. No poseo ninguna, porque Adadus Calpe sólo tenía consigo un ejemplar de todas ellas y no consintió en cedérmelas por nada del mundo.

-¿Cuáles son los títulos de las obras que usted ha leído o, por lo menos, hojeado?

-Los títulos son: Treinta noches en el mundo de los espíritus; De la vida dichosa, con algunas nociones de funifantasmagoría o arte de ahorcarse por gusto; Del origen de mal y de su remedio; Elementos de electrobiología; Idem macriobótica o ciencia de prolongar la vida; De la sabiduría antibabélica y del lenguaje primitivo; De las cuatro postrimerías del hombre. Y, finalmente, una disertación sobre el mejor y más fácil medio de libertar de los trabajos serviles a la raza humana, multiplicando, aclimatando entre nosotros y educando a los orangutanes de Borreo y a los chimpancés del Congo.

Un señor que presume de muy grave, que no sabe leer más que en su libro y que no cree en más filosofía que la que le enseñaron en el colegio, exclamó al punto, algo amostazado:

-Me parece que está usted inventando a su antojo, sabio, nombre y títulos de obras, pues es imposible que haya en el mundo hombre tan disparatado, nombre tan singular y títulos tan ridículos.

-¿Cómo que es imposible? -contesté yo, incomodado de que se dudase de mi veracidad- Sujetos hay en España (y nombré a algunos que han conocido como yo a Adadus Calpe, y no me dejarán mentir. El mismo Adadus se aparecerá, tal vez, por Madrid el día que menos se piense, y le probará a usted que no es desatinada su ciencia. En cuanto a los títulos de sus obras, ridículos o no, yo sostengo que son exactos, al menos en el fondo, pues tal vez no los recuerde bien palabra por palabra. Si usted quiere cerciorarse de que no me burlo, envíe a Nueva York por los libros mencionados. Allí, si no están todos ellos, estarán algunos de venta. Puesto que usted duda de la existencia real de Adadus Calpe, yo le diré que, en desquite, y por las mismas razones que ha dado usted, voy a dudar de Novoa, de Pujals de la Bastida y de otros sabios españoles que citó. Adadus Calpe, puesto que usted con sus dudas me obliga a hablar más desembozadamente, es un sabio español, natural de Cádiz, y aunque el mismo Adolfo de Castro le desconozca, yo afirmo que Adadus es gaditano y que ha nacido de muy ilustre familia, si bien por ser tan filósofo jamás se jacta de ello. Sé, sí, señor; sé su nombre y apellidos, pero no quiero, ni puedo, ni debo revelarlos.

-¿Qué dificultad hay para revelarlos? -dijo otro de los concurrentes, con marcada curiosidad:

-Muy grande -respondí-; ya he dicho que es un secreto de que no puedo disponer.

-Díganos usted, al menos, su edad- insistieron otros.

-También eso es difícil, ya que no imposible. Cuando le miraba yo sin intención, le juzgaba de treinta a cuarenta años; pero al mirarle atentamente, notaba en su entrecejo y en su frente espaciosa una huella tan profunda, que, por enérgico que fuese su pensamiento, no concebía que pudiera trazarla sino al cabo de muchos siglos de trabajo incesante. Estas arrugas tenían, empero, más profundidad espiritual que material, y los profanos, o no las percibían o no sabían ponderar su importancia. En cada una de ellas se escondía, como en un nido, multitud de meditaciones, de hipótesis y de antilogías. Allí estaban virtualmente todos los países del mundo que Adadus había recorrido, todos los infinitos libros que había leído, y todos los secretos que a la Madre Naturaleza había robado.

-¡Hombre! ¡Maravilloso sabio ha conocido usted en sus viajes! ¡Lástima que no se lo trajese usted consigo!

-Eso no podía ser. Lo que podía ser y yo temía era que él, por su poderosa fuerza de atracción electrobiológica, me arrastrase a seguirle en sus peregrinaciones.

-¿Y adónde iba cuando usted le conoció?

-A descubrir el Templo subterráneo del Sol, que está cerca del Cuzco; pensaba luego visitar las grutas misteriosas y el lago sagrado donde Manco-Capac y Mama-Oello se aparecieron por vez primera a los peruanos. Iba, por último, a subir a la cumbre de los Andes a ver si desde allí descubría el Paraíso terrenal, que, según su doctrina, está en aquellas regiones de América. Méjico, para él, es el antiguo Misrani, y el viaje de Moisés y de las doce tribus por el desierto, durante cuarenta años, fue desde Méjico a la Palestina.

-Estupendas noticias tenía ese sabio de los sucesos antiguos. Pero ¿qué fuerza de atracción electrobiológica era esa de que tanto temía usted dejarse arrastrar?

-Era tal y tan monstruosa, que cuando miraba a alguien magnéticamente, al punto le hacía sentarse, si estaba en pie, y dormirse, si estaba sentado. Si en la oscuridad sacudía los cabellos, se llenaba el aire de chispas, y eso que los cabellos eran postizos, porque gastaba peluca. ¡Imaginen ustedes qué rayos y qué relámpagos hubiera lanzado de sus cabellos propios! Pero en lo que hacía prodigios era en la electrobiología, que es, como si dijéramos, la perfección del magnetismo.

-Amigo mío -exclamó entonces un aficionado a las ciencias modernas-, me infunde usted el más vehemente deseo de saber algo de las doctrinas de ese hombre. ¿No podrá usted explicarlas?

-Sí -dijo otro-, refiera usted algunas de las conversaciones que tuvo usted con Adadus Calpe.

-Mucho me agradecería poder referirlas ahora mismo -contesté yo-; pero es empeño demasiado arduo. No las recuerdo muy bien y será menester que ponga en orden mis reminiscencias. Hecho esto, prometo a ustedes escribir tres o cuarto de los más profundos coloquios que tuve con aquel sabio andante y desconocido de su patria.

MENGANO.

Antinomias críticas sobre la crítica literaria

Ya que tuvimos la fatal ocurrencia de dar a luz este raquíptico engendro de nuestra imaginación titulado La Malva, fuerza es que lo alimentemos y no le demos muerte prematura.

Pero ¿cómo alimentarlo?

De política no queremos ni podemos hablar, y para hablar de salones y de bailes y de la hermosura y de las galas que las damas lucen en ellos, nos faltan tino, tiento, tacto, primor y melifluidad pedrofernandina.

Lo único que nos queda es la crítica literaria; pero como la crítica literaria es casi imposible en nuestro país, viene a resultar que no nos queda casi nada, y que nuestro periódico tendrá que fenecer, no sólo por falta de suscriptores, que con esto ya contábamos, sino también por falta de asunto.

El asunto de la crítica literaria es la literatura; y la literatura va desapareciendo. Ni las obras del señor Pirala, que sin querer hemos criticado injustamente, porque no caen bajo el dominio de la crítica literaria; ni otras muchas producciones que no son obras del ingenio, sino ingeniaturas, y que no pasan de ser medios muy honrosos de ganarse la puchera o de matar el tiempo, el cual difícilmente se podría emplear en cosa peor; ni nuestro periodiquín, que más que periodiquín es una sandez periódica, e así via recorriendo, nada de esto es literatura, ni cosa que lo valga. De nada de esto hablaremos, por consiguiente.

Pero ¿podremos hablar de la verdadera literatura? That is the question, la cual se divide en varias. La primera es si hay o no en nuestra España de ahora una verdadera literatura; y el amor propio nacional, aunque no tuviéramos otras razones más poderosas, nos lleva a decir que sí. La segunda es si nosotros somos o no competentes para criticarlas; y el amor propio individual, aunque no haya otras razones más poderosas, también nos lleva a decir que sí. El diploma de crítico, ni se gana en la Universidad ni se reparte en ninguna academia. No hay más sino dárselo uno a sí mismogratis et amore. Provistos ya de este diploma, veamos qué otras dificultades se presentan.

Es la mayor de todas la amistad y convivencia de cuantos nos llamamos literatos, y el convenio tácito que se diría hemos hecho de no descubrir al vulgo nuestras faltas. Allí donde nos reunimos cuatro, allí criticamos y mordemos bien a los cuatro mil que están ausentes; pero al público no le decimos nada de todo esto, para que a su vez no nos descubran los criticados, quedando todos iguales.

Por ejemplo: voy yo por ahí diciendo que soy un admirable helenista. El vulgo me cree y los sabios no me desmienten. Si tal sabio descubriese que yo no sé la lengua griega, descubriría yo que él no sabe la arábica, y que el de más allá no sabe la hebrea, y nada ganaríamos con quedarnos unos sin griego, otros sin hebreo y sin árabe esotros. De esta suerte hemos venido a formar, a semejanza de los antiguos colegios sacerdotales, donde se custodiaba y escondía la ciencia a los ojos profanos, una especie de

colegio sacerdotal, donde se custodia nuestra ignorancia oculta, dejando que la poca ciencia que tenemos discurra libremente y con desenfado por esas calles y plazas; lo cual es más conforme a los adelantos y al liberalismo democrático de nuestra edad.

Es imposible, por tanto, censurar de ignorante a nadie. No queremos reírnos de los sabios para que no nos paguen en la misma moneda, y, sobre todo, para que no nos acusen de haber descubierto el indigno misterio de los iniciados. Conocidos son los horribles castigos que se imponían a los que divulgaban los misterios de Samotracia, de Eleusis o de otro punto por el mismo orden. Aquí también ha de haber castigos señalados para un crimen idéntico.

Pero ya que no nos riamos de los sabios, ¿no nos podríamos reír de la sabiduría, como hacen muchos?

¿No nos será permitido, ignorando la Economía política, burlarnos de ella?

¿No sabiendo de filosofía, decir que la filosofía son tiquis miquis incomprensibles; y no habiendo leído nunca más que la retórica de Hugo Blair y la poética de Horacio, mal traducidas, condenar toda obra que no se ajuste a aquellos preceptos?

Para responder debidamente a estas preguntas necesitamos más espacio. La suite, au prochain numéro... Estas cuestiones no caben en un artículo, y tendrán que ir desenvolviéndose en una serie de ellos.

Madrid, 1860.

De «El Contemporáneo»

Los partidarios del Gobierno propagan, días ha, por Madrid y por toda España, que la oposición conservadora del Congreso se coliga o está dispuesta a coligarse con los progresistas y con los demócratas. Ni el Gobierno ni sus partidarios tienen pretexto alguno razonable para anunciar esta coalición, y, sin embargo, la anunciaron y la dan por cierta.

No es nuestro ánimo discutir aquí hasta qué punto sería culpable la minoría si tal hiciese, ni tampoco si es posible una coalición entre bandos tan opuestos por sus ideas, ora conservando cada uno las que siempre le sirvieron de norma en su conducta política, ora renegando de ellas, en parte o en todo, explícita o implícitamente, a fin de formar un solo y monstruoso partido, sin más credo político que negaciones.

Una coalición de las minorías, hecha de esta última manera, sería un plagio de la Unión Liberal, y es difícil, cuando no imposible, creer o imaginar siquiera que las minorías del Congreso vayan a plagiar una obra tan desacreditada. Más difícil y más imposible aún es creer o imaginar que alguna de las minorías, o que algunos de los individuos de que las minorías se componen, estén tan dejados de la mano de Dios que hasta gratis et amore, o dígase hasta sin el incentivo seductor del presupuesto, se resignen a hacer en la nueva Unión Liberal el papel tristísimo y desairadísimo de resellados.

Pero dirán algunos que no basta lo dicho a destruir todo fundamento de coalición. Nosotros no se lo negaremos.

Si por coalición ha de entenderse la suspensión de hostilidades entre las

minorías y el convenio tácito de marchar juntas, cada una bajo su bandera, contra el común enemigo, la coalición tal vez sea posible, y si llegase a realizarse, nada habría en ella digno de censura, nada que no estuviese justificado y no tuviera precedentes honrosos en la historia parlamentaria de España y de otras naciones. Veamos, empero, si es cierto, como afirman los ministeriales, que esta coalición está formada o próxima a formarse, y veremos que no.

Los votos que los conservadores han dado, o con los progresistas, o hasta cierto punto conformes con ellos, en tres importantes votaciones, son el único indicio en que puede apoyarse la acusación de coalición, y este indicio no es bastante para pronosticarla, y mucho menos para declararla ya como tácitamente cumplida.

En la primera de las tres votaciones, en la de los dos millones para la señora infanta, aun prescindiendo de si es conveniente y constitucional discutir y alterar cada año el presupuesto de la Real Casa, hay una cuestión económica sobre la cual no podía la minoría conservadora ni pretender siquiera que hubiese conformidad entre sus individuos. Todos aman y respetan a sus reyes, pero no todos creían que, al votar aquel nuevo gasto, les daban una prueba de amor y de respeto. Así es que, sin convenirse en nada, votó cada cual según lo que le dictaba su conciencia. Ni uno votó contra los dos millones. Unos votaron en pro, y otros, los más, se abstuvieron de votar, coincidiendo en esto, casi se puede decir, con la mayoría de la mayoría.

En la cuestión del señor infante don Sebastián, hubiera sido hasta inmoral que la minoría se pusiese previamente de acuerdo. Era un litigio en el cual todos los representantes de la nación estaban llamados a ser jueces y a dictar sentencia, bien declarando al Estado deudor de una inmensa suma al señor infante, bien negando la validez de los derechos que éste alegaba. Aunque el litigio no era ordinario; aunque tenía en sí mucho de político, era al cabo un litigio, sobre el cual la justicia y no el espíritu de partido debía dar su fallo. La conciencia de los jueces no debía, pues, estar prevenida ni cohibida, sino exenta de todo convenio anterior, a fin de que votase cada cual según su leal saber y entender, y no según las aspiraciones o la conveniencia de los de su bando. Por eso hubo conservadores que votaron en pro de los intereses del señor infante, conservadores que votaron en contra, y conservadores que se abstuvieron de votar, coincidiendo también en esta ocasión, como en la precedente, con no escaso número de diputados de la mayoría.

Claro se ve que de la conducta observada por los moderados en estas dos primeras importantes votaciones: no es posible sacar como consecuencia legítima su alianza, no ya su fusión con los progresistas puros. Más verosímil parece que en la segunda votación se dejasen arrastrar los conservadores por la persuasiva elocuencia del señor Permanyer, diputado de la mayoría; y más verosímil parece una alianza tácita entre este señor, algunos otros de la mayoría y los conservadores, cuyos principios están muy en consonancia, si no son los mismos, que no la alianza tácita o expresa entre moderados y progresistas, tan distantes por opiniones y tendencias.

Pero ha habido recientemente en el Congreso una discusión de mayor trascendencia que las anteriores, y una votación, en la cual votaron los

conservadores, no ya lo propuesto por los progresistas puros, sino lo propuesto y sostenido por el jefe de la democracia española, cuyas doctrinas ha combatido y combatirá siempre el partido conservador. Esto ha dado ocasión a muy diversos comentarios, y nosotros vamos también a hacer el nuestro.

Lo primero que hay que considerar es que quien vota contra una proposición, vota la proposición contradictoria, y que si es verdadera la proposición, la contradictoria tiene que ser absurda. Ahora bien como la proposición del señor Rivero era verdadera, esto es, era justa, estaba conforme con las leyes del Estado, votar en contra era votar algo contradictorio y opuesto a esas mismas leyes.

¿Es inconstitucional o no cohibir la libre acción de los partidos legales? Tal es la cuestión reducida a sus términos más breves; y como por la libre acción de los partidos legales no puede entenderse otra cosa sino aquella acción que la Constitución misma garantiza y concede, y no otra acción anticonstitucional e ilegítima, la cuestión puede formularse de este otro modo: ¿Es inconstitucional o no cohibir a los ciudadanos en el legítimo ejercicio de los derechos que la Constitución les otorga? ¿Es inconstitucional o no faltar a la Constitución? La respuesta es muy clara: es inconstitucional. Luego los moderados que votaron la proposición del señor Rivero votaron constitucionalmente y según la doctrina conservadora.

Algunos dicen que en las asambleas deliberantes no se votan las proposiciones por el sentido que en sí tienen, sino por la intención y propósito con que son presentadas y explicadas durante la discusión. Pero aun siendo esto así, que en manera alguna debiera serlo, porque es exponerse, para contrariar tal vez malos propósitos y peores intenciones, a estar votando perpetuamente proposiciones absurdas, todavía demostraremos que al votar los moderados, no el sentido de la proposición, ni la intención tampoco, ni el propósito que allá en el fondo de su alma pudiera tener el señor Rivero, pues sobre esto no hay voto ni juicio, sino toda la significación que a la proposición pudo darse después de oídos los discursos del señor Rivero y del señor Posada Herrera, votaron de acuerdo con las doctrinas del partido liberal-conservador que en el Congreso defienden y representan.

Sin aceptar los principios fundamentales del partido democrático; condenando los unos como perenne e irremediabilmente incompatibles con la naturaleza de las sociedades humanas, que caerán al querer realizarlos en la anarquía o en la dictadura, y mirando los otros como aspiraciones generosas, que tal vez se logren en un futuro más o menos remoto, pero que en el día serían sólo causa de estériles y lamentables trastornos, si se quisiesen realizar, el partido moderado combate y ha combatido siempre con la democracia, oponiendo doctrinas a doctrinas, pero no ahogando su voz ni arrojándola del terreno legal de la libre y serena discusión de las ideas. El señor Castro y el mismo señor Rivero hicieron notar perfectamente, durante la discusión, que tal había sido siempre la doctrina y aun la conducta del partido moderado, citando en corroboración de ellos los tiempos en que gobernaban los señores Nocedal y Bravo Murillo. Mientras la democracia se valga de la persuasión y del raciocinio, el partido moderado no comprende que se empleen otras armas para combatirla

que la del raciocinio y la persuasión. Sólo a la violencia ha opuesto y opondrá la violencia, cuando estuvo o vuelva a estar confiada a su cuidado la salud y la tranquilidad de la patria.

La existencia del partido democrático en España se puede lamentar, pero se tiene que reconocer como un hecho. Aun creyendo firmemente que ese partido, luego que crezca y se dilate en nuestro país, ha de acarrearle muchos y grandes males, no parece justo condenarle a muerte por esta presunción. El Gobierno que así obrase obraría del mismo modo que el padre de familia que, teniendo un hijo mal conformado, le ahogase en la cuna o le echase de casa y le apartase de la sociedad de sus otros hermanos, presumiendo que iba a ser vicioso, infeliz o perverso, y que podría comunicarles sus vicios o envolverlos en su ruina. Bien se pueden condenar los principios fundamentales de la democracia; pero mientras la democracia no se salga de la esfera legal al sostenerlas, ni el ministro de la Gobernación, ni la mayoría, ni ninguna de las minorías tienen autoridad bastante para excomulgar a la democracia, para ponerla fuera de la ley, que es lo que pretendió hacer el señor Posada Herrera?

¿En qué se podrá fundar el señor Posada Herrera para dictar esta sentencia? ¿En su sentido común? No, porque su sentido común suele no ser el de los demás hombres, y aunque lo fuese, nunca es el sentido común criterio bastante para decidir una cuestión política, esto es, científica. Tanto valdría decidir por medio del sentido común si es el Sol o si es la Tierra la que está fija en el centro de nuestro sistema planetario. ¿Se podría fundar el señor Posada Herrera en su entendimiento? Tampoco nosotros, moderados, convenimos con él en condenar a la democracia; pero el fallo del entendimiento, aunque pudiera fundarse en la mayor evidencia, no da autoridad para poner fuera de la ley a quien se rebela contra ese fallo. El entendimiento del señor Posada Herrera no tiene mero y mixto imperio sobre el entendimiento de los otros. El entendimiento de todos los hombres juntos no tiene mero y mixto imperio sobre el entendimiento de uno solo.

El entendimiento sí que es autonómico y humanamente ilegislable y exento y libre del dominio que otro entendimiento cualquiera pretenda ejercer sobre él, salvo por medio de la persuasión.

Pero se nos dirá que el señor Posada Herrera se fundaba en las leyes, no ya sólo en su entendimiento, al poner a la democracia fuera de la ley.

¿Y quién ha dicho al señor Posada que la democracia no ha respetado las leyes? ¿Es acaso ella o son los tribunales los encargados de hacerlas respetar?

¿Qué fallo han dado los tribunales diciendo que la democracia no ha respetado las leyes y que debe, por tanto, considerarse ilegal?

Debe, además, recordar o entender el señor Posada Herrera que no hay ni puede haber ley humana positiva a la cual, si bien toda la voluntad debe estar sometida, no puede sustraerse el entendimiento. Toda voluntad humana debe humillarse y acatar y reverenciar la voluntad del legislador; pero no hay voluntad de legislador ante la cual tenga que humillarse el entendimiento. El entendimiento discute y hasta pone en duda la bondad y excelencia de las leyes humanas positivas, mientras la voluntad las cumple o debe sumisamente cumplirlas. Si no fuera así, si fuera como pretende el señor Posada, ni habría historia, ni progreso, ni movimiento en el mundo.

Cualquier ley humana positiva que, en el principio de las sociedades semiselváticas, hubiera promulgado el legislador, tendría que subsistir aún, porque al avasallar las voluntades hubiera avasallado también los entendimientos, y nadie la habría discutido ni cambiado.

La única ley que avasalla el entendimiento, porque se hace una misma cosa con él, ora por medio de la fe, ora por medio de la razón, es la ley divina, ya sea natural, ya revelada. La ley divina, pues, es la única ley eterna e indiscutible. Las humanas, que son perecederas y caducas, están sujetas a la discusión y al libre examen del entendimiento.

No se puede negar que de esta discusión, que de este libre examen, pueden originarse, en ocasiones, una violenta subversión de las leyes y un cambio, o prematuro o retrógrado, o absolutamente pernicioso, en el orden establecido. Mas para evitar estos males hay también leyes que limitan el ejercicio de este libre examen y de esta discusión; hay también circunstancias extraordinarias en que, peligrando la salud del Estado, puede el Poder público y debe prescindir de las leyes, y limitar el ejercicio de los mencionados derechos por una razón más alta y más respetable que aquella en que se fundan los derechos mismos.

Si a éstos se hubiera atendido el señor Posada Herrera; si solamente hubiera tratado de confirmar la facultad que tiene todo Gobierno de defender el orden existente, hasta revistiéndose, en circunstancias extraordinarias, de una autoridad mayor que la que le conceden las leyes mismas, de una autoridad incompatible con el libre ejercicio de todos los derechos de los ciudadanos, creemos que los diputados del partido conservador hubieran estado de acuerdo con las doctrinas del señor Posada Herrera.

Pero el señor Posada Herrera quiso poner fuera de la ley a todo un partido político; partido cuya existencia lamentamos, pero cuya existencia no es posible sofocar mientras discuta dentro del círculo que la ley le marca y mientras no atente por medios violentos a cambiar el orden político para poner en su lugar como instituciones sus doctrinas o sus ensueños. En esto no podían convenir, y no convinieron, los diputados conservadores.

No basta un dicho del señor Posada Herrera para que creamos todos que los demócratas son anticatólicos por el mero hecho de ser demócratas.

Demócratas hay que son o han sido, o los puede haber, ateístas. Pero ¿habrá de cargar con esta culpa todo el partido democrático? Entonces serán también impíos e irreligiosos los demás partidos políticos, porque ha habido hombres impíos e irreligiosos en todos ellos.

¿Estará acaso en la esencia del credo democrático el ser anticatólico? En ese caso, el partido democrático será una secta de herejes, y la Iglesia, y no el señor Posada Herrera, que no es su Pontífice y que tal vez no sepa siquiera una palabra de Teología, debe excomulgarle.

Pues no faltaba más sino que pudiese el señor Posada Herrera no sólo poner fuera de la ley a un partido en masa, sino ponerlo también fuera de la comunión de los fieles. El día 3 de diciembre excomulgó este señor a los demócratas, y el día menas pensado excomulgará a los absolutistas o a los conservadores. No quedarán más ortodoxos en España que los individuos de la Unión Liberal mientras que el señor Posada Herrera sea unionista. Mas ¡ay de la Unión Liberal si el señor Posada Herrera la abandona! Volverá también contra ella esa tremenda facultad de excomulgar que le ha

concedido, y la Unión Liberal será a su vez excomulgada.

Apología de las corridas de toros

Un discreto artículo, escrito por estilo elegante, que El Reino publicó el día 10 condenando las corridas de toros y procurando rebatir cuanto en defensa de ellas hemos dicho, nos obliga a tomar de nuevo la pluma para defenderlas y defendernos. Pero téngase en cuenta, antes de todo, que nosotros no queremos demostrar que las corridas de toros sean útiles y buenas; nosotros no las hemos querido convertir en una especie de enseñanza para el pueblo, ni hemos querido hacer de ellas una institución política y religiosa de trascendencia grandísima, como lo eran los juegos olímpicos, ístmicos y píticos, a que el articulista de El Reino las compara. Nosotros nos hemos limitado a sostener que las corridas de toros son una diversión popular ni más ni menos profana ni más ni menos contraria a las buenas costumbres que la comedia, el baile, los títeres, el circo ecuestre, las riñas de gallos y otras funciones por el mismo orden. Sin duda que sería muchísimo mejor que la gente fuese menos aficionada a divertirse y que se quedase en casa estudiando, rezando o cumpliendo con sus obligaciones; pero, puesto que somos frágiles y gustamos de divertirnos, no nos parece que los toros sean una diversión más censurable que otra cualquiera. De este modo y con estas limitaciones hemos defendido los toros, y basta indicarlo así para que vengan a tierra los más de los argumentos que nuestro colega nos hace.

¿Cómo hemos de creer nosotros que las diversiones públicas tengan por objeto, según dice nuestro colega, «levantar el espíritu de los hombres, perfeccionar sus sentimientos y sus ideas, engrandecer su alma y ensanchar el horizonte de sus miras por las regiones de lo infinito y de lo absoluto»? Bueno y rebueno sería que tuviesen las diversiones tan noble y santo propósito; pero ni lo tienen ahora ni jamás lo han tenido. ¿Qué ensanche de miras, qué dilatación de horizontes, qué visión de lo infinito ni de lo absoluto ha de tener nadie después de ver a un saltarín hacer cabriolas, a la Nena bailar el jaleo, o a un titiritero brincar en la maroma? ¿Qué ideas ni qué sentimientos se le perfeccionarán a nadie después de haber oído una zarzuela de Camprodón o un vaudeville malo y peor traducido? Nadie tampoco, cuando sale de su casa y va al teatro o a otro espectáculo cualquiera, se propone perfeccionarse y adelantar en su educación moral e intelectual; lo que se propone es distraerse un rato si puede. A nadie se le ocurre decir: «Me voy al teatro a ver si me perfecciono y me corrijo y me abro nuevos horizontes y topo allí con lo infinito y lo absoluto.» Para hacerse sabio se va a la Universidad a oír a los maestros y catedráticos, y para hacerse bueno se va a la iglesia a oír misa y sermones, y para hacerse místico y descubrir esos horizontes divinos lo que conviene es la oración mental, el recogimiento, la penitencia y la conversación interior, y no irse a holgar por esos teatros, de fiesta en fiesta, de bureo en bureo.

«Nosotros -añade el articulista- preguntaríamos a los que se retiran al hogar doméstico después de haber presenciado una de esas luchas entre los

hombres y las fieras: «¿Qué nueva idea lleváis hoy a vuestra casa a consecuencia de la función a que habéis asistido? ¿Qué perfeccionamiento sentís en vuestro ser?» La pregunta que hace el articulista de El Reino se parece a la que hace el Caballero de la Tenaza a una dama que le pedía un balcón para ir a los toros: «¿Qué piensas que se saca de una fiesta de éstas?» Y el mismo caballero responde, diciendo: «Cansancio y modorra y falta de dinero al que paga los balcones. Dala al diablo, que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres que son como bestias y bestias que son como maridos.» Pero nosotros, que no estamos amenazados de pagar el balcón a ninguna dama ni tenemos ese ensañamiento interesado contra las corridas de toros, no podemos decir que son gentílicas ni que siempre se ve en ellas morir hombres, cuando en todo lo que va de siglo habrán muerto cuatro o cinco en la plaza. Confesaremos, sin embargo, que no sentimos perfeccionamiento ninguno ni traemos casi nunca nuevas ideas cuando volvemos de los toros; pero lo mismo nos sucede cuando volvemos de la comedia, del baile, de la tertulia, de los títeres y de otras muchas partes. Gracias si al volver de la iglesia, o de la Biblioteca Nacional, o de una cátedra, nos sentimos algo mejores o un poco más instruídos que cuando entramos en ellas. Desengañese nuestro poético adversario; si fuésemos a renegar, como nos aconseja, de toda festividad donde no recibiese el alma «mayor impulso hacia lo bueno y mayores y más vivas aspiraciones hacia un mundo superior, manantial de toda vida, foco de toda luz, centro de toda grandeza y origen de todo lo creado», iríamos a pocas partes, salvo al jubileo y al sermón y a oír lecciones de sana filosofía donde haya quien sepa darlas.

Los juegos olímpicos, que cita nuestro colega, no comprendemos que pudieran producir en nosotros esos divinos efectos. ¿Qué mayor impulso hacia el bien, qué mayores aspiraciones místicas nos había de infundir la contemplación de la lucha, del pancracio o del pugilato, y los atletas combatiéndose desnudos y dándose furibundas puñadas hasta verter sangre por las narices y la boca, y hasta cubrirse de cardenales y de contusiones horribles, y hasta caer y revolcarse en la arena, todo magullados y molidos? Lea el articulista cómo pinta Homero los juegos epitaños que dio Aquiles en honor de Patroclo, y, aun prescindiendo de los sacrificios humanos, verá si son bárbaros. Para colmo de elevación del alma a Dios, solía también hacer algún filósofo cínico tal cual indecencia o extravagancia mayúscula en los mencionados juegos, que el articulista de El Reino nos presenta como un dechado. Recuérdese, en prueba de lo que decimos, el espectáculo que dio en ellos Peregrino, el famoso, cuando se vistió o, mejor dicho, se desnudó de Hércules e imitó a Hércules, quemándose en una hoguera, como lo describe Luciano.

Pues no crea tampoco el articulista de El Reino que los famosísimos conciertos de Alemania al aire libre, en los jardines públicos, tienen siempre ese carácter de sublimidad y de moralidad que les atribuye. En dichos conciertos suele tenerse muy presente aquella sentencia en verso de Lutero que dice:

Wer liebt nicht Weib, Wein und Gesang,
Der bleibt ein Narr sein Lebenlang;

que es como si dijéramos:

Quien no ama el canto, la mujer y el vino,
es durante su vida un gran pollino.

En verdad que a estos conciertos asisten honrados burgueses que se atiborran de tortas y de cerveza y que fuman en pipa mientras oyen la música, y excelentes matronas que hacen calceta, prestando siempre alguna atención al arte; pero allí acuden también las costurerillas alegres, y los estudiantes regocijados; y se come, y se bebe, y se retoza, y se suele pensar en todo menos en lo infinito y en lo absoluto, y se ven muchas cosas que nada tienen que ver con los horizontes ideales. Lléguese el articulista de El Reino a una joven pareja que salga de estos conciertos y pregúntele: «¿Qué perfeccionamiento sentís en vuestro ser?» La pareja es probable que le conteste a dúo con aquellos versos de Heine:

Ich habe gerochen alle Gerüche
In dieser holden Erdenküche;

esto es, aunque mal y libremente traducido:

He olfateado toda golosina
del mundo en la dulcísima cocina, etc.

El mundo sería para esta pareja una cocina y no un templo. Añádase a esto el juego desenfrenado, que suele combinarse en Baden y en otros puntos con los referidos conciertos, y comprenderá nuestro entendido impugnador que no es todo oro lo que reluce, y que es rara, muy rara, la diversión pública que un moralista severo no pueda y deba condenar. Achaques son de la decaída y pecadora naturaleza humana, y lo mismo se advierten sus deplorables síntomas en las corridas de toros que en cualquier otra diversión, incluso la del teatro, a pesar de la manía que ha entrado a varias personas de sostener que el teatro es una escuela de costumbres. Todo lo contrario han pensado muchos santos padres y muchos eminentes teólogos, y más veces se han prohibido las comedias y más se ha clamado contra ellas que contra los toros, aunque en balde siempre. En España, donde ha sido el teatro tan grande, tan rico y en cierto modo tan católico, ha sido anatematizado y prohibido en diversas ocasiones. El padre Mariana lo censuró duramente, y en tiempo de Felipe II se prohibieron las comedias, pues, según el dictamen de doctos teólogos, «las que hasta allí se habían representado y solían representarse, con los dichos y acciones, meneos y bailes y cantares lascivos y deshonestos, eran ilícitas y era pecado mortal representarlas». En tiempo de Felipe IV, con ser este rey autor de comedias, también estuvieron las comedias prohibidas durante algún tiempo, y sólo se permitieron las que trataban de historias y vidas de santos. En él dicho reinado de Felipe IV hubo muchos prelados,

como, por ejemplo, el arzobispo de Sevilla, que condenaban las comedias diciendo que con las tales representaciones andaba la gente vestida de lujuria. En tiempo de Carlos II también estuvieron las comedias más toleradas que consentidas, sujetas a censura muy severa y en algunas ocasiones prohibidas completamente. En el siglo pasado, reinando ya la familia de Borbón, siguió la misma persecución de los teólogos contra las comedias; pero el Consejo de Castilla consintió su representación, si bien con bastantes restricciones.

De lo dicho deducirá el articulista de El Reino que si los prelados y otros varones doctos y piadosos han censurado a veces las corridas de toros, no lo han hecho jamás con tanta perseverancia como con las comedias y que si ésta fuera razón para que las corridas se prohibiesen, más lo sería para que se prohibiesen las comedias y aun para que se convirtiese el mundo en una Tebaida. Nos censura, sin razón, por haber citado una bula del Papa en la que se consienten las corridas de toros. Pues ¿cómo no la habíamos de citar, cuando se nos venían encima los místicos al uso asegurando que la Iglesia condenaba las corridas? ¿Acaso ignora El Reino que cierta gente farisaica ha dado en la flor de acusarnos de herejes y de impíos a cada momento, de suerte que apenas podemos ya despegar los labios sin citar alguna autoridad, y apenas podemos decir sobre algo esta boca es mía, sin exhibir bula o buleto que nos lo haga lícito?

«La religión no protege -dice El Reino- ni ha protegido nunca las corridas de toros.» Estamos de acuerdo. ¿Cuándo hemos dicho nosotros lo contrario? Tampoco la religión ha protegido las comedias, ni los títeres, ni los bailes, y no por eso deja de tolerarlos como un mal inevitable.

Dice El Reino que Carlos III prohibió las corridas de toros y que Isabel la Católica habló mal de ellas. Más veces se ha prohibido el teatro, y más veces se ha hablado mal de él, y con todo, no concluye.

El Reino dice, asimismo, que las corridas de toros son un espectáculo en que puede morir un hombre, un hermano nuestro. A estas razones hemos contestado ya que también se matan los acróbatas y los saltarines, y que hay otras mil industrias y profesiones en que se aventura tanto o más la vida que en la del torero. El buzo, que busca en el fondo del mar la perla que ha de coronar las sienas o ha de adornar la descubierta garganta de la hermosura; el albañil, que se encarama en lo alto de un andamio para terminar un edificio; el minero, que penetra en los lóbregos senos de la tierra en busca del oro, con que todo se compra, o del plomo mortífero, cuyos vapores penetran en las entrañas y le dan la muerte; el domador de fieras; el desbravador de caballos; el postillón de diligencias; en suma, mil y mil oficios que no citamos por no pecar de prolijidad, oficios a que el hombre se somete, no sólo para satisfacer una necesidad social, sino para complacer a veces la vanidad, el lujo o el capricho de otro hombre, son más ocasionados a dar la muerte que el oficio de torero. Que se supriman, pues, todos esos oficios por antifilántrópicos e inmorales.

Pero, discurriendo tan filántrópicamente, vendríamos a parar en suprimir la vida, porque la vida trae consigo la muerte. Y viendo y obrando la vida se gasta, se consume, y al cabo nos morimos el día menos pensado, unos antes, otros después, unos de cornada de toro y otros de cornada de burro. Más desgracias hay en Madrid de resultas de los atropellos de los coches, que en toda España de resultas de las corridas de toros. ¿Y por esto hemos

de suprimir los coches y obligar a todo el mundo a que ande a pie?
Convénzase El Reino de que es exagerado por demás tanta filantropía.
Tiene razón El Reino al afirmar y lamentar que en las corridas de toros se dicen muchas palabras indecentes y groseras; se pronuncia demasiado la jota; ¿dónde no sucede lo propio en esta tierra de garbanzos? El hombre o la mujer de oídos delicados y púdicos no conseguiría dejar de oír tales cosazas no yendo a los toros; sería menester que no saliese por esas calles, plazas y plazuelas, o que, cuando saliese, se tabicase bien con cera los oídos, imitando al prudente Ulises. ¡Pues no es nada, cuando uno va de viaje, sobre todo si tiene asiento de berlina y puede escuchar la amena e interesante conversación que el mayoral y los zagaes traen de continuo con las mulas! Aquello si que es jurar y maldecir, y lo demás es nada.

En resolución: en este mar del mundo en que nos hallamos engolfados hay muchos escollos y bajíos donde se expone a naufragar toda virtud; hay muchos peligros que la honestidad y la decencia tienen que arrostrar y combatir; hay un enjambre de cosas malas y un hormiguero de circunstancias pecaminosas que rodean al más cauto, al más precavido, al que más propende a huir de ellas. Entre todas estas cosas pueden indudablemente contarse las corridas de toros; no lo hemos negado nunca. Pero de esto a combatir las corridas de toros con singular furia, como si fuesen el extremo de lo malo, hay una distancia enorme, que marcaremos siempre y haremos sentir, a pesar de los sutiles y elevados discursos del articulista de El Reino.
Madrid, 1862.

Notas de sociedad

Baile en casa de don Carlos Calderón. Representación dramática en casa de los duques de Medinaceli

La experiencia ha venido a demostrar a quien escribe este artículo que no hay género alguno de literatura más difícil ni que requiera calidades más raras y exquisitas que este, hoy en moda, de informar al público curioso de una fiesta, de un baile, de una reunión divertida que en una casa particular se ha celebrado. El escritor que acepta semejantes asuntos camina entre dos escollos, peligrosísimos ambos: o bien con su exagerada melifluidez y con sus encomios superlativos empalaga al lector, se pone algo en ridículo y de rechazo, ridiculiza también, a pesar suyo, a los mismos a quienes propende a ensalzar, o bien se expone a pasar por tibio o por avaro en las alabanzas, ya que no le tachen de censurar lo que no debe censurar rayando en grosero y desagradecido.

Debemos confesar aquí paladinamente que nadie ha sabido salvarse de estos escollos, que nadie ha logrado evitar, cuando no allanar estas dificultades, con más primor, con mejor fortuna y con tino más certero que el famoso Pedro Fernández, si no inventor, cultivador dichoso del

mencionado género literario en España. Muchos hemos querido seguir sus huellas, muchos hemos tratado de competir con él; pero todo ha sido en balde. Hemos escrito nuestros artículos de frac negro y corbata blanca, sobre papel satinado y perfumado, esforzándonos en ser tan finos como el que más; pero la Musa del buen tono y de la elegancia no ha querido inspirarnos, y nuestras crónicas de los salones no han tenido aquel perfume, aquella leve fragancia de lirios, aquella dulzura delicada, blanda y amorosa que tenían las de Pedro Fernández y que halagaban la imaginación y la inocente vanidad de las hermosas damas en cuyo elogio él se extendía.

A pesar de lo desengañados que estamos; a pesar de la convicción profunda que tenemos de lo difícil y aventurado de la empresa, no podemos hoy dejar de acometerla de nuevo. La vida política del día, el Parlamento, los casinos, el Ateneo, los cafés y hasta las plazas y las calles, donde se discuten los negocios públicos, han alejado bastante de la sociedad femenina a los hombres más inteligentes. El papel de cavalier servant, el oficio de galanteador platónico, se va haciendo cada día más raro entre los sujetos de algún valer. Apenas si lo toman ya otros que no sean jovencitos imberbes o señores insignificantes. Este abandono en que la política deja a las damas justifica y aun explica por qué son neocatólicas y absolutistas la mayor parte de ellas. Y por cierto que tienen razón de sobra. Bajo el antiguo régimen podían y valían más. Hombres de mucha importancia consagraban a ellas sus servicios. Entonces se podía decir más a menudo: *Pour plaire à ses beaux yeux.*

J'ai la guerre aux rois, le l'aurais faite aux dieux; pero en el día de hoy consagran los hombres, o dicen que consagran, su vida a una idea, filosofan por demás, hablan de razas latinas y no latinas y se olvidan de lo más excelente y bueno de todas las razas, de la mitad más bella del género humano: de las mujeres.

Volvamos, pues, por ellas, aunque no sea más que para reconciliarlas con los periódicos, con el parlamentarismo y con todos estos asuntos de ahora, que son causa de que se las olvide y de que tratándolas menos, nos vayamos haciendo más rudos y vayamos perdiendo, si alguna vez lo tuvimos, aquel atildamiento caballeresco que sólo al lado de ellas se adquiere.

La ocasión no puede ser más a propósito para ensalzar hasta las nubes sin tocar en la hipérbole, la hermosura la elegancia y la discreción de las demás de Madrid. En el baile que tuvo lugar el sábado último en el lindísimo palacio del señor don Carlos Calderón y en la función dramática del domingo se han visto las muestras más claras de estas brillantes calidades.

Daremos antes alguna noticia del baile y hablaremos luego de la presentación, en la que habremos de extendernos más.

La casa del señor Calderón se abría por primera vez y por completo a la sociedad elegante de Madrid. Ya en el piso bajo habíamos tenido dos o tres bailes, pero los salones del piso principal aún no se habían abierto.

Son éstos lujosísimos, de una bella arquitectura, y adornados con el mejor gusto. Infinito número de bujías los inundaban de luz, y de armonía una bien acordada e invisible orquesta. No nos detendremos en describir los adornos, los muebles, la riqueza de aquellos suntuosos aposentos, los magníficos espejos que parecían duplicarlos, las sedas y molduras que

revestían las paredes, las bonitas pinturas de los techos, las estatuas de bronce que sostenían los candelabros, las arañas de cristal y de metal dorado, las flores, las alfombras y las colgaduras. De todas esas cosas, más bien guardamos en la memoria el conjunto, la agradable impresión, que no los circunstancias de pormenores. Somos igualmente ignorantes en el arte de la arquitectura que en el más humilde del tapicero, y no acertaríamos con los términos técnicos ni describiríamos nada con exactitud aunque en ello nos empeñásemos. Para hacer esto bien convendría estar tan nutrido en materia de muebles, de cortinas y demás requisitos de una habitación elegante como se muestra monsieur Feydeau en su novela Fanny. Baste, pues, consignar aquí que todas aquellas estancias estaban publicando la opulencia del dueño y su buen gusto, lo cual no es menos raro, y lo cual no siempre va unido con la opulencia. De lo que no puede dejar de hacerse aquí muy especial mención es del patio de la casa, parecido a los de Sevilla, si bien cubierto de una hermosa bóveda de cristal y participando de la naturaleza y condición de los aristocráticos jardines de invierno que tienen en sus soberbios palacios los grandes señores que habitan en las frías orillas del Neva. Los cierres de cristales que separan del patio las galerías del piso bajo y del piso principal suben hasta la bóveda y forman con ella un todo completo y armónico. Se diría que imita aquel recinto, aunque sea en pequeño, el alcázar cristalino, levantado por la Gran Bretaña en el centro de Hyde-Park para guardar y mostrar en él las más selectas producciones y los más primorosos trabajos del arte y de la industria. En el suelo del patio mismo que tan ligeramente hemos tratado de describir había varias fuentes y surtidores, cuyas aguas formaban iris con la refracción de la luz que en sus gotas transparentes se quebraba, deleitaban el oído con su murmullo apacible y refrescaban el ambiente. Vistasas plantas y galanas flores de entre trópicos completaban el adorno del mencionado patio, alzándose sobre una alfombra de verde igual y mullido césped. Cuatro candelabros grandísimos y una araña de bronce, que pendía de la bóveda de cristales, lo iluminaba todo con gas.

La galería del piso principal, que se extiende en torno del patio, era el lugar adonde acudían con preferencia los que no bailaban. Las puertas de cristales que caen al patio estaban abiertas y daban paso a los balcones, que era como hallarse en el patio mismo.

Ya que hemos caído en la tentación de pintar los primores de este palacio, no podemos echar en olvido el magnífico salón donde estaba la ceña y las habitaciones particulares del señor Calderón, abiertas a los fumadores. En estas últimas hay armarios para libros, armas formadas en panoplias y otros muebles y adornos que pueden estimarse por verdaderos objetos de arte. Sólo lamentamos y tenemos por abuso y por condescendencia, aunque generosa, reprehensible, esto de dar cigarros y de consentir que en un baile se fume. Los que se aprovechan de esta generosidad y vuelven a los salones después de haber fumado no saben, de seguro, cuánto pierden, porque, si lo supieran, no lo harían. Las ropas y el aliento les huele entonces a tabaco de una manera hartamente enojosa, y esta peste se difunde en tomo de ellos y contrasta con el suave aroma que la mujer limpia y comme il faut suele esparcir por donde pasa. No sabemos cómo hay mujer a quien puedan enamorar después de esto. Indican asimismo con este mal oler a tabaco que prefieren

el humo acre de aquel narcótico a los encantos de la conversación, de las miradas y de la hermosura de las damas, a quienes dejan por ir a fumar. Ya que en los bailes haya salón donde se fume, debía haber a la puerta de dicho salón un portero que no consintiese la entrada en él sino a los viejos de sesenta años para arriba. En los mozos no debiera ser lícita esta falta de galantería. El que va allí hace como si dijera: «No me divierto; no me interesan esas mujeres; un cigarro me parece más interesante.» ¡Qué blasfemia! Y, sobre todo, ¡qué blasfemia tratándose del baile del señor Calderón, donde se hallan las más bellas y elegantes mujeres de Madrid, que es como si dijéramos del mundo todo! Pondremos aquí una lista, aun cuando sea incompleta, y el lector calculará el aspecto admirable que debían presentar aquellos salones. Allí estaban su alteza la infanta doña Isabel Fernandina, las señoras y señoritas de Bernar, Riquelme, Patilla, Claramonte, Ceriola, Benalúa, Bailén, Barrot, Villalobos, Brunetti, Bohorques, Urbina, Monistrol, Roca de Togores, Soveral, Ferraz, Mariategui, Bayo, Cueto, Saavedra, Soriano, Bustillo, Chacán, Henestrosa, Díaz, Gil Delgado, Santoyo, Vinent, Hoyos, Infante, Miraflores, Concha, Tamames, Cimera, Sotomayor (don José), Fonseca, Velluti, Figuera, Uribarren, Samaniego, Padilla, Atienza, Olazábal, Arrangoiz, Gor, Malpica, Prendergast, Apodaca, Viluma, Echevarría y Mora; las vizcondesas de Armería y Manzanera; la baronesa de Horteiga; las condesas del Real, Fuenrubia, Velle, Sástago, Nava de Tajo, Berberana, Torrejón, Cimera, Goyeneche y Campo Alange; las marquesas de Portugalete, Pezuela, Molins, Isasi, Duero, Habana, Javalquinto, Novaliches, Falces, Aranda, Heredia y Sotomayor, y las duquesas de Abrantes, Tetuán, de la Roca, Noblejas, Fernán-Núñez y Castro-Enríquez.

No hay que decir que la señora y la señorita de la casa, que son tan amables siempre, lo estuvieron por extremo aquella noche haciendo los honores de tan brillante función.

Pasemos ahora a la que dieron el domingo los duques de Medinaceli, y bien podemos decir, aunque los latines no vengán bien tratándose de estos asuntos, paula majora canamus. Bueno estuvo el baile del señor Calderón; pero la representación de que vamos a hablar hubo de vencerlo, porque se honró con la presencia de dos hermosas majestades: la de nuestra reina y la Poesía, a quienes fuimos todos a rendir culto y admiración en aquella casa. Sólo sentimos que siendo tan buenas artistas las señoras duquesas de Medinaceli y marquesa de Villaseca y las señoritas de Torrejón, Paz y Álvarez de Toledo, y teniendo además estas artistas apellidos tan castizos, tan españoles y tan ilustres, no desechen los vaudevilles traducidos del francés y no se empeñen en representar siempre originales de nuestros poetas contemporáneos o de los antiguos. ¿Quién mejor que la duquesa de Medinaceli haría el papel de la condesa Aurora en El castigo del penseque; de Diana, en El desdén con el desdén, o de la heroína de El perro del hortelano, de Lope? ¿Quién podría interpretar como la linda y discreta marquesa, su hermana, aquellas damas tan agudas de Calderón, aquellas ingeniosas y traviesas mujeres de Tirso? Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y Serra tienen comedias lindísimas que pintan graciosamente las costumbres del día y que las ilustres actrices debieran también representar sin recurrir a traducciones. Decimos esto, no porque el que se den traducciones en el palacio del duque de Medinaceli nos

parezca mal, sino porque nos parecería mejor que se diesen comedias originales. Dos príncipes extranjeros de la familia de Luis Felipe, un ayudante del emperador de Francia, que ha venido a traer el gran cordón de la Legión de Honor al príncipe de Asturias; un guardia noble del Papa, que ha traído el capelo a un cardenal español del Cuerpo diplomático extranjero residente en esta corte, y otras personas de distinción venidas de Francia e Italia asistieron a la representación y (¿por qué no hemos de confesarlo?) a nosotros nos pesaba de que una compañía dramática cuyos individuos se honran con los más gloriosos, antiguos y venerandos de nuestra historia, no representasen obras originales, dando quizá a entender a los ignorantes de nuestra literatura que no las tenemos buenas.

Fuera de esta observación que nos atrevemos a hacer, y que esperamos nos perdone la primera dama y empresaria del teatro, no hay nada que decir que no redunde en alabanza de ellos y de los demás actores y actrices. Aun esa leve faltilla de dar traducciones fue anteanoche subsanada con la representación de una graciosa comedia, de Serra, titulada *El comer y el rascar...* Hizo el primer papel de esta comedia la hermosa duquesa, y dio a conocer que es capaz de desempeñar papeles de mucho mayor empeño, papeles como los que hemos indicado que tan bien desempeñaría. Los señores Vega, hijos ambos del elegante poeta autor de *El hombre de mundo*; el señor Bulney, el señor Gonzalo Saavedra y el señor Huertas fueron los actores que tomaron parte en la representación de la comedia del señor Serra y de las otras dos traducidas, que también aquella noche se ejecutaron, a saber: *Don Gasparito*, o *Los primeros amores*, y *El maestro de baile*. Don Ventura de la Vega, hijo, hizo admirablemente el papel de Don Gasparito; pero compitió con él, y acaso se le adelantó, el señor Saavedra en el de maestro de baile, mostrándose un actor consumado en el género cómico y provocando la risa de los espectadores con sus jocosas piruetas, con el miedo y los apuros graciosísimos del extraño personaje que representaba. La señorita de Paz, que se prestó a hacer el papel de característica, nos ha confirmado en la alta idea que tenemos de su talento artístico. La marquesa de Villaseca hizo en *Don Gasparito* el papel de niña boba, acreditando el dicho de Cervantes de que para nada se ha menester más talento que para hacer bien este linaje de papeles. La marquesa fingió lindamente la bobería, por lo mismo que tiene tanta discreción e ingenio. Hizo, por último, la señorita de Torrejón en dos de las piezas el papel de criada con cierto desengaño y chiste de buena traza, que nos trajo a la memoria a la célebre actriz francesa Agustina Brohan.

El teatro donde se presentó este espectáculo es muy bonito. En la sala cabrán holgadamente doscientas personas. Allí estaban, como ya hemos dicho, su majestad la reina, que se mostró complacidísima de la función; su majestad el rey, los serenísimos señores duques de Montpensier, el infante don Sebastián y los nietos de Luis Felipe, de que ya hemos hablado. Se hallaban también, vestidos de uniforme, los generales duque de Valencia, marqués de Duero, de San Román y de Miraflores; los duques de Osuna, Alba, Abrantes, Ahumada, Bailén y Fernandina, y otros individuos de nuestra primera aristocracia. Asimismo asistieron algunos artistas y poetas, como los señores Romea, Arjona, Manuel del Palacio, el ya mencionado don Ventura de la Vega y el ilustre marqués de Molins.

Las damas que daban brillo a la reunión eran de las más celebradas en Madrid por su belleza y elegancia. Citaremos sólo, por no pecar de prolijos, a las marquesas de Aranda y de Heredia, a la condesa de Scláfani, a la señora de Quesada y a las señoritas de Osuna, Concha, Rubianes, Caballero, Ozores, Álvarez de Toledo y Abrantes.

Todos los aposentos del extensísimo palacio estaban abiertos y riosamente iluminados. La concurrencia pudo discurrir y discurrió por ellos, después de terminada la representación, admirando los bellísimos cuadros y los objetos de arte que atesora. Hubo, por último, una cena espléndida, y la reunión acabó después de las tres.

No tenemos tiempo ni lugar bastante en nuestro periódico para detenernos en describir todas las circunstancias de esta agradable función que han dado los duques de Medinaceli. La introducción o prólogo, aunque valga poco, ha sido menos malo que el cuerpo de esta obrilla, si obrilla puede llamarse a esta desaliñada reseña. Pero por la prisa se nos perdonarán muchos defectos, y hasta el de no haber sido breves, ya que no hemos acertado a ser ingeniosos.

Repetimos que es difícil por demás este género de literatura. Para escribir en él se necesitan quintaesencias de elegancia, de que carecemos; para elogiar con delicadeza y sin cansar, pero como ella se lo merece, a la hermosa señora que recibió en su casa y agasajó anteanoche tan elegantemente a su reina, sería menester una inspiración que no nos acude.

Quédese, pues, esto aquí, y tratemos de estar mejor apercebidos pasado mañana, día en que tendremos que pintar el magnífico baile de trajes que se prepara en casa de los duques de Fernán-Núñez. Ojalá que entonces no nos suceda lo que ahora y nos quedemos también como abrumados por la dificultad de referir estas cosas, mucho más difíciles de referir, aunque infinitamente mucho más agradables de presenciar, que una sesión cualquiera de los Cuerpos colegisladores.

Un poco de crematística
Meditación

- I -

Cuando Virgilio, inspirado por los antiguos versos de la Sibila, por la esperanza general entre todas las gentes de que había de venir un Salvador, y tal vez por alguna noticia que tuvo de los profetas hebreos, vaticinó con más o menos vaguedad, en su famosa Égloga IV, la redención del mundo, todavía le pareció que esta redención no había de ser instantánea, por muy milagrosa que fuese, y así es que dijo: Suberunt priscae vestigia fraudis. (Quedarán no pocos restos de las pasadas tunanterías y miserias).

Si esto pudo decir el Cisne de Mantua, tratándose de un milagro tan grande, de un caso sobrenatural que lo renovaba todo y que todo lo purificaba, ¿qué extraño es que después de una revolución, al cabo hecha por hombres, y no por hombres de otra casta que la nuestra, sino por hombres de aquí, educados entre nosotros, haya aún no poco que censurar y no poco de que lamentarse? Pues qué, ¿pudo nadie creer con seriedad que la revolución iba en un momento a hacer que desapareciesen todos nuestros males, todos los vicios y los abusos que la produjeron? La revolución podrá, a la larga, si es que logra afirmarse, corregir muchos de estos males, vicios y abusos; pero en el día es inevitable que aparezca aún. Aparecerían, aunque los que combatieron en Alcolea en pro de la revolución hubieran sido unos ángeles del Cielo, de lo cual ni ellos presumen ni nadie les presta tal carácter, la condición y la virtud sobrehumanos. Mediten bien lo que acabo de decir aquellos que vieron con júbilo la revolución, que la aceptaron y hoy se arrepienten, y aquellos también que siempre la tuvieron por un mal y que siguen con más ahínco teniéndola por un mal en el día de hoy. Medítenlo, y ya conocerán que no hay mal ahora que no se derive de los pasados, como se deriva de la premisa la consecuencia, como nace el retoño de la raíz de toda planta antigua si no se arrancó de cuajo y si no se extirpó, operación más difícil de lo que se piensa.

No es esto afirmar que el estado de nuestro país sea delicioso, envidiable y floreciente. Nada menos que eso. En nuestro país hay mucho desabrimiento, muchísimo mal humor y un disgusto enorme. Y no hay que rastrear demasiado ni que sumirse en oscuras profundidades para desentrañar la causa. La causa es que donde no hay harina, todo es mohína. El mal, fundamento de todos los males es entre nosotros la escasez de dinero, o, para valernos de término más comprensivo, la penuria o la inopia. En nuestra época nos dolemos más de este mal, porque la aspiración y el conocimiento del bien contrario están más difundidos, no porque el mal sea nuevo. De atrás le viene el pico al garbanzo, como dice el refrán. Sería, pues, una insolencia exigir de la revolución que renovara el milagro de pan y peces o que convirtiera las piedras en hogazas. ¿Qué ha de hacer la revolución sino lo que siempre se ha hecho? Esto me retrae a la memoria, el modo de saludar que suelen tener en algunos lugares de Andalucía, y que no puede ser ni más castizo ni más propio. Salen dos hidalgos a tomar el sol, muy embozados en sus capas, y se encuentran al revolver de una esquina.

-¡Hola, compadre! -dice el uno-. ¿Cómo vamos?

Y el otro contesta:

-Trampeando. ¿Y usted, compadre?

-Trampeando, trampeando también- replica el que hizo la pregunta.

Así nada tienen que echarse en cara, y se van juntos de paseo, en buen amor y compañía.

Contra un achaque tan inveterado no sé qué remedio pueda haber. El arte de producir oro, la Crisopeya, se ha perdido por completo, y va no tenemos más arte o ciencia en que cifrar nuestras esperanzas, a ver si nos saca del atolladero, que la Economía política. Dios ponga tiento en las manos de los que la saben y la aplican a la gestión de los negocios del Estado. Y no lo digo porque dude yo de la ciencia. ¿Cómo dudar cuando la ciencia

es, ha sido y será, siempre mi amor, aunque desgraciado? Dígolo a tanto de que pudiera ocurrir con algunos economistas lo que con ciertos filólogos que estudian un idioma, pongo por caso, el chino o el árabe, tan por principios, con tal recondidez gramatical y tan profundamente, que luego nadie los entiende, ni ellos se entienden entre sí, ni logran entender a los verdaderos chinos y árabes de nacimiento, contra los cuales declaman, asegurando que son ignorantes del dialecto literario o del habla mandarina y que no saben su propio idioma sino de un modo vernáculo, rutinario y del todo ininteligible para los eruditos; pero lo cierto es que, por más que se lamenten, quizá con razón, no sirven para dragomanes.

Tal vez se explique esto de la manera que, yendo yo de viaje por un país selvático, acerté a explicar en qué consistía que cierto compañero mío, gran ingeniero, que se empeñó en guiarnos con su ciencia, no atinó nunca, y por poco nos hunde y sepulta en charcos cenagosos o nos pierde en bosques sombríos, donde nos hubieran devorado los lobos. Yo estaba siempre con el alma en un hilo, pero ni un instante dudé de la ciencia. Lo que yo alegaba era que aquella tierra era tan ruda aún, que no comprendía la ciencia y se rebelaba contra ella. Volvimos entonces a confiar la dirección de nuestro viaje al guía práctico y lego que antes nos había servido, y así llegamos al término que nos proponíamos.

Pudiera suceder, por último, que, constando la Economía política, si no me equivoco, de varias partes, como son: la creación de la riqueza, su circulación, su repartición y su consumo, hayamos por acá estudiado a fondo las partes últimas, y hayamos descuidado bastante el estudio de la primera, considerándola acaso como imposible de aprender, y exclamando humilde y cristianamente, con el poeta:

Es el criar un oficio
que sólo lo sabe Dios
con su poder infinito.

Vivo yo tan seguro de esta verdad, que nunca he querido engolfarme en el mare magnum de la Economía política, teniendo por tan complicada toda esa maquinaria de las sociedades, que ni remotamente he caído en la tentación de querer averiguar cuáles son los resortes que la mueven y cuáles las bases sobre que se sustenta. Siempre he tenido miedo de que venga a acontecer al economista lo que al niño que, movido de curiosidad, rompe el juguete para ver lo que tiene dentro. Mi proposito, al describir estas líneas, no es, por tanto, discurrir económicamente sobre el dinero: dar lecciones sobre el modo más fácil de adquirirlo. ¿Quién sabe, dado que yo averiguase este modo, si, a pesar de mi acendrada filantropía, no me lo había de callar, al menos por unos cuantos años, aprovechándome de él para mi uso privado y el de algún que otro amigo muy predilecto? Mi propósito es sólo hablar del influjo que ejerce el dinero en las almas: esto es, que yo no trato aquí de Economía política, sino de Filosofía moral, exponiendo algunos pensamientos filosóficos acerca del dinero, ora nacidos de mi propia meditación, ora de la mente profunda de los sabios antiguos y modernos que he consultado.

No quiero, con todo, que se me tenga por tan ignorante de la ciencia

económica que, al hablar y filosofar sobre el dinero, no sepa lo que es y confunda unas especies con otras. Hace un siglo que a nadie se le hubiera ofrecido ese pícaro escrúpulo que a mí se me ofrece ahora. Entonces la generalidad de los mortales creía saber a fondo lo que era dinero, y nadie veía ni la posibilidad de que sobre este punto naciesen dudas, equívocos ni disputas. Hoy, con la Economía política, ya es otra cosa. Tomos inmensos se han escrito para explicar lo que es el dinero y lo que no es. Sin duda que todas aquellas verdades, por palmarias, sencillas y evidentes que sean, que el interés de hombres poderosos o astutos ha tenido algunas veces empeño en encubrir o tergiversar, se han encubierto o han tergiversado, aunque siempre ha habido infinito número de pájaros en el mundo. De estas verdades, las que se refieren al dinero, al capital o a la riqueza son las que han ofrecido más estímulo a estas tergiversaciones y engaños; pero aunque no pueda negarse que los economistas, que ponen, por decirlo así, definitivamente en claro estas verdades, hacen un gran servicio al público, no puede negarse tampoco que la mayor parte de estas verdades son de las que se llaman de Perogrullo. Para quien ignora la burla que han hecho algunos hombres de la credulidad de sus semejantes, no es concebible, por ejemplo, que un sabio economista emplee gravemente medio tomo de lectura en demostrar que el dinero no es un mero signo representativo de la riqueza, sino que tiene y debe tener un valor en sí; que una peseta no sólo representa el valor de cualquier cosa que valga una peseta, sino que vale y debe valer lo mismo que cualquier cosa que valga una peseta, y que cuatro cosas que valgan a real cada una, y que, treinta y cuatro cosas que valgan a cuarto. Todavía han empleado más fárrago los economistas en demostrar otra verdad, de la cual es más inverosímil que nadie haya dudado nunca, y en cuya demostración parece absurdo, a los que no están iniciados en los misterios de la Economía política, que nadie se afane con formalidad. Es esta verdad que el dinero no es toda la riqueza, sino una parte de la riqueza. ¿A quién ha podido nunca caber en el cerebro que no es rico cuando no tiene dinero, y tiene trigo, olivares, viñas, casas, hermosos muebles, alhajas, telas, etc.? Si todos estos objetos los reduce mentalmente a dinero, los aprecia y los tasa, encontrará que tiene una riqueza, por ejemplo de dos millones de reales. Pero al hacer la tasación no hace más que determinar con exactitud el valor de lo que posee, adoptando una medida común, que es el dinero. Si en vez de los reales, de los escudos o de las pesetas fuesen los bueyes la medida, diríamos que tal propietario tenía una tierra que valía quinientos bueyes, y tal empleado un sueldo de veinte bueyes al año. La ventaja del oro o de la plata acuñados en moneda se deduce evidentemente de lo expuesto. ¡Bendito y alabado sea Dios, que nos ha hecho nacer en una época en que todo se averigua y se explica tan lindamente! Un buey es poco portátil, no cabe en el bolsillo, no pasa en todos los mercados, gasta en comer y se puede morir, y el dinero ni come ni se muere. Además, un buey puede ser más gordo o más flaco, más chico o más grande, más viejo o más joven, mientras que un escudo es siempre un escudo, goza de eterna juventud y tiene o debe tener el mismo peso y la misma ley. Tal es la gran ventaja de que goza esta ciencia. Es tan clara, tan pedestre y tan sencilla, que los niños de la doctrina pudieran entenderla si quisiesen. Y, sin embargo (¡cosa por cierto admirable!), apenas dan un

paso desde terreno tan firme y seguro, y desde lugar tan claro, suelen caer los economistas en un mar sin fondo o en el serio oscuro de la noche cimeriana. La Economía política pasa a escape, salta de la perogrullada al sofisma con una agilidad portentosa.

En esta misma cuestión de si los metales preciosos, el oro y la plata son mejores que los bueyes para moneda, ocurren dificultades y contradicciones imprevistas. Sirva de muestra lo siguiente. Si la deuda que el Estado español ha contraído y sigue contrayendo se estimase en bueyes, no se podría rebajar en un 5 por 100, en una vigésima parte, a no ser que las siete vacas flacas del sueño de Faraón procreasen infinitamente y llenasen el mundo todo de bueyes cacoquimios y encanijados; pero, estimada la deuda en pesetas, se ha hecho la rebaja con la mayor suavidad, de una sola plumada, y casi sin que nadie se percate de ello. Los bueyes, chico con grande, a no ser hijos de las vacas flacas, siempre serían bueyes; pero las pesetas nuevas no son como las antiguas, y el día en que la acuñación de la nueva moneda esté terminada podremos asegurar que en vez de deber, por ejemplo, veinte mil millones de reales, deberemos diecinueve mil, a no ser que la alteración de la moneda no rece con los acreedores del Estado y les sigamos pagando los intereses con arreglo a la ley antigua.

Pero, dejando a un lado esta cuestión, conste que, si bien aquí usamos de la palabra dinero en la acepción de capital o de riqueza, hacemos perfectamente la distinción de estas cosas, como la han hecho todos los hombres de todos los siglos, sin necesidad de que los economistas las adoctrinasen. La razón que nos lleva a llamar dinero a toda riqueza es que el dinero es una riqueza sin la que no se puede pasar. El dinero es, además, un valor que circula más fácilmente que todos los demás valores y que los representa y los mide. El dinero no es toda la riqueza, sino la parte móvil, líquida y más circulante de la riqueza. La sangre no es toda la vida en el cuerpo, y, sin embargo, no viviríamos si la sangre no circulara o si toda la sangre se nos escapase; aunque no es completamente exacta la comparación, porque no hay comparación completamente exacta. Nada hay en el cuerpo que pueda reemplazar a la sangre; pero en la sociedad hay algo que puede reemplazar al dinero, y este algo es el crédito, el cual no crea un átomo más de riqueza, pero pone en circulación y presta movilidad y casi ubicuidad a mucha parte de la riqueza que está parada e inerte. En suma: el dinero, aunque reemplazable por el crédito es una parte de la riqueza, y así, por esto, como por ser la parte más viva, más enérgica y más circulante, es un dolor que se pierda. La sociedad que no tiene dinero, o el individuo que no tiene dinero, ya están aviados. Después de largos estudios han deducido, pues, los economistas que el dinero es indispensable al hombre desde el momento que el hombre vive en sociedad, aguda sentencia cuya verdad resplandece más que la luz del mediodía.

- II -

Sentadas ya estas bases, voy a discurrir y a filosofar un poco sobre las relaciones de dinero (y, en general, de toda riqueza) con las costumbres y

con las más altas facultades del espíritu humano. Empezaré por combatir algunos errores.

El primero y más capital consiste en creer que en nuestros días es el dinero más estimado que en otras épocas. Nada más falso. En el día de hoy los hombres son como siempre; pero si alguna mudanza ha habido, ha sido favorable. Casi se puede afirmar que los hombres se han hecho más generosos. Fácil me sería acumular aquí una multitud de ejemplos históricos, desde las más remotas edades hasta ahora, a fin de probar que el interés ha dominado al mundo desde entonces, y su imperio, lejos de aumentar, decae. No quiero, sin embargo, hacer un trabajo erudito, sino una meditación filosófica.

Los poetas satíricos, los novelistas, los autores de comedias de todos los pasados siglos, han dado muestras de que en la época en que vivían se estimaba más el dinero que en la presente. Aun los mismos refranes, antiquísimos vestigios de lo que se llama sabiduría popular, vienen en apoyo de lo que digo: Por dinero baila el perro. Cobra y no pagues, que somos mortales. Dádivas ablandan peñas. Ten dinero, tuyo o ajeno. Quien tiene dineros, pinta panderos. Y así pudiera yo seguir citando hasta llenar un pliego de impresión. Pero aún citaré otro refrán que, por ser España un país tan católico, debe considerarse como la hipérbole más subida de que todo se logra con dinero, de que todo se compra y se vende, hasta lo más venerable y santo. El refrán dice: por mi dinero, Papa le quiero.

En los países de una cultura atrasada se advierte un fenómeno que, conforme nos vamos civilizando y puliendo un poca más, mengua, ya que no desaparece del todo. En este fenómeno la deshonra, el descrédito, la vehemente sospecha y aun el horror que rodea al que es pobre, el cual es aborrecido, cuando no es despreciado. El refrán antiguo español declara que El dinero hace al hombre entero; esto es, que el dinero es garantía de rectitud, de probidad y de entereza en quien lo tiene. Más lejos aún va otro refrán que dice: La pobreza no es deshonra, pero es rama de picardía. Nuestro inmortal Cervantes, haciéndose eco de este sentimiento general, afirma, no una sola vez que es difícilísimo que un pobre pueda ser honrado. El reverendo fray José de Valdivielso, en su Poema de San José, no acierta a concebir que el santo, padre putativo de nuestro divino Redentor y descendiente de reyes, pudiese ser pobre y vivir de un oficio mecánico; así es que asegura que San José era carpintero por distracción y no para ganarse la vida:

Pues debió de tener juro reales
cual descendiente de señores tales.

Bien se puede apostar que a nadie se le ocurriría, en nuestro siglo, disculpar a San José de haber sido carpintero y suponer que tenía treses o billetes hipotecarios.

Ni por la nobleza de sangre se disculpaba la pobreza; antes de tener dinero ha sido en todos los siglos origen de hidalguía. Dineros son calidad, Más vale el din que el don, son refranes que corroboran mi aserto.

La profunda veneración que inspiran el dinero y quien lo posee ha sido siempre idéntica. Lo que ha disminuido algo es el horror o el desprecio al pobre y ciertas asechanzas de que el rico debía de verse en lo antiguo, perpetuamente circundando. El hombre prudente y discreto tenía, no hace muchos años, en todas partes, y en el día tiene aún, en no pocas, que hacer, si puede, un gran misterio del estado de su hacienda, sobretodo si es o era muy rico o muy pobre: si es muy pobre; para que no le desprecien, y si es muy rico, para que no le roben o le maten. De aquí, de esta espantosa disyuntiva entre ser despreciado o amenazado de muerte, nació aquella sentencia de los moralistas, que hoy en los países cultos nos parece tan necia y tan absurda, de que lo que había que desear era una medianía de fortuna, a fin de vivir feliz y tranquilo, ni envidioso ni envidiado. Porque, a la verdad, si el dinero es un bien mientras mayor sea el bien, debe ser más apetecible, y no se concibe la aurea mediocritas, celebrada por Horacio y por todos los poetas de otros tiempos, sino recordando que el hombre acaudalado estaba de continuo expuesto a que le matasen o maltratasen para robarle, ya el emperador o el príncipe bajo cuyo imperio vivía, ya la plebe codiciosa. Y cuando a la riqueza no iba unido un alto grado de poder, era más constante el peligro y casi imposible de conjurar. No creo yo que el odio profundo que tuvimos en la Edad Media a los judíos proviniese sólo de que eran el pueblo deicida, sino de que eran ricos. Las frecuentes matanzas de judíos que hubo en España acaso no hubieran llegado a realizarse si los judíos hubieran tenido la prudencia de quedarse pobres. Algo parecido puede afirmarse de los frailes de estos últimos tiempos, luego que perdieron el poder y conservaron la riqueza, si bien el escándalo ha sido menor, porque la dulzura de las costumbres, la mayor abundancia de dinero y de bienestar y el más concertado y político modo de vivir de los hombres han disminuido el aborrecimiento de los que no tienen a los que tienen.

Prueba de esta confianza de los que tienen es que ya en los países cultos nadie o casi nadie atesora. Pocos años ha, todos los que podían atesoraban. La literatura popular está llena de historias y leyendas de tesoros ocultos guardados por un dragón, por un gigante o por un monstruo terrible, que nada menos se necesitaba para que no los robasen. Estos tesoros estaban, o se suponía que estaban, tan hábilmente escondidos, que era menester un don sobrenatural para descubrirlos. De aquí se originó la idea de los zahoríes, que descubrían los tesoros. La ciencia de los zahoríes, perdiendo hoy su carácter poético y sobrehumano, ha llegado a transformarse en la Estadística, disciplina auxiliar de la Economía Política, con respecto a la cual viene a ser lo que es la Anatomía con respecto a la Fisiología. La Estadística es un verdadero primor de ciencia, y a fin de que de ella formen pronto los profanos el concepto que merece, podemos definirla la ciencia que nos cuenta los bocados. Por esta ciencia se averigua cuánta harina, cuánta carne, cuántas judías y cuántos garbanzos se devoran al año; lo que se gasta en ropa y en calzado; lo que se produce y lo que se consume. Todo esto sería más fácil de averiguar si la gente, temerosa de que le imponga el Gobierno más contribución, no disimulara un poco lo que gasta, aparentando darse aún peor trato del que suele.

Sin embargo, el afán de ocultar la riqueza y de disimular que se tiene

algún dinero ha desaparecido casi del todo en nuestra edad. En las pasadas era tanto el peligro que corría el dinero, saliendo a relucir, que legítimamente tenía que ser usurero quien lo prestaba. El crédito, que pone en movimiento las fuerzas productivas, apenas era conocido entonces. Hoy, por el contrario, el desenfado, la movilidad, la animación del dinero, que se presenta sin temor en todas partes, menos en España, y que se agita y circula, es lo que hace creer a los hombres poco pensadores que vivimos en un siglo metalizado; que ahora no se piensa ni se habla sino de dinero. ¡Qué error tan craso! Pues ¿por ventura es más reverenciada, más adorada la imagen que sale por las calles y plazas, aun cuando sea en muy devota procesión, y doblando todos a su paso la rodilla, que la divinidad misma, oculta siempre en el fondo del santuario, por temor de que la profane el vulgo con sus miradas, y hasta cuyo nombre es incomunicable y desconocido a cuantos no están iniciados en sus misterios?

Hay, asimismo, otras muchas razones para que en el día se estime menos el dinero. Es la primera que hay más. Es la segunda que con el crédito llega más fácilmente a todas partes. Es la tercera que produce menos intereses. (Ninguna de estas tres razones militan hoy en España. Los economistas explicarán por qué). Es la cuarta, y quizá la más poderosa, que nuestro siglo, como más civilizado que los anteriores, es también más espiritualista.

Y aquí no puedo menos de detenerme a condenar la ridícula manía de los que dan en acusar de materialista a nuestro siglo. ¿Qué siglo hubo nunca más espiritualista que el nuestro? La música es el arte más espiritual de todos, Y florece ahora con florecimiento extraordinario. Apenas hay tonto, el cual, si hubiera vivido dos o tres siglos ha, no hubiera gozado más que en comer, que no goce ahora, o por lo menos que no diga que goza, oyendo la música más sabia y alambicada. Juan Ruiz, arcipreste de Hita, afirma que sólo hay dos cosas esenciales que mueven al hombre, a saber: manutención y otra que no me atreveré a mentar, aunque el Arcipreste la mienta, escudado, con Aristóteles:

Si lo dixiese de mio, seria de culpar,
dícelo grand filósofo; non so yo de reptar.

¡Tan materialista era el concepto que en el siglo XIV tenía un sacerdote católico, en la católica España, de los móviles esenciales de las acciones humanas! Fuera de estos móviles, no acertaba a descubrir otro móvil.

¡Cuánto han variado las cosas en el día! La música mueve también al hombre, y no hay quien no guste de ir al teatro Real.

Pero el espiritualismo de nuestro siglo es sintético y ésta es la causa de que algunos, que no lo comprenden, acusen de materialista a nuestro siglo.

En los pasados, o no se hacía caso de la materia y se la dejaba a sus anchas como cosa perdida y dada al diablo, cayendo los que tal hacían en el molinosismo, o sea la maltrataba o castigaba como a súbdito rebelde, por donde venían las gentes a dar en el ascetismo más cruel. En nuestra época tratan las gentes de rehabilitar la materia en el buen sentido de la palabra, y la purifican cuanto pueden. La materia, al fin, es obra de Dios, y, aunque algo pervertida por el pecado, no es cosa tan abominable

como se asegura. Al fin, ella ha de resucitar y ha de ir al Cielo, si bien transfigurada y gloriosa. Por eso no me parece mal que vayamos puliéndola, perfeccionándola, hermoseándola y sutilizándola en este mundo. Para pulirla suelen los hombres, en ciertos países adelantados, lavarse ya todos los días, costumbre rara, cuando no desconocida de la cristiandad, ciento o doscientos años hace, y contra la cual aún fulminan sus anatemas el piadoso señor Veuillot y otros santos padres. Por eso no se comprendía bien la significación del principio de aquella oda de Píndaro: Alto don es el agua. Antes al contrario, el agua era mirada con horror y con miedo, como causa de los mayores males, sobre todo, para las personas de cierta edad. De aquí el refrán hidrofóbico tan acreditado: De cuarenta para arriba, ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga. Un hombre de setenta años, cuando o donde no había o no ha caído en desuso este refrán, debe o debía de tener su piel cubierta de más estratificaciones que nuestro globo. Si en este descuido de la materia, que hubo en los siglos pasados, es en lo que consiste el espiritualismo, se debe preferir ser materialista. Pero se me antoja que el verdadero espiritualismo consiste en limpiarse, mondarse y purificarse, así el alma como el cuerpo. Un hombre limpio no es capaz de sentir tan bestiales apetitos como un hombre sucio. En muchos tratados de moral, escritos por frailes que de seguro se lavaban poco, he leído precauciones tan inauditas para evitar la tentación, que me pasman y me hacen imaginar que los hombres y las mujeres de entonces serían como la yesca, la pólvora y el fuego. Uno de estos autores aconseja que cuando haya que entregar algo a una mujer, se ponga lo que ha de entregarse en alguna mesa o en algún otro sitio, y no se dé con la mano, a fin de evitar el más ligero frote o casual tocamiento; y añade que las personas de diferente sexo, cuando estén más próximas, deben estar, por lo menos, a una distancia de cuatro varas. La efervescencia que supone este exceso de precaución provenía, sin duda, de la poca agua, la cual refresca, modifica y hasta espiritualiza.

Ello es lo cierto que la concupiscencia no es tan feroz en el día como en tiempos pasados. ¿Cuánto no sorprenden aquellos penitentes solitarios que después de crueles y largos ayunos, aún no podían domar y poner freno a ciertas malas pasiones, que representaban en su lenguaje místico llamándolas el asnillo? ¿Cuánto no espanta, por ejemplo, aquel San Hilarión, que no comía más que una docena de higos secos al día y tuvo que acortarse la ración en más de la mitad, porque se sentía muy bravo y emberrenchinado? En este sentido somos también más espiritualistas ahora. Mientras entonces el estudio de la Teología sobreexcitaba los sentimientos y encendía en amor el alma afectiva, amor que con facilidad podía torcerse a mala parte, hoy, estudiando los jóvenes bríos desde sus tiernos años negocios tan serios como la filosofía de Krause o la Economía política, se hacen por fuerza más morigerados y menos traviosos: adquieren una gravedad que les cae muy bien, y todo el fuego y lozanía de la imaginación se les va, no en coplas o requiebros a las muchachas, sino en ditirambos dulcisonos en prosa rimada, ora al libre cambio, ora al desestanco de la sal, ora a otro objeto del mismo orden, que allá en lo antiguo ni se sospechaba siquiera que pudiese ser blanco de tantos disparos poéticos y de raptos líricos tan maravillosos.

Estos síntomas de espiritualización se notan hoy por dondequiera. Ya, con

la homeopatía, hasta los achaques de la materia se curan casi espiritualmente. No se toman remedios, sino se toman, por decirlo así, las virtualidades, el espíritu, la sombra vaporosa de los remedios. ¿Quién sabe si dentro de poco se inventarán también alimentos homeopáticos, de que ya son precursores el extracto de carne de Liebig y la Revalenta, y nos nutriremos con la virtualidad o la esencia eléctrica e imponderable de los pavos y de los jamones, en vez de nutrirnos del modo vulgar y grosero que ahora se usa?

Los recientes descubrimientos de los fisiólogos prueban la grosería con que la Naturaleza procede hasta hoy en esto de la nutrición. Asegúrese como verdad evidente que en menos de un mes mudamos por completo todos los átomos o moléculas de nuestro organismo y tomamos otros. El alma, el principio oculto de la vida, la virtud plasmante, la energía informante, la forma óptica, como la llama un sabio amigo mío, es sólo lo que permanece. Lo demás cambia sin cesar. La vida es, pues, no por estilo poético y figurado, sino con toda realidad, un río, un torbellino, un torrente impetuoso. Un caballero de regular corpulencia, que llegue a vivir setenta años y que pese seis o siete arrobas, puede asegurar que ha tenido asimilado y poseído como parte de su organismo, desde su nacimiento hasta la hora de su muerte, unas cinco mil o seis mil arrobas de sustancias, las duales, si no están dotadas de gran densidad, tal vez formen un volumen de uno dos o tres kilómetros cúbicos. Pregunto yo: ¿para qué es este jaleo, esta mudanza, esta incesante transmigración de materia cuando la forma persiste; cuando, si tenemos una verruga, conservamos siempre la verruga? ¿No sería mejor, y no es posible que se descubra, el que no perdamos sustancias con tanta frecuencia y el que no tengamos tampoco que reponerlas de continuo? Ésta sí que sería economía, si llegara a descubrirse. ¿Qué es la vida más que un desenvolvimiento de calórico, un fuego, una llama? Y qué, ¿no podremos jamás sacar de un estado latente ese fluido imponderable y sutil si la combustión de muchas sustancias? ¿No llegaremos nunca a producir el fuego que mueva nuestras máquinas, sin tener que consumir toda la flora exuberante y gigantea de las edades primitivas y a conservar el calor vital sin destruir tantas formas y sin devorar tantos seres? Yo veo señales claras de que se acercan los tiempos de estas invenciones. La frenología y el magnetismo han venido a demostrar las armonías íntimas y misteriosas que enlazan el espíritu y la carne. La electrobiología es una ciencia que empieza ahora y que tiene aún que dar mucho de sí. Tal vez no esté muy lejos el dichosísimo y gloriosísimo día en que alimentados de un modo menos grosero, se volatilicen nuestros cuerpos y se sostengan en el aire, y lleguen a ser ubicuos y compenetrables, y hasta diáfanos y luminosos.

Por todas estas consideraciones y por otras que callo, a fin de no hacer muy prolija la digresión, tengo por cierto que nuestra edad, si peca por algo, es por neumatosis o sobra de espiritualismo.

Y, sin embargo, se me dirá en este siglo tan espiritualista se ama el dinero poco menos que sobre todo. Convengo en que hay este amor, pero no en que no lo haya habido siempre, y quizás más vivo. No voy a disculparlo ahora, pero sí a explicarlo.

Al compás que una sociedad vaya siendo más perfecta y bien organizada, el dinero irá adquiriendo una virtud más significativa (aproximándose a la

infalibilidad) de que es inteligente, laborioso y precavido quien lo posee. El dinero representará entonces el talento, el trabajo y otras muchas virtudes. El no tener dinero significará, casi equivaldrá a ser holgazán, ignorante y para poco. No hemos llegado aún, por desgracia, a este grado de perfección social, y hay aún muchas personas que adquieren mal el dinero. Mas como el confesar que el mayor número lo adquieren mal, aun dado que esto fuera cierto, sería ocasionado a gravísimos peligros, y daría pretexto a los pobres para odiar a los ricos, todas las personas razonables y amigas del orden y del sosiego público debemos creer y creemos que no hay dinero mal adquirido, mientras un tribunal no pruebe lo contrario. Por donde legítimamente, y echando a un lado la mala pasión de la envidia, el ser rico significa, y tiene que significar, que vale más quien lo es que el que es pobre. En resolución: el dinero es y tiene que ser la medida exacta del valer de una persona.

Cierto que hay algunas rarísimas virtudes y prendas superiores al dinero, que no traen dinero, y que, en el momento en que se tuviesen o ejerciesen con el fin de adquirir dinero, dejarían de ser tales virtudes; pero tales virtudes tienen su precio en ellas mismas. La virtud por excelencia es tan preciosa, que nada hay en la Tierra que pueda pagarla. Por esto me ha parecido siempre ridículo todo premio ofrecido a la virtud. Quien se pusiera a ser virtuoso para ganar el premio no sería virtuoso. Ni siquiera suelen ganarse con la virtud la fama y el respeto de los hombres, porque es difícil de averiguar si el virtuoso lo es por firmeza y rectitud de alma o por apocamiento, necedad o cobardía; y los hombres, como no sea la virtud muy manifiesta, procuramos siempre atribuirle a dichas cualidades negativas. Así es que, en casi todos los idiomas antiguos y modernos, la palabra bondad, apartada de su sentido recto, significa simpleza, como *debbenaggine* en italiano, *euetheica* en griego, *bonhomie* en francés, etc., etcétera. Pero como la virtud es y debe ser también superior a la vanagloria, el virtuoso no sólo debe serlo aun a trueque de ser pobre, sino a trueque de pasar por un solemne majadero.

Ciertas declamaciones y diatribas contra los vicios, la corrupción y el lujo me han parecido siempre más propias de la envidia o de la sandez que de un espíritu recto y juicioso. Cuando se dice, por ejemplo, el hombre de bien está arrinconado y desatendido y vive pobremente, y tal bribón habita en un palacio y da fiestas espléndidas; la mujer honrada anda a pie por esas calles, llenándose de lodo, y tal manceba va con sedas, encajes y joyas, en un soberbio coche; cuando esto se dice repito, yo no puedo menos de reírme en vez de conmovirme. Pues qué, ¿se quiere que la probidad se pague con palacios y la castidad con diamantes y trenes? Entonces los mayores galopines se harían probos para vivir a lo príncipe, y las surripandas echarían la zancadilla a Lucrecia y a Susana, a fin de conseguir por ese medio lo que por el opuesto logran ahora. La verdad es que el mundo anda menos mal de lo que se cree.

Mucho tiene que sufrir la virtud; pero si no tuviera que sufrir, ¿sería virtud? ¿Qué mérito tendría? Y sin duda que la piedra de toque en que se aquilata y contrasta el sufrimiento es esta duda en que deja el virtuoso a los demás hombres acerca de si su virtud es tontería, impotencia o amilanamiento y poquedad de espíritu. Hombres hay que no resisten a esta prueba. Han tenido valor para quedarse pobres, pero no lo tienen para

pasar por tontos. Mujeres honradas ha habido que tienen valor para vivir con poco dinero; mas no para que crean que ha faltado quien se lo quiera dar. ¡Dios nos libre de esta gran tentación de evitar la nota de mentecatos y para poco! Dios nos libre a las mujeres honradas de esta gran tentación de evitar la nota de faltas de donaire y atractivo!

Fuera de estas excelencias y sublimidades de nuestro ser, apenas hay otra calidad en el hombre que no tenga por medida el dinero. La ciencia especulativa y la poesía más elevada se sustraen sólo a dicha medida. Ni la ciencia especulativa ni la poesía más elevada están por lo común al alcance del vulgo. Al sabio y al poeta, rara vez la fama puede consolarlos de ser pobres si lo son. Los pensamientos sublimes y la delicadeza y el primor del estilo son prendas que pocos saben estimar. La gloria es casi siempre tardía para este linaje de hombres. Pocos semejantes suyos aciertan a comprender lo que valen. Así es que su fama va cundiendo y acrecentándose por autoridad disputada y contradicha a menudo y tan lenta y pausadamente, que el sabio y el poeta suelen morir sin gozar de aquel respeto y aun adoración que más tarde se tributa a su memoria.

El mismo sabio, y más aún el poeta, por excelente crítico que sea, no se puede consolar con la conciencia y seguridad de su valer, por los demás hombres desconocido o negado. No saben a punto fijo si el juicio que forman sobre ellos mismos está torcido por el amor propio.

Una obra de ingenio es harto difícil de juzgar, y la buena reputación que adquiere se debe a pocos sujetos entendidos que logran imponer su opinión, a veces al cabo de muchos años, cuando no de siglos. Los demás hombres se someten a esta opinión por pereza, o porque, habiendo ya muerto el autor de la obra, les importa poco que sea celebrado y ensalzado. La idea de que la fama de aquel autor redunde en honor de la patria o de la Humanidad toda, contribuye a que, contenidos por cierto egoísmo, sean pocos los hombres que tiren a destruirla. Por lo demás, la gloria de los grandes escritores suele ser póstuma y sumamente vana. De cada mil personas que citan, por ejemplo, a Homero como al primer poeta épico, diez a lo más, en los países cultos, le han leído, y de estas diez, nueve se han aburrido o dormido leyéndole; una sola ha gustado acaso de aquellas bellezas y excelencias.

La poesía, pues, en su más elevada acepción, así como la virtud en su acepción más elevada, tiene sólo la recompensa en ella misma, en la creación de lo ideal, en la fijación y depuración de la belleza, que aparece escasa, mezclada con elementos extraños, fugitiva en el mundo, y a quien el poeta aparta y sustrae de lo feo, y da una vida inmortal, a fin de que gocen de ella las pocas almas que por su propia hermosura son capaces de comprenderla.

Entiéndase, con todo, que, salvo las mencionadas archisublimes excepciones, nada es más falso en cierto sentido que aquello de que Honra y provecho no caben en un saco. Al contrario cuando el público no honra es cuando no enriquece, y siempre enriquece cuando honra. El más o el menos de enriquecer depende de circunstancias que nada tienen que ver con la honra. En los países ricos y prósperos, el buen poeta, que por la condición de su ingenio se hace popular y famoso, se hace también rico. Y, aparte el respeto que se le debe, Adam Smith se equivocó al suponer que los comediantes, cantores y bailarines ganaban mucho dinero en

compensación del decoro que perdían en su oficio, el cual, si fuese más honrado, sería ejercido por más personas hábiles, y esta concurrencia haría bajar el precio. Los susodichos artistas están mucho mejor mirados en el día que en tiempo de Adam Smith, y no por eso abundan los buenos, ni se venden baratos sus servicios. Se venden caros, porque hay pocos que sean aptos para hacerlos, y porque la manera de pagarlos se presta a que subsista la carestía, compartiéndose la carga entre muchísimas personas. Resulta de lo expuesto, y aun resultaría más claro si me extendiese cuanto pide la magnitud del asunto, que por la misma naturaleza de las cosas, y sin que deba nadie quejarse de ello, ni hacer un capítulo de culpas a nuestro siglo, ni a los pasados, ni a los hombres de ahora, ni a los de entonces, lo más universalmente respetado, amado y reverenciado es el dinero, y, por tanto, aquel que lo posee. Aun las mismas almas celestiales y puras, enamoradas del amor, de la gloria y de todo lo bueno y santo, andan también enamoradas del dinero, como medio excelente de que tengan buen éxito aquellos otros enamoramientos etéreos.

La generalidad de los hombres ama más el dinero que la vida. Cualquier persona, por poco simpática que sea, cuenta de seguro con unos cuantos amigos que aventurarían por ella la vida, que le harían el sacrificio de su existencia. ¡Cuántos salen al campo en duelo a muerte por defender a un amigo! Casi nadie, sin embargo, sacrificaría por un amigo su caudal, ni la vigésima, ni la centésima parte de su caudal. Se está un hombre ahogando, se está otro quemando vivo en una casa incendiada, y, dicho sea en honra de la Humanidad, rara vez falta quien por salvarle se aventure, se arroje a las ondas embravecidas o a las llamas. Sin embargo, el héroe salvador quizá ha rehusado algunos días antes dar una limosna de dos reales, a la persona salvada ahora tan generosamente. Viceversa, los agraciados estiman siempre más el sacrificio que se hace por ellos de una pequeña suma de dinero, que el de la vida misma. Y esto, por mil razones muy justas. La vida se sacrifica o se expone por cualquier cosa; el dinero, no. No hay pelafustán que no tenga una vida que exponer como cualquier otra vida; pero no todos tienen dinero que exponer o sacrificar. El funámbulo, el domador de fieras, el albañil subido en un andamio, el minero que penetra en una mina insegura, en fin, casi todos los hombres exponen su vida por cualquier cosa, por un miserable jornal, por una mezquina cantidad de dinero. ¿Qué hizo más Edgardo por Lucía de Lammermoor; qué hizo más don Suero de Quiñones por la señora de sus pensamientos, que lo que puede hacer y hace a cada instante, con menos estruendo, el último perdido por ganar unas cuantas pesetas? Por consiguiente, una considerable suma de pesetas vale más que los arrojos de Edgardo y que las bizarrías de don Suero.

Es evidente que el pobre, aunque puede amar, no puede expresar su amor de un modo tan claro y tan brillante como el rico. Así es que los ricos suelen ser más amados que los pobres, aun por las mujeres desinteresadas. El dinero da asimismo mérito intrínseco, y el no tenerlo lo quita, lo merma o lo nubla. El dinero da buen humor, urbanidad, buena crianza, y, como diría cierto diplomático, soltura fina. Nada, por el contrario, ata y embastece más que la pobreza. El pobre es tímido y encogido, o anda siempre hecho una fiera. Toda palabra en boca del rico es una gracia, por donde la misma confianza que tiene de que sus gracias van a ser reídas y

aplaudidas le da ánimo e inspiración para ser gracioso. El pasmo con que todos le miran, el gusto con que todos le oyen, hace que parezca gracioso aunque no lo sea. Pero lo es, y no cabe duda en que lo es. Yo, por ejemplo, he oído en boca de un señor muy rico todos los cuentecillos más groseros y sucios que refieren los gañanes de mi tierra, y que ya ni el atractivo de la novedad debieran tener para mí ni para nadie, y, sin embargo, me he reído como un bobo, me han hecho mucha gracia y los he encontrado llenos de aticismo en boca de dicho señor. Creo, además, que, en efecto, lo estaban, porque yo no me movía a reírlos ni a celebrarlos con falsa risa, ni por interés alguno. La seguridad, la superioridad, el magnetismo sereno que trae consigo el tener dinero, producían este fenómeno.

No se debe extrañar, pues, que las personas ricas sean amadas y admiradas. En el día las amamos con más desinterés que antes. Nunca, por ejemplo, ha habido menos hombres mantenidos por mujeres que en esta época, si se exceptúa bajo la forma legítima, aunque desairada, del coburguismo. En otras edades era frecuente, casi general, y no estaba mal mirado el coburguismo ilegítimo masculino, desde Ciro el Menor con Epiaxa, reina de Cilicia, señora, es de creer que ya jamona, a quien aquel héroe sacaba mucha moneda, hasta los galanes caballeros de la Corte de Luis XIV y Luis XV.

Lo que es el coburguismo femenino, legítimo o ilegítimo, sigue hoy como en las primeras edades del mundo, desde Raab y Dalila hasta la gallaxola y elegante Cora. Este coburguismo es más disculpable que el masculino. Lope de Vega lo disculpa, diciendo:

No estaba pobre la feroz Lucrecia,
que, a darle don Tarquino mil reales,
ella fuera más blanda y menos necia. 10

Y Ariosto, con la leyenda El perro precioso, inserta en el Orlando, lo disculpa mucho más. Yo no lo disculpo, pero lo excuso, aunque no sea más que por el desinteresado amor y la admiración sincera que infunde el hombre rico, como no sea una bestia, aun en las almas más escogidas y nobles.

El hombre rico se hace en seguida gran conocedor de las bellas artes y de la literatura, y las protege, remedando a Lorenzo el Magnífico y a Mecenas; adorna y hermosea su patria con soberbios monumentos, como Herodes Ático, y hace, por último, otros cien mil beneficios.

Aunque no haya sido muy moral ni muy amante del orden antes de ser rico, luego que lo es, el mismo interés le presta por lo menos una moralidad y una religiosidad aparentes que no dejan de ser útiles.

Infiero yo de todo lo dicho que no debemos achacar a corrupción de nuestro siglo ni a perversidad del linaje humano este amor entrañable que todo él profesa al dinero. ¿Qué otra cosa ha de amar en la Tierra, si no ama el dinero, que las representa todas, las simboliza y las resume? Lo cierto es que casi todo lo útil, lo conveniente, lo práctico que se hace en el mundo se hace por este amor. El dinero es la fuerza motriz del progreso humano, la palanca de Arquímedes que mueve el mundo moral, el fundamento de casi

toda la poesía y hasta el crisol de las virtudes más raras. La mayor parte de los hombres que desprecian o aparentan despreciar el dinero lo hacen por despecho y envidia; imitan a la zorra, diciendo: «No están maduras.» Los que aman con sinceridad la pobreza, los que la creen y llaman dádiva santa desagradecida, o son locos, o son santos: son Diógenes o San Francisco de Asís; a no ser que entiendan por pobreza cierta virtud magnánima que consiste en poseer y gozar todas las cosas con desdén y desprendimiento, como si no se poseyesen ni gozasen. No hay nada en este mundo sublunar que proporcione más ventajas que el tener dinero. Los pocos inconvenientes que trae o son fantásticos o son comunes a toda vida humana, o se van allanando o disipando con la cultura.

Era antes el principal, como ya he dicho, el peligro de muerte en que se hallaba de continuo el acaudalado, como no ocultase mucho sus riquezas. Para ser impune, paladina y descuidadamente rico, era menester ser tirano, señor de horca y cuchillo, o algo por el mismo orden, que diese mucho poder y defensa. Este inconveniente va desapareciendo ya casi del todo. Otro inconveniente que encuentran en el dinero los corazones extremadamente sensibles y los espíritus cavilosos es fantástico y absurdo. Consiste en el temor de ser amado por el dinero y no por uno mismo. Nada más ridículo que este temor. Ya hemos probado que el dinero es más que la vida. El dinero es, por consiguiente, una parte esencial de la persona. Un filósofo alemán diría que el dinero se pone en el yo de una manera absoluta. Más necio es, pues, atormentarse porque quieren a uno por el dinero que atormentarse porque quieren a uno porque es limpio, bien criado, elegante, instruido, etc., calidades todas que se adquieren artificialmente lo mismo que el dinero, que se deben al dinero en más o en menos cantidad. Acaso no sea yo mejor que el último mozo de cordel de Madrid, ora física, ora intelectual, ora moralmente considerado, y con todo, suponiéndome soltero, cualquier linda dama podría tener aún el capricho de enamorarse de mí sin que nadie lo censurara; pero si del mozo de cordel se enamorase, todo el mundo tendría esta pasión por una extravagancia o por una locura. Luego, en último resultado, lo que mueve a amar, a no ser extravagantísimo el amor, es el dinero, o algo que representa dinero o que se adquiere con dinero. Lo que yo he gastado en instruirme, pulirme, asearme y atildarme no es más que dinero. Finalmente, la mayor y más envidiable ventaja que el dinero proporciona es la autoridad y respetabilidad que da a quien lo tiene, y la justa confianza que quien lo tiene inspira.

- III -

De estas consideraciones sobre el influjo del dinero o de la riqueza en el individuo quisiera yo pasar a discurrir con mayor extensión sobre el influjo de la riqueza en la cultura y poder de las naciones; pero no haré más que consignar aquí algunos ligerísimos conceptos. Me arredra el temor de extraviarme, y la conciencia de mi poquísimos saber en Economía política, ciencia que al cabo, después de mucho cavilar, han venido todos

los autores a coincidir con Aristóteles en que se trata del dinero, o, en general, de la riqueza, por donde la llama Crematística el sabio de Estagira. Y es mayor infortunio aún que el de mi propia ignorancia el de que,

después de haber revuelto cien mil libros
de aquesta ciencia enmarañada y torpe,

adie logra saber a las claras lo que es la riqueza. Todas las definiciones son discordantes; y resulta que la ciencia empieza por no saber definir, determinar y declarar el objeto de la ciencia misma. Ni está más adelantada en la definición de las otras palabras científicas, como valor, precio, capital, industria y cambio; lo cual no es extraño, porque ignorándose aún lo que es riqueza, que es la idea o palabra fundamental, por fuerza se ha de ignorar o se ha de estar en desacuerdo sobre lo restante.

Malthus decía: «Después de tantos años de investigaciones y de tantos volúmenes de descubrimientos, los escritores no han podido entenderse hasta ahora sobre lo que constituye la riqueza, y mientras que los escritores que se emplean en este negocio no se entiendan mejor, sus conclusiones no podrán ser adoptadas como máximas que deban seguirse.» Dedúcese de aquí, por sentencia y autoridad de Malthus, que no debemos seguir las máximas ni hacer caso alguno de cuantos economistas le precedieron en los siglos XVI, XVII Y XVIII, y en el primer tercio del presente. Todos estos economistas no sabían lo que decían, según Malthus; y cuenta que entre ellos están Smith, Say, Storeh, Ricardo, Gioja, Mac-Culloch y otras eminencias. No han adelantado más posteriormente otros sabios en dar estas definiciones. Stuard Mill desiste de definir lo que es riqueza, y dice que basta que en la práctica lo entendamos, con lo cual sigue adelante. Bastiat se enreda en sus Armonías con otros economistas rivales, y trata de probarles que son unos ignorantes o unos necios que desconocen lo que es el valor.

En efecto, uno de estos economistas se empeña en demostrar que el valor de una cosa consiste en el obstáculo vencido para producirla; de lo cual deduce que mientras más fácil se haga la producción, disminuyendo los obstáculos, menos valor tendrán las cosas; de modo que mientras más cosas haya seremos más pobres. Conviene, pues, crear obstáculos para la producción, a fin de que costando mucho el producir, valgan mucho también las cosas producidas y seamos ricos. Imposible parece que tales ideas se sostengan, y hasta que se impugnen con seriedad. Entre tanto, Bastiat, que está razonable en este punto, entiende luego el cambio, no como es, sino como debiera ser; y sobre este cambio modelo, ideal y fantástico levanta todo un edificio científico que trae enamorados a nuestros economistas. En el cambio, no cabe duda que debe darse siempre lo superfluo por lo necesario, y ganar, por tanto, todos los cambiantes. Pero ¿es esto lo que en realidad acontece? ¿No es, al revés, frecuentísimo el que por vanidad, por moda, por capricho o por extravagancia, demos lo necesario, no ya por lo superfluo, sino hasta por lo dañino? Se dirá que ambos cambiantes satisfacen una necesidad, y que en este sentido ganan. Pero si por

necesidad se entiende un vicio, una manía, una mala costumbre, un apetito bestial, ¿cómo hemos de convenir? Pues qué, ¿ganan los chinos comprando opio para envenenarse con él? ¿Ganan y prosperan los jornaleros que de los cinco o seis reales que tienen de jornal emplean dos o tres en vino y uno en tabaco, matando quizá de hambre a sus mujeres y a sus hijos? ¿Gana el marido, débil o vano, que se empeña para que su mujer tenga palco en la Ópera? ¿Gana, en suma, el que no ahorra, el que consume más de lo que produce, el que sobre sus rentas gasta su capital, el que tiene habilidad para adquirir diez y tiene necesidad de consumir treinta o ciento? Claro está que no gana, sino que pierde, y al fin se arruina. Y lo que sucede con los individuos, ¿no puede suceder y no sucede también con las naciones? Así como hay individuos poco hábiles para producir y muy hábiles para gastar, ¿no puede haber y no hay naciones con las mismas cualidades? La holgazanería, el despilfarro y la ineptitud, ¿no pueden darse en una nación como se dan en un individuo?

Yo no temo que ninguna nación europea, por muy plagada que esté de los mencionados achaques, venga al fin a perderse y a destruirse, como se destruyeron y perdieron aquellos imperios colosales del centro de Asia; como se hundieron aquellas poderosas civilizaciones, asombro del mundo antiguo. Yo no temo que a Madrid, a Sevilla, a Lisboa o a Florencia les venga a suceder lo que a Sidón y Tiro, Susa, Ecbatana, Nínive, Bactra y Babilonia. Aunque consumiesen mucho más de lo que produjesen, el castigo se limitaría a largos períodos de forzada abstinencia y de lastimosos apuros, a que el atraso con relación a otros pueblos de Europa fuese mayor, y a que siguiesen arrastrándonos y llevándonos como a remolque las demás naciones. Pero tal es la fe que yo tengo en la virtud progresiva, en la energía vital de la civilización europea, que ni siquiera puedo concebir que muera una nación que esté en su seno poderoso y vivificante. Sin embargo, la abstinencia de que hemos hablado, los apuros, el ir a remolque y la vergüenza del atraso y de la inferioridad no dejan de ser rudo castigo.

Para discurrir, partiendo de un punto fijo, sobre estos asuntos tan difíciles, convendría primero explicarse el porqué de ciertos fenómenos que ofrece la moderna civilización europea, fenómenos, al parecer, contrarios a todo aquello que en las antiguas civilizaciones se notaba; de donde proviene el que haya dos sentencias que se dan por axiomáticas y que son enteramente contrarias a otras sentencias que poco ha pasaban por axiomáticas también.

En lo antiguo, y al decir en lo antiguo no vamos muy lejos (Miguel Montaigne y Maquiavelo pensaban así), la rudeza y la pobreza se creía que daban bríos y nervio a las naciones, mientras que la riqueza y la cultura las enervaban. Pobre era Alejandro y venció al rico Darío; pobres y rudos eran los romanos, y subyugaron a los ilustrados, cultos y ricos reinos de Macedonia, Siria y Egipto. Cuando los godos invadieron a Grecia, se refiere que intentaron quemar todas las bibliotecas; pero un astuto y discreto capitán de los godos hubo de persuadirlos de que con las bibliotecas los griegos se hacían afeminados, muelles y cobardes, y que así era conveniente dejarles los libros para tenerlos siempre bajo el yugo. De esta suerte las bibliotecas se salvaron.

En nuestros días, por el contrario, si una nación se propusiese debilitar

a otra, procuraría hacerla ignorante y pobre. La ciencia y la riqueza, lejos de enflaquecer hoy a los pueblos, les dan energía y pujanza; pero, bien consideradas las cosas, no hay en esto la menor contradicción. En lo antiguo solía ser uno de los más usuales modos de adquirir riqueza el despojar a los vecinos por medio de la guerra. En el día de hoy, si bien estos despojos, estos robos violentos siguen haciéndose, no se hacen en tan grande escala. Las costumbres, más suaves, no lo consienten. La guerra, además, este modo de despojar violentamente una nación a otra, se ha hecho harto costosa. Los gastos de producción suelen en la guerra moderna ser mucho mayores que lo producido, si producido puede llamarse lo que se toma contra la voluntad de su dueño. De aquí, en primer lugar, que apenas se emprenda ya guerra alguna con el propósito de enriquecerse; y en segundo lugar, que los pueblos enriquecidos sean los que tienen más medio de hacer la guerra y más probabilidad de vencer. Antes los pueblos se hacían fuertes y guerreros a fin de enriquecerse; en el día los pueblos se enriquecen con el propósito de ser fuertes y guerreros. Sin duda que será un progreso más cuando los pueblos se enriquezcan sólo para ser más morales, más felices y más ilustrados; pero esto aún está lejos. La manía de dominar y de prevalecer sobre los demás no se curará en muchos siglos. Sostienen hoy no pocos autores, Buckle entre otros, tan celebrados por todo el mundo, que la Economía política conspira de un modo incontrastable a que terminen las guerras sangrientas, a que la utopía de la paz perpetua venga a realizarse. Por esto, sin duda, y por otras razones no menos singulares, han llegado a tan loco extremo la admiración, la adoración y el fanatismo por la Economía política. Para Buckle, Adam Smith ha hecho más por la Humanidad que todos los sabios, que todos los profetas y que todos los genios inmortales que han nacido de madre y que han revestido carne humana en este pícaro mundo. Ni las leyes de Solón, de Numa y de Manú, ni todos los libros de filosofía, ni los mismos Evangelios, importan un pito comparados con La riqueza de las naciones. Según Buckle, La riqueza de las naciones es «el libro más importante que se ha escrito jamás; su publicación ha contribuido en mayor grado a la dicha del humano linaje que el talento reunido de todos los hombres de Estado y de todos los legisladores de quienes nos conserva la Historia un recuerdo auténtico».

Todo esto podrá ser verdad; pero también lo es que desde el año 1776, en que salió a luz por vez primera el libro divino, salvador, redentor y pacificador, las guerras han sido tan frecuentes como siempre y mil veces más espantosas que los millones de hombres que en ellas miserablemente han perecido. Cuando no hay guerra, hay una cosa tan mala, tal vez peor que la guerra: la paz armada. El dinero se gasta desatinadamente en sostener ejércitos inmensos, y los hombres más robustos, jóvenes y fuertes de Europa, apartados de todo trabajo útil, están siempre con las armas en la mano, acechándose, espiándose y amenazándose. Cierto que la Economía política y el libro maravilloso de Adam Smith no han puesto remedio a tanto mal. Si algo ha de ponerle remedio ha de ser la filosofía, la religión, mejor entendida que en otros siglos, y el exceso mismo del mal, que tal vez acabe por hacerlo imposible.

Los medios de destrucción se aumentan por tal arte, que es de temer que dentro de poco puedan matarse en un minuto millones de hombres, puedan

dispararse en un segundo más bombas, balas y metralla que un siglo ha se disparaban en treinta o cuarenta años, y tales y tan estruendosos podrán ser los disparos, que el coste de uno solo baste a mantener durante un año a toda una familia. Horrorizados de tanto gasto y de tanta efusión de sangre, los hombres políticos clamarán, y claman ya muchos, por la paz y aun por el desarme, no porque Adam Smith y sus discípulos los hayan convencido. No creo yo que Napoleón III tenga el corazón de mantequilla y de jalea; pero el tremendo espectáculo del campo de batalla de Solferino, de tantos millares de cadáveres, hubo de oprimirle y angustiarse el corazón, decidiéndole a la paz, aun antes de cumplir su promesa de hacer libre a Italia hasta el Adriático. Adam Smith y todas sus teorías no tuvieron parte alguna en esta determinación.

Si algún pensamiento económico impide la guerra o la hace más difícil en lo venidero es independiente de la ciencia: no es menester haber leído a los economistas para concebirlo. El pensamiento es sencillo y claro: es el pensamiento de lo mucho que la guerra cuesta. Los gobiernos, además, tienen casi siempre que acudir a empréstitos para hacer la guerra. Los que prestan el dinero tienen interés en que el del dinero prestado sea lo más crecido posible, por donde, aun sin contar con otras causas, el papel de la Deuda baja y la fortuna pública padece.

Los que tienen que perder, los hombres acaudalados, son, por consiguiente, pacíficos, y como los que tienen dinero mandan en el día más que nunca y ejercen una influencia grandísima sobre la opinión, resulta que las guerras son condenadas por la opinión cuando no hay un fuerte estímulo de egoísmo que induzca a hacerlas, como, por ejemplo, abrir un nuevo mercado para los productos nacionales, introducir en algún país poco culto la libertad de comercio, las obras divinas de Adam Smith, el opio u otra droga peor, a cañonazos y a bayonetazos; entretener, y recrear, y embriagar al pueblo con gloria para que no se fastidie y se subleve, y tal vez deshacerse, siguiendo las doctrinas de algún economista, de aquella parte de la población que está de sobra, que no tiene cubierto preparado en el festín de la vida, que turba o rompe el justo equilibrio que debe haber entre el producto y el consumo, entre los que subsisten y los medios de subsistencia.

Además de la guerra material y sangrienta, ha tomado en nuestros días más auge que nunca otra guerra que trae a la Humanidad infinitos bienes y que la lleva en volandas, no ya por el camino real del progreso, sino por una trocha o atajo. Pero como no hay atajo sin trabajo, de esta otra guerra, que es la industrial y comercial, nacen temerosas perturbaciones, duros padecimientos, horribles desengaños y desconsoladoras ruinas. No me incumbe explicar esto ni hacer aquí la sátira del modo de ser de las sociedades modernas. Remito al lector a los socialistas, hijos legítimos de los economistas y sus más crueles y acérrimos adversarios. Aunque la Economía política no tuviese más pecado que el haber criado a sus pechos al socialismo, no podría ser absuelta del todo. Por lo demás, el socialismo, salvo que hasta hoy no es más que un conato, un desiderátum, una aspiración, es, según algunos, esto es, será, con respecto a la empírica y pedestre Economía política, lo que son las matemáticas sublimes con respecto a las cuatro reglas de la Aritmética. La ciencia social, o dígasela Sociología (¡híbrido y ridículo vocablo!), está aún por inventar,

aunque sostengan lo contrario los positivistas. Lo malo es que los problemas que esta ciencia ha planteado y no ha resuelto, y la crítica audaz, inteligente y destructora con que ha hecho vacilar la fe en el orden social existente, tienen a los hombres todos llenos de recelo, dentro de cada Estado, presumiendo siempre que pueda sobrevenir la violencia a resolver los intrincados problemas de la ciencia novísima, a desgajar de sus cimientos todo el edificio de la sociedad con el fin de fundarlo sobre otros mejores y más sólidos. De aquí el que no haya sólo guerra o paz armada entre unos estados y otros, sino también guerra o paz armada, esto es, peligro y sobresalto constante dentro de cada Estado. En todo lo cual no parece que ha puesto remedio la Economía política, sino que ha venido a empeorarlo.

No crea el discreto lector que no conozco lo que podrá decir de mis divagaciones en este escrito. Sírvame de excusa el haberlo llamado meditación, y el ser la meditación sobre un asunto tan vasto y tan en relación con todos los asuntos como es el dinero. Para tratarlo a fondo y con la claridad, el orden y el método convenientes, me hubiera sido necesario escribir un grueso volumen. «Pero ¿por qué -se me dirá- has elegido tan vasto asunto, cuando no pensabas escribir ese grueso volumen, sino un artículo de periódico?» A lo cual respondo: que la falta de dinero, la penuria pública, los apuros del Tesoro, las lamentaciones que oigo por todas partes, la esperanza que muestran algunos de que los economistas nos van a salvar, la poca confianza que advierto en otros en la eficacia saludable de los economistas, los discreteos de todos, los medios que tantos proponen, convertidos en arbitristas, para llevarnos a puerto de salvación, y las diversas explicaciones que dan sobre las causas del grave mal que padecemos, todo me ha impulsado con irresistible vehemencia a meditar y discurrir sobre estos asuntos, en los cuales confieso mi escaso o ningún saber. Pero considerándome yo como vulgo, como profano, todavía he creído que, si no útil, al menos podría ser entretenido y curioso el exponer lo que cavila el vulgo, lo que alambica y divaga sobre el particular. Así es que me he hecho eco fiel del vulgo en esta meditación, adornándola con algunas sentencias morales sacadas de la lectura de los filósofos. No se extrañe, pues, que yo no pruebe nada, que yo no concluya nada, que no presida un pensamiento dominante a todo este escrito mío.

Mucho temo dilatarlo, haciéndome pesado; pero se me ocurren varias observaciones que no tengo valor para pasar en silencio.

Es la primera que, en el estado actual de la civilización, y aun estoy por afirmar que siempre, no acontece con las naciones lo que con los individuos, los cuales, como ya dijimos, pueden ser sabios, santos o poetas, y ser pobres. Una nación, si es inteligente y activa, por santa, por sabia y por heroica y poética que sea tiene que hacerse rica también. Si se queda pobre da marcadas y evidentes señales de que no es inteligente, o de que no es activa, o de que padece alguna enfermedad secular de que no ha logrado curarse.

Decía en 1629 el padre maestro fray Benito de Peñalosa y Mondragón, en un curiosísimo libro que dio a la stampa, que el ser España muy católica y muy monárquica y el tener otras tres excelencias más causaban su despoblación y su ruina. Lo mismo asegura Buckle, en perfecta consonancia

con el padre Peñalosa, a quien ha adivinado y no leído. Nuestra religiosidad y nuestro amor y fidelidad a los reyes nos han traído tan perdidos y tan atrasados. En cambio, según el mismo Buckle, en Escocia ha habido y hay gran prosperidad y progreso. Allí aunque también tienen la desgracia de ser sobrado religiosos, han tenido la fortuna y la excelente cualidad de ser muy desleales a sus soberanos.

«Los escoceses -dice Buckle- han hecho la guerra a casi todos sus reyes, han decapitado a varios, han asesinado a otros y hasta han vendido a uno de ellos por cierta suma de dinero que les hacía mucha falta. Esta cordura de los escoceses les ha valido el progresar y, sobre todo, la gloria de que el salvador Adam Smith nazca entre ellos.»

La extraña doctrina que acabo de exponer, idéntica en Buckle y en Peñalosa, no puede refutarse o censurarse con ironía. Es menester desecharla con seriedad. No es asunto de burla. No. La riqueza, y la prosperidad, y la cultura, no acuden a los pueblos porque los pueblos abandonen a Dios y maten o vendan a sus príncipes.

En un individuo, tal vez la bondad y excelencia del carácter han sido obstáculo a la fortuna; en un pueblo, no queremos ni podemos creerlo. Por consiguiente, si España está hoy pobre y atrasada, culpa es, no de sus virtudes, sino de sus vicios; no de buenas cualidades, sino de malas. Dan otros por causa de nuestro atraso y de nuestra pobreza la aridez y esterilidad del suelo, que ofrece pocos recursos; pero, aunque dicha aridez y dicha esterilidad fuesen ciertas, como una nación no vive sólo del suelo, sino del ingenio y de la laboriosidad de sus hijos, no podría esta falta ser origen del mal. En los siglos pasados y en los presentes hubo y hay naciones ilustres que han florecido en suelo estéril. El suelo del Ática es un ejemplo de esto, y a su esterilidad atribuye Tucídides el que allí viniese a formarse tan glorioso y próspero Estado, porque en los principios de la civilización griega los hombres huyeron de los terrenos fértiles, invadidos e infestados continuamente de ladrones y piratas, y vinieron a refugiarse en Ática para estar al abrigo de las depredaciones y devastaciones. Venecia, que fue tan poderosa y rica, tuvo también un origen semejante, y fue fundada en unas lagunas por gente fugitiva de los bárbaros invasores de Italia. La misma Escocia será todo lo pintoresca y linda que se quiera; pero no hay quien no convenga en que naturalmente es estéril, sin duda más estéril que España. Lo propio puede afirmarse de Holanda y de otros muchos países, si apartamos de ellos con la imaginación lo que por mejorarlos han hecho ya el arte y el ingenio.

Pensadores hay que se van al extremo opuesto y atribuyen la inferioridad soñada o verdadera de nuestra civilización a la abundancia de mantenimientos y a la facilidad de la vida para la gente pobre. Esto dicen que afloja todo resorte de acción y que hace al pueblo débil y propenso a la servidumbre, mientras que en los países donde el pueblo ha tenido que luchar mucho y que vencer grandes obstáculos para ganarse la vida, luego que los vence y vive es más digno y enérgico y menos sufrido de ninguna especie de yugo y de sujeción. Ponen por ejemplo de tal aserto la India y Egipto, y no se ha de negar que son ejemplos que tienen fuerza. Sostienen, además, que la causa del atraso de Irlanda y de su humillación han sido la abundancia y la baratura de las patatas. Más razón llevan, a mi ver, los que piensan así que los que atribuyen el atraso o, mejor dicho, el

estancamiento, a la esterilidad del suelo; pero yo no me atrevo a dar la razón ni a unos ni a otros, y, sobre todo, en el caso particular de España. No creo que ni el clima, ni el suelo, ni la fertilidad, ni la exuberancia de la Naturaleza y de sus productos, sean ni hayan sido entre nosotros como en la India y en el antiguo Egipto, ni hayan podido nunca producir efectos semejantes.

Dicen otros pensadores, que piensan poco, que todo nuestro mal proviene de los malos gobiernos. Sentencia es ésta indigna de refutación. Ningún país, a no estar bajo el yugo de una tiranía invencible, tiene más gobierno que el que se da y merece. Cuanto hay en España de más enérgico, de más ilustrado, de más discreto, la ha gobernado ya. Apenas habrá quedado hombre de alguna nota en todos los partidos que no haya sido ministro. Si todos han sido inhábiles, fuerza es conjeturar que España no da más de sí.

No falta tampoco quien atribuya nuestro atraso al ningún amor al bienestar y al lujo; a que nos contentamos y conformamos con vivir mal, y, no sintiendo el aguijón del deseo de goces, no nos movemos al trabajo. Este raciocinio es absurdo por la falsedad de la premisa en que se funda. Todos los hombres, y peculiarmente los españoles, salvo algún extravagante, prefieren comer foie-gras y pavo trufado a comer chanfaina y revoltillos; vestir ricos paños y terciopelos, a vestir bayeta; vivir en un palacio, a vivir en una choza, y andar en coche, a andar a pie. No es una ciencia oculta el saber que hay coches, buena cocina, excelentes manjares, telas de seda, joyas de oro y pedrería y otros muchos deleitosos objetos, ni es menester tener un alma muy levantada para ambicionarlos. No hay nadie que no los ambicione. Si del deseo, del afán de ser ricos, dependiese la riqueza, España sería una de las naciones más ricas del mundo.

Síguese, pues, que no sabemos por qué es pobre España, a no ser que afirmemos, y a esto me inclino yo, que somos pobres por una calidad opuesta a la que acabamos de mencionar: por el amor al lujo, por el despilfarro, por el desorden, porque somos indiscretamente muy rumbosos y generosos, y, sobre todo, porque no sabemos gastar y gastamos sin discernimiento y sin lucimiento. De este defecto adolecen y han adolecido siempre en España los particulares y el Estado.

En tiempo de Felipe II, cuando estábamos en la cumbre de la prosperidad, cuando dominábamos y despojábamos tantas regiones, cuando

La tierra sus mineros nos rendía;
sus perlas y coral, el Océano;

Campanella se pasma de que tanta riqueza se disipe sin saber cómo y de que siempre estemos sin un real y pidiendo prestado. Est -dice- *adminatione dignum, quomodo consumatur tanta divitiarum vis, sine ullo emolumento; cum videamus Regem fere perpetua inopia laborare, atque etiam, ab aliis mutuo accipere*. Lo mismo ocurría entonces entre los particulares que en el Estado. En ningún país se puede decir con más verdad que en España que no se sabe adónde se va el dinero. Al caer la dinastía austríaca, que se había enseñoreado de lo mejor del mundo, Madrid era (permítaseme lo vulgar de la expresión) un corral de vacas. ¿Dónde estaban los palacios, los

templos, los monumentos, las estatuas? En parte alguna. ¿En qué gastamos las riquezas de América? ¿En qué empleamos el botín de los pueblos subyugados?

La inopia nos trabajaba entonces tanto o más que en el día, y la inopia nos humilló y nos hizo bajar de la altura en que nos habíamos puesto. En el día de hoy, el movimiento ascendente de la civilización europea nos lleva en pos de sí, y no puede negarse que, en medio de mil disgustos, de mil apuros y de doscientas mil mortificaciones de amor propio nacional, España progresa y se mejora; pero buenos azotes le cuesta. La torpeza en el producir y la mayor torpeza en el gastar tienen la culpa de estos azotes.

Yo soy un librecambista teórico furibundo. Bastiat y Cobden me han convencido; pero en la práctica me asusto del libre cambio. ¿Qué hay en España que pueda competir libremente con los productos extranjeros? El vino, quizá; y con todo, salvo el vino de Jerez, los demás vinos españoles suelen ir a Francia, les echan un poco de zumo de moras, de alumbre y de raíz de lirio, y nos los vuelven a vender, dándonos una sola botella en el precio que recibimos por una, o dos, o tres arrobas. Esto es, que damos cincuenta o sesenta botellas por una del mismo líquido, con la ligera modificación del alquimista o boticario.

¿Qué mar de vino, qué río de aceite no tendrá que gastar cualquier rica dama andaluza para comprar un vestido de casa de Worth? ¡Pues si la dama es de Almería y tiene que comprarse el vestido de Worth con el producto del esparto! Entonces tendrá que mondar y desnudar centenares de leguas cuadradas para vestir su lindo y airoso cuerpo. De casi todos nuestros cambios, más o menos libres, puede decirse lo mismo. Hasta el precio del transporte nos es perjudicial, estableciendo natural y fatalmente un derecho protector en contra de nuestras voluminosas, groseras y pesadas mercancías. Y todo esto, sin contar con el fraude, con la burla, con lo que vulgarmente se llama primada. Por cuentecillas de vidrio de colores, por clavos y otras baratijas, tomaban los compañeros del capitán Cook cuanto había de bueno y exquisito en Otahiti. Algo de esto, aunque en menor proporción, ocurre siempre en los cambios entre un pueblo adelantado y otro más atrasado. A menudo se dan objetos que tienen un verdadero valor por otros que no tienen ninguno, sino el de la moda o el capricho. La sola palabra chic, abreviatura del nombre de un menestral borracho que bailaba el cancán primorosamente, ha producido a todas las industrias parisienses, legítimas e ilegítimas, un número considerable de millones.

Se dirá que éstos no son argumentos serios; que si la palabra chic es tan productiva, debemos inventar nosotros otra palabra que lo sea más; que en nuestras manos está echarle al vino, desde luego, todos los polvos y drogas que le echan en Francia, o descubrir, fabricar o confeccionar algunos primores por los cuales nos den tanto o más que lo que damos por los vestidos de Worth. Pero a esto se contesta que, aun siendo nosotros capaces de tales invenciones, no acertaríamos a darles valor, porque aún no tenemos el prestigio y la autoridad que se requieren. Además que, según aseguran muchos autores y pretenden haber demostrado, los españoles estamos dotados de una incapacidad invencible para todas aquellas artes e industrias que conducen a hacer más agradable, más cómoda, más dulce la vida. Personas muy religiosas y patrióticas, entre ellas un académico de

la Historia, en su elegante discurso de recepción, han sostenido que esta ineptitud, calificada de sublime, es una prueba de nuestro gran ser, de nuestros pensamientos levantados y celestiales, de nuestro severo espiritualismo. Buckle coincide también en este pensamiento, como coincide con el padre Peñalosa, pero explicándolo todo a su manera. Según él, la causa principal de esto son los terremotos, frecuentísimos y terribles en España, los cuales nos traen siempre asustados y contritos y no acaban de quitarnos el temor de Dios, con lo cual no es posible el progreso. Se infiere, por tanto, que por culpa de los terremotos no tenemos chic, ni tenemos un sastre como Worth, ni una fabricadora de sombreros como madame Virot, ni un abaniquero como mister Alexandre; en suma: no sabemos hacer nada o casi nada primoroso. Nuestro orgullo, además, nos impide buscar salida para nuestras mercancías, encomiándolas, presentándolas y ofreciéndolas con insistencia. Casi todos los españoles tenemos por artículo de fe y por norma de nuestra conducta mercantil aquello de que el buen paño en el arca se vende, y cuanto paño fabricado nos parece bueno. Deduzco yo de todo lo dicho que en España pudieran, por ahora, salir fallidas las leyes del libre cambio, porque al fin no hay ley ni regla sin excepción, y que, a no ser por otra ley más poderosa, la ley de afinidad europea, que nos hace seguir el movimiento ascendente de toda esta gran república o confederación de naciones, las agonías que pasamos pudieran convertirse en muerte. Entre tanto, es indudable para mí, y para todo el que no esté obcecado por vanas teorías, que España consume hoy mucho más de lo que produce. Y esto, no sólo el Estado, sino también la sociedad. En balde nos afanamos por enjugar el déficit. Es menester trabajar mucho más o gastar mucho menos. Es menester, sobre todo, no pedir prestado, no seguir trampeando.

Prescindiendo de la honra de España, que ha sido puesta en la picota y sacada a la vergüenza en muchas casas de contratación, las condiciones con que nos dan dinero son espantosas, judaicas, usurarias por modo heroico. Cada millón nos cuesta más de cuatro, que si hoy son nominales, podrán ser efectivos si por un milagro de la Providencia llegamos a salir de la miseria presente. Hacemos un contrato aleatorio; jugamos con nuestro porvenir; de suerte que, si alguna vez tenemos el gusto de mejorar de fortuna, este gusto se acibarará con el disgusto de deber realmente cuatro a quien no nos prestó más que uno; de proporcionarle una moderada ganancia de cuatrocientos por ciento en el capital. Entre tanto, los intereses que pagamos son por lo menos de un doce por ciento. Tal vez nos arreglemos por tal arte, que sean de un dieciséis o de un dieciocho.

Cualquier trato o negociación que se haga, o se haya hecho, o se esté haciendo, para obtener dinero, disimulará tal vez el sacrificio a los ojos profanos; pero no lo mitigará. Es seguro que el dinero que tomemos, por enrevesado que sea el método de tomarlo, nos ha de costar lo mismo o más que por el método sencillo y expeditivo de emitir treses. Transmitida la operación al idioma pintoresco del vulgo, será siempre tirar de los pies a un ahorcado.

Dicen los que entienden de Hacienda que es menester proporcionarse recursos y que no nos los podemos proporcionar con menos sacrificios. Si esto es así, Dios me libre de criticar al señor ministro de Hacienda. Lo único que yo diré y digo es que el artificio de tomar prestado de un modo

tan ruinoso no es muy ingenioso, ni muy sutil, ni muy peregrino, y que si la ciencia de la Hacienda consiste en eso sólo, se puede suponer que no hay tal ciencia en la Hacienda y que el último patán puede hacer lo mismo que el profesor más hábil.

He vacilado y vacilo aún en publicar esta meditación harto rara; estos desordenados pensamientos míos, que la angustia en que vivimos y el terror que infunde en algunos corazones la ciencia económica española me han inspirado sin poderlo yo remediar. Repito, asimismo, que aquí no se aducen otras razones que las del mero sentido común más rastrero, y que desde la bajeza de este sentido común a la altura de la ciencia ha de haber una distancia infinita.

Todo esto lo reconozco y lo proclamo. Sin embargo, tal es el amor que tenemos a nuestros hijos, y la presente meditación es hija mía, que, aunque haya nacido enclenque y ruin, no he de atreverme a matarla. Más bien me atreveré a darle vida, aunque sea vida efímera y trabajosa, publicándola en un periódico, y exponiéndome por amor paternal a las iras o al menosprecio de los sabios, que tal vez hacen en este momento la felicidad de la patria. Tal vez murmuramos como murmuraba la chusma a bordo de las carabelas la víspera de aquella feliz y memorable aurora en que por vez primera aparecieron a los ojos espantados de los europeos las risueñas y fecundas costas del Nuevo Mundo. Tal vez murmuramos, como murmuraban los israelitas en el desierto porque no llegaban a ver la Tierra Prometida; y eso que el maná y las codornices que les daba su Moisés no costaban nada, y los millones que nos da nuestro Moisés cuestan mucho.

En fin: sea como sea, yo me atrevo a publicar esta endiablada meditación.

Al cabo, no soy esparciata para dar muerte a mis hijos enfermizos, aunque tenga que ser esparciata y tengamos que ser esparciatas todos los españoles para tragar la salsa negra si siguen las cosas así.

Considere el pío lector que esta meditación es como un entretenimiento y nada más, y sea verdaderamente pío, que harto lo exige el caso. Lea mi meditación sobre el dinero como quien lee un libro de cocina cuando tiene hambre, y hallará en mi meditación algún consuelo y alivio.

Si por dicha, que no es de esperar, mi meditación no pareciese muy mala, tal vez me animaría yo a escribir otra sobre las contribuciones y los empréstitos de España, diciendo siempre lo que dice el vulgo y nada más de lo que dice el vulgo, sin meterme en honduras.

Madrid, 1870.

La cordobesa

El editor de esta obra tuvo la bondad de encomendarme, un siglo ha, uno de sus artículos; y yo, como es natural, elegí la cordobesa, por ser la provincia de Córdoba donde he nacido y me he criado.

Mi extremada desidia me ha impedido hasta ahora cumplir mi palabra de escribirlo. Tal vez para cohonestar esta falta me presentaba yo un

sinnúmero de dificultades y objeciones, por cuyo medio trataba de condenar el pensamiento del editor, a fin de justificar mi tardanza en contribuir a su realización con mi trabajo.

¿Qué diferencia esencial ni siquiera qué diferencia accidental notable puede haber o hay, pongo por caso, entre la cordobesa, la jiennense o la sevillana? Allá en lo antiguo quizá la hubiese, porque no eran tan fáciles las comunicaciones y era más fácil el vivir aislado y sedentario; pero en el día en que, no ya los hombres y mujeres de contiguas provincias, sino los de remotas naciones, longincuos países y apartadísimos reinos, se ven y visitan con frecuencia, ¿cómo ha de persistir esa variedad y distinción de tipos, dando ocasión a que se describan mujeres que por sus costumbres, creencias modos de sentir y de pensar, fisonomía, continente y traje, se diferencien hasta el punto de que las pinturas o descripciones que de ellas se hagan varíen por el asunto y no sólo por el estilo del que pinta o describe? Además, me decía yo, aunque el sello de casta y el de nacionalidad sean indelebles, sin que acierte a borrarlos o a confundirlos la continua convivencia y el íntimo comercio espiritual, en esta época en que tanto se escribe se lee y se viaja; en este siglo del vapor y la electricidad, del ferrocarril y del telégrafo, todavía no logro persuadirme de que haya también un sello de provincialidad, como hay sello de nación, de tribu o de casta. Lo peculiar y lo castizo, en lo que tienen de exclusivas estas calidades provienen de divisiones que hizo la Naturaleza misma, y no de las divisiones administrativas o políticas, esto es artificiales, como son las divisiones por provincias. Malagueñas o sevillanas habrá, sin duda, de casta y suelo más homogéneos con los de ciertas cordobesas, que los de muchas cordobesas entre sí. Una mujer de Cuevas de San Marcos, por ejemplo, debe parecerse más a otra de Belalcázar, y más se parecerá la de Casariche a la de Benamejé que la de Benamejé a la de Almodóvar.

Harto se me alcanzaba que entre la gallega y la mujer de Cataluña, y entre la manchega y la vizcaína, habían de mediar radicales diferencias; pero esto de que cada provincia, fuese la que fuese, había de tener un tipo especial, se me hacía difícil de creer. Sólo salvaba yo la monotonía de este libro y cifraba su variedad en el ingenio diverso de cada escritor, en el sesgo que atinase a dar al asunto y en lo singular de su estilo, pensamientos y sentimientos.

Nunca pensé que el editor deseara que escribiésemos una reseña erudita, una serie de vidas de todas las mujeres célebres de cada provincia. Esto sería quizá, no sólo ameno, sino ejemplar y didáctico; pero no se trataba de esto, ni yo me hubiese comprometido a escribir mi artículo si de esto se tratase. No era obra histórica, ni biográfica, la que se trazaba y proyectaba, sino cuadro de costumbres y pintura al vivo o retrato fiel de lo que hoy se nota en cada provincia en los usos, cultura, ideas y demás prendas, condiciones y actos de las mujeres. Y siendo la cosa así, repito que no me percataba yo de nada o de casi nada que impidiese la monotonía de la obra por el objeto, aunque por el sujeto, o mejor diré por los sujetos, viniese a ser un jardín de flores, como la capa del estudiante, merced a la diversidad de estilos y a la idiosincrasia de cada escritor que en ella pusiese mano.

Así sobre poco más o menos, anda yo cavilando, cuando deberes de familia

me llevaron al riñón de la provincia de Córdoba, a una dichosa comarca donde el color local provincial está difundido a manos llenas por la Naturaleza pródiga e inexhausta en sus varias creaciones. Y estando este color, este sello, este tipo en todo, ¿cómo, me dije yo, no ha de estarlo en la mujer la cual es blanda cera para recibir impresiones, y duro bronce para conservarlas sin que se desvanezcan?

Más de cinco meses pasé en mi lugar, y en este tiempo mudé por completo de parecer respecto al libro del señor Guijarro. No me quedaba excusa para no escribir el artículo. Estaba persuadido de que si la cordobesa que yo pintase no era un tipo sui generis, era porque yo no sabía pintar lo que estaba viendo de un modo claro. Me decidí, pues, desde entonces a hacer esta pintura confesando con ingenuidad que, si no sale original y nueva, la culpa será mía y no del modelo.

Una cosa me turba aún y dificulta mi propósito. Al ver y tratar a la cordobesa del día, acuden a mi imaginación las ya casi borradas especies que desde mi niñez y primera juventud, harto lejanas por desgracia, dormían o estaban sepultadas en mi mente, de la cordobesa del primer tercio de este siglo. La disparidad entre el recuerdo y la impresión presente me confunde un poco. El tipo cordobés femenino no ha desaparecido; pero ha habido cambio, si bien el cambio no ha sido de lo castizo a lo exótico. El cambio ha sido por interior desenvolvimiento de la propia esencia de la mujer cordobesa, la cual, como todas las esencias inmortales, permanece en su fundamento sustancial, si bien adquiere nuevas formas y nuevos accidentes. La cordobesa de este momento histórico no es la cordobesa del momento histórico anterior; pero es siempre la cordobesa, y siempre sigue realizando su esencia, como cada hija de vecina, exteriorizando la idea típica suya propia y presentando diversos aspectos en cada una de las diversas evoluciones con que la exterioriza.

Veo que me encumbro demasiado, y voy a descender y a hablar con más llaneza, dejando los raptos filosóficos para mejor ocasión.

Hoy se me presenta la cordobesa a la vista tal como es, mientras que la memoria me la retrae tal como era treinta o cuarenta años ha. De aquí se origina cierta confusión, algo como una antinomia, pero, si bien se estudia la antinomia, se resolverá con poco trabajo en una síntesis suprema. Esta síntesis, si acertase yo a crearla, sería un artículo primoroso. Es más: sin esta síntesis no es posible el artículo, porque yo no voy a pintar a la cordobesa muerta, parada, estacionaria, inerte, fósil sino a la cordobesa viva; en movimiento, en desarrollo, en progreso; desenvolviéndose, no con prestado impulso, sino según las leyes propias de su gran ser y de su rico y generoso organismo.

Para adquirir el concepto total de la cordobesa es menester estudiarla en sus diferentes clases y estados: desde la gran señora hasta la mujer del rudo ganapán, desde la niña hasta la anciana, desde la hija de familia hasta la madre o la abuela, y verla, y visitarla, ya en la antigua y espléndida capital del califato; ya en la Sierra, al norte del Guadalquivir, abundante en minas y en dehesas selváticas y esquivas; ya en la campiña ubérrima donde hay lugares populosos y hasta lindas ciudades, y donde la riqueza, el bienestar y la cultura son mayores. Pero si fuésemos analizando y examinando por separado todas estas cosas, no tendría fin ni término nuestro artículo, y así conviene tocar sólo puntos capitales y

resumir y cifrar en dos o tres tipos todo lo que hay en la cordobesa de más característico y propio.

Claro está que en la provincia de Córdoba hay damas ricas que han estado o están en Madrid, que tal vez han ido a Baden o Biarritz algún verano; que hablan francés, que han paseado en el bosque de Boulogne, que conocen acaso varias cortes extranjeras, que leen las novelas de Jorge Sand y los versos de Lamartine en la misma lengua en que se escribieron, y que se visten con Worth, con Laferrière, con la Hongrina o con la Isolina. En todas estas damas subsiste aún la esencia de la mujer cordobesa; pero sería menester ahondar y penetrar demasiado para descubrir esta esencia al través de tantos aditamentos extraños y de tantas exterioridades postizas. Busquemos, pues, a la genuina cordobesa donde no tengamos necesidad de profundizar o de eliminar para hallarla; busquémosla en la lugareña, ya sea rica, ya pobre, ya señora, ya criada.

La lugareña es en extremo hacendosa, por pobre que sea, tiene la casa saltando de limpia. Los suelos, de losa de mármol, de ladrillo o de yeso cuajado, parecen bruñidos a fuerza de aljofifa. Si el ama de la casa goza de algún bienestar, resplandecen en dos o tres chineros el cristal y la vajilla y en hileras simétricas adornan las paredes de la cocina peroles, cacerolas y otros trastos de azófar o de cobre, donde puede uno verse la cara como en un espejo.

La cordobesa es todo vigilancia, aseo, cuidado y esmerada economía. Nunca abandona las llaves de la despensa, de las alacenas, arcas y armarios. En la anaquelera o vasares de la despensa suele conservar, con próspera y rica profusión, un tesoro de comestibles, los cuales dan testimonio, ya de la prosperidad de la casa, ya de lo fértil de las fincas del dueño, si son productos indígenas, y, como suele decirse, de la propia crianza y labranza; ya de la habilidad y primor de la señora, cuyo trabajo ha aumentado el valor de la primera materia con alguna preparación o condimento. Allí tiene nueces, castañas, almendras, batatas, cirolitas imperiales envueltas en papel para que se pasen, guindas en aguardiente, orejones y otras mil chucherías. Los pimientos picantes, las guindillas y cornetas y los ajos cuelgan en ristras al lado del bacalao, en la parte menos pulcra. En la parte más pulcra suele haber azúcar, café, salvia, tila, manzanilla y hasta té a veces, que antes sólo en la botica se hallaba. Del techo cuelgan egregios y gigantescos jamones, y, alternando con esta bucólica manifestación del reino animal, dulces andregüelas invernizas, uvas, granadas y otras frutas. En hondas orzas vidriadas conserva la señora lomo de cerdo en adobo, cubierto de manteca; pajarillas, esto es, asaduras, riñones y bazo del mismo cuadrúpedo, y hasta morrillas, alcauciles, setas y espárragos trigueros y amargueros, todo ello tan bien dispuesto, que basta calentarlo en un santiamén para dar una opípara comida a cualquier huésped que llegue de improviso.

La matanza se hace una vez al año en cada casa medianamente acomodada, y en aquella faena suele lucir la señora su actividad y tino. Se levanta antes que raye la aurora, y rodeada de sus siervas dirige, cuando no hace ella misma, la serie de importantes operaciones. Ya sazona la masa de las morcillas echando en ella, con rociadas magistrales y en la conveniente proporción, sal, orégano, comino, pimienta y otras especias; ya fabrica los chorizos, longanizas, salchichas y demás embuchados.

La mayor parte de esto se suspende del humero en cañas o barras largas de hierro, lo cual presta a la cocina un delicioso carácter de succulenta abundancia. Casi siempre se reciben en invierno las visitas en torno del hogar, donde arde un monte de encina o de olivo y pasta de orujo bajo la amplia campana de la chimenea. Entonces, si el que llega mojado de la lluvia o transido de frío, ya de la calle, ya del campo, alza los ojos al Cielo para darle gracias por hallarse tan bien, se halla mucho mejor y tienen que reiterar las gracias al descubrir aquella densa constelación de chorizos y de morcillas, cuyo aroma trasciende y desciende a las narices, penetra en el estómago y despierta o resucita el apetito. ¡Cuántas veces lo he saciado yo estando de tertulia, por la noche, en torno de uno de estos hogares hospitalarios! Tal vez la misma señora, tal vez alguna criada gallarda y ágil, descolgaba con regia generosidad una o dos morcillas y las asaba en parrilla sobre el rescoldo. Comidas luego con blanco pan, con un traguito de vino de la tierra, que es el vino mejor del mundo, y en sabrosa y festiva conversación, sabían estas morcillas a gloria.

Es injusta la fama cuando asegura que se come mal por allí. En mi provincia hay un sibaritismo rústico que encanta. Bien sabe mi paisana estimar, buscar y servir en su mesa las mejores frutas, empezando por la que se cría en su heredad, mil veces más grata al paladar y más lisonjera para el amor propio que la tan celebrada del cercado ajeno. Ni carece tampoco, en la estación oportuna, de cerezas garrafales de Carcabuey, de peras de Priego, de melones de Montalván, de melocotones de Alcaudete, de higos de Montilla, de naranjas de Palma del Río, y aun de aquellas únicas ciruelas, que se dan sólo en las laderas del castillo de Cabra; ciruelas, dulces como la miel, que huelen mejor que las rosas. En cuanto a las uvas, no hay que decir que son mejores ni peores en ninguna parte, porque son excelentes en todas: y las hay lairenes, pedrojiménez, negras, albillas, dombuenas, de corazón de cabrito, moscateles, baladíes, y de otros mil linajes o vidueños.

Las aceitunas no ofrecen menor variedad: manzanillas, picudas, reinas, gordales, y qué sé yo cuántas otras. La mujer cordobesa se vale para prepararlas de mil ingeniosos métodos y de mil aliños sabrosos; pero, ya estén las aceitunas partidas o enteras, rellenas u orejonadas, siempre interviene en ellas el laurel, premio de los poetas.

Pues ¿qué alabanza, qué encarecimiento bastará a celebrar a mi paisana, cuando despunta por lo habilidosa? ¡Qué guisos hace o dirige, qué conservas, qué frutas de sartén, y qué rara copia de tortas, pasteles, cuajados y hojaldres! Ya con todo género de especierías, con nueces, almendras y ajonjolí, condimenta el morisco alfajor, picante y aromático; ya la hojuela frágil, liviana y aérea; ya el esponjado piñonate, y ya los pestiños con generoso vino amasados; sobre todo lo cual derrama la que tanto abunda en aquellas comarcas, silvestre y cándida miel, ora perfumada de tomillo y romero en la heroica y alpestre Fuenteovejuna, que en lo antiguo se llamaba la Gran Melaría; ora extraída, merced a las venturosas abejas, del azahar casi perenne, que se confunde con el fruto maduro por todos los verdes naranjales, en las fecundas riberas del Genil y del Betis.

Sería cuento de nunca acabar si yo refiriese aquí circunstancialmente

cuanto sabe hacer y hace la cordobesa en lo que atañe a pastelería y repostería. No puedo, con todo, resistir a la tentación de dar una somera noticia de lo más interesante. Hace la cordobesa gajorros, cilindros huecos, formados por una cinta de masa que se enrosca en espiral, para los cuales, a fin de que crujan entre los dientes y se deshagan luego con suavidad en la boca, es indispensable una maestría soberana así en el amasijo como en la fritura. La batata en polvo y las carnes de manzana, membrillo y gamboa que toda cordobesa prepara debieran ser conocidas y estimadas en las mesas de los príncipes y magnates. Con el mosto hace la cordobesa gachas, pan y arropes infinitos, ya de calabaza, ya de cabellos de ángel y ya de uvas, aunque entonces toma el nombre de uvate y deja el de arrope.

Quiero pasar en silencio por no molestar al lector y porque no me tilde de prolijo y tal vez de goloso los hojaldres hechos de flor de harina y manteca de cerdo en pella; los multiformes bizcochos entre los cuales sobresale la torta o bollo maimón; los nuégados, los polvorones, las sopaipas, los almíbares y las perrunas, exquisitas, a pesar de lo poco simpático del nombre que llevan. Pero ¿cómo no detenerse en el debido encomio de ciertas empanadas, en mi sentir, deliciosas y tan propias y privativas de por allá, que la mujer que no haya nacido cordobesa no poseerá jamás el quid divinum que para amasarlas se requiere, ni acertará a darles el debido punto de cochura? Estas empanadas son, en dicho sentido, incomunicables. Aunque en mayor escala, acontece con ellas lo que con el turrón de Jijona, que al instante se conoce la falsificación. Bien puede tener la más docta cocinera la receta auténtica, exacta, minuciosa, de estas empanadas; apuesto a que no las hace, si no es de mi provincia. A quien no ha comido de tales empanadas le parecerá abominable que, constando el relleno de boquerones o sardinas con un picadillo de tomates y cebollas, se tomen las empanadas con chocolate; pero así es la verdad y están buenas, aunque parezca inverosímil.

No es nuevo este arte de repostería y pastelería, ni su florecimiento entre las cordobesas. Según un escrito fehaciente, reimpresso y divulgado poco ha (la verdadera historia de La lozana andaluza), dicho arte florecía ya a principios del siglo XVI. Aquella insigne mujer, que era cordobesa, hacía con admirable perfección casi todo cuanto aquí hemos mentado, si bien el autor lo refiere de corrida, sin detenerse tanto como nosotros en el asunto. Probado deja, sin embargo, que ya entonces era parte este gran saber, en la educación de mis paisanas y que de madres a hijas ha venido transmitiéndose hasta ahora por medio de la tradición. Así es que cualquier cordobesa, si no es manca y tiene mediano caletre, podrá jactarse en el día, como ha más de tres siglos se jactaba la Lozana, si es que la modestia lo permite, de que sobrepuja a Platina De voluptatibus y a Apicio Romano De re coquinaria.

Con todo, acerca de lo último (en lo tocante a cocina propiamente dicha), no hay, hablando con franqueza, tanto de qué jactarse como en la parte de repostería. Este arte, incluyendo en él, aunque parezca disparatado, todo lo relativo a la matanza, es, en la provincia de Córdoba, un arte más liberal, menos entregado a manos mercenarias. Apenas si hay hidalga, por encopetada y perezosa que sea, que, según ya hemos dicho, no trabaje en estos negocios col seno e colla mano. Ya sazona el adobo; ya echa con su

blanca diestra el aliño a las longanizas; ya rellena tal cual chorizo con un embutido de lata; ya pincha las morcillas para que se les salga el aire, valiéndose de una aguja de hacer calceta o de una horquilla que desprende de sus hermosos cabellos.

Suele, en verdad, venir a las casas, en los días de matanza, o en los que preceden a la Nochebuena, cuando se hacen mil golosinas, o durante la vendimia, para hacer el arrope y las gachas de mosto, o poco antes de Semana Santa, para solemnizarla con hojuelas, pestiños, gajorros y piñonate, alguna mujer perita, de tres o cuatro que hay siempre en cada lugar, la cual se pone al frente de todo; pero rarísima vez la señora abdica en esta mujer por completo y se sustrae a toda responsabilidad. Esta mujer no pasa de ser una ayudanta, una altera ego. Quien en realidad dirige es el ama. Y sólo cede el ama la dirección, o, para hablar con rigurosa exactitud, no la cede ni dimite, sino que comparte la responsabilidad y divide el imperio, cuando se da la feliz circunstancia de que haya alguna mujer que sea un genio inspirado, con misión y vocación singular para tales asuntos. Así sucedía en mi lugar con una mujer que llamaban Juana la Larga, la cual murió ya; y es muy cierto que ha dejado una hija heredera de sus procedimientos arcanos; pero el genio no se hereda, y la hija de Juana la Larga no llega, ni con mucho, a donde llegaba su madre: es mucho menos larga en todo, como lo reconocen y declaran cuantas personas, competentes han conocido a la una y a la otra. Con la cocina, con el guiso diario, hay muy distinto proceder. Una señora cuidadosa y casera tendrá cuenta con lo que se guisa, irá a la despensa, dará órdenes; pero el verdadero guisar queda enteramente al cuidado de la cocinera. De aquí lo decaído del arte. La cocina cordobesa fue, sin duda, original y grande. Hoy es una ruina, como los palacios de Medina-Azahara y los encantadores jardines de La Almunia. Sólo quedan algunos restos; que dan señales, que son reliquias de la grandeza pasada: restos que un hábil cocinero arqueólogo pudiera restaurar, como ha restaurado Canina los antiguos monumentos de Roma.

Sería menester una pericia técnica de que carezco, para caracterizar aquí la cocina cordobesa, excelente aunque arruinada, y para definirla y distinguirla entre las demás cocinas de los diversos pueblos, lenguas y tribus del globo.

El lector me perdonará que hable casi como profano en esta materia trascendente.

Yo creo que, sin desestimar la cocina francesa, que hoy priva y prevalece en el mundo, hay restos y como raíces en la de Córdoba, que no deben menospreciarse. ¿Quién sabe si darán aún opimos frutos sin desnaturalizarse con injertos, sino conservando el ser castizo que tienen?

Las habas, a pesar del anatema de Pitágoras, que tal vez las condenó como afrodisíacas, son el principal alimento de los campesinos de mi tierra. El guiso en que las preparan, llamado por excelencia cocina, es riquísimo. Dudo yo que el más científico cocinero francés, sin más que habas, aceite turbio, vinagre architurbio, pimientos, sal y agua, pueda sacar cosa tan rica como dicha cocina de habas preparada por cualquier mujer cordobesa. Del salmorejo, del ajo blanco y del gazpacho, afirmo lo propio. Será malo; harán mil muecas y melindres las damas de Madrid si lo comen; pero tomen

los ingredientes, combínenlos y ya veremos si producen algo mejor. Por lo demás, el salmorejo, dentro de la rustiqueza del pan prieto, ...y los rojos pimientos y ajos duros, de que principalmente consta, debe pasar por creación refinada en las artes del deleite, sobre todo si se ha batido bien y largo tiempo por fuertes puños y en un ancho dornajo. En cuanto al gazpacho, es saludable en tiempo de calor y después de las faenas de la siega, y tiene algo de clásico y de poético. No era más que gazpacho lo que, según Virgilio, en la égloga II, preparaba Testilis para agasajo y refrigerio de los fatigados segadores:

Allia, serpyllumque, herbas contundit olentes.

Dejo de hablar de la olla, caldereta, cochifrito, ajo de pollo y otros guisados, por no tener diverso carácter en Córdoba que en las restantes provincias andaluzas. Sólo diré algo en defensa de la alboronía, por haberse burlado de ella un agudo escritor, amigo mío, y por habernos suministrado la ciencia moderna un medio de justificarla, y aun de probar, o rastrear al menos, que la antigua cocina cordobesa fue una cocina aristocrática o casi regia, que ha venido degenerando. El sabio orientalista Dozy demuestra que la inventora de la alboronía, o quien le dio su nombre, fue nada menos que la sultana Borán, hermosa, distinguida y comme il faut entre todas las princesas del Oriente. Tal vez el creador de la alboronía dedicó su invención a esta sultana, como hacen hoy los más famosos cocineros, dedicando sus guisos y señalándolos, con el nombre de algún ilustre personaje. Así, hay solomillo a lo Chateaubriand, salmón a lo Chambord y otros condimentos a lo Soubisse, a lo Bismarck, a lo Thiers, a lo emperatriz, a lo reina y a lo Pío IX. Para mayor concisión se suprime el nombre de lo guisado y queda sólo el del personaje glorioso; por donde cualquiera se come un Pío IX o un Chateaubriand sin incurrir en antropofagia.

Sin duda, así como en vista del aserto irrefragable de Dozy, la alboronía viene de la sultana Borán, la torta maimón y los maimones, que son unas a modo de sopas, deben provenir del califa, marido de la susodicha Borán, el cual se llamaba Maimón, ya que no provengan del gran filósofo judío Maimónides, que era cordobés, y compatriota, por tanto, de los maimones, sopa, torta y bollo.

Fuerza es confesar, a pesar de lo expuesto, que estas cosas se han maleado. Son como los refranes, que fueron sentencias de los antiguos sabios y han venido a avillanarse; o como ciertas familias de clara estirpe, que han caído en baja y oscura pobreza. Lástima es, por cierto, que así pase; pues los primeros elementos son exquisitos para la cocina en toda la provincia de Córdoba.

Entre las jaras, tarajes, lentiscos y durillos, en la espesura de la fragosa sierra, a la sombra de los altos pinos y copudos alcornocues, discurren valerosos jabalíes y ligeros corzos y venados; por toda la feraz campiña abundan la liebre, el conejo, la perdiz y hasta el sisón corpulento, y toda clase de palomas, desde la torcaz hasta la zurita. No bien empieza a negrear y a madurar la aceituna, acuden de África los zorzales, cuajando el aire con animadas nubes. El jilguero, la oropéndola, la vejeta y el verderón alegran la primavera con sus trinos amorosos. El gran Guadalquivir da mantecosos sábalos y sollos enormes; y dan ancas de

ranas y anguilas suaves todos los arroyos y riachuelos. Sería proceder en infinito si yo contase aquí los productos del reino vegetal, la flora de aquella tierra predilecta del Cielo, sobre la cual, según popular convencimiento y arraigada creencia, está verticalmente colocado, en el cenit, el trono de la Santísima Trinidad. Baste saber que las mil y tantas huertas de Cabra son un Paraíso. Allí, si aún estuviese de moda la mitología, pudiéramos decir que puso su trono Pomona; y extendiéndonos en esto, y sin la menor hipérbole, bien añadiríamos que Palas tiene su trono en las ermitas; Ceres, en los campos que se dilatan entre Baena y Valenzuela, y Baco, el suyo, en los Moriles, cuyo vino supera en todo al de Jerez.

La cordobesa mira con desdén todo esto, o bien porque le es habitual y no le da aprecio, o bien por su espiritualismo delicado. Sin embargo, algunas señoras se esmeran en cuidar frutas y en aclimatar otras poco comunes hasta ahora en aquellas regiones, como la fresa y la frambuesa. Asimismo suele tener la cordobesa un corral bien poblado de gallinas, patos y pavos, que ella misma alimenta y ceba; y ya logra verse, aunque rara vez, la desentonada y atigrada gallina de Guinea. El faisán sigue siendo para mis paisanas un animal tan fabuloso como el fénix, el grifo o el águila bicípite.

Donde verdadera y principalmente se luce la cordobesa es en el manejo interior de la casa. Los versos en que Schiller encomia a sus paisanas, pudieran con más razón aplicarse a las mías. No es la alemana la que describe el gran poeta: es la madre de familia de mi provincia o de mi lugar:

Ella en el reino aquél prudente manda
reprime al hijo y a la niña instruye;
nunca para su mano laboriosa,
cuyo ordenado tino
en rico aumento del caudal influye.

¡Cómo se afana! ¡Cómo desde el amanecer va del granero a la bodega y de la bodega a la despensa! ¡Cómo atisba la menor telaraña y hace al punto que la deshollinen, cuando no la deshollina ella misma! ¡Cómo limpia el polvo de todos los muebles! ¡Con qué esmero alza en el armario o guarda en el arca o en la cómoda la limpia ropa de mesa y cama sahumada con alhucema! Ella borda con primor, y no olvida jamás los mil pespuntos, calados, dobladillos y vainicas que en la miga le enseñaban, y que hizo y reunió en un rico dechado, que conserva como grato recuerdo. No queda camisa de hilo o de algodón que no marque, ni calceta cuyos puntos no encubra y junte, ni desgarrón que no zurza, ni rotura que no remiende. Si es rica, ella y su marido y su prole están siempre aseados y bien vestidos. Si es pobre, el domingo y los días de grandes fiestas salen del fondo del arca las bien conservadas galas: mantón o pañolón de Manila rica saya y mantilla para ella; y para el marido una camisa bordada con pájaros y flores, blanca como la nieve, un chaleco de terciopelo, una faja de seda encarnada o amarilla, un marsellés remendado, unos zahones con botoncillos de plata dobles y de muletilla, y unos botines prolijamente bordados de seda en el

bien curtido becerro. Sobre todo esto, para ir a misa o a cualquier otra ceremonia o visita de cumplido, se pone mi paisano la capa. Sería una falta de decoro, casi un desacato, presentarse sin ella aunque señale el termómetro treinta grados de calor. En efecto, la capa, como toda vestidura talar y rozagante, presta a la persona cierta amplitud, entono y prosopopeya. No es esto decir que en mi tierra no se abuse de la capa. Me acuerdo de un médico que nos visitaba en el lugar, siendo yo niño, el cual no la abandonaba jamás; iba embozado en ella y no se desembozaba ni aun para tomar el pulso, tomándolo por cima del embozo. Claro está que quien no se quita jamás la capa, menos se quita el sombrero, sino en muy solemnes ocasiones. Hombre hay que ni para dormir se lo quita, trayéndolo hacia la cara para defenderla del sol o de la luz, si duerme la siesta al aire libre; así como se lo lleva hacia el morrillo o cogote, sosteniéndolo con la mano, para saludar a las personas que más respete y acatamiento le merecen. Pero volvamos a nuestra cordobesa.

Pobre o rica se esmera como he dicho, en la casa. En algunas hay ya habitaciones empapeladas; pero lo común es el enjalbiego, lo cual será grosero y rustico si se quiere, mas alegre con la blancura y da a todo un aspecto de limpieza. La misma ama si es pobre, y si no la criada, enjalbega a menudo toda la casa incluso la fachada. Esta manía de enjalbegar llega a tal extremo, que una señora de mi lugar, algunos años ha, enjalbegaba su piano: el primero que apareció por allí. Ahora hay ya muchos y buenos, hasta de palo santo, y se cuentan por docenas las señoras y señoritas que tocan y cantan.

Los patios, en Córdoba y en otras ciudades de la provincia, son como los de Sevilla, cercados de columnas de mármol, enlosados y con fuentes y flores. En los lugares más pequeños no suelen ser tan ricos ni tan regulares y arquitectónicos; pero las flores y las plantas están cuidadas con más amor, con verdadero mimo. La señora, en la primavera y en las tardes y noches de verano, suele estar cosiendo o de tertulia en el patio, cuyos muros se ven cubiertos de un tapiz de verdura. La hiedra, la pasionaria, el jazmín, el limonero, la madre selva, la rosa enredadera y otras plantas trepadoras tejen ese tapiz con sus hojas entrelazadas y lo bordean con sus flores y frutos. Tal vez está cubierta de un frondoso emparrado una buena parte del patio; y en su centro, de suerte que se vea bien por la cancela, si por dicha la hay, se levanta un macizo de flores, formado por muchas macetas, colocadas en gradas o escaloncillos de madera. Allí, claveles, rosas, miramelindos, marimoñas, albahaca, boj, evónimo, brusco, laureola y mucho dompedro fragante. Ni faltan arriates todo alrededor, en que las flores también abundan; y para más primor y amparo de las flores, hay encañados vistosos, donde forman las cañas mil dibujos y laberintos, rematando en triángulos y en otras figuras matemáticas. Las puntas superiores de las cañas, con que se entretejen aquellas rejas o verjas, suelen tener por adorno sendos cascarones de huevo o lindos esmaltados calabacines. Las abejas y las avispas zumban y animan el patio durante el día. El ruiseñor le da música por la noche.

En el invierno, la cordobesa tiene buen cuidado de que plantas de hoja perenne hermosteen su habitación. Canarios o jilgueros recuerdan la primavera con sus trinos; y si el amo de casa es cazador, no faltan perdices y codornices cantoras en sus jaulas, y las escopetas y trofeos de

caza adornan las paredes. En torno del hogar, casi en tertulia con los amos, vienen a colocarse los galgos y los podencos.

Todavía en las casas aristocráticas de los lugares suele haber uno como bufón o gracioso, que recuerda, si bien por lo rústico, al lacayo de nuestras antiguas comedias. Este gracioso posee mil habilidades: caza zorzales con silbato y percha, y jilgueros con liga o red, y pesca anguilas metiéndose en los charcos y arroyos y cogiéndolas con la mano. Alguno de éstos suele tener un poco de poeta: da los días a la señora en décimas y compone coplas en su elogio, y sátiras contra los rivales o contrarios de sus amos. Acompaña también y entretiene a los niños, y sabe una multitud de cuentos, que relata con animación y mucha mímica. La criada del lugar no deja de saber también muchos cuentos, y los cuenta con gracia. Los sabe de asombros, de encantos y de amores; y todos éstos son serios. Para lo cómico y jocoso atesora una infinidad de chascarrillos picantes.

Siendo yo pequeñuelo, no me hartaba nunca de oír cuentos que me contaban las criadas de casa. El más bonito, el que más me deleitaba, era el de doña Guiomar, cuyo argumento, en lo esencial, es el mismo del drama indio de Kalidasa titulado Sakúntala. Los árabes, sin duda, trajeron este cuento y otros mil, en la Edad Media, desde el remoto Oriente.

La criada que descuella por lo lista amena y entretenida, se capta la voluntad y se convierte siempre en la acompañanta o favorita del ama, o de la niña o señorita soltera. Viene a asemejarse a la confidenta de las tragedias clásicas, y aun puede hacer el papel de Enona. De todos modos va con su ama a visitas, a misa y a paseo; le lleva y le trae recados, y procura tenerla al corriente de cuanto pasa en el lugar.

A esto de saber vidas ajenas y de murmurar, menester es confesarlo, hay una deplorable afición en las hidalgas y ricas labradoras de por allí. Por lo demás, si hay algo de cierto en el mordaz proverbio que dice: Al andaluz hacedle la cruz, y al cordobés, de manos y pies, bien puede afirmarse que no reza con las mujeres; antes son víctimas las pobrecitas de los levantiscos, alborotados y amigos de correrla, que son generalmente los maridos. Ya dice uno que va al campo a ver las viñas o los olivares y a inspeccionar la poda, la cava u otra labor cualquiera; ya supone otro que va a cazar sub Jove frígido, tenerae conjugis inmenor; ya éste tiene que ir a negocios a la cabeza de partido, o a Córdoba, o a Madrid por motivos políticos; ya alega aquél que debe ir a Jerez a llevar muestra de vino, o a alguna feria, a ver si vende o compra ganado; en suma: jamás carece ninguno de pretexto para estar ausente de su casa la mitad del año. Si el marido es mozo y alegre, suele pasar, meses enteros lejos del techo conyugal. La tierna esposa, entre tanto, queda en la soledad y en el abandono, y si a menudo se ve asediada por los pretendientes, imita a Penélope y aun se le adelanta, pues al cabo su marido, ni fue a pasar trabajos y a aventurar la vida en la guerra de Troya, ni de fijo, salvo raras y laudables excepciones, se muestra más fosco y zahareño que Ulises con las Circes y Calipsos que en mesones, hosterías, fondas y otras partes se le aparecen.

Muy de maravillar y muy digna de alabanza es esta fidelidad resignada de la cordobesa. No negaré, con todo, que a veces agota la cordobesa la resignación y rompe el freno de la paciencia. Entonces estallan los celos

como una tempestad. Me acuerdo de cierta parienta mía que supo que su marido tenía con todo sigilo a una muchacha en su casa de campo, adonde iba todas las tardes y aun se quedaba algunas noches, con pretexto de las labores. Apenas lo supo, mandó que pusiesen las jamugas a la burra, se hizo acompañar en otra burra por su confidenta, y, sin que su marido lo notase, se fue por aquellos vericuetos hasta llegar a la casería. Terrible fue la entrevista con la pecadora, a quien echó de allí a pescozones. Debo advertir que en éste y otros casos se avivan los celos con poderosas razones económicas. Tal linaje de mancebas debe ser muy costoso, y remata en la pérdida de pingües y desahogados caudales. No se origina el gasto, ni nace de las galas y dijes, coches y primores que hay que comprar a la muchacha, ni el boato y pompa con que es menester sostenerla; aunque todo es relativo y proporcional, y en algo de esto se gasta también. La hetera de lugar es menos exigente, pedigüeña y antojadiza que las Coras, las Baruccis, las Paivas y otras famosas heteras parisienses; pero aquéllas son solas, se diría que nacieron como los hongos, y la lugareña tiene un diluvio de parientes que se lanza y abate sobre la casa y la hacienda del mantenedor enamorado, como bandada de langostas hambrientas y voraces. Los primos, los sobrinos, los cuñados, la madre, las tías, todos en suma, se creen con derecho a cuanto hay: con derecho al trabajo, y, por consiguiente, con derecho a la asistencia y la holganza. El aceite sale de tu bodega, no por panillas, sino por arrobos; las lonjas de tocino vuelan de la despensa; las morcillas transponen; la manteca se evapora; los jamones se disipan. La parentela entera se alumbra, se calienta, come, bebe y hasta mora a costa tuya. Si tienes casas, las habitará alguien de la parentela, y no te las pagará; si eres cosechero de vino o aguardiente, menudearán las botas, botijas y botijuelas, y entrarán vacías y saldrán rebosando.

No se crea, no obstante, que, siendo tan lucrativo este oficio, se dedican muchas mujeres a él y abaratan el mercado con la competencia. En todo el territorio de Córdoba ha vivido siempre gente muy hidalga y harto difícil en puntos de honra. Colonia en lo antiguo de verdaderos ciudadanos romanos, y no de libertos, como otras, mereció y obtuvo el título de patricia; cuando la invasión mahometana, no vinieron a poblarla rudos y plebeyos berberiscos, sino, claros varones de pura sangre árabiga; los linajes más ilustres de Medina y de la Meca; los descendientes de los ansares, tabíes y muadjires. Y, por último, habiendo sido mi provincia, durante dos siglos, fronteriza con el reino de Granada, ha debido tener y ha tenido para custodia y defensa de sus lugares, fuertes, y para tomar el desquite a cualquier ataque, entrando en algarada por los dominios del alarbe, talando sus mieses y haciendo otras mil insolencias y diabluras, una población de hombres recios y valerosos,

todos hidalgos de honra
y enamorados de veras,

como canta el viejo romance. Desde entonces no ha deslucido Córdoba su bien cimentada reputación; y no por vana jactancia, sino con sobra de motivo, lleva por mote, en torno de los rampantes leones de su limpio

escudo: Corduba militae domus, inclyta fonsque sophiae. Lucano, Séneca, Averroes, Ambrosio de Morales, Góngora y mil otros dan testimonio de lo segundo. Acreditan lo primero, en multitud innumerable, los acérrimos y audaces guerreros que por todos estilos ha criado Córdoba, ya para pasmo y terror de los enemigos de España, como el Gran Capitán; ya para perpetua desazón y sobresalto constante de los españoles mansos, como el Tempranillo, el Guapo Francisco Esteban, el Chato de Benamejí, el Cojo de Encinas Reales, Navarro el de Lucena y Caparrota el de Doña Mencía. No es, pues, llano el que haya por allí mucho marido sufrido, mucho padre complaciente y mucha interesada y fácil mujer. La que lo es se lo hace pagar caro, no tanto por la rareza, sino por lo que pierde. Sólo a fuerza de regalos y de espléndida generosidad, y deslumbrando con su lujo, se hace perdonar en ocasiones sus malos pasos. Aun así, es mirada con desprecio, y no suelen llamarla con su nombre de pila, sino con un apodo irónico, como, por ejemplo, la Galga, la Joya, la Guitarrica. Tal vez la designan con el nombre genérico del país de que es natural, como para designar su origen forastero: y de éstas he conocido yo a la Murciana, a la Manchega y a la Tarifeña.

Si alguna mocita soltera o alguna casada joven siente veleidades de dejarse seducir y sonsacar, hay con frecuencia un padre o un marido que la sana y endereza con una buena vara de mimbre. Ni debe estar muy seguro y descuidado el seductor, por mucho respeto que inspire. No basta a veces la inocencia, si es que infunde recelos algún galán. Cierta compañero mío de colegio, en el Sacro Monte, fue, años ha, a curar las almas en un lugar de mi provincia. Era gran teólogo, recto y virtuoso, pero bien hablado, elegantísimo, peripuesto y agradable; era hombre que en el siglo XVIII hubiera figurado, en una corte, como el más delicioso abate. Pues bien: en el pueblo la tomaron pon él, y, como vulgarmente se dice, le abroncaron. El bronquis que le dieron llegó hasta tirarle algunos tiros, pero con pólvora sólo, para asustarle. Él calculó que de la pólvora, si no surtía efecto, se podría con facilidad pasar a los perdigones, y se largó con la música y la teología a otra parte menos difícil.

Semejantes extremos son raros, por fortuna. La cordobesa no es coqueta sino muy prudente y sigilosa, ya nadie compromete. Aunque sea de la más humilde condición, acostumbra desahuciar al paciente enamorado, hablando de su honor, como las damas calderonianas. Cuando esto no basta, ni chilla, ni alborota, ni escandaliza, pero se defiende cual una Pentesilea, lucha como el ángel luchó con Jacob, en las tinieblas de la noche; y robusta, aunque angélica, suele echarle la zancadilla, derribarle, y hasta darle una soba, todo con muda elocuencia y en silencio maravilloso. Y no se extrañe esto, porque en la clase de muchachas pobres, y aun en algunas acaudaladas labradoras, es notable la robustez. Son más duras que el mármol, no sólo de corazón, no sólo en el centro, sino por toda la periferia. Cierta día hicimos una jira de campo con las más garridas y principales mozas del lugar. Una de ellas, creyendo el asiento más alto, se sentó de golpe sobre un montón de tejas. Eran de las macizas y mejores de Lucena. Tres vimos rotas. Ella nos dijo con encantadora modestia que ya, antes de la caída, lo estaban.

No se entienda, por lo dicho, nada que amengüe o desfigure en lo mínimo la esbeltez y gentileza de mis paisanas. Una cosa es la densidad y la

firmeza, y otra el desaforado volumen. La moza, que desde niña trabaja, anda mucho y va a la fuente que está en el ejido, volviendo de allí con el cántaro lleno, apoyado en la cadera o con la ropa lavada por ella en el arroyo, es fuerte, pero no gorda. La fuente o el pilar era el término de mi paseo cotidiano, y allí me sentaba yo en un poyo, bajo un eminente y frondoso álamo negro. Al ver lavar a las chicas, o llenar los cántaros y subir con ellos tan gallardas, airosas y ligeras, por aquella cuesta arriba, me trasladaba yo en espíritu a los tiempos patriarcales; y ya me creía testigo de alguna escena bíblica como la de Rebeca y Eliezer; ya comparándome con el prudente rey de Ítaca, me juzgaba en presencia de la princesa Nausicaa y de sus amables compañeras. Nada de miriñaques ni ahuecadores en aquellas muchachas. El pobre vestido corto, sobre todo en verano, se ciñe al cuerpo y se pliega graciosamente, velando y revelando las formas juveniles, como en la estatua de Diana cazadora.

Por desgracia, las damas del lugar han adoptado, en cuanto cabe, casi todas las modas francesas, y van perdiendo el estilo propio de vestir y peinarse. Todas usaron ingentes miriñaques totales, y ahora usan el miriñaque parcial yseudocalípigo que priva. El día menos pensado abandonarán la mantilla y se pondrán el sombrerito. Todas se peinan, tomando por modelo el figurín, y suelen llamar a este peinado de cucuné o de remangué, a fin de darle, hasta en el nombre, cierto carácter extranjero. Las faldas, en vez de llevarlas cortas, las llevan largas, y van barriendo con la cola el polvo de los caminos. En resolución: es una pena este abandono del traje propio y adecuado.

A pesar de tales disfraces, la belleza, o al menos la gracia, el garbo y el salero son prendas comunes en mis paisanas. Tienen en el andar mucho primor, y más aún si bailan. Los rigodones, y el vals, y la polca se van aclimatando; pero el fandango no se desterró todavía. Hasta las señoritas salen a hacer una mudanza, si las sacan y obligan en cualquier fiesta campestre, y se mueven y brincan con gallardía y desenfado, y repiquetean con brío las castañuelas. Mujeres hay del pueblo que en esto de bailar y tocar las castañuelas, vencen a la Teletusa, celebrada por Marcial en aquel epigrama que principia:

Edere lascivos ad Botica crusmata gestus.

Si la mujer casada, como ya queda expuesto, es un modelo de paciencia conyugal, la soltera es casi siempre un modelo de novias. Puntualmente baja a la reja todas las noches a hablar con el enamorado, a lo que se llama pelar la pava. En cada calle de cualquier lugar de Andalucía se ven, de diez a una de la noche, sendos embozados, como cosidos a casi todas las rejas. Tal vez suspira él y exclama:

-¡Qué mala es usted!

Y ella responde:

-Pues no, ¡que usted!...

Y exhala otro suspiro.

Así se pasan horas y horas.

Tiene tal encanto este ejercicio, para el hombre sobre todo, que no pocos noviazgos se prolongan más que el de Jacob y Raquel, que duró catorce años, sólo por no perder el encanto de pelar la pava. Las pobres muchachas lo sufren con paciencia, pero languidecen y se ponen ojerosas.

Verdad es que luego, cuando se casan, no sucede, como en otras partes, que

la mujer sigue sirviendo, trabajando y afanando. Aunque sea el novio un miserable jornalero, procura que su novia, no bien llega a ser su mujer, salga de todo trabajo, no vuelva a escardar ni a coger aceituna, y sea en su casa como reina y señora. Si está sirviendo, se despide y deja de servir; y ya no cose, ni lava, ni plancha, ni friega, ni guisa sino para su marido y para sus hijos. El hombre, salvo en raras ocasiones, es quien trabaja, busca o granjea o garbea lo necesario para el sostén de toda la familia.

La cordobesa, sea de la clase que sea, es todo corazón y ternura; pero sin el sentimentalismo falso y de alquimia que ha venido de extranjos. Nadie (vergüenza es confesarlo) ha pintado a la cordobesa del pueblo, verdaderamente enamorada y apasionada, como el novelista Mérimée. Su Carmen es el tipo ideal de la humilde y baja de condición, aunque sublime por el alma. Como reza el dístico del poeta griego, que sirve de epígrafe a la novela, Carmen sabe morir y amar; es admirable cuando se entrega por amor y cuando por amor muere; tiene dos horas divinas: una, en la muerte; otra, en el tálamo.

De atrás le viene al garbanzo el pico, según el decir vulgar. Desde muy antiguo es la cordobesa espejo, luz y norte de enamoradas. Sus ojos, como los de Laura, inspiran platónicos y casi místicos afectos, y hacen que un moro, como Ibn Zeidún, escriba canciones más finas que las de Petrarca, merced a la princesa Walada, que era asimismo poetisa.

Los amores de dos mujeres cordobesas han tenido un inmenso influjo bienhechor en el mundo: han contribuido, casi han sido causa de las más preciadas glorias para España, y de acontecimientos tan providenciales, que sin ellos la actual civilización europea no se explicaría. Sin Zahira, enamorada de Gustios no hubiera nacido Mudarra; los siete infantes de Lara no hubieran tenido vengador; la flor de la caballería castellana hubiera perecido antes de abrir el cáliz; acaso no hubiéramos poseído al Cid, pues a no inspirarse en la espada de Mudarra y cobrar aliento con ella, no hubiera muerto al conde Lozano ni dado principio a tanta hazaña imperecedera. Si doña Beatriz Enríquez no se enamorara en Córdoba de Colón, consolándole y alentándole, Colón se hubiera ido de España; hubiera muerto en un hospital de locos; no hubiera descubierto los nuevos orbes, cuya existencia había columbrado y vaticinado más de mil cuatrocientos años antes un inspirado cordobés, y para cuyo descubrimiento le dio ánimo y bríos aquella apasionada e inmortal cordobesa. Véase, pues, de cuánto son y han sido capaces mis paisanas.

Imposible parece que, siendo tan buenas, las descuiden y abandonen los pícaros hombres. Además de las peregrinaciones de que ya hemos hablado, las dejan para irse al Casino, donde se pasan las horas muertas. Razón le sobraba al gran Donoso al tronar tanto contra el Casino en su elocuente libro Sobre el Catolicismo. Es verdad que siempre ha habido Casino; sólo que antes, para los ricos se llamaba la casilla, y estaba en la botica, y para los pobres, el casino estaba en la taberna. Pero en el día, ni las boticas ni las tabernas han acabado, y todo lugar, por pequeño que sea, pulula, hierve en casinos. Cada bandería, cada matiz político tiene el suyo. Hay Casino conservador, Casino radical, Casino carlista, Casino socialista y Casino republicano. Las infelices mujeres se quedan solas. ¡No sé cómo hay mujer que sea liberal! Todas debieran ser absolutistas, y

muchas lo son en el fondo.

La única compensación que trae a la mujer el liberalismo novísimo es que debilita bastante la autoridad conyugal y paternal, que antes era terrible y hasta tiránica. A la vara se la llamaba el gobierno de una casa; pero a la mujer briosa, como lo es la cordobesa, más le duele cuando la desdeñan que cuando la pegan; más la quebranta un desaire que una paliza.

De todos modos, la mujer cordobesa, como las demás españolas, conserva siempre un manantial purísimo de consuelo para sus sinsabores y disgustos; este manantial es la religión cristiana. No hay cordobesa que no sea profundamente religiosa.

Entre los hombres ha cundido la impiedad. El soldado licenciado, de retorno a su casa, ha solido traer algún ejemplar del Citador; los periódicos se leen, y no todos son piadosos; y por último, no falta estudiante que vuelve de la Universidad inficionado de Krause y hasta de Hegel, y que echa discursos a los rústicos, a ver si los hace panteístas y egoteístas.

La mujer no entiende, ni quiere entender, tan enrevesados tiquis miquis, y sigue apegada a sus antiguas creencias. Ellas son el bálsamo para todas las heridas de su corazón; ellas lo llenan de esperanzas inmarcesibles; ellas abren en su ardiente imaginación horizontes infinitos, dorados por la luz divina de un sol de amor y de gloria.

Hasta para menos elevadas exigencias y para más vulgares satisfacciones es la religión un venero inagotable. Casi todo honesto mujeril pasatiempo se funda en la religión. Si no fuese por ella, ¿habría romerías tan alegres como la de la Virgen de Araceli y la de la Virgen de la Sierra de Cabra? ¿Habría Niño Jesús que vestir? ¿Habría procesión que ver? ¿Habría paso de Abrahán, Descendimiento, judíos y romanos, apóstoles y profetas, encolchados, ensabanados y jumeones, hermanos de cruz y demás figuras que salen por las calles en Semana Santa? Nada de esto habría. No tendría la mujer jubileos y novenas, ni oiría sermones, ni adornaría con flores ningún altar, ni engalanaría ninguna Cruz de Mayo, ni se complacería tanto en el mes de María. Las golondrinas, que ahora son respetadas porque le arrancaron a Cristo con el pico las espinas de la corona, serían perseguidas y muertas, y no acudirían todos los años a hacer el nido en el alero del tejado o dentro de la misma casa, ni saludarían al dueño con sus alegres píos y chirridos. Todo para la mujer estaría muerto y sin significado, faltando la religión. La pasionaria perdería su valor simbólico; y hasta el amor al novio o al marido o al amante, que ella combina siempre con el presentimiento de deleites inmortales, y que idealiza, hermosea y ensalza con mil vagos arreboles de misticismo, se convertiría en cualquier cosa, bastante menos poética.

Tal es, en general, la mujer de la provincia de Córdoba. Si entrásemos en pormenores, sería este escrito interminable. En aquella provincia, como en todas, hay mil grados de cultura y de riqueza, que hacen variar los tipos. Hay además las diferencias individuales de caracteres y de prendas del entendimiento.

He omitido un punto muy grave. Voy a tocarlo, aunque sea de ligera, antes de terminar el artículo. Este punto es filológico: el lenguaje y el estilo de la cordobesa.

La cordobesa, por lo común (y entiéndase que hablo de la jornalera o de la

criada, y no de la dama elegante e instruida), aspira la hache. Tiene además notable propensión a corroborar las palabras con sílabas fuertes antepuestas. Cuando no se satisface con llamar tunante a cualquiera, le llama retunante; y no bastándole con Dios, exclama: «¡Rediós!» En varios pueblos de mi provincia, así como en muchos de los pueblos de la de Jaén, es frecuentísima cierta interjección inarticulada que se confunde con un ronquido. La cordobesa, por último, adorna su discurso con mil figuras e imágenes, lo salpimenta de donaires y chistes, y lo anima con el gesto y el manoteo.

El adverbio a manta se emplea a cada instante para ponderar o encarecer la abundancia de algo. Las voces mantés, manteson, mantesala y mantesonada, mantesería y mantesonería, salpican o llenan tanto todo coloquio como en Málaga la de charrán y sus derivados. Más singular es aún el uso del gerundio en diminutivo, para expresar que se hace algo con suavidad y blandura. Así, pues, se dice: «Don Fulano se está muriendito. La niña está deseandito casarse o rabiandito por novio.»

En la pronunciación dejan un poco que desear las cordobesas. La zeda y la esese confunden y unimisman en sus bocas, así como la ele, la erre y la pe. ¿Quién sabe si sería alguna maestra de miga cordobesa la que dijo a sus discípulas: «Niñas, sordao se escribe con ele y precerto con pe.» Pero si en la pronunciación hay esta anarquía, en la sintaxis y en la parte léxica, así las cordobesas como los cordobeses, son abundantes y elegantísimos en ocasiones, y siempre castizos, fáciles y graciosos. No poca gente de Castilla pudiera ir por allá a aprender a hablar castellano, ya que no a pronunciarlo.

Sin adulación servil, aseguro que la cordobesa es, por lo común, discreta, chistosa y aguda. Su despejo natural suple en ella muy a menudo la falta de estudios y conocimientos. Sus pláticas son divertidísimas. Es naturalmente fecunda y espontánea en lo que dice y piensa. Amiga de reír y burlar, embroma a los hombres y les suelta mil pullas afiladas y punzantes, pero jamás se encarniza.

¿Qué otra cosa he de añadir? Una cordobesa es avara y otra pródiga; pero todas son generosas y caritativas. Cordobesa hay que lee todavía libros antiguos, devotos los más, que pertenecieron a su bisabuela, y que están como vinculados en la casa; verbigracia: La perfecta casada, del maestro León; el Menosprecio de corte y alabanza de aldea, y el Monte Calvario, de fray Antonio de Guevara, y hasta las Obras completas (cerca de veinte volúmenes en folio) del venerable Palafox. No lo digo fantaseando: he conocido lugareña cordobesa que tenía y leía estos y otros libros por el estilo. Otras leen novelas modernas de las peores. Otras no leen nada. Mujeres hay que han estado en Sevilla o en Madrid, que han ido a Málaga y han visto la mar; y mujeres hay que jamás salieron de su pequeña villa, y se forman de Madrid idea tan confusa como la que yo me formo de las ciudades que puede haber en otro planeta. Casi ninguna está descontenta de su suerte. La buena pasta es muy común. El orgullo, además, la excita a menospreciar lo que no está a su alcance; y el amor de la patria, encerrado dentro de los estrechos límites del pueblo en que nacieron y se criaron, se hace más intenso, enérgico y vidrioso, y las mueve a amar con delirio a aquel pueblo y a aquella sociedad, prefiriéndolos a todo, a revolve casi con furor contra cualquiera que pretenda censurarlos.

Si hubiera yo de seguir contando y pintando circunstanciadamente las cosas, escribiría un tomo de quinientas seiscientas páginas. Demos, pues, punto aquí; y gracias a que este artículo no peque por largo, ya que tenga el lector la suficiente indulgencia, vagar y calma para leerlo todo sin enojo, fatiga ni bostezo.
Madrid, 1872.

Sobre la conservación de los monumentos árabes de Granada

En el año de 1872 acabé de publicar mi traducción de la preciosa obra del alemán Adolfo Federico de Schack titulada Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia. Entonces estaba yo persuadido, y aún sigo con la misma persuasión, de que en ningún libro anterior al traducido por mí habían sido descritos la Alhambra y el Generalife con tanto conocimiento, buena crítica, elocuencia y entusiasmo. Después de la publicación de mi obra, han salido a luz varios trabajos importantes sobre el mismo asunto, limitado y concreto, a que nos referimos aquí. Entre estos trabajos resplandecen dos que completan cuanto sobre la Alhambra y el Generalife y demás monumentos arábigo granadinos puede decirse. Me refiero a la obra de los hermanos Oliver y Hurtado y al detenido y atinado Estudio descriptivo de los monumentos árabes de Granada, Sevilla y Córdoba, por don Rafael Contreras. Ambos libros son del año pasado de 1875, y a ellos y a mi traducción de Schack remito a los curiosos y a los aficionados que quieran saber cuánto valen aún los monumentos arábigo granadinos. Lo que yo pudiera decir aquí acerca de ellos sería eco debilitado de la elocuencia de Schack, de la erudición de los Oliver y del buen gusto y pericia técnica de Contreras.

Otro cuidado más grave y melancólico es el que me mueve hoy a escribir sobre dichos monumentos. El temor de que no se restauren, de que no se conserven y de que acaben de arruinarse.

Ora sea porque las fábricas arquitectónicas de los mahometanos españoles eran más elegantes y graciosas que sólidas y duraderas, ora por otras causas largas de exponer aquí, es lo cierto que hasta las ruinas de ellas van desapareciendo o han desaparecido ya de la faz de nuestra tierra. Ni vestigios quedan de los suntuosos edificios con que la brillante dinastía de los Beni-Abbad hermoseó a Sevilla. ¿Dónde están en Córdoba los alcázares del califa? ¿Dónde Medina-Zahara, a la que prodigaron los Beni-Humeyas todo el lujo y toda la pompa del Oriente? Todo se ha desvanecido, se ha disipado como un sueño.

Restos importantes quedan aún de la grandeza y esplendor de Ninrud, Korsabad, Nínive y Babilonia; aún pueden restaurarse a ciencia cierta los palacios portentosos de Sennacherib y de Aurnasirpal; pero de las moradas de los califas cordobeses, hasta el lugar se ignora. Schack termina su obra con tristes consideraciones, semejantes a las que acabamos de hacer. Luego corona su trabajo con estas poéticas frases:

«Como se divisa sobre las olas la única torre de una ciudad que en el mar se ha sumergido, así descuella la Alhambra en medio de la avenida furiosa

que ha anegado y hundido los otros monumentos. Sus muros, no obstante, caen piedra a piedra a los golpes de la destrucción. Es una creencia popular entre los orientales que la luciente estrella Soheil o Canopo posee fuerzas mágicas y que el brillo del imperio de los árabes ha sido obra suya. En tiempo de Abderrahmán aún se alzaba dicha estrella en el horizonte de la España del Norte, y resplandecía con viva luz roja sobre los refulgentes alcázares y sobre los vistosos alminares; pero al compás que esta estrella va lentamente inclinándose hacia el Sur por la precesión de los equinoccios, los maravillosos edificios desaparecen uno a uno. Aún se levanta dicha estrella sobre las espumas del mar en las costas meridionales de Andalucía, y baña con amortiguado fulgor las ruinas y almenas del último palacio árabe. Cuando se pierda por completo para Europa, el palacio árabe será también un montón de ruinas.»

Canopo, a lo que aseguran los astrónomos, se levanta aún sobre el horizonte de Cádiz casi un grado y veinte minutos. Sin ponernos a averiguar cuánto tardará en ocultarse, pusimos esta nota al pie de nuestra traducción, y como fin de nuestra tarea:

«Debemos esperar que esta predicción astrológica y poética no ha de llegar a cumplirse. El hábil restaurador don Rafael Contreras, que es joven aún, podrá luchar muchos años contra el maligno influjo de Soheil, y cuando Contreras pague el inevitable tributo que a la Naturaleza debemos, de presumir es que nos deje dignos sucesores de su celo y de su arte. Entretanto, nos complacemos en afirmar que le debe mucho la Alhambra. Lo que importa ahora es que algún ministro de Hacienda, necesitado de dinero, como todos los que lo son en España, poco ingenioso y menos fecundo en recursos, y sin afición al arte arábigo-hispano, ni a las bellezas naturales, no venda las casas y torres del recinto de la Alhambra, y no convierta aquello en un barrio moderno y prosaico; y que él u otros no distraigan el agua que riega los bosques y alamedas que rodean la fortaleza y le prestan extraordinario hechizo, acabando por transformar aquel edén en un cerro pelado, como hay tantos en nuestra patria.»

El elogio que en esta nota hicimos de Contreras está plenamente justificado. Desde que se encargó de la restauración y conservación de la Alhambra ha hecho trabajos inconcebibles, si se atiende al poco dinero de que ha podido disponer.

En el patio de los Leones se han restaurado más de mil arabescos, que se hallaban en completa ruina: el elegante alero de madera tallada se ha reconstruido en dos de sus lados, y no pocas inscripciones karmáticas, interpretadas por el citado restaurador, se han conservado admirablemente.

Las galerías traslúcidas y los alamíes del patio de los Arrayanes han sido reparados también.

La puerta antigua del alcázar ha sido descubierta.

En la sala de Embajadores se han hecho muy notables obras de ornamentación.

Y, por último, la sala de los Divanes, donde reposaba el sultán después del baño, que es acaso lo más poético y misterioso del alcázar, ha sido casi por completo restaurada, con extraordinario primor y exactitud minuciosa. Puede afirmarse, pues, que desde el año 1869, en que la Alhambra se declaró monumento nacional y se entregó al cuidado y dirección

de don Rafael Contreras, quien desde 1847 se empleaba ya en atender y conservar aquel edificio, la Casa Real de los reyes nazaritas desafía la ausencia de la estrella Soheil y parece que renace.

Digna es también de la mayor alabanza la Comisión de Monumentos de Granada, bajo cuya inspección se han hecho todos estos trabajos, así como otros no menos importantes para dar firmeza a los torreones que pudieran cuartearse y hasta hundirse por hallarse sobre laderas muy escarpadas. Todo esto, y más aún que, por no ser prolijos, no mencionamos aquí, se ha hecho con la corta suma de treinta mil pesetas anuales que ha dado hasta ahora el Ministerio de Fomento.

Queda, sin embargo, muchísimo por hacer; y la cultura moderna, la buena fama de nuestro país, y hasta nuestro interés bien entendido, exigen que en la restauración y conservación de la Alhambra se emplee mucha mayor cantidad. El Estado debiera dar por lo menos cien mil pesetas, de cuyo buen empleo respondería y daría cuenta exacta la Comisión de Monumentos de Granada.

Dentro del mismo palacio de la Alhambra, aún hay mucho que pide restauración, como, por ejemplo, la rauda o enterramiento de los reyes. Tal vez para sostener el terreno, algo movedizo e inseguro en algunas de las laderas que dan sobre el Darro, convenga hacer obras de mucho coste. Y, por último, hay fuera del palacio otros preciosos monumentos, que es lástima y vergüenza que no se restauren.

Entre las muchas torres que hay de trecho en trecho en el fuerte muro que cerca el recinto de la Alhambra, se distinguen dos, hacia la parte más próxima al Generalife, las cuales, aunque tienen en lo exterior el aspecto de torres defensivas, son en lo interior, o, mejor dicho, eran, dos lindos palacios en miniatura, donde el arte arquitectónico de los árabes y la lozana fantasía oriental del sabio moro que las hizo, derramaron a manos llenas toda la riqueza de adornos, toda la delicadeza y esmerada prolijidad y todo el encanto maravilloso, que tanto nos seducen en la sala de Embajadores o en la de las Dos Hermanas. Las mencionadas torres se llaman torre de las Infantas y torre de la Cautiva. Esta última lleva dicho nombre por suponerse que la célebre doña Isabel de Solís estuvo en ella prisionera; pero, a pesar de tan romántica tradición, no se ha de negar que la torre de las Infantas es mucho más hermosa. Copiaremos aquí la descripción que el señor Contreras hace de ella:

«Allí hay -dice- todas las comodidades que exige la vida oriental: un zaguán con techo muy raro de bóvedas de arista; la entrada, a un costado, para que no se descubra desde fuera el interior del edificio; nichos a modo de alacenas para la centinela de eunucos o esclavos; pequeño cuarto de guardia; ingreso y sala principal, con fuente en el centro; a derecha, izquierda y frente se pasa por hermosos arcos lobulados a las alcobas para los divanes, perfectamente abrigadas y cómodas; y en el segundo piso, otras estancias más reservadas todavía, para vivienda de las mujeres. A principios de este siglo se hundió el techo de estalactitas geométricas que tenía la sala principal, así como las ocho ventanitas por las cuales recibía luz. Había en el segundo cuerpo cuatro ajimeces, de los cuales se conservan los dos más grandes y los claros de los pequeños. ¡Qué ornato tan bien repartido! Cartelas, tableros de agramil, fajas y frisos del mejor gusto. Todo sencillo y elegante. Faltan las ventanas de los arcos

del extremo del eje central, el pavimento y muchos mosaicos.»

Tales son las torres que, después del palacio mismo, y antes de todo lo demás, debieran conservarse y restaurarse.

Varias veces, desde 1870 hasta ahora ha trabajado quien escribe este artículo para impedir que se vendan, como bienes nacionales, terrenos en lo interior de la Alhambra. Personas de más influjo y valimiento, y aun algún representante diplomático de naciones amigas, muy aficionado al arte oriental, se han empeñado con los sucesivos ministros de Hacienda y han logrado evitar el daño.

En el día no se piensa en vender nada, pero se quiere devolver la Alhambra al Real Patrimonio, lo cual ofrece inconvenientes gravísimos. Es un presente muy singular. Su majestad el rey, como amante que es de las artes, no querrá que la Alhambra se hunda; y así, el devolverla a su Real Patrimonio es como imponerle la obligación de gastarse al año, de sus rentas particulares, las cien mil pesetas que para la restauración nosotros pedimos; gasto que honraría mucho al rey, pero que no tiene necesidad ni obligación de hacer, ni le traería ningún singular provecho, porque la Alhambra no debe ni puede tener otro uso que el de estar abierta al público, por su importancia histórica y artística, para estudio, contemplación y deleite de propios y de extraños, y para ser visitada y admirada por viajeros, artistas y poetas.

Los gastos que aquello requiere, y que pagaría con usura al país la mayor afluencia de extranjeros que acudiría a visitar la Alhambra, no deben limitarse a la conservación y restauración del mismo Alcázar, sino al cultivo, conservación y repoblación del ameno y frondoso bosque que rodea la fortaleza y que le presta su mayor hechizo. Es un dolor que aquellos bosques y jardines, que parecen aún sueño de paraíso y mansión de hadas, estén tan descuidados como están. Las laderas, sobre todo, que dan hacia el valle del Darro, necesitan repoblarse de árboles, hasta para contener el terreno y dar mayor firmeza a los cimientos de torres como la de Comares, que con tal audacia se levantan al borde de aquella rápida pendiente.

En lo interior de la fortaleza, no ocupado por el palacio árabe ni por el de Carlos V, hay, por último, mucho que mejorar. Casi todo el espacio comprendido entre la iglesia de Santa María y las ruinas de la torre del Agua, y entre las torres de los Siete Suelos y de las Cabezas y la torre de los Picos, forma un erial feísimo, lleno de escombros y de inmundicias, que desfigura en gran manera lo restante. Es como enorme mancha en un rico chal de Cachemira, o como gruesa y negra verruga en un bello rostro. Convendría, pues, limpiar un poco todo aquello, y engalanarlo algo, que no sería difícil ni muy costoso, con jardines y alamedas como los que hay delante del palacio de Carlos V.

Por último, cuando buenamente se pudiese, importaría que el Estado volviese a adquirir los terrenos, vendidos ya desde hace tiempo a personas particulares, dentro del recinto de la fortaleza. En uno de estos terrenos, que forma hoy un bonito jardín, aún se conserva un mihrab o pequeña mezquita, que sería una verdadera joya si estuviese bien restaurada. Desgraciadamente, la han pintado del modo más chapucero y ha perdido en gran parte su hermosura; pero no sería difícil restaurarla bien si volviese a adquirirla el Estado.

Para todo esto, y aun para ir aumentando el Museo de antigüedades arábicas que empieza a formarse en la Alhambra, y donde ya hay objetos de mucho mérito, creemos que habría bastante con la consignación de cien mil pesetas, económica y discretamente administrada por la Comisión de Monumentos y por el señor Contreras.

De cualquier modo, y aunque en vista de los apuros de nuestra Hacienda no sea posible dar tanto, conviene mucho que se aumente la miserable consignación de las treinta mil pesetas, si no queremos que aquel encanto de la Alhambra y de sus jardines se desvanezca y se destruya. Conviene asimismo que sea el Estado y no el Real Patrimonio quien haga este gasto. El Estado tiene obligación de hacerlo, y el Real Patrimonio, no. Para su majestad el rey no puede proporcionar la conservación de la Alhambra mayor deleite que para cualquiera de sus súbditos; y para España en general no es sólo cuestión de honra, sino de utilidad y provecho, la conservación y mejora de sitios tan bellos y de monumentos tan admirables, que atraen y seguirán atrayendo a Granada a multitud de viajeros de todas las naciones.

Madrid, 1876.

De la perversión moral de la España de nuestros días
Con motivo del libro «Todo el mundo», de don Santiago De Liniers

- I -

Cuenta la Historia que, después de la comida, el Duque y Don Quijote se fueron a dormir la siesta, y Sancho acudió a dar conversación a la Duquesa, que estaba con sus dueñas y doncellas. La Duquesa obligó a Sancho a sentarse junto a sí en una silla baja, rogándole que se sentase como gobernador y hablase como escudero.

Sancho declaró allí que él tenía a su amo por loco, menguado y mentecato.

Y la Duquesa le contestó, en mi sentir con mucha discreción:

-Pues Don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, le conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido a las vanas promesas tuyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo.

Aplicando esto al caso presente, digo yo, bastante atribulado: «Si en esta nación de dieciocho millones de habitantes hay seis u ocho mil tunos, entre militares y civiles, sin fe ni honra, sin idea noble, sin patriotismo y sin virtud de ninguna clase, los cuales, para medrar, y robar, y disfrutar, hacen mil infamias, y, sin embargo, gobiernan siempre por turno y saquean y destruyen la tierra, es consecuencia precisa, o bien que el resto de los españoles, hasta completar los dieciocho millones, es de idiotas, o bien que todos son tan pillos y tan viles como los seis u

ocho mil que descuellan, brillan y mandan.»

Todavía, si gimiésemos bajo el yugo de una tiranía firme y estable, sostenida por alguna milicia extranjera, al servicio del tirano, podríamos explicar este fenómeno, asegurando que los españoles sufrían por fuerza tanta bellaquería y tanta maldad; pero ni aquí hay tirano, ni milicia extranjera, ni estabilidad en los que mandan, sino pronunciamientos y cambios hartos frecuentes, en pos de los cuales, dado siempre el supuesto, no salen jamás a relucir los varones virtuosos y verdaderamente amantes de su patria, sino siempre los tunos y los pícaros, que para determinar algo no pasan de seis u ocho mil, como ya he dicho.

Esta consideración da más fuerza al argumento. Los personajes que figuran tienen que ser la flor y nata de España. ¿Cómo será lo demás si la flor y nata es como el señor De Liniers la describe? Todo hombre que conserve un resto de pudor debe echar a correr y huir de esta cloaca inmundada, y sacudir el polvo de sus zapatos al pasar la frontera; toda mujer honrada debe hacer lo propio, cuidando de no volver la vista, para no quedar convertida en estatua de sal.

Tal es la primera reflexión que se me ocurre después de haber leído el nuevo libro del señor De Liniers. Apelo a cuantos lo lean con imparcialidad para que declaren si la más capital afirmación que de todo él se deduce es otra que la expuesta, a saber: que los hombres políticos de todos los partidos que alternan en el Poder desde hace cuarenta años son la más indigna y despreciable turba de galopines. Ahora bien: o el señor De Liniers está lleno de negra misantropía, y calumnia sin querer a los seis u ocho mil ciudadanos más notables y egregios del país, o es menester afirmar que todos los que no son esos seis u ocho mil ciudadanos que despuntan son cobardes y tontos o son más corrompidos y más abyectos que los mandones, o tienen a la vez todas sus malas cualidades, y sobre ellas la incapacidad más monstruosa.

El libro del señor De Liniers está escrito de manera que no es una sátira contra este o aquel pícaro que medra con la política; contra este o aquel aventurero audaz y sin vergüenza que tal vez se alista en un partido o en varios y logra elevarse y hacer fortuna. Por el contrario, las afirmaciones y diatribas del señor De Liniers tienen tal carácter de generalidad, que condenan a cuantos aquí se elevan o se distinguen. El señor De Liniers, siempre en sentido irónico, ha escrito un arte de elevarse en España por medio de la política, del cual se infiere que esta elevación ha de ser a costa de una larga serie de vilezas apenas concebibles. El que pone la mira en la cumbre y aspira a trepar a ella, empieza desde su primera juventud a cometer atrocidades. Se nota, además, en los personajes que el señor De Liniers nos describe, un encarnizamiento, un ahínco, un desvelo criminal para elevarse por la política, como si se tratase de conquistar todos los deleites y todos los bienes; de nadar en la opulencia; de ser un Crespo o, cuando menos, un Rothschild.

Distán tanto de la verdad estas pinturas, que yo, por mi parte, declaro que, dando por lo pronto por evidente que algunos de los personajes políticos de primera magnitud que he conocido hicieron picardía sobre picardía para llegar a la altura, es menester confesar que todos ellos fueron ilusos, disparatados e ignorantes de las cosas del mundo, por lo

cual se llevaron el chasco más solemne. Creyeron, sin duda, que iban a ser unos Sardanápalos, y vivieron y murieron como unos pobres estudiantones. ¿Por qué no citar ejemplos? Pastor Díaz vivió siempre con la mayor modestia, casi en la pobreza. Fui muy su amigo, y jamás se atrevió a convidarme a comer, por temor de matarme de hambre. Vivió en compañía de su excelente y cariñosa madre, de la que no se avergonzaba, como supone el señor De Liniers que ha de avergonzarse el personaje político, y cuándo Pastor Díaz murió, no dejó un real, y fue menester vender sus libros para pagar el pobre entierro, Ríos Rosas, de quien también me honraba yo con la amistad, jamás estuvo en la abundancia. En 1867 le visitaba yo en París, cuando él estaba allí emigrado; y como en su cuartito apenas cabían la cama, tres sillas, la mesita de escribir y el lavabo, nos íbamos a la calle para poder hablar con anchura. En España vivía Ríos Rosas como un ermitaño, en la última casa del barrio de Salamanca. Es verdad que siempre tenía el coche del tranvía a la puerta. Con todos estos despilfarros no extraño que al morir no dejase sino siete duros en su cómoda.

Sería interminable la lista de los personajes políticos que he conocido que vivieron y murieron sin dejar de estar a la cuarta pregunta, como suele decirse. Y el que llega a ministro tiene al cabo sus treinta mil realitos de cesantía; pero el que no llega, tiene el día y la noche.

Este país es pobrísimo; la gente de levita y de cierta educación no tiene en qué emplearse; de cada diez o doce señores de levita, sobramos, sin duda, nueve u once; nuestra tierra es estéril, y no puede sustentar tanto caballero. Todo esto es verdad; pero ¿qué culpa adquiere porque seamos tan pobres el que ha nacido en el seno de nuestra menesterosa clase media, y en lugar de ponerlo a oficio y de criarlo robusto para que vaya a cavar con un azadón al hombre ha recibido de sus padres el don funesto de una educación literaria más o menos esmerada? ¿Qué quiere el señor De Liniers que haga este infeliz? Si se consagra a la política, ¿no es natural que aspire a ocupar un día los primeros puestos? ¿Por qué formar a nadie por tan natural y legítima ambición un capítulo de culpas? Por lo demás, ese furor por llegar, ese incesante trabajo de intriga para elevarse, apenas existe sino en la fantasía atrabiliaria del señor De Liniers.

Tal vez sería mejor que hubiese en España una clase gobernante rica, aristocrática y menos necesitada. Pero ¿son los seis u ocho mil tunos, descamisados y plebeyos, y subidos luego a mayores, los que se oponen a que exista esa clase? Si esa clase existe y carece de espíritu de clase, ¿es culpa de los pícaros? ¿Cuántas veces no han tratado los pícaros de infundir a esa clase el espíritu colectivo que ha menester y no lo han conseguido? ¿Dónde, además, sin envidia y sin bajeza, se ha hecho jamás más lado y se ha recibido mejor en cualquier partido a toda persona distinguida por su nacimiento o por su posición? No negamos el mérito de ciertos duques, marqueses y condes de antiguo cuño, cuyos nombres es inútil citar aquí; pero tampoco se puede negar que todo otro sujeto con igual mérito hubiera necesitado diez veces más esfuerzo para elevarse a donde ellos, en fama, en dominio o en influjo, se han elevado.

Conviene, además, advertir que en la vida política, aun para los que se encumbran, no son todos triunfos y goces. Debe de ser rarísimo el hombre político que en veinte años de vida está más de cinco con empleo y menos de quince cesante. Si ponemos el término medio, y es mucho poner, de los

sueldos que ha disfrutado en cuarenta y ocho mil reales, tendremos que toda su actividad política le ha valido doce mil reales anuales. Confiese, pues, el señor De Liniers que parece inverosímil que, impulsado nadie por tan mezquino incentivo, haga tanta infamia como él supone que es costumbre hacer. Y no hay de nuestra parte exageración en esto. De no ser bandidos o ladrones, no es probable que nuestros hombres políticos más afortunados (prescindiendo de la cesantía de ministros, si llegan a serlo) saquen más de la política que los mencionados doce mil reales un año con otro. Hay que tener en cuenta, además, que los provechos ilícitos se ponderan mucho o se fingen a menudo por la mordacidad o por la envidia. Sobre esto nada hay más gracioso que aquello que se refiere de un sujeto elocuente, gracioso, de buen humor, discreto y ameno, pero que siempre había vivido en los mayores apuros pecuniarios.

Era una vez ministro, y las gentes aseguraban que aquel Ministerio estaba vendido al oro inglés. Nuestro ministro, bajo el peso de la tremenda acusación, y quizá apremiado por las necesidades de su familia y por los acreedores que durante largos períodos de cesantía habría tenido que proporcionarse, dicen que exclamaba, paseándose a largos pasos por su despacho y tenders ad sidera palmas: «¿Dónde estás, oro inglés, que no te veo?» Con la cual broma contestaba a la ridícula calumnia y se desahogaba al mismo tiempo cómicamente de la molestia que le causaban sus apuros. No se sigue de todo lo dicho que en España no haya corrupción. No afirmo yo que seamos todos mártires o santos. Así como podría extender larga lista de los probos, así también podría formar otra de los que han hecho su negocio sin escrúpulo. Pero esta segunda lista no excedería en proporción a la que se pudo formar en España en otra época cualquiera, o la que puede formarse fuera de España en cualquier nación de Europa, en la época presente. De ello se infiere que la corrupción es propio defecto de la pecadora y decaída naturaleza humana, común a todos los siglos y países, desde que Adán y Eva pecaron, es lo que llamaría Hegel las impurezas de lo real. Siendo asimismo muy de tener en cuenta que aquellos a quienes más señala hoy la opinión pública como poco escrupulosos en punto a incautaciones o dislocaciones de metálico o de cosa que lo valga, o de signos que lo representen, son, por lo general, no los adalides y más ilustres personajes sino las partes de por medio.

Estas reflexiones o, mejor dicho, refutaciones, han acudido en tropel a mi mente, y con el mismo desorden con que han acudido van aquí estampadas; pero así para dar idea del libro del señor De Liniers como para impugnar sus asertos, conviene proceder con método y reposo, y voy a ver si lo consigo.

Tal vez pecaré de cansado, pero el asunto lo merece. El libro del señor De Liniers está escrito con notable ingenio y chiste, y suscita dudas de suma gravedad que importa poner en claro. Para ello antes de empezar con las dudas, es menester dejar sentado aquello en que todos convienen.

Todos convienen en que España, social, política y económicamente considerada, está bastante mal. Salvo Turquía, quizá no haya en Europa otro pueblo que en esto nos gane. En punto a estar mal, somos potencia de primer orden.

Sobre las causas de este malestar se disputa mucho. Dicen unos que proviene todo de lo poco que llueve, y otros, de los resabios que dos o

tres siglos de fanatismo y de absolutismo nos han dejado en la sangre; y otros, de que nuestro gran ser, nuestra propia excelencia, nuestra hidalguía heroica, se opone a que medremos en esta edad en que el medio principal de elevarse es el industrialismo. Nuestra condición algo especulativa, mística y extática, nos incapacita (¡oh sublime incapacidad!) para las torpes artes del deleite. Así es que apenas hay español que guise bien; ni que encienda una lámpara sin que dé tufo, se apague o salte el tubo; ni que agarre en la mano una alhaja delicada sin hacerla pedazos; ni que fabrique o confeccione alguna de esas fruslerías que tanto valen a los franceses, alemanes o suizos. Ello es que, desde la suela de los zapatos hasta el sombrero, todo cuanto llevamos encima está hecho fuera de España. Nuestros muebles, nuestras camas, las sábanas con que nos cubrimos de noche, la pluma con que escribimos, el cuchillo con que partimos nuestra comida, la vasija en que nos lavamos, casi todo es francés, alemán o inglés, adquirido con el producto de nuestra tierra, por más que llueva poco.

Contra esto habría un remedio, si fuera posible: vivir ut prisca gens mortaliū; convertirnos en Cincinatos o cosa por el estilo; pero no lo consiente la misma naturaleza de las cosas y las circunstancias de la edad que vivimos. La cultura material, merced a la facilidad de comunicaciones, lo invade y quizá lo corrompe todo. Hace veinte años, para un joven estudioso que llegaba a Madrid del fondo de su provincia, cada paso que daba era una revelación corruptora. ¿Qué efecto no produciría en su ánimo, por mediano paladar que tuviese, un simple Chateaubriand con trufas que comiera en casa de Lhardy, cuando hasta entonces no había gustado sino de vaca estofada y ropa vieja? Los nombres exóticos de los guisos transpirenaicos se agolparían en montón a su memoria para hacerle desdeñar la alboronía, el puchero, el salmorejo y la pepitoria, que habían sido siempre su mayor regalo. Hoy ya no es menester que el joven venga a Madrid. Algo, aunque poco, de la cultura culinaria, se infiltra y penetra hasta en los lugares. Esta lenta divulgación de las artes del deleite es un mal espantoso. Pero ¿cómo evitarlo?

Nunca me olvidaré de que cuando el ferrocarril de Andalucía no llegaba más que a Despeñaperros, había allí un fondín, donde los pasajeros descansaban y comían antes de tomar coches, caballos, mulos o diligencias. Era dueño del fondín un digno sucesor y cofrade de Juan Palomeque, el Zurdo, tan celebrado por Cervantes. El fondista, no ya ventero, andaluz muy jaque, muy hablador y muy comunicativo, venía a hablar con los viajeros, solía sentarse a su lado sin ceremonia, en mangas de camisa y con el velludo pecho descubierto, y encomiaba siempre en términos hiperbólicos el buen trato que se daba en su casa. Pero cuando él se llenaba de entusiasmo; cuando apuraba toda su elocuencia; cuando se conocía la sinceridad fervorosa de su admiración, sin trastienda, sin recámara, sin propósito de dar valor a su establecimiento, sino por sentirlo así, era cuando hablaba de un plato que en ciertas ocasiones solía servir a sus huéspedes, hecho con pechuga de gallina, jamón, leche, harina de flor y nuez moscada. Nunca terminaba el encomio sin añadir, para ilustración de su atento auditorio, que el plato se llamaba croquetas.

Imagine, pues, el lector, si en una época en que hasta en una venta de Despeñaperros se hacen ya croquetas, es posible volver a aquellos tiempos

en que

no había venido al gusto lisonjera
la pimienta arrugada, ni del clavo
la adulación fragante forastera,

y en que

...con rojos pimientos y ajos duros,
tan bien comió el señor como el esclavo.

La difusión del lujo data en España de hace treinta o cuarenta años. Yo recuerdo aún cuando en casa de los principales ricachos andaluces de los lugares comían todos en el plato de en medio, y cuando apenas había un vidrio en las ventanas; pero ¡qué mucho, si en Madrid los vidrios eran verdes y llenos de burbujas, y no mayores que una cuartilla de papel! Hace cuarenta años casi nadie tenía chimenea en Madrid, sino brasero; cada portal era un muladar; y en las casas, fuera de los palacios de los grandes, apenas había más que sillas de Vitoria y esteras de esparto. Si la décima parte de los habitantes de Madrid hubiera tenido entonces el capricho de lavarse, hubiera faltado el agua para beber y para cocer los garbanzos.

Entonces era un prodigio, una rareza, haber ido a Francia o a Italia. Hoy, gracias al perverso ferrocarril, cualquier perdido va a París, y hasta lleva a su mujer en su compañía. ¡Infeliz del que tiene a su mujer en París tres o cuatro meses y ella le toma el gusto a aquello! Ya todo le parecerá cursi como no venga de París; todo cursi, incluso su cara y legítima mitad. ¿Cómo retrotraer, pues, a esta señora a la sencillez montaraz del Siglo de Oro, para poder exclamar en su alabanza con el profano:

*Sed potanta ferens infantibus ubera magnis
et saepe horridior glandem ructante marito?*

Si del influjo de la cultura material pasásemos al de la intelectual, fuerza nos sería convenir en que no es menos perturbador y, por lo pronto, funesto. Sin meternos en honduras; sin dilucidar aquí si la moderna civilización es tuerta o derecha, va por buen camino o se ha extraviado; sin resolver nosotros si el mundo se ha dado a todos los diablos o sigue su marcha gloriosa y progresiva en ascensión constante hacia el bien, es lo cierto que cuando un pueblo, casta o tribu se ha parado en el desarrollo de su civilización indígena y castiza, se ha quedado atrasado, como, vulgarmente se dice, y luego se pone en íntimo y frecuente contacto con naciones o castas de gente más adelantada, este contacto es peligrosísimo, a menudo deletéreo y a veces hasta mortal. Si el desnivel de las civilizaciones que se tocan es muy grande, o si la raza más atrasada no tiene bastante brío para encaramarse de un salto al nivel de

la raza más adelantada, o el Estado perece, como quizá perecerá Turquía dentro de poco, o la raza se extingue como acontece con los habitantes de Polinesia, a quienes la tristeza y el fastidio, sin necesidad de malos tratos van consumiendo y matando hasta que no quede uno.

No temo yo que España, aunque el desnivel no es pequeño, perezca como Estado, a semejanza de Turquía, o se quede sin hijos, como no pocas islas del mar del Sur; pero la crisis por que pasamos es terrible de veras, y aún serían menester muchos disgustos, muchas perturbaciones y muchas fatigas para que salgamos de ellas triunfantes.

Vistas así las cosas, no cabe duda en que el malestar de España es grande y cierto; pero debe atribuirse a la Naturaleza misma, a leyes fatales o providenciales de la Historia y a todo el mundo, y no a un grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios, que a sí propio se llama todo el mundo, según el señor De Liniers.

Examinemos ahora su libro con alguna detención.

- II -

Al exponer las principales ideas del libro del señor De Liniers, y al tratar de refutarlas, me propongo hacer de un modo implícito una tímida apología del grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios; esto es de los personajes políticos más notables. Y haría yo su apología, aunque los tales personajes políticos me fuesen menos simpáticos que al señor De Liniers, porque si diese crédito a las acusaciones, toda la nación quedaría muy malparada; y esto me aflige mucho, y ni lo quiero ni lo puedo creer. Cierto es que hay graves males que saltan a los ojos; pero cuando la culpa no es del conjunto y ser de las cosas mismas, y superior, por tanto al influjo de la voluntad humana, la culpa está muy repartida y no cae sólo sobre el grupo exiguo, según el señor De Liniers pretende.

Daré varias razones de por qué la culpa no es sólo del grupo exiguo: Primera. Porque si el grupo exiguo peca empleándose en la política para medrar, no es menos pecado el de los varones probos, el del resto de los dieciocho millones de españoles, en no pensar en la política, y en ejar, por desidia, por cobardía o por complicidad, que el grupo exiguo, mande siempre. Contra esto puede objetarse que hay un partido que no ha podido mandar nunca, y que en él está lo bueno, lo santo y lo virtuoso. Pero se replica con dos argumentos: es uno que dicho partido será menor en numero o más tonto, cuando no llega nunca a mandar, y es otro que todos los tránsfugas del grupo exiguo, idos de él por despecho de no figurar o de no medrar bastante, han sido recibidos con los brazos abiertos y colocados en eminente lugar por el partido de los santos y de los buenos.

Segunda. Porque el grupo exiguo no se procrea a sí mismo, sino que permanece y dura reclutando a los más listos o dichosos de entre los aspirantes. Esto supone una turba de aspirantes lo menos de cien mil. Los que no entran en el grupo exiguo no es por falta de ganas sino por falta de habilidad. Luego ya tenemos aquí una ralea evidentemente más vil que el grupo exiguo. La vileza de esta ralea será tanto mayor cuanto mayor capítulo de culpas contra el grupo exiguo se formule; y

Tercera. Porque si los del grupo exiguo y los aspirantes a formar parte de él se consagran a la política, es porque no tienen otro recurso, lo cual no es culpa de nadie o es culpa de todos. Ya lo hemos dicho: sobramos las nueve décimas partes de los señores de levita que hay en España. Pero ¿de qué suerte disminuir esta clase media? Tal vez convendría que los exámenes fuesen muy rigurosos en los institutos y universidades, a fin de que los chicos de cortos alcances o poco estudiosos se desesperasen y se dedicasen a alguna faena mecánica; pero si consideramos que en España presumimos casi todos de hidalgos, se verá, que esto es imposible. Lo más que se lograría es que no hubiese tanto título profesional; pero sin dicho título la gente de levita seguiría de levita, y, desprovista de título profesional, se dedicaría con más furor a la política. Correríamos, además, un grave peligro. Los que estudian o hacen como que estudian en las universidades, cobran, por lo menos, cierta afición a la literatura, y ya que no sepan de leyes, suelen darse a las musas y entretienen el hambre escribiendo versos, o se enamoran de las bellezas del estilo y hacen o procuran hacer discursos elocuentes y floridos, y artículos o libros, como el señor De Liniers, o como yo; pero la gente que no es de carrera, ni presume de literata, suele meterse en las profundidades de la Hacienda, como trasquilado por iglesia. Resultaría, pues, de la severidad en las universidades una enorme plaga de hacendistas, que sería, a mi ver, la calamidad más horrible. Nótese bien que los políticos romancistas son ya, aun con tener la manga tan ancha, los examinadores de las universidades, los que se consagran con más ahínco a la Hacienda.

Otros mil arbitrios se imaginan para aligerar de gente esta clase media o enlevitada. Todos me parecen infructuosos. El restablecimiento de las comunidades religiosas, por ejemplo, no tendría mucho éxito en este punto, por lo autonómicos e individualistas que nos vamos volviendo, y, sobre todo, porque el conocimiento, el sentimiento o el presentimiento de que hay foie-gras induce a despreciar la chanfaina, por abundante y bien condimentada que la finja o la fantasee la imaginación más viva.

En suma: una ley fatal, ineludible, arrastra a la política a esta superabundante clase media letrada o enlevitada. No ya sólo el abogado sin pleitos, sino el que quiere tenerlos y es capaz de tenerlos, se lanza a la política para adquirir notoriedad y fama y clientela. No digo nada de los literatos. Si el literato no es político, tendrá que ser un portento para llamar la atención. Y aunque la llame, ¿ganará escribiendo para vivir, salvo si es autor dramático, como no defiende con su pluma los intereses de un partido político? Si mañana o el otro van a empadronar al señor De Liniers, ¿dirá que es literato? Lo declaro con entera sinceridad: el señor De Liniers pudiera decirlo, porque escribe linda, primorosa y discretamente; pero no lo dirá, porque la Policía tendría derecho a sospechar, si lo dijese, que se valía de malas artes para sostener a su familia. El señor De Liniers dirá, probablemente, que es propietario. Luego casi todos los que no lo son tendrán que ser periodistas, empleados o, por lo menos, cesantes; esto es, políticos siempre. Yo, por mí parte, confieso con humildad que no he ganado aún con la literatura, durante toda mi vida, lo que necesito para vivir durante seis meses; y aun así, si algo he ganado, ha sido escribiendo de política en la Redacción de un periódico.

Y no se me diga que es sólo por nuestra incapacidad o flojera. Depende mucho del mezquino valor o precio en el mercado de aquello que producimos, comparado con lo que en otros países producen. Aunque sea negocio particular mío, voy a poner como ejemplo el que yo quiera obsequiar a mi mujer con un vestido bueno de Worth, para baile. No es menester que el vestido tenga encajes riquísimos, ni salga de los límites de lo bueno, para que cueste ocho mil reales. Ahora bien: yo he tenido la dicha de escribir una novela titulada Pepita Jiménez, que ha sido celebrada, que ha tenido gran éxito. ¿Podré comprar el vestido de Worth con el producto total de Pepita Jiménez? En manera alguna. Pepita Jiménez no ha llegado a valerme ocho mil reales. Si algún consuelo fuese la común miseria, me lo daría el considerar que en el mismo desnivel se halla entre nosotros el propio terrateniente. Pongamos uno que va a comprar el vestido de Worth con el producto de sus viñedos. A no ser en Jerez, en ninguna otra parte de España podemos lisonjearnos de vender el vino, uno con otro, más caro que a diez reales la arroba. Se necesitan, pues, ochocientas arrobas de vino. Cada fanega de tierra de viña regular podrá producir, por término medio, cien arrobas al año. Luego son indispensables ocho fanegas. Pero como labrar estas ocho fanegas (cava, bina, rebina, azufrado, viñador, vendimia, mugrones, poda, etc., y contribuciones) quizá costará seis mil reales, resulta que el producto líquido de las ocho fanegas no es más que de dos mil, y que es indispensable ser propietario de treinta y dos fanegas de buena viña, y emplear todo el producto en el vestido, si uno se quiere dar ese gusto y mostrarse galante. Si en vez de viñas posee el que va a comprar el vestido una de esas tierras que lo que producen es esparto, necesitará tal vez consumir la producción de una legua cuadrada de terreno por cada metro cuadrado o no cuadrado de la tela que envuelva el cuerpo de su mujer y que le arrastre formando cola. Por último, si el marido elegante y generoso es rentista, como no le pagan el cupón, tendrá que vender treses para comprar el vestido; y suponiendo que el día de la venta la cotización es favorable y que el Interior está a trece, tendrá, para adquirir el vestido, que desprenderse de un capital de sesenta y un mil quinientos treinta y ocho reales de vellón, más dos o tres perros chicos.

Queda, pues, demostrado, si no me engaña el amor propio, que somos unos miserables. El politiqueo del grupo exiguo y de los que aspiran a entrar en él es ley ineludible por ahora. Estas circunstancias excitan mucho a la perversión. Veamos, sin embargo, cómo, a pesar de tan malas circunstancias, la perversión no es grande.

Como prueba de la perversión, empieza el señor De Liniers por sostener que en otras edades, en que la palabra patriotismo aún no se había inventado, este sentimiento, creador de generosas y grandes acciones, vivía en muchas almas, mientras que en esta edad, en que la palabra patriotismo ha salido a relucir y se ha puesto en moda, no hay ya verdaderos patriotas.

La escuela políticoclerical española es muy aficionada a estos argumentos, que pudiéramos llamar filológicos. Para demostrar, pongo por caso, cuán propio de nuestro ser es el catolicismo, he ido yo decir con formalidad a alguien de la mencionada escuela que, cuando se le pregunta a un español cómo está de salud, y él no está muy bien, responde siempre No estoy muy católico; prueba de que el catolicismo es nuestra esencia, nuestra

naturaleza, todo en nosotros. Por desgracia, a esto se puede contestar que cuando dos hidalgos, embozaditos en sus capas, salen, por ejemplo, a tomar el sol y hacer tiempo se encuentran, al volver de una esquina, en un lugar de Andalucía, y los dos se sienten regular de salud (en su estado normal, como si dijéramos), casi siempre se saludan y empiezan la conversación de esta manera:

-¿Cómo va, compadre?

-Trampeando, compadre. ¿Y usted?

-También trampeando.

La palabra trampeando para designar el estado normal no es menos usada que la de no estar muy católico para designar el andar algo malucho; conque sáquese la consecuencia.

El más razonable de estos discreteos epigramáticopiadosos, fundados en la filología, es, sin duda, el que distingue la filantropía de la caridad, y se burla de la primera para realzar la segunda. En efecto: la caridad y la filantropía son dos virtudes harto diferentes. La caridad es el amor de Dios, y por el amor de Dios, el de los hombres; la filantropía, por el contrario, es el amor de la Humanidad, no ya por amor de Dios, sino a pesar de los dioses mismos, si es necesario. En la filantropía hay mucho de impiedad, de rebelión, de soberbia titánica contra los eternos decretos. Por esto la Fuerza, cuando en la tragedia de Esquilo manda a Vulcano que ate a Prometeo a la roca firmísima con cadenas de diamantes, dice que aquel castigo es para que el titán aprenda a magnificar la tiranía de Júpiter y se deje de ser filántropo.

El patriotismo es palabra nueva; no es palabra antiquísima, como lo es filantropía; y el patriotismo, además, no está en oposición con ninguna virtud teologal ni con ningún sentimiento religioso. Siempre ha habido patriotismo y se ha llamado amor de patria o algo semejante. La novedad del vocablo patriotismo implica, no obstante, que ya que la idea que representa, no sea nueva, es más frecuente ahora que en otras edades. Si no hubiese ahora más patriotismo, no se hubiera formado nuevo vocablo para significar el mencionado sentimiento. Yo infiero, al revés del señor De Liniers, que la novedad del vocablo implica, no la ausencia del sentimiento, sino su mayor consistencia y ser en nuestro siglo.

Otros sentimientos generosos podrían ser, en siglos pasados, causas de grandes proezas, extraordinarias bizarrías y costosos sacrificios; pero si al héroe o al mártir no se le llamaba patriota, era, sencillamente, porque no era patriota. Véanse, si no, los ejemplos de patriotismo antiguo que aduce el señor De Liniers. Apenas hay uno solo de estos ejemplos donde no se pueda disputar y aun negar que el patriotismo haya entrado por algo. Carlos V haría a España poderosa y temida por amor a la gloria, por amor a su dinastía, por ambición, y hasta, si se quiere, por cierto afecto que pudiera tener a los españoles, cuyo rey era; pero no por amor a su patria, que no era España. Felipe V sería todo lo bueno que se quiera suponer y haría mil primores; pero era francés, y por patriotismo nada pudo hacer en favor de España. «Nadie se ha atrevido todavía a llamar gran patriota a Pelayo», dice el señor De Liniers, y tiene razón. Pelayo no podía ser patriota. Lo primero que se necesita para ser patriota es tener patria, y Pelayo no la tenía. Puede suponerse que la fundó, como Rómulo a Roma, Dido a Cartago o el conde don Enrique a Portugal. Pero éstos no se llaman

patriotas, como no se llama amante de una mujer al que es su padre. Trasládese el señor De Liniers a la época de don Pelayo, y piense en el patriotismo posible entonces. ¿Qué patria amaba don Pelayo? ¿Era España antes que él más que una expresión geográfica? ¿Qué patria quería restaurar? ¿La España sometida al Imperio romano, la España dividida en colonias griegas, cartaginesas y fenicias, y repúblicas de gente indígena, enemigas entre sí, la España dominada por diversas razas del Norte que humillaban a los hispanolatinos y con el litoral de Oriente sujeto al Imperio de Bizancio, o la España de los últimos tiempos de la monarquía visigoda, tan poco convencida de su nacionalidad autonómica que bastaron seis o siete mil árabes para que acabasen con ella antes de que llegase el famoso y proverbial moro Muza? Don Pelayo, si, como el nombre lo indica, era más latino que godo, se movería a sus hazañas por amor a los de su casta y religión, lo cual, si es patriotismo, es patriotismo hartamente confuso y vago; si era de la nobleza visigoda, el sentimiento de su dignidad, la ambición y el amor de la gloria pudieron entrar por mucho en su propósito; pero llamar patriotismo al sentimiento que le impulsó es algo impropio aun dentro del sentido de la estricta realidad histórica. Esto no obsta para que nosotros, vistas las cosas de cierto modo poético y legendario, prestemos a don Pelayo las ideas y sentimientos de hoy, y le hagamos amar la patria como si ya hubiese existido, como si no estuviese aún entre los futuros contingentes, haciéndole decir con Quintana:

¿No hay patria, Veremundo? ¿No la tiene
todo buen español dentro del pecho?

En suma: para no involucrar las cuestiones, yo creo que por patriotismo o amor de la patria debe entenderse el amor de un ciudadano por la república, Estado o reino a que pertenece; amor que tal vez le lleva hasta sacrificarse. Así, pues, si Carlos V o Felipe V no pueden llamarse patriotas sin que se ría la gente de oírlo, bien pueden llamarse, y se llaman, patriotas los numantinos y los saguntinos que murieron por Numancia y Sagunto, patria de ellos, y los trescientos de las Termópilas que murieron por Esparta, y los decios, que por Roma se votaban a los dioses infernales y se lanzaban a morir en lo más recio de la pelea, y aquellos magnates cartagineses o aquellos emperadores aztecas que por Cartago o por Méjico se hacían sacrificar a los ídolos a fin de tenerlos propicios.

Para que haya patriotismo es menester que haya patria; que el que lo sienta forme parte de la ciudad, se reconozca individuo de la asociación política y la ame. El patriotismo es, pues, una virtud o un sentimiento de los libres, y no de los siervos o esclavos. Por eso, apenas hay patriotismo en los siglos medios entre la plebe. Un puñado de normandos conquista a Inglaterra; otro puñado de moros conquista a España. Un aventurero audaz y robusto basta a veces a poner en fuga, apalear o matar enjambres de villanos, fundando imperios o reinos y haciendo posibles los portentos de los libros de caballerías. En cambio, medio millón de franceses, impulsados por uno de los mayores genios militares de que habla la Historia, vinieron a España en este siglo y mordieron el polvo antes de

poner el yugo a un pueblo capaz ya de ser patriota.

El patriotismo no sólo implica libertad, sino también, por muy extraño que parezca, cierta cultura. En lo antiguo, cuando la patria se limitaba por los muros de la ciudad, como en Atenas, Roma y Esparta, no necesitaba el ciudadano saber mucha geografía; pero en la Edad Moderna, mientras no se forman grandes nacionalidades y son del pueblo conocidas, ¿cómo ha de ser el pueblo patriota si ignora que es la patria? Todavía dudo yo mucho de que el montañés de Calabria se crea muy compatriota del gondolero veneciano y se considere ligado a él por los lazos de una misma nación y Estado, que llaman Italia. En tiempos de Felipe II, dudo igualmente de que un catalán o un gallego, como no fuese hidalgo o letrado, entendiese que España era patria común de todos y se juzgase conciudadano del andaluz o del extremeño. Los que hacían entonces las grandes proezas eran pocos; los demás vegetaban sin patriotismo y sin virtud política. Y los pocos que hacían las grandes proezas, bien puede disputarse si estaban muy seguros de que las hacían por amor de la patria o para servir al rey y a la religión, ganar honra y provecho, y medrar, garbear y buscar lances y aventuras. En la plebe apenas había patriotismo; apenas había, no diré amor, sino conciencia de la patria, a no entenderse por patria el lugar o comarca donde se ha nacido, y no todo el cuerpo de la república, unido sólo por el lazo personal del monarca, que era rey de Castilla, de León, de Córdoba, de Murcia y demás retahíla.

Otra prueba de que el patriotismo era, hasta hace poco, sentimiento aristocrático y no divulgado, es la facilidad y escaso miramiento con que se incorporaban o segregaban estados para dotes de princesas o heredades de príncipes sin que ninguna idea, de nacionalidad lo cohonestase, ni por medio del sufragio universal, aunque sea falsedad hipócrita, tratase nadie de justificarlo y legalizarlo. ¿Qué patriotismo singular y zamorano quiere, por ejemplo, el señor De Liniers que nazca en los de Zamora, no bien don Fernando I deja aquella ciudad como señorío a una de sus hijas? ¿Qué patriotismo habían de tener los de Nassau o los de Hesse-Cassel? Pues no digo nada de los de Hamburgo, que ha sido un Estado, que ha sido una patria hasta 1866.

Aunque una nación sea grande y tenga historia gloriosa, la ignorancia y la servidumbre hacen que el pueblo olvide dicha historia y pierda el patriotismo. Si alguien lo conserva es la clase privilegiada, la aristocracia, compuesta de los únicos que merecen llamarse ciudadanos. Ejemplo maravilloso de esto fue el Imperio griego al caer en poder de los turcos. Más de doscientos cincuenta mil hombres mandaba el sultán. Nadie sostenía al último paleólogo sino cuatro mil guerreros selectos y fieles, de sus más allegados, y otros tantos mercenarios y extranjeros, que lo abandonaron al fin; pero entonces el emperador de Bizancio sintió que representaba a la vez la gloria y la grandeza de griegos y de romanos, y peleó y murió con los suyos, como los trescientos de las Termopilas y como los decios de Roma. Pocas catástrofes registra la Historia más trágicamente sublimes que la toma de Constantinopla y la caída del con tan harta frecuencia llamado Bajo Imperio; pero esto no se debió, por cierto, al patriotismo del vulgo.

El patriotismo divulgado es propio de nuestra edad, en que hay más ilustración, más libertad y más conciencia en el pueblo de la dignidad

humana y del ser colectivo de la sociedad política. Si se habla, pues, tanto de patriotismo, es porque lo hay y no para encubrir que no lo hay. Casi estoy por afirmar, lamentándolo, que en España tenemos plétora de patriotismo. Demos de barato que los españoles son, por lo común, más amigos de echarse a la vida airada que trabajar en paz en sus casas, pero todavía se me concederá que por algo debe de haber entrado el deseo del engrandecimiento de la patria y de establecer en ella el gobierno que más le conviene o de libertarla de la tiranía, en la gloriosa guerra de la Independencia; en las dos guerras civiles, que han durado once años, y en las guerras de Méjico, de Marruecos, de Santo Domingo y del Pacífico, en que nos hemos arruinado y en que tal vez ha muerto de muerte violenta medio millón de españoles. ¿Cree, además, el señor De Liniers que no sólo los que han muerto peleando, sino los que murieron en el patíbulo o fusilados por causas políticas, eran todos unos tunos y dieron o expusieron la vida por garbear o medrar? Sólo bajo el poder de Fernando VII el Deseado fueron a la horca o murieron retorcido el pescuezo por el garrote o fusilados por razones políticas unos seis mil de nuestros conciudadanos. Si añadimos los deportados, los expatriados, los enviados a presidio, los muertos de miseria y los suicidados de rabia y desesperación en los calabozos, la cifra sube a muchos miles. ¿Cómo suponer que tanta víctima se aventuró y expuso con el único intento de ver si lograba formar parte del grupo exiguo? Convéznase el señor De Liniers: mucho de patriotismo, extraviado si se quiere, debe de haber habido en todo esto. Después de caer sobre el patriotismo, cae el azote satírico del señor De Liniers sobre la opinión pública, que no es, según él, la opinión de todo el mundo, sino la opinión del grupo exiguo; esto es, lo que conviene a unos cuantos tunantes. Contra esta burla hay los mismos argumentos ya expuestos. Si no hay otra opinión que la de unos cuantos pícaros periodistas, ¿por qué los hombres de bien no fundan también periódicos y llevan la opinión pública por mejores caminos? ¿Los pícaros periodistas podrían, además, sostener sus periódicos sin suscriptores? Luego no son los periodistas, sino los suscriptores también los que concurren a crear la opinión pública. De donde se deduce que en España, y en el día, la opinión pública la forman, como en cualquier otro país y en cualquier otra época, los que más valen y saben, los que opinan algo. Por desgracia, esta opinión pública no suele mostrarse como debiera, ni en las urnas electorales ni por otros medios que hay dentro de la legalidad. De esto tiene la culpa el grupo exiguo. Los españoles nos hallamos tan mal de todo, que no hay Gobierno de que no murmuremos, después de votarle los diputados que pide.

La murmuración y el clamoreo inerte van subiendo de punto mientras más dura un Gobierno, o dígase situación. Todos acuden a los militares, única fuerza organizada y activa, para que liberten a la patria de aquella plaga, para que la saquen del cautiverio. Ora los lisonjean, ora los insultan, diciéndoles que merecen enaguas en vez de uniforme, y ruela en vez de espada, porque no se pronuncian, y ora las damas más elegantes y bonitas los enternecen, conmueven y entusiasman, para que nos salven de la anarquía, de la irreligión y de otra multitud de calamidades. Yo, digo la verdad, hallo pavorosa y vitanda toda revolución violenta, y detesto, sobre todo, un motín de soldados; pero si no disculpo, explico y atenúo

bastante la falta de los generales que con tanta frecuencia suelen pronunciarse en España. No el grupo exiguo, sino media nación o más, los empujan siempre a que la armen, salvo el decir a poco que son jenízaros o pretorianos. Sin duda que la ambición y el deseo de hacer gran papel pueden inducir a los generales a que se pronuncien; pero ¿cómo negar, en vista de tantas excitaciones, que no pocos de estos adalides lleguen a creer de buena fe que Dios suscita en ellos redentores y salvadores, como aquellos jueces de Israel que suscitaba Dios para salvar a su pueblo del yugo de los amorreos o de los filisteos?

Cuanto dice el señor Liniers contra los motines o pronunciamientos militares es chistoso, y lo sería más si el asunto no fuese tan grave; pero el chiste y la sátira están fundados en algo sofístico y propenden a probar una cosa evidentemente falsa: que un grupo exiguo se pronuncia o despronuncia de continuo, perturbándolo todo. No es así. Cómplices e instigadores de todo pronunciamiento son siempre gran multitud de paisanos. Todavía no ha triunfado un solo motín militar que no haya tenido a su lado, empujándolo, a un partido político, a mucha parte de la nación, a lo que, en realidad, y no en sentido irónico, puede llamarse opinión pública en cualquier país.

Otro capítulo consagra el señor De Liniers a los hombres serios. El resultado final de todos sus estudios sobre este punto es que para ser hombre serio en España se requiere una dosis infinitesimal de vergüenza y amor propio y orgullo a discreción. Esto, para hacer gracia, confesamos que excede ya los límites de lo cómico. Y si esto es la ruda enunciación de una verdad, tendremos que repetir con otras palabras lo mismo que ya hemos expuesto. Si en España, para pasar por hombre serio, basta con ser presumido, soberbio y desvergonzado, esto es, un detestable pillo, ¿qué serán en España los hombres jocosos o burlescos? Serán unos idiotas, y todo el conjunto de la nación no podrá menos de ser una estúpida canalla. Sin embargo, el señor De Liniers no se contenta con pintarnos en caricatura tan cruel al hombre serio. Va más allá. Nos describe también los grandes caracteres, que salen no más lisonjeados.

Su libro consta de tres partes. Como es didáctico-irónico, enseña al hombre lo que debe saber para vivir correctamente en la patria, en la sociedad y en la familia. De la sátira política a que da lugar este método ya hemos dicho lo más esencial. La sátira contra las costumbres no es menos agria y dura.

De este modo hiperbólico y violento de escribir se originan varios males. Mal para el autor, el cual, siendo un mozo de talento, agudo, buen observador y gracioso, hace un libro menos divertido y ameno de lo que hubiera podido ser pues, al cabo, lo cómico está en las debilidades y miserias que no traspasan ciertos límites y que no llegan a una perversidad consumada, lo cual no hace reír ni divierte a nadie.

Males para la sociedad: que este afán de pintar sus vicios, atribuyéndolos todos a un grupo exiguo, no corrige ni mejora a nadie, antes empeora y pervierte estimulando el odio, la envidia y otras malas pasiones contra los pocos que, si no han sido más capaces, han sido, por lo menos, más felices; y que, al leer libro semejante, alguien que no acepte el sofisma de que todos son buenos, menos un puñado de hombres que tienen embaucados y supeditados a los demás, formará de la pobre España, que está muy mal,

sin duda, el concepto más bajo y humillante que puede imaginarse. Jamás he leído nada con mayor disgusto y enojo que una colección de artículos que publicó contra España la Gaceta de Augsburgo, estando yo en Alemania. De ellos resultaba que nuestros generales eran unos ambiciosos, ignorantes y sin conciencia; nuestros oradores, unos charlatanes que deslíen un átomo de idea en un piélagos turbio y revuelto de palabras huecas y resonantes; nuestros hombres de Estado, unos presumidos que no quieren más que medrar y mantenerse en el Poder o tomarlo por cualquier medio, bueno o malo, etcétera, etc. En resolución: los artículos de la Gaceta de Augsburgo eran como compendio profético del libro del señor De Liniers. Mi enojo, no obstante, tuvo que disiparse cuando noté que el cachazudo alemán autor del artículo nada decía sin autoridad y texto. Había tomado todas las invectivas de los periódicos de cada partido contra los prohombres de los partidos contrarios, y así había hecho su obra, tiznando lastimosamente a todo el mundo verdadero; porque, desengañese el señor De Liniers, es mucha sutileza metafísica para creída por nadie eso de que haya un grupo exiguo de galopines que, a ciencia y paciencia de todo el mundo, se atribuya la influencia, el valer y el poder que a todo el mundo pertenece.

El libro del señor De Liniers puede producir muchos efectos contrarios a los que el señor De Liniers se propone. Pondré aquí algunos.

La empleomanía es un mal gravísimo, nacido de nuestra pobreza, de la abundancia de clase media, sin oficio ni beneficio, y hasta de los enormes tributos que agobian a la nación. Pues muchos de los contribuyentes que dan al Estado la mitad o más de la mitad del producto líquido de su capital y trabajo, nada hallan más natural que desear que algo de eso que dan vuelva, cuando no a ellos, a sus hijos, sobrinos o ahijados bajo la forma de sueldo o de otros provechos oficiales. Contra el deseo de sueldo milita aún el pudor de desempeñar mal un puesto por falta de capacidad o de estudios, y contra el deseo de provechos, el temor de ser castigado o infamado al menos; pero si se afirma y se repite que los que desempeñan los puestos son ignorantes y tontos, y que tienen vergüenza infinitesimal, y que a mansalva se puede hacer lo que se quiera, el pudor y el temor de que liemos hablado acabarán por extinguirse. No habrá nadie que no se juzgue capaz y digno de ser empleado. El reloj de la oficina ganará el sueldo por él. La administración bien montada es una maquina que casi anda sola.

Por último, el libro del señor De Liniers, o lo que hay en él de más sustancial, puede llegar a las clases ínfimas, a lo que llaman cuarto estado. ¿Qué sentimiento moralizador producirá en los individuos de ese cuarto estado el creer que hay un grupo exiguo de tunantes que explota el país, le chupa el jugo y vive rico y colmado de honores a expensas de todos? Lo primero que hará el vulgo será ensanchar el grupo exiguo por un procedimiento dialéctico bastante justificado. «Toda esta gente nueva -dirá-, que se ha elevado por la política reciente, y va en coche, y se llama Peñón-Tajado y Casa-Francisco o Casa-Diego, ¿por qué ha de ser distinta de lo que fueron en su origen los señores antiguos?» «La única diferencia -añadirá- consiste en que éstos han hecho para sí lo que para los otros hicieron los padres, abuelos o tatarabuelos.» Regla general, pues: toda riqueza, toda distinción, heredada o conquistada, ha sido mal

adquirida y con poco trabajo. Dada la regla general, la consecuencia es evidente: la cocinera te sisará con menos escrúpulo de conciencia; el administrador de tus bienes, que sabe el diablo cómo los adquiriste o los adquirió mi padre, tratará de dejarte pobre y de enriquecerse él; tu cochero, en vista de que tu coche y tus caballos son, como afirma el señor De Liniers, un milagro de química administrativa que se obra en el secreto de la vida privada, tratará también de ser milagrero y te matará los caballos de hambre; el jornalero que lleves a cavar a tu hacienda calculará que tú, en la secretaría, te ganas o te ganaste el dinero charlando y fumando y mano sobre mano, y querrá imitarte y ganar del mismo modo su jornal, y algunos, más alentados y briosos, soltarán el azadón y tomarán el trabuco y se echarán al camino, diciendo el antiguo refrán de Quien roba al ladrón tiene cien años de perdón.

Para mí es de toda evidencia que este modo de explicar el malestar social y político que nos aqueja, atribuyéndolo a la perversión moral de los que más se distinguen, tiene las contras ya referidas: obliga y mueve al entendimiento discursivo a creer que esa perversión moral se extiende sobre todo el cuerpo de la república, como lepra asquerosa, y contribuye, en realidad, a que dicha lepra se extienda, en vez de curarla.

Creo, por último, que el malestar puede y debe explicarse de otra suerte: tiene causas más hondas. Hasta la misma perversión moral, si la hubiese y fuese tan horrible como de la lectura del libro del señor De Liniers puede conjeturarse, sería un síntoma de la enfermedad, y no la enfermedad misma, y menos sus causas.

Las causas están patentes y bastan a explicarlo todo. Nuestro atraso en la cultura material es harto grande aún para que no podamos vivir sino a duras penas, como las demás naciones cultas de Europa, y, sin embargo, sentimos la necesidad de vivir como ellas.

Y el contacto de la moderna civilización ha injertado en la nuestra, castiza y propia, pero atrasada y enteca en su desarrollo, tal fermento de doctrinas nuevas, de utopías audaces y de ciencias de última moda, que no es de maravillar la agitación y desasosiego de todo el ser de esta nación desaventurada. El pensamiento antiguo, casi ciego y olvidado de sí mismo, lucha por un lado; la idea nueva por otro. ¡Cuánto no tienen que afanar y sudar, acaso en balde, los que procuran la paz, la transacción y el equilibrio!

Añádanse a esto algunas faltas nacidas de nuestra condición natural de españoles y algunos extravíos que surgen fatalmente de las entrañas de nuestra historia y se explicará todo.

No bien sentimos alivio en nuestra miseria, no bien tenemos algunos apuros menos, ya queremos meternos en todo: carecemos de paciencia para aguardar mejor época; nos acordamos de Otumba, Lepanto y Pavía, y nos lanzamos en empresas locas.

Dentro tampoco atinamos a vivir tranquilos. Con terquedad heroica y ruidosa sostenemos por las armas nuestras ideas, y las guerras civiles duran años.

Nuestras invectivas son feroces y provocan a odio y rebelión; pero nuestras alabanzas son tan pomposas, estupendas y exageradas, que, por espíritu de contradicción, provocan a la invectiva.

Lo confieso con franqueza: yo gusté más que nadie de la evolución de 1868;

pero cuando oía decir que Europa nos contemplaba pasmada y en éxtasis, que nuestra elocuencia y nuestra sabiduría tenían asombrado al mundo, y que no había más que desear que aquello, me daban ganas de hacerme reaccionario; así como ahora, cuando oigo decir a algún ministro o a algún ministerial que debemos eterna gratitud a este Gobierno porque nos ha traído el orden y la paz y otros mil bienes y gustos, y pienso en que no se pagan los treses y en que pagamos la mitad o más de lo que producen nuestros áridos terrenos, y en que todo está tan mal como siempre, cuando no peor, no sé lo que me daría gana de ser si no fuera porque acudo al razonamiento, calmante y más que sabido, de la viejezuela de Siracusa. Sea como sea, no infiero nunca lo que infiere el señor De Liniers, a pesar de su claro ingenio, del cual, por otra parte, da mil pruebas en su bien escrito y entretenido libro. Lo que yo infiero es que somos más infelices y disparatados que perversos. La esperanza, con todo, es lo último que se pierde. A veces imagino que nuestros males, aunque profundos, no son difíciles de curar. Tal vez se curen con diez o doce años de paz interior y exterior, sin pronunciamientos ni guerras civiles y con un Gobierno menos que mediano. Pero ¿será posible esa paz? ¿Será posible y viable ese Gobierno menos que mediano?

Lo que sin duda alguna repito es que no se remedian los males de la patria infamando en masa a cuantos, por suerte o por mayor capacidad, toca dirigir sus negocios. Los malos repúblicos no se corrigen con sátiras como las del señor De Liniers; antes se ríen y aun se aprovechan de todo. Nadie es tan aficionado a contar escándalos y a hablar de los chanchullos de los otros como aquellos que tienen fama de haber chanchulleado. Lo que ansían es que se afirme la creencia de que todos hacen lo mismo. El señor De Liniers trabaja, pues, sin querer, en favor de ellos. Los personajes políticos del género que describe el señor De Liniers se parecen en este punto a las mujeres galantes, las cuales no gustan sino de tizar a las demás mujeres y hacerlas pasar por unas perdidas.

Recuerdo que cuando se divulgó, hace años, cierto soneto de un amigo mío, titulado Los belenes, precisamente entre las mujeres galantes fue donde el soneto alcanzó más favor y aplauso. Todas pedían con ansia el soneto, y lo leían con fruición. Había en el soneto diez o doce nombres propios citados; pero esto nada importaba. Cuando el nombre de alguna de las que pedían el soneto figuraba en él, se borraba y se ponía en lugar suyo el nombre de otra, a fin de que ella lo leyese sin darse por aludida.

Ni a este recurso hay que apelar con el libro del señor De Liniers, que no cita nombre alguno. Nadie se tomará la molestia de darse por aludido, y los ambiciosos, necios y tunantes hallarán consolación y deleite con la lectura de un libro que trata de probar que cuanto aquí sobresale, se distingue y adquiere poder e influencia, es de la misma condición desafortada e indigna.

No es posible que la caquistorracia se entronice y dure cuarenta años en una nación libre, a no suponer lo contrario de lo que supone el señor De Liniers: que el grupo exiguo consta, de santos y discretos, arrinconados y oprimidos por una inmensa mayoría de malvados y de tontos.

Madrid, 1876.

Diciembre

En esta tarea me ha cabido en suerte hacer el retrato o semblanza del mes que más me gusta. Por esto mismo desespero de salir airoso. Son tantas las cosas que del mes de diciembre hay que decir, y acuden tan en tropel a la imaginación, que no hallo modo de concertarlas y prestarles forma clara y concisa para que el lector no se canse.

Basta apelar a cierta erudición de tercera o cuarta mano para poder afirmar que este mes corresponde, sobre día más o menos, al Panca de la India, al Thir de los persas, al Canun de Siria, al Audineo de Macedonia y al Poseidón de Grecia. Parece que se llama diciembre porque entre los antiguos romanos se empezaba a contar por marzo, y diciembre era el décimo mes. Pero dejémonos de bachillerías arqueológicas y vamos al canto llano.

Diciembre, para todo católico español, tiene el doble carácter de ser el primero y el último de los meses. En la sociedad civil es el último; en la Iglesia, el primero.

Se sabe de fijo que Dios creó la luz en un domingo; pero no sé yo que conste en qué domingo la creó. Supongamos, no obstante, que fue en el primer domingo de Adviento, y tendremos que, tanto el año como el Universomundo, empiezan en uno de los primeros días del mes de diciembre.

Mi suposición no es arbitraria. En el primer domingo de Adviento se anuncia en la Iglesia la venida de la verdadera luz sobrenatural. No es, pues, inverosímil que la luz natural la precediese, como prefigurándola, y que en aquel día se abriesen los siglos y empezase a correr el tiempo, manando esta forma del mudar, como la llaman los krausistas, del seno de la eternidad inmutable.

En diciembre hubieron de empezar el tiempo y el mundo, y en diciembre, si no me equivoco, han de terminar ambos, cerrándose el curso de los siglos con los más severos exámenes. La Iglesia, no sólo anuncia en el primer domingo de Adviento la primera alegre venida de Cristo como Salvador y como Hombre, sino también la segunda venida pavorosa, como Juez, en el día del Juicio.

Véase, pues, si el mes de diciembre no es un mes extraordinario por lo favorecido, por lo rico en sucesos, y por lo relleno de misterios.

No atinaré a decir por qué; más barrunto que este mes no fue menos glorioso y festivo entre los pueblos gentílicos de la antigüedad que lo es ahora entre los pueblos cristianos. Creo, además, que los chinos y los japoneses y otras naciones paganas del día han de darle igual importancia. Lo que me aflige es que, para probarlo y hacer el merecido encomio del mes de diciembre, se requiere revolver, compulsar y citar muchísimos libros, con lo cual me fatigaría yo demasiado y aburriría al público. Quédese, por tanto, este docto trabajo para cuando escriba yo un grueso volumen, que bien puede escribirse, sobre las excelencias del mes de diciembre, y limitémonos ahora en el artículo a meras conjeturas.

Meras conjeturas, digo, al hablar de cosas enrevesadas y hondas; pero como yo sé, y cualquiera sabe tantísimo de lo somero, llano y liso que ocurrió, ocurre o puede ocurrir en diciembre, se me antoja que escribiré de este

mes y aun llenaré más páginas de las que se me piden, sin consultar autor ninguno, sino sacándolo todo del tesorito de mi memoria y de mi pobre fantasía.

Lo que no me decido a traer aquí como alabanza, no vaya a sonar aquí como vituperio, es el que en este mes estén cerradas las velaciones. Yo, profano, me pregunto: ¿Qué motivo hay para que en diciembre no pueda la gente casarse como Dios manda, o dígase con todos los requisitos? Los días que preceden al Nacimiento de nuestro divino Redentor deben ser días de penitencia, y por lo mismo, tal vez sería conveniente que muchos se casasen entonces. No debo tampoco atribuir el que se cierren las velaciones a ninguna consideración astrológica. El que entre el sol en este mes en la casa o signo de una constelación ominosa a los casados, no es razón seria para que en este mes no se velen. No creo que se haga el horóscopo de la velación como el del nacimiento. Y, por último, tampoco quiero presumir que esta prohibición de velaciones tenga un origen gentílico por estar diciembre consagrado a Vesta, quien con Diana y Minerva compone la trinidad de diosas, crudas y hasta duras de cocer, que se resistieron siempre al poder de Venus, conservándose en estado honesto. Por el contrario, está averiguado que los romanos y los griegos, antes de hacerse cristianos, se pasaban todo este mes en multitud de fiestas, que no brillaban por la honestidad, como las faunales, en torno de los dioses de las selvas; las laurentales, en honor de aquella pastora, Laurencia, a quien, por lo generosa y regocijada, llamaron Loba, la cual crió a Rómulo, y las juvenales, para celebrar la primera vez que los intonsos mancebitos se afeitaban el bozo.

Prueba esto, según buena filosofía, que desde las edades más remotas los hombres han sido aficionados a divertirse en todos los meses del año, y sobre todos los meses, en el de diciembre. Como el Sol se va inclinando hacia Capricornio, hiriendo más de soslayo nuestro hemisferio, acortando el día, alargando la noche y trayendo frío, nieve y hielo, las gentes que presumen de civilizadas, o que lo son, quieren vencer a la Naturaleza y mostrar que están exentas de su servidumbre, divirtiéndose más en este mes que en los otros.

De aquí que le consagren a Vesta, la más antigua de las divinidades, el fuego del hogar. En torno suyo se reunió y se fundó la familia. Por él empezó todo dulce consorcio humano. ¡Sublime invención fue la del fuego! Y yo doy por seguro que se inventó en diciembre. Egregio personaje y digno de toda alabanza fue el primero que, tiritando de frío, alalo o antropisco, agitó con mano firme un leño seco contra otro leño seco e hizo brotar la vividora llama. Aquella llama encendió la inspiración en el espíritu y dio ser a las artes. El que la encendió hizo más que todos los sabios modernos. Fue el verdadero Prometeo. Fue el primer sacerdote de Vesta. Luego encomendó a sus hijas que cuidasen del fuego del hogar, y ellas fueron las primitivas vestales. Mucha poesía hay en todo este despertar de la cultura humana. Pero ¡cuánto hemos adelantado después! Pasando por el eslabón y el pedernal, la yesca y la pajueta, hemos llegado hasta el fósforo de cerilla sin humo. Cada cual lleva hoy en su bolsillo a la propia Vesta y a Agni. La vestal puede ya distraerse, descuidarse, irse de bureo y dejar que el fuego se apague sin la menor extorsión.

¿Cómo extrañar que en un principio el fuego, Agni, fuese un dios? «Antes

de todos los otros dioses es menester invocar a Agni -dice el Rig-Veda-. Pronunciemos su nombre venerando antes que el de los otros mortales. ¡Oh Agni, sea quien sea el dios a quien honramos con nuestro sacrificio, a ti se dirige siempre el holocausto!»

¿Quién no descubre en este texto sagrado el origen y fundamento del utilísimo arte de guisar? ¿Qué significa el dirigirse siempre a Agni con todo sacrificio, sino asar lo que está crudo? La cocina, pues, se inventó también en diciembre, porque hubo de seguir inmediatamente a la invención del fuego. Claro está que en un principio todo era asado; pero poco a poco se fueron inventando las calderas, los peroles, las sartenes, los pucheros y las ollas y hubo caldo, y hubo fritura, y hubo salsas distintas, y se llegó a los prodigios de Carême.

Desde diciembre dichoso en que se inventó el fuego del hogar, este mes es bendito, porque en él se disfruta mejor que nunca de tal fuego. En este punto yo, pese a quien pese, desdeño los caloríferos, las estufas y otras complicadas invenciones, y me atengo a lo antiguo, y ensalzo, sobre todo otro modo de calentarse, el de las patriarcales chimeneas de campana, como las hay en las casas de los lugares. Un monte de leña arde en la piedra del centro. En mi tierra suele ser de olivo o de encina. A veces un puñado de secos sarmientos o de olorosas matas de romero y tomillo aviva la llama. La pasta de orujo la hace más luminosa y refulgente. En torno de la lumbre se sientan, y se agrupan los señores de la casa, las visitas, tal vez los mismos criados, y hasta los gatos y los perros. La gente se anima con el grato calor. La conversación se hace viva y jocosa. Se refieren mil cuentos y chascarrillos. Y, por último, la vista de las morcillas, longanizas y chorizos, pendientes al humo, que es lo primero con que topan los ojos, si por dicha se elevan al cielo, excita el apetito al más desganado. ¡Cuántas veces no se descuelga improvisadamente alguna de aquellas morcillas, frescas aún en diciembre, y se asa y se come allí sin ceremonia, bebiendo luego un traguito de vino! ¿No es esto mejor que el té, de que tanto se abusa en las tertulias de la corte? Pero si la magnificencia del amo de la casa no se extiende hasta dar cotidianamente morcilla, nunca faltan castañas o bellotas que asar al rescoldo. Todo esto es bucólico o idílico. Cuando pienso en ello, me entran deseos de tocar la zampona o el caramillo y de componer un flamante Observatorio rústico que eclipse al de don Francisco Gregorio de Salas.

¡Ah corte! ¡Ah confusión! ¿Quién te desea?

Razón tenía Villegas en entusiasmarse tanto y en sentir ciertos ímpetus y arranques de beber buen vino y de retozar con Lesbia

al son de las castañas
que saltan en el fuego.

El fuego del hogar es, en suma, en las noches de diciembre, lo mejor que puede imaginarse. Sólo para un uso me repugna: para calentar la cama con ascuas metidas en una maquinilla de cobre o de hierro. ¿Hay nada más grato ni más sibarítico que calentar con el propio cuerpo, dar unos cuantos tiritones e ir luego entrando en calor? Con el de la cena y el de buen vino de Montilla se logra esto maravillosamente, y más si se comparte

entre dos el trabajo, según nos enseñó con su ejemplo el santo rey David, cuando ya estaba muy entrado en años.

Otro gran deleite de diciembre es ir a tomar el sol. Nada más hermoso que el sol de diciembre, en un día sereno, y muchos lo son bajo el cielo de Andalucía. No suelen estar allí los campos cubiertos de nieve como en el Norte, sino frescos, lozanos y alfombrados de blanda hierba menuda, en vez de la seca, blanquecina y polvorosa paja que en verano y otoño los cubre. El follaje de muchos árboles de hoja perenne reverdece y luce más entonces, nutrido y lavado por la reciente lluvia. En los sitios repuestos y resguardados del temporal suelen florecer en pleno diciembre las violetas. Yo las he cogido en dicho mes en las laderas de la Alhambra, detrás de las torres de las Infantas y de la Cautiva, y en otros muchos sitios.

Los campos no están desiertos en este mes, sino animados por no pocas faenas agrícolas. ¿Cuándo se cava mejor una viña que en diciembre? En diciembre está en toda su fuga la molienda de la aceituna. En diciembre se suelen podar los olivos.

Diciembre es también el mes de los cazadores. Los zorzales no han emigrado aún del todo. Nunca mejor que entonces se persiguen los jabalíes de Sierra Morena, los corzos y los ciervos, las nutrias del Guadalquivir y las raposas de la campiña. Entonces hay abundancia de perdices, y no faltan sisonos, avutardas, chochas, ortegas, patos silvestres y otra multitud de aves.

Aunque se me tilde de fanático partidario del mes de diciembre, diré que todo me gusta más en este mes: hasta las vidas de los santos a quienes este mes la Iglesia conmemora. ¿Quién más simpático y admirable que San Francisco Javier, Alejandro Magno de la palabra divina, con cuya blandura y mansedumbre conquistó y domeñó, más gentes y pueblos bárbaros y remotos que el otro macedón con el rigor de la espada? ¿Qué santo de más bríos que San Ambrosio, que impuso penitencia al propio emperador y le echó de la Iglesia? ¿Quién más arriscado que San Francisco, que antes de la conversión quería jugarse los ojos, después de haber jugado y perdido hasta la ropa que llevaba puesta? ¿Quién más útil a la nación española en los siglos heroicos de la Reconquista, que Santo Domingo de Silos? ¿Qué santo más amigo del método experimental, de no fiarse sino al testimonio de los sentidos, como los positivistas de ahora, que Santo Tomás, apóstol, por quien se dijo ver y creer? ¿Quién abrió la áspera senda de las heroicidades cristianas, regándola el primero con su sangre, sino San Esteban protomártir? ¿Quién durmió en su vida en el seno del Dios-Hombre, y tuvo por madre a su madre, y encumbró más alto el vuelo de la inspiración, y reveló más hondos y soberanos misterios que el Águila de Patmos? ¿Quién más valiente defensor de la libertad de la Iglesia que el arzobispo canturiense? ¿Y quién, por último, como San Silvestre, que convirtió a Constantino, hizo que la Iglesia triunfase y tuviese paz, y animó con su espíritu el gran Concilio en que se formó el Credo? Todas éstas son glorias del mes de diciembre. Todo esto se celebra en mi mes. En diciembre, además, se celebra el más fausto de los acontecimientos para los piadosos españoles: la llegada del cuerpo de Santiago a Galicia. Desde entonces el Santo Apóstol tomó esta tierra por suya, y ya en realidad, ya en la mente devota y guerrera de nuestros generosos antepasados, se

apareció en cien y cien batallas, combatiendo al frente de ellos contra los moros, montado en un caballo blanco y contribuyendo a victorias tan estupendas como las de Clavijo y Las Navas.

Por último, en diciembre se celebra la Purísima Concepción de la Virgen María, libre de toda mancha de pecado, como templo y morada que había de ser el Verbo Divino.

Pero ¡qué mucho, si fue en diciembre cuando llegó la plenitud de los tiempos, y Dios, no contento ya con comunicarse a sus criaturas y repartir con ellas sus bienes por naturaleza y por gracia, quiso unirse y se unió en unión personal con el ser humano, cumpliendo todo el plan y propósito del Universo y de la Historia, y llamando a sí con mayor fuerza de amor y ciñendo con más estrecho lazo las cosas todas!

La Nochebuena, la noche en que el mundo y el linaje humano logran tanta ventura, ¿cómo no ha de solemnizarse con toda clase de diversiones y placeres? Cuantas ciudades, villas y aldeas hay en España compiten en esta noche por alabar estrepitosamente el nacimiento de Cristo. La zambomba y el pandero resuenan por todas partes donde hay una vivienda, desde Deva a Calpe y desde Trafalgar hasta Rosas. La mitad de los españoles oye la misa del Gallo, y todo el que tiene que cenar, cena lo más y mejor que puede.

Un hambriento en Nochebuena es la antítesis más aflictiva que ha podido soñar el vulgo. No hay población que no produzca o luzca en Nochebuena sus más famosos artículos gastronómicos: Jijona, su turrón; su mazapán, la imperial Toledo; Córdoba, sus empanadas; Ronda, sus peros; Montalván, sus melones; sus roscos, Loja; Lucena, sus hojaldres; Écija, sus tortas de manteca y sus bizcochos de yema; Morón, sus tortillas de azúcar o polvorones; Adra, su miel de prima; su miel de azahar, Palma del Río, y su miel de tomillo y romero, la Alcarria; Sevilla, sus aceitunas; sus ciruelas, Yelbes; sus higos, Montilla y Málaga; sus dulces bellotas y sus ricos embuchados, Extremadura; Baena, sus alfajores; Doña Mencía, su piñonate; Cabra, sus carnes de manzana y de membrillo; y así por el estilo, cada pueblo su cosa, porque sería cuento de nunca acabar el mentarlas todas aquí.

El comercio trae de tierras extrañas muchos licores y vinos para los caprichosos y opulentos magnates; pero los pobres y desvalidos no se quedan sin beber en tan alegre noche. El aguardiente está barato en España. Los rosolés y las mistelas se hacen con primor en las casas particulares. ¿Y quién, como no esté en la miseria, no tiene, si es cordobés, para vino de los Moriles; si manchego, para Valdepeñas; si gaditano o sevillano, para manzanilla, dulce moscatel o jerez seco; y así discurriendo por todas las comarcas y regiones de la Península?

Lo esencial en la Nochebuena es la sopa de almendra; pero esta sopa, tan esencial como poco sustancial, no sirve a menudo sino de pretexto para cenar más succulentos o gratos manjares. Como suele cenarse después de las doce, se mezclan el pavo y el besugo, platos sin los cuales una cena de Nochebuena perdería todo su carácter.

Madrid, el día de Nochebuena, sobre todo visto por la plaza Mayor y calles adyacentes, es un inmenso emporio, una exposición y un bazar de municiones de boca. Allí viene y se vende cuanto hay de grato a un paladar español y castizo. Trevélez y Galicia envían allí sus jamones; los maragatos traen los mejores peces del mar Cantábrico; y de todas partes acuden pavos

lucios, macizos y apetitosos en numerosas pjaras. ¿Qué fruta española, desde el limón hasta la castaña, faltará en la plaza Mayor en aquel día, como haya podido conservarse? La uva de Lanjarón, que parece acabada de vendimiarse, se mira al lado de la batata; la azofaita y el madroño, junto a la peruana chirimoya; y el plátano de Canarias, o la tangerina de Valencia, no lejos del melón invernal.

Los confiteros se esmeran y se afanan para aquel día, o mejor dicho, para aquella noche, e inventan, condimentan y producen un enjambre de turrónes, jaleas, confites y bizcochos de diversos gustos y formas.

Desde Lhardy, Fornos, los Dos Cisnes y la Pastelería Suiza, hasta el último bodegonero, todos despliegan en aquel día y en los siguientes una actividad febril, y apenas dan abasto. Se diría que la voracidad humana se eleva a su grado superlativo. Se pensaría que, para remedar groseramente a Dios, que se une a la Humanidad, la Humanidad quiere unirse a la Naturaleza viva y orgánica, engulléndosela toda.

Para tan colosal empresa se requieren muchos gastos. Los recursos ordinarios no suelen bastar. Es menester acudir al empréstito o al aguinaldo. El aguinaldo en Madrid suele darse y recibirse en dinero: en provincias se suele dar y recibir aún en especias.

En edades más católicas que la presente se solía dar a los empleados una paga de Navidad, por donde venía a convertirse el año en año de trece meses. Este benévolo abuso se ha suprimido ya casi del todo. La mal llegada paga de Navidad ha tomado la mezquina condición de un adelanto, si suave y regalado al principio, con dejos amarguísimos más tarde, cuando convierte al frío enero en un mes enorme, infinito, feroz, que dura cuarenta días, semejantes a cuarenta siglos.

Los plácidos o embriagadores recuerdos de la cena de Nochebuena, de los villancicos que se cantaron, de los bailes y de las músicas, y hasta quizá de los amores, pues en Nochebuena suelen nacer muchos enamoramientos, no mitigan en el eterno enero los tormentos y angustias de la inopia.

Pero dejemos a enero y volvamos, para terminar, a nuestro diciembre.

Creo haber demostrado, que es el rey de los meses. Hasta su último día, hasta su última noche tiene mayor solemnidad y convida a más profunda meditación que todas las demás noches y todos los demás días.

El tiempo vuela, pasa, se desvanece, sólo subsiste en la flaca memoria de los hombres o en los documentos y monumentos que nuestra soberbia inventa para dar ser ficticio y vida vana y sofística a lo pasado. Y tiene algo de temeroso y de religiosamente grave el paso de un año a otro: el sentir cómo el año muere y se sepulta en la eternidad. Por eso es tan romántica la noche de San Silvestre. Por eso también es tan melancólica.

Sin duda, para alegrarla, se han inventado los estrechos. Así protestamos de que, si el año se va, quedamos nosotros, dispuestos siempre a amar, único consuelo, única razón quizá de la vida. Para la tristeza de que el año ha muerto, es un bálsamo el personificar el año nuevo en una persona querida, con la cual nos une misteriosamente la suerte.

Aconsejo, pues, que al echar los estrechos se corrijan hábilmente los caprichos de la suerte torpe y se procure que todos queden contentos.

Ojalá mi artículo sobre el mes de diciembre consiga con la misma facilidad contentar un poco a los lectores y lectoras.

Madrid, 1876.

Una expedición al Monasterio de Piedra

Aunque no sea España, por lo general, tierra muy fértil y preciosa, todavía creemos que exageran mucho los que en estos últimos tiempos se empeñan en representársela fea, estéril y triste en grado superlativo, salvo en algunos, a modo de oasis, esparcidos no muy pródigamente por acá y por acullá, donde hay agua, riqueza de vegetación y natural hermosura. Pero aun conviniendo en la pobreza y fealdad de la tierra, sobre todo en esta gran meseta del centro, bien puede sostenerse que el mal no es irremediable, que la Naturaleza no se muestra más madrastra que madre para nosotros, castigándonos sin que lo podamos evitar, y que no poco de lo que lamentamos proviene de nuestra incuria.

De todas maneras, siempre nos ha parecido infundadísima la teoría que corre, puesta en moda por escritores de nota, de que España no ha sido nación de primer orden, el Estado más poderoso del mundo por cerca de dos siglos, sino por un conjunto de circunstancias casi milagrosas, y por el poco menos que sobrenatural valor de sus hijos, con lo cual lograron vencer las perversas condiciones y la miseria nativa a que el destino las ha condenado.

No es éste el lugar de refutar dicha teoría, probando que lo pintoresco, frondoso y umbrío del campo no siempre es lo productivo, y que aun concediendo lo que fuere, las naciones ricas, florecientes y preponderantes jamás se lo debieron al suelo que habitan, sino a su enérgica laboriosidad, a su inteligencia y sus bríos.

Apenas hay exageración que no provenga de otra en sentido contrario, y por cierto que lo ha sido y lo es aún en muchas partes el afirmar que somos un pueblo eminentemente agrícola. Si esto fuera así, sentiríamos la vocación de la vida campestre; no sucedería, como sucede, todo lo contrario. Tal vez no haya pueblo menos aficionado que el español a la tal vida. Sólo se somete a ella el que no tiene otro recurso. Cuando lo tiene, huye del campo a la aldea, de la aldea a la capital de provincia, y de la capital de provincia a este hechicero Madrid, con cuyos deleites sueñan cuantos viven entre Calpe y Deva.

No hace mucho que la afición al idilio práctico, a admirar las bellezas naturales ha adquirido cierta fuerza entre nosotros; pero a tiro de cañón rayado se conoce que esta afición es importada de extranjis, como lujo y gala, como signo de distinción aristocrática y como prenda esencial de quien es *comme il faut* y no *cursi*. Así es que la gente rica que se va los veranos fuera de Madrid, se pone de un vuelo más allá de la frontera, y se refugia en Francia e Inglaterra, en Bélgica o en Suiza.

Una de las razones que alegan en pro de este temporal extrañamiento de la patria es que aquí se vive peor y más caro, dondequiera que se va; la falta de buenas posadas o fondas. Pero ¿cómo ni para quién han de establecerse, si los que pueden pagarlas huyen lejos y sólo quedan los pobretes, que pretenden comer, almorzar, merendar, tomar chocolate dos o tres veces al día, tener cuarto con butacas, cómodas y buenas vistas, luz artificial y natural, cama limpia y ancha, servicio al pelo y otras mil

gollerías, por siete u ocho pesetas, precio máximo, considerando todo lo que exceda de este precio un abominable robo, algo de insufrible, escandaloso y digno de la reprobación más acentuada?

Y conviene advertir que los españoles no somos tan fáciles de mantener. Éste es también otro error vulgar, como el de que somos eminentemente agrícolas, y tal vez como el de que somos eminentemente católicos.

Creo que no tiene fundamento alguno eso de que somos eminentemente sobrios, y si no que se lo pregunten a los fondistas y posaderos.

Sea como sea, los ricos y elegantes van ya al campo, si bien entendiendo por campo Biarritz y otros puntos así, donde se hace la misma vida que en la heroica villa y corte.

No hay moda, por censurable que sea, que no tenga algo de buena. De esta ida a veranear de los ricos y dichosos del mundo, resulta que los que aspiran a imitarlos y no tienen los ochavos suficientes, suelen hallarse desairados si se quedan en Madrid. Es tal el furor de preguntar en el mes de junio en toda tertulia, en toda reunión de personas distinguidas: «Y usted, ¿adónde va? Y usted, ¿no sale este verano?», que muchos se avergüenzan de decir: «Yo me quedo, yo no salgo.» Decir esto equivale casi a decir: estoy en la inopia, padezco una cruel sindineritis: es presentar un certificado de pobreza. No todos tienen la magnanimidad, el insolente estoicismo de cierto amigo mío, que respondía cuando le preguntaba alguna dama: «Y usted, ¿no sale este verano?» «Sí, señora; saldré, si tengo botas.»

A fin de no verse en el apuro de tener que responder tan desvergonzada frase, rara es la mujer metida en los trotes de la high-life que no mire en su marido un tirano, un monstruo o un Juan Lanás sin ingeniaturas y sin despejo, si no la saca a veranear en llegando esta estación. Marido hay que por contentar a su mujer es capaz de tomar prestado de un usurero al cuarenta por ciento al año el dinero que ha menester para seguir dos o tres meses, hasta fin de septiembre, la descansada vida y la escondida

senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido,

alvo, se entiende, si la mujer no es un prodigio de economía y ha ahorrado para el veraneo de lo que su marido le da para el gasto de casa.

De todos modos, no obstante, puede tener terrible fuerza lo que oí decir, no hace mucho, a un pollo elegante y cándidamente sentencioso de cierto caballero casado: «A éste -decía- le van a salir por cima de la tapa de los sesos las elegancias de su mujer.»

El temor de no pasar por elegantes quedándose en Madrid el verano, cuando los maridos o padres no son ricos ni sobrado complacientes, suele producir un buen efecto. Las mujeres, con tal de veranear, unas de un modo misterioso, a fin de que se quede en duda adónde fueron, y otras a las claras, se instalan en los lugares que están cerca de Madrid, con lo cual, poco a poco, van ya ganando y ganarán muchísimo más dichos lugares. Han contribuido a esto el buen gusto y el ejemplo dado por algunos grandes señores, que han creado quintas o mejorado las que ya tenían, y viven en ellas largas temporadas, como son los marqueses de Salamanca y de Bedmar,

la duquesa de Medinaceli y la condesa de Montijo.

Fuerza es confesar que veinte o treinta leguas en radio, en torno de Madrid, salvo Aranjuez y La Granja y alguna que otra pequeña isla de verdura, casi todo es para perdido de vista, si atendemos sólo a lo pintoresco y galano y prescindimos del amor propio patriótico; pero Buena Vista, el Bosque de Miranda, La Nava, la Alameda de Osuna y la Quinta de Bedmar nos demuestran que el trabajo y la voluntad del hombre pueden trocar los páramos en paraísos.

Fuerza es confesar asimismo que, una vez logrado dicho trueque, todo jardín, todo bosque, todo soto tiene en España maravilloso encanto, merced a la serenidad del aire y a la pura y resplandeciente claridad del sol y de los astros que la iluminan.

De aquí, sin duda, la discrepancia en las descripciones de cuantos extranjeros han visitado y recorrido España en todas épocas. Siempre nos parecen extremadas. Si pintan la aridez del suelo, la falta de árboles, la ausencia de vegetación, imaginamos que hablan del desierto de Sahara. Si, más benignos, encarecen las bellezas de los lugares fértiles, también se nos antoja que van más allá de la realidad y que hay sobra de encarecimiento en lo que dicen de Granada, de Aranjuez, de Sevilla, de Elche y de otros sitios amenos.

Sin embargo, tal vez los unos y los otros tengan razón, según lo que hayan visto y lo que describan. Al que se despierte, viniendo de Francia en ferrocarril, en las cercanías de Ávila, y mire alrededor y vea, y la digan: «Esto es España», le ha de dar forzosamente cierta pena, se le ha de meter el corazón en un puño y ha de comprender con facilidad el misticismo de Santa Teresa. Por el contrario, si tiende la vista desde la torre de Comares, o desde los miradores aéreos del Generalife, y ve a Granada, y la vega hermosísima, y todo aquel esplendor armonioso de luz y de colores, y aquella alegría divina, y aquel suave concierto de la tierra y del cielo, supondrá que como España no hay nada en todo este globo que habitamos. Hay en aquel conjunto un hechizo lleno de misterios inefable, singular, y da al cuadro un valor muy por cima del que acaso tenga analizado parte por parte.

Granada es célebre por su hermosura, y como Granada hay otros sitios célebres, y dignos de serlo por lo mismo, en toda esta Península; pero sin duda, que debe de haber muchísimos más, inexplorados aún, desconocidos, descuidados, y en los cuales no habrá jamás persona alguna.

Provincias enteras hay (toda Galicia, por ejemplo) que dicen que son lindísimas, fertilísimas, poéticas, admirables por lo pintoresco, adonde apenas acude jamás el artista, el poeta, el aficionado a admirar la bella Naturaleza. Los extranjeros, cuando vienen por aquí, se contentan con ver lo ya sabido y visto por otros; y los españoles, o nos contentamos con el jardín del Buen Retiro, o nos vamos a Biarritz y hasta a San Juan de Luz, con lo cual compramos galas francesas para lucirlas el invierno, y nos damos cierto charol de haber ido a veranear casi en Francia.

Entre los sitios recónditos, inexplorados, desconocidos hasta hace poco, y que por dicha van ya cobrando la fama y los elogios que se les deben, se cuenta el Monasterio de Piedra, adonde no hace muchos días hice una agradable expedición con varios amigos, de la cual me propongo hacer aquí un sucinto relato, a fin de contribuir en lo que pueda a divulgar la

nombradía de aquellos encantados vergeles y bellísimos paisajes. Todavía, si el Monasterio de Piedra no estuviese a corta distancia de Alhama de Aragón, adonde van muchos a buscar la salud, y si el señor Orovio, pocos años ha, siendo ministro de Fomento y apasionado de aquellos sitios, no hubiera dispuesto que se hiciese hasta llegar a ellos una excelente carretera, todavía, repito, el Monasterio de Piedra estaría tan oculto como las Batuecas para la generalidad de los hombres. Aun así, la fama del Monasterio de Piedra dista mucho de alcanzar la extensión y grado que se merece.

Empecemos nosotros por ganarnos la voluntad de los sujetos regalones, tranquilizándonos al afirmar que en el Monasterio de Piedra hay fonda buena, donde dan almuerzo y comida y chocolate, y cuarto y cama, y luz, y mil cosas más, por treinta reales diarios. Todo esto aseadísimo; de suerte que, ni por rara casualidad, se descubren allí ni se dejan sentir aquellos seres espantables para toda persona de epidermis delicadas, a quienes los sabios llaman sifonápteros, y que tanto abundan en las Provincias Vascongadas bajo el nombre éuscaro de arcacosúas. No se ve allí tampoco aquella cruel enemiga del hombre, apellidada geocorisa, que tanto atormenta con sus picaduras, y que tan ferozmente se defiende cuando la cogen, lanzando del pérfido seno, no bien cree llegada la ocasión, ciertas exhalaciones hediondas. En suma: para no andar con rodeos, perífrasis ni acertijos, en el Monasterio de Piedra no hay ni pulgas ni chinches.

A dicho Monasterio se llega en un buen ómnibus y con toda la posible comodidad y baratura. Yo fui más cómodo y barato aún, porque fui convidado; pero esto no es para todos ni se da todos los días.

Hasta llegar al Monasterio, digámoslo con franqueza, el país es medianamente feo; pero esto mismo da mayor deleite a la expedición, por la contraposición y la sorpresa. Apenas se comprende, apenas se sospecha que pueda haber por allí tanta frondosidad y frescura. Aquel paraíso está hundido en un barranco. Afortunadamente, el barranco tiene algunos kilómetros cuadrados de extensión, y el turista, una vez embarrancado, se olvida del resto del mundo.

Allí no hace frío ni calor en el mes de junio. Allí hace un fresquito delicioso. ¡Qué luna de miel pueden pasar allí dos jóvenes recién casados! No digo esto a tontas ni a locas, sino por dos que llegaron al Monasterio con nosotros, y a quienes luego no volvimos a ver. Si siguen aún en el Monasterio de Piedra, saludémoslos con los versos de Góngora:

Dormid, copia gentil de amantes nobles;
dormid, que el Dios alado
de vuestras almas dueño,
con el dedo en la boca os guarda el sueño.

Hecho este saludo, sigamos adelante.

Al fin y al cabo, nosotros no somos capaces de envidia. No está ya la Magdalena para tafetanes. Ya somos viejos, y a dicho dios alado preferimos otro numen sin alas y de mayor sosiego, que fue quien nos sirvió de guía. Nosotros visitamos todo aquello guiados y acompañados por la santa amistad.

El Monasterio de Piedra fue de monjes bernardos, y existe desde principios del siglo XIII o fines del XII. A quien desee saber la historia y hasta las leyendas del Monasterio, le recomendamos la lectura de un libro que sobre el particular ha escrito don Leandro Forner.

Nosotros diremos, en resumen, que el Monasterio, cuando se suprimieron los conventos en 1835, fue asaltado por una nube de personas aficionadas a incautarse de todo: quién se llevó el órgano, quién los libros y documentos, quién las sillerías del coro y de la sala capitular, quién las cubas de vino, quién las vestiduras sacerdotales y quién los cuadros. En suma: sólo quedaron las paredes.

Estas también, las de la iglesia al menos, cayeron después, en parte, por tierra.

A lo que parece, el actual propietario del edificio y de los campos, de que vamos a hablar, lo compró todo en dicho estado.

Por fortuna, don Federico Muntadas, que así se llama el actual propietario, es persona entendida y de buen gusto, y ha restaurado algo de la fábrica y conservando lo demás, esmerándose en ello.

El refectorio, hoy comedor de la fonda, que es un hermoso salón gótico; la sala capitular, mejor aún; la elegante torre del homenaje, los espaciosos claustros, los grandes patios y el ábside del templo, todo se conserva con el mayor cuidado.

Pero si el señor Muntadas se ha limitado a conservar el edificio, ha tenido el tino y la constancia de crear, en cierto modo, la hermosura de aquellos vergeles, que nunca probablemente fueron comprendidos por los buenos monjes, dedicados a la conversión interior y a la vida contemplativa y abstraídos del mundo sensible que los rodeaba sin que ellos lo viesen.

Basta tender la vista por aquellos sitios para comprender la discreta obra del señor Muntadas y lo que ha debido costarle de tiempo, dinero e infatigable perseverancia.

Toda la belleza estaba allí. El señor Muntadas nada ha añadido, y éste es su mayor mérito, ésta es la mayor prueba de su discreción estética. Lo que ha hecho el señor Muntadas es descubrir la belleza, hacerla visible y accesible, ora removiendo obstáculos que impedían llegar hasta ella, ora destruyendo estorbos que a los ojos la ocultaban.

Todo ello se ha realizado con tal arte, que no parece sino que el hombre no ha puesto mano en nada y que la Naturaleza ha sido de suyo tan discreta y prudente que no ha exigido la menor corrección.

Para formarse aproximadamente una idea de lo que allí se debe a la Naturaleza y de lo que se debe al arte, conviene entender que el río Piedra, cuyas aguas arrastran o llevan en disolución sustancias que se petrifican, harto, sin duda, y hasta enojado, de recorrer campos estériles y de no topar con un solo árbol que le dé sombra y que se mire en el tranquilo espejo de sus aguas, se divide de repente en varios brazos y se precipita como un loco por un barranco abajo. De este arrebato de desesperación, de esta locura del río, resultan las cascadas, la frondosidad, las grutas admirables de estalactitas y todas las bellezas y portentos que en el fondo del barranco y en las laderas que hay a un lado y otro se contienen y se admiran.

Claro está que para los buenos monjes, poco aficionados a lo pintoresco,

ni las grutas, ni las cascadas, ni nada de aquello tuvo nunca gran valor. Las zarzas, la maleza, los árboles caídos, los Peñascos amontonados en diversos puntos, o cerraban el paso o quitaban la vista.

Desde lo alto parece poca cosa todo aquello. Una vez que se baja y se penetra en los vergeles se ve que hay espacio bastante para contener y cifrar todo género de paisajes amenos y de rústica hermosura.

El señor Muntadas puede afirmar, en cierto modo, que lo ha creado, desbrozado y limpiado, abriendo caminos, echando puentes y haciendo escaleras en las rocas.

En tiempo de los monjes había allí, en lo más llano, algunas huertas, abundantes en frutas y hortalizas, y al lado de las huertas, unos matorrales y lodazales impenetrables. De estos lodazales y matorrales ha sacado el señor Muntadas todo el hechizo de su posesión.

Las cascadas existían, sin duda, en tiempo de los monjes; pero como si no existieran. Entonces se veían mal, sin duda. Ahora se ven muy bien; pero son difíciles de descubrir. Aunque no alcancen, ni con mucho la grandeza y sublimidad del Niágara o de los saltos de Gavarni y del Rin, en Lauten, distan infinito de ser miniaturas, y su belleza es extraordinaria. Yo no me siento con valor para describirlas. Triste y desairado recurso es suplir la poesía con la aritmética; pero no se me ocurre otro medio para salir del apuro.

Las cascadas son trece. Unas van escalonadas, dando diversos tumbos y como haciendo paradas; otras se desprenden por el aire, y de un solo brinco salvan la distancia que recorren. Del primer género, la más larga es la llamada del Vado, que tiene doscientos noventa y siete pies. Del segundo género, la mejor es la llamada Cola de Caballo. El agua se desprende en abundancia desde una altura de ciento setenta y cuatro pies, y forma airosa comba en el aire. Al través de aquella cortina transparente, como si fuera un fanal cristalino, se ve la ingente boca de una profunda gruta. La montaña, desde donde el río se vuelca con estrépito, está hueca. El agua, al caer sobre las piedras del fondo, se desmenuza en chispas, en polvo brillante, que se esparce en torno cual niebla y forma mil iris y tornasoles.

A la caverna que hay dentro de la cascada se baja por una escalera de ciento ochenta y cinco escalones, unos abiertos en el seno de la misma roca, otros en su superficie vertical. Al ir bajando, hay momentos en que está el que baja tan cerca del agua que descende, que su rápido movimiento marea y produce la ilusión de que toda aquella mole líquida se viene encima. La escalera toma después dirección más oblicua y lleva al viajero hacia el fondo de la caverna.

Nosotros bajamos por la tarde, cuando los rayos del sol poniente, refractando en la sábana diáfana y quebrándose y descomponiéndose en iris, penetran en la gruta y la ilumina toda con mágica luz.

Entonces se ven patentes los misterios de la caverna, su belleza y la secular labor que se diría que hacen en ella, sin reposarse nunca, los genios subterráneos: los gnomos y las ondinas.

La caverna es espaciosa como un templo. Su arquitectura es fantástica, como un sueño, como un extraño y poético delirio. El agua del río se filtra en parte por entre las rocas del techo y crea estalactitas gigantes de mil formas, que con incierto y confuso dibujo, ya aparentan

murciélagos, hipopótamos gigantes, ya figuran capiteles góticos y columnas egipcias o indianas, ya fingen monstruos caprichosos y jamás antes imaginados. Y no es lo menos bello que, al lado de la hiedra-piedra, o de otras plantas que sirvieron, siglos ha, como de molde para que la petrificación las eternizase, lucen hoy hiedras y enredaderas y plantas verdes y lozanas. Aquello es como el santuario, el alcázar de los espíritus elementales, donde todos despliegan sus galas y se alegran en una orgía, celebrando las bodas de Oberón y Titania.

Todavía, no obstante, hay algo, en mi sentir, mucho más bello y sublime que la gruta y la cascada de la Cola de Caballo: el lago de la Peña del Diablo.

Creemos que este lago debe verse cuando el sol va ya declinando, cuando baña en luz como de oro y topacio derretido la cima de los cerros que ciñen, en semicírculo la quieta superficie de sus aguas. Hermosos fresnos, álamos sauces y otros árboles crecen en la orilla, cubierta toda de pujante vegetación y de fresca verdura. Hierba y flores alfombran el suelo. Una limpia y bien trazada senda hace fácil el paseo por la orilla. Las paredes casi verticales de las rocas elevadísimas están tapizadas de verde hiedra y de otras plantas hasta cierta altura. El color, ya rojizo, ya morado, ya amarillo de la roca viva, se contrapone a lo verde de la vegetación. Un cielo luminoso, sereno, despejado y profundísimo; un cielo en que se abisman los ojos, resplandece por cima de los cerros que nos rodean y en cuyas extremidades fulgura el sol, reverberando con extraordinaria pujanza. Sólo turban la serenidad y soledad de aquel cielo sin nubes algunas águilas, que se ciernen con majestad en lo sumo del aire y que anidan en las hendiduras de los más altos peñones, en los picos o extremos de aquellos cerros tajados. La abundancia de luz en lo alto produce en el lago el singular efecto de que parezca negra y brillantísima su faz, como espejo de bruñido azabache. El lago parece tan hondo como el cielo. En el centro del lago hay una peña, una masa colosal, una pirámide enorme truncada por la cúspide, cuyas caras, rojas, están también cortadas casi verticalmente.

La base de la pirámide arranca desde la misma orilla; surge, emerge de lo profundo del agua. Y esta peña del centro y todos los cerros que están en torno, y el sol que reverbera en lo alto y el hondo cielo infinito, todo se retrata, se duplica, se pinta en el lago negro, con más viveza, con más luz, con más color, con más nitidez y con mayor encanto que la realidad misma. Colocado al borde del lago, se diría que está uno entre dos abismos sin término; pero el que hay bajo los pies parece mayor que el que está sobre la cabeza; los cerros, todos los objetos en que la vista se para en el primer término, son reflejados mayores y como más reales.

Aumentan el hechizo de este espectáculo la ausencia completa de ruido, la solemne tranquilidad, el misterio y el callado reposo de aquellos lugares.

El agua del lago es pura y corriente, y no se ve ni se oye correr. Allí cerca nace y transpira del seno de la tierra, y no se la siente tampoco.

A corta distancia de allí resuenan las cascadas, murmuran los arroyos, susurra el viento, gorjean los ruiseñores y otros pájaros, graznan las ranas y zumban las abejas.

No pretendo yo que estas cosas que digo den una idea, ni siquiera aproximada, de los primores que esconde el Monasterio de Piedra; pero me

daré por pagado si logro despertar en el ánimo de mis lectores el deseo de verlo. No dudo que se deleitarán viéndolo, tanto como yo me deleité. Claro está que hablo sólo de ver el lago, las cascadas, los bosques y los jardines.

Por lo demás, no será fácil que logre el lector tan buena, alegre y agradable compañía como aquella con que yo fuí. No diré aquí los nombres de las personas que la compusieron por no ofender su modestia, después de hacer de ellas tan grande como merecido encomio.

Diré sólo, para terminar, que el río Piedra no cría piedras únicamente, sino excelentes truchas y riquísimos cangrejos, en los cuales hicieron horrendo estrago mis compañeros de expedición. Uno de ellos, sobre todo, los devoraba por docenas, excitando el fundado recelo de que dejaría a Piedra descangrejado si permaneciese allí medio mes siquiera, y si el señor Muntadas no tuviese la habilidad y no tomase la precaución de criar cangrejos y asimismo truchas, haciendo florecer en aquel retiro el arte y la industria de la piscicultura, como también de la astacicultura, y dándose en ello tan buena traza que le ha valido en París la medalla de oro.

Réstame ahora añadir que para quien es amigo del señor Muntadas, tiene otro agrado el Monasterio de Piedra: el que proporciona la amena conversación del señor Muntadas, su amable trato y la bondad con que se presta a ser él mismo guía inteligente de su magnífica finca, enseñándola con la complacencia con que muestra sus poesías un poeta.

De presumir es, pues, que dentro de poco cunda la afición de ir a Piedra y otros lugares semejantes a pasar el verano, si bien es difícil hallar ni en España ni fuera de España lugar semejante; pero si Piedra se pusiese más en moda, bien podría albergar con toda comodidad y holgura, bajo los anchos techos del Monasterio, un centenar de personas, y poner mesas con asientos para igual o mayor número en la gran sala del antiguo refectorio.

Madrid, 1877.

La primavera

Nada hay en el hombre tan grato a Dios como el arrepentimiento; pero en ciertas cosas, tal vez en las más, nada hay tampoco humana y terrenamente tan inútil. Lo que al hombre le importa es no hacer nada de que después haya de arrepentirse. Y yo, lo confieso, hice algo en este género al prometer que escribiría un artículo sobre la Primavera.

Y no porque yo me crea incapaz de percibir, sentir y estimar en todos sus quilates el valor y la belleza de la estación florida. Nada menos que eso.

Yo presumo de muy sensible a los encantos naturales. Me apuesto con el más pintado a sentir honda y poéticamente la gala de las fértiles praderas, la lozanía de los vergeles, el apartamiento silencioso de los sotos umbríos, el aire embalsamado por el aroma de las violetas, la sierra pedregosa cubierta de tomillo y romero, el blando murmullo de los arroyos, los amorosos gorjeos del ruiseñor, el lánguido arrullo de la tórtola y los trinos alegres con que las aves saludan a la blanca aurora, cuando abre

con dedos de rosa las puertas del Oriente.

Por desgracia, una, cosa es sentir y otra expresar bien lo sentido. De este segundo don es del que carezco.

El asunto es de sobrado empeño para mí. ¿He de salir del paso repitiendo en mala prosa lo que ya dijeron en todas las lenguas vivas y muertas, con número y melodía, los poetas buenos y medianos, desde Hesiodo hasta Gracián y desde Virgilio a don Gregorio de Salas? Yo no quiero hacer un centón tan deplorable. Yo quiero coger vivas las aves, las flores, cuanto tiene ser en la estación vernal, y trasladarlo a este papel, y de este papel a la imprenta: operación más difícil de lo que se imagina.

La Primavera es como fiesta espléndida que dan los espíritus elementales; como sagrada orgía, en que el aire, la tierra, la luz, el agua y cuantas inteligencias o misteriosos genios en el seno de los elementos viven ocultos, lucen su hermosura, se revisten de sus más ricos adornos y se enamoran, y se acarician, y cantan, y bailan. ¡Vaya usted a describir esto sin conocer los nombres de dichos genios, ignorando sus lances de amor y fortuna, y no acertando a distinguirlos bien unos de otros!

Lo que más se parece a la Primavera, en mezquino y pobre trasunto, por artificio humano realizado, es un bonito baile. Pues declaro que yo no sé describirlo. Los nombres de las señoras más lindas y elegantes se me borran de la memoria no bien tomo la pluma, y sólo sé decir que me gustan, lo cual es muy subjetivo, sin atinar a describir los trajes que llevan, los diamantes que fulguran en sus cabezas airosas, las perlas que ciñen lascivas sus desnudas gargantas y todo aquello, en suma, que las determina y diferencia. Así es que, no pudiendo yo empezar por este analítico y circunstanciado estudio, no llego jamás a la síntesis, esto es, a dar una idea cabal, exacta y adecuada del baile.

Si esto me sucede con un espectáculo que no dura más de algunas horas y que se limita al breve recinto de uno o dos salones, ¿qué se puede esperar de mí como describidor del baile divino, al aire libre, que dura meses, que se extiende por todo un hemisferio del mundo, y donde cantan y bailan los inmortales al son de la concertada armonía de las esferas? Está visto, yo tengo que hacerlo muy mal.

Hasta el mismo entusiasmo, hasta el mismo semirreligioso fervor con que miro el asunto, es en mi daño y me lo hace más difícil. Si yo lo mirase con frialdad, ya me las compondría, tomando de aquí y de allí, no del natural, sino de libros, que me servirían de guía y modelo; ya lo compaginaría y arreglaría todo lo menos mal posible. Por desgracia, mi entusiasmo es grande y no me deja acudir con serenidad a mi escasísima ciencia.

Lo primero que no sé es qué plan seguir; dentro de qué términos encerrarme. Porque a la verdad, si el más rastrero de los seres humanos da suelta a su imaginación y la echa a volar por esos campos verdes y por ese cielo sereno, durante los meses de abril y mayo, sólo Dios sabe adónde su imaginación irá a parar, y qué rico botín traerá cuando vuelva a casa, si vuelve y no se queda embobado, de estrellas y flores, de mariposas y calandrias, de perfumes y armonías, de luz y sombras, de amores y de cánticos, todo tan en desorden y tan enmarañado que no habrá manera de cifrarlo en un libro en folio y mucho menos en veinte o treinta cuartillas.

Al considerar esto me entra temblor como de calentura, y pido al numen método y plan para mi obrilla; pero al numen le incomoda el método, y lo que es yo por mí no lo trazo sino muy vulgar, sin atinar a aventurarme por nuevos caminos, y sin resignarme a seguir los muy trillados y seguidos por todos.

Para saber el día en que empieza y el día en que acaba la Primavera, remito al lector al almanaque. Para saber la causa inmediata y natural de su vuelta periódica, le remito a cualquier compendio de Astronomía.

¿Qué me queda, pues, que decir acerca de la Primavera?

¿Sacaré a relucir las manoseadas y trivialísimas moralidades de que dicha estación responde a la juventud en nuestra vida, y de que conviene no gastar las flores, a fin de que haya luego sazonados frutos en el otoño?

¿O daré lección de política o de filosofía de la Historia, con ocasión de la Primavera, afirmando que las naciones tienen también la suya, o sea su juventud, durante la cual aman y cantan y dan flores, pero que, no bien llegan a su otoño, o dígase a su edad madura, deben dejarse de tales devaneos y trabajar mucho, que esto es dar el fruto que importa, a fin de pagar las deudas y proporcionarse las comodidades y el bienestar que el invierno y la vejez reclaman?

Imposible. Esto sería lo peor que se me pudiera ocurrir. Esto sería un sermón inaguantable. Hablemos, pues, de la Primavera, aunque sea sin orden. ¡Ojalá tuviese yo a mano al Pegaso o al Hipogrifo, para imitar a Perseo o a Astolfo, montar en él y correr a rienda suelta a donde y por donde el monstruo quisiera llevarme!

En otras tierras más al Norte que la nuestra, la Primavera, fuerza es confesarlo, si no es, parece más hermosa: el cambio de escena tiene mayor rapidez y doble hechizo; la mudanza hiere más la fantasía; se nos presenta como súbita y milagrosa resurrección de los seres. A orillas del Rin o del Elba, la Primavera nos da concepto superior de la potencia creadora, de lo que debió de ser el nacer, el aparecer de la vida sobre nuestro globo. En nuestros climas más cálidos apenas hay mutación, o es tan lenta que no se percibe. En las huertas de Murcia y Valencia, en la hoya de Málaga, en las márgenes del Guadalquivir y hasta en la misma vega de Granada, la Primavera se deslíe, se esfuma con el invierno; es una Primavera difusa o harto desvanecida.

Donde viene de repente, donde la rigidez del invierno la hace más deseable, es donde se muestra con más pompa y estruendo, donde da más alta razón de sí, donde resplandece más benigna en el trono de su gloria, donde más se la admira y donde merece ser más admirada. El hielo que cubre los ríos se quebranta, se rompe, y baja en gruesos témpanos hacia la mar con descompuesta furia. Casas, palacios, chozas, árboles y cielo vuelven a mirarse con ansia y con amor en el líquido espejo de las aguas, velado antes y empañado por el frío. La cándida diadema que ciñe las cimas de los montes se derrite, aumentando las corrientes cristalinas. Los árboles, desnudos del verde follaje, brotan de improviso frescos pimpollos y renuevos lozanos, vistiéndose de tiernas y relucientes hojas. Los pájaros acuden a bandadas, guiados por infalible instinto. Turban las grullas el silencio de la noche con sus agudos gritos, cuando vienen avanzando en falange simétrica y bien ordenada. Las golondrinas y mil aves cantoras, al volver de su larga emigración, saludan con blando pío, o con chirrido

alegre, o con trinos variados, sus antiguas conocidas viviendas. La cigüeña zancuda inmigra de Oriente o de África, o busca el nido en el viejo torreón o en el alto mirador de la alquería. Tal vez allí la rubia y joven campesina alemana le puso al cuello, antes de que se fuese, una cinta con algún romántico letrero. Cuando vuelve, se pasma la muchacha de ver que le contesta algún muftí de El Cairo o algún santón de la Meca, con otro letrero escrito en arábigo. Entre tanto, se ha liquidado la escarcha apretada que cubría los prados, y la hierba y las flores, como si hubiesen estado oprimidas bajo aquel peso, surgen por ensalmo. La anémona nemorosa es una de las más tempranas que abren por allí su cáliz para anunciar la Primavera. Pero otras mil flores, más olorosas y no menos bellas, aparecen después, llamando y excitando al céfiro a que respire los aromas que exhalan.

El céfiro viene, semejante al atrevido príncipe del cuento de hadas, y atraviesa por la esquiva floresta, y penetra en el silencioso palacio, y llega hasta el lecho de la encantada y dormida princesa, y le da un beso de amor. Entonces se desbarata el maléfico hechizo: el silencio y el reposo de muerte se truecan de súbito en movimiento, música, agitación y vida. Como si fuesen a celebrarse divinas bodas, todo se entapiza y hermosea. Se abren los tesoros, se despliegan las galas, se ponen las mesas y aparadores del regio banquete, y luce sobre el ancho tálamo la cubierta de púrpura, esmeralda y oro. Los convidados peregrinos ya hemos dicho que acuden de lejos cruzando los aires. Otros, que no peregrinan, despiertan de prolongado sueño, se revisten de sus vestimentas más ricas y acuden también. Todos, como buenos vasallos, procuran imitar a los príncipes. Y como los príncipes están enamorados y van a casarse, todos se enamoran y se casan. Se diría que apenas hay ser vivo que no se embriague con el zumo de mágicas hierbas o con el perfume de extrañas flores, las cuales mueven al amor, al deleite y al regocijo, induciendo a la vida para que se acreciente y se difunda y abra nuevos caminos de ser. Ciertas ficciones poéticas parece que tienen entonces realidad, y se cree en el dudaim, que buscaba Raquel harta de ser estéril; en el loto, que hacía olvidarse de todo a los compañeros de Ulises, y en el nepentes, que alegraba el alma, y que dio a Telémaco Helena.

Claro está que al decir yo todo esto de los climas del Norte no niego igual o mayor belleza a la primavera del Sur; lo que insinuó es que quizá la rapidez del cambio hace que por allá se sienta mejor.

Pero aquí se renueva también la vida, y llega la estación de los amores, y los gérmenes dormidos se agitan, y nacen las larvas, y, después de sus completas metamorfosis, les brotan alas de gasa de colores diversos, y elictras metálicas y resonantes, y trompas ligeras con que recogen la miel de las flores. Aquí también las plantas desnudas, los álamos, los chopos, las acacias y otros mil árboles de sombra vuelven a vestirse de hojas verdes, y florecen el almendro y la higuera y los demás frutales, y nos dan el fruto con la poesía de la esperanza.

Todo esto es cierto; pero lo es también que los hombres del Norte sienten ahora con más profundidad, describen y retratan mejor la Primavera que los del Mediodía.

¿Será, como hemos dicho, porque la Primavera viene por allí con más ímpetu, o porque los hombres están por allí más cerca de la Naturaleza y

más en comunión con ella; porque llevan menos siglos de civilización; porque están menos gastados; porque no es entre ellos tan marcado el divorcio y tan crudo el antagonismo entre el mundo de los espíritus y el mundo de los cuerpos?

Profunda cuestión es ésta. Yo no quisiera entrar en ella, pero se me pone por delante a pesar mío.

Yo veo, desde luego, que en las antiguas edades sentían los hombres del Mediodía y celebraban, por lo menos con igual entusiasmo que hoy los del Norte, la vuelta de la Primavera. Atis resucitado, Osiris resucitado y Adonis resucitado lo atestiguan. Los misterios de Samotracia y de Eleusis eran en el fondo inspirados por la Primavera. Cuando renacía la vegetación; cuando brotaban las hierbas y las flores; cuando las selvas se cubrían de pompa y de verdura; cuando subía la savia por los troncos, era cuando la madre desconsolada enjugaba sus lágrimas y desechaba el traje de luto, porque la hija, hundida en las entrañas lóbregas de la tierra, surgía fecunda, hermosa y resplandeciente de inmortales fulgores; porque Cora, fugitiva del tenebroso amante que la había tenido aprisionada en sus brazos, aparecía de nuevo a bañarse en las ondas de luz del sol enamorado, quien, por contemplarla y besarla, se detenía más tiempo sobre nuestro horizonte, e iba difundiendo por más horas y con mayor tino y eficacia, en este hemisferio boreal, la lluvia dorada de sus rayos ardientes.

Si esto se sentía con tal profundidad y ya no, es, sin duda, porque nos hemos hecho muy espirituales. Desdeñamos la Naturaleza por amor del espíritu. ¿Qué vale la selva florida, qué vale el árbol más lozano y eminente al lado del árbol místico, de quien dice el himno sagrado:

Crux fidelis, inter onmes
arbor mia nobilis;
silva talem nulla profert
fronde, flore, germine?

No es en el florecimiento de la Primavera, no es en el árbol más fecundo, no es en el huerto más feraz donde recordamos el perdido Paraíso; donde más nos maravillamos, bendiciéndolas, de la potencia del Altísimo y de su bondad infinita es en aquel árbol que sirve como de solio al mismo Dios:

Arbor decora et fulgida,
ornata Regis purpura,
electa digno stipite
tan sacra membrana tangere.

Pero yo no me inclino a creer que sea el misticismo o el espiritualismo cristiano quien nos haga tan poco sensibles a la Naturaleza y nos lleve tanto en pos del espíritu.

El amor de Cristo lo comprende todo, sin excluir la naturaleza material. Con Él y por Él subió al cielo la carne purificada y gloriosa. Él miró con afecto a todas las criaturas. Él no desdeñó los ramos floridos de oliva y las gallardas y vencedoras palmas con que le recibieron el día de su

triumfo. Sus fieles, más sencillos y candorosos, aman los objetos materiales por amor suyo, y rodean de rosas y de hierbas de olor, en los días primeros de mayo, ese árbol sagrado, que fue su patíbulo, y cuando ya más adelantada la Primavera, en el momento más rico del desenvolvimiento vernal, celebra su Iglesia el sacrosanto misterio en cuya virtud quiso Él comunicarse a nosotros, infundiéndose en el licor que alegra los corazones y en el pan que nos alimenta, el pueblo cristiano alfombra con gayomba olorosa y verde y fresca juncia la vía por donde pasa, y las mujeres vierten una lluvia de flores sobre el artístico y áureo templete, arca de la nueva alianza, donde va Él en custodia.

Menester es confesarlo: es infundada, es injusta la acusación de los impíos. No vino la doctrina de Cristo a condenar o a endiablar la Naturaleza. Los tres enemigos capitales de esa doctrina no tienen menor influjo, jurisdicción y mando en el reino del espíritu que en el de la materia. También siguiéndolos pueden las gentes ser espirituales. No hay sólo concupiscencia en la carne: la hay en el espíritu. Y si hay espiritualismo divino, no deja de haberlo diabólico, y más común y frecuente, por desgracia.

Ahora bien: yo entiendo que este espiritualismo diabólico, y no divino, es el que nos aparta de la Naturaleza y de su amor inocente.

Aunque se me acuse de pánfilo, de sobrado benigno, de querer disculparlo todo, voy a declarar aquí una cosa en confianza.

A mi ver; hasta el propio diablo no nos seduce y extravía así de repente y sin más ni más. Se guardaría muy bien de hacerlo: no le traería cuenta ninguna. El diablo se funda al principio en algo razonable: nos lleva por buenos términos y caminos, hasta que llegamos a cierto punto donde ya, con mucha suavidad, empieza aquel maldito de Dios a engolosinarse llevándonos por los atajos, y así nos extravía y nos pierde.

En el caso del espiritualismo, a que nos referimos, es evidente que no son malos los principios y fundamentos. La Naturaleza hizo mucho por el hombre, pero el espíritu ha venido a completar la obra natural, tornándola más propia, más bella, más útil y más ajustada a nuestras necesidades y aspiraciones. Al hombre, más débil y más inerme que el cordero, el espíritu, convertido en herrero y en pirotécnico, le ha dado armas y fuerzas mil veces mayores que las del león; al hombre, más desnudo que el perro chino, el espíritu, convertido en tejedor, en sastre, en zapatero y en sombrerero, le ha vestido más primorosos trajes que al pavón, al colibrí y al papagayo; al hombre, poco más listo que el topo o el mochuelo en punto a ver, el espíritu, convertido en fabricante de catalejos, le ha dotado de vista más penetrante que la del águila; al hombre, que jamás hubiera hecho natural e instintivamente algo que valiese media colmena, el espíritu, convertido en arquitecto, le ha enseñado a construir alcázares soberbios, torres esbeltas, pirámides ingentes, columnas airoas, cómodas viviendas, catedrales, teatros y, en suma, ciudades maravillosas; al hombre, que en el estado de naturaleza selvática es propenso a comerse a sus semejantes, y que se regalaba, y aún suele regalarse en algunas regiones, con ásperas bellotas con cigarrones machacados o con pescado crudo y putrefacto, el espíritu, convertido en cocinero, le prepara artísticamente manjares agradables, hasta a la vista, y hace que uno de los actos que más le recuerdan lo que tiene de común con el animal sea un

acto solemne, de corbata blanca y condecoraciones, donde tal vez se celebran los triunfos más trascendentales de la religión, de la ciencia, de la filosofía y de la política; al hombre, en fin, que después del pecado, se entiende, y en el estado de naturaleza y ya sin gracia, debió de ser casi tan feo como el mono, y más sucio que el cerdo, y más pestífero que el zorrillo, el espíritu, convertido en ortopédico, en pescador de esponjas, en fabricante de baños, en civilización, para decirlo en una palabra, le han hecho limpio, oloroso, aseado y bastante bonito para servir de modelo a la Minerva y al Júpiter de Fidias, al Apolo del Vaticano y a las Venus de Milo y de Médicis.

Sería cuento de nunca acabar el ir refiriendo aquí cuanto ha hecho el espíritu para completar, hermostrar y ensalzar la obra de la Naturaleza. Así es que, a ojo de buen cubero, bien se puede asegurar, sin recelo de ser exagerado, que hasta en las cosas que más naturales parecen, la Naturaleza, si bien se examina, ha hecho de seis partes una, y el espíritu del hombre ha hecho las otras cinco. ¿Podría, por ejemplo, alimentar nuestro globo, en estado de mera naturaleza, doscientos millones de hombres? Yo me temo que no. Es así que hay, a lo que dicen, pues yo no los he contado, mil doscientos millones; luego mil millones son hijos del arte, pura creación del espíritu, producto de nuestro fecundo ingenio. Pongamos, pues, que una sexta parte de cuanto hay, y quizá sea mucho poner lo ha dado, lo ha regalado la Naturaleza. Las otras cinco sextas partes han costado mucho trabajo al espíritu. Y este trabajo del espíritu, este complemento a la Naturaleza, es lo que tiene valor y precio, y se mide y se representa y se mueve bajo la figura redonda de la moneda metálica, o bien toma la traza de unos papeluchos mugrientos que se llaman billetes, los cuales, así como los discos o tejuelos de metal, vienen a ser encarnación del espíritu, lo más sutil y animado y circulante de su valor, la esencia imperecedera de su trabajo secular acumulado.

Hasta aquí las cosas van bien; pero ya aquí el diablo, como vulgarmente se dice, empieza a meter la pata. El espiritualismo nos induce y excita a querer, a adorar casi esta encarnación o, mejor expresado, esta empaquetación y metalización del espíritu. Por este espiritualismo, y no por el cristianismo, desdeñamos lo natural: no sentimos toda la hermosura de la Primavera. Si no tienes, ni en tu arca, ni en tu bolsillo, algunos de esos tejoletes o algunos de esos papeluchos espirituales, todas las flores te parecerán abrojos, y la Primavera, invierno; los claveles te apestarán como la flor de la sardina; el almoraduj, el serpol, el toronjil y la albahaca te inficionarán como la ruda; las hojas aterciopeladas de la begonia te punzarán las manos como si fuesen cardos borriqueros; al tocar la mimosa púdica crearás tocar aliagas y ortigas; serán para ti como tártago la hierbabuena y la manzanilla; la caña dulce te amargarán el paladar como retama; a la roja flor del granado preferirás el jaramago amarillo; confundirás el canto del ruiseñor con el de la rana; se te antojarán cuervos las tórtolas y búhos las palomas; y las pintadas y aéreas mariposas, y los esbeltos caballitos del diablo, y los fulgentes, cocuyos y luciérnagas, y la aromática mosca macuba, te causarán más asco que los gorgojos, cucarachas y escarabajos peloteros.

Una vez dominado el hombre por el susodicho espiritualismo, aborrece la vida rústica, y el idilio, y la égloga. Aminta y Silvia, Dafnis y Cloe,

Baucis y Filemón, le parecen entes insufribles.

Lo que se opone, pues, a lo natural es lo artificial. Lo que tira a destruir el encanto poético del mundo es el espíritu de la industria, no el de la ciencia, ni el de la religión, ni el de la filosofía.

Mil veces lo tengo dicho, y nunca dejo de pensarlo: los más ladinos y sutiles sabios experimentales no descubrirán jamás el secreto de la vida; siempre escapará a sus análisis químicos la fuerza misteriosa que une, traba y combina los átomos y crea los individuos; el amor, la conciencia, el pensamiento, la causa de moverse, de crecer orgánicamente, de sentir y de representarse en uno de los demás seres, no quedarán jamás en el fondo de las retortas ni saldrá por la piquera de los alambiques. ¿Qué red delicadísima inventará el sabio para pescar ondinas, cazar silfos o sacar a los infatigables gnomos de las entrañas de la tierra? La única razón que tendrá para negar su existencia será que no logra cogerlos; que se sustraen a la inspección de sus groseros sentidos. Por lo demás, las ninfas, las diosas, todos los seres sobrenaturales que poblaron el aire, la tierra y el agua en las primeras edades del mundo, pueden vivir y es probable que vivan ahora como entonces.

La ciencia no despuebla la Naturaleza ni penetra en sus más íntimos arcanos. El misterio sigue y seguirá siempre. Isis no levantará jamás el velo que la cubre.

El misticismo, que busca por camino más breve a su Dios en el abismo de nuestra propia alma, no aspirará a tenerle allí incomunicado. Su Dios estará en el abismo del alma, y en aquel centro se unirá el místico con Dios por estrechísimo lazo; pero Dios estará también por todo el Universo, y todo Él estará en cada cosa, y todas las cosas estarán en Él. El misticismo psicológico no excluirá, sino implicará, la teosofía naturalista.

El axioma capital de esta ciencia sublime será que la inteligencia infinita no es el término último, sino el principio de las cosas, sin dejar por eso de ser su fin y el centro hacia donde gravitan, y el punto en donde sus discordias hallan paz, y su agitación reposo, y solución sus contradicciones, y unidad perfecta sus calidades y condiciones diferentes.

En este alto sentido, toda ascensión de las cosas hacia mayor bien y más perfecta vida, toda evolución progresiva de cierto linaje de seres, dentro de un espacio marcado y de un período de tiempo mayor o menor, es una Primavera. Las cosas, miradas en su totalidad, se mueven, sin duda en círculo y vuelven al punto de donde partieron. En el todo no cabe progreso. Con él, si fuese total, podríamos suponer algo añadido a la gloria de Dios. Aunque allá, en lo profundo de su ser, esté y viva la idea con todos sus futuros desarrollos y perfecciones; mientras ésta vaya de lo menos a lo más como proceso sin término, parecerá como que crece la gloria divina, como que Dios es más creador ahora que antes, como que sus obras van dando cada vez más claro y cumplido testimonio de su saber y de su omnipotencia.

Es, por consiguiente, innegable que no hay progreso total. La inmutabilidad de la perfección infinita de Dios implica la inmutabilidad total de la perfección del Universo, que es obra suya. Cabe, sin embargo, mudanza en los pormenores, y de ahí el progreso parcial o temporal de esto

o de aquello. Ya que me he engolfado en meditación metafísica, añadiré, con el debido respeto (no a Dios, para quien sería absurdo y ridículo salir con esta salvedad, sino al parecer de otros meditadores), que la riqueza divina no crece ni mengua; no es cantidad: es lo infinito. Dios está siempre creando, y siempre lo tiene todo creado. Si crease un átomo más, sería más creador; si lo aniquilase, sería menos; si mejorase en algo toda la obra, se corregiría, en cierto modo, a sí mismo.

Así, pues, vuelvo a sostener que el progreso de nuestro planeta es parcial y transitorio, está compensado por la decadencia o fin de otros mundos, y está limitado en el tiempo, aunque se dilate centenares de miles de años, y en el espacio, aunque abarque todo el sistema solar a que pertenecemos, y hasta un grupo completo de soles, de que nuestro sol sea mínima parte. Considerando ahora esta evolución de la vida dentro de tan ancho espacio, bien podemos declararla año máximo, del cual vivimos, por dicha, en la Primavera.

La Primavera de este año máximo empezó, según labios muy acreditados, hace veinte millones de años menores y usuales. Entonces apareció el primer ser organizado. Desde entonces trazan los sabios con la mayor escrupulosidad nuestro árbol genealógico. Empieza el árbol en un ser que llaman mónera, término medio entre lo inorgánico y lo orgánico; germen, embrión, elemento primordial de la vida; dotado de una fuerza, de un prurito, de una propensión indistinta a ser vegetal o a ser animal. Va extendiéndose luego el árbol, y van formas desenvolviéndose y diferenciándose, hasta que, al fin de la edad paleolítica, ya nuestros antepasados han conseguido elevarse a la categoría de lagartos o medio peces. Durante la edad mesolítica o secundaria progresamos más. Al ir a llegar a su término, en el periodo cretáceo, somos marsupiales; esto es, tenemos como los canguros y los jerbos, una bolsa donde nuestros hijos se esconden. En el período eoceno de la edad terciaria logramos obtener la dignidad de monos; somos catarrinios, o dígase monos con las ventanillas de las narices hacia abajo y con cola. En el período mioceno, ya la cola se nos cae, y nos asemejamos al gorila, al orangután y al chimpancé. En el período plioceno somos casi hombres, aunque pitecoides y alalos, o sea sin palabra y sin entendimiento, como cualquier mico. Por último, en la edad cuaternaria, en el período llamado diluviano, se nos desata la lengua, empezamos a charlar y somos verdaderos hombres. Desde este momento, los sabios menos exagerados y más tímidos y económicos en sus cronologías ponen hasta el día de hoy unos veinticinco mil años. La raza alala, los antropiscos, los casi hombres como si dijéramos, salieron del centro de África o de un continente austral llamado Lemuria, que ya se hundió en el mar como la Atlántida, y que estaba entre el África y el Asia. Estos antropiscos eran negros como la tizne, y vivían en manadas o rebaños para defenderse de las fieras. Así fueron extendiéndose por el mundo. Durante la dispersión y emigración inventaron los idiomas, y de aquí que no puedan reducirse todos a un tipo primitivo. A la raza morena, que viene después, y a la que pertenecen los egipcios, se le da una antigüedad de quince mil años, naciendo por mejora de la raza negra. Sale luego a relucir la raza amarilla, cuyos representantes más ilustres son los chinos y japoneses. Su origen se pone diez mil años hace. Y se muestra al cabo la raza blanca: arios, semitas, caucasianos, etc., a la cual se concede una antigüedad de

ocho mil años lo menos. A esta raza tenemos la honra de pertenecer; pero nadie nos asegura que no aparezca aún otra superior que nos deje postergados y tamañitos, lo cual será muy desagradable. Sea como sea, a pesar de los veinte millones de años que hace que apareció la mónera, no se ha de negar que estamos aún en el período primaveral de este año máximo de que hemos hablado. ¿Qué progresos, qué maravillas, qué nuevas creaciones no deben esperarse aún? Apenas si la Humanidad ha nacido. Yo he leído en un libro muy docto esta sentencia, que no olvidaré nunca: «La Humanidad, en su vida colectiva, no ha nacido aún.»

Todo este largo pasado que llevamos ya, el vivir en la Primavera del año máximo y el columbrar un extenso porvenir, esplendoroso y fecundo, no debe, sin embargo, alegrarnos en demasía, ni menos ensoberbecernos. Comparados nuestros veinte millones de años ya cumplidos, más de otros veinte millones que por lo menos durará aún la Primavera de este planeta, con otras primaveras y años máximos de otros planetas y de otros más grandes sistemas solares, tal vez parezca más breve dicha Primavera que la ordinaria y menuda del año vulgar, que sólo dura tres meses.

Cavilando yo días pasados sobre este asunto, y hallándome en el campo, en soledad amena, en hondo valle circundado de rocas escarpadas, donde había silencio, fresca y mil plantas, hierbas y flores, tuve despierto un sueño, que parecía visión espiritual o intuición pura de algo real, aunque para mí materialmente imperceptible.

Dentro de la superficie de un kilómetro cuadrado entendí que había ciertas emanaciones sutiles de cierto fluido mil veces más tenue que el aire; fluido que penetraba el aire todo; infundiéndose en los vacíos e intersticios que dejan sus moléculas. Este fluido, que el hombre no verá, ni pesará, ni sentirá jamás con sus sentidos, no se eleva más allá de un kilómetro. Tenemos, pues, un kilómetro cúbico lleno de este fluido tenue, desleído en el aire como perfumes o efluvios. Figuréme, pues, mi kilómetro cúbico como un mundo aparte, y vi que estaba poblado de un linaje de silfos tan diminutos, que, si por descuido se tragase cualquiera de ellos la más ruin molécula de aire, dicha molécula se le atragantaría y quizá le ahogaría como a cualquiera de nosotros un hueso de melocotón. Mi linaje de silfo respira, pues, el fluido tenue de que he hablado. Con las moléculas del aire hacen los silfos mil primores, y hasta juegan cuando son muchachos, disparándolas por medio de enormes cerbatanas.

Fuera del kilómetro cúbico está para mis silfos lo infinito, desconocido e insondable. Viven en una hora; pero su inteligencia es tan rápida y tan sutil, que en esta hora tienen tiempo de sobra para instruirse, enamorarse, propagarse, seguir una carrera, elevarse a las más altas posiciones, legar un nombre ilustre a su legítima prole y hasta cansarse de la vida y apelar al suicidio. Un minuto para cualquiera de ellos es mucho más que un año para cualquiera de nosotros. Sus poetas componen versos desesperados y desengañados a los quince minutos de nacer, y sus sabios inventan los más profundos y alambicados sistemas de filosofía a los treinta minutos.

La voz de mis silfos es tan delgada, que sólo el fluido susodicho puede transmitirla en ondas sonoras. Sus palabras van tan prontas, que en un segundo refiere un silfo una historia que el más conciso de nosotros tardaría tres o cuatro horas en contar. Todo lo que entre nosotros es

extenso, es intenso entre los silfos. En las veinticuatro horas de cualquier día se extiende la historia de los silfos, y es tan fecunda en revoluciones, cambios, guerras y progresos, como la nuestra en los mil ochocientos setenta y pico de años que median desde la Era cristiana hasta el momento en que escribo.

Mil silfos tienen figura humana. Yo entiendo que toda alma, todo pensamiento que informa un cuerpo grande o chico, le da esta figura, por ser la más hermosa.

La hermosura de mis silfos es tal, que si lográsemos fabricar un microscopio bastante poderoso para llegar a verlos, envidiaríamos a los varones y nos enamoraríamos desesperadamente de las hembras.

Están muy adelantados en civilización. Han tenido muchos profetas y fundadores de religiones; pero ya va pasando entre ellos la edad de la fe, y rayando la aurora de la edad de la razón.

Sus conocimientos históricos, sin mezcla de fábula, aquello que la crítica más severa da por cierto, no pasa de noventa días, lo cual equivale a más de tres mil sucesivas generaciones. Y como un minuto para ellos viene a equivaler a un año para nosotros, puede afirmarse que ellos hacen subir la antigüedad de su civilización a más de ciento veintinueve mil seiscientos años. Más allá, yendo contra la corriente de los tiempos, los silfos no ven claro; pero si entre ellos no hay un Darwin o un Haeckel, sin duda colocará la aparición de la primera mónera del mundo silfídico a una distancia proporcionalmente mucho mayor.

El concepto que forman del Universo es muy distinto del que formamos nosotros. Y no porque su razón no concuerde con la nuestra, sino porque son otros los datos de sus sentidos. No llegan con la vista al sol, ni a la luna, ni a las estrellas, por donde los torrentes de luz ardorosa que lanza sobre ellos el primero, y la luz tibia y plateada en que los baña la luna, proceden para ellos de un manantial oculto. Así es que forman mil hipótesis para explicarlo. Claro está que hay largos períodos históricos de una luz, y largos períodos históricos de otra.

En su mundo hay seres animados, de proporciones tan gigantescas, que nosotros ni siquiera las concebimos. Una avispa para ellos es más que lo que sería para nosotros el Nevado de Sorata, si arrancándose él mismo de cuajo, animándose y echando alas, se pusiese a volar y se nos mostrase por el aire. Por fortuna, la excesiva pequeñez de los silfos y su agilidad portentosa los salvan de tales monstruos.

Claro está que lo infinito es siempre infinito, así en la mente de un silfo como en la mente de un hombre. En este punto, si nos contraemos a la especulación racional, nuestros conceptos son iguales; pero en contar, en extenderse a mayor número, en notar mayor cantidad, los silfos nos ganan; penetran con sus sentidos, y ven y perciben abismos de extensión, de tiempo, de volumen y de duración en lo infinitamente pequeño, por donde lo mediano, lo mezquino para nosotros, su universo de un kilómetro cúbico, es más ingente para ellos que toda la inmensidad de los cielos para nosotros. Y no dejan por eso de poner más allá de su universo lo infinito inexplorado.

Andan todos ellos muy soberbios con su cultura y con sus progresos, que juzgan sin límites. Así como cuentan ya un pasado larguísimo, esperan un futuro más largo aún. Y es lo cierto que no se equivocan. Ellos nacieron

con esta última Primavera, y acabarán al fin del próximo otoño. Ahora, que es verano, están en todo el auge de su grandeza. Lo mismo nos sucede a nosotros.

¿Quién sabe si habrá seres en comparación de los cuales seamos nosotros lo que para nosotros son mis silfos? Y si alguno de estos seres llega a averiguar que existimos, como yo he llegado a averiguar que existen silfos tales, ¿no se reirá, o nos compadecerá, al ver que esperamos aún tan largo porvenir? Los millones de años que llevamos de vida y los que esperamos vivir aún serán para él una Primavera. Acaso, cuando vuelva él de veranear o de bañarse en algunos baños de su mundo, encuentre ya el nuestro desolado y hecho ruinas, y extinguida nuestra efímera raza. Pero no tendrá razón. Lo importante es la inteligencia, la cual no se mide por varas, ni por kilómetros, ni por diámetros terrestres. Su actividad, cuando es fecunda, puede condensar en un minuto más hechos, más ideas, más creaciones, más gloria y más infierno que otra inteligencia reacia, perezosa y torpe durante siglos de siglos.

Última moralidad: todo es relativo, como decía don Hermógenes. No hay menos ni más. En el tiempo que he tardado yo en escribir este artículo para cumplir mi imprudente promesa, un hombre de ingenio fecundo hubiera sido capaz de escribir la historia de toda la raza humana; y en menos tiempo mis silfos son capaces de realizar lo más importante de su propia historia. No lo daré por muy seguro, porque no he llegado a enterarme bien y no gusto de fantasear; pero es posible que mientras yo he estado afanadísimo, componiendo todas estas candideces e inocentadas a fin de salir del paso, mis silfos hayan fundado nuevos imperios, creado constituciones, inventado filosofías y máquinas y erigido monumentos, en su sentir, imperecederos.

Tal consideración me avergüenza y humilla, en vez de llenarme de vanidad; y aunque no sea de silfos, sino de hombres como yo, el público que ha de leerme, todavía le presento con grandísima desconfianza este escrito, que no he tenido reposo, ni humor, ni tiempo para hacer más breve.

Madrid, 1877.

Sobre la adopción del meridiano de Greenwich

Al ministerio de Estado

Washington, 15 de octubre de 1884.

Excelentísimo señor: Creo de mi deber continuar informando a vucencia de lo ocurrido en el Congreso para determinar el meridiano inicial común, en el cual Congreso tengo la honra de ser delegado de España.

A pesar de la oposición y de las protestas de Francia, de que ya di noticia en otro despacho, el Congreso decidió ayer, por gran mayoría, que el meridiano inicial común fuese el de Greenwich.

Mi voto, o sea el voto de España, pues ya he dicho que se vota por

naciones, fue en favor del mencionado meridiano, desde el cual quedó concertado o recomendado que se cuenten los grados de longitud en adelante. Al dar este voto, aunque, por modestia y por considerarlo inoportuno, no hice el recuerdo de nuestras pasadas glorias marítimas, me parece que los sabios allí congregados no podían desconocer que España, si ha de cifrarse en esto algún amor propio nacional, sacrificaba el suyo en aras de la general conveniencia, reconociendo y acatando la supremacía de la Gran Bretaña en nuestro siglo, porque si las glorias pasadas hubieran entrado en cuenta para conceder a una nación, a modo de corona o palma triunfal, la preeminencia de que el meridiano que pasa por su Observatorio fuese el primero, tal vez a ninguna otra nación sino a España tocaba de derecho tal preeminencia. Sus atrevidos y dichosos navegadores descubrieron este gran continente en que el mismo Congreso celebra ahora sus sesiones; magnificaron por experiencia el concepto de las cosas creadas; dieron a conocer toda a extensión del planeta que habitamos, y midieron y contaron, en cuerpo y alma, recorriéndolos todos, los grados de longitud, cuando guiados por Magallanes y Elcano, con prodigiosa osadía, a costa de extraordinarias fatigas por mares nunca navegados antes y en frágiles barcos, dieron por primera vez la vuelta al mundo. En cuanto al sacrificio económico que hay que hacer si se acepta el meridiano de Greenwich, desde luego es mayor el nuestro que el de Francia con relación a nuestra riqueza, y acaso lo sea también en absoluto, pues es sabido que tenemos muchos y excelentes trabajos hidrográficos y gran número de cartas.

Como quiera que sea, yo he dado mi voto a favor del meridiano de Greenwich, no sólo para cumplir las instrucciones terminantes y precisas que de vucencia he recibido, sino además con gusto y aplauso. Con arreglo a las referidas instrucciones, hice constar que votaba con la esperanza de que la Gran Bretaña aceptaría el sistema métrico decimal, y creo que obtuve contestación satisfactoria del más autorizado de los delegados ingleses, según verá vucencia por el protocolo. Si en el Congreso fuese yo el único que representa a España, una vez cumplidas en lo esencial mis instrucciones, imitaría yo al plenipotenciario germánico, declarándome incompetente para deliberar y decidir sobre los demás puntos, y si bien asistiría a las sesiones por la instrucción y recreo que me traen y por el interés que me inspiran, me abstendría de tomar parte en ellas, o con razonamientos o con votos, dejando a los sabios la responsabilidad de todo lo que se resuelva; pero tengo otros dos compañeros, los señores Ruiz del Árbol y Pastorín, y por ellos, y no por mí, el voto de España debe y puede constar, en lo puramente científico, con autoridad suficiente. Para mí, en mi ignorancia, es casi indiferente que los grados de longitud se cuenten en dos direcciones hasta 180 grados cada una, o se cuenten hasta 360 en una sola dirección. Y asimismo es para mí indiferente que, a fin de averiguar la hora cósmica, conocida ya la hora local, se valga la gente de ésta o de la otra fórmula; todas me parecen buenas con tal de que no induzcan a error, el cual, aplicado este tiempo cósmico a los ferrocarriles, produciría descarrilamientos y catástrofes, no habiendo relojes cósmicos en todas las estaciones que hiciesen mecánicamente este trabajo.

Hay, sin embargo, una proposición que yo tengo la mayor repugnancia en

votar y desde ahora anuncio a vucencia que no la votaré, para lo cual acaso deje de asistir, pretextando enfermedad, a la sesión en que se vote. Esta proposición es la de que el día cósmico empiece en Greenwich. Claro está que en una esfera o esferoide que hace una revolución sobre su eje, no hay un solo punto que no se mueva a la vez, salvo los polos y la serie de puntos intermedios, o sea las líneas que llamamos eje. El día o el tiempo, por consiguiente, empezó a la vez en todos los puntos de la superficie de nuestro globo, y siempre será ficción, o supuesto más o menos útil para la práctica de la vida, el que se fije el punto inicial de la rotación diurna. Pero ya que esto se fije, porque conviene y en virtud de un supuesto fantástico, pues nada hay averiguado aún sobre si cuando la Tierra empezó a rodar caían o no verticalmente los rayos solares sobre los antípodas de Greenwich, ¿no sería mejor fijar este comienzo donde los hombres todos de Europa y de Asia, entre quienes florecieron las primeras civilizaciones desde hace cuatro o cinco mil años, tuvieron a bien fijarlo?

Aun dado por averiguado que el globo de la Tierra comenzó a rodar estando el sol culminando en el antimeridiano de Greenwich, para mantener la hipótesis de que el día cósmico empieza en Greenwich, coincidiendo su principio con el del día civil, sería mejor suponer asimismo que el sol vino de oculto la vez primera, desde las islas Aleutias a Greenwich, sin difundir sus rayos a ningún punto intermedio de la Tierra. Ya sabemos que el Oriente está en todas partes y no está en ninguna. El Oriente es el lado por donde nace el sol y el Occidente el lado por donde se pone. Cada habitante de la Tierra marca y conoce, pues, su Oriente y su Occidente, según el lugar en que se halla. Pero hay otro Oriente imaginario y único, donde fingimos que el día tiene principio, y este Oriente lo hemos puesto con la fantasía, allá, en las regiones extremas del Asia. Por eso decimos Extremo Oriente cuando hablamos del Japón o de la China, y llamamos India oriental a las regiones bañadas por el Indo y el Ganges, para las cuales legisló Manú y predicó Sakiamuni; y antes que un florentino, con más ventura que merecimiento diese su nombre a este Nuevo Mundo, este Nuevo Mundo se apellidaba las Indias Occidentales.

No cabe duda de que la Humanidad toda, desde los asirios y los fenicios hasta hoy, puso el Oriente en el extremo de Asia. España se llamaba Hesperia, porque era la última tierra hacia el Occidente. Con pretender ahora estos sabios que el día cósmico, el principio del tiempo terrestre, sea en Greenwich, se confunden y trastornan, a mi ver, todas las ideas del vulgo y todas las imágenes y maneras de hablar de que hasta ahora, durante miles de años, nos hemos valido; y esto sin necesidad ni ventaja o el tal día cósmico nada significa, o la India Oriental habrá de llamarse en lo futuro India Occidental y Hesperia habrá de llamarse Anatolia, el India Oriental, América.

Para corregir otro de los absurdos que nacerán de la ficción de que el tiempo cósmico empiece en Greenwich tendremos que crear, a renglón seguido, otra ficción que destruya o anule la primera. Si el día cósmico, por ejemplo, empieza en Greenwich (pongamos el 1 de enero de 1885), en Roma no habrán llegado aún, en el mismo instante, a la una de la madrugada del 31 de diciembre de 1881; habrá entre Roma y Londres la diferencia de más de veintitrés horas. Y si, por el contrario, suponemos en Roma la

misma fecha, 1 de enero el supuesto de que el día empieza en Greenwich quedará destruido, pues en Roma habrá empezado el mismo día bastantes minutos antes. Y a invalidar esto no basta el argumento de que el día cósmico será en todas partes a la vez, ya que sólo en el meridiano de Greenwich coincidirá el día civil con el cósmico en horas, minutos y segundos.

Es evidentísimo que si los ingleses y americanos no quisiesen que fuera su triunfo más que completo y concediesen que se supusiera en el antimeridiano de Greenwich el principio del tiempo, el cambio brusco de fechas, la diferencia de casi veinticuatro horas entre dos que estuviesen hablando, con el meridiano inicial en medio, no ocurriría en Europa, sino allá, en regiones casi inexploradas, en la punta nordeste de Siberia y tal vez en algún islote circundado por las soledades del mar Pacífico.

No habría tampoco, entonces, contradicción entre el lenguaje ordinario y el lenguaje de la ciencia. No ocurriría lo que le ocurrió al personaje de Molière, que creía que el corazón estaba a la izquierda, hasta que el médico le dijo que tal creencia era anacrónica y que los sabios lo habían arreglado ya de otra suerte.

El Oriente para nosotros, españoles, franceses e italianos, estuvo hasta ahora en el extremo de Asia. De aquí en adelante, o el día cósmico es burla, o el Oriente absoluto estará en Greenwich.

Allá en lo antiguo, cuando queríamos significar que, de resultas de la cólera de los dioses o de los hombres, iba a haber enorme confusión y trastorno, nos valíamos de esta expresión: «Saldrá el sol por Antequera.»

En lo venidero, habrá que poner en desuso el refrán, ya que el sol, con pocos minutos de diferencia, casi saldrá por Antequera, saliendo por Greenwich.

En suma: acaso sean extremados los escrúpulos de conciencia con los cuales fatigo la atención de vuestros señores; pero yo veo en todo esto una profanación arbitraria e inútil del sentido poético y tradicional de las cosas: profanación de que no quiero hacerme cómplice.

Por esto, en la última sesión del Congreso, cuando, a paso de carga, como vulgarmente se dice, querían hacernos votar que el día nace en Greenwich, yo ponderé la gravedad de tal aserto, dejé entrever mi repugnancia a conformarme con él y pedí tiempo para reflexionar, obteniendo casi una semana. La sesión en que se dará el voto terrible será el lunes 20.

Sobre el tal día cósmico andan tan en desacuerdo y tan extraviados los sabios todos, que, por ellos, hay esperanza de que no se decida nada; pero como Inglaterra y este país tienen en su favor, a mi ver, de un modo incondicional, los votos de Liberia, Hawái, Paraguay y otras potencias por el estilo, entiendo que pueden hacer que se vote lo que más les plazca. El día, si se empeñan, nacerá en Greenwich. Allí se trasladará el misterioso remotísimo albergue de la deidad del alba; y, así como el viajero ve ahora en el Museo Británico, cuando lo visita, las esculturas del Partenón, y aun los toros alígeros, las inscripciones cuneiformes y los sellos y libros que estaban en los alcázares de Asaradon, Asurbanipal y Sanekerib, verá, en adelante, en un gabinete en que se conserven las antiguallas de la edad paleolítica, entre hachas y dardos pedernalinos, el carro de la Aurora y los áureos y primorosos canastillos de donde tomaban las horas divinas las flores que al pasar iban esparciendo.

Esta resolución, de hacer el día cósmico natural de Greenwich y súbdito de su majestad británica, me temo, excelentísimo señor, que dé mucho que reír. ¿Para qué, pues, hemos de hacernos en parte objeto y blanco de la risa? Basta que hayamos votado que sea el meridiano de Greenwich el inicial para contar los grados de longitud.

Tal vez, repito, ninguna otra nación importante, ni los sabios mismos se comprometan a más, merced a la feliz discordancia de pareceres que entre ellos hay. De lo contrario, si los sabios estuviesen de acuerdo, empedernidos sus corazones por el orgullo del saber, cometerían un verdadero atentado contra la Aurora, haciéndole mudar de domicilio y confinándola entre las nieblas del Támesis.

Dios guarde a vucencia muchos años.

Autos sacramentales

Es éste un género dramático peculiar de la literatura española y singularísimo y extraño entre todas las del mundo. No es posible tratar hoy de él con el tono de intolerante menosprecio con que hablaron de los autos nuestros críticos de la escuela galoclásica del siglo pasado. Vano hubiera sido pretender que el favor y entusiasmo casi religioso que estas composiciones despertaban en los católicos oyentes del tiempo de los Felipes hallasen eco en almas siervas del pobre y rastro materialismo de la centuria que nos precedió. Tampoco era de presumir que un género tan nacional y característico de una época, de una raza y de un estado social, a ningún otro semejante, llegase a entusiasmar a críticos de otras naciones, ni siquiera a ser comprendido por ellos. Todas estas razones han influido grandemente en contra de la popularidad de los autos en España misma, cuanto más en las naciones extranjeras. Los mismos alemanes, que más justicia han hecho al teatro nacional, comenzando por las brillantes y un tanto oratorias consideraciones de Guillermo Schlegel y siguiendo por el detenido análisis del barón Schack y de Valentín Schmidt, se han limitado, por lo común, a la parte profana del teatro de Calderón, y si algo han dicho en cuanto a la parte sagrada, es sólo con relación a los dramas de santos o comedias devotas; es decir, aquellas en que intervienen afectos y caracteres humanos. Pero en cuanto a la parte propiamente teológica de las obras del poeta, puede decirse que la han dejado virgen e intacta.

Entre nosotros se han hecho, aunque pocos, notables estudios acerca de esta parte de las obras de Calderón, debiendo citarse en primer término como trozo elocuentísimo, a la vez que bien pensado y bien sentido, el discurso preliminar que puso don Eduardo González Pedroso a su colección de Autos sacramentales, no solamente de Calderón, sino de todos sus antecesores, contemporáneos y discípulos desde principios del siglo XVI hasta fines del XVII.

A éste y a otro brillante estudio del señor Canalejas (leído en sesión pública de la Academia Española) está reducido lo que hasta ahora se ha dicho de los autos sacramentales. Los trabajos extranjeros son en este punto mancos o nulos, y aun los críticos que han mirado con más amor el

teatro de Calderón han tenido para los autos censuras tan acerbadas como las que fulmina el mismo Ticknor, en otras cosas tan calderoniano.

Ante todo, es preciso saber lo que fueron los autos, cuál fue su razón de ser histórica y cuál su razón de ser artística, ya que no puede concebirse que un teatro teológico y didáctico como lo fue aquél por su espíritu y hasta por sus formas, un teatro pobre y ayuno de todo lo que en cualquier teatro del mundo puede halagar y atraer la atención, desprovisto de casi todos los medios artísticos propios de la dramática, llegara, sin embargo, a conmover y a interesar, no ya a los teólogos, sino aun a la ruda e indocta plebe, como no lo alcanzó nunca el drama profano. La popularidad de los autos fue superior con mucho a la de los más trágicos dramas y a la de las más deliciosas comedias de enredo. Algo de esto debe atribuirse, sin duda alguna, a las circunstancias solemnes en que los autos se representaban, al atavío escénico, a la mayor ostentación del arte histriónico, a todos los pormenores de exhibición con que los autos se ejecutaban; pero ni aun con esos accesorios sería hoy empresa posible llevar a un público a que oyera y contemplara, no ya con aplauso, sino con paciencia, ni siquiera por brevísimo espacio, una representación en que fueran personajes la Fe, la Esperanza, el Aire, la Tierra, el Agua, el Fuego y otras de la misma laya, y en que dieron asunto al diálogo la Encarnación, la Trinidad y la presencia sacramental de la Eucaristía. En este sentido puede afirmarse que el drama estrictamente teológico (no el drama religioso con accidentes y estructura de drama profano) no existe ni ha existido en el teatro moderno de ninguna otra nación fuera de España.

Desde luego, surge una grave cuestión preliminar y fundamento de todas; es a, saber: si lo sobrenatural y lo invisible, y con mayor razón aún las abstracciones, las personificaciones morales, las ideas puras, los atributos divinos, las pasiones, virtudes y vicios, caben en el arte.

Para nosotros es indudable que en una concepción amplia y severa del arte, tal como la que hoy debemos tener, libres de exclusivismos de escuelas, el arte no puede limitarse a lo humano, ni mucho menos a lo plástico y figurativo. Si el arte es el resplandor de la idea en la forma, en el arte ha de caber, no solamente la belleza sensible, sino la belleza intelectual y la belleza moral. Es claro que los conceptos intelectuales, las ideas puras, no tienen entrada en el arte sino cuando se revisten de forma estética y dejan la suya propia abstracta y filosófica, rompiendo las cadenas del proceso dialéctico; pero desde el momento en que llegan a vestirse de forma sensible y a cubrir de carne sus huesos, pueden ser materia propia y digna de ciertas esferas del arte. Pero ¿caben en la dramática? Por nuestra parte casi nos atreveríamos a contestar que no. El teatro, tal como todas las escuelas lo han entendido, vive de pasiones, de afectos y caracteres humanos; no es más que la vida humana en espectáculo. Hacer un drama con personajes simbólicos o abstractos es un verdadero tour de force, perdonable sólo a fuerza de ingenio y a título de excepción y singularidad. Lo sobrenatural cabe perfectamente como ideal y fuente de inspiración, y como término de los anhelos del alma, en la poesía lírica: cabe en la poesía didáctica (suponiendo que tal poesía exista), pero en el arte dramático, a nuestro entender, no cabe. Y decimos esto con cierto temor, porque verdaderamente nos lo inspiran las sublimes creaciones que con ese fondo y con estos datos acertaron a producir nuestros poetas del

siglo XVII. El drama sacramental fue producto genuino de su tiempo, y a no haber existido nos hubiera privado, no solamente de tesoros de poesía lírica, sino también de inestimables (aunque accidentales) bellezas dramáticas en ciertos pormenores y escenas, y, sobre todo, de altísimas concepciones intelectuales y filosóficas, mucho más altas que la forma que pretende encerrarlas, aunque sólo el propósito de darles forma dramática sea ya indicio de la vigorosísima fantasía de los autores.

El auto sacramental puede definirse como representación dramática en un acto, la cual tiene por tema el misterio de la Eucaristía.

Esta, a lo menos, es la ley constante en los autos de Calderón y sus discípulos; pero en cuanto a los autos del siglo XVI no siempre reúnen estas condiciones; antes bien, es muy frecuente que no tengan de sacramentales más que el haber sido representados en el día del Corpus. El primer auto, el más antiguo del cual sepamos positivamente haberse destinado a una fiesta eucarística, no contiene más fábula dramática que la vulgar leyenda de haber partido San Martín su capa con un pobre. No se atina qué relación directa o indirecta puede tener esto con el Misterio de la Eucaristía. Sólo en tiempo de Calderón adquiere este género independencia absoluta y toma caracteres y formas propios.

Claro es que estas representaciones no pudieron ser más antiguas que la institución misma de la fiesta del Corpus, que en alguna iglesia particular se celebraba antes del siglo XIII, pero que a toda la cristiandad no fue extendida sino por el Pontífice Urbano IV en 1263, dando ocasión al maravilloso oficio que compuso Santo Tomás para aquella fiesta. En España la introdujo muy luego Berenguer de Palaciolo, que murió en el año 1314.

Muy desde el principio, en España, a todas las solemnidades propiamente religiosas, a todas las ceremonias litúrgicas que acompañaban a esta fiesta, verdaderamente de alegría, se añadieron ciertos gérmenes de representaciones dramáticas, si bien éstos no llegaron a fructificar durante la Edad Media. A lo menos en Castilla hubieron de ser casi desconocidas las representaciones sacramentales, puesto que no tenemos la menor noticia de ellas, anterior a los últimos años del siglo XV y primeros del XVI. Hay, además, un dato para creer que no existían, y es que Alfonso X, en sus Partidas, al hablar de las representaciones que los clérigos podían hacer, enumera las de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, la Resurrección, etc., y de ninguna manera alude a las representaciones eucarísticas.

Es más: los cánones de varios concilios del siglo XV, dirigidos a atajar los abusos que ya comenzaban a introducirse en las representaciones escénicas dentro de los templos, no mencionan la fiesta del Corpus entre las demás de que hablan.

No así en Aragón y Cataluña. Tenemos noticia de que la fiesta del Corpus se solemnizaba en la catedral de Gerona con representaciones dramáticas, aunque no parece que tenían relación, a lo menos directa e inmediata, con el Misterio de la Eucaristía. Entre ellas se mencionan El sacrificio de Abrahán, La venta de José, Las tres Marías, etcétera.

A principios del siglo XVI encontramos ya en Portugal el texto de una representación sacramental (en el sentido de haberse verificado el día del Corpus) y es el Auto de San Martín de Gil Vicente compuesto en lengua

castellana.

En todo el siglo XVI continuaron los autos; unos (y son los más) anónimos, como muchos de los que se contienen en el famoso Códice de autos viejos de la Biblioteca Nacional; otros de autores conocidos, por lo general muy oscuros, verbigracia, el tundidor de Segovia, Juan de Pedraza, que compuso para una de estas fiestas una especie de Danza de la Muerte.

El más célebre de todos los poetas de autos sacramentales en este primer período es Juan de Timoneda, famoso librero de Valencia, amigo y editor de Lope de Rueda.

Timoneda, que en sus comedias no hizo más que seguir las huellas de los italianos y arreglar sus obras a nuestra escena, logró mayor originalidad en sus autos, aunque también es preciso confesar que no pocas veces entró a saco por las obras anónimas de poetas más modestos o más desconocidos de los primeros años de aquel siglo.

Conforme el tiempo adelantaba iban pareciendo los primitivos autos demasiado secos y pobres, y se trató de darles más movimiento, interés y animación dramáticas. En Timoneda la acción es un poco más interesante y el diálogo más vivo que en los autos anónimos. En Lope de Vega abundan más los elementos líricos y también los incidentes análogos a los del drama profano, y lo mismo que se dice de Lope de Vega puede aplicarse a sus discípulos el maestro Valdivielso y Tirso de Molina. Valdivielso puede ser llamado el poeta del Cielo, ya que sólo dedicó su pluma a composiciones sagradas, así en lo dramático como en lo épico y lírico. Pero Calderón es quien definitivamente logra llevar este género a su cabal perfección y apogeo, emancipándolo así de las tradiciones del teatro profano como de la servidumbre de las comedias devotas y de santos.

Las representaciones sagradas que durante la Edad Media se verificaron constantemente en el templo y por actores clérigos, salieron en el siglo XVI a la plaza pública, cayendo, lo mismo que rocas las demás formas escénicas, en manos de histriones o farsantes pagados para este fin.

Tan católico en la esencia permaneció nuestro teatro antes como después de esta transformación. Todos los autos sacramentales están animados por un enérgico espíritu de oposición a la Reforma en el tema de la presencia sacramental, negada por Carlostadio y otros herejes del Norte. Pero también es cierto que la verdadera reforma de las costumbres y de la disciplina, iniciada muy pronto en España y extendida a toda la cristiandad por el Concilio de Trento y por varios pontífices, desterró del templo ciertas expansiones de la devoción, antes lícitas, y ya ocasionadas y peligrosas, y fue causa de que las representaciones sagradas, que ya no se veían con los ojos de otras edades, saliesen del recinto del templo, en el que hasta entonces se habían albergado.

Los autos sacramentales fueron ejecutados ante muy heterogéneo auditorio, desde aquellos vislumbres o gérmenes de compañías llamados bulubú y naque (como las describe Agustín de Rojas en su Viaje entretenido), que por lugarejos oscurísimos representaban La oveja perdida y otros autos de Juan de Timoneda, de tan sencilla estructura, que no requerían más que tres o cuatro personajes, hasta la ostentosa mise en scène de los autos de Calderón, ejecutados en el siglo XVII en la plaza Mayor ante los consejos, ante el rey y ante todo el pueblo de Madrid congregado.

Parece que los autos sacramentales nunca fueron representados sino a la

luz del día. Es más: no se los concibe aprisionados en las condiciones materiales de un teatro moderno. Requieren la luz y el aire libre, y una escena tan ideal y fantástica como fantástico e ideal es el drama místico.

Es el auto representación de lo sobrenatural y de lo intangible, de la alegoría y del misterio, y vano empeño fuera encerrar las abstracciones bajo techo, encadenarlas entre bastidores y cortinas o alumbrarlas con la tibia luz de las candilejas.

Entre los olvidados autos sacramentales anteriores a Lope, pueden encontrarse rasgos de tal sencillez y tan honda ternura, como difícilmente se hallan en el drama profano del mismo tiempo. Puede servir de ejemplo el olvidado Auto de las Donas, de autor anónimo (imitado luego por Timoneda en otro auto suyo más complicado, que se intitula Los desposorios de Cristo), especialmente aquella escena en que Lázaro va presentando a la Virgen María los instrumentos de la Pasión de su Hijo. En medio de la ausencia de todo artificio, hay en este pasaje un acento de verdad humana, que quizá conmueve más que toda la pompa lírica que derramó luego Calderón en sus autos donde, si es más complicada la traza y más peregrino el saber teológico y mayor la armonía rítmica, suele sobreponerse a todo el elemento intelectual ahogando la expresión natural y sentida.

Prescindiendo de tan rudos principios, tomemos el auto tipo tal como en Calderón aparece, puesto que en los anteriores el tema eucarístico anda muy mezclado con elementos extraños y reminiscencias de otros géneros dramáticos, y de los posteriores puede decirse que no son más que degeneración o secuela del sistema calderoniano.

Todos estos autos, sin excepción alguna, tienen por único tema el Misterio de la Eucaristía; pero no hay un solo ejemplo, de que haya sido presentado el acto de la institución del Sacramento en su forma directa, que pudiéramos llamar histórica. El mismo fervor religioso de los poetas lo impidió, y fue preciso tratar el asunto de soslayo, salvando esta manera de pie forzado.

Unas veces, no en Calderón, sino en los orígenes del teatro Eucarístico, la dificultad se resolvió por medio de largos diálogos, en que dos o más personajes discurrían sobre la institución del Santísimo Sacramento. Claro es que estas disertaciones o pláticas piadosas no tenían condiciones escénicas de ninguna suerte, y sólo podían resultar tolerables por su brevedad y la belleza de su estilo. Así es que muy pronto cayeron en desuso.

Otras, buscando algo que se pareciese más a drama, pusieron en escena la vida de aquellos santos y santas más conocidos por su devoción al Santísimo Sacramento del Altar. Pero tales autos, como sucede con los del Santo rey don Fernando, de Calderón, llegaron a convertirse en comedias devotas, que sólo se diferenciaban de las restantes en tener un solo acto en vez de tres y en el lugar y ocasión en que se representaban; y sabido es que las condiciones de la comedia de santos diferían muy poco de las del drama profano.

Abandonados estos caminos (el último se intentó sólo por excepción), no había otro remedio que acudir a la forma alegórica, y esta alegoría se presentó por lo menos de siete maneras distintas.

Unas veces sirvieron para este fin las historias del Antiguo Testamento,

en que todo es anuncio, vislumbre, figura y sombra de la Ley Nueva. Así La zarza de Moisés, La cena de Baltasar, La primera flor del Carmelo, El vellocino de Gedeón y otros muchos autos en que no sólo se aprovechó el sentido que la Iglesia da al Testamento Antiguo, donde todo, además de su sentido natural e histórico, tiene otro sentido más alto y es prefiguración de la Ley Nueva, sino que más o menos violentamente, y por su propia autoridad, en todo vieron nuestros poetas un símbolo del Misterio Eucarístico, hasta el punto de haber doble y triple alegoría en muchos de estos autos.

Segundo modo de representación sacramental, y también de los más naturales y legítimos, fueron las parábolas del Evangelio. Sirva de ejemplo entre otros muchos el auto de La viña del Señor.

Pero no se detuvieron aquí los poetas, porque constreñidos a hacer todos los años un auto sacramental, y a veces dos, con la condición de que fuesen siempre nuevos, por lo menos los que se destinaban a la villa de Madrid, habían de agotarse las formas, los medios y las condiciones dramáticas útiles para aquel forzoso tema. Multiplicáronse, pues, los recursos alegóricos y hubo autos en que, ni por incidencia, intervienen figuras humanas, siendo todo el diálogo entre ideas puras, personificaciones de las virtudes y de los vicios, de las ciencias o de los elementos, de los atributos de Dios o de los sentidos y de las potencias del alma, etcétera, etcétera.

En otros autos se entró a saco por la historia profana, trayendo a cuento lo que parece más lejano de toda relación con el Misterio de la Eucaristía. En este concepto hay autos que frisan ya en lo ridículo, y cuyo simbolismo no puede ser más torpe y desmañado. Pedroso cita uno en que Carlomagno se lanza a conquistar la Tierra Santa, donde Galadón le vende por treinta dineros, y Carlomagno muere crucificado.

Mucho más común, aunque hoy nos parezca irreverente, era el auto sacramental fundado en la Mitología.

A primera vista, apenas se comprende que en siglo tan católico como el XVII pudieran aplaudirse representaciones tales como El divino Orfeo, El Sacro Parnaso, etc., y que los dioses del gentilismo clásico apareciesen en un teatro cristiano como símbolo, representación o figura nada menos que de Cristo o de los divinos atributos. Sin embargo, así aconteció, y no tanto por caprichos de autores y espectadores, cuanto por la alta idea simbólica que presidía a todas estas formas tan disímiles del fondo. Para Calderón y para su público la Mitología no era más que un resto lejano de la tradición antigua, en el cual habían quedado desfiguradas y oscurecidas, por la ignorancia del entendimiento y la flaqueza de la voluntad, altísimas verdades relativas al origen y destino del hombre. Calderón pone frecuentemente en presencia la sinagoga y el gentilismo, haciéndoles pronunciar concordantes oráculos y mostrar la semejanza de sus tradiciones.

Hay, pues, en Calderón un simbolismo potente que abraza la ley antigua, las parábolas de la nueva, la historia humana y las fábulas de la gentilidad.

Pero aún no para en esto el auto sacramental. Quedan una porción de obras que solamente pueden compararse con los llamados Sermones de circunstancias, deleite de los predicadores gerundianos. En tales dramas,

dirigidos a empeñar la atención del vulgo con alusiones a cosas baladíes y del momento, todo el símbolo y la alegoría consisten en un certamen poético, en un litigio, en la pintura de una casa de locos, de un hospital o de un mesón, en una información de limpieza de sangre, en una cacería de Felipe IV, etc., etc.

Otros autos son parodia de las comedias que estaban en boga en aquel tiempo. El mismo Calderón, por ejemplo, repitió el argumento y hasta el título de su *Vida es sueño* en un auto que lleva el mismo título, y que es, por cierto, de los más notables. Del mismo modo pueden citarse *La serrana de Plasencia*, de Tirso, y otros autos que son verdaderas parodias de las comedias más aplaudidas, tomando no sólo el título y verso enteros, sino hasta el pensamiento total, aunque trovándole a lo divino.

Las riquezas poéticas del Antiguo y Nuevo Testamento están derramadas a manos llenas en la parte lírica de los autos. A cada paso se tropieza con bellas imitaciones de los Salmos y del *Cantar de los Cantares*. Hay, por ejemplo, un bellissimo auto de Lope, el *Auto de los Cantares*, donde grandísima parte del Epitalamio de Salomón está traducido casi a la letra. Auto hay de Calderón en que está traducido desde el principio del Evangelio de San Juan.

Aparte de todos estos elementos líricos, tomados de la Escritura o de la Liturgia (puesto que también abundan en los autos las paráfrasis y traducciones de himnos), hállanse en los autos, lo mismo que en todos los cancioneros y romanceros sagrados del tiempo, continuas reminiscencias de la poesía profana, romances viejos glosados a lo divino, villancicos, chanzonetas, ensaladillas y juegos en que, con provecho de la infantil devoción de los espectadores, se traían a su memoria aquellas canciones que más presentes debían de tener, convirtiéndose así en materia sagrada lo que fue profanísimo en sus principios.

Grande debía de ser la cultura del pueblo que tales dramas comprendía; no sólo por la abundancia de nociones, teológicas y filosóficas que allí se contienen, sino por la manera, a veces seca, siempre didáctica, con que están expuestos, sobre todo en ciertos diálogos de Calderón, desprovistos de todo color poético, al cual sustituye el procedimiento silogístico, árido y desnudo, sin que se cuide siquiera el poeta de cubrir las formas externas del razonamiento. Y esto se continúa a veces durante largas escenas, siendo evidente que el pueblo tomaba interés en esta gimnasia y seguía con profunda atención el velo del entendimiento discursivo.

Aparte de esta cultura teologofilosófica, los autos, para ser comprendidos por la multitud, exigían que ésta tuviese más que mediana noticia del Antiguo y Nuevo Testamento, de la historia profana, especialmente de la de España, y que tuviera asimismo agudeza y prontitud de ingenio grandes para romper en ocasiones el velo de tres o cuatro alegorías seguidas, sin perderse en los giros tortuosos y laberínticos de la analogía y de la metáfora. Son pocos los autos que se acercan a la unidad de plan propio de la dramática. Con mucha frecuencia se mezclan, no solamente figuras reales y seres abstractos sino personajes de muy distinta raza, de siglos muy lejanos entre sí, y de tan extraña y revesada significación, que es menester que ellos mismos se descubran y declaren quiénes son en larguísimas relaciones.

De todo esto resulta un conjunto no poco abigarrado y confuso, pero que no

carece de grandeza; y esta grandeza estriba principalmente en dos cosas. Ante todo, en la esplendidez arrogante y pompa lírica de muchos trozos. Calderón tenía grandes condiciones de poeta lírico, aunque directamente no cultivase este género. En ninguna parte se mostró tan poeta como en sus autos. Parece que reservaba las más ricas galas de su fantasía para derramarlas en loor del Santísimo Sacramento.

La segunda excelencia de los autos consiste en su simbolismo, amplio y potente, que ve el reflejo de Dios en todo lo creado, y ensalza por extraño modo el mundo real y el mundo de la idea, lo visible y lo increado, el Cielo y la Tierra, la Naturaleza y el espíritu, cuanto alienta y vive en la mente y en la Historia, para que todo venga a rendir tributo a los pies de Jesús Sacramentado y a dar testimonio de la bondad inagotable del Dios-Hombre, cuyo cuerpo y cuya sangre en presencia real adora la Tierra, multiplicados como fértil grano en aras infinitas. Ni es cosa rara hallar en los autos profunda doctrina sobre las relaciones de Dios con la naturaleza, del cuerpo con el espíritu, de los sentidos con las potencias del alma. Todo esto, a la verdad, de una manera incoherente, sacrificando muchísimas veces la forma a la idea abstracta y pura, y tal que no cabe en el arte; y otras veces, por el contrario, anegando la idea en un mar de insulsa y barroca palabrería. Por lo mismo que Calderón es muy lírico en sus autos, suele incurrir allí en los mayores desvaríos de la lírica culterana, si bien la vegetación parásita del estilo no le sirve, como a otros, para encubrir la vaguedad del pensamiento.

El admirable soneto que pronuncia David en La primera flor del Carmelo al ver por primera vez a Abigail; las octavas en versos agudos puestas en boca de la Muerte en el auto de La cena de Baltasar, tan henchidas de un poderoso aliento lírico; aquella rápida, concentrada y briosa enumeración de los grandes castigos y de las grandes justicias de la vieja ley; aquella feliz elección de epítetos magníficos y pintorescos, verbigracia, la caliente púrpura de Amón y las torpes hijas de Moab, muestran hasta qué punto era poeta lírico Calderón y cuánto le dañó la circunstancia de haber nacido después que El príncipe de la Luz (así llamaron a Góngora sus propios adversarios) se había convertido en ángel de las tinieblas.

¡Lástima que estos y otros felicísimos rasgos líricos de Calderón sufran injusto olvido por hallarse sepultados en la inmensa balumba de sus autos sacramentales, que apenas nadie lee! Tienen, es cierto, toda la frialdad inseparable del arte alegórico. Adolecen de la yerta monotonía que comunican siempre al arte las generalizaciones y las abstracciones. Este amor desordenado a los conceptos puramente intelectuales dependía del influjo preponderante que aún conservaba la filosofía escolástica, a pesar de los rudos golpes que le habían asestado primero los nominalistas y después nuestro Gómez Pereira, sosteniendo que no se habían de multiplicar los entes sin necesidad, y que la figura, verbigracia, no era distinta de la cosa figurada. Pero el nominalismo vegetaba oscuramente en pocas escuelas; sólo el realismo, más o menos templado, es el que predomina e influye en el arte, y en este concepto, desastrosamente.

¿Quién hará personajes dramáticos al Placer y al Pesar, al Amor propio y al Entendimiento agente?

Puede decirse que este género murió con Calderón. Sus amigos y sus discípulos Moreto, Bances, Candam y Zamora no trajeron ningún elemento

nuevo al drama sacramental. A duras penas acertaron a conservar los que Calderón había dejado. Algunos, como Moreto, quizá se acercaron en demasía al drama profano.

Además, el género cayó muy pronto, como no podía menos de caer, en monotonía extraordinaria. Por su índole misma, los argumentos se agotaron rápidamente, y ya a principios del siglo XVIII, en vez de componerse autos originales, sólo se representaban los de Calderón. Así llegaron los autos hasta el año 1763, fecha de la prohibición decretada por los ministros de Carlos III, si bien en ciudades retiradas y de corto vecindario continuaron algún tiempo más.

Madrid, 1887.

Junio

Hace cerca de dos años contraí el compromiso de hacer la pintura del mes de junio. Desde entonces hasta ahora nada se me ha ocurrido que decir, y mi mes de junio no sale. Torpeza y esterilidad mía deben de ser, no falta del asunto.

Si con atención lo considero, junio se me presenta como el más lindo y glorioso de los meses. Junio debiera reclamar contra abril y mayo, ponerles pleito, y probar que los poetas andan siempre poco acertados en mentar a abril cuando quieren simbolizar la Primavera o hablar de algo primaveral y bonito. ¿Por qué una muchacha, pongo por caso, ha de tener siempre de quince a veinte abril y nunca de quince a veinte junio? ¿Por qué no ha de ser más fresca y lozana que una rosa de junio y no que una rosa de mayo? Si acudimos a los botánicos y jardineros, tal vez convengan todos en que apenas hay país en este hemisferio boreal donde no se den mejores rosas, más fragantes, más esponjadas, más ricas y delicadas de color y en mayor abundancia en junio que en abril y que en mayo.

La verdad es que la llegada de la primavera es muy poética; pero ¿es menos poético su entronizamiento? En abril lucha aún la primavera para vencer el invierno; en mayo triunfa ya; pero en junio sigue ascendiendo, en toda la plenitud de su gloria, hasta que llega a la cumbre del poder y de la riqueza. Es cierto que el verano viene en pos de ella, casi pisando su aérea, y perfumada falda; mas no acude para vencerla y destruir su obra, sino para realizar sus esperanzas y cumplir sus promesas, convirtiendo en frutos las flores. Pomona abraza, en este mes, cariñosamente, a Flora, y ambas, en consorcio de emulación, nos prodigan sus bienes.

El almo sol avanza, entre tanto, por nuestro hemisferio, derramando sobre él sus rayos fecundos más de lleno y por más largas horas. Después parece como que se para en el cielo a fin de contemplar con reposo y deleite la tierra que alumbra, hermosea y fertiliza. Se diría que, casi a fin de junio, al llegar al punto extremo de la zona en que su curso oblicuo está trazado, anhela el sol salirse de ella para darnos más luz y vida. En este mes de junio son los días mayores; las noches son más breves, claras y serenas.

Y, sin embargo, el ardor del sol no molesta aún. Las moradas de los hombres no se han caldeado; los campos no se han agostado; todo está verde y todo florece. La espiga está granada, pero no seca. Entre las mieses,

altas, se destacan las amapolas y otras florecillas, esmaltando los campos de púrpura azul y oro. La fuerza estiva no ha amenguado el caudal de ríos, arroyos y fuentes. El polvo no ha empañado la esmeralda de las hierbas y del follaje de los árboles que las últimas lluvias lavaron. En los torcidos sarmientos desenvuelve sus pámpanos la vid. En torno del tronco, los álamos alfombran el suelo de menudas flores, para revestirse, en cambio, de pomposas hojas, que forman sombra grata. Las golondrinas, las codornices y otras muchas aves inmigran a bandadas desde regiones más cálidas. Hasta las más rezagadas se muestran ya, atraídas por el festín de fruta madura y de cuajada semilla y de multiformes insectos que Naturaleza prepara. El ruiseñor, la alondra y otros pájaros trinan y gorjean; los grillos y las cigarras arman alegre ruido; graznan las ranas, y las abejas zumban, orgullosas del ya bien construido panal, en cuyos cálices de cera la miel rebosa.

En junio, el calor, que no abrume, ni aridece, ni debilita aún, muestra toda su creadora pujanza, despierta los gérmenes dormidos, abre los senos para que brote la vida y hace que crezca y cunda todo cuanto es capaz de animarse y aún bulle latente en las entrañas de la tierra.

El mes de junio es en sí como otro mes cualquiera: Período de treinta días; la duodécima parte del año, concierta inexactitud; pero si yo me pusiera a referir sucesos de junio, sería ya cuento de nunca acabar. Por lo menos, ha sucedido, sucede y sucederá en junio la duodécima parte de todos los sucesos habidos y por haber. Y si atendemos, además, a que el cuerpo y la mente del hombre no están en dicho mes ateridos por el frío, ni postrados por los excesivos calores, ni tienen que emplearse tanto en cosas materiales, porque entonces la Naturaleza es más benigna y pródiga, reconoceremos que, por tan buena sazón, estamos más listos y dispuestos para pensar, hablar, escribir, deliberar y ejecutar cosas importantes y trascendentes. De suerte que, a priori, sin revolver libretos para buscar efemérides, bien puede afirmarse que el mes de junio es el más atiborrado de hazañas, discursos, obras maestras y primores de todo linaje.

Y más lo sería aún si, al mismo tiempo, no fuese el mes de junio el más divertido de los meses.

Las regocijadas verbenas y las veladas deleitosas se siguen, sin tregua ni vagar, en este mes: la de San Juan, precursor de Cristo; la de San Pedro, que abre las puertas del Cielo, y la de San Antonio de Padua, santo amoroso y cándido, santo que, como consta de su historia, infunde tiernos y devotos afectos hasta en el corazón de las mulas resabiadas, y santo a quien pintan bonito y joven, con el Niño-Dios, que le sonrío, y que está entre sus brazos o viene a posarse sobre el libro de sus rezos y a no dejarle leer en él.

Nadie sabe hasta hoy, ni tal vez se sepa jamás a punto fijo, a qué hora y en qué día empezó a rodar el planeta que habitamos con la inclinación y dirección que hoy lleva. Yo tengo, sin embargo, mis razones para creer que fue en junio. No quiero dar aquí estas razones, porque son tan sabias y tan matemáticas, que casi nadie me las entendería, y en libros de mero entretenimiento, como debe ser éste, no es cosa de encajar enigmas profundos. Por otra parte, me retrae también el recelo de que los maliciosos, prevaliéndose de la corta o ninguna reputación que tengo o de geómetra y de astrónomo, me acusase de que yo no entendía mis razones

tampoco. Básteme, pues, consignar aquí, reservándome las pruebas para mejor ocasión, mi creencia de que empezó en junio el período telúrico en que ahora vivimos. En junio llega la tierra a todo su auge y pompa, en flores y frutos. Luego en junio empezó también la revolución anual, cuyo término tiene tan brillante resultado.

Nótese cómo, por instinto, sin haber discurrido tan reflexivamente como yo, sin calentarse la cabeza, ni rascarse la frente, ni morderse las uñas, la generalidad de los hombres me da en esto la razón de modo implícito. Los que se mudan de vivienda se mudan en junio; los que estudian algo, en junio se examinan y dan el estudio por terminado, a no quedarse vergonzosamente para el cursillo, y así el Estado como los particulares echan en junio las cuentas de lo que ganan y de lo que gastan, de lo que producen y de lo que consumen.

Junio es, pues, la meta y el punto de partida, el alfa y el omega del año académico y del año económico. Todo afán de intereses materiales, todo movimiento del espíritu en su vida intelectual, toda prosa y toda poesía, en junio empiezan y en junio acaban.

Se diría que cuanto hay en los seres de prurito, de anhelo, de aspiración, de propósito, logrado en parte en el mes de junio, se aquieta satisfecho por breves instantes y renace con nuevos bríos y mayores ímpetus para proseguir el movimiento, el bullicio y la incesante agitación de la vida. De aquí, sin duda, el afán de moverse, de peregrinar, de amar, de pelear y hasta de rabiar y de cantar que se apodera como nunca de todo ser en el mes de junio.

Mis vecinas elegantes se desatan con furor a cantar en junio, ya música de Verdi, ya de Rossini, ya de Wagner; sus criadas entonan tangos, peteneras y seguidillas.

Los mejores conciertos se dan en junio. En junio son en España las más bravas corridas de toros y las más lucidas y sangrientas riñas de gallos. Como en junio empieza a hervir la sangre humana con los nuevos calores, en junio es cuando hay más pendencias en tabernas, plazuelas y garitos; más duelos y lances entre caballeros, y también más suicidios y más asesinatos; pero, en fin, algún inconveniente han de traer consigo esta exuberancia de savia y este nuevo arranque inicial de la vida humana después de un momento de satisfacción y reposo. Al doblar la meta para hacer nuevo giro en el circo olímpico, era cuando solían volcarse los carros y salir rodando y aun descalabrados los aurigas menos ágiles y más audaces.

No hubo ni hay religión que no ponga en junio sus más risueñas fiestas. Y, sin engolfarnos en eruditas reconditeces, bien podemos afirmar que en el mes de junio, que corresponde al mes Sciroforión de los griegos, celebraban éstos la fiesta y procesión más simbólica y gloriosa, ya que en ella se representaba en aquel pueblo ilustre, maestro de Europa y fundamento de su civilización predominante en el mundo, el simultáneo nacimiento de las artes de la paz y de la guerra, cifradas en la oliva, que salió con fruto y flor de la tierra, cuando Minerva la hirió con su lanza, y en el caballo fogoso, que surgió también al golpe del tridente de Neptuno.

Nosotros, los buenos católicos, solemos también tener en junio la procesión que llaman de Minerva, y no sé si en ello hay aún alguna vaga

reminiscencia de la citada fábula clásica.

Pero, prescindiendo de tales conjeturas, en junio cae casi siempre la fiesta más grande de la Cristiandad: la que celebra la comunión santísima entre Dios y el hombre; el misterio de la Eucaristía, con cuya ocasión y propósito desplegaron su ingenio nuestros más egregios poetas en autos sacramentales.

En junio, además, solemnizamos a San Pablo, que extiende buena nueva y la ley de gracia por cuantas son las gentes, tribus y naciones del mundo, desechando el estrecho exclusivismo de los judíos; a San Pedro, que funda la unidad católica, constituye el principado o monarquía de la Iglesia y es el primero de los pontífices-reyes, Melquisedec del Testamento nuevo, David de la renacida Jerusalén y Vicario de Cristo, y a San Juan, en cuya alabanza el mismo Dios, hecho Hombre, dijo que era el más grande de cuantos de mujer han nacido.

Prolijo y cansado sería si me empeñase yo en relatar, sin que nada se me quedase en el tintero, todas las excelencias, sublimidades y recuerdos que junio trae consigo. Hago, pues, en el panegírico, punto redondo.

Justo será ahora, a fin de que no me tilde nadie de apasionado y de parcial, que diga yo algo también de los inconvenientes y disgustos que este mes suscita; inconvenientes y disgustos que nacen de la propia grandeza, fecundidad y viciosa lozanía de dicho mes, porque no es entre escuetos peñones y estéril arena, sino en los terrenos de mucho jugo y enjundia, donde a par de trigo, brota la cizaña, y donde entre hinojos, mejorana y mastranzos crece la mortífera cicuta, y donde entre hierbas del regaladísimo olor tal vez se esconden y acechan la víbora, el alacrán y la tarántula. Todos los cuales bichos y ponzoñas ocurren a mi fantasía, y aún me parecen poco cuando pienso en el furor de viajar, y la manía de trashumar y veranear, que acomete y domina en junio a todo ser humano, y en especialidad a las mujeres. La moda lo exige. Es desentono y oprobio no someterse a esta exigencia. De aquí, angustias, apuros y acaso desesperación para los maridos pobres. Se propala que el calor no se puede sufrir en las ciudades populosas, y que es menester ir al campo a respirar aires frescos y puros. Hambre y sed de idilios se apoderan hasta de los corazones femeninos menos poéticos. Si la mujer es moza, sueña con Dafnis y Cloe; si es vieja, con Filemón y Baucis. «Los niños -dice la mujer a su marido- sudan y se ponen canijos si no van a una quinta.» Y el papá, que no tiene quinta, suda más que los niños, y tal vez se encanija mil veces más, pensando, cavilando y calculando cómo alquilará la quinta, que importa llamar, para que sea *comme il faut*, chalet, château, villa o cottage, y conviene que esté fuera de España. En España, según afirman cuantos están en los trotes y conocen la liturgia del buen tono, rústico urbano, apenas hay aún campo de alquiler civilizado, fresco y, con perdón, sea dicho, sin pulgas ni chinches.

A veces, en toda familia semielegante, o dígase con comezón de elegancia y pujos de high-life, se agravan en junio los padecimientos crónicos de una o dos de las personas que la componen. Se consulta al médico, y éste, so pena de pasar por ignorante y bárbaro matasanos, tiene que recetar, y receta, baños, ya de mar, ya sulfurosos, ya de otras aguas minerales. Es indispensable, por tanto, es ineludible ir a Vichy, a Spa, a Biarritz, a Baden-Baden, o transponer más lejos.

Los reporteros y cronistas de la aristocracia, los Asmodeos, Montecristos, Mascarillas y otros van tomando nota de todo, levantan acta y hacen más comprometida la situación: anuncian, por ejemplo, que la condesa de Casa de León va a ciertos baños de Alemania, y que la marquesa de Casa de Vacas va a otros baños de Francia o de Suiza, y ya es fuerza, es de rigor, la ida, porque, de lo contrario, las malas lenguas serán capaces de decir que no fueron porque la guita no alcanzaba: permitaseme la expresión figurada, a pesar de lo familiar y grotesca.

No se ha de negar que, a más de la moda, se dan impulsos terapéuticos que empujan fuera de Madrid, en verano, a no pocas personas. Esta máquina de nuestro cuerpo es complicadísima, y lo que califico yo de milagro es que dure tanto sin descomponerse con el uso, con el abuso y con el continuo traqueteo. En verano importa salir a recomponer algo la máquina, a carenar la nave, que, engolfada durante el invierno en los mares de la política, de los negocios rentísticos o de los galanteos, anda muy averiada. Tal vez requiere botanas la vieja corambre; tal vez una badana, inerte y floja, clama porque la soben y hasta la zurren para que recobre vitalidad, flexibilidad y energía. Esto alcanza hoy mucho crédito. En francés se llama *massage*, y para ser *massageado* como conviene, es menester ir a Amsterdam, donde vive y funciona el *massageador* más notable que ha habido y que hay en el mundo. Otros archimagos de la salud, sabios especialistas, doctores garridos extranjeros y, por consiguiente, de más crédito para la gente fina, viven en el centro de Europa, tienen su farmacia, no en la calle de la Luna, número seis, sino en Bonn, en París, en Heidelberg o en Londres, y nos atraen para ir a consultarlos. Uno cura las oftalmías; otro, las neurosis; otro, las anemias; éste te hace engordar, si estás flaco; aquél, enflaquecer, si estás gordo.

Para esto de enflaquecer es para lo que muchas señoras españolas se van en verano de viaje y acuden a Marienbad. Aquellas aguas son prodigiosas para corregir tan feos pleonasmos o redundancias carnales o grasientas, que desfiguran con frecuencia la femenina belleza castiza y la juvenil esbeltez. Y cuenta que las peregrinaciones a Marienbad no admiten demora ni se pueden dejar para otro baño. La piel, que se va estirando y rellenando con una riqueza y desbordamiento de formas a las cuales apenas hay corsé que baste a poner dique, malecón, valladar, esclusa o reparo; la piel, repito, acaba por perder su elasticidad si se la afloja tarde, y entonces la dama enflaquecida, en vez de alegrarse, deplora sus carnes malogradas o sus evaporadas mantecas cuando advierte que no se encoge el pellejo, sino que cuelga en arrugas, pabellones, pliegues y faralaes, con menoscabo y lastimoso detrimento de la corrección de las líneas, de la pureza del dibujo y de la firmeza escultural o plástica.

Debo advertir, además, que no es sólo el conato iátrico (séame lícito valerme de palabras doctas) el que agujijonea a las damas para que en verano viajen; hay también otros conatos que debemos apellidar cosméticos e indumentarios. No reza esto con las que se resignan a no salir de España, o a salir sólo para alguna playa portuguesa, en Setúbal o en Cascaes, ya cerca de Oporto, ya en el delicioso valle del Lima, ya en la desembocadura del saudoso Mondego, que celebró Camoens y que ha poetizado la que reinó después de la muerte. Por allá van señoras de provincia, salmantinas y extremeñas, que no piensan en exóticos perfiles ni los

ambicionan ni pretenden. Pero las damas de Madrid, y sobre todo las más entonadas y ricas, cuando en verano salvan los Pirineos, no piensan sólo en que van a curarse y a acicalar sus naturales encantos y las armas que les dio Amor para avasallar corazones, sino que sobre estas armas propias van a traer, cuando vuelvan, toda una panoplia de artificiales e ingeniosas armas que en el gran arsenal erótico de París se fraguan, cincelan y pulen. De allí traerán sombrerillos, quitasoles, abanicos y trajes, matutinos y vespertinos, en que Worth verterá a raudales sus estéticos ensueños, los cuales tomarán cuerpo y se harán visibles y palpables en crujientes y ricas sedas de Lyon, en lazos y moños, en encajes, randas y bordados. Ni faltará algunas de las más refinadas de nuestras lionnes que se extiende hasta Alemania o Rusia para traer de allí martas cebelinas, o zorras azules, o armiños con que abrigarse en invierno, o que vaya a Bruselas sólo para visitar a la Vautrigant y comprarle ropa blanca interior, ligas incomparables y aquellas sus maravillosas medias caladas, sin rivales en este globo terráqueo y dignas de ceñir, no diré de encubrir, las bien torneadas piernas de Diana cazadora y aun de la propia Venus. Allí, en aquella tienda, hallará la dama perita los más sibaríticos refinamientos en cuanto toca y atañe a la toilette esotérica y reservada: estolas, para no llamarlas camisas, de una batista o de un foulard tan sutil que caben, apretadas, en la cáscara de una nuez mediana, y con cintitas tan primorosas que bien pudiera Eros, si llegase a instituir alguna insigne orden, hacer con ellas rosetas y lacitos para los ojales de sus caballeros y comendadores.

No es de maravillar que con tanto aliciente deseen las damas salir todos los veranos a tierra extranjera, y como sobre esto se discute, y como por esto se pugna en el mes de junio, hogar doméstico hay que se convierte en verdadero campo de Agramante. Por lo general, el marido se rinde, y, si no tiene recursos, los busca, y levanta un empréstito para la expedición y aun para la indemnización de guerra, porque a menudo la señora resulta enojada por la ruda resistencia que se le ha opuesto, y es necesario desenojarla.

Sabido es que el hombre es animal de amor perenne. No es como los irracionales, que tienen su estación de amor. El hombre ama de continuo. Sólo he leído yo de algunos salvajes de la Oceanía, del África Central y de América que tienen en el año una estación en que aman, y en lo restante del año no piensan más que en comer. Pero estos salvajes, ni se visten con Worth, ni se ponen medias, ni se perfuman, ni asean, y, además, son casi siempre antropófagos. Cuando no aman a sus mujeres suele ser porque tienen ganas de comérselas. Así lo da a entender, entre otros, el historiador Pedro de Cieza en la Crónica del Perú, donde saca a cierto príncipe indio, Nabonuco, que se comía a sus mujeres, de lo cual no se espanta el historiador, porque como aquellos indios, dice, no tenían fe ni conocían al demonio, que tales pecados les hacía hacer, no caían en cuán malos y perversos eran; pero como nosotros somos cultos y conocemos al demonio, amamos siempre a las mujeres, y en vez de comérselas, dejamos por mucho amor que, en todo caso, sean ellas las que nos coman y devoren.

Y este amor, según queda dicho, es perenne en el hombre civilizado, si bien no se debe negar que en el mes de junio es cuando más amamos. El ejemplo es contagioso, y todo ama en junio. Como hay epizootia de amor,

natural es que haya también epidemia. Muchos seres vivos, que sólo se emplearon antes en crecer y engordar, hasta se transforman en junio, y de larvas se convierten en mariposas y en libélulas, y salen con espléndidas vestiduras y con esmaltadas y brillantes alas, y sólo para amar viven. Amémonos, pues, en el mes de junio más que de costumbre y más que de ordinario.

¡Con cuánta razón han dicho egregios poetas y agudísimos filósofos que son hermanos el Amor y la Muerte! El hombre y la mujer, muy enamorados tal vez, desean fundirse en el seno de la creación, perderse en el todo, dar por amor la vida. Por esto, sin duda, los viejos egoístas y cobardes suelen morir en otoño o en invierno, y los jóvenes amantes y valerosos, en junio, cuando todo convida a amar, cuando Amor impera. La muerte de ellos es efusión de amor que aflige a sus padres, y que tal vez para ellos es bienaventuranza infinita. Tal vez es dichoso el joven que muere en junio, cuando Naturaleza toda se viste de gala y luce su hermosura y le llama a sí para que con ella se abraze y en su seno se confunda, mientras que vuela el espíritu hacia el foco de la luz increada; pero es indudable que es infeliz el viejo que ve morir de esta suerte al hijo en la flor de su mocedad y no hay alambicadas filosofías que le consuelen, ni apenas hay religión que ponga bálsamo en la herida que lleva en el alma.

Por lo demás, cuando lo recapacito bien, me inclino a creer que casi no hay persona, ni vieja ni joven, por infeliz que sea, que quiera de verdad morir ni en el mes de junio ni en ningún otro mes del año. Y lejos de censurarlo, encuentro que esto es lo sano, lo honrado y lo virtuoso. La mayor perfección moral está, sin duda, en no tener ni deseo ni miedo de la muerte; en vivir alegre procurando que sea hermosa y útil la vida; en morir noblemente resignado, procurando que la muerte sea ejemplar; y en tener, en vida y en el momento de la muerte, santa esperanza en Dios y plena confianza en la propia conciencia, para dar por seguro que en lo que no nos condenamos o nos absolvemos, nos ha de absolver y no nos ha de condenar el que vale infinitamente más que nosotros.

Como mi artículo sobre junio acaba tan místicamente, no estará de más terminar diciendo: «Amén.»

Madrid, 1888.

Concepto progresivo del Nuevo Mundo

Si prescindimos de lo sobrenatural y religioso, no hay en la Historia hecho de mayor importancia que el descubrimiento de América. Pocos parecen, pues, todos los esplendores, pompas magníficas, erección de monumento y publicación de libros en verso y prosa para conmemorar este hecho y ensalzar al gran navegante. Pero conviene advertir que tanta gloria nace principalmente de la idea cabal, del claro concepto que hoy tenemos del Nuevo Mundo; concepto que ha tardado siglos en formarse, y que durante la vida de Colón, y aun después, en todo el primer tercio del siglo XVI, o no había nacido, o aparecía ora en confuso bosquejo, ora equivocado, no sólo en los entendimientos vulgares, sino en la mente de los doctos.

El americano Juan Fiske, en la obra que publicó hace poco sobre el descubrimiento de América, expone con tal claridad el lento desarrollo de ese concepto, que consideramos utilísimo extractar aquí algo de lo que dice. Quien nos lea, si acertamos a extractarlo bien, no proyectará anacrónicamente, sus conocimientos del día sobre el pensar de los hombres que vivieron a fines del siglo XV y en el primer tercio del siglo XVI, y tasará en su justo valor el aprecio que ellos hicieron entonces de Colón, muy inferior por fuerza al que de él hacemos ahora.

Colón, presupuesta la redondez de la Tierra, intentó, navegando hacia Occidente, llegar al extremo oriental del Asia, y esto fue lo que él creyó y esto lo que creyeron sus contemporáneos que había conseguido. La noción distinta de haber descubierto un continente grandísimo, separado de Asia por otro Océano mayor que el Atlántico, no entró en el cerebro del glorioso genovés, ni entró tampoco en los cerebros de los geógrafos de Europa hasta después que Balboa, Magallanes y Elcano dieron cima a sus empresas y fueron éstas divulgadas y comprendidas.

De los primeros viajes de Colón sólo se dedujo que, yendo el almirante hacia el Oeste, había llegado cerca de la China; pero aun así, fueron extraordinarios el asombro y la emulación que su hazaña inspiró a los entendidos.

En 1496, los pilotos venecianos Juan Cabot y sus hijos, ansiosos de seguir las huellas de Colón y de competir con él, se pusieron al servicio del rey de Inglaterra, Enrique VII; y en 1497, a lo que parece con un solo barco, llegaron a las costas de la América del Norte, que pensaron ser territorio del gran Kan de Tartaria. En 1498 hicieron los Cabotos nueva expedición, en seis barcos de Bristol, y exploraron larga extensión de costas americanas, pero sin sospechar que fueran de otro continente que el asiático. En España se tuvo al punto completa noticia de todo ello por nuestro embajador en Londres, y ya en el mapa de Juan de la Cosa se ven delineadas y marcadas las tierras descubiertas por los ingleses y señaladas con la bandera de ellos.

El egregio poeta italiano Leopardi dice que, descubierto el mundo, no crece, sino se disminuye, lo cual es evidente para el alma afectiva; para la imaginación y el sentimiento que no reflexionan. Lo indeterminado, lo vago, lo incógnito, tiene visos y apariencias de infinito o al menos de inmenso para las mencionadas facultades del alma, que puede llenarlo y lo llenan de quimeras, monstruos y maravillas; pero, mirado sólo el concepto racional de las cosas, el planeta en que vivimos ha venido a ser doble mayor después de descubierto que antes.

Así como la fantasía peca a menudo de audaz, la razón suele pecar de tímida, pensando y prevaleciendo sobre ella lo que se llama sentido vulgar o común e invalidando sus más hábiles discursos y sutiles atisbos. A pesar de los versos de Séneca, tantas veces citados, y a pesar de un pasaje menos conocido de Estrabón, donde se afirma casi que hay otro mundo habitado en este planeta, los hombres, aun después de descubrir ese otro mundo, aportar a él y poner en él la planta, estuvieron años sin caer en la cuenta de lo que era: de que era un Mundo nuevo para ellos. El raciocinio y la conjetura de Estrabón se admiran hoy como la más extraordinaria anticipación de la verdad moderna que hay en todos los antiguos libros griegos y latinos; pero entonces, aunque comprobada ya la

verdad por la experiencia y por el testimonio de los sentidos, o no se dio crédito a dicha conjetura, o no se pensó en ella. Aseguraba Estrabón que la total longitud del mundo habitado venía a ser sólo, aproximadamente, la tercera parte de la circunferencia de la Tierra en la zona templada, y que, por tanto, era probable que en los otros dos tercios hubiese otros u otros mundos, de los cuales, y de las castas de hombres que los poblaban, ni podía él ni le incumbía dar noticia.

Sin hacer, pues, caso de Estrabón, se creyó que las costas del continente descubiertas y visitadas por los Cabotos eran parte del Asia, o porque los hombres se figuraban más extensa esta parte del mundo, o porque se figuraban más pequeño al globo terráqueo o por ambas infundadas razones. Como quiera que fuese, el rey don Manuel de Portugal, al ver el buen éxito de Colón y de los Cabotos, sintió también el estímulo de descubrir tierras, navegando hacia el ocaso, y en los años 1500 y 1502 envió a los hermanos Gaspar y Miguel Corterreal, los cuales hicieron varios viajes. Gaspar se perdió y no reapareció nunca. Miguel volvió del tercer viaje, que hizo solo, en busca de su hermano, después de visitar a Terranova y llegar hasta Groenlandia, de donde trajo osos blancos y hombres silvestres. Alberto Cantino, agente en Lisboa del duque de Ferrara, Hércules de Este envió entonces a dicho príncipe una relación de los nuevos descubrimientos y un primoroso mapa, que los representaba, y que aún se conserva en Módena, en la Biblioteca Estense. En él se ve delineada con claridad la Groenlandia, y harto cerca de Europa, al fin, sin duda, de que caiga hacia el Oriente del meridiano de Alejandro VI, y que pueda ser de los portugueses la tierra descubierta por los Corterreales. Esta tierra hubo de llamarse pronto de Bacalaos, porque desde 1504 acudían allí a la pesca normandos, bretones, portugueses y vascos. Todo esto parecía ya, y era, relativamente fácil, después del triunfo científico de primer orden alcanzado por Cristóbal Colón; después que, sin ir costeando, se atrevió a surcar y surcó el Mar Tenebroso; y después que, según dice Fiske, adoptando la anécdota tradicional, el genovés puso el huevo de punta. Sin embargo, las exploraciones hacia el Norte no podían ni remotamente formar el concepto de lo que hoy entendemos por América. La generalidad de los hombres de entonces se representaba lo recién descubierto de esta suerte: Groenlandia, como la región más boreal; al Sur, Terranova o Tierra de los Bacalaos; más allá, el país de Gog y de Magog, separado de Terranova por vastas soledades; y al Sur de estas soledades vastas, el Catay, el Tibet y la India.

Colón, a pesar de sus atrevidas y prodigiosas navegaciones, y sus imitadores los Cabotos y los Corterreales, no habían, pues, según la opinión general, descubierto un Nuevo Mundo; sólo habían logrado llegar al antiguo por el lado más desconocido y remoto. La idea del Nuevo Mundo empezó a concebirse más tarde, y se puso, no en el hemisferio occidental, sino en el austral, en su mayor parte al sur del Ecuador y dilatándose mucho más allá del trópico de Capricornio.

Un caso fortuito vino a dar los indicios, a cuya luz apareció la idea de este primer imaginado Nuevo Mundo. Pedro Álvarez Cabral zarpó de Lisboa el 9 de marzo de 1500, al frente de una flota de trece naves, con dirección a la India, para continuar la obra de Gama. Recios vientos contrarios impulsaron las naves, y Cabral arribó a la costa del Brasil. En el mes de

mayo de aquel año tomó posesión de la tierra descubierta, en Porto Seguro (16 grados 30 minutos al sur), y volvió a navegar para la India, no sin enviar antes a Lisboa a Gaspar de Lemos, en una de sus naves, a que diese cuenta de su casual descubrimiento.

Lo que descubrió Cabral hubo de llamarse Tierra de los Papagayos o Tierra de Santa Cruz, si bien puede afirmarse que no la descubrió Cabral, ya que poco antes, Vicente Yáñez Pinzón, en compañía de Ojeda y de Juan de la Cosa, había arribado a las costas brasílicas. En 1493 llegó Pinzón hasta cerca de Pernambuco, 8 grados al sur del Ecuador.

Retrocediendo luego hacia el Norte, cruzó la Línea y se maravilló de hallar casi potable el agua del mar. Era la desembocadura del Amazonas, el mayor río del mundo, que tiene cuarenta leguas de ancho al volcarse en el océano. Pinzón volvió a España en septiembre de 1500.

A poco, Diego de Lepe estuvo también en el Brasil, con dos carabelas; dobló el cabo de San Roque y reconoció la costa hasta los 10 grados de latitud Sur.

Los descubrimientos de Cabral, Pinzón y Lepe estimularon al rey de Portugal. Don Manuel el Dichoso envió una expedición a reconocer aquellas costas, al mando de Américo Vespucio, que se había puesto a su servicio después de haber estado al Este de España.

En este viaje, avanzando Américo hacia el Sur, descubrió el 1 de noviembre de 1501 una gran bahía, que llamó Bahía de Todos los Santos. Avanzó más, y el día de Año Nuevo de 1502 entró en otra bahía mayor aún, que llamó Río de Janeiro, donde se fundó más tarde la hermosa capital del Imperio brasileño, hoy República. Y, por última, siguiendo siempre hacia el Sur, llegó Américo hasta el cabo de Santa María.

Desde allí, no se comprende bien por qué razón, tal vez por encontrarse al Oeste del Meridiano de Alejandro VI, y por consiguiente en tierra, que no había de pertenecer a Portugal, sino a Castilla, Américo navegó con rumbo al Sudeste y aportó a la isla de Su-Georgia, a los 54 grados de latitud austral. Entonces retrocedió para Lisboa, adonde, deteniéndose en Sierra Leona y en las Azores, llegó el 7 de septiembre de 1502.

En toda Europa no pudo menos de darse gran valer a este viaje de Américo. Había descrito, navegando, un arco de 93 grados, más de la cuarta parte de la circunferencia de nuestro globo. Había perdido de vista, no sólo la Estrella Polar, sino también la Osa Mayor, el Cisne y otras constelaciones que se ven en Lisboa. Y no pudiendo creer que aquella costa de extensión continental pudiera ser parte de Asia, concibió la idea de que era un nuevo mundo, desconocido de los antiguos, a no ser que fuese la Tierra incógnita de Ptolomeo o los antichtones de Mela. Derecho tenía, pues, Américo a llamar a esas tierras Nuevo Mundo. Al usar de dicha expresión no pensó en La Florida, que él había visitado en su primer viaje, ni en las islas de la India, que Colón había descubierto, ni en la costa de las Perlas, que el Almirante y él después habían explorado. Américo, en su carta a Lorenzo de Médicis, para justificar el nombre de Nuevo Mundo que da a lo que acaba de descubrir, dice de esta suerte:

«Días pasados te escribí con bastante extensión de mi vuelta a aquellas regiones, que en barcos, a expensas y por orden del serenísimo rey de Portugal, he buscado y explorado. Las cuales es lícito que sean llamadas Nuevo Mundo, ya que los antiguos no tuvieron conocimiento de ellas y a

todo el que oye hablar de este asunto le parece nuevo. Porque va más allá de las ideas de los antiguos, la mayor parte de los cuales dijo que al Sur de la Equinoccial no había continente, sino sólo el mar Atlántico, y si alguien afirmó que hubiera continente, negó con muchas razones que fuera tierra habitable. Pero que la opinión de ellos es falsa y aun contraria de todo punto a la verdad, esta última navegación mía ha venido a declararlo, ya que en aquellas partes meridionales he hallado un continente habitado de más diversos pueblos y animales que nuestra Europa y que Asia y África, y asimismo de aire más templado y ameno que toda otra región por nosotros conocida...»

La carta de Américo, no exenta de jactancia, aunque harto excusable, fue traducida al latín, publicada en 1504 con el título de *Mundus novus*, y admirada y celebrada por todos los sabios de Europa. Fue el traductor Juan Giocondo de Verona, eminente matemático, primer editor de Vitrubio; tan famoso y acreditado arquitecto que se le confió la edificación de San Pedro en Roma, entre Bramante y Miguel Ángel, Giocondo vivía entonces en París, empleado en construir el puente de Nuestra Señora, que aún subsiste. De los millares de personas que pasan de diario por dicho puente, ¿quién pensará en asociarlo con el nombre de Américo? Y, sin embargo, bien se puede afirmar que a su constructor se debe que América se llame así. Apenas se publicó el *Mundus novus*, opúsculo de cuatro páginas, su éxito fue prodigioso. En 1504 se hicieron once ediciones latinas. En 1506, ocho de la traducción alemana.

Si al sabio Giocondo hubieran preguntado entonces qué pensaba de Colón y de Vespucio, ambos a la sazón otra vez en América, Giocondo sin duda hubiera contestado que Colón, navegando hacia Occidente, había llegado a la costa oriental de Asia, y que Vespucio había descubierto un nuevo mundo habitado, que se extendía por la zona templada del hemisferio austral. No se le hubiera ocurrido que la gloria del segundo navegante compitiera con la del primero ni propendiese a desacreditarla. El mismo Colón no pensó o no pudo pensar que Américo compitiera con él, porque acaso no pensó en toda su vida que él había descubierto un Nuevo Mundo, según ahora lo entendemos.

El famoso dístico

Por Castilla y por León,
nuevo mundo halló Colón,

o bien con variantes:

A Castilla y a León,
nuevo mundo dio Colón,

hubo de componerse mucho después de la muerte del Almirante, cuando la gente acabó de enterarse de que Colón había, en efecto, descubierto un Nuevo Mundo.

A lo que parece, no hay prueba histórica de que los Reyes Católicos diesen a Colón dicho dístico, obra piadosa probablemente del amor filial. Fiske

sostiene que ni Pedro Mártir, ni Las Casas, ni el Cura de Los Palacios, hablan de semejante lema, y que los primeros que lo traen son Oviedo y don Fernando Colón, en 1535 y 1537, cuando ya se sabía de fijo que Colón había descubierto un verdadero Nuevo Mundo, un inmenso continente que se extiende entre el Atlántico y el Pacífico, desde Groenlandia hasta más allá del estrecho de Magallanes.

Colón murió sin saber esto, en Valladolid, en 1506.

Américo, entre tanto, entendiéndolo a su manera, había dicho, desde 1503, que él había descubierto un Nuevo Mundo. Así llamó a las regiones exploradas por él en su tercer viaje *quasque Novum Mundum appellare licet*. Con estas ideas y con el folletito *Mundus novus* se vino a creer que la Tierra de Santa Cruz era una grandísima isla al Sudeste de Asia, algo parecido a Australia, tal como ahora se muestra en los mapas. Así es como en el del mundo, que dio Juan Ruysch en la edición de Ptolomeo, publicada en Roma en 1508, aparece dicha Tierra de Santa Cruz, si bien indeterminados aún sus límites por el Sur y el Oeste. Entre tanto, las islas descubiertas por Colón se ven más hacia el Noroeste, no muy lejos ya de las costas del Asia. Allí se ven también aquellas regiones descritas por Marco Polo y por otros viajeros de la Edad Media, adonde Colón ansiaba llegar en su cuarto viaje. Allí el Catay, el Tibet y Mangui; las ciudades de Quinsay y de Zaitún; y más hacia el Sur, Java, Caudín, Ceilán, la península de Malaca, y luego las islas de las especias y los codiciados países del Indostán, adonde Gama había llegado ya por opuesto camino. Si este viaje de Gama había sido promovido en cierto modo por la emulación que infundieron los primeros viajes de Colón en los portugueses, los cuales quisieron aportar, como aportaron, antes que nosotros a la India, el cuarto viaje de Colón fue a su vez promovido por el de Gama. Con Gama fue la competencia de Colón, y no con Américo Vespucio.

El llamado globo de Lenox, de autor desconocido, pero que se supone construido en 1510 ó 1511, expresa el mismo o parecido concepto que el mapa de Juan Ruysch, salvo que las islas descubiertas por Colón están en él más lejos de Asia, interponiéndose mayor espacio de mar y el Japón o Cipango, isla que aparece al norte del Nuevo Mundo. Entre éste, que se dilata hacia el Sur, casi hasta el círculo polar, y la dicha isla de Cipango, no lejos del trópico de Cáncer, figura un estrecho, tal vez el que Colón buscaba en su cuarto viaje, si es que buscaba alguno y si no era el que hay entre Sumatra y Malaca.

Como mi intento es dar sólo aquí una somera noticia del progresivo concepto que se fue formando del Nuevo Mundo, extractando lo que trae sobre este punto el libro de Juan Fiske, dejo de tratar de la defensa que hace de Américo, sosteniendo que éste no quiso robar a Colón su gloria ni hacer creer por medio de una falsía que antes de Colón había visitado la costa de Paria. El error consistió, a lo que parece, en que el traductor al latín de la carta de Américo a Soderini escribió Paria en vez de Lariab, que fue el punto que visitó Vespucio en su primer viaje con Vicente Yáñez Pinzón y Solís. Varnhagen y Fiske calculan que Lariab estaba cerca de Tampico. Ambos describen dicho viaje, de cuya realidad tiran a probar que se dudó de él sin fundamento, o que se le ha asignado fecha de seis u ocho años más antigua. Dicen que llegaron desde Canarias al cabo Gracia de Dios; desde allí navegaron más de ochocientas leguas, costeando

siempre por el golfo de Honduras, el Yucatán, golfo de Méjico, dando luego la vuelta a La Florida y subiendo hacia el Norte hasta la bahía de Chesapeake, desde donde fueron a las Bermudas y desde allí a España. Si todo eso fuese exacto, resultaría que Solís y Pinzón, y el mismo Vesputio, si bien como pasajero y curioso y no mandando nave alguna, visitaran antes de Colón, y en muchísima más extensión, las costas del continente americano. Este primer viaje de Vesputio fue desde 10 de mayo de 1497 a 15 de octubre de 1498, y el tercero de Colón, en que tocó en Trinidad, visitó el golfo de Paria y llegó hasta Cobagua, fue desde 30 de mayo de 1498 a 25 de noviembre de 1500.

Advierto de nuevo, para completo descargo de mi conciencia, que yo sólo trato del concepto que los sabios, y, como decimos ahora, el público ilustrato de Europa, iban formando del Nuevo Mundo. Acerca de la falsedad o verdad de los hechos por donde este concepto se creaba, se transformaba y crecía, no hago más que extractar a Fiske. El impugnarlo o aprobarlo quede para plumas más hábiles y para sujetos de suficiente erudición o de diligencia en buscar datos.

A mí no me toca dilucidar si el tercer viaje de Américo, hecho por orden y a expensas del rey de Portugal, fue o no, en todo o en parte, un audaz y portentoso tejido de embustes. Baste saber que creyeron en él los contemporáneos de Américo y que en él fundaron su concepto del Nuevo Mundo.

Vivía, en aquel tiempo, un duque de Lorena, llamado René, rey titular de Jerusalén y de Sicilia, aficionadísimo a las letras y a las artes y gran protector de ellas; residía el duque en la pequeña ciudad de Saint-Dié, de la que hizo o quiso hacer nueva Atenas. Había en la ciudad un colegio, donde enseñaron o aprendieron muchas personas doctas. Allí, hacia el año 1410, había escrito el cardenal Pedro d'Ailly su *Imago mundi*, que influyó tanto en los pensamientos de Colón. Y allí, a principios del siglo XVI, florecían, atraídos por la generosidad del duque, y dando esplendor a su corte, no pocos poetas, literatos y eruditos, entre los que descollaba Gualdero Lud, secretario del duque, que estableció en Saint-Dié una imprenta. Aumentaban el esplendor de aquella corte dos brillantísimos jóvenes. Era uno el ingenioso y elegante poeta y humanista Ringmann, y se llamaba el otro Martín Waldseemüller, profesor de Geografía, de veintitrés años.

Ringmann, que había vivido en París, y es probable que fuese amigo de Giocondo, tenía gran admiración por Vesputio, a causa de su carta de Lorenzo de Médicis.

Ocurrió en esto que la nueva carta de Américo, dirigida a Soderini, llegó a manos del duque René, en su traducción francesa. El canónigo Juan Basin de Sandacour la tradujo entonces al latín, y, a lo que parece, él fue quien cometió el error de trocar en Paria la palabra Lariab, dando ocasión a que se acusase a Vesputio de impostor, en nuestros días, y de que había querido arrebatarse a Colón la gloria de haber estado en Paria antes que nadie.

Sandacour hizo además otro cambio. Sin duda, halló más fino y más lisonjero que Américo, en vez de dirigirse a Soderini, se dirigiese al duque René, y en su traducción así lo puso. Américo, entre tanto, después de haber dejado el servicio del rey de Portugal y después de su cuarto

viaje con Ojeda y Juan de la Cosa, estaba en Sevilla, visitando a su amigo Colón, y de seguro muy ajeno de que en la corte de un duque, a quien acaso no había oído mentar, se tramaban contra él o en favor de él tales cosas, que harían eterno su nombre, dándosele a un mundo, y le harían blanco de la ira y de las injurias de los ultracolombianos, que le tildarían de usurpador y de impostor en las futuras edades.

Ringmann y Waldseemüller tenían el proyecto de hacer una edición de Ptolomeo, y como preliminar escribió Waldseemüller un tratadito, titulado *Cosmographie Introductio*, al que añadió la traducción latina de lo escrito por Vesputio y algunos versos de Ringmann en alabanza del gran navegante de Florencia. Este librito, publicado en Saint-Dié, el 25 de abril de 1507, se ha hecho tan raro y tan codiciado de los bibliófilos, que en 1884 hubo quien diese por un ejemplar setecientos cincuenta pesos fuertes.

En esta obrilla es donde por primera vez se propone que el Nuevo Mundo, la Ora antártica, la recién descubierta cuarta pars, se llame América.

Después de hablar de Europa, Asia y África, dice Waldseemüller: quarta pars per Americum Vesputium inventa est, quam non video cur quis jure vetet ab Americo inventore, sagacis ingenii viro, Amerigen quasi Americi terram, sive Americam, dicendam.

En efecto: el nombre de América ha prevalecido, extendiéndose con los años a todo aquel gran continente, pero aplicándose sólo, en un principio, a una parte de la América Meridional, fantásticamente aislada, como Australia. Por lo pronto, esto es, durante el primer tercio del siglo XVI, la América del Norte siguió siendo Asia, China y el Anahuac eran países limítrofes, y Temisteta, Tenochtitlan o Méjico, eran respecto a Pekín lo que con respecto a París era Toledo.

Así, como en el mapa de Juan Ruysch, se ve esto en otro mapa, que se supone hecho en 1514, se atribuye a Leonardo de Vinci, y se custodia en el castillo de Windsor, biblioteca de la Reina Victoria.

En este mapa, el Nuevo Mundo está más apartado de Asia que en el de Ruysch; la Tierra de Bacalaos y La Florida aparecen como dos grandes islas al norte del Nuevo Mundo; y el Japón, que aquí se llama Zipugna, se interpone entre el Nuevo Mundo y Asia; pero lo más singular de este mapa es que en él se ve el Nuevo Mundo denominado ya América, como lo fue en el *Globus Mundi*, anónimo de Strasburgo, de 1509.

Tan arraigada estaba la ilusión de que la América del Norte era Asia, que Balboa, descubriendo el Pacífico, y Magallanes y Elcano, surcándolo, no bastaron a desvanecerla enseguida. Los activos marinos de aquella edad, singularmente los portugueses y españoles, se dieron tal prisa en revelar, viajando, los mares y las tierras que hasta entonces habían estado inexplorados y ocultos, que los sabios de Europa tardaron mucho menos tiempo en comprender lo que ellos hacían, que ellos en hacer lo que hicieron. Fue a modo de una portentosa epopeya o estupendo drama, escrito y representado tan a escape, que sus autores y actores apenas eran entendidos y seguidos por los espectadores más sabios y más inteligentes, por donde no se ha de extrañar que el aplauso justo, fundado en sana crítica y en la perfecta comprensión del asunto o argumento, tenga que darse al cabo de siglos.

Todavía, en 1531, fabricó Oroncio Fineo su famoso globo, donde la Tierra del Bacalao y La Florida no están lejos de China; donde Cambaluc y

Temisteta distan poco, y donde toda Asia, combinada con Norteamérica, se une en Darien a la América Meridional (que se llama América) por un istmo que se ve algo al norte de la Equinoccial.

En suma: fue menester que pasasen bastantes años para que a los ojos de los hombres de Europa, aun los más doctos, se revelase el aislamiento remoto de Asia y del Nuevo Continente, y la enorme extensión de aquella tierra occidental antípoda, ignorada de los antiguos.

Esto causó un momentáneo eclipse en la gloria de Colón, olvidando o desatendiendo injustamente los hombres su fundamental hazaña, origen y condición de todos los descubrimientos ulteriores, la hazaña de ir el primero hacia el Occidente en busca del Extremo Oriente.

Cuando fray Bartolomé de las Casas volvió de las Indias a España, en 1547, al ver que dichas Indias se llamaban América, su indignación fue grande y no menor su enojo contra Américo Vespucio, que hoy parece probado no haber puesto en todo ello malicia, ni haber tenido propósito de agraviar a Colón, ni culpa alguna.

He extractado algo del interesante libro de Juan Fiske²; pero aún queda mucho que extractar para que se complete la Historia del desarrollo del concepto de América. En esto, a mi ver, añade Fiske no poco al Examen crítico de Humboldt.

Con tiempo y reposo, tal vez escriba yo otro artículo, terminando el estudio y acabando de extractar lo que tan bien expone el historiador angloamericano. De esta suerte, yo lograría al menos excitar el interés y la curiosidad en favor del mencionado libro, acaso el mejor que se ha escrito y publicado hasta ahora, en países extranjeros, con ocasión del cuarto Centenario que todos celebramos.

El libro de Juan Fiske debiera traducirse en nuestro idioma, si bien con algunas enmiendas y notas correctivas.

No hay escritor de raza anglosajona, por ilustrado e imparcial que sea, que pueda prescindir de tratarnos mal a menudo, y de declamar contra nosotros en nombre de filantropías, mansedumbres, amabilidades y ternuras, que nosotros nos volvemos locos para hallar, ejercidas por los ingleses con las naciones inferiores en civilización que han subyugado, y no las descubrimos casi nunca.

Fuera de este sentimentalismo, falso y postizo, de que se arma Fiske para fustigarnos, lo cual no puede hacernos gracia, su libro nos parece tan instructivo como claro y ameno, digno por mil razones de que se lea y se elogie en España.

Carta de maese Jaime, piloto de Mallorca
Al magnífico señor infante de Portugal don Enrique

Venecia, 15 de abril de 1428.

Magnífico y muy respetable señor: Hallándome yo aquí, al servicio de ricos

mercaderes, por cuya cuenta he hecho algunos viajes a Egipto y a varios puertos de Siria, tuve el gusto de presenciar, hace una semana, la entrada triunfal en esta hermosa ciudad del ilustre infante don Pedro, duque de Coimbra y vuestro hermano. Con solemne pompa le recibieron el dux, los senadores y la plebe, ya que venía don Pedro precedido de la fama de sus altas caballerías y peregrinaciones. Se cuenta que ha recorrido, exponiéndose a mil peligros, muchos países remotos, habitados por pueblos bárbaros e infieles; que ha penetrado en África hasta muy cerca de las fuentes del Nilo; que ha visitado en Arabia el país sabeo, donde reinó en lo antiguo aquella hermosa y sapientísima dama que vino a conferenciar con Salomón, y que fue tan su amiga; que ha estado en Jerusalén y en otros Santos Lugares en que el Verbo humanado vivió y padeció muerte y pasión por nosotros; y que ha ido luego más allá de Damasco, Palmira y Bagdad hasta el centro del Asia. A lo que parece, el infante don Pedro iba en busca del preste Juan de las Indias; pero, por más que hizo, no pudo encontrarle ni averiguar hacia qué parte del mundo caen sus dominios. Tuvo, pues, que volver a tierra de cristianos, sin dar cima a su empresa, pero con gran caudal de noticias que en sus maravillosas andanzas ha recogido. Mas no sólo por esto, sino también por hermano del rey de Portugal y por dueño de la Marca de Treviso, la Señoría le acoge, hospeda y agasaja como si él fuera un soberano reinante. Infunde, además, gran veneración y amor a su persona el conocimiento que aquí se tiene de sus triunfos guerreros, así cuando era mozo en la conquista de Ceuta, como ya, en su edad granada, sirviendo con trescientas lanzas al emperador de Alemania, Segismundo, y peleando denodadamente en su favor en las tremendas guerras contra los herejes husitas, y contra el turco, que va apoderándose de todo el Oriente de Europa y que amenaza de continuo volver a sitiar a Bizancio y acabar con el Imperio griego.

En medio de los agasajos y felicitaciones que el señor Infante recibe en Venecia, como él es curiosísimo y se informa y entera de todo, ha de saber la nombradía de excelente piloto y cosmógrafo que me conceden en Venecia mis amigos benévolos. Excitado por ellos, el señor infante deseó hablar conmigo, y me llamó a su presencia. Diversas y largas pláticas he tenido con él; por él he sabido el alto empleo y el tenaz propósito a que vos, magnífico señor, consagráis vuestra vida, que el Cielo guarde y prospere. Sin la menor lisonja he declarado a vuestro digno hermano lo mucho que aplaudo y celebro los planes que habéis concebido. No extrañéis, pues, señor, que el infante don Pedro, contando con vuestra voluntad, como si fuera la suya, me haya ganado y contratado para ir en servicio vuestro. Dentro de poco iré, si Dios lo permite, ya por tierra, acompañando al infante don Pedro, que va a Roma a besarlos pies al Padre Santo y a confiarle vuestros proyectos y los suyos, y que luego se volverá a Portugal por tierra para ver al paso a los reyes de Navarra, Aragón y Castilla; ya por mar, a fin de visitar yo a mis parientes y amigos, en mi patria, Mallorca, antes de ir al Promontorio Sacro y tener la honra de besaros la mano y de ponerme a vuestras órdenes.

Allí, hasta donde alcancen mis fuerzas y mi saber, enseñaré el arte de navegar, como lo deseáis y pedís, a los oficiales de mar, inexpertos aunque valerosos, con que contáis para vuestros proyectados descubrimientos. Indispensable será que, confiados en la aguja náutica y

guiados por las estrellas, se aventuren lejos de la costa y se engolfen en el Mar Tenebroso, nunca surcado hasta ahora por atrevidas naves. Grandes son vuestra tenacidad y la mía, pero no es menor nuestra esperanza. Acaso tarde más de un siglo en cumplirse. Vos y yo habremos desaparecido ya de sobre el haz de la Tierra, pero vivirá eternamente vuestra gloria, y la mía quedará unida a la vuestra. Para término de tanto anhelo se llegará al extremo sur de África, y desde allí a la India, donde los portugueses eclipsarán los atrevimientos dichosos del magno Alejandro y del hijo de Semele. Más allá del mar de Sargazo tal vez se descubran fértiles islas y continentes que superen a la soñada Atlántida. Aliados los reyes de Iberia, como Salomón e Hirán en lo antiguo, enviarán sus flotas a Ofir, y éstas volverán triunfantes y cargadas de oro al Guadalquivir y al Tajo; y nos traerán los perfumes de Pancaya, la seda del Catay, el clavo y la fragante canela de Serendib, y las perlas y los diamantes que adornan los alcázares y el regio tálamo de la Aurora. En comparación de las prodigiosas aventuras de los navegantes y descubridores que nazcan o procedan de la escuela que he de ayudaros a fundar, parecerán mezquinas invenciones las fabulosas historias de Hércules, Jasón y Teseo; los lances fantásticos de los Caballeros de la Tabla Redonda; la demanda del Santo Grial, y las heroicidades, sin digno objeto de los Lanzarotes, Roldanes y Amadis.

Los héroes, criados por vos y educados por mí, aportarán a la isla de los Amores, más bella que las Afortunadas, que Citeres y que Pafos, y se deleitarán en más floridos y amenos jardines que los de Armida. No habrá cuento de hadas, no habrá leyenda oriental cuyos imaginarios sucesos venzan en esplendor la realidad de sus cuentos y de sus leyendas. Para hallar algo comparable a los portentos que nuestros aventureros realicen, el espíritu humano tendrá que remontar la corriente de los siglos y retraer a la memoria las edades divinas y la expedición civilizadora de Osiris.

Y si esta tierra en que vivimos no es una inmensa planicie ni un disco cuya circunferencia toca y limita la bóveda celeste; y si, como creen los sabios, es una masa redonda que se sostiene en la amplitud infinita, o que corre con rapidez violenta por misterioso y constante impulso, que la hace girar o precipitarse, sin hallar nunca poso, en los insondables abismos del espacio, yo no dudo de que ha de llegar un día en que, por virtud y a consecuencia de la escuela que fundemos, los hombres rodeen la tierra, la visiten y la conozcan toda, enseñando el nombre y la doctrina de Cristo a las tribus más esquivas y salvajes, y erigiendo el signo redentor de la Cruz en las regiones más incultas y remotas.

Y cuando vuelvan de explorar países incógnitos y de completar por experiencia el concepto del mundo, cuyo dominio tendrá que dividir el Papa entre portugueses y castellanos, sometidos al nuevo imperio católico de Roma, entrarán nuestros héroes en la ciudad eterna cargados con los opimos despojos del Oriente y del Occidente, renovando con ventaja, después de tantos siglos, los triunfos de los Césares, y haciendo avanzar, para la Roma cristiana, al Dios Término, mil veces más que le hizo avanzar, por última vez, el andaluz Trajano para la Roma gentílica.

No acierto a ponderar mi gratitud hacia vuestro hermano el señor infante don Pedro y hacia vos, magnífico señor, al pensar que os debo el que me

hayáis asociado a vuestros sublimes propósitos haciéndome partícipe de la gloria inmortal que hemos de ganar sin duda.

Dios guarde a vuestra grandeza para bien del linaje humano, y a mí me dé la luz y el ánimo de que he menester para prestaros el auxilio que el infante don Pedro, en vuestro nombre, me pide.

Soy, magnífico señor, vuestro decidido auxiliar y humilde siervo y piloto, Jaime de Mallorca.

Por la copia,

Juan Valera.

Madrid, 1896.

Poesía angloamericana

Por descuido y pereza, no por engreimiento y desdén, solemos ignorar en España las literaturas extranjeras.

Siempre hemos sido más inclinados a admirar lo que vemos fuera de nuestro país que lo que hay en él. Lope recela no poder competir con los poetas italianos, que son

...solos y soles.

Él, con sus rudos versos españoles...

Góngora, en su oda a la Invencible Armada, en vez de insultar, pone por las nubes a la nación inglesa, abominando sólo de la herejía en que ha caído. Desde el secretario de Pero Niño, que nos cuenta las hazañas de su señor, hasta el más reciente compatriota nuestro que ha estado en Francia, todos ponderan con entusiasmo el saber, el ingenio, la cultura y los primores de aquel pueblo. Apenas hay antiguo viajero español, de los que penetraron en el Japón y en China y escribieron de aquellos imperios, que no pinte con admiración fervorosa el bienestar, la riqueza y el refinamiento civilizado de por allá. Y muchos de los primitivos historiadores de Indias fingen con benévola fantasía y regalan generosamente a los indígenas del Nuevo Mundo la civilización que sólo por medio de los hijos de Europa llegó hasta ellos.

Bien puede afirmarse de España que no sólo el amor, sí que tampoco el odio, le quita conocimiento. Siempre hemos celebrado, dado testimonio de su valer y hasta encarecido poéticamente el mérito de nuestros enemigos, ora vencidos, ora vencedores. Hasta en los cantos populares se nota esta propensión de nuestro espíritu. Sean prueba de ello los romances moriscos, con todas las lindezas y finuras que se atribuyen allí a galanes y damas. Infiérese de lo dicho que si hay alguien entre nosotros que mira al pueblo de los Estados Unidos como a pueblo de interesantes mercaderes que sólo se ocupan en acrecentar la material riqueza y que desdeñan o desconocen el arte, la poesía, las elevaciones del espíritu y todas las delicadezas del sentimiento, esto es por ignorancia y no por odio. No influye en nuestro falso y desfavorable concepto el que unos cuantos apasionados políticos de por allá nos hayan insultado desde la tribuna, ni el que haya una partido

de yanquis que quiera a Cuba libre o anexionada a los Estados Unidos o transformada en República negra.

Convendría, pues, para que ahora no se nos tildase de aborrecedores, ya que nunca lo hemos sido, que estudiásemos y conociésemos mejor todo el valer del pueblo americano, en poesía y en literatura. En la esfera espiritual esto nos valdría no poco: rebajaría algo nuestra admiración a las cosas francesas y nos quitaría el prurito de remedarlas. Recelo incurrir en desaforadas hipérboles; pero la literatura angloamericana es ya tan rica, que el conocerla bien asemejaría algo al descubrimiento de un nuevo mundo. De todos modos, el conocerla bien nos acercaría más a aquella nación, cuyo concepto de España, a pesar de Ticknor, de Prescott y de Washington Irving, es también harto equivocado, y disiparía no pocos sentimientos antipáticos por una parte y por otra. Aquí no tenemos espacio ni ocasión de dar ni ligerísima idea de multitud de poetas, novelistas, historiadores y pensadores, políticos y religiosos de que pueden con razón enorgullecerse los Estados Unidos. Sólo de lindas y gallardas poetisas poseen un ejército, no pocas eminentes. De sus egregios poetas apenas han llegado a España los nombres de algunos, como son: Longfellow, Poe y Emerson; pero, en cambio, casi son desconocidos hasta los nombres de Cullen Bryand, Whittier, Holmes, Walt Whitman, Taylor, Story y Rusell Lowell, aunque este último estuvo en Madrid dos o tres años como representante de su República. Con la lista escueta de escritores angloamericanos en verso y prosa, muy estimados en su país y merecedores de estimación en los demás, podríamos llenar un par de columnas. Pero no permita Dios que fatiguemos con semejante enumeración a nuestros lectores. Limitémonos aquí a poner como muestra de la poesía angloamericana tres composiciones que hemos traducido libremente.

Es la primera de Jaime Rusell Lowell, considerado como el tipo más perfecto del hombre de letras de los Estados Unidos del Este.

Es la segunda de Guillermo Wetmore Story, hombre de muy varias aptitudes: literato, pintor y escultor, y residente casi siempre en Roma. Es precioso su libro titulado *Él y ella*. Y sus poesías más populares en los Estados Unidos son *Cleopatra* y la que va aquí traducida.

La tercera composición, por último, es de Juan Greenleaf Whittier; no podemos resistir a la tentación de citar aquí algo de lo que dice de él el señor Menéndez y Pelayo: «Es un poeta místico, apóstol de la filantropía. Durante la guerra de Secesión, sus cartas contribuyeron, como las armas mismas, a la emancipación de millones de esclavos. La colección titulada *Voices of freedom* es el principal monumento de esta lucha. Como poeta religioso, está lleno de ternura, de devoción y de amor sin límites a la Humanidad redimida y aquejado por la nostalgia de lo infinito.» El señor Menéndez y Pelayo afirma que Whittier, en muchos de sus versos, expresa conceptos elevadísimos y de eterna verdad, que pueden y deben ser admitidos por todas las comuniones cristianas, incluso la que tiene la excelencia de conservar el depósito sagrado y venerando de la tradición católica.

En la composición halla el señor Menéndez el más puro y ardiente sentimiento religioso por parte del poeta, y, muchas ideas y frases admirablemente tomadas de los soliloquios de San Agustín Whittier era cuáquero, y la idea del océano de luz y de amor que se vierte y derrama

sobre la noche y la muerte está tomada de Jorge Fox, padre de la secta. «Whittier -dice, por último, el señor Menéndez- es uno de los tipos más puros y más acentuados de la primitiva raza colonizadora de la América inglesa. Tiene el mismo entusiasmo, la misma virilidad y la misma unción de los primeros emigrantes. Guillermo Penn le reconocería por uno de los suyos.»

Las tres composiciones son como siguen: El mayoral del rey Admeto, Praxiteles y Friné y Luz y tinieblas.
Madrid, 1896.

Velázquez y su tercer centenario

La afición a los centenarios cunde, desde hace tiempo, por toda Europa. No es España la tierra donde esta afición tiene menos frecuentes manifestaciones; y si en todas partes esto merece elogio, por ser prueba de patriotismo y de afecto y admiración a los varones ilustres de las edades pasadas, todavía debemos recomendarlo y aplaudirlo más en España, por lo que puede contribuir a alentarnos en nuestro actual abatimiento. Algo hay tal vez en la celebración de los centenarios que ha trascendido de lo religioso a lo profano, pero sin que implique oposición la trascendencia. El culto de los héroes, de los sabios, de los poetas y de los artistas nunca se opuso ni se opondrá al de los santos y bienaventurados: antes bien, lo completa, coincidiendo a menudo, como aconteció pocos años ha, en el centenario de San Juan de la Cruz, y como no puede menos de acontecer en la patria de los Isidoros, Leandros e Ildefonsos, del Conquistador de Sevilla; de Vicente Ferrer y Domingo de Guzmán, impugnadores elocuentísimos de herejes y de judíos, y del famoso hidalgo guipuzcoano, poderoso rival del fraile sajón Martín Lutero. No es menester aceptar la doctrina del famoso libro de Carlyle, ni la de su imitador, el angloamericano Emerson, para honrar la memoria de los hombres que ha deleitado, dirigido o glorificado el humano linaje; ni la veneración que les concedamos tiene que fundarse en las ideas filosóficas y políticas exageradamente individualistas o inficionadas de panteísmo en que Carlyle y Emerson la fundan. Para mí no pasa de ser una figura retórica el alma suprema, el espíritu colectivo de la Humanidad, cada una de cuyas facultades o potencias se encarna y aparece en un eminente personaje que la representa en el mundo. Por extraordinario que este personaje sea, no es para mí la encarnación de una de esas potencias, ni la representación de genio nacional en una de sus fases, ni menos un ser tan egregio que debamos ciegamente obedecerlo y reverenciarlo, creyendo que la sombra que su figura proyecta sobre la prolongada extensión de los siglos marca indefectiblemente la senda que debe seguir la Humanidad en su progreso.

De Dios proceden, sin duda, así el poder de los príncipes sobre las naciones como el que ejercen los sabios, los poetas y los artistas para cautivar y someter en cierto modo bajo su cetro a los demás seres humanos. Pero este poder, aunque procede de Dios, no procede de Dios inmediatamente, sino que procede por medio del pueblo, el cual,

divinamente inspirado, inspira a su vez a un varón singular, en quien infunde sus ideas y sus altos propósitos, y a quien presta aliento, crédito y auxilio para que les dé cima.

Poco o nada amengua el valer de los hombres eminentes este modo que tengo yo de entenderlos. Es el principio de la soberanía nacional aplicado a todo.

De las premisas que dejo sentadas se deducen importantes consecuencias, y entre ellas las que siguen:

Que mientras no hay, más o menos vaga y difusa, inspiración poética o política en un pueblo, no aparece en este pueblo ni un gran poeta, ni un gran político. Y que mientras un pueblo no tiene profundas y racionales aspiraciones de extender su imperio y de infundir su cultura, sus creencias y su lenguaje en otras naciones y razas, Dios no suscita en él, para que las aspiraciones se logren, ni grandes capitanes, ni atrevidos navegantes, ni filósofos y sabios, ni escritores y artistas ingeniosos, sutiles o amenos.

Claro está, pues, que, en mi opinión, un pueblo no prevalece y descuella sobre los otros porque tiene o ha tenido la dicha de poseer hombres eminentes que lo dirigen, sino que posee y produce tales hombres por la virtud creadora que ponen en él la conciencia de su evidente superioridad y la noble confianza en sus altos destinos.

De aquí infiero yo algo muy en consonancia con la blanda e indulgente condición de mis juicios. De aquí que yo, ya que no disculpe, atenúe, en los generales infortunios, las faltas y los errores de determinadas personas. Así, aunque la sentencia haya de ser severa, no pesa, ni duele tanto, ya que se extiende sobre la muchedumbre.

De todos, modos, conviene que la reprobación no sea muy dura.

Una nación no demuestra la persistencia de su energía deplorando sus desgracias, por enormes que sean. Tal vez exagera entonces su decadencia presente, y no sólo duda de su porvenir, sino que llega a negar su glorioso pasado o, por lo menos, a empequeñecer el concepto que de él tenía.

Siempre condené yo el sobrado orgullo nacional y la desmedida jactancia; la ponderación y el encarecimiento de los dominios de España donde el sol no se ponía nunca, y las frecuentes citas de nuestras victorias y triunfos en todas las artes de la paz y de la guerra. Pero hoy hemos caído en el extremo contrario. Y más que en la pérdida de nuestras colonias, y más que en el estado tristísimo de nuestra Hacienda pública, veo yo, en la blasfemia condenación de nuestra historia pasada, no el síntoma ominoso de decadencia, sino la negación de que podamos regenerarnos. No; no fue casual el predominio de España, sino resultado de su propio merecimiento. Ni fue tampoco su imperio tan pasajero y caduco como se supone. Ni hay fundamento para afirmar que España carece de aptitud colonizadora cuando durante cerca de cuatrocientos años ha tenido más colonias que ninguna otra nación del mundo, y cuando al perderlas naciendo tantos nuevos estados no hemos perdido ni debemos perder la esperanza de que estos estados florezcan y prosperen, sin que desaparezcan en ellos los signos indelebles de que nos deben su origen.

La vitalidad de las naciones y de las razas es mayor de lo que comúnmente se cree. Y no es España entre todas las de Europa la que tiene menos

vitalidad. No ha sido sólo al ir a terminar el siglo XIX cuando nos han dado por muertos. Por más muertos nos tenían al terminar el siglo XVII, y España, no obstante, se rehízo en el reinado de Carlos III. Y por más muertos nos tenían también al empezar el presente siglo, y resistimos, no obstante, al rival de Inglaterra y vencedor de Austria, Alemania y Rusia, importando no poco en su caída.

Lastimosa es hoy nuestra situación; pero nada se remedia con desesperarse, ni menos aún con formar un erróneo concepto de nuestro pasado. No se apaga un astro porque se eclipse, ni el desmayo debe tomarse por muerte.

La manía de que decae o ha decaído, no sólo España, sino toda la raza latina, es manía contagiosa y conviene protestar contra ella, aunque nos repitamos.

Demos por supuesto que hay raza latina, aunque no se comprenda con claridad lo que es, y aceptemos, además, aunque nos parezca falsa, la división que se hace de los principales pueblos de Europa en latinos y germanos. ¿Cuándo empezó y en qué consiste esta decadencia en Francia, que sigue imponiendo sus artes, sus ideas y sus modas al resto del mundo, que es ilustrada y rica, que lo avasalló todo en tiempo del primer Napoleón, y que todavía, reinando el tercero, venció a los rusos en Crimea y a los austríacos en Italia? ¿Cuándo empezó y en qué consiste en Italia misma, cuyos poetas, filósofos y políticos no son inferiores en nuestro siglo a los de ningún otro siglo, y cuya suspirada unidad no ha venido a realizarse hasta ahora? Y si los rumanos son latinos, tampoco puede decirse que decaigan cuando logran sacudir el yugo de los turcos y forjar Estado independiente.

Resulta, pues, que esta a modo de fe de defunción sólo reza para la gente de España, porque, en lucha desigual con una nación cuatro veces más populosa e incomparablemente más rica, ha tenido que ceder, perdiendo sus colonias, que se le habían rebelado, y sin contar con el apoyo ni con el auxilio de nadie.

Convengamos, con todo, no en que la pérdida de las colonias que nos quedaban haya sido una enorme desgracia, sino en que ha sido una mortificación de amor propio; pero ¿implica esto el hundimiento y la caída de que tanto se habla? ¿Exige para la regeneración más que calma y resignada fortaleza, y vale para sostener que en España fue acabando o acabó ya todo?

Muchos extranjeros, y gran número de españoles que los han creído, se han dado a fantasear que toda nuestra civilización, viciada y corrompida por el fanatismo religioso, terminó a fines del siglo XVII, y que desde entonces hasta el día hemos vivido remedando a otros pueblos y sin iniciativa y sin carácter propios. Todo esto es y debemos sostener que es falso. Moratín, don Ramón de la Cruz, el duque de Rivas, García Gutiérrez y no pocos otros dramaturgos son tan castizos, como Lope, Calderón y Tirso, y no han tenido que despojarse de su nacionalidad a fin de no ser criaturas anacrónicas. Feijoo, Jovellanos, Toreno, Balmes y otros que viven no remedan servilmente a nadie, ni para estar a la altura de los adelantos del día tienen que renegar de su casta. De nuestros poetas modernos, líricos y épicos, aún cabe mayor alabanza, porque, sobre ser también originales y castizos, acaso las venideras generaciones, que desde más lejos los vean, comprendan y midan la altura que tienen y los pongan

por cima de los antiguos en la cumbre de nuestro Parnaso. Lo que es yo me atrevo a adelantarme en esto, y quiero tener el gusto y tengo la audacia de alzar en mi opinión hasta ese punto a Quintana y a Gallego, a Espronceda y a Zorrilla, y algunos otros de los poetas más recientes. Lo mismo que de las letras, se pensaba y se decía hasta hace poco de nuestras artes: que lo original, genuino y verdaderamente propio había acabado, sobre poco más o menos, al acabar el siglo XVII. Hasta los más entusiastas encomiadores de nuestras pasadas glorias artísticas dejan entrever que opinan así, aunque medio encubran tan poco lisonjera creencia con el velo de la cortesía. Para Stirling y para Viardot, por ejemplo, el portugués Claudio Coello es casi el último de nuestros grandes pintores. Y si bien no niegan ni pueden negar a Goya la originalidad y el valer, todavía le consideran como casi aislado y teratológico.

Por dicha, esta creencia en la muerte o en la esterilidad del ingenio español, más fundada, hasta pocos años ha, en artes que en letras, ha desaparecido ya por completo, si no en letras, en artes, merced al rico florecimiento de la pintura española en nuestros días, y merced también a que con el pincel se expresan los conceptos y se crea la belleza en lenguaje más inteligible para todos que con la pluma. Las obras de los Madrazo, Fortuny, Gisbert, Casado, Vera, Villegas, Pradilla, Sorolla, Rosales, Jiménez Aranda, Palmaroli, Moreno Carbonero y muchos más, cuyos nombres no cito porque no acuden ahora a mi memoria, demuestran que España vive aún y que no está seca de cerebro ni tullida de manos, aunque sólo sea para la pintura.

Entre tanto, y mientras no logremos restablecer nuestra buena reputación en otros oficios, menesteres o profesiones, trabajemos con perseverancia para conseguirlo, y no nos echemos en el surco y nos demos por muertos, sino creamos sin vanidad y sin soberbia que aún estamos vivos, y de seguro viviremos.

La presente angustiosa situación de nuestra patria ha influido en mi ánimo, inspirándome las anteriores consideraciones y moviéndome a escribir preámbulos larguísimos para venir a tratar del famoso y egregio pintor don Diego Rodríguez de Silva y Velázquez, más comúnmente llamado don Diego Velázquez de Silva, o Velázquez sólo. Me complazco, no obstante, en creer que dichas consideraciones no son del todo extrañas al asunto. Conveniente es cuanto pueda levantar el espíritu y los corazones de los hijos de España, tan maltratada hoy de la fortuna y tan desdeñada y abandonada por grandes naciones que fueron sus rivales o sus amigas. No recomendaré yo que nos olvidemos de la modestia y prescindamos de la resignación de que tanta necesidad tenemos ahora; pero sin dejar de ser modestos y resignados, bien podemos y debemos ensalzar las pasadas glorias españolas y creer asimismo que no se disiparon para siempre; que en la pintura viven aún; que en las letras castizas no murieron en el triste reinado de Carlos II, sino que siempre persisten, y que en las artes de política y de imperio reverdecerán los hoy hartos mustios laureles.

Las comparaciones son odiosas y muy ocasionadas a caer en injusticia. No digamos, pues, que Velázquez es el mejor de los pintores españoles, para que no se ofendan Ribera y Murillo. Digamos sólo que estos tres pintores descuellan acaso sobre cuantos hemos tenido. Para estimar el valer de Ribera, se requiere ver las obras que ha dejado en Italia. En Nápoles

están, sin duda, sus mejores cuadros. Yo recuerdo con renaciente admiración una imagen de la Virgen con el Cristo muerto y descendido de la cruz, que está en la cartuja, sobre el Vómero, y que los inteligentes me solían ponderar como el mejor cuadro del mundo.

Así, Ribera como Velázquez pudieron ser llamados realistas y aun naturalistas, en el sentido que se presta en el día a estos vocablos literaria y artísticamente. Hay, con todo, entre ambos pintores una notable diferencia que para mi gusto redundaría en favor de Velázquez, aunque presta tal vez a no pocas obras de Ribera superior atractivo cuando se busca en el arte fuertes emociones. Procura y logra Velázquez reproducir en sus obras la verdad real, pero sin exageración alguna y sin predilección por lo terrible, tétrico y espantoso; mientras que Ribera, exagerando la fuerza del claroscuro, busca el efecto, y complaciéndose en pintar el más extremado dolor físico, el regocijo feroz de los verdugos, los suplicios más crueles y abominables, los hombres desollados, descuartizados o quemados vivos, se diría que se esmera y complace en producir atroces e infernales pesadillas.

Comparando a Murillo con Velázquez, no se puede negar que Murillo le lleva ventaja en la creación de cierta ideal belleza a la que Velázquez no aspira, contentándose con la verdad. Nuestros pintores de aquella época, poco o nada influídos del espíritu gentílico que había en muchos pintores italianos, y llenos de austeridad ascética, tal vez miraban como pecado la belleza, que consiste en la perfección de las formas. Murillo, no obstante, supo hallar y crear otra belleza ideal, resplandeciendo con purísimo y sobrehumano brillo sobre la mera realidad humana de las figuras de sus cuadros. El entusiasmo religioso de Murillo se manifiesta dando ser a una rara y sublime belleza de expresión, nunca superada por nadie en las artes del dibujo. En muchos cuadros de Murillo se revela el espíritu, encendido en amor divino, con soberanos éxtasis y arrobos, con visiones celestiales, circundado de ángeles niños, que son sus inocentes y puros pensamientos, y bañado en un piélago de luz increada, que inunda la oscuridad de nuestra terrenal vivienda.

Poco o nada por el estilo hay que buscar en Velázquez, aunque aduzcamos en su favor el cuadro de La coronación de la Virgen. Velázquez es el más realista de los pintores; pero bien puede afirmarse también que entre los pintores realistas es el primero.

El glorioso pintor nació en Sevilla, donde fue bautizado en la parroquia de San Pedro, el 6 de junio de 1599. España se prepara hoy a celebrar el tercer centenario de su nacimiento. Y deseando nosotros contribuir a este fin hasta donde nuestras fuerzas alcancen, consagramos el presente número de nuestro periódico a ensalzar la memoria del verdadero fundador de la escuela de Madrid, reproduciendo por medio del grabado sus mejores obras y tratando de juzgarlas con crítica imparcial, no torcida por afectuoso encarecimiento.

Falto de autoridad quien escribe este artículo, e ignorante de las teorías del arte, acaso sea recusado por los artistas y conocedores, y acaso sean censurados su aceptación y su desempeño de tan difícil encargo. En su defensa, con todo, debe alegarse que no se trata de dar aquí un dictamen técnico, sino de expresar lo que sobre Velázquez siente y piensa el vulgo, y para ello no está mal que se conceda la palabra a alguien que se cuente

entre las personas que lo forman. Por fortuna, además, Velázquez ha logrado la de tener no pocos jueces competentes que han estudiado sus obras, que han tasado su valer y que las han puesto en la altura de estimación que merecen. Nosotros, sin desechar nada nuestro propio criterio, nos apoyaremos en los mencionados peritos y sabios para no caer en graves errores. Palomino, Ceán Bermúdez, Viardot, Stirling, don Antonio Ponz, don Pedro Madrazo, don José María Asensio, Justi, Beruete, Zarco del Valle y el conde de la Viñaza han dicho cuanto hay que decir sobre Velázquez, facilitan nuestra tarea y la limitan a extractar lo más sustancial de sus escritos, sin excluir del resumen las propias consideraciones de que no acertamos a desprendernos.

Ciencia es la filosofía de la Historia más deseada que conseguida.

Confieso mi escepticismo o, si se quiere, mi ignorancia en esta ciencia.

Los que pretenden saberla y aplicarla, rara vez o nunca me convencen.

Ignoro las verdaderas causas de la elevación y de la caída de los grandes imperios. Y llego al extremo de ignorar hasta qué punto está un imperio decadente o no en época determinada, y en virtud de qué leyes ya se adelantan, ya suceden al florecimiento político, el de las ciencias, el de las letras y el de las artes, y cómo influyen unos en otros. Desde 1599, año en que nació Velázquez, hasta el de 1660, en que murió, sin duda fueron enormes las pérdidas que España tuvo. Pero ¿bastan a justificar la declaración de nuestra decadencia desde entonces y la afirmación de que la más feliz edad de nuestras artes coincide con el abatimiento de España en política, en poder militar y en ciencias y letras? Yo entiendo que no bastan, si no me confundo al entenderlo así abarcando en una rápida ojeada todo aquel período de nuestra Historia, que era a la sazón la historia del mundo, y que aún no está escrita de modo satisfactorio por historiadores españoles.

Es cierto que en aquel período perdimos a Portugal, expulsamos a los moriscos, se rebelaron Cataluña y Nápoles, aunque fueron sofocadas ambas rebeliones, y tuvimos que reconocer la independencia de las provincias unidas de Holanda, si bien después de lucha reñidísima, que duró más de ochenta años, y en la que intervinieron con frecuencia contra España franceses, ingleses y suecos. Enemigos y rivales del poder de España fueron príncipes y grandes políticos y capitanes tan famosos como Enrique IV de Francia, Richelieu, Cromwell y Gustavo Adolfo; pero el mismo valor y capacidad de estos hombres nos mueve y obliga a no desdeñar ni condenar ásperamente a Felipe III y a Felipe IV, y a los privados, ministros, gobernadores y generales de mar y tierra de que se valían. No desmerecen, a mi ver, de los grandes hombres de acción que tuvo España en los reinados de Carlos V y de Felipe II, ni los marqueses de Santa Cruz, Leganés, Bedmar y Spínola, ni el gran duque de Osuna, ni los esforzados marinos que tantas victorias alcanzaron sobre marroquíes, argelinos, turcos y piratas ingleses y holandeses; ni los que domaron a Arauco, ni los que conquistaron a Nuevo Méjico, ni los que extendieron el poder del Rey Católico sobre el Perú, Ceilán y otras islas y comarcas del Extremo Oriente. Los apuros de nuestro Tesoro no deben aducirse como síntomas de decadencia. Ni en tiempo de Carlos V, ni en tiempo de Felipe II, ni casi nunca, estuvimos menos apurados. Ya Tomás Campanella, en el curioso libro en el que casi nos promete la monarquía universal, y nos da consejos y

reglas para que la logremos mejor que los asirios, persas, griegos y romanos, se admira del desgobierno y despilfarro de nuestra Hacienda pública, de lo mucho que se gasta sin lucimiento y sin provecho, y de que el rey de España necesita fere perpetuo inopia laborare atque etiam ab aliis mutuo accipere. Esto en lo tocante a la posición política de España. En lo tocante al estado de su cultura, aún hay menos motivos para calificar de decadente la edad en que Velázquez vivía. Su vida está dentro del Siglo de Oro de nuestras letras y de toda nuestra cultura. Ercilla, Lope, Tirso, Alarcón, Moreto, Rioja, los Argensolas, Melo, Moncada, Quevedo, Góngora y, en suma, los más famosos y excelentes poetas y escritores de España vivieron en tiempo de Velázquez. En su tiempo vivió Miguel de Cervantes y compuso y publicó el libro portentoso que es el más bello monumento de nuestra gloria literaria.

Escrita está ya la vida de Velázquez extensamente por los autores que hemos citado. Dentro de poco saldrá a luz un libro que el entendido crítico de artes, don Jacinto Octavio Picón, está escribiendo sobre el mismo asunto. A nosotros nos incumbe sólo, y más no es posible en un artículo, trazar en breves rasgos los principales sucesos de su vida. El primer maestro de Velázquez fue Herrera el Viejo, cuyo carácter adusto hizo que el joven discípulo se sustrajese pronto a su férula, pasando a estudiar su arte bajo la dirección del docto y afable Francisco Pacheco. Cinco años estuvo en esta escuela, dando en ella tan lucidas muestras de su valer, que el maestro le concedió la mano de su hija doña Juana. En casa de Pacheco, donde se reunían entonces los más claros ingenios, los más aventajados artistas y muchos nobles caballeros sevillanos, Velázquez, a par de aprender la pintura, ilustró y enriqueció su espíritu con no escasa doctrina, y con el trato y conversación de personas tan escogidas adquirió la desenfadada y franca cortesía y el don de gentes con que supo cautivar voluntades.

Muy estimado ya por las obras de su primer estilo, entre las que se cuentan La adoración de los Reyes, que está en nuestro Museo, y El aguador, que posee lord Wellington, Velázquez, en busca de más amplio teatro, vino a Madrid por vez primera en 1622.

A pesar de las recomendaciones solícitas de algunos de sus valedores, no logró entonces penetrar en Palacio; pero poco después el insistente empeño de don Juan Fonseca y Figueroa tuvo el éxito deseado. El conde-duque de Olivares escribió al pintor mandándole venir a Madrid y dándole dinero para el viaje y el encargo de hacer el retrato del rey. Este retrato ecuestre de Felipe IV se expuso en la calle Mayor, frente a las gradas de San Felipe el Real, y consiguió para su autor la admiración de cuantos eran o se preciaban de inteligentes. El regio modelo se entusiasmó con la pintura que le representaba; se cuenta que pensó en destruir cuantos retratos le habían hecho antes, y declaró que en lo sucesivo Velázquez sólo le retrataría, así como Apeles era el único que retrataba a Alejandro. Desde entonces no faltó nunca a Velázquez el favor de su soberano, y fue su carrera una larga serie de triunfos. El no terminado y hoy perdido retrato del príncipe de Gales, después Carlos I; el cuadro La expulsión de los moriscos, que ganó el premio en público certamen; no pocas otras producciones de su fácil y diestro pincel y, más que nada, el lindísimo cuadro vulgarmente llamado de Los borrachos, adquirido y

admirado por el rey, y, por último, el aprecio que mereció y la amistad que contrajo con Pedro Pablo Rubens, que vino a nuestra corte como embajador de Inglaterra para tratar paces, todo hubo de contribuir a que se consolidase la reputación artística de Velázquez y a que se dilatase por el mundo su nombradía.

En 1629 hizo Velázquez su primer viaje a Italia, donde fue muy bien recibido y agasajado; vio y estudió las obras maestras de aquel país, fecundo en artistas, y hasta se ejercitó en copiar muchas de ellas, pero sin menoscabar en nada la originalidad de su estilo. Antes bien, como espíritu de contradicción, el gusto y las creaciones del arte en Italia inclinaron más su talento hacia lo genuino y propio de su tierra.

A su vuelta a Madrid dieron testimonio de ello las pinturas que trajo: las vistas de la Villa de Médicis, donde estuvo viviendo; La túnica de José, y singularmente La fragua de Vulcano, el más anticlásico de todos sus cuadros, lindísima parodia del clasicismo y burla tan graciosa del esposo de Venus, de los cíclopes y del flechador Apolo, que si Luciano hubiera sabido pintar, no la hubiera hecho más sangrienta.

En el largo período de dieciocho años que media entre su primero y su segundo viaje a Italia creció, si era posible, la fama de Velázquez, quien alcanzó más favor en la Corte y obtuvo más lucrativos e importantes empleos. Su actividad en estos dieciocho años fue dichosa y fecunda, señalándose el abundante fruto de ella por un nuevo y segundo estilo de hábil franqueza y brillante maestría. En dicho período pintó Velázquez La rendición de Breda, el Cristo de las monjas de San Plácido, los retratos ecuestres de Felipe III y Felipe IV y de sus respectivas esposas, el del conde-duque, el del príncipe don Baltasar, los del rey y los infantes en trajes de cazadores y muchos otros de enanos y de bufones, como el Primo Morra, el Niño de Vallecas, el Bobo de Coria, Cárdenas, Calabacillas, Ochoa, Pablillos de Valladolid, y Pernia.

A fines de 1649 hizo Velázquez su segundo viaje a Italia, donde permaneció cerca de dos años. Más que pintar, se empleó en este tiempo en adquirir para su rey objetos de arte, que trajo a Madrid a su vuelta, y que, desechada la idea que él mismo había concebido de fundar una academia, sirvieron todos para enriquecer y adornar el regio alcázar.

Velázquez fue esta segunda vez más agasajado y honrado en Italia que la vez primera. Y, a pesar de la comisión que absorbía su tiempo, lo tuvo para hacer el retrato de Inocencio X, que se admira aún en Roma en el palacio Doría, y que, desde luego, fue celebrado por la pasmosa fidelidad con que presenta la imagen de aquel Papa.

El regreso de Velázquez a España, después de este segundo viaje, se verificó en junio de 1651. Al año siguiente, Velázquez fue nombrado aposentador del rey, empleo útil y honroso, pero que daba mucho trabajo; y aunque Velázquez lo desempeñó bien y muy a gusto del príncipe, que le había preferido entre todos los candidatos, todavía tuvo en esta época, que se extiende hasta que terminó su vida, actividad e inspiración bastantes para producir tal vez sus mejores cuadros, marcados con el sello personalísimo de su tercer estilo. «Condensar en pocas palabras -dice don Pedro de Madrazo- los caracteres de este tercer estilo, sería vana empresa; basta que digamos que por efecto de esta nueva manera, de que él exclusivamente fue el inventor, sus retratos no son cuadros, sino

verdaderas personas que existen y respiran; las escenas que representa no son pinturas, sino vivas evocaciones de los sucesos, ya públicos, ya familiares, que pasaron ante los ojos, y en el que intervino la fastuosa, elegante y corrompida Corte de Felipe IV. Amante idólatra de la verdad, la buscó Velázquez con una ingenuidad heroica, sacrificando los medios convencionales con que producían efecto los napolitanos y flamencos, y sacando del aire interpuesto un partido que nadie hasta entonces había sacado, y que consistía en hacer intervenir el ambiente natural como última mano que terminase sus abreviados pero siempre exactos bosquejos.»

A esta última época y a este tercer estilo pertenecen, entre otros no pocos cuadros, los famosos de Las hilanderas y de Las meninas. Velázquez, caballero ya del hábito de Santiago, y como aposentador mayor, acompañó al monarca y a su real familia en su pomposa y brillante expedición hasta la frontera de Francia, y fue testigo, y con su gallarda y elegante presencia contribuyó al ornato de las fiestas, en cuyos preparativos él mismo se había esmerado, y a la célebre entrevista de Luis XIV y del monarca español para sentar nuevas paces y para el casamiento del soberano francés con la infanta doña María Teresa.

Stirling, en su amena biografía de Velázquez, se complace en describir la magnificencia y el lujo de aquellas fiestas, en cuya descripción dice que hubiera debido lucirse la pluma y el talento de Walter Scott, y algunas de cuyas escenas hubieran debido prestar asunto a Velázquez para nuevos y más hermosos cuadros.

Velázquez, por desgracia, no pudo pintarlos ya. Volvió a Madrid fatigadísimo de aquella expedición, y murió a los sesenta y un años de su edad, el día 6 de agosto de 1660. Sus restos mortales y los de su mujer, doña Juana Pacheco, que sólo tardó ocho días en seguirle al sepulcro, fueron enterrados en la bóveda de su amigo don Gaspar de Fuensalida, grefier de su majestad, y en la iglesia parroquial de San Juan, que ya no existe.

Las mágicas creaciones de su fecundo pincel, en cuya persistente admiración la posteridad sobrepuja a sus contemporáneos, se custodian, figuran y resplandecen en los principales museos y galerías de Europa, si bien la flor y lo más selecto de todo se conserva en Madrid, y singularmente en nuestro Museo. Si es exacta la enumeración que hace Stirling, los cuadros de Velázquez, auténticos y existentes en el día, son doscientos treinta y siete: en Francia veintiocho; en Rusia, doce; en Alemania, catorce; en Austria, siete; en Italia, seis; en Inglaterra, sesenta y cinco; en Bélgica, cuatro, y en España, ciento uno. El número de estos cuadros así como su repartición, varía ya algo en la cuenta que nos da el conde de la Viñaza en su interesante y erudito trabajo, en cuatro volúmenes, titulado Adiciones al Diccionario histórico de Ceán Bermúdez. En la cuenta del conde figuran cuadros en Suecia, en Holanda y en los Estados Unidos de América, que, en la cuenta de Stirling no figuran. De notar es que algunos asuntos se repiten en muchos cuadros, y tal vez pueda presumirse que no son todas repeticiones hechas por el gran pintor, sino copias sacadas por aventajados discípulos. Tal es, a pesar de lo dicho, la abundancia de cuadros de Velázquez o a él atribuidos, que al venderse algunos, no responde a la alta estimación que de ellos hacen los peritos el precio que han alcanzado hasta el día, en que tan espléndidamente se

pagan las obras de arte. La legitimidad incierta acaso sea causa de esta relativa baratura. Parece, sin embargo, que La caza del jabalí se vendió en dos mil doscientas libras esterlinas; un retrato del infante don Baltasar, en mil seiscientas libras esterlinas; los retratos en pie de Felipe IV y de Olivares, en ochenta y ocho mil doscientos cincuenta y tres francos, y La adoración de los pastores, en cuatro mil ochocientas libras esterlinas. Como se ve, los que han pagado más han sido los ingleses. Aunque hay tantos cuadros de Velázquez en tierra extranjera, conviene repetir que los mejores están en España. Los entendidos coinciden, pues, en afirmar que para estudiar y comprender bien a Velázquez es indispensable venir a Madrid y visitar nuestro Museo.

Así piensa y discurre, por ejemplo, el ingenioso Teófilo Gautier, cuya aguda crítica y discretas alabanzas del pintor español nos parecen tan atinadas, que vamos a trasladarlas aquí, aceptándolas como si procediesen de nuestro propio juicio:

«Aunque Velázquez -dice- era instruido y había estudiado en sus viajes las obras maestras de la antigüedad y del arte italiano, y aunque también las había imitado y copiado tomándolas por modelo, Velázquez no se parece a nadie. Su modo de sentir y sus procedimientos le pertenecen. La tradición no se descubre en ellos. Se imaginaría que él inventó la pintura, elevándola a su perfección en el mismo instante. No hay velo ni estorbo entre él y la Naturaleza. Es invisible hasta el instrumento de que se vale, apareciendo sus figuras como encerradas en el cuadro por arte de hechicería. Envueltas en aire diáfano, viven tan real, a par que tan intensa y misteriosa vida, que dan en lo presente lúcida impresión de lo pasado. Se pregunta si no es sombra quien los contempla, y si los personajes pintados no están vivos y reciben con vagas y altivas miradas la importuna visita. De seguro los contemporáneos de aquellos admirables retratos, que representan a la vez lo exterior y lo íntimo de la criatura humana, no formaron de los mismos modelos más claro y enérgico concepto. Bien puede creerse en la superioridad de nuestro concepto, porque un gran artista como Velázquez añade a lo que pinta su genio y cuanto más que el vulgo penetran sus ojos. En sus imágenes exactas hace que resalte lo esencial, que lo significativo se acentúe, que lo inútil desaparezca y que la fisonomía íntima se muestre. Tales retratos enseñan más que largas historias: confiesan y resumen a los personajes...

No desdeñaba Velázquez ni a los mendigos, ni a los borrachos, ni a los gitanos, y los pintaba con el mismo pincel que acababa de fijar en el lienzo la efigie de un príncipe o de un soberano. Véanse el cuadro de Los borrachos, obra magistral que, en nuestro sentir, merece, mejor que el de Las meninas, el título de Teología de la Pintura; el Esopo y el Menipo, dos pordioseros filosóficos, pálidos, mugrientos, andrajosos, sórdidos, pero soberbios, y el Niño de Vallecas, que nació con doble fila de dientes y con la boca abierta, fenómeno de que Velázquez ha hecho una admirable pintura. Las mujeres barbudas de las ferias no arredraban su valiente amor de la verdad. Su color, imparcial como la luz, se extendía sobre todos los objetos con esplendor tranquilo, y con la seguridad de prestarles valor idéntico, ora fuese rey o pobre, harapo o manto de terciopelo, tieso informe o casco nielado de oro, delicada infanta o monstruo giboso y patizambo. La fealdad y la hermosura le son indiferentes: acepta la

Naturaleza tal cual es, y no persigue ideal alguno; pero representa lo hermoso con la misma perfección que lo feo, y en esto difiere de nuestros actuales realistas. Si retrata a una mujer bella, Velázquez pintará todas sus gracias, todas sus elegancias y todas sus delicadezas.

Su pincel, que empapado en negra tinta ensuciaba y tostaba el hocico y los mofletes de un vagabundo, hallará para las mejillas de una hermosa la palidez del nácar, el carmín de las rosas y la aterciopelada suavidad del albérchigo. Velázquez es el pintor de la aristocracia y de la gentuza, tan admirable en Palacio como entre rufianes y otra gente perdida. Pero no le pidáis escenas mitológicas, ni siquiera, aunque parezca raro en un pintor español, casos de vidas de santos. Para cobrar todo su brío menester es que, como Anteo, toque la tierra; pero al punto vuelve a levantarse con la fuerza de los titanes...»

Las palabras de Gautier no nos mueven a contradicción, pero nos sugieren algún comentario. En el arte de la pintura, aun copiando con fiel exactitud las cosas tales como aparecen, hay siempre algo de ideal y de fantástico; cierta magia que Velázquez poseyó en más alto grado que ningún otro artista: el tino para elegir el momento, la posición y el ademán más característico de cada persona; la maravillosa habilidad de velar y de envolver las formas en el ambiente, ahondando la tersa superficie del cuadro y creando vagas lontananzas y la amplitud del cielo; y el talento de dibujar, como si no se hubiera dibujado, esfumando los contornos, ya que varían a cada leve movimiento del objeto que se pinta y a cada apenas perceptible cambio del punto de vista del que nos mira. Para dibujar así, sin que apenas se note el dibujo sino en el efecto, bien es menester ser diestro y maravilloso dibujante. Esta calidad de Velázquez ocasiona graves peligros y suele viciar a sus imitadores. La franca y segura valentía con que Velázquez pinta, suele trocarse en la desvergonzada insolencia de no dibujar porque no se quiere o porque no se sabe. De aquí que haya cuadros tan francamente pintados, que no se adivina bien lo que figuran ni aun después de sutiles y detenidas investigaciones. No son así los cuadros pintados por Velázquez con mayor franqueza y con más atrevidas pinceladas. Mirados desde donde deben mirarse, son siempre la realidad viviente y la verdad misma.

A despecho de las raras prendas de Velázquez, que hacen de él el primero de los pintores realistas, y sin desconocer cierta realidad que aparece en las cosas reales imitadas por el arte, no negaremos nosotros que en casi todas las obras de Velázquez se echa de menos otro más alto idealismo. Si dichas obras lo tuvieran, su autor no tendría rival y sería el rey de los pintores. En los cuadros mitológicos es donde más carece de la virtud realizadora o de la gana de ejercitarla. Su Marte es un mozo de cordel en cueros y con un morrión en la cabeza; su Vulcano y sus cíclopes son robustos, sucios y desharrapados pícaros, dignos de asistir en la tertulia del señor Monipodio; y su Apolo no es el dios de la poesía, rodeado de las musas, ni el dios que guía el carro del Sol, ni el numen tremendo que baja del Olimpo, ardiendo en ira y armado de mortíferas flechas para lanzarlas contra los griegos y vengar a Crises.

Si Apolo apareciese más fuerte en el cuadro, sería a lo más el del soneto de Quevedo,

bermejazo platero de las cumbres,
a cuya luz se espulga la canalla.

En los cuadros de asunto religioso y cristiano no cae Velázquez en tal exceso de naturalismo. La nobleza y el decoro de las figuras les prestan siempre la majestad debida, y en algunas casi se columbra lo ideal. Así, por ejemplo, en el Cristo de la cruz, de las monjas de San Plácido, y en la entrevista de San Antonio y San Pablo, primer ermitaño, donde lo maravilloso y poético de la leyenda se revela en las figuras de ambos ancianos y en la tranquila soledad del yermo, apenas turbada por el sátiro, el centauro y los leones, mansos por disposición divina y sumisos a la voluntad de aquellos santos anacoretas. Y todavía, sin elevarse por cima de lo real, hay en muchos retratos de Velázquez la distinción aristocrática y la gracia y la gentileza, que son o que deben ser propias de los príncipes y grandes señores retratados. Sobresalen por este concepto los retratos de la infantita y de sus meninas, el del marqués de Spínola en La rendición de Breda, el ecuestre del príncipe don Baltasar, muchos de los de Felipe IV, y singularmente el del conde-duque a caballo, a pesar de la lisonja candorosamente cómica de ponerle allí de general dirigiendo una imaginada batalla en que, sólo pudo estar en sueños. Próspera y pacífica fue la vida de Velázquez. Apenas se concibe que pudiese tener enemigos. Sus elegantes modales y su afable trato conquistaban las simpatías de todo linaje de personas. Y como él era generoso, y carecía de envidia, jamás agraviaba a nadie, distando infinitamente en este punto de la condición y conducta de uno de los dos grandes pintores contemporáneos suyos, Ribera o el Españoleto, cuyos desalmados y feroces satélites y parciales arrojaban de Nápoles a los artistas que aspiraban a competir con él o que no se le sometían, empleando para dicho fin el puñal y hasta el veneno, si vale dar crédito a ciertas acusaciones. Velázquez, por el contrario, se complacía en auparse, en dar a conocer y en prestar favor y apoyo a los artistas de mérito, por donde alcanzó la honra de haber sido el valedor y protector de Bartolomé Esteban Murillo. Grande interés ofrece la detenida comparación de ambos pintores sevillanos; pero la premura del tiempo y la poca extensión de un artículo, por largo que sea, no nos dan ocasión ni espacio para ello. Limitémonos a confesar aquí que nosotros coincidimos con la opinión de los que llaman por excelencia a Velázquez el pintor de la Tierra, y a Murillo, el pintor del Cielo.

No ya sólo entre los antiguos pintores de España, por lo común harto naturalistas, sino también entre los de Italia, dichosos amantes de la ideal belleza, descuella Murillo por su idealismo. Y no tanto brilla éste en la material y plástica perfección de las formas cuanto en la expresión de los rostros, aunque meramente humanos, iluminados gloriosamente por el espíritu en la contemplación, en el éxtasis y en el arrobamiento. Las paredes de humilde celda se rompen para abrir paso al esplendor de la gloria y al coro de los ángeles y de los encendidos serafines, derramando flores y luz de bienaventuranza en el sereno ambiente. Allí se realiza una santa y verdadera teofanía. El Niño Dios visita a una criatura inmortal, y con dulce sonrisa regala y beatifica su alma. No toca ya Murillo, ni a los que

contemplan algunos de sus cuadros, la cruel sentencia del desengañado poeta gentil cuando asegura que, por culpa de nuestros pecados, no se dignan visitarnos los seres divinos ni mostrarse con luminosa claridad a nuestra vista. El San Antonio de Padua de la catedral de Sevilla es el más sublime dechado de este género.

Murillo, sin embargo, no desdeña pintar los objetos ordinarios, y hasta feos, de este bajo mundo. El arte lo ennoblece todo, y hasta cierto punto lo hermosea. Dicen que este pintor empleó alternativamente tres estilos, según el asunto que pintaba. Eran los tres estilos: el frío, para las escenas familiares, pícaros, mendigos, etc.; el vaporoso, para cierta clase de asuntos noblemente reales o medianamente ideales, y el cálido, para las apariciones gloriosas y radiantes y para la pompa triunfal con que bajan del cielo Cristo y su divina Madre a visitar, ya a los padres y doctores de la Iglesia, ya a los mártires, ya a los bienaventurados penitentes.

Un tanto cuanto cándidas se me antojan esta división y esta aplicación de los tres estilos; pero no me atreveré a discutir sobre el fundamento que tienen, por mi mucha ignorancia en el tecnicismo del arte. Diré sólo que Murillo emplea los tres estilos a la vez en un cuadro suyo en que hay de todo: inspiración divina, triunfo admirable de la caridad, una reina santa, nobilísima y hermosa, y mendigos cubiertos de miseria, llagas, tiña y andrajos. Renuncio a la descripción de este magnífico cuadro y me remito a la muy elocuente que hace de él Viardot, terminándola con estas frases: «¡Ah!, si hay lugar aún, en el trono del arte, entre la Transfiguración y San Jerónimo, colóquese allí la Santa Isabel, y escríbase en las tablas de la inmortalidad, al lado del nombre de Rafael, el nombre de Murillo.»

Después de lo dicho, es inútil que yo confiese, no que Murillo me parezca mejor que Velázquez, sino que de Murillo gusto más.

Como quiera que sea, Velázquez no deja por eso de ser grande, y sólo a él debiéramos dedicar hoy nuestras alabanzas, encomendando las de Murillo a los que vivan dentro de dieciocho o diecinueve años, cuando se cumpla y se celebre también el tercer centenario de su nacimiento.

Discúlpese, no obstante, y no se tilde de inoportuno, que en esto nos hayamos adelantado para confirmarnos en la creencia de que el glorioso arte español no tuvo uno, ni pocos, sino muchos egregios favorecidos; que sobrevivió a Velázquez, y que aún perdura y florece.

Se cuenta que la estrella Soheil o Canopo, a la que estaban ligados la cultura y el poder musulmicos en España, casi ha desaparecido ya de nuestro horizonte; pero la estrella de nuestra cultura y de nuestras artes cristianas resplandece aún sobre nuestras cabezas en lo más alto del cielo, y sólo ha padecido parciales y breves eclipses. Siempre que haya alguno que afecte, por ejemplo, las artes de la política o de la guerra, consolémonos y confortémonos, pensando que el eclipse no es total y cultivando las otras artes en que malamente no ha influido.

Las cosas han cambiado mucho en el mundo; muy otras son las circunstancias en el día. En lo antiguo, las naciones pobres solían ser las más fuertes.

Hoy, antes de ser fuerte es menester ser rico. Constan los ejércitos de millones de soldados; la maquinaria empleada en la guerra, es complicada y carísima; hasta el aprender a manejarla cuesta sumas enormes. Mal puede adquirirse con la práctica certera puntería, cuando con lo que se gasta en

un solo disparo de cañón pudiera mantenerse con holgura y durante un año una numerosa familia.

Cuando España prevelece era todo de muy diferente manera. Tal vez no hubo entonces fuera de España más de treinta o cuarenta mil españoles armados. Eran austeros y sufridos hidalgos, menesterosos segundones, gente de leva y de pelo en pecho y atrevidos aventureros, ansiosos de lucirse, garbear y holgar; pero fanatizados por frailes y clérigos entusiastas, dirigidos por hábiles capitanes, confiados en Dios y en la fortuna y puestos al servicio de sagaces hombres de Estado defendieron el catolicismo en lucha secular contra berberiscos, turcos y herejes; mantuvieron la hegemonía de España en Europa y dilataron su imperio por la apenas explorada extensión de los mares y por la redondez de la Tierra. Hoy no diré yo que carezcamos de todo esto; pero sí diré que carecemos de dinero, y que sin dinero todo esto vale poco o nada en el día. Diré, además, que siempre hay alguien que sea o que quiera ser héroe; pero son poquísimos los que quieren ser mártires. Y martirio es combatir y morir sin razonable esperanza de buen éxito y hasta sin vender cara la victoria. Y martirio es, por último, arruinarse gastando en armas, fortificaciones, nuevos buques y muchos soldados, con la previa convicción de que habrían de ser inútiles contra naciones incomparablemente más poderosas.

Consagrémonos, pues, a las artes de la paz, a ver si salimos de apuros, si nos enriquecemos y si desechamos la inopia y la consiguiente flaqueza. No es desatino asegurar que tal vez en pocos años los modistos y confeccionadores en París de sombreritos, afeites, cosméticos, perfumes, lindezas y otros primores de moda, han ganado y llevado a Francia muchísima más riqueza que toda cuanta trajeron los galeones a España de las minas del Nuevo Mundo. Consagrémonos, pues, repito, a las artes de la paz, y den ejemplo los pintores, ya que hoy de pintores se trata. Valga como apólogo una anécdota de la vida del Españolito. Se empeñaron dos paisanos suyos en que se asociara con ellos y adelantase considerable suma para descubrir y producir la piedra filosofal. Acababa entonces Ribera de pintar un bonito cuadro: lo envió a vender al punto; trajéronle el importe de la venta, que ascendía a cuatrocientos escudos, precio grande en aquella edad; y mostrando a sus paisanos el oro, les dijo con orgullo: «yo soy alquimista también, y ésta es mi alquimia.»

Líbreme Dios de aconsejar que los artistas piensen más en el provecho que en la gloria; pero en estos casos, como en casi todos, es falso el refrán de que «honra y provecho no caben en un saco».

Píntense grandes cuadros de asuntos históricos o religiosos, como Murillo, Ribera y Velázquez los pintaban; pero húyase de la manía de no dibujar, creyendo pasar así por coloristas y efectistas francos y atrevidos. No se extreme la afición al naturalismo hasta no buscar argumento digno de un cuadro, sosteniendo que una vieja hilando el copo, o un pilluelo comiéndose un higo chumbo, si están bien pintados, valen tanto como los actos de un santo o de un héroe. Escenas de nuestro teatro antiguo y moderno, y de nuestros poemas, leyendas, cuentos y tradiciones en prosa y verso, bien pueden dar asunto a muy lindos cuadros, más a propósito para adornar los elegantes y ricos salones que los lances y figuras vulgares, y los ya hartos manoseados chulos y chulas, majos y toreros, toros y costumbres andaluzas. Y lo que yo, por último, aunque profano y poco

entendido en bellas artes, me atrevo a aconsejar a nuestros jóvenes pintores, es que para producir vehemente emoción, no abusen de lo tétrico, de lo horrible y de lo espantoso; recuerden la sentencia que dice: «A mal Cristo, mucha sangre»; procuren pintar pocos cementerios, cadáveres, esqueletos y otros horrores, en competencia con Valdés Leal, y dando a quien mire sus obras miedo, asco o gana de taparse las narices. ¿Qué rico magnate, banquero o prócer querrá comprar un cuadro para que asuste o aflija a quien le visite, y para que su delicada y nerviosa señora se emocione de sobra, y si por acaso está encinta malparada o para un mostricello?

No; la serena inspiración religiosa no ha pasado aún, ni necesita para manifestarse incurrir en tan ascéticos y asquerosos extravíos. Los pintores tienen hoy, además, otros abundantes y puros veneros de inspiración. Y tanto lo bello cuanto lo sublime, puede y debe conciliarse con lo agradable, sobre todo cuando se pinte para los palacios y casas de los grandes señores y de las personas ricas, que son los principales mecenas de los artistas y los que mejor pagan y extienden su fama por el mundo. ¡Ojalá que nuestros artistas de ahora y del futuro logren alcanzar y extender la fama propia, haciendo reverdecer los laureles artísticos españoles, y compitiendo con los inmarcesibles de Velázquez, cuyo tercer centenario celebramos!

Madrid, 1899.

Mis visitas

- I -

El arte por el arte

Aunque me repugna hacer mi propio elogio, no puedo menos de asegurar aquí que yo soy muy llano, conversable y afectuoso. Las palabras del Evangelio *pulsate et aperietur vobis*, llamad y se os abrirá, debieran estar escritas en la puerta de mi casa. No sé negarme; rara vez me decido a no recibir a las personas que vienen a verme, por humildes y desconocidas que sean. Por fortuna, o por desgracia, la gente abusa poco de esta benigna franqueza mía, en realidad poco útil, porque ni soy rico para acudir a nadie con importantes socorros y limosnas, ni nunca o casi nunca he tenido una alta posición oficial a propósito para dar empleos o hacer otros favores, ni tampoco he gozado de suficiente influencia y valimientos con los gobernantes para salir airoso de las pretensiones extrañas que yo recomiende y apadrine.

Esta misma conciencia de mi escaso poder hace que me lisonjee cualquiera con venir a visitarme, imaginando yo que no viene sólo por interés, sino que algo de simpatía hacia mí también le mueve, ya que, si no es tonto,

debe calcular que mi buena voluntad y mi intercesión ha de valerle poco o nada.

La conocida décima de nuestro gran dramaturgo tiene aquí muy conveniente aplicación. Suponiéndome yo el sabio o el ignorante que coge las hierbas para su comida, aún puedo suponer a otro sabio o a otro ignorante que recoja las hierbas que yo deseche. Por desvalido y menesteroso que ande uno, siempre habrá otro más menesteroso y desvalido que él.

La fama literaria, además, atrae hacia los que gozan de alguna a los cándidos que no la gozan y que pugnan por alcanzarla. Sin pecar de inmodestia, sino pecando tal vez de cruel y desesperadamente humilde, bien puedo recordar yo el verso de Boileau, que dice:

Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.

En suma, y como quiera que sea: no me faltan las visitas, a pesar de lo insignificante que soy. Y bien puedo dar gracias a Dios de no ser más insignificante, porque entonces las visitas serían muchas, y siendo yo tan bonachón como soy, no me dejarían en paz ni por un momento.

De las pocas o muchas visitas que he recibido en estos últimos años de mi vida, muy de agradecer, por ser obras de misericordia en pro del enfermo, y porque viviendo yo tan retraído en mi casa, son casi el único medio que me queda de comunicarme con la gente, ha habido algunas tan curiosas y tan raras, que me infunden el deseo de referirlas, como si cada una fuese, ya un cuento o semicuento, ya un diálogo con leves puntas y sutiles ribetes de filosófico o de científico. Persuadido estoy de que habrían de divertir o de interesar si al ponerlas yo por escrito mostrase cierta habilidad y chiste candoroso, claro está que sin ofender a nadie, porque está muy lejos de mi ánimo el ser desagradecido.

Concebido tenía yo y casi formado el plan de un librejo que se titulase Mis visitas, cuando asaltaron mi mente escrúpulos o consideraciones morales que casi me retrajeron.

«Tú -me decía yo- estás ya muy averiado, y verdaderamente debieras dejarte de bromas y no pensar en divertir al público con fruslerías, sino ponerte bien con Dios, pensar en la muerte, que tal vez no tarde en venir, y no componer obrillas ligeras y sin sustancia, sino olvidarte de que hay plumas, tintero y papel, a no ser que se te ocurra algo muy serio, grave y sustancioso, cosa hartó ajena, hasta el día, de tu condición y carácter.»

Así cavilaba yo, hallándome solo, noches pasadas, en el cuarto que me sirve de escritorio y biblioteca, cuando, sin saber cómo y sin que nadie le anunciase, vi entrar y saludarme afablemente a un muy respetable señor, con traje talar y al parecer de prelado. Una cruz de oro y pedrería brillaba en su pecho, pendiente de rica cadena, y en su blanca aristocrática y bien cuidada mano derecha había un anillo de obispo, que besé yo con el debido respeto.

Trazas tenía mi visitante de tener poco más de cuarenta años; pero saludable, bien compuesto y cuidado en toda su persona, de suerte que infundía veneración y afecto con su majestuosa hermosura. Era esbelto y alto. La tez de su rostro, de palidez etérea. Dulce e intensa luz vertían sus ojos. Caso singular: aunque yo, por la edad, debí considerarme hartó mayor que él, en aquel momento le tuve, no sé por qué, por más anciano. Casi me creí joven. Vi en él a un anciano e íntimo conocido, sin recordar bien esto, sino de manera confusa. Y concediendo en mi espíritu que él era

mayor que yo en edad, saber y gobierno, hallé naturalísimo que me tutease, dirigiéndome la palabra de esta manera:

-He venido a ti, hijo mío, impulsado por nuestra antigua amistad y por la compasión que me inspiras. Estás inquieto, afligido y desconsolado, y es menester que te tranquilices, te consueles y cobres ánimo. Ya cuidará Dios de llamarte a mejor vida cuando en su sabiduría lo juzgue oportuno. Para ponerse bien con Él no está mal pensar en la última hora; pero mejores estar bien con Él siempre, aun sin pensar en esta hora última y hasta imaginándola muy distante. Quien está conforme con los eternos decretos y los espera sin recelo, confiado en la bondad divina no puede menos de sentir en el fondo de su corazón muy grato sosiego y de estar más alegre que triste. ¿Por qué, pues, has de condenar tú como impropio de tu avanzada edad el sentir cierto regocijo y el tratar de comunicarte a tus semejantes por medio de la palabra escrita? A pesar de la indulgencia con que yo te miro, no puedo ni quiero calificarte de santo y de chistoso a la vez. Lo que aseguro es que no hay la menor incompatibilidad entre lo chistoso y lo santo; con tal de no ofender al prójimo, bien puedes tú, como puede cualquiera, decir chuscadas, si algunas se te ocurren. Pues qué, ¿no leíste nunca Las gracias de la Gracia, del padre Boneta? Y si tantos siervos de Dios como el padre cita en su libro se allanaron a divertir a la gente con sus agudezas y con lo que ellos tenían por tales, ¿por qué has de presumir tú en tu soberbia que imitándolos te desdoras? Lo que iba diciendo mi extraño visitante no me parecía nuevo ni peregrino, pero me parecía puesto en razón y dicho con buen propósito. Sin embargo, yo percibía sus palabras con muy singular percepción, como si hiriesen mi alma, sin conmover el aire y sin pasar por el oído. Frialdad intensa, aunque no desapacible ni ingrata, producía en mí un ligero temblor y penetraba en mis huesos.

No afirmaré yo si materialmente acerté a responder, expresando con palabras mi pensamiento. Lo que afirmaré es que, sin saber cómo, respondí al personaje que conmigo hablaba, entablado con él el siguiente diálogo:

-No me tengo por presumido ni gusto de darme importancia; pero se la doy al oficio de escritor público que he tomado, si bien con muy largas huelgas, durante mi ya más larga vida. De aquí que yo piense a menudo que no se debe escribir cuando nada se tiene que decir; que quien escribe debe enseñar verdades, y que si no tiene verdades que enseñar, vale más que no escriba. En la vejez, sobre todo, hallo censurable emplearse en componer obrillas de mero entretenimiento, sin otro fin, dado que se logre, que el de divertir a los ociosos. Informe, vago y confuso, acude a veces a mi espíritu un tropel de ideas metafísicas y morales, con las que pugno por explicarme lo que es, la dirección que lleva en su movimiento e incesantes mudanzas, y el término en que ha de parar todo, justificando a la Providencia y poniendo en armonía su bondad y su poder soberanos. Dejando a un lado mis libros, penetrando en el abismo de mi alma y buscando allí y tomando allí por guía la luz con que viene al mundo todo hombre, ¿qué filosofía tan bella y tan verdadera, qué doctrina tan perenne y tan sana no pudiera yo formular? Quaedan perennis philosophia, como Leibniz la deseaba. Esto sería digno y propio empleo de mi existencia en sus postrimerías; pero descolgarme al cabo de mis años con historias y chascarrillos más o menos alegres, temo que sea una profanación de la

vejez y que carezca de disculpa. Recuerdo, como severo aviso, estos dos versos de Manzoni:

I vegliardi che ai casti pensieri
della tomba già schiudon la mente,

y me apesadumbra no poder incluirme en el número de esos ancianos. -¿Cómo no he de aplaudir yo los castos pensamientos de la tumba, a los que deben abrir la mente los ancianos? -replicó mi interlocutor-; pero esos pensamientos castos no es menester que sean melancólicos. Contando con la gracia de Dios, ¿por qué no han de ser regocijados? Aprobaría yo también, y por lo mucho que te quiero, me encantaría yo de que escribieses un buen tratado de filosofía perenne o algunas meditaciones de casi igual valer y enjundia; pero importa antes de acometer una empresa, calcular y medir las fuerzas que hay para llevarla a cabo. ¿Y quién te responde de que tú, pensando escribir una filosofía perenne, no escribieses un cúmulo de disparates, acaso herejías, acaso insulseces; cosas tal vez que imaginarías nuevas por lo extrañas y que ya hubieran sido dichas y repetidas por filósofos de otras edades y naciones? ¿Qué puede ya inventarse, por raro y extravagante que parezca, que por algún filósofo no haya sido inventado y sostenido antes? El círculo, además, dentro del cual todas estas invenciones han de colocarse por fuerza, es más estrecho de lo que generalmente se cree. Cuanto puede inventarse filosóficamente, sospecho yo que se ha inventado ya. Todo se encierra en el mencionado círculo, del cual no puede salir, porque ha trazado la circunferencia el espíritu humano, y no hay fuera de ella sino tinieblas impenetrables. Ni con la antorcha sobrenatural de la fe puedes ver y distinguir en esas tinieblas verdad alguna, porque ni cabe en tu entusiasmo, ni en tu imperfecto y humano lenguaje hay vocablos ni frases con que expresarla y con que transmitirla. Aconséjote, pues, que te dejes de peligrosas filosofías y que no escribas, o que escribas cosillas ligeras y un tanto cuanto de broma.

-La broma me tiene ya muy disgustado -repliqué yo-. Por demás cunde hoy en nuestra patria la manía de ser bromistas y chanceros. Odioso me parece, en medio de nuestros infortunios nacionales, tomarlo todo a risa; pero he de confesar que me disgusta más aún ser escritor elegíaco y terapéutico, que es otro de los caminos más trillados hoy. Quisiera yo seguir la senda del medio: dejarme de chanzas, porque dice el refrán: No está la Magdalena para tafetanes, y dejarme también de buscar y declarar los remedios con que podamos alzarnos de nuestra postración y volver a ser fuertes, confiados y dichosos. ¿Para qué escribir si de algo de esto no se trata?

-Veo que persistes en la misma manía. No será vanidad individual, pero es vanidad colectiva. ¿Quién te ha metido en la cabeza que sea indispensable para ser escritor tener que cumplir con una misión docente, restauradora y salvadora? Es el escribir arte nobilísimo, pero arte en lo esencial como cualquiera otro. ¿Qué regenera, qué salva, qué enseña ni qué demuestra el escultor que hace una magnífica estatua, el pintor que pinta un precioso cuadro o el hábil joyero que forja, cincela y pule las más primorosas y delicadas joyas? Nada de esto tiene más utilidad ni más fin que la

manifestación sensible de la belleza y el puro y sano deleite que al percibirla se goza. Si escribiesen sólo o si sólo hubiesen escrito los que enseñan grandes y útiles verdades; si sólo así se justificase la escritura, el califa Omar quedaría justificado y aun glorificado por la quema de la biblioteca de Alejandría, suponiendo que tal acusación no sea falsa. Evidente es que la palabra escrita, así como la palabra hablada, es vehículo de la verdad; pero no es menester que sea la verdad la que única y exclusivamente en tal vehículo se transmita. Espantoso tormento sería siuviésemos que callarnos, y no hablar ni escribir mientras nouviésemos alguna verdad importante que revelar a nuestros prójimos. Los seres humanos, en su mayoría, tendrían que poner punto en boca, y se verían condenados a perpetuo silencio, como pitagóricos o cartujos. Notaré, por el contrario, que los más egregios reveladores de verdades jamás las escribieron, y sin escribirlas renovaron o cambiaron radicalmente la faz de la Tierra y la condición del humano linaje. Si es lícito aducir un ejemplo divino, te recordaré que nada escribió nuestro Redentor, cuando con alma y cuerpo, humanos vivió entre nosotros. Ni creo yo que Sakiamuni escribiese, y ganó a su doctrina centenares de millones de hombres. Ni tal vez escribió nada Pitágoras, y de seguro que Sócrates no escribió nada y ambos pusieron, no obstante, los firmes y sólidos cimientos sobre los cuales se levantó más tarde el edificio de toda alta filosofía. Hasta los más profundos, útiles y trascendentales descubrimientos de las cosas naturales, apenas se buscan ni se custodian en los escritos de aquellos que los descubrieron. Ni hay nadie a quien tales descubrimientos no interesen, pero sólo a pocos curiosos eruditos interesan el modo y las frases con que los descubridores se explicaron. Cuál más, cuál menos, todos sabemos algo de lo que inventaron Galileo, Copérnico, Newton, Lavoisier y Edison, Pero ¿quién de nosotros ha leído o tiene gana de leer las obras de dichos señores? En cambio, ¿qué persona de gusto no lee a Cervantes, a Lope, a Quevedo y a otros autores por el estilo, que, al fin y al cabo, si hemos de hablar con franqueza, nada enseñan en realidad ni dicen cosa que no estuviese ya mil veces dicha y redicha? El toque está en que la dicen con tal gracia, con arte tan exquisito y con tan dichosa y penetrante intensidad de expresión, que aquello mismo que todos los demás mortales habíamos también sentido y pensado como ellos, si bien con percepción o concepción vaga y confusa, se nos aparece claro y radiante.

-Del razonamiento que acabo de oír -repuse yo- se infiere que puedo escribir para el público sin considerarme con misión que cumplir o con verdades peregrinas que poner en su conocimiento; pero, si yo no lo entiendo mal, se me impone, para ser escritor legítimamente, otra condición no menos difícil: prestar orden y concierto a lo que está confuso y desordenado en la mente de todos, aclarar sus oscuridades y hacer que resplandezca, circundado de rayos luminosos, lo que en algo que podemos llamar razón suprema y colectiva entrevé cada cual y apenas columbra por remoto y como velado entre nubes. Habilidad me parece ésta no menos rara que la de hallar y comunicar nuevas verdades. Escrito maravilloso, marcado con el sello de la inmortalidad, sería, sin duda, el redactado de esa manera. Y como yo no me siento capaz de tanto, más bien me retraéis de escribir que me animáis con lo que habéis dicho.

-Entendámonos y distingamos -contestó mi visitante-, al hablar como hablé,

ponía yo la mira en el más alto grado de perfección a que puedan llegar o, por lo menos, aspirar los escritores. Mas no se sigue por eso que lleguen cuantos aspiren, ni que para ejercer el oficio sea indispensable tener la seguridad de subir a tan alto grado. También en esta a modo de bienaventuranza literaria puede afirmarse que muchos son los llamados y pocos los escogidos, y más bien sería sobra de pobreza y de egoísmo que sobra de modestia el no acudir a la vocación o al llamamiento sin contar antes con la elección segura. Escribe tú con buen ánimo, como puedas, que ya, si Dios quiere, tocará alguna obra tuya en el extremo ideal de que hemos hablado. Y si no toca, ¿qué pierdes? Consuélate con haber entretenido con tus escritos a alguno de tus contemporáneos; y si a nadie entretienes, y si nadie te lee, todavía debes consolarte pensando en que tú mismo te has entretenido escribiendo, y que el tal entretenimiento es uno de los menos pecaminosos y de los menos costosos que hay. Tú mismo lo has dicho ya: con tres pesetas tienes para mil cuartillas. Aunque en un mes las emborriones todas, todavía el vicio de escribir te sale más barato que el de fumar, por detestables que sean los pitillos que fumes. Y mientras no resulte al cabo ilusoria y huera, nunca debes perder la esperanza de que, cuando no por tu propio mérito, por milagro y por influencia benigna de los cielos, alguna obra tuya frise y casi toque en la perfección de que hemos hablado. Si se hubiera descorazonado Cervantes al notar el poco éxito de las medianas o malas comedias que compuso, jamás hubiera escrito el Quijote. Y si tú jamás escribes cosas que ni remotamente puedan con el Quijote compararse, y te quedas, que es lo más probable, en algo parecido a las medianas o malas comedias, me parece que debes contentarte también, aunque sólo sea porque la distracción de escribir, si resulta sin fruto, resulta también sin gasto y es muy a propósito y cómoda para la vida retirada y sedentaria que por tus molestias te ves forzado a llevar ahora:

-¿De modo que me animáis a escribir? -dije yo.

-Y vaya si te animo. Señal das escribiendo de que vives todavía. Mala, buena o mediana, es la única actividad que te queda. Conque adiós, y escribe.

Dicho esto, mi interlocutor se escabulló no sé cómo ni por dónde.

¿Fue visión o sueño? Por ensueño quiero tenerlo, ya que para visión o aparición milagrosa le falta importancia. Para decir lo que dijo el aparecido, no vale la pena de que algo sobrenatural se realice. Bien es verdad que yo he oído y he leído de muchas apariciones en que el aparecido no vino a decir ni dijo nunca nada más sustancioso ni más nuevo. Quizá lo nuevo y lo sustancioso sea inefable, no se pueda comunicar ni expresar por medio de ninguna lengua humana. Algún espíritu lo pudo decir y pudo entenderlo algún espíritu; pero entre ellos se queda, sin transmisión posible.

Lo que hay de cierto es que, sin duda, revolviendo antiguos papeles, apareció pocos días ha sobre mi bufete una tarjeta de cierto ilustrísimo paisano mío, amigo y confesor de mi padre en su última hora, que hace cerca de medio siglo que murió, y que me quiso bien desde que yo era niño y todavía muy joven. No cito aquí el nombre del personaje de mi mismo lugar, ya que el citararlo a nada conduce. Baste saber que mis escrúpulos se disiparon y que persisto en mi scribendi cacoethes, que ya de cacoethes no

califico.

Si logro entretener a alguien con lo que yo escriba, me daré por bien pagado. Y si no llego a lograrlo, me aquietaré y contentaré con entretenerme yo mismo en mi soledad, inocentemente y a tan poca costa. Resuelto estoy, pues, a escribir cuanto se me ocurra, y, entre otras cosas, el librejo de Mis visitas. Las más serán reales, y, valiéndome de un vocablo a la moda, serán también muy vividas; pero siendo yo tan franco, no negándome a nadie y pudiendo afirmar que abro de par en par mi puerta a quien se digne venir a visitarme, quizá no pueda prescindir ni dejar de hablar de quien y con quien me visite, ni que sea menester que para él se abra la puerta, porque penetre en mi estancia como filtrándose por el muro, por el estilo del convidado de piedra o del personaje de esta introducción.

No pondré mis visitas por orden cronológico, sino según vayan acudiendo a mi memoria.

- II -

Canastel de Flores

Nos hallábamos en guerra con los Estados Unidos. Yo quiero ser y soy muy optimista; pero el desaliento de los demás me había contagiado, y yo, me afligía previendo mil desventuras.

Sin gusto para oír leer ni para dictar algo que escribiese mi secretario -ya que por mi ceguera ni escribo ni leo-, me encontraba yo una mañana con menos deseo de trabajar que de charlar un rato con alguien de fuera de casa.

Sonó la campanilla de la puerta principal. «¿Si será -pensé yo- alguna visita para mí?» Lo mismo pensó mi ya mencionado secretario, y lleno de impaciencia, antes de que fuera a abrir el criado, se adelantó él y abrió la puerta.

Un joven elegantemente vestido, un verdadero dandy, o gomoso, saltando de limpio y pulido, con traje reluciente de puro nuevo y con sombrero de copa que parecía recién salido de la tienda, penetró en la antesala, zarandeándose con graciosa elegancia, tarareando con primor y sin desentono música de Wagner, y remolineando entre los ágiles dedos un liviano bastoncito.

Cuando el secretario le preguntó quién era y qué se le ofrecía, él contestó con gentil desenfado:

-Diga usted al señor que está aquí y que desea hablarle Canastel de Flores.

Don Pedro, que así se llama mi secretario, vino a mí con la embajada, un tanto cuanto deslumbrado por la gallardía, desenvoltura y airosa presencia del visitante y hasta por su poético nombre o título nobiliario, por lo menos de conde y pontífice, ya que no de Castilla.

Poco veo yo, pero entonces veía algo más que ahora, y no dejé de notar que la pulcritud y elegancia de Canastel no habían sido ponderadas en demasía. Eran, sin duda, reales. Y si el Canastel no olía a las flores de su apellido, olía a pachulí, o a ilang-ilang, que era una delicia. Roguele que tomase asiento, y, después de las ceremonias de costumbre, me habló de esta suerte:

-Atraído por la merecida fama de escritor que usted goza, yo, escritor también, aunque principiante y todavía oscuro, me atrevo a venir a verle. Aquí vertió el Canastel todas sus flores sobre mi cabeza: manibus lilia plenis. Mi justa y natural modestia no consiente que tales flores salgan a relucir aquí, por más que yo sospeché, desde luego, que debajo de ellas la sierpe estaba escondida y que en pos del encomio iba a venir el sablazo. -Déjese usted de cumplimientos- le dije con disgusto.

Y conociendo él que, en efecto, no me seducía la lisonja, dijo, hablando de sí:

-Anche io son pittore, como dijo el otro. También yo soy literato, aunque de poco fuste hasta el día. No me quejo, con todo, ni de los hombres ni de la fortuna. A buscarla vine a Madrid desde mi ciudad natal, y reconozco que entré con buen pie en esta villa y corte. Tres o cuatro periódicos me abrieron confiadamente sus columnas. En ellas he publicado no pocos artículos, que aplaudió el público y que pagó bien la Empresa. ¿Qué tal le parece a usted?

-¿Qué ha de parecerme?- contesté yo,

-El éxito fue rápido y brillante.

-Doy a usted mi parabién más cumplido.

-¡Ay! -replicó Canastel, exhalando un suspiro melancólico-. Harto poco consistente es la buena ventura. Como la luz de un cirio que arde sin fanal que la defienda, cualquier soplo de viento la mata. Pero no se apure usted, por amor de Dios. No se apure usted.

Sin duda hube yo de hacer involuntariamente un gesto de terror previendo el sablazo, cuando Canastel, interrumpiendo el hilo de su historia, me aconsejó que no me apurara.

-Yo no me apuro- dije, reponiéndome y tranquilizándome.

-Pues entonces prosigo. El soplo de viento que mató mi buena ventura fue esta maldita guerra que en el día tanto nos aflige. Telegramas y más telegramas. Los periódicos se llenan de noticias. Para la literatura no queda espacio, y como, además, se gasta un dínal en el telégrafo, a cualquier Empresa, por desahogada y boyante que esté, se le hace muy cuesta arriba pagar a los escritores amenos, en cuyo número, aunque indigno, me atrevo a contarme.

Aquí hubo de renovarse mi involuntario gesto de terror.

-No se apure usted- continuó Canastel.

Yo no me apuré tampoco.

-¿Sabe usted quién fue Moyano, el de las anchuras?

-Lo ignoro.

-Pues bien: yo sostengo que en adelante no debiera decirse: «¡Qué anchuras, ni las de Moyano!», sino: «¡Qué anchuras, ni las de Canastel!» No hubo medio de que en adelante admitiesen ni publicasen en ningún periódico uno solo de mis originales. Me hallé sin recursos. Empeñada, vendida o llena de jirones o manchas toda mi ropa. Desconfiando de mí la

pupilera, estuvo a punto de ponerme de patitas en la calle, obligándome a exclamar: «El lobo tiene su cueva, la paloma tiene su nido; pero el hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza.»

-Mil veces lo he dicho -repuse yo-. No hay oficio menos socorrido ni más ingrato que el literario. Por cada cien individuos que lo ejerzan, habrá uno que prospere, y todos los restantes se hallarán expuestos con frecuencia a ser como el hijo del hombre.

-Por eso yo me decidí pronto y tomé otro camino. En vista de que, aumentando yo el tesoro de las letras patrias, nada lograba atesorar materialmente para mí, y me expondría a perecer de inanición (perdone usted que emplee términos mitológicos), volví las espaldas a Apolo y pedí socorro a Mercurio. Propicio se me mostró enseguida aquel numen tutelar del comercio y de la banca. Imaginé que bajo su tutela, potestas jure civite data ant permissa, cuando no crear, siquiera podía yo dislocar lícitamente para mi uso una pequeña parte de la ya creada. Entendiéndolo después mejor, advertí que ofendía injustamente al nuevo oficio que tomaba. Todo servicio prestado, toda comodidad que a nuestros semejantes se procure, no es dislocación, sino es también creación de riqueza. Y bien podía yo gozar de ella sin el menor escrúpulo. En suma, y para no tener a usted por más largo rato en suspenso: le diré que tuve la buena suerte de colocarme como agente de una Compañía de seguros de vida. Sesenta duros me dan al mes. Ni por sueños podría calcular yo que me produjesen tanto mis artículos. Y miel sobre hojuelas: se me prometía, además, un razonable tanto por ciento por cada contrato que de resultas de mí agencia se celebrase.

-Pues, amigo mío -dije yo, sin miedo ya al sablazo y creyendo que Canastel venía a que yo asegurase mi vida-; pues, amigo mio, es usted el hombre de la dicha y está mejor que quiere.

-No se pescan truchas a bragas enjutas -contestó Canastel-. Antes de darme posesión del empleo, se me impuso cierta condición bastante difícil. Andaba yo como en borrador, y era menester ponerme en limpio. Sucio, destrozado y roto me veía, y se necesitaba que estuviese yo bien vestido, no sólo con aseo y decencia, sino con primor fashionable. Prodigios de actividad y de ingenio fueron entonces los míos. No se escandalice usted de que me alabe. Milagrosamente me proporcioné dinero, y me atavié como puede usted contemplarme ahora. Pantalones, chaleco, levita y sombrero, todo nuevo y bien confeccionado. Compré, y poseo también, muy fina ropa blanca. Vamos, ¿qué le parezco a usted? ¿No es verdad que estoy hecho un brinquillo? Sólo así puedo entrar con desahogo en casas de personas ricas y tratar con ellas sobre los asuntos de la Compañía a quien sirvo.

-Todo ello me parece tan bien -dije yo-, que no puedo menos de felicitar a usted y de alabar a Dios, que con tanta benignidad y tan en favor de usted ha dispuesto las cosas.

-Pues algo de más benigno deseaba yo, y no se me ha logrado. Gravísima contrariedad me ha sobrevenido a última hora. Gastado está ya todo mi dinero, y tan gastado y consumido mi crédito, que no hallo modo de contraer nueva deuda, por más que lo solicito. Pero, por amor de Dios, no se apure usted.

-¡Hombre, yo no me apuro!- contesté un poquito cargado.

-Sabrá usted, ya que no se apura -continuó Canastel con mucha calma-, que

aún necesito comprar algo para completar mi equipo, y carezco de metales preciosos. ¿No conoció usted nunca a Pie Divino? ¿No era usted diputado cuando él lo era?

-¡Vaya si le recuerdo! -dije yo-. Era un señor diputado elocuentísimo y discreto; pero como tenía tan lindo pie y se calzaba tan primorosamente, esta cualidad suya perjudicaba a sus demás buenas cualidades, y en vez de llamarle la gente entendimiento divino o pico divino, le llamaban Pie Divino, rebajando así su mérito, en vez de ensalzarlo con la lisonja.

-Permítame usted que yo, sin temor a rebajar el mérito de usted, ni rebajar el mío tampoco, declare aquí que tenemos pies divinos ambos, como lo probé poco ha en la tienda del zapatero Cayatte, donde he visto la horma de usted, que parece hecha a mi medida. No me he mandado hacer un par de botines, ni los he comprado hechos, porque no tengo para pagarlos. Mire usted cuán incompleto estoy.

Y, levantando un poco los pies, dejó ver, en desacuerdo feísimo con todo su traje, que, en vez de botines, calzaba unas viles y rústicas alpargatas.

-La magnanimidad de usted -dijo Canastel- es grandemente reconocida y encomiada. Reconocidos, aunque no encomiados, están igualmente los dolores reumáticos que tanto a usted molestan, que no le permiten ya tener pie divino y que le obligan a llevar zapatos anchos, feos y viejos, en vez de los preciosos botincitos de charol que antes usaba. Por Cayatte, que se jactó de ello, sé que tiene usted todavía dos pares sin estrenar. Y como ya para nada le sirven, acudo a suplicarle que me dé un par siquiera, completando así el adorno de mi persona, haciéndome apto para el empleo que me da la Compañía y consiguiendo mi eterna gratitud que, por poco que valga, vale más que lo que yo por ello le pido.

Con mil frases elocuentes, que no acierto a reproducir aquí, encareció Canastel su ruego.

Me sentí conmovido. En efecto: yo tenía aún sin estrenar dos preciosos pares de botines de charol. Estaban en una alacena. Fui a buscarlos, tomé el par más bonito, lo traje y se lo puse a Canastel en la mano.

Canastel me dio las gracias más fervorosas. Luego, con rapidez y agilidad, se calzó los botines, que le venían como pintados, y se transformó enteramente en el currutaco más completo, en el más acabado figurín que imaginarse puede. No quiso dejarme en casa las alpargatas como reliquia última de su miseria. Tal vez pensaba utilizarlas aún. Lo cierto es que las envolvió, con mi permiso, en un numero de La Época que halló en una silla y se fue con ellas, despidiéndose muy cortésmente.

Mi secretario le acompañó de nuevo hasta la puerta. En la antesala estuvo de conversación con él durante cerca de un cuarto de hora. Cuando volvió mi secretario, me contó, en resumen, lo que sigue:

En la efusión de su contento, Canastel había estado con él más comunicativo y franco que conmigo.

-Estos botines -dijo- han de ser, lo preveo, causa eficiente de mi felicidad. A usted se lo diré todo, porque me inspira usted la mayor confianza. Sin haberla logrado aún, la notoriedad me tiene hastiado. Anhele la oscuridad y el reposo. La áurea mediocritas es mi bello ideal. Abandoné sin pena la literatura, y, no ya sin pena, con verdadero regocijo, abandonaré yo los negocios bancarios, comerciales o como

queramos llamarlos. La escondida senda por donde han logrado ir los pocos sabios me atrae de un modo irresistible. Para caminar por ella me eran indispensables estos botines. Dios se los pague a quien me los ha dado. Con breves frases, que yo resumiré más aún, lo explicó todo enseguida. Doña Filomena, la señorita más pudiente de su lugar, ya sin madre y sin padre, y heredera de olivares y viñedos que podrían producir siete u ocho mil pesetas anuales, había venido a Madrid por una temporada y acompañada de una tía suya, con el intento de consolarse de su orfandad reciente. Desde la infancia era Canastel muy su amigo, y ya en la mocedad había coqueteado mucho con ella. Al verle tan bien equipado, presumía Canastel que la bella habría de rendirse a todo su talante, concediéndole su blanca mano civil y religiosamente, como Dios manda. Así, por ministerio de amor, esperaba él abandonar el piélagos proceloso del mundo, la literatura y el comercio, y entregarse a la agricultura, cultivando, mejorando y desarrollando las fuerzas productivas de las fincas de su consorte. Los botines eran, pues, la piedra angular del edificio de sus esperanzas. Al partir abrazó a mi secretario y le prometió que le convidaría a la boda. Y no tarareaba ya la magistral y complicada música de Wagner, sino el cantar de una zarzuela o tonadilla de los primeros años del siglo XIX, que él había aprendido de boca de su abuela y de la que don Pedro guardó en la memoria los siguientes versos:

¡Adiós odioso anhelo!
¡Adiós cansada vida!
A mi patria querida
me voy a retirar;
unido en matrimonio
a una niña hacendada,
ni riquezas ni nada
tendré que desear.
El arroyuelo alegre,
la danza de pastores,
de prados y de flores
la grata variedad...
¡Oh, qué dulce contento!
¡Oh, qué felicidad!

¡Ojalá que esta felicidad se logre o se haya logrado! ¡Ojalá que este idilio, que no huele a pachulí ni a ilang-ilang, sino a tomillo, venga a realizarse o se haya realizado ya, por la intercesión benéfica de mis botines y por el generoso desprendimiento conque dejé a Canastel que se los calzase!

Madrid, 1900.

Meditaciones utópicas sobre la educación humana

- I -

El Gobierno docente

Hace ya no pocos meses, el señor don José Gutiérrez Abascal, director del *Heraldo*, me rogó que le escribiese y enviase lo que pienso y siento sobre instrucción pública.

Aunque quise complacer al señor Abascal, no logré hacerlo entonces por varios motivos. El mal estado de mi salud se oponía a que yo consultara los muchos libros que sobre educación se han escrito y las leyes y disposiciones vigentes sobre cosa tan importante en otros países en el día más adelantados y prósperos que el nuestro. Esto, por otra parte, no sería decir mi opinión, sino la de otros, y lo que se me pedía era sólo que dijese yo lo que opino. Me decidí, pues, a decirlo sin consultar libro ninguno, y hallé tan vasto el asunto y tanto lo que sobre él puede decirse, que no me pareció posible que cupiese en uno, en dos o en tres artículos de periódico. Resolví, pues, ir reuniendo y ordenando mis pensamientos, y así, vino a formarse este libro que ofrezco al público ahora.

Si por raro capricho de la suerte se me diese a mí la cartera del nuevo Ministerio que se ha creado, y si por imperdonable y audaz extravagancia la aceptase yo al cabo de mis años, aseguro que lo dejaría todo como está, sin reformas ni mudanzas. ¿Para qué planes nuevos y los consiguientes trastornos, que sólo durarían el tiempo que durase yo de ministro, y que servirían de estímulo para que mi sucesor, no queriendo ser menos que yo, lo cambiase o reformase todo, haciendo tal vez mayores tonterías o disparates que los anteriores?

No tiene, con todo, inconvenientes ni peligros el que yo, desde mi casa, como teoría pura y casi utópicamente, diga sobre instrucción pública todo cuanto se me antoje, ora sean afirmaciones, ora dudas o problemas que se queden sin resolver.

Sin salirme de estos límites que mi fundada modestia traza y encerrándome en ellos, voy a exponer aquí cuanto pienso y siento, procurando ser muy conciso.

Mis dudas empiezan en la raíz y en el fundamento mismo, o dígase en el tronco del ramo de que se trata. Y yo no quiero ocultar mis dudas.

¿Hasta qué punto conviene que la instrucción se generalice? Hay una sentencia clásica en latín macarrónico que dice: *Quod natura non dat, Salamanca non prestat*, por donde se infiere que el tonto, lejos de hacerse discreto, se hace más tonto aún por el estudio; que es desatino aspirar a que haya muchos sabios, y que, según la expresión graciosa, aunque harto cruel, de un célebre personaje que solía aplicarla injustamente, no pocos de los que imaginan, estudiando, llegar a ser sabios, son tontos sublimados o refinados por la ciencia, y son para la sociedad, no útiles, sino enojosos o nocivos. Y lo que es ellos tampoco suelen ganar con

haberse calentado la cabeza estudiando, si damos crédito al refrán que reza: Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te importa.

A pesar de estas y de otras dudas que se me ofrecen, confieso yo que me siento muy inclinado a que la instrucción se difunda cuanto se pueda. Refranes hay también que vienen resueltamente en mi apoyo, como el que afirma que el saber no ocupa lugar. Y no estorba, ni debe estorbar tampoco para ciertos menesteres y oficios humildes, porque, una vez difundido, no crea distinción aristocrática, y bien puede y debe un hombre que sabe muchas cosas ir a cavar o ser peón de albañil, si no tiene más cómodo empleo en que ganarse la vida.

Considerado el saber como un bien, la sociedad debe divulgarlo. El fin principal de la sociedad es el bienestar de cuantos individuos la componen, y nada es más eficaz para lograr este fin que el desenvolvimiento de nuestras facultades espirituales y físicas. La instrucción, pues, puede considerarse como un deber social. Y como importa el equilibrio y el auge de las prendas y aptitudes del espíritu y del cuerpo, mens sana in corpore sano, la sociedad no debe estorbar, sino facilitar todo aquello que contribuya a la difusión y al florecimiento de la música y de la gimnástica, o sea, según la expresión de las antiguas edades, de cuanto eleva e ilustra el alma y presta al cuerpo agilidad, energía y hermosura. Y ya que la sociedad tiene este deber, ¿debe o no confiar su cumplimiento al poder que la representa, o sea al Gobierno del Estado?

En una nación libre y muy adelantada, la iniciativa individual puede valer de mucho despojando al Gobierno de no pocas atribuciones. Concibo yo que se lleven hasta el último extremo las ideas individualistas; que se llegue hasta la concepción de una sociedad casi anárquica en buen sentido; a que el Gobierno sea sólo una fuerza que reprima y ampare; que mantenga a cada uno en la posesión y goce de su derecho. Concibo que el Gobierno se limite a administrar justicia y a mantener el orden interior y a defender a la nación contra cualquier extraña violencia por medio de la fuerza armada.

Un Estado, para mantener relaciones con otros estados, no podrá tampoco suprimir sus agentes diplomáticos, como no podrá dejar de tener tribunales y jueces, mientras haya en el mundo delitos, ni ejército de mar y tierra, mientras no llegue el día de la paz universal y perpetua. Concibo, sin embargo, que los caminos y canales, los demás medios de comunicación, y hasta los establecimientos de beneficencia se dejen a la iniciativa individual; y concibo, por último, que el Gobierno entienda que no estorbar ni reglamentar, ni competir con los particulares, como fabricante, agricultor o comerciante, es la mejor manera de proteger y de fomentar la industria, el comercio y la agricultura. Pero aun después de haber despojado en mi mente al Gobierno de tantas y de tan diversas atribuciones, no acierto yo a despojarle del derecho y del deber de enseñar que evidentemente tiene.

No quiero yo suponer, como Emerson, pongamos por caso, que hay lo que él llama sobrealma o alma suprema y colectiva del género humano. Ni menos aún concederé yo existencia real al alma o espíritu de cada nación o pueblo.

Mas a pesar de todo, e imaginándolo como se quiera, como genio tutelar, como ángel custodio, como resultante o suma de gran multitud de entendimientos y de voluntades, o como algo que persiste y da cohesión a

la colectividad sin que se disgregue y desbarate, considero absurdo negar que cada nación tiene o debe tener espíritu propio. Y el cultivo de este espíritu, manteniendo su pensamiento en la dirección que tradicionalmente lleva sin impedir su progreso y su elevación y mejora, no puede ni debe confiarse al cuidado o al antojo de los particulares, y debe ser función del Estado o del Gobierno que lo representa y ejerce el poder en su nombre.

Así justifico yo que el Gobierno sea y deba ser docente.

- II -

La libertad de enseñanza

¿Quedará por esto malparada la libertad de enseñanza, sobre la que tanto se ha discutido en estos últimos tiempos? Yo afirmo que no, si la libertad de enseñanza se entiende como debe entenderse. Consiste la tal libertad en que no se estorbe, prohíba o castigue a nadie porque enseñe lo que mejor le parezca, sin otras limitaciones que las indispensables para no ofender al público decoro, para evitar el escándalo y para impedir que se trastorne violentamente el orden social y se altere de súbito la paz de la república. Confieso que pueden tildarse de algo indeterminados los linderos que yo pongo al imperio de dicha libertad, pero me sería difícil marcarlos más claramente con expresiones generales. Me valdré de un ejemplo para mostrar la amplitud que a dicha libertad yo concedo. Había en los Estados Unidos, cuando allí estuve, un elocuentísimo personaje, llamado el coronel Ingersoll, el cual iba recorriendo las principales ciudades, y en los teatros, o en otros grandes edificios, cobrando dos duros por la entrada de cada oyente, pronunciaba discursos, ya por estilo grave, ya salpimentándolos con chistes, en los que enseñaba sus teorías. No se limitaban éstas a ser ateas. Adelantaban más por tan espantoso camino y eran antiteístas. Para el coronel Ingersoll, nada había más contrario a la honradez, a la virtud, a la ciencia y al progreso y prosperidad de los individuos y naciones que la creencia en Dios, creencia que él procuraba extirpar de todas las almas con sutiles argumentos y endiabladas razones.

No creo necesario afirmar aquí que tales teorías me parecen abominables; pero como el coronel Ingersoll las explicaba y difundía sin que el Gobierno le pagase, por su cuenta y en su nombre sólo, no condeno el permiso que se la daba para explicarlas y difundirlas. Tan grande es la extensión que mi liberalismo tiene y tuvo siempre. Lo que no cabe en mi pensamiento, a pesar de la susodicha grande extensión que doy a la libertad, es que el Gobierno de una nación donde la mayoría o la casi totalidad de los ciudadanos tengan una religión positiva, emplee y dé salario a profesores que combaten dicha religión y se empeñen en destruirla. Y yendo todavía más lejos con este modo de discurrir, tampoco

apruebo que los profesores y maestros que el Estado nombra y paga tengan libertad para enseñar y difundir doctrinas contrarias a las bases fundamentales en que el Estado se sustenta. Nunca, pues, dejó de parecerme absurda la pretensión que tantas veces ha querido hacerse valer en España de que los catedráticos y maestros nombrados y pagados por el Gobierno fuesen libres para enseñar la doctrina que quisiesen. Bueno es que la libertad de enseñanza, aun la más contraria a las creencias y leyes fundamentales de la nación, sea completa para quien no está nombrado ni pagado por el Gobierno; pero a quien recibe del Gobierno nombramiento y paga, ni el Gobierno debe permitirle, ni debe permitirle su honrada conciencia tampoco, que enseñe nada que socave los cimientos, debilite o destruya las creencias y conmueva la base secular en que se funda el Estado que le mantiene.

En teoría, nada hay para mí más sencillo y más claro. En la práctica, las dificultades son tales, que, en mi sentir, no bastarían para allanarlas las leyes mejor meditadas y los reglamentos más circunstanciados e ingeniosos.

Parece absurdo que cualquier ministro de Instrucción Pública, tal vez ayuno de ciencia, perteneciente ora a un partido, ora al partido contrario y venido al Poder merced a una crisis constitucional o parlamentaria, se erija en juez supremo por cima de la ciencia y de los hombres científicos, y los amoneste, y los reprima, y tal vez los amenace, marcándoles el camino que deben seguir para no extraviarse ni incurrir en su enojo. Pero también parece monstruoso que los profesores campeen por sus respetos, sin freno y sin rienda, y puedan libremente convertir sus cátedras en foco de ideas radicalmente contrarias al Estado y, por consiguiente, a la mayoría de la nación que el Gobierno del Estado expresa y cifra.

A fin de salvar esta contradicción, no hay más remedio que valerse, así el ministro como los profesores, de la más acendrada buena fe y de la más exquisita prudencia.

Alguien dirá que en la cuestión religiosa es más sencillo el medio de resolver la contradicción. En la mente colectiva de un pueblo católico es infalible la Iglesia. Que la Iglesia, pues, por ministerio, juicio y sentencia de sus prelados, juzgue de la ortodoxia de los profesores. Pero esto es imposible, a mi ver. El Gobierno se despojaría de una de sus facultades más preciosas al ponerla en manos de la Iglesia. Y si lo hiciese afirmando antes la infalibilidad de la Iglesia en este punto, saltaría por cima de todo el poder y de todas las facultades de que el pueblo soberano en comicios o en cortes, por plebiscitos o por leyes, puede revestirle; poder y facultades que no valen para que decida sobre punto tan alto. Las cosas sobre este punto tan alto quedan, pues, indecisas en mi espíritu, por no hallar manera fácil de conciliarlas y ordenarlas sin recelo de perturbación.

Por más que cavilo, sólo hay, como ya dije, la buena fe y la exquisita prudencia de todos, previa la indispensable convicción de que la libertad de enseñanza se pierde en gran parte al recibir salario del Estado y que sólo puede y debe gozarla omnímoda quien no recibe estipendio sino directamente de aquellos que se complacen en oírle y en aprender las doctrinas que divulga, ya religiosas, ya sociales, ya políticas, aunque sean contrarias a las que el Estado quiere que prevalezcan.

- III -

La instrucción primaria

He titulado yo este escrito meditaciones utópicas porque, prescindiendo de lo establecido en España y en otras naciones de Europa y tomando sólo por guía mi leal saber y entender, aunque sea corto, quiero organizar idealmente la instrucción pública, por si algo de lo que se me ocurra pueda algún día aceptarse en la práctica y ser útil.

Hasta la edad de siete años cumplidos no quisiera yo que el Poder público interviniese en la educación de ningún ser humano. Créense los niños por sus padres en el seno de las familias. El Estado debe atender sólo a la conservación y sustento de los que el vicio o la miseria desampara o abandona. Objeto de caridad o beneficencia, pero no de instrucción, deben ser los niños hasta dicha edad para el Estado.

Su instrucción primera, en la que ya el Estado debe emplearse, sosteniendo escuelas públicas de uno y otro sexo, debe empezar a los siete años y terminar a los doce, aunque este período pueda extenderse dos años más, hasta los catorce cumplidos, para los niños y niñas más desaplicados, más torpes o que por falta de salud o por otras causas no han asistido asiduamente a las escuelas.

Esta primera enseñanza debe ser enteramente gratuita.

Sólo debe ser obligatoria para los hijos de aquellas familias cuya pobreza no exija que sus hijos, en vez de estudiar, contribuyan desde pequeños al mantenimiento de la casa.

Mucho dista mi ánimo de querer ofender a los maestros de primera enseñanza ni a las personas de ninguna otra profesión u oficio. No he de culpar a nadie, ni he de investigar el porqué; pero, si he de hablar con franqueza, necesito afirmar que en España la instrucción primaria está lastimosamente descuidada. Acaso sea parte muy principal en este descuido el afán de los padres porque pasen los niños a los institutos de segunda enseñanza y porque lleguen a ser bachilleres con precocidad tan lamentable como pasmosa. Ya se entiende que este afán sería inútil si no tuviera por auxiliar y cómplice la perjudicial indulgencia de los exámenes que deben preceder al ingreso de los alumnos en los institutos.

Convendría, pues, prohibir la entrada en un Instituto de segunda enseñanza a cualquier niño, por precoz que sea, antes de que tenga catorce años cumplidos. Más adelante diré las razones que me mueven a fijar esta edad. Y convendría también que los exámenes para reconocer la aptitud de los jóvenes que aspirasen a entrar en los institutos de segunda enseñanza fuesen muchísimo más severos de lo que son ahora.

De la lenidad que ahora está en uso nacen inconvenientes muy graves. Desde la adolescencia se acostumbran los hombres a fingir que saben lo que ignoran; cuando aprenden algo, lo aprenden al revés; y acaso si por dicha

gustan del estudio, llegan a saber o a creer que saben de filosofía, de política, de ciencias naturales y, en suma, de cuantas son las cosas divinas y humanas, antes de saber hablar y escribir la propia lengua con sintaxis y ortografía. Tal vez, en su cansada senectud, después de haber pronunciado muchos discursos parlamentarios, de haber resuelto o tratado de resolver los más intrincados problemas políticos y sociales y aun de haber intervenido en el gobierno de la nación, llegan a averiguar no pocas personas, pongamos por caso, que se dice haya y no haiga; que cuyo no equivale a el cual, sino a del cual; que les debe ser dativo y que el acusativo es los; de que en indiferencia sobra una i y otras pequeñeces por el estilo que no producen, sin duda, la menor perturbación en la Naturaleza, pero que tienen algo de inculto o de cómicamente grosero. En la primera edad, cuando sobre el corto o ningún saber adquirido en la escuela se pone la enciclopedia en cifra precipitadamente estudiada en los institutos y prendida como con alfileres, se da ser a multitud de bachilleres petulantes que dicen o pueden decir, como el apestoso jovencito que saca Bretón a la escena en No más muchachos:

Soy fuerte en literatura;
sé francés, química, historia,
matemáticas, ¡oh gloria!,
clínica y arquitectura.

Importa, pues, en mi sentir, a fin de que la educación sea ordenada, gradual, y no anárquica, que antes de dedicarse al estudio de aquellas doctrinas, ciencias y artes, que no todos los hombres necesitan saber, aprendan bien los hombres todos lo que es menester que todos sepan para ser civilizados o cultos: hablar, leer y escribir la propia lengua con corrección y propiedad; algunos rudimentos de geografía y de historia, aritmética práctica para los usos diarios de la vida, y principios de moral sostenidos en una base sólida, que se apoye, no en razonamientos filosóficos, para los que la mocedad temprana carece aún de madurez suficiente, sino en la creencia tradicional, cuya valer legítimo la razón del adulto podrá examinar y hasta contradecir más tarde. Tales son los cuatro principales objetos que debe tener el estudio de niños y de niñas en las escuelas de primera enseñanza.

- IV -

El idioma castellano

Todo idioma, y, por consiguiente, el nuestro también, es creación espontánea e instintiva: nace de la inspiración de los hombres que lo hablan, y tal vez florece y alcanza su mayor perfección, lozanía y belleza

antes de que venga el arte a descubrir, señalar y fijar sus leyes. Sin duda se habló, y hasta se escribió gallarda y lindamente, no sólo en prosa, sino también en verso, mucho antes de que se inventase la gramática.

No recuerdo dónde he leído yo que estaban ya escritos los poemas de Homero y de Hesiodo, y quizá otros poemas y dramas, y también historias en prosa, como la de Herodoto, antes que un agudo sofista averiguase y propalase que los nombres sustantivos eran masculinos, femeninos y neutros, lo cual pareció novedad tan extraña que dio muchísimo que reír y prestó asunto para burlas y chistes a los graciosos que por aquel entonces había en Atenas.

De que el arte se haya inventado y empleado cuando ya el objeto que reflexivamente le incumbe crear ha nacido por inspiración espontánea, no ha de inferirse que el arte es inútil o nocivo.

Auxiliada la inspiración por el arte, será más fecunda y enérgica, y lo creado por ella en un principio se conservará sin deterioro ni radical mudanza, aunque no como algo de muerto y de estéril, sino como algo de viviente y de orgánico que puede y debe desenvolverse y magnificarse sin perder el sello propio y característico que desde su origen tuvo.

Una nación o una raza, al crear su propio idioma, crea el lazo que más estrechamente la une, y la distinción exclusiva y propia que de las otras razas y naciones más claramente la distingue y separa. El idioma, pues, no sólo es signo exterior y sensible de la unidad de una raza, sino también fundamento y garantía, y si llega a conservarse sin corrupción, de la vitalidad poderosa de la raza y de su persistencia por siglos, a pesar de las mudanzas y trastornos históricos y a pesar de las decadencias y eclipses momentáneos del linaje humano en medio de su progreso indefinido.

No creo yo que pueblo alguno haya dejado de hablar su idioma castizo, inventando o adoptando otro idioma, a causa de que se mejora o se engrandece, sino a causa de que decae y desaparece de la Historia como tal pueblo. Por el contrario, la persistencia de un idioma hablado y escrito es muestra patente de la virtud vividora, de la fertilidad intelectual y del carácter indeleble y propio de la gente que lo escribe y que lo habla.

Importa, pues, muchísimo la conservación de un idioma cuando no se quiere que la raza que lo ha inventado y empleado desaparezca por inferior o decaída, y despeje el sitio o desaloje el territorio que ocupa para que otra raza superior o más adelantada venga a prevalecer en él y figure y brille en la escena del mundo.

El valer de una civilización, de una raza o de un pueblo puede, pues, medirse por la duración de su idioma, vivo en lo escrito y vivo también en la voz humana.

Las anteriores consideraciones me inclinan a tener por importantísimo para la vida de los pueblos el más esmerado cultivo de la lengua propia, de los vocablos que la componen, de las formas, desinencias, orden y régimen que los vocablos toman y en que se van colocando para constituir el discurso; y, por último, hasta de las letras con que debe escribirse cada vocablo, a fin de que no desaparezca su origen ni se borre o se pierda el título de su nobleza.

En todo idioma, la pronunciación es lo más inestable o sujeto a mudanzas, mientras que lo escrito persiste y dura. Verba volant scripta manent. Nada más conveniente que la ortografía a la duración de un idioma. En mi sentir, es reforma bárbara la de aquellos que pretenden se escriba sin cuidarse de razones etimológicas y atendiendo sólo a la pronunciación. Así, no sólo sería efímera la vida y hartamente mudable la condición de las lenguas, sino que cada lengua se descompondría en multitud de dialectos, en las diferentes provincias o comarcas de cada nación, y hasta desaparecerían a la larga las pruebas de la afinidad o del parentesco que entre las naciones existe. ¿Quién podría reconocer la multitud de voces latinas que hay en la lengua inglesa si dichas voces se escribiesen como se pronuncian? Y si escribiésemos la lengua castellana como la pronuncian los andaluces, ¿no acabaríamos por crear en poquísimos tiempos un nuevo idioma informe y rudo? Quién sabe de qué suerte recitarían o cantarían sus versos Esquilo, Píndaro y Corina, pero la ortografía ha salvado y conservado viva hasta hoy la lengua en que se compusieron. Cualquier profesor de griego de nuestras universidades puede hoy leer de corrido los libros o discursos recientemente compuestos en Atenas, sin que halle una sola palabra que no esté en los clásicos y que no tenga dos mil o tres mil años de antigüedad; ni una sola desinencia en conjugaciones o declinaciones que no sea antigua o que no proceda, con levísima alteración, de lo antiguo.

Si se atiende al recelo que muestran algunos en el día a la mal disimulada esperanza de otros de que la lengua española, hablada hoy tal vez por más de sesenta millones de seres humanos, acabe por desbaratarse, descomponiéndose en lenguas diversas o dando lugar a que se creen otras novísimas, se comprenderá bien que no es divagación inoportuna cuanto aquí decimos. Y no nos mueve a decirlo un vanidoso afecto por España, mirada como metrópoli. Lo que nos mueve es el amor de la raza; es que no somos descastados. Imaginemos lo peor: imaginemos que ya se secó el ingenio y que ya desfalleció la capacidad mental de los españoles todos de esta Península; imaginemos algo más lastimoso todavía: que jamás valió gran cosa cuanto hemos pensado, hablado o escrito. ¿Hemos de suicidarnos por esto? ¿Hemos de inventar otra lengua, esperando que por medio de ella penetren en nuestra alma la luz y la fuerza productora de que carece? Y si la España peninsular es hoy la estéril, háyalo sido o no en otras edades, ¿qué necesidad tienen sus hijos del otro lado del Atlántico de inventar o de adoptar nuevos idiomas a fin de ser espiritualmente fecundos? Tiempo hubo en que se agotó o desmayó el talento creador de los griegos en la misma Grecia; mas no por eso murieron la ciencia, la filosofía y la literatura de los griegos, persistiendo, reverdeciendo y brillando en sus antiguos dominios y en sus más distantes colonias: en Egipto, en Siria, en el Asia Menor, en Sicilia y en otras muchas más apartadas regiones. Y lo mismo que se complacería y se entusiasmaría, pongamos por caso, un habitante de la decaída Atenas, amante de su casta, al tener noticia del saber enciclopédico de Aristóteles, de las invenciones de Arquímedes, de la elegante poesía de Teócrito, de la ulterior y sutil o profunda filosofía de los neoplatónicos alejandrinos o de la alta especulación y rara elocuencia de los padres de la Iglesia, todo ello griego aún, así me complacería y me entusiasmaría yo cuando en Méjico, en el Perú, en

Venezuela, en Chile o en la República Argentina surgiesen pensadores, filósofos, sabios y poetas que, sin renegar de su casta y sin desechar el idioma de sus mayores, prolongasen la gloria y la fecundidad de nuestra cultura y hasta lograsen superarla en todo. En cambio, yo me afligiría, por amor de la casta o de la raza, de que nuestros hermanos de por allá se desvaneciesen o se negasen a sí mismos, trocándose en latinos, en franceses, en yanquis o en cualquier otra cosa con tal que no tuviese nada de español.

- V -

La lectura y la escritura

En lo que ahora se llama feminismo hay, en mi sentir, no poco de aceptable, sobre todo en la parte de censura de lo presente y en la manifestación de los males. Pero en los remedios con que se pretende que han de ser curados noto yo algo de antiestético y de repugnante a la condición natural de la mujer, lo cual traería por consecuencia ya inmoralidad, ya aburrimiento y desencanto. Para esta opinión mía, que expreso aquí sin pruebas, daré pruebas y razones más adelante. Básteme decir ahora que yo no reconozco, ni en el alma ni en el cuerpo, inferioridad alguna en la mujer con relación al hombre. Declaremos a las mujeres iguales y hasta superiores a nosotros, pero de esto no se sigue la identidad de las almas masculinas y femeninas. En mi sentir, hasta el más espiritualista de los pensadores, hasta el que cree, no ya que la voluntad y el entendimiento no son resultado del organismo, sino también que son independientes y no se dejan modificar por su influjo, debe dar por cierto que el alma de la mujer difiere esencialmente de la del hombre y que sus prendas y facultades tienen diversos destinos y van encaminados naturalmente a diversos propósitos. En suma: yo acepto en su más amplia significación, como real y no como imaginario, lo que apellidó Goethe el eterno femenino. Tal aceptación no niega la igualdad, lo que niega es la identidad confusa. Dos cosas pueden tener el mismo valor y ser diferentes. Y ya se comprende que esta diferencia, por grande y por real que sea, dista no poco de ser absoluta. La mujer, lo mismo que el hombre, es ser humano y yo la coloco, sin identificar su espíritu con el espíritu del hombre, al nivel de éste y bajo el mismo predicamento de Humanidad. Entendidas así las cosas, deduzco yo que la primera enseñanza ha de ser, en lo esencial y espiritual, idéntica para la mujer y para el hombre. Lo que diga, pues, acerca de las escuelas de niños, debe también, en lo esencial, entenderse por dicho para las escuelas de niñas. Claro indicio de la prosperidad de una nación es, sin duda, que esté muy difundido el saber leer y escribir entre cuantos individuos la componen. Yo no me fío, con todo, ni hago gran caso de la estadística en este punto. No ha de tratarse de cuántos saben leer, sino de cómo leen los que saben.

En el día, en que por desgracia estoy yo ciego, comprendo mejor que nunca la diferencia que hay entre leer y leer, y conozco lo raras y estimables que son las personas que leen bien y con sentido.

A este fin de enseñar a leer bien y con sentido deben dirigirse, desde el principio, los maestros y maestras de primeras letras.

Para ello, durante los dos primeros años de la escuela, deben enseñar a leer prácticamente, sin análisis gramatical, sin pensaren la gramática para nada y haciendo leer a los niños cosas claras y sencillas que no traspasen los límites de un despejado entendimiento infantil, desde los siete a los nueve años cumplidos. Si para tales ejercicios de lectura no hubiese libros a propósito, convendría escribirlos.

Desde los nueve a los doce años la lectura debe ser ya de libros menos infantiles, como compendios de Historia Universal y de España, cuentos que no por ser morales sean tontos y sosos, y fábulas y narraciones poéticas y poesías líricas que despierten y estimulen el buen gusto y empiecen a inculcar en la mente de los alumnos el justo concepto del pensar y del sentir de la raza y nación a que pertenecen.

En otros países se pone el mayor cuidado y esmero en este punto, mientras que en España se pone en general tampoco que verdaderamente da lástima, y apenas se concibe cómo nuestra buena literatura no está aún más desconocida y despreciada por el gran público o cómo el gusto literario no se extravía más, se corrompe o se pervierte.

El divorcio, la separación o el aislamiento de los literatos y del vulgo, es y va siendo cada día en España mayor que en otros países. Y aún sería mucho mayor, si no persistiese entre nosotros la afición al teatro, que mantiene cierto comercio o relaciones intelectuales entre la generalidad del público y los autores.

En Nápoles y en otros puntos de Italia he visto yo algo que ni por ensueños se ve en nuestra tierra. Hombres y mujeres de la plebe más ínfima, rodean embebecidos y prestan atención al canta-storie, el cual recita y comenta versos del Tasso, y del Ariosto o lee y explica el libro popular titulado I reali di Francia, donde se narran las hazañas de los emperadores de Roma, de Carlomagno y de los Doce Pares. En Francia apenas sale nadie de la escuela, y no suele olvidarlo nunca, sin saber de memoria trozos escogidos de Racine, Corneille y Boileau, que familiarmente llaman tartines. Y en Alemania apenas hay criada de servir, ni muchacha de las que asisten en los cafés y pastelerías que no sepa recitar composiciones poéticas de Herder, Klopstock, Goethe, Uhlandé, Schiller y Heine. En España, fuerza es confesarlo, no ya las horchateras y doncellas de labor, pero ni las damas empingorotadas y elegantes, salvo excepción rarísima, guardan en la memoria un solo verso de Garcilaso, de León, de Gallego, de Quintana y aun de Espronceda. Si algo conocen de Zorrilla o de otros poetas, es porque en el teatro, oyéndolo, y casi sin querer, lo han aprendido.

Este desdén por la literatura nacional, y muy singularmente por la poesía, que ha llegado en muchas almas a ser repulsión y menosprecio, explica que se haya discutido seriamente en nuestro Ateneo de Madrid que la forma poética estaba llamada a desaparecer. En el teatro mismo, al que asisten con mucho gusto las mujeres, suelen éstas entusiasmarse poquísimamente y prestar escasa atención a la obra literaria, como no sea extranjera y de

última moda y como no la realcen y presten atractivo la elegancia y la riqueza de los trajes y lo pintoresco y esmerado de las decoraciones. Fuera de lo dicho, la afición a la literatura propiamente española, va disminuyendo cada día más en las mujeres, sobre todo en las elegantes y ricas y que pertenecen a lo que ahora llaman high-life. Su cultura espiritual, lo mismo que sus trajes y tocados, es importada de París y suele producir en las almas un desdén mal disimulado de lo castizo. A veces sólo merced a lo flamenco y a lo chulo el españolismo persiste y se manifiesta. Bien pueden repetirse y aplicarse en el día los tan conocidos y citados versos de Iriarte:

Las mujeres, que ahora no despuntan
como en siglos pasados por discretas,
si en el teatro público se juntan,
aplauden cuando más al tramoyista,
oyen tal cual chulada del sainete,
y sirve lo demás de sonsonete
mientras que están haciendo una conquista.

Muchísimo disto yo de querer que sean marisabidillas las mujeres. Hasta para la generalidad de los hombres me parece absurdo pretender y exigir gran variedad y profundidad de conocimientos. Lo que yo quiero es que tanto en la mujer como en el hombre tenga sólido y castizo fundamento la cultura, aunque ésta no se extienda sobradamente después y nos convierta a todos en literatos y literatas, lo cual, o sería imposible o sería insufrible. Pero el que el hombre y la mujer aprendan bien en la escuela y en la miga a leer y a escribir la propia lengua con gramática y con ortografía, más bien impide que fomente la aparición improvisada de literatos y de escritores de ambos sexos y vale además para que el buen gusto no se vicie y se corrompa y para que sepamos discernir lo bueno de lo malo y conceder con justicia aplausos y laureles a quienes entre nosotros lo merezcan.

Lejos de dar pábulo a la pedantería, se opone a ella por completo la divulgación del conocimiento indispensable de todo ser humano de la propia lengua nacional, hablándola, escribiéndola y leyéndola y sabiendo analizar gramaticalmente los períodos y cláusulas de cualquier escrito.

No aspiro yo a que se enseñen muchas doctrinas, sino sólo a que se aprendan bien las pocas que se enseñen. Entre ellas figura, en primer lugar, el conocimiento de la propia lengua y su gramática, a fin de que hablen, lean y escriban bien cuantos a la edad de doce años, o más tarde si son desaplicados o torpes, salgan de las aulas de primeras letras.

En las escuelas de primera enseñanza deben adquirirse también ciertas ideas científicas, aunque muy elementales, del Universo visible en general, y singular y más detenidamente del planeta en que habitamos y de las vicisitudes y progresos del linaje a que pertenecemos.

Así para fundamento de las mencionadas ideas como para la práctica de la vida, importa empezar a los nueve años cumplidos por el estudio de una aritmética muy compendiosa. Bien pueden los niños desde la edad de nueve a diez años, aprender las cuatro reglas: sumar, restar multiplicar y dividir enteros, con prontitud y sin equivocarse. Conviene después que aprendan a hacer las mismas operaciones, con quebrados y decimales. Y por último, como complemento del saber aritmético, generalmente convenientísimo en la vida práctica, los niños deben aprender las proporciones geométricas y sus cualidades principales, que sirven de base a la regla de tres y a otras que tienen frecuente aplicación en la vida diaria.

Para adquirir las ideas científicas y muy elementales del Universo visible, de nuestro planeta y de la historia del linaje humano más bien que aprender nada de memoria en las escuelas, convendría leer con atención y repetidas veces un libro escrito a propósito, que fuese tan claro como ameno, que no es muy fácil de escribir, pero que yo concibo que pudiera muy bien escribirse y ser una obra sencilla, primorosa y útil.

Tal vez convendría abrir público certamen y ofrecer un buen premio a quien escribiese la mejor obra de esta clase. El Gobierno, asesorándose con las reales academias de la Lengua, de Ciencias Exactas y Naturales, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas, pudiera dar este premio y crear el primer libro de texto que fuera como el germen y la raíz de toda ulterior cultura: saber inicial para cuantos más tarde hubieran de aplicarse a superiores y más hondos o más circunstanciados estudios, y saber, cuando no esencial, muy conveniente a todas las demás personas, aunque no sean ni quisieran ser sabios, que viven en un país civilizado. Las nociones preliminares de este libro pudieran contener:

I. Definiciones de líneas y figuras que pueden trazarse en un plano, así como de los principales cuerpos sólidos; nombres, formas y cualidades, sin demostraciones, sin teoremas ni problemas, de ángulos, triángulos, paralelas, polígonos y círculos, y también de los cuerpos regulares y singularmente de la esfera.

II. Rápida descripción del aspecto del cielo, de los astros que pueblan la inmensa amplitud del éter y de las constelaciones en que los consideramos agrupados, fijando más la atención en el sol que es centro de nuestro sistema planetario y dando una ligera idea de los planetas y cometas que giran en torno de dicho sol y entre los cuales se cuenta la Tierra.

III. Estudio de la Tierra como planeta que es parte de nuestro sistema solar, y luego como productora de plantas, de animales y de la especie humana, previa descripción de los continentes, mares e islas, de las montañas y de los ríos y de las sustancias diversas o elementos que ora combinándose, ora separándose y disolviéndose dan forma a la variedad de los seres y, obedeciendo a naturales energías y leyes indefectibles, crean en nuestro mundo el movimiento y la vida.

En el primer capítulo de la compendiosa historia de nuestro linaje estaría

bien afirmar, sin perjuicio de que cada niño cuando llegue a mayor edad corrobore o niegue la afirmación por virtud de su libre examen y propio discurso, la fraternidad de los seres humanos, o sea que todos proceden del mismo padre y de la misma madre. Y convendría asimismo inculcar en la mente de los alumnos, por el crédito y la fe que merecen las tradiciones concordes de la mayor parte de los pueblos, que hubo al principio, cuando la aparición del ser humano en la Tierra, algo de más íntima comunicación con lo sobrenatural: una Edad de Oro, paradisíaca y divina, de la cual es perversión o degradación el estado salvaje y hasta el completamente bárbaro, estado desde el cual no puede comprenderse la ascensión a la altura intelectual y moral en que vivimos hoy.

Salvo la insinuación de las dos precitadas creencias en la unidad de nuestra raza y en algo a modo de revelación primitiva, el mencionado primer capítulo debe tratar con rapidez del origen del hombre, de su mayor o menor antigüedad y de las primeras civilizaciones, repúblicas y ciudades, ya que en mucho de esto la imaginación o la fe religiosa valen más hasta el día de hoy, y acaso se extravían menos que la ciencia.

En los capítulos sucesivos se presentaría una serie de animados cuadros históricos en que viesan los niños con los ojos del alma la marcha de la Humanidad desde la época más remota de que se conservan pruebas y documentos fehacientes, hasta la edad en que vivimos. En estos cuadros, para nosotros españoles, España debe aparecer siempre en primer término. El libro, pues, debiera ser un compendio de historia de España, con ampliaciones tales que contuviese además la historia universal, en compendio mucho más breve.

El tratar de los primeros pobladores y colonizadores de España: iberos, celtas, fenicios, griegos y cartagineses, daría ocasión para mencionar las más antiguas emigraciones de los pueblos y para dar alguna idea de la historia de Egipto, de Fenicia, de los grandes imperios que hubo en el centro del Asia y de los cartagineses y de los griegos. Las guerras púnicas, las de Viriato y Numancia, las de Sertorio y la de César y los hijos de Pompeyo, darían lugar a que se explicase lo que fue y lo que importó la República romana, hasta el reinado de Augusto. Desde Augusto hasta la llegada a España de los visigodos y de otros pueblos del Norte, nuestra historia es la del Imperio romano de Occidente y tiene asimismo el interés general de la constitución de la Iglesia católica y de la predicación, difusión y triunfo del cristianismo. La historia de los reyes visigodos está ligada o tiene grande analogía con la de otras regiones y provincias del Occidente de Europa, que, después de formar parte de los dominios imperiales del Lacio, se constituyeron en naciones y reinos independientes. La conquista de España por los musulimes y su dominación en nuestro suelo, hasta la caída del califato de Córdoba, convidarían a exponer la revolución religiosa, de Mahoma, la expansión de los árabes y sus rápidos y grandes triunfos, y el valer de la cultura a que se elevaron, más bien que inventando, aceptando en parte y difundiendo por sus vastos dominios la de las regiones y pueblos que conquistaban. El nacimiento y el progreso de los reinos cristianos de España hasta la conquista de Toledo por Alfonso VI y la ulterior y magnífica epopeya de las terribles invasiones africanas, hasta el triunfo glorioso de Las Navas de Tolosa, inducirían a tratar de la ingente contienda entre Europa y Asia

y entre cristianos y musulimes; del general y pasmoso movimiento de las Cruzadas y del apogeo o más alta culminación del poder social de la Iglesia católica. El esplendor y el más lozano florecimiento de las ciencias, letras y artes, propias de la Edad Media, tienen en España manifestación nobilísima, así en la reconquista de Córdoba y Sevilla por los castellanos y de Valencia por los aragoneses como en el saber enciclopédico y en la inmensa labor intelectual del hijo de San Fernando. La fuerza expansiva de los pueblos de nuestra Península empieza poco después a mostrarse por virtud de Aragón y Cataluña, cuyos marinos se enseñorean del Mediterráneo y cuyos audaces y fuertes guerreros prevalecen en Sicilia y en Italia contra el poder de Francia, vencen en Oriente a los turcos y escarmientan y castigan después a los bizantinos.

La más moderna historia de España se liga y se combina más aún con la historia del mundo. Gran parte de él, o si se quiere otro Nuevo Mundo que permanecía escondido, es descubierto, dominado, colonizado y civilizado por los españoles. Los portugueses, no por casualidad dichosa ni impremeditadamente, sino como premio de pertinaz y secular persistencia, doblan al fin el extremo Sur de África y llegan a la India y a la China. Gloria común de portugueses y de castellanos es el descubrimiento del mar Pacífico y de las islas de la Oceanía, y la prueba experimental de la redondez del globo terráqueo al que por vez primera dan vuelta con sus naves. Aquí, por estilo conciso y claro, podría nuestro libro hacer la descripción de América, poner en resumen su historia precolombina y dar igualmente noticias de las naciones del Extremo Oriente y de su antiquísima cultura.

Al relatar los sucesos del reinado de los Reyes Católicos y de la sucesiva dominación de las dinastías austríaca y borbónica hasta el día presente, el autor de nuestro libro tendría ocasión de representar la ingente contienda del catolicismo y del protestantismo, la parte principal y gloriosa que tornó en ella España, su pasada y singular grandeza y su presente lastimoso abatimiento.

Como epílogo o conclusión del libro estaría bien trazar un cuadro sinóptico del estado actual y de la comparativa situación de las naciones del mundo, del número de los seres humanos que lo habitan de las diversas religiones que profesan y de los varios idiomas que hablan.

- VII -

La religión y la moral

Antes de tratar de asunto tan arduo y trascendente como el de este capítulo, me importa recordar que yo califico de utópicas mis meditaciones. En la práctica, y como ministro de Instrucción Pública, acaso no me atrevería yo a reformar ni a cambiar nada. Lo que voy a exponer aquí es, por consiguiente, un ideal, cuando no inasequible, en su

realización harto lleno de peligros y erizado de dificultades.

Yo doy por segura la casi imposibilidad de que aparezcan nuevas religiones positivas, capaces de competir y luchar con el cristianismo; y creo, por tanto, que el cristianismo es la religión definitiva de la Humanidad; que sin religión carece la sociedad de su base más sólida; y, por último, que el catolicismo, sin empeñarse en demostrar aquí su valer superior al de otras sectas, ni menos que única y exclusivamente guarda y custodia la verdad, es la religión que mejor se adapta al pueblo español y que desde hace siglos informa su espíritu, su constitución histórica y tradicional, sus costumbres, sus leyes y toda su cultura. Es, además, indudable que la inmensa mayoría de los españoles sigue siendo católica; que entre nosotros parece extravagancia o delirio el hacerse luterano, calvinista o cuáquero; y que si hay librepensadores, son harto pocos, y son poquísimos los que tienen el desenfado o la audacia de declararse tales; prueba evidente, cuando ya las leyes no imponen castigo alguno a dicha declaración, de que nuestro modo de ser la repugna o la condena.

Considerando además que el carácter de toda religión no es meramente singular, privado y doméstico, sino que debe unir y enlazar al pueblo todo en comunión de sentimientos y creencias, es para mí indudable que en las escuelas públicas debe darse la enseñanza religiosa.

En los tres primeros años, y en las escuelas de uno u otro sexo, esta enseñanza habrá de ser muy sencilla: habrá de limitarse a que aprendan los niños de memoria las principales oraciones, a que las recen con devoción y a que se les enseñe lo más esencial de la doctrina cristiana, valiéndose para ello del librito del padre Hipalda o de otro por el estilo.

No he de ocultar yo que en este asunto se presentan desde el principio a mi espíritu no pequeñas dificultades. El clero no puede hacerse sordo a la divina voz de mando que le dice: «Id y enseñad a todas las gentes.» ¿Cómo abandonar, sobre todo, esta misión de enseñanza en lo más esencial que hay en ella para el clero: en la enseñanza de la doctrina cristiana? Nace de aquí cierta competencia, difícil de resolver o de dirimir, entre los maestros y maestras de primeras letras y los sacerdotes encargados de la cura de almas; pongamos por caso párrocos y coadjutores.

La sentencia de un gran político italiano, que largo tiempo ha estado de moda y que declara la Iglesia libre en el Estado libre, me parece imposible de realizar sin grave perjuicio del Estado y de la Iglesia, sin fomentar un dualismo lastimoso y sin dar origen a rivalidades y funesta lucha. En una nación casi por completo católica, los mismos hombres, ora considerados como ciudadanos, ora considerados como creyentes, son a la vez individuos de la sociedad política y de la congregación de los fieles y dependen a la vez y son súbditos de dos distintas potestades: la espiritual y la temporal. Si ambas potestades ejercen, y no pueden menos de ejercer, imperio sobre las mismas personas, no podrá dejar de existir entre ellas perfectísimo acuerdo sin que se originen gravísimos males. La concordia es indispensable, por consiguiente; y concordia, no fundada sólo en un pacto, a modo de tratado internacional, con el jefe o cabeza-visible de las Iglesias, sino fundada también en las propias leyes y en el concierto de los entendimientos y de las voluntades de todos los hombres, sin que desconfíen unos de otros y tengan radicalmente, aspiraciones diversas.

Para expresarlo con más claridad y aplicar lo expuesto a nuestra patria en la edad presente, importa que el clero y el partido que pudiera llamarse clerical desistan de convertir la religión en arma política, y de creerla más compatible con un régimen que con otro. Y asimismo importa que el gran partido que se llama liberal, en todos sus grados y matices, no ponga entre sus artículos de fe o credo político el ser un tanto cuanto librepensador el desconfiar del clero, imaginando, por desgracia no sin algún fundamento, que gran parte del clero es contraria al liberalismo, y que por su influjo, en las conciencias ha contribuido no poco a las largas y costosas guerras civiles que han debilitado, empobrecido y abatido a España.

Como yo no me forjo ilusiones y veo que la tal concordia dista mucho de realizarse, expongo mi plan no como de fácil, inmediata y completa realización, sino como mera utopía.

Presupuesta, no ya sólo la concordia oficial de la Iglesia y del Estado, sino la íntima y popular concordia de todos los ciudadanos y fieles, legos y clérigos, y presupuesta además la mutua confianza de unos en otros, yo encargaría sin vacilar a los curas párrocos y a sus coadjutores la inmediata y directa enseñanza de la doctrina cristiana dogma y moral, o bien una alta y autorizada inspección en el asunto.

Toda moral no puede menos de fundarse en una metafísica o filosofía primera; pero este fundamento racional ha de buscarse con el discurso, cuando cada persona llegue a la madurez y alcance la plenitud de sus facultades mentales y bien o mal quiera ejercerlas, y las ejerza, en la resolución de tan arduos y temerosos problemas.

En la niñez tal resolución debe darse por hecha. El dogma debe aceptarse por fe sin que sea previamente controvertido. Y el dogma debe ser base y sostén de los preceptos morales.

Estos preceptos, contenidos en resumen en los Mandamientos de la Ley de Dios y en otros párrafos o cláusulas de la doctrina cristiana, como son las Bienaventuranzas, las Obras de Misericordia y la indicación y enumeración de las virtudes teologales y cardinales y de los vicios que les son contrarios, deben insinuarse e imponerse en el ánimo de niños y de niñas, sin ampliaciones ni explicaciones, hasta llegar a los diez años cumplidos. Convendría, no obstante, en mi sentir, que para la tal insinuación se valiesen los maestros, más que de la idea del castigo, del amor y del respeto que el Supremo Hacedor debe inspirarnos, no del miedo a la tremenda justicia divina, sino de la gratitud que deberemos a Dios y del anhelo de agradarle y servirle atraídos amorosamente por su inmensa bondad y confiados en su misericordia infinita. Me parece abuso perjudicial, y que puede rebajar o malear el carácter humano, el empleo frecuente de ciertas frases con que suele infundirse miedo en la niñez amenazándola con el infierno, con el demonio y con la cólera del Cielo. Me es antipática esta frase harto a menudo empleada: No hagas eso, niño, porque mata Dios.

De todos modos y aun infundidos y autorizados los preceptos morales del cristianismo con el apoyo de una sanción penal, tienen el valer absoluto y la elevación sublime de la moral verdadera y distan en extremo de otra moral que recomienda el bien, no por el bien mismo, sino por su utilidad y material conveniencia y que no me parece mal que se enseñe también a los

niños, aunque sin confundirla con la verdadera y alta moral, sino procurando distinguirla y llamarla prudencia mundana, circunspección y convenientes reglas de conducta.

A este fin y en este sentido apruebo y recomiendo yo la lectura, abandonada hoy no sé por qué en las escuelas, de las preciosas fábulas de Samaniego, no inferiores en gracias y en primor de estilo a las de La Fontaine tan encomiadas en Francia. Pero las amonestaciones y advertencias que tales fábulas contienen distan más de la moral elevada y absoluta que de lo llamado en Francia espíritu de conducta, y saber vivir, y en España, gráfica y grotescamente, gramática parda. La moral, pues, no sólo como puras imperativas prescripciones de un legislador soberano, ni sólo tampoco como reglas convenientes y útiles para la vida práctica, debe enseñarse a los niños durante los dos últimos años que han de estar en las escuelas públicas, o sea de los diez a los doce.

Para lograr este fin concibo yo también un libro que está por escribir y que debiera escribirse: la exposición sencilla del dogma católico y de la moral cristiana que en el dogma se funda. Contra no pocos prejuicios y contra ciertas malas propensiones que prevalecen en el día y suelen arrebatar en su corriente y extraviar al espíritu humano, entiendo yo que sería muy provechoso prevenir a los adolescentes en la precitada enseñanza. No puede aceptarse sin atenuación y explicación que todo dogma religioso, y singularmente el dogma católico, se funda en un concepto pesimista del mundo y de la vida. Si el mundo es un valle de lágrimas, áspero camino lleno de zarzas y abrojos, y si la vida es peregrinación fatigosa y tiempo de rudísimas pruebas, todo ello se comprende y se llama así con relación a otra vida mejor en la que creemos y a la que aspiramos. Pero esto mismo da subidísimo precio a la vida presente, ya que en ella podemos hacer méritos para conquistar la futura. La vida humana, pues, en este bajo mundo y por breve tiempo, tiene una importancia y un valer infinitos. En el sentido más recto, lejos de ser cristiano, es anticristiano el menosprecio del mundo y de la vida.

Con mayor motivo aún es anticristiano el menosprecio de nuestro propio ser. Cuando pensamos en Dios y comparamos nuestra debilidad, miseria e ignorancia con su omnipotencia y su sabiduría, bien podemos calificarnos de humildes y menesterosos; pero, en absoluto y pensando sólo en las criaturas y en todo el Universo visible, ¿qué hay ni qué podemos concebir que haya más elevado ni más noble que el hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios? ¿Qué puede haber que mayor veneración merezca que el alma y el cuerpo humanos, con los cuales quiso unirse y se unió y vivió vida mortal el Verbo mismo? Y si el hombre no se dirige por caminos tortuosos y persevera en el buen camino, ¿qué aspiración o qué esperanza de progreso y mejora no es mezquina y pobre comparada con la que el mismo Dios humanado nos presenta como meta y término de nuestra carrera y blanco de nuestras miras y deseos: ser perfectos como nuestro Padre que está en el Cielo? Es, pues, muy cristiano considerar nuestra vida mortal como digna de ser vivida y llamarla excelente don del Altísimo, así porque nos da entrada y asiento, aunque sea entre la humilde plebe, en el magnífico teatro del mundo, donde se nos convida a contemplar y aplaudir la hermosura y el orden de las cosas creadas, como porque también es palestra en la que podemos lograr la vencedora palma y el triunfo más glorioso. Y

ya se entiende que muy por cima de este amor a la vida están las mismas causas que nos inducen y mueven a amarla y por las cuales debemos de estar prontos a sacrificar la vida, por muy amada que sea. Y, por último, nuestra conformidad completa con la voluntad de Dios, que en nuestro pensamiento ha de confundirse con la razón suprema, así como nos prescribe amar la vida y no desear la muerte, también nos manda no temerla, ya que no se la mire como la última efusión, amante y generosa del alma, que devuelve a la Naturaleza los materiales elementos de que temporalmente se había revestido.

- VIII -

Educación corporal y artes cosméticas

Terminados los estudios de primeras letras a la edad de doce años, si no hubiese atraso, aún habrá de entenderse no terminada toda la primera educación. Prescindiendo del oficio que tome cada persona o de la carrera que emprenda, hay y no puede menos de haber una parte de educación común, que debe empezar desde la infancia y prolongarse hasta los catorce o dieciséis años cumplidos. Me refiero a la educación corporal que acompaña y sostiene la educación del espíritu.

Difícil y costoso sería que en esto fuese docente el Estado; pero siendo para el Estado de grandísimo interés la crianza de hombres y de mujeres, en quienes, lejos de degenerar la raza, aparezcan y brillen las mejores cualidades de robustez salubre, agilidad y hermosura, importa que el Estado excite y amoneste a los Municipios y a otras corporaciones populares para que proporcionen los medios de que tal educación se adquiera, cuando no gratuitamente, con muy corto sacrificio de los educandos, fin para cuyo logro no estarían de sobra subvenciones y auxilios.

Si bien se mira, apenas hay tan pobre población en España que no pueda permitirse ciertos gastos. Donde hay dinero para construir plazas de toros y reñideros de gallos y para sostener casinos en que se juega de noche y de día al tresillo y al monte, bien pueden construirse o sostenerse también, no sólo locales con buenas condiciones higiénicas y a propósito para la escuela y para la amiga, sino también algo a modo de gimnasio para los ejercicios corporales.

Poco dispendioso sería el establecimiento de academias de gimnasia y hasta de salas de esgrima y tiros de pistola y de escopeta. Y sin pretender un Municipio convertir en titiriteros, en acróbatas o en espadachines a la juventud de sus administrados, bien pudiera, sin arruinarse, estimular el desenvolvimiento de la agilidad y de la fuerza varoniles, concediendo premios a los más fuertes, y a los más ágiles, y a los que mejor y con más tino aprenden a manejar las armas.

La educación corporal de las mujeres exige mayor y más largo cuidado

todavía. También las mujeres pueden elegir y emprender una carrera o dedicarse a un singular oficio para ganarse honradamente el sustento, con ventaja del procomunal; pero antes, y como fundamento de todo menester especial, oficio o carrera, debe educarse la mujer de suerte que pueda ser en lo futuro excelente madre de familia, hacendosa, económica y hábil en la costura y otras labores de manos y en el gobierno de la casa. De todo esto deben aprender las niñas en la amiga, tanto o más que de leer y escribir y de los otros estudios de primeras letras. Como complemento y prolongación de tales estudios pueden y deben continuar hasta los dieciséis años.

Acaso en España habíamos caído, hasta no hace mucho tiempo, en cierto, severo y poco galante ascetismo, celoso y desconfiado para la mujer, que no sólo propendía a criarla en la mayor ignorancia y casi sin ningún cultivo de espíritu, sino a que fuese también, por mal entendido pudor, materialmente harto poco esmerada y cuidadosa de su persona.

Las exageraciones de ciertos sentimientos e ideas, hijos de lo que llaman espíritu del siglo y venidos de tierras extrañas, han hecho nacer en nuestro país, por obstinada contradicción, perjudiciales ideas y sentimientos opuestos. Oradores y escritores han vuelto la vista atrás con real o imaginada ternura y han cifrado en un antiguo régimen, más soñado que real, el blanco de sus aspiraciones.

Pocas cosas de cuantas yo he leído o he oído leer me han pasmado más que las expresadas en cierto discurso académico, escrito por persona de gran saber y talento perteneciente a una ilustre familia de notabilísimos artistas. Se afirmaba en este discurso, y no es del caso declarar aquí si con razón o sin ella, que hay en los españoles pasmosa ineptitud para todas las artes del deleite; que no nos prestamos con gusto o que no somos hábiles para realizar casi nada de aquello que endulza, alegra y hace más agradable la vida humana. Pero el autor del discurso, lejos de lamentar que los españoles carezcan de tales prendas, se entusiasma y se enorgullece por ello, creyéndolo signo infalible de nuestro gran ser y muy altos destinos. No poco se parece esta doctrina a la que se contiene en el originalísimo libro del padre Peñalosa sobre las Cinco excelencias del español que despueblan a España, libro donde se trata de probar que España está pobre y abatida a fuerza de ser virtuosos y magnánimos los españoles.

No quiero yo creer que sea verdadera, y, sobre todo, que sea irremediable nuestra incapacidad para lo que llama el autor del discurso artes del deleite; pero si tal ineptitud nos afligiese, deberíamos esforzarnos por hacerla desaparecer. Ni a la virtud ni a la misma santidad se oponen la elegancia, el primor, la pulcritud y la alegría. Ni menos pueden considerarse como pecado mortal o como algo que enerva la energía, induce a la molicie y amengua el valor, ciertos regalos y comodidades. Bien lo dice el refrán: Lo cortés no quita lo valiente.

Por el contrario, y bien estudiadas las cosas, tales como son en la edad presente, yo imagino que la mencionada ineptitud o el desdén y descuido de las elegancias, primores y regalos no son causa de vigor, sino de debilidad y de pobreza.

En el día de hoy, las naciones tienen que ser ricas antes de ser fuertes.

La riqueza trae en pos de sí el poder y engendra en los ánimos la

arrogante presunción y la fundada confianza, sin las cuales suele decaer el valor y abatirse y achicarse el corazón por grande que sea.

¿Qué abundante venero de riqueza y, por consiguiente, de poder y de bríos no son en París y en otras ciudades de Francia la industria y las artes de deleitables refinamientos, del regalo y del lujo?

El abandono o el descuido de tales artes e industrias empobrece hoy y debilita a las naciones, en vez de fortalecerlas. Hoy, al revés acaso de lo que ocurría en otras edades, las naciones más cultas, más ricas, aquellas en las que hay mayor esplendidez, abundancia y regalo, son también las más belicosas y pujantes y las que imponen a las otras naciones pobres, y, por tanto, débiles, su hegemonía, sus caprichos y hasta su yugo.

No es lo antedicho divagación inoportuna, tratándose de la educación de la mujer; poco esmerada entre nosotros, así en la enseñanza de obras que redunden en mayor bien de cada casa como en la enseñanza de la pulcritud y curioso atildamiento de la propia persona.

- IX -

Antes de tomar oficio

Es tan interesante el punto que se toca en el capítulo anterior, que me mueve a discurrir sobre él más por extenso y hasta a detenerme en previas y muy trascendentales consideraciones.

No pretendo yo enseñar nada, y esto no por escepticismo, sino por modestia, aunque al atribuirme tal virtud se me tilde de que no la tengo.

Como quiera que sea, yo no me atrevo a escribir lecciones, sino meditaciones, las cuales además, lejos de darlas yo por prácticas y realizables, van calificadas de utópicas. De todos modos, hasta para imaginar utopías, hasta para levantar un edificio, por ideal y aéreo que sea, se requiere un cimiento: algo de firme y sólido en que se sostenga y repose. Imaginando, pues, que esto que yo escribo es un conato, un ensayo, una tentativa de ciencia pedagógica, fuerza será imaginar también principios anteriores en que mi imaginada ciencia se funde: principios que se hallen en otra ciencia más alta, en otra ciencia primordial, digámoslo así.

Por desgracia, yo soy harto más lego que científico, y tan aficionado a saber, como reacio y flojo para estudiar. Apenas voy más allá especulando que hasta donde el sentido común puede llevarme, y apenas acierto a demostrar nada, careciendo de la audacia de dar algo por inconcuso, sin demostración suficiente. Lo que sí puedo hacer, y a hacerlo me limito, es presentar mis dudas, resolverlas lo menos mal que Dios me dé a entender y poner el contenido de mis resoluciones, no por probado, sino por supuesto. Sobre este supuesto, que me servirá de base, he de colocar y ordenar luego todos mis razonamientos y el sistema que de ellos resulte, si, por dicha,

resulta de ellos algún sistema.

En las creencias religiosas y en las ideas morales de casi todos los pueblos, ora se entienda que el trabajo es un castigo, ora se entienda que es un deber, hay la convicción que da origen a esta frase: Es menester ganarse la vida. Sin duda, conviene que no haya holgazanes, que cada hombre sirva para algo, que todos sean útiles y concurran al procomunal. La frase, no obstante, de ganarse la vida, si se interpreta con severidad muy amplía, tiene no poco de cruel, triste y antiprogresista. Pobre y menguado concepto de la vida tendríamos si entendiésemos que debemos emplearla y gastarla y consumirla en ganárnosla. Podríamos entonces decir, con sobrada razón: lo comido por lo servido. No merecería ser vivida una vida que sólo para lograr vivir se emplease y se consumiese.

Infiero yo de lo dicho que el blanco de nuestros deseos, el objeto de nuestras aspiraciones, la meta remotísima de la carrera o marcha progresiva de la Humanidad es aproximarse más cada día a una situación en que el ganarse la vida cueste poco trabajo, en que este trabajo sea más deleitable que penoso, y en que a todos nos quede vagar bastante para la contemplación de la hermosura, orden y magnificencia del Universo visible y para penetrar, hasta donde cada cual pueda, en los abismos de su propia alma. Allí buscará y hallará o verdades sublimes ocultas hasta hoy, o encantadoras bellezas que superan a cuanto en el mundo real hay de más bello, y que tal vez nos valgan para engalanar y mejorar este mundo real hasta donde esté a nuestro alcance, haciendo así más grata, dulce y apacible la vida que en él vivimos.

No pertenece, pues, a la educación ni nos incumbe tratar aquí de los trabajos y esfuerzos y del consumo de vida que para ganarse la vida hacen y deben hacer cada individuo, cada nación y el conjunto de todos, o sea la sociedad entera. A la economía social toca emplearse en tan difíciles asuntos. Demos nosotros por supuesto que deben quedar y quedan a los hombres, ya individual, ya colectivamente considerados, tiempo y reposo bastantes para la educación después de las faenas a que se entreguen para ganarse la vida. Esta educación no ha de limitarse sólo a adquirir los conocimientos y la destreza que para ejercer un oficio se requieren, sino que debe propender a la mejora y posible elevación del ser humano, con lo cual, no sólo se podrá desempeñar más tarde el oficio o la profesión que se haya tomado, sino inventar oficios y profesiones nuevas y desempeñarlos hábilmente, contribuyendo así al progreso de nuestra raza en este planeta en que vivimos.

Yo sé poco o nada, mas quiero creer y creo mucho. La fe suple en mí la ciencia que ignoro. De aquí que yo deseche multitud de cálculos ominosos que afligen o ponen de mal humor a no pocos sujetos. Buena es la previsión y muy conveniente la cautela; pero no debemos pecar de sobrado prevenidos y cautelosos porque no valdremos para nada y nos desesperaremos y blasfemaremos como precitos, o nos amilanaremos y hundiremos en el pesimismo más negro. Esperemos, pues, que todo irá bien y entendamos que hay algo de providencial en el camino que llevamos y que no debemos apartarnos de él, buscando nuevos caminos, trochas o atajos, con exposición de gravísimos peligros. Hacia el fin del camino que llevamos ha de hallarse, sin duda, la tierra de promisión. Sigamos por él con piadosa y valerosa confianza.

Yo no niego, vuelvo a decir, que la previsión es laudable; pero la previsión no debe ser excesiva. Dejemos a los sabios naturalistas que pronostiquen la destrucción o la muerte de nuestro planeta, ya porque se apague el fuego central, ya porque, a fuerza de rodar, la Tierra se agujeree como un anillo, el cual se rompa al cabo, ya por otros motivos o razones. Dejemos también a los economistas téticos el predecir que crecerá tanto el linaje humano que la Tierra no podrá sostenerlo y que será menester que nos matemos unos a otros para que vivan holgadamente los que sobrevivan. El globo en que vivimos es bastante ancho para nosotros, y aún hemos de tardar muchísimos siglos en poblarlo y llenarlo. Lo que llaman lucha por la vida es, a mi ver, una expresión abominable, necia e impía. Cada ser humano que viene al mundo no debe venir para luchar contra los otros, sino para ayudarlos y servirlos y para concurrir, con ellos al mejoramiento de todo y al auge de la riqueza, del bienestar general y de los lícitos deleites.

Conviene desechar como abrumadora pesadilla toda cavilación contraria a porvenir tan risueño. Y conviene recordar para este fin las divinas palabras de Cristo en que nos recomienda una aparente imprevisión a fuerza de confiar en la Providencia. ¿A qué atormentarnos más de lo justo, sobre lo que hemos de vestir y sobre lo que ha de ser nuestro alimento? El lirio, sin pensar en sus galas, está más ricamente adornado que Salomón en su trono, y los pajarillos del aire que no recogen trigo en sus graneros son alimentados por Dios.

Sigamos con serena confianza la máxima del Evangelio: «Busquemos primero el reino de Dios y su justicia. Lo demás se nos dará por añadidura.»

Dentro del arte de la educación, sin traspasar sus límites y sin discurrir por otras disciplinas, digo que, antes de tomar oficio o no empleando en él todo nuestro tiempo, aun después de haberlo tomado, conviene educar y criar hombres y mujeres. Desde el rudo jornalero campesino, desde el menestral más humilde hasta el sabio matemático, el orador elocuente, el político profundo y el inspirado poeta, todos deben hacer los indispensables estudios para perfeccionar las facultades nativas y ser cada cual, en su arte u oficio, lo más hábil, ingenioso y fecundo que pueda; pero la capacidad y la habilidad en cada arte u oficio se desenvolverá, mejor que en el hombre rudo, en aquel que esté ya previa y generalmente educado como hombre cabal, o sea como hombre lo más adelantado y culto que en cada época se conciba, y lo mejor preparado espiritual y corporalmente que sea posible. Por eso es tan fundamental, tiene tan alta trascendencia y exige esmero tan cuidadoso la instrucción primaria, y no sólo la que se adquiere en las escuelas de niños o de niñas, sino la que, así los padres de familia en cada casa, como toda la nación, por cuantos medios estén a su alcance, debe cuidar de que hombres y mujeres reciban.

En suma: el hombre, antes de ser doctor, tribuno, militar, marino, médico, o ejercer cualquiera otra profesión u oficio, debe ser hombre civilizado hasta donde llegue la civilización en su tiempo y hasta donde él sea capaz de adquirirla, y debe ser, además, todo lo robusto y todo lo sano de alma y de cuerpo a que su condición natural se preste.

Al afirmar yo que todos debemos conspirar a este fin, antes de que tomen oficio las personas que han de educarse, no lo afirmo en absoluto y sin

las indispensables limitaciones, oficios y artes hay que necesitan de largo aprendizaje, al cual es menester que los que han de ejercerlos como oficial es y maestros se dediquen antes de que termine la educación general que recomendamos. Ocurre también que no pocos padres de familia carecen de desahogo y recursos bastantes para que sus hijos no contribuyan al mantenimiento de la casa y trabajen hasta los catorce o dieciséis años sólo en educarse y prepararse para el futuro. Claro está que, así en el caso del largo aprendizaje como también en el caso de que el trabajo de los hijos sea auxilio indispensable para el sostén de la familia, los hijos tendrán que emplearse en un oficio o profesión antes de que la educación general termine. Lo que yo quiero significar y lo que aconsejo es que este trabajo de los hijos, mientras se están educando, sea lo más limitado posible, a fin de que para la educación general quede tiempo de sobra. Y lo que no aconsejo solamente, sino que prescribiría, si pudiese, es que no se abuse de la aptitud y de las fuerzas de los niños, agostándolas en flor y consumiéndolas en faenas más o menos rudas. Tal abuso, no sólo es contrario a la piedad filantrópica, sino que también es antieconómico, ya que el provecho que del trabajo de un niño puede sacarse destruye para lo futuro, en parte o en casi todo, las energías productoras que el niño hubiera podido tener al llegar a ser hombre; su salud puede menoscabarse, su cuerpo puede no adquirir el conveniente desarrollo y su inteligencia puede atrofiarse por la carencia o escasez de cultivo, o bien, extraviarse o pervertirse, desequilibrándose las facultades del alma, si desde muy temprano se emplea dicha alma en excesivos estudios y mentales faenas. Conviene evitar, por tanto, así la inculta rudeza del que trabaja materialmente y con exceso desde muy niño, como la precocidad viciosa y a menudo enfermiza de la criatura humana que, por virtud de violento y prematuro cultivo, descuella en cualquier profesión intelectual y resplandece acaso como un prodigio.

Las consideraciones que dejo expuestas me parece que justifican mi aserto de que la educación general o primaria debe prolongarse hasta la edad de catorce o dieciséis años, así en los hombres como en las mujeres.

Sobre esta educación en los hombres he dicho ya, aunque muy en cifra, lo que me importaba decir; pero sobre educación general o primaria en las mujeres hay no poco especial que añadir, por lo cual me decido a tratar de ello en capítulo aparte.

- X -

Importancia de la mujer en el progreso y cultura del linaje humano

Ya en otra parte de este libro he dicho algo sobre ciertas ideas, aspiraciones y tendencias a cuyo conjunto se da el nombre de feminismo. En extensos tratados, elocuentes disertaciones revistas y periódicos diarios, se dilucida desde hace tiempo este asunto hartamente apasionadamente en mi

sentir. Las cuestiones principales son dos, que se confunden cuando debieran distinguirse. Es una la de superioridad, inferioridad o equivalencia de la mujer con relación al hombre, cuestión sobre la cual, no ya en el día, sino desde hace muchos siglos, hay personas, en cuyo número me complazco en contarme que estiman en más a la mujer o que, por lo menos, la ponen a la misma altura que al ser humano masculino. Esta superioridad o equivalencia de la mujer me parece evidente. Lo que yo considero erróneo es que las facultades y aptitudes de la mujer sean idénticas a las del hombre y valgan para los mismos oficios, profesiones y menesteres.

La diferencia entre la mujer y el hombre no está sólo en el material organismo. Sin duda, también está en algo de más esencial y de más hondo: en el principio informante de nuestro ser y de nuestra vida, en el espíritu o alma inmortal para los que en ella creemos.

Si la metempsicosis o transmigración de las almas fuera doctrina aceptable, jamás comprendería yo, sino como caso feo y monstruoso, que el alma de una mujer viniese a informar el cuerpo de un hombre, o la de un hombre, por el contrario, el cuerpo de una mujer cualquiera. Horrible sería que Isabel y Marcilla, Julieta y Romeo, Abelardo y Eloísa y Laura y Petrarca, pongamos por caso, fuesen parejas que en nuevas existencias pudieran volver a encontrarse, sin diferencia de sexo, constandingo cada pareja, ya de dos hombres, ya de dos mujeres.

Se me dirá que la metempsicosis es suposición absurda y que no es lícito valerse de ella para demostrar que es igualmente absurda la identificación de las almas humanas, masculinas y femeninas. Pero, sin suponer transmigraciones y supuesta la identidad de las almas o de la esencia radical de los seres humanos, sin diferencia de sexos, ¿no resulta vulgar, antipoético, falso y hasta contrario a los más delicados sentimientos morales, el poner el fundamento del amor, exclusivo, celoso, constante y puro con mil condiciones y rasgos de que carece la amistad, por fina y vehemente que sea, en la mera distinción de ciertos órganos, aparatos y funciones genitales?

Mientras más cavilo sobre este punto, menos racional me parece la que podemos llamar neutralidad de las almas humanas: que el sexo sea sólo una accidental y material condición del organismo, que el alma o que la esencia radical y permanente de cada vida, para los que no creen en el alma, sea un ser neutro, común de dos o epiceno.

En tal error estriba o de tal error nace la serie de extravíos que en las aspiraciones del feminismo se advierten y las rarezas, que rayan a menudo en ridiculeces, que en dichas aspiraciones se notan.

Imaginemos que no es fábula lo que de las Amazonas se cuenta; demos por real e histórica y no por mítica o legendaria la existencia de Pentesilea, Talestris, Bradamante y Clorinda. ¿Hemos de inferir de aquí que las mujeres puedan y deban seguir la carrera de las armas, entrar en quintas o estar sujetas, como los hombres, al servicio militar obligatorio? De que haya habido notabilísimas reinas y emperatrices, grandes políticas y mujeres de Estado, ¿ha de inferirse, por fuerza, que las mujeres, a fin de que haya igualdad perfecta, sufragio totalmente universal y democracia cumplida, deban y puedan ser electoras, diputadas, senadoras, ministras, etc.? Ya que el hogar doméstico no se hiciese imposible o insufrible, ¿no

perdería mucho de su paz, de su reposo, de su orden y de su dulce encanto, si la mujer, su reina y legítima señora, en vez de cuidar de él y de gobernarlo, se fuese al club, al Congreso, al Ministerio o a la plaza pública, a pronunciar discursos y a dirigir los destinos de la nación, ya formando parte del Gobierno, ya tratando de derribarlo o derribándolo desde la tribuna, desde la dirección de un periódico o tal vez desde las barricadas?

Toda intervención directa que en los negocios públicos demos a la mujer, cualquiera que sea el modo que para que la ejerza fantaseemos, produce, a mi ver, algo de tan grotesco y de tan lastimoso, que mueve a risa no realizado aún y que produciría la desesperación o el aburrimiento en hombres y en mujeres si por epidémico delirio y para desgracia de todos viniera a realizarse.

Para conseguir tal realización no hay camino que no esté lleno de tropiezos. En cada camino se prevé que a cada paso ha de hallarse una esfinge y que cada esfinge ha de proponer centenares de enigmas y ha de plantear multitud de problemas que no acertarán a declarar o a resolver los más habilidosos Edipos.

¿Entrarán las mujeres en todos los oficios, en combinación con los hombres, o formarán grupos aparte? En lo militar, por ejemplo, ¿habrá regimientos de amazonas, de a pie y de a caballo, o entrarán hombres y mujeres indistintamente en el mismo regimiento? Y en este último caso, ¿estarán desligados el soldado varón y el soldado hembra, o formarán parejas monogámicas? Si de cualquier modo que sea no logra el estruendo bélico poner en fuga la fecundidad, ¿no será indispensable establecer en cada cuartel un departamento criadero de militarillos, algo parecido a lo que llaman nursery los ingleses? En los ministerios y demás oficinas del Estado, ¿habrá hombres y mujeres sin distinción, o bien habrá ministerios, direcciones, gobiernos de provincia, congresos, reales academias, tribunales, consejos y ayuntamientos, unos masculinos y femeninos otros? Por dondequiera que se toque este punto del feminismo, salta y aparece enseguida lo risible. En balde, y con la más sincera buena fe, se desea tratarlo por lo serio. La burla acude inevitablemente. ¿Serán causa de esta burla inveteradas preocupaciones, prejuicios difíciles de extirpar y la rutina persistente por siglos en instituciones, leyes y costumbres de los pueblos civilizados? Yo me inclino a creer que hay algo de invencible que por naturaleza se opone al feminismo llevado al extremo. Porque si por feminismo ha de entenderse que la mujer no es inferior, sino por lo menos equivalente al hombre, y que en su condición social caben mejoras que deben realizarse y tal vez hay injusticias que deben desaparecer, el feminismo me parece muy razonable, y yo, desde luego, me declaro feminista. La queja más importante que pueden formular las mujeres, el mayor agravio que se les hace y que es fundamento de la dependencia en que se hallan con relación a los hombres, es la afirmación de que la mujer apenas tiene medios de mantenerse por sí y necesita que un hombre la mantenga, ya sea su padre, ya su hermano, ya su marido, ya su amante. ¿Qué será, se dice, de la mujer que carezca de caudal o de rentas propias, que sea honrada y que se quede soltera?

Es indudable que importa remover todos los obstáculos a fin de que la mujer, cualquiera que sea la clase social en que se halle, pueda creer y

esperar, sin forjarse ilusiones, que no es indispensable que ningún hombre la mantenga: que su habilidad, su ingenio y su trabajo, han de bastar, según su mérito, a proporcionarle una subsistencia decorosa y aun han de abrirle, cuando ella tenga fuerza y capacidad para seguirlas, no pocas de las sendas que llevan a la riqueza, a la notoriedad, a lo más alto de las esferas sociales, a los triunfos y a la gloria. ¿Quién impide a la mujer que sea escritora, pintora, escultora, poetisa, literata llena de erudición, sabia versada en las ciencias, compositora de música, actriz o cantante? ¿Quién le estorba aprender y ejercer otras profesiones y oficios compatibles con su modestia y su decoro y en los cuales, puede adquirir posición, riqueza, crédito y nombradía, sin que sea un hombre quien para ella conquiste todas esas cosas?

Se me dirá que tan brillantes conquistas sólo están al alcance de mujeres excepcionales y muy raras y que la generalidad de las mujeres quedaran siempre, si no son ricas por herencia y si no se degradan y se humillan, sin más carrera que la del matrimonio, y expuestas, cuando no logran casarse, al vicio, a la abyección y a la deshonor.

Dificultad es ésta que yo no niego y que no estoy llamado a resolver en el presente libro. Afirmaré, no obstante, que la dificultad me parece exagerada que su magnitud y su extensión son menores de lo que se cree, y que más bien afectan a las mujeres de la clase media y a las que han nacido, se han criado o se colocan ellas mismas, a menudo por presunción ambiciosa, en una altura en que la suerte o la Providencia no quiso ponerlas, apartándolas del vulgo de las demás mujeres.

Si en este vulgo se siente la inferioridad social de la mujer, y son justas las quejas, conviene atenderlas y que la inferioridad tenga remedio. Acaso la fuerza muscular de la mujer es por lo común menor que la del hombre, pero son innumerables los oficios y menesteres en que la fuerza muscular entra por poco y que más bien exigen cierta delicadeza, primor y agilidad en las manos, y en el ánimo sosegada perseverancia y otras prendas de que las mujeres están mejor dotadas que los hombres. ¿Por qué, en tales oficios, no ha de ganar la mujer salario igual o mayor al que proporcionalmente ganen los individuos del otro sexo?

Prescindamos ya de tan grave cuestión, que es más social que pedagógica, y tratemos de la educación general de la mujer, considerando a la mujer en la posición que ocupa hoy en la sociedad humana, sin las reformas, ilusorias o factibles, que sueña o que tal vez llegue el feminismo a realizar en lo futuro.

Desde luego, sin contar con reformas, adelantamientos y novedades, la misión de la mujer es importantísima en la vigente sociedad humana, y a fin de que esta misión se cumpla, conviene que la mujer reciba una educación general, o sea, dialécticamente, antes de tomar oficio, más cuidadosa y esmerada que la que el hombre recibe.

Me fundo para ello en la firme convicción de que la mujer forma, cría y modela al hombre, no sólo materialmente, concibiéndole y llevándole en sus entrañas, sino también moral e intelectualmente, influyendo en su espíritu.

Como estas meditaciones distan mucho de ser una obra científica, sino más bien un soliloquio en que yo me propongo dudas y procuro disiparlas con sencillez y buena fe, sin aparato doctrinal, y algo cándidamente, se me

permitirá que yo recuerde aquí una frase que decía a menudo el dómine que me enseñaba latín, frase que me ha dado no poco en que pensar más tarde. La frase decía: *Monica divi augustini dupliciter mater, quia peperit eum et mundo et coelo*. Esta doble y sublime maternidad de la mujer no es prenda tan rara que baste a glorificar muy particularmente a Santa Mónica. Por el contrario, considero yo muy común y frecuente la existencia de la buena madre, que inculca en la mente de sus hijos ideas elevadas y saludables, preceptos morales y religiosos, y que logra infundir en el corazón de ellos puros y nobles sentimientos de piedad y ternura y amor entusiasta por la bondad y la belleza. Llenas están las historias sagradas y profanas de tales madres ilustres, que no sólo han criado el cuerpo de sus hijos con la sangre de sus venas y con la leche de sus pechos, sino que también han alimentado y perfeccionado su espíritu con la enseñanza de buena doctrina y con el ejemplo de sus virtudes. Los muchos tratados y disertaciones que en alabanza de las mujeres se han escrito, citan a no pocas madres como modelos en este género; así, en la clásica antigüedad, a Cornelia, madre de los Gracos, y en nuestra propia historia, española y cristiana, a las madres de San Luis y de San Fernando y a la gloriosa reina doña María de Molina.

No se limita, con todo, el influjo de la mujer sobre el hombre a manifestarse en la madre. La hermana, la esposa legítima, la amiga y la enamorada suelen ejercerlo todavía más poderoso. Y esto en todos los tiempos y países, en todos los grados de civilización, bajo todo régimen político y bajo toda religiosa disciplina.

Por ganarse la voluntad de la mujer amada, por complacerla y servirla, el hombre se somete gustoso a rudos trabajos, arrostra los mayores peligros, acomete empresas difíciles y produce obras inmortales. Fuera de las aspiraciones y esperanzas ultramundanas, no hay en la vida mortal ni en este mundo que habitamos mayor estímulo para el hombre que el amor de la mujer y el deseo de excitar su admiración o de lograr su simpatía. Y no sólo mueve la mujer el ánimo del hombre para que sea héroe, sabio o poeta, sino que también le estimula y alienta, en otros empleos útiles o agradables, obligándole de continuo a valer más, para fijar su atención y para ser de ella más estimado y querido. Procura el hombre mostrar su valentía para que la mujer no le desprecie; ser sabio para que ella no se ría de su ignorancia, y aparecer cortés para que ella le oiga y le vea con agrado, celebre sus modales y con sus discursos discretos y su trato apacible y culto se deleite. Si el hombre viste bien, es para que la mujer, en su pulcritud, elegancia y buen aliño se complazca; y si cuida del aseo de su persona, es para que la mujer no sienta por él repugnancia. En suma: yo me inclino a veces a sospechar que sin el benéfico influjo de las mujeres y sin la inclinación irresistible que hacia ellas sentimos, los hombres valdrían muchísimo menos de lo que valen: serían descuidados en el vestir, sucios, descorteses, feroces y rudos, más crueles que benignos y más tímidos que valerosos.

Pero aún va más allá la importancia de la mujer en el progreso y en la cultura del humano linaje. No contenta la mujer con excitar al hombre a seguir el buen camino y con mostrárselo, llega a menudo a prestarle confianza en el propio valer y a comunicarle la fe viva que ella tiene en la aptitud y en la capacidad del hombre a quien ama.

Hará ya dieciséis o diecisiete años que Rosa Cleveland, hermana del entonces presidente de los Estados Unidos, escribió y publicó una preciosa disertación, cuyo título era Fe altruista. Nada, en mi sentir, puede imaginarse más en alabanza de la mujer y más conforme con la sencilla y verdadera realidad de las cosas. Partía o se fundaba la disertación en el hecho histórico o anécdota siguiente:

Cuando ya Mahoma había vencido todos los obstáculos, era el profeta reconocido, obedecido y acatado de todos los árabes y empezaba a difundir su religión y su imperio por el África y por el Asia, Ayesha, la más bella, graciosa y joven de sus mujeres, se atrevió a quejarse diciéndole que hallaba extraño que la estimase y amase muchísimo menos que a su primera mujer, Cadijah, hartamente menos bonita que ella y ya anciana. Mahoma, entonces, con efusión de la más profunda gratitud, dijo de esta suerte:

«¡No, por Alá! No puede haber mujer más noble que Cadijah ni por mí más amada: ella creyó en mí cuando me despreciaban los hombres.»

Así como el zahorí, por una facultad misteriosa que en sí tiene, se cuenta que descubre los tesoros escondidos en el oscuro seno de la tierra, así la mujer penetra con los ojos del alma en lo más hondo de la de su amado y allí descubre ella y luego hace ver y comprender a él los gérmenes ocultos y dormidos de virtud y de ingenio que allí se guardan inertes, y con la fuerza de su amor los despierta, los saca a la luz del claro día para que brillen, los pone en actividad para que creen y aun los guía y encamina hacia el punto y término en que ha de desplegarse su actividad dichosa. Tales son los milagros de la que llama Rosa Cleveland fe altruista.

Innumerables son los casos en que tan maravillosa fe se ha hecho patente. Rosa Cleveland cita algunos. Fácil nos sería reproducir aquí sus citas y aun aducir muchas más, si no temiésemos pecar de prolijos. ¿Qué hombre no ha tenido en su desaliento a una mujer enamorada que le consuele y le anime? ¿Cuántos que dudaban ya de su propio valer y hasta llegaban a negarlo, humillados y postrados por lo que juzgaban desengaño, no se han levantado de su postración y abatimiento gracias a la mano cariñosa que ella les tendía? ¿Cuántos no han continuado por la áspera senda que no se atrevían ya a seguir o de la que se habían extraviado, porque ella volvía a conducirlos suavizándola con su apoyo y alumbrándola con el resplandor de la esperanza?

Resulta, pues, que la mujer es causa de los más nobles actos y de las más bellas creaciones de los hombres, ya estimulándolos como premio si logran dar cima a sus empresas, ya señalándoles y allanándoles el camino y haciendo reverdecer en ellos la esperanza marchita.

De aquí, sin duda, la admiración extraordinaria por la mujer de no pocos varones eminentes, admiración que raya en idolatría y que no basta a explicar el amor sexual y grosero. Claro está, por último, que la mujer que puede con su fe altruista hacer del hombre un héroe, un santo, un sabio o un poeta, bien puede asimismo hacer por sí grandes cosas con esa misma fe puesta en su valer propio.

Nada tiene de raro ni de nuevo cuanto aquí digo en alabanza de las mujeres. Muchísimo más pudiera decir, tomándolo de la multitud de libros que sobre el particular se han escrito y publicado, desde las edades más remotas hasta el día de hoy.

En nuestro mismo idioma y patria tenemos hermosos libros de este género,

entre los cuales deben contarse el que compuso el insigne caballero don Álvaro de Luna, y más de un siglo después el escrito en diálogos intitulado *Ginaecepta* por el muy erudito Juan de Espinosa. Yo mismo, aunque parezca inmodestia citarme, al condenar como extravagancia la pretensión de que sean académicas de número las mujeres, he hecho los mayores y más justos elogios del saber y del talento de ellas en un extenso tratado, cuyo título es *Las mujeres y las academias*, al que me remito.

Bien dice el ya citado don Álvaro de Luna que «en todos tiempos siempre se ovo nuestro Señor Dios, mediante todo beneficio natural, e assimesmo toda gracia divinal, larga, e complidamente con la generación de las mujeres, por donde cesa la non sabia osadía de los que contra éstas han querido decir, o escribir queriendo amenguar sus claras virtudes».

También de los tales maldicientes, autores de diatribas y de sátiras contra las mujeres, hubo y hay no pocos en todos los tiempos y países, señalándose en España en el siglo XVII don Francisco de Quevedo, y en el siglo XV el ingenioso y mordaz arcipreste de Talavera, Alfonso Martínez de Toledo. En su libro conocido por el título de *Corvacho* no hay injuria que contra las mujeres no lance; pero el mismo furor con que se enardece injuriándolas prueba el alto concepto que del Poder de ellas tenía, y lo mucho que estimaba su avasalladora influencia en el hombre, en su condición y en sus destinos. Aun suponiendo tal influencia en extremo dañina, siempre llevará implícita la afirmación de la superioridad y el dominio de la mujer sobre el hombre. ¿Qué no valdrá y podrá la mujer cuando, si hemos de creer al Arcipreste, Aristóteles, el más sabio de los filósofos que ha habido en el mundo, se dejaba «poner freno en la boca e sylla en el cuerpo, çinchado como bestia asnal, e ella, la su coamante de suso cavalgando dándole con unas correas en las ancas»? También trae el Arcipreste el ejemplo de Salomón, que, siendo todavía más sabio que Aristóteles, echó por tierra su sabiduría a los pies de las mujeres y se puso a adorar los ídolos para complacerlas.

Bien se ve que el maligno Arcipreste prueba demasiado y va contra su propósito de denigrar a las mujeres. Ellas habrán sido causa de perdición, de ruina o de abatimiento para los hombres, pero bien se muestra en ello el inmenso poder que sobre los hombres tienen, el cual poder, ordenado y enderezado a buen fin, puede producir y produce los más felices efectos. Si Onfala hace hilar a Hércules; si por Dalila pierde Sansón la libertad y los ojos, y si por Helena es incendiada Troya, ¿qué pasmoso número de hazañas, de triunfos y de virtudes no pueden recordarse y citarse en los hombres inspirados e impulsados por las mujeres?

Casi es lícito afirmar que la más limpia y pura idea de la belleza la concibió y la mostró la mujer, revistiéndola de forma sensible en su propia persona. Desde la desaliñada y tosca hembra humana, hasta la mujer elegante y hermosa, hay una gran distancia que la Naturaleza material no recorre y salva, sino que presupone la inspiración artística, la virtud del espíritu con que la mujer crea en ella misma la hermosura, la gentileza y la gracia. De aquí, sin duda, el fundamento de su predominio, que ya desde las más remotas edades se manifiesta, y la adoración y el pasmo mezclado de terror religioso con que el hombre la mira, como si la divinidad intimase más con ella y más la favoreciese y la amase. De

algunos bienhadados varones se dijo que de las diosas fueron amados. Así Endimión, Anquises y Peleo. Pero ¿qué vale esto en comparación de la multitud de mujeres que, de los dioses amadas, aparecen en casi todas las religiones, como madres de otros dioses, de semidioses y de héroes? Así Semele, Maya, Leda, Alemena, Danae y más en Grecia y muchas más en la India.

El respeto del hombre hacia la mujer y la alta idea que de su tino, agudeza y facultad adivinatoria tuvo siempre, dan candorosamente testimonio de sí en las más antiguas fábulas y leyendas. Egeria inspira a Numa; las Sibilas vaticinan y dictan leyes; Ariadna ayuda a Teseo para no perderse y triunfar en el Laberinto, y Medea y Circe son terribles encantadoras.

En los tiempos heroicos, en las edades divinas de todos los pueblos, no bien salen del estado salvaje, no bien una aurora de civilización ilumina la noche de su barbarie, la mujer prevalece y reina; ella es el más alto y codiciado objeto de la ambición varonil y el aliciente y el móvil de las más arduas empresas. El padre de la Historia, Herodoto, lo declara así con la graciosa sencillez de su estilo. Las guerras, las expediciones por mar y las conquistas y lances más estupendos, todo procede o a todo presta ocasión alguna linda princesa robada. Ya es Io, hija de Inaco; ya Europa, hija de Agenor; ya otras.

Basta ya, y acaso sobre con lo expuesto hasta aquí, para hacer patente cuánto importa la mujer en la cultura, adelanto y destinos de las sociedades humanas. Su educación, pues, requiere especial cuidado. En el orden dialéctico precede a la del hombre. Discurramos sobre esta educación con algún detenimiento, considerando a la mujer en general, o sea como conviene que llegue a ser para ser mujer perfecta, hasta donde cabe en lo humano, antes de seguir una profesión, tomar oficio o, como vulgarmente se dice, emprender una carrera.

- XI -

De la educación general en las mujeres

Lo que llamo yo educación general es el trabajo que debemos dar y el esfuerzo que debemos hacer para que toda criatura humana que viene al mundo pase del estado de cultura a que hemos llegado y suba hasta ponerse al nivel de la mayoría de las gentes en cuya sociedad y trato ha de vivir o vive. Esta educación debemos darla todos: los padres de familia, y muy particularmente las madres, en los primeros años de la vida de sus hijos. El Estado debe concurrir a esta función, desde luego, con actos de beneficencia cuando los niños están desvalidos o menesterosos por abandono, por muerte o por extremada pobreza de los padres. Pero de este cuidado de la infancia que, a más que a la educación del espíritu, se dirige a la conservación y sustento y desarrollo de la parte corporal, no

me incumbe tratar aquí. Mi objeto es tratar sólo de la educación desde los siete años en adelante, cuando ya las facultades del alma requieren ser cultivadas con esmero, aunque sin descuidar por ello el ser corporal de cada individuo. Porque conviene que se entienda que el cultivo de las facultades del alma ha de servir de norte y guía a la salud, robustez y hermosura del cuerpo, a fin de que todo se armonice y haya hombres y mujeres útiles a la patria y de quienes la nación o la raza pueda jactarse.

Como el Estado ha de interesarse e intervenir en esto, considerándolo una de sus principales funciones, importa que nombre a los maestros y maestras de primera enseñanza; que vigile que los haya en todas las poblaciones, y que estén bien pagados, ora sea el Municipio, ora el Gobierno de provincia, ora el Poder central quien les pague. Pero si esta paga de los maestros ha de ser buena y no ha de faltar, también se necesita que dichos maestros merezcan la paga.

El saber de ellos puede probarse por medio de exámenes y oposiciones, aunque procurando que estas oposiciones no sean muy prolijas y no consten de sobrados ejercicios. Uno o dos, bien hechos, bastan y sobran para que los jueces peritos conozcan y vean a las claras la capacidad absoluta y relativa de cada opositor. Más vale que los sujetos que compongan el tribunal cobren pocas dietas crecidas, que no muchas miserables dietas, perdiendo un tiempo precioso y tal vez fatigando y apurando la paciencia de los que se someten a su fallo.

Y como no es el saber sólo y la agradable fluencia didáctica la que para la enseñanza se exige y lo que es todavía más de exigir para la enseñanza primera, creo yo que los tribunales o jurados de oposiciones deben limitarse a presentar temas, o mayor número aún de los que hayan juzgado más aptos, sin que pueda alegarse ni valer como mayor derecho el ir uno inscrito en la lista antes que otros. El Gobierno, con toda libertad, podrá elegir, entre los que el tribunal haya considerado más aptos por su saber y por la facilidad y gracia de la palabra con que la transmiten, a aquellos que gocen de mejor fama, de más acreditada honradez de amor desinteresado a su profesión y de otras prendas y virtudes, sobre las cuales no estuvo ni pudo estar llamado a decidir el tribunal o jurado de oposiciones.

Tal vez se me dirá que dejo mucho al arbitrio de los ministros; pero alguna confianza hemos de poner en quien nos gobierna, y más aún cuando el Gobierno no es despótico, sino liberal y representativo, y que procede en gran parte y debe proceder de la opinión pública legítimamente manifestada.

En otros capítulos he expuesto ya cuanto conviene que se enseñe en las escuelas de niños y de niñas. Bueno es advertir ahora que toda aquella enseñanza no es para que todos la aprendan, sino para que puedan aprenderla todos y para que nadie pueda decir o diga que no hubo quien le enseñase.

Aquí se suscitan cuestiones sobre las que apenas me atrevo yo a decidir o sobre las que hay más vaguedad que precisión en lo que decido.

Mi deseo es, sin duda, que todos aprendan y sepan; pero ¿hasta qué punto, impulsado por mi deseo y esquivando o saltando por cima de mil dificultades, puedo yo hacer obligatoria la primera enseñanza? Acaso por

mil estímulos indirectos, por facilidades que se proporcionen y por ventajas que se ofrezcan, se consiga que el mayor número de niños y de niñas acudan a las escuelas, las frecuenten y aprendan algo. Siempre habrá que exceptuar de esta semiobligación a los hijos e hijas de familia que viven en lugares agrestes, lejos de las villas y aldeas. Y siempre habrá que conceder que asistan poco o que apenas asistan al aula los niños y niñas que por la pobreza de sus padres se ven obligados o forzados desde muy temprano a prestarles auxilio para ganarse el sustento.

Hay que considerar también que los seres humanos suelen diferenciarse no poco y tener muy distintas propensiones y aptitudes, ocurriendo a veces que las tales aptitudes y propensiones no aparecen en todos a la misma edad, sino en edades distintas. Tal sujeto, a quien, como vulgarmente se dice, estorbaba lo negro cuando muchacho; a quien repugnaba la lectura, odiando el estudio de muerte, de súbito y ya hombre granado, se aficiona a la sabiduría, se afana por alcanzarla y hace prodigios. Y tal sujeto hay o puede haber también que, sin estudiar ni cuando niño ni cuando hombre, casi por instinto, inspiración o sabiduría infusa, hace y logra más que los que han estudiado. Poetas ha habido que sin aprender gramática, ni retórica, ni poética, y hasta sin saber escribir, han sido egregios. Y también ha habido grandes capitanes que sin quemarse las cejas estudiando matemáticas, táctica, estrategia, poliorcética, balística, castramentación y demás ciencias militares han vencido a los que las sabían, han defendido a la patria contra extranjeros invasores, han conquistado reinos y han avasallado imperios.

Todo esto y más puede reconocerse y celebrarse en la virtud nativa, en la capacidad natural de algunos seres humanos privilegiados; pero no hay regla sin excepción, y el caso excepcional no invalida la regla. Con y por el saber hace la gente lo que sin saber no haría; y el saber, por último, no ocupa lugar, como reza el proverbio.

Infiero yo de las antedichas reflexiones, quizá contradictorias, al menos en apariencia, que, si bien la instrucción es convenientísima, no debe ni puede ser obligatoria sino en determinados casos y hasta cierto punto que la prudencia señala.

En suma: niños y niñas deben, en mi opinión, ir a las aulas; pero no es prudente ni posible exigir que todos ellos aprendan cuanto hemos dicho que debe enseñarse en las de primera enseñanza, sino que debemos contentarnos con que los que por cualquier motivo asisten poco, o son menos capaces o son desaplicados, aprendan a leer y a escribir, aunque sea torpemente, y reciban algunas nociones de religión, de moral, de gramática y logren sumar y restar sin equivocarse.

Todos los estudios, pues, que hemos enumerado ya como de primera enseñanza son, no para que todos los sigan, sino para que todos puedan seguirlos.

A la obligación de saber bien cuanto constituye la primera enseñanza, probando esta suficiencia por medio de severos exámenes, sólo estarán sujetos los que necesiten de título o certificado de tal suficiencia para ingresar en los institutos o en escuelas especiales que impongan dicho requisito para asistir en ellas como discípulos y no como meros oyentes.

Lo dicho hasta ahora en el presente capítulo es a modo de preámbulo, donde yo quiero y procuro determinar lo que por educación general entiendo, a fin de hablar luego de esta educación general con aplicación a las

mujeres.

No va encaminada esta educación general a que la mujer sea artista, literata o aprenda y ejerza este o aquel oficio mecánico, sino a que sea, como ya he dicho, mujer cabal o todo lo perfecta de cuerpo y de alma que en su condición natural es factible y hasta donde se puede llegar en el estado actual de civilización o de cultura humanas. Sin la diferencia de sexos y sin la unión de los individuos de un sexo con los del otro, ni se funda la sociedad, ni se crea la familia, ni se conserva nuestra especie. Por tanto, lo primero que hay que procurar en la mujer es que sea o que pueda ser perfecta casada, buena madre de familia.

Tengo yo por cierto que los vicios, los crímenes, las inmoralidades y el mayor número de los infortunios de que todos nos lamentamos no provienen de las leyes ni de las instituciones civiles o religiosas y no se evitan ni se remedian con las reformas o con los cambios de dichas instituciones y de dichas leyes. Hasta donde cabe en lo imperfecto de nuestra condición, las instituciones y las leyes están bien; reformarlas, modificarlas radicalmente o establecer otras nuevas es inútil, ya que no sea peligroso y hasta nocivo. Lo que hay que modificar o cambiar, por medio de la educación y hasta donde a ello no se oponga nuestra naturaleza, es el concepto erróneo, la costumbre perversa y la opinión falsa que nos extravían y que tal vez producen contradicciones difíciles de conciliar y desórdenes y trastornos lamentables.

Sin duda, el recato, la honestidad y el pudor son virtudes que deben resplandecer más en la mujer que en el hombre. La valentía, la entereza, el sufrimiento en los trabajos y fatigas y el denuedo para arrostrar los peligros son virtudes más varoniles. Esta distinción, no obstante, no debiera llevarse como se lleva en el día hasta el más vicioso de los extremos. Aplaudimos y tal vez hallamos graciosa y hechicera la timidez o la cobardía de las mujeres. En el hombre, nada más vergonzoso que la nota de cobarde. En cambio, la mujer sobrada amorosa, desenvuelta o lasciva, pierde su crédito y llega a deshonorarse, mientras que el hombre adquiere celebridad, es objeto de admiración y de envidia y pasa por un portento que estimula a la imitación si logra muchos favores de las mujeres y las enamora, las seduce y las pierde.

Si al llegar, pongamos por caso, a la edad de veinticuatro años, una muchacha soltera ha tenido un desliz, esta muchacha está perdida. Y, en cambio, si un hombre, al llegar a los veinticuatro años, no siendo un venerable santo o no siendo por lo menos un Newton o un Leopardi, conserva incólume y sin ningún menoscabo su pureza, la rechifla, la burla, la chacota, es el premio de su virtud; apenas queda alguien que no la suponga hipocresía, o que no la atribuya a deplorable defecto físico, o que no la mire como falta grotesca y risible.

¿Qué culpa tienen las leyes y las instituciones de esta lamentable aberración de nuestro sentimiento? Yo pregunto, pues, sin atreverme apenas a darme contestación: ¿No sería mejor que fuésemos menos benévolos o menos indulgentes con los amorosos extravíos de los hombres, y algo menos severos también con las mujeres, que no incurrirían en tales extravíos si los hombres no las solicitasen?

En la mujer soltera no condenamos sólo la comisión del pecado, sino hasta el saber que el pecado existe. ¿Es acaso indispensable o conveniente esta

santa ignorancia para que la mujer no lo cometa?

De acuerdo yo con las personas más delicadas, convengo en que las doncellas no deben manchar la limpieza de su mente virginal con conocimientos y noticias naturales, sin duda, pero que pueden excitar malas pasiones; pero fuerza es convenir también en que no se huye del mal cuando el mal se ignora y cuando tal vez nos impulsa hacia él un instinto inconsciente. ¿Será, pues, lo mejor que la soltera, cuando llega, por ejemplo, a la edad de dieciocho o veinte años, no ignore ya, aunque por pudor aparente que ignora? Exagerada esta apariencia de ignorancia, ¿no fomentará acaso en el alma de la mujer una peligrosa inclinación a la falsedad y a la hipocresía?

Tal vez una señorita rica, vigilada por su madre y por su aya, educada con gran cautela y recogimiento en un convento o en un colegio, podrá llegar a cumplir los dichos dieciocho o veinte años sin saber cuanto de otro modo, sería inevitable y natural que supiese; pero con la generalidad de las hijas del pueblo no pueden emplearse tan exquisitas precauciones. Y si de la santa ignorancia dependiesen la honestidad y la pureza, resultaría que estas virtudes vendrían a ser como objetos de lujo, que sólo resplandecerían en aquellas mujeres que con las mencionadas exquisitas precauciones se hubiesen criado. La virtud no estriba, pues, en la ignorancia, por santa que sea. Suele acontecer, por el contrario, que cuando dicha santa ignorancia se pierde de súbito, la improvisada revelación presta seductores encantos a lo recién conocido y apenas da tiempo para que nazca la debida repulsión al vicio y al pecado y se perciba toda su fealdad y su torpeza. Por eso con frecuencia no pocas jóvenes educadas con extremoso recato han distado mucho de ser modelo de casadas, después de salir al mundo y contraer matrimonio. Aunque sea atrevida y cómica comparación, ¿no puede esmerarse la mujer criada lejos del mundo y en severa clausura al bravo toro que vivió en desierta y esquiva dehesa y que de repente se lanza en el circo? No por eso es tímido, sino que embiste a cuanto se la pone delante. Prescindo, pues, al menos por lo pronto, de tocar más este punto tan difícil de resolver y tan lleno de contradicciones.

Lo que sí diré o, más bien, repetiré, porque ya lo he dicho, es que la causa principal de las perturbaciones morales que nacen del trato entre la mujer y el hombre es la idea, tan arraigada y difundida por todas partes, de que la mujer necesita que la mantengan.

El día en que la mujer, cualquiera que sea la clase social en que esté o en que haya nacido, se persuade de que puede y debe mantenerse por sí, sin que necesite para ello de hombre alguno, ese día la moralidad superior habrá aparecido en el mundo. A que toda mujer adquiera y funde bien la persuasión mencionada ha de propender antes que todo la educación que reciba.

No he de negar yo que en la mente de quien acepte mi opinión ha de menoscabarse mucho el concepto poético que de las mujeres formamos; pero, en cambio, formaremos de ellas un concepto práctico y harto más razonable.

Nada más hermoso que el rendimiento, la devoción galante, la voluntaria esclavitud y la adoración sumisa con que los esforzados caballeros de las edades pasadas complacían y servían a las señoras de sus pensamientos.

Éstas, más que mujeres, eran para ellos algo sobrenatural y divino:

... una cosa venuta
Da cielo in terra per miracol mostrare,

como decía Dante. No eran vanas ponderaciones retóricas, sino un real y verdadero sentir el que movía a Calderón cuando afirmaba

que si el hombre es breve mundo,
la mujer es breve cielo.

Toda la ilusión y todo el hechizo de sentimientos y de pensamientos tan dantescos y petrarquistas se desvanecen, sin embargo, a los ojos del filántropo cuando piensa, por ejemplo, que la idolatría de Amadís por Oriana, de Dante por Beatriz o de Petrarca por Laura, era excepción rarísima, extremado refinamiento, encantadora creación, que sólo se lograba, si alguna vez, en realidad, se lograba, en favor de muy contadas y muy poquísimas mujeres y a costa de la humillación y dura servidumbre de las otras y de la feroz tiranía ejercida sobre ellas. Por cada una de las damas que por el lustre de su nacimiento, por su encumbrada posición social, por el lujo y la elegancia de su manera de vivir, por otros prestigios o tal vez por excepcionales y rarísimas prendas, lograba ser objeto de tan envidiable idolatría, se podían contar millares y millares de mujeres ferozmente vigiladas mientras había en ellas juventud y hermosura, castigadas con no menos ferocidad por cualquier falta, real o supuesta, y cuando eran viejas o feas o no inspiraban amor, tratadas como esclavas y sometidas por fuerza a los más rudos afanes y a los menesteres más viles. Prescindamos, pues, de esa poética idolatría en favor de algunas rarísimas hembras de nuestra especie tan en contraposición con el mal trato de que las otras hembras humanas eran víctimas por lo común. Hasta las mismas idolatradas solían estar harto poco seguras, ya que de la adoración los celos solían saltar de súbito al odio y trocar las flores que ofrecía el galán o el marido a su querida o a su consorte en hierro para darle muerte o en dogal para ahogarla.

Procuremos, pues, el justo medio entre tanta adoración y tanto estrago. Procuremos que la doncella sea amada y respetada, que la casada tenga la confianza y el aprecio de su marido y que los merezca, y que la viuda, la anciana y, sobre todo, la madre, sean digno objeto de la juiciosa y templada veneración de la sociedad, de la familia y de los hijos. No sea a modo de deidad, aunque no pocas ilusiones poéticas se desvanezcan por ello, ni sea tampoco sierva maltratada y humillada, mísero instrumento para el hombre de deleite o de trabajo. Sea así su igual, su amiga, su constante y fiel compañera, la señora de su casa y la que con él comparta los cuidados y las tareas que deben emplearse en la conservación y en el aumento de la hacienda y en la educación de los hijos. Porque si, como ya hemos dicho, el educar es función del Estado, esta función dista mucho de ser exclusiva. Con el Estado no deben jamás dejar de ejercerla los padres.

Ahora bien: para que la mujer sea capaz de tan altos fines y para que logre, no por excepción o privilegio, la posición que idealmente le concedemos, creo yo que debe recibir con esmero la educación general de que he empezado a tratar en este capítulo, y de la que, por ser asunto de la mayor trascendencia, seguiré tratando con amplitud en el capítulo siguiente.

- XII -

Continuación del mismo asunto

Llevado al extremo el sentimiento celoso que exige grandísimo recato en la mujer, y combinado este sentimiento con la idea de que la mujer necesita que alguien la mantenga, y de que no siendo su padre el mantenedor el único medio honroso que tiene ella de ser mantenida es el de tomar marido, la moralidad y el interés han venido a fundirse y han producido, durante largo tiempo, resultados, a mi ver, harto poco agradables: han rebajado a la mujer intelectual, moral y físicamente.

A fin de que no se pervierta, se ha procurado que no se instruya; que apenas lea o que lea poco. Y a fin de que no escriba cartas amorosas, se ha procurado que no aprenda a escribir. Todavía allá en mis verdes mocedades he conocido yo señoras y señoritas, de nobles y acomodadas familias, que casi no sabían sino firmar. Tal era el empeño de que permaneciese inculto el espíritu de las mujeres, para que no brotase en él con el cultivo nada vicioso ni profano.

En lo corporal solía haber no menor descuido y abandono por exceso de casta precaución y escrúpulos religiosos que frisaban en ascetismo. Lavar todo su cuerpo una mujer ha implicado, hasta hace poco, y todavía implica en el concepto del vulgo, cierta propensión al vicio, algo de gentílico y, por lo menos, una desvergonzada carencia de pudor.

Menester es, pues, desechar preocupación tan absurda y convencer a las mujeres honradas de que ellas también deben lavarse y de que la limpieza no ha de ser privilegio de las extraviadas y malas mujeres. No quiere ni puede querer Dios que sea sucio e inmundo de cuerpo quien le sirva, ni que sea mal olor el olor de santidad, ni que se mezcle el abominable tufillo del desaseo con el perfume del incienso y de las fervorosas y virginales plegarias.

Desde muy niñas, pues, conviene que las mujeres se acostumbren a lavarse. Esto no es difícil ni costoso. El agua es barata, y una vasija de barro en que ponerla está al alcance de todas las personas, como no se hallen en la más espantosa miseria, lo cual debe evitarse. Ni se crea que el pudor padezca o se menoscabe por esto. Sólo una extremada malicia o una rara perversión del modo de sentir puede hacer que de nuestro propio cuerpo nos avergoncemos. El aseo, por último, contribuye no poco a la buena higiene y nos precave de multitud de lacerias y pestilencias.

El cuidar con cierto esmero de nuestro ser corporal es un deber que tenemos con nosotros mismos y que no se contrapone, sino que completa el superior cuidado con que debemos mirar por nuestras almas. No como joya que el mercader pule, limpia y abrillanta para colocarla luego en el escaparate de su tienda para que allí reluzca, atraiga las miradas y se venda mejor, sino como don del Cielo y como obra maestra de naturaleza que debe custodiarse sin deterioro y no arrojarse a la basura, es como toda mujer debe cuidar, estimar, acicalar y pulir el cuerpo que Dios le ha dado. Inmoralidad grosera y protección eficaz, aunque indirecta, a las hembras pecadoras, sería el dejar que ellas solas fuesen las aseadas. Y aún resulta otro mal no pequeño del desaseo por exageraciones púdicas o ascéticas; la repugnancia y hasta el asco que sienten por la vida contemplativa algunas mujeres muy propensas por todo lo demás a abrazarla. Damas arrepentidas o desengañadas del mundo he conocido yo que se hubieran refugiado en un santo retiro y acaso serían a estas horas unas santas si no fuera por la carencia o por la escasez de limpieza que en dicho santo retiro encontraron.

No trato ahora del oficio o habilidad especial a que cada mujer debe dedicarse para ganarse la vida, sin someterse a que sólo sea el hombre quien la gane así para él como para ella. Trato sólo de la educación general. En el cultivo del espíritu, en el desenvolvimiento intelectual, moral y religioso de las facultades y potencias del alma, la enseñanza primera debe ser igual para la mujer y para el hombre, ya que afirmamos y creemos que hombre y mujer son iguales. La diferencia ha de estar en la educación corporal, la cual es, en mi sentir, de dos maneras: una, cuya acción queda, digámoslo así, en la persona que la ejecuta, que tiene por objeto la posible perfección de la misma persona, y otra, que se ordena a mejorar la condición de la vida: a producir algo útil, aunque no en determinado oficio, sino en varios y distintos menesteres que en el seno de cada familia son indispensables.

Para desempeñar estos varios y distintos menesteres, toda niña, con mayor o menor intensidad y ahínco, según sea la clase social a que pertenezca o la mayor o menor cantidad de bienes de fortuna de que gocen sus padres, debe saber algo, ora lo aprenda en su casa, ora en la escuela a que asista.

Ninguna mujer debe ignorar y ser extraña a las faenas caseras por más que los adelantos de la industria y las novísimas e ingeniosas invenciones las hayan facilitado o inutilizado en parte y por más que la división del trabajo haya convertido en industria especial ejercida en grande y por grandes Empresas lo que era antes trabajo casero. Así, por ejemplo, el hilar y el tejer. Todavía recuerdo yo cuando se hilaba y se tejía en las casas, singularmente telas de lino. En el día apenas se da ya tal industria casera ni en los más apartados lugares. La rueca, el huso, las devanaderas, el telar doméstico y hasta la dagailla y las agujas de hacer calceta, son instrumentos de trabajo que apenas se conservan ya en casa alguna, a no ser como arqueológicas curiosidades.

Toda mujer, no obstante, debe saber coser, a pesar de la máquina Singer, y conviene que se esmere en hacer dobladillos, pespuntos, vainicas y otros primores; debe, si para ello tiene disposición y tiempo de sobra, aprender a bordar; y, ya que no sea absolutamente necesario, es convenientísimo que

sepa zurcir, echar remiendos y manejar diestramente las tijeras para cortar prendas de su vestuario y del vestuario masculino, sobre todo de ropas blancas e interiores.

Hay un arte de la mayor importancia, harto descuidado en España, porque las mujeres lo desdeñan y por pocos que sean sus humos aristocráticos no se allanan a aprenderlo. De aquí que a menudo los más deliciosos y ricos dones que la pródiga Naturaleza nos da para alimento, se echen miserablemente a perder, y en vez de ser regalo del paladar y del olfato y refrigerio salubre del estómago, se conviertan en desabridas viandas o en bodrios abominables y dañinos. Así resulta que por ignorancia y torpeza suelen estragarse los mencionados dones y podemos asegurar que se cometen espantosos crímenes de lesa horticultura, de lesa ganadería y de lesa cinegética. Para remedio de tantos males, aconsejo, pues, y amonesto a todas las mujeres, aunque se críen para duquesas, princesas y hasta emperatrices, que al menos fundamental y teóricamente, aunque practiquen poco o nada, estudien el arte de cocina y entiendan de repostería y de confitería. Por lo común hasta en las casas de los sujetos más opulentos se come mal, cuando la señora, ama de la casa, ignora las cosas culinarias o no les presta la atención que merecen. El cocinero o la cocinera entonces se considera como artista no comprendido, como predicador en desierto, y despreciando a los señores a quien sirve, descuida las obras de su ingenio y de sus manos y todo lo condimenta mal. Allá en el fondo del alma, toma para norma de su conducta la famosa sentencia evangélica que reza: No echéis margaritas a los puercos.

El lamentable descuido y la consiguiente decadencia de la cocina nacional acarrear, por último, no pocos perjuicios a la patria. Los que comen mal, sin gana y sin deleite, suelen digerir peor, contraer enfermedades, y vivir acaso desmedrados, canijos y cacoquimios.

Por fortuna, aún quedan en España rastros y vestigios de la antigua cocina española, si sencilla y ruda, sana y suculenta; pero tales vestigios se van borrando con el torpe remedo de la cocina francesa, por donde nos desnacionalizamos y descastamos, en punto tan esencial, para estar peor de lo que estábamos antes.

Véase por lo expuesto cuánto importa que las mujeres desde niñas se aficionen a guisar, sepan de tan útil oficio y se aperciban para ser en él ya críticas, ya autoras.

Una dama principal o rica no lava ni plancha, pero la generalidad de las mujeres deben entender de lavado y de planchado, ya que las ricas y principales son excepciones raras. Y aun así no veo qué inconveniente pueda traer el que entiendan y hasta el que ejerzan tan útiles menesteres.

Prescindiendo ya de la circunstanciada enumeración de todas las habilidades y aptitudes que debe cultivar la mujer y con las que conviene que se aperciba para ser perfecta casada, pondré aquí en cifra y conjunto lo que dicha perfecta casada debe ser, según el retrato que de ella nos dio Schiller, a quien tan bien interpreta nuestro Hartzenbusch en su paráfrasis del canto de la campana:

Ella en el reino aquel prudente manda;
reprime al hijo y a la niña instruye;

nunca para su mano laboriosa,
cuyo ordenado tino
en rico aumento del caudal refluye,
de esa mano que le hace un remolino
al torno girador zumbador sonoro,
brota el hilo y al huso se devana;
ella el arca olorosa llena de oro;
ella los paños de escogida lana,
ella la tela de nevado lino
custodia en el armario, que luciente
mantiene la limpieza;
ella une el esplendor a la riqueza,
y al ocio junto a sí jamás consiente.

Tal debe ser la mujer en lo esencial, con las modificaciones que exigen los cambios y progresos de las diversas épocas y la clase o estado social en que la fortuna la coloca, para que podamos llamarla muy señora de su casa y excelente madre de familia.

En la doctrina expuesta hasta aquí para que sirva de norte a la educación de la mujer, nada hay, en mi sentir, que no concuerde esencial y exactamente con la más pura moral cristiana bien entendida. Y si he citado a Schiller, interpretado por Harzenbusch, con mayor motivo debo citar a fray Luis de León, en cuyo libro *La perfecta casada* coincido en todo y al que me remito. No recomienda menos que yo aquel elocuente maestro que sea la mujer ordenada y hacendosa para que conserve la riqueza del marido y contribuya a acrecentarla, merced a sus desvelos y trabajos domésticos. Y en lo tocante al cuidado de la propia persona en lo corporal, también coincide fray Luis en cuanto hemos dicho, a pesar de su severidad ascética, porque sin lo limpio no hay nada hermoso, dice, y después añade: «Si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado y limpio, y es además cuidado necesario en la mujer para que se conserve y acreciente el amor de su marido con ella, si ya no es él por ventura tal que se deleite y envicie en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer a su lado siempre en la mesa, donde se sienta para tomar gusto, y en la cama que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un asco que ni se puede mirar sin torcer los ojos, ni tocar sin tapar las narices? O ¿cómo será posible que se allegue el corazón a lo que naturalmente aborrece y de que rehuye el sentido?»

Educada la mujer con el esmero conducente a adquirir las habilidades y prendas de que hemos hablado para poder ser casada perfecta, no creo yo que el moderno feminismo acierte a concederle mayor valer e importancia que los que le concede el maestro León en estas hermosas palabras:

«Una buena mujer no es mujer, sino un montón de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola, y sola ella le puede hacer bienaventurado y dichoso. Y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos y se pone delante de los ojos y se asienta sobre la cabeza, para hermosura y honra de ella, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad, ni más ni menos a la buena mujer el marido la ha de querer más que a sus ojos y la ha de traer sobre su cabeza. El mejor lugar del

corazón de él ha de ser suyo, o, por mejor decir, todo su corazón y su alma; y ha de entender que en tenerla tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud, como dicen, que en toda sazón y coyuntura responderá con su gusto, y le hinchará su deseo. Y que en la alegría, tiene en ella compañía dulce con quien acrecentará su gozo, comunicándolo, y en la tristeza, amoroso consuelo, y en las dudas consejo fiel, y en los trabajos, regalo, y en las faltas socorro, y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos, provisor de sus excesos, y, finalmente, en las veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y por el proceso de toda la vida, dulce amor, y paz y descanso.»

- XIII -

De varias cosas que no se exige que sepan todos, pero que conviene que hombres y mujeres aprendan

Prefiero yo pecar de cansado y volver sobre lo ya dicho, incurriendo en frecuentes repeticiones, a que se me moteje de prescindir del asunto principal, discurriendo sobre los superficiales y secundarios. Insisto, pues, en afirmar que ni a la mujer valdrán las prendas y habilidades que hemos enumerado, ni al hombre tampoco las que hemos dicho que necesita adquirir o que conviene que adquiera, si todo ello no tiene por fundamento la ley moral bien grabada en el alma. A fin de que allí se grabe o más bien a fin de que no se encubra o no se borre de la conciencia donde todos la llevamos escrita, importan y aun son indispensables las amonestaciones y el buen ejemplo de los padres de familia, de los directores espirituales y de los maestros y maestras de la primera enseñanza. Claro está que esta ley moral, según creo haber ya expuesto, no se estudia ni se aprende antes de los catorce o dieciséis años, de un modo científico, sino de un modo precientífico, inculcándose e insinuándose en los ánimos con la mayor firmeza y la mayor hondura, de tal suerte, que se arraigue allí tan poderosamente que no basten a arrancarla los cambios de opinión, las doctrinas malsanas y cuantas puedan ser las dudas religiosas, metafísicas y psicológicas que más temprano o más tarde sobrevengan. Entiéndase que damos y seguimos dando por supuesto que todo ser humano ha de considerarse responsable de sus acciones, ha de tener por cierto que en su libre albedrío hay fuerza suficiente, o por naturaleza o por gracia que Dios concede, para triunfar de toda inclinación viciosa. Y entiéndase, por último, que son axiomas, indemostrables de puro evidentes, los mandamientos divinos que todos saben de memoria, cuyo fin capital en esta vida que vivimos es no perturbar en lo mínimo el orden y concierto de naturaleza y conservando y hasta acrecentarlo en bien y en hermosura por cuantos medios estén a nuestro alcance.

Partiendo de nuestra firme creencia en esta ley moral y de nuestro acatamiento y sumisión a ella, todavía hay cualidades que todo individuo de nuestra especie, en el estado de cultura a que hemos llegado, debe adquirir o conviene que adquiriera, hasta el grado, lugar o posición social en que la fortuna le coloque.

La urbanidad, la cortesía, lo que vulgar y ordinariamente se llama buena crianza, importa en extremo a lo grato y apacible del trato de los hombres entre sí, y siempre ha dado asunto a interesantes preceptos y consejos, ya transmitidos por la escritura, ya de voz viva.

En las edades pasadas se han escrito sobre esta materia libros muy interesantes y curiosos, celebrados por la bondad de su doctrina y por la elegancia y primor de su estilo. Tal fue, por ejemplo, El cortesano, donde el conde Baltasar Castiglione maravillosamente traza, pinta y prescribe, presentándole como modelo y dechado, al más gentil y bien criado caballero que en su época se concebía.

En nuestra época tal vez se ha descuidado mucho el tratar de este asunto, mirándolo como fruslería sin trascendencia. Tal vez se ha tratado este asunto con tan excesiva candidez, que ha dado ocasión a burlas y chistes poco lícitos, sin duda, por lo maleantes, y quizá no merecidos tampoco; verbigracia: los que se lanzan contra El libro de los niños, de Martínez de la Rosa, y contra El consejero de la infancia, del barón de Andilla. Difícil es, al tratar de este asunto, no incurrir en candideces de la misma laya, por donde yo estoy temeroso de tratarlo a no ser muy de paso y caminando sobre él como sobre ascuas. Porque también es de notar que mi intento es escribir un libro con estilo reposado y grave, y no quiero, a fin de no pecar de cándido, caer en el contrario defecto de satírico o de jocoso.

Recuerdo que hace ya mucho más de medio siglo, aunque ya estaba yo estudiando una cosa que llamaban filosofía, descontenta mi madre de que tuviese yo mala letra y deseosa de que la tuviese buena, muy contra mi gusto y con extremo recato para que no se divulgase ni se supiese que cometía yo acción tan impropia de un filósofo, me hacía ir a casa de un excelente profesor de primeras letras a ejercitarme en escribir planas. Excelente y bondadoso era aquel maestro. Su escuela podía servir de modelo a las de entonces. Y su mujer y sus dos virtuosas hijas tenían al mismo tiempo, con la conveniente y debida separación, una amiga o escuela de niñas. Aquel noble establecimiento docente que florecía en Málaga, donde mi familia habitaba, había alcanzado con razón extraordinario crédito. Por desgracia, hubo de perderlo, desacreditándose y poniéndose en ridículo, así el maestro como la maestra, por manifestar con sobrada candidez o desmañada franqueza su propósito de enseñar a los alumnos las reglas todas de urbanidad y cortesía.

De ello hablaron en un programa o prospecto, y esto los perdió. Esto les hizo blanco de las pesadas bromas y de los epigramas picantes, así de los periódicos como de la gente desocupada y maligna. No sé cómo, tal vez suadente diavolo, se atrevieron a decir que en su escuela enseñarían a pasear. Se cae de su peso la burla principal que ocasionó tal dicho y que, repetida de mil maneras, dio al traste con la reputación de maestro y maestra en lo esencial, tan buenos y bienintencionados.

«En España -decían los burlones- sobran los paseantes, sin que nadie los

enseñe.» «¿Qué será de nosotros -añadían- cuando la gente aprenda a pasear?»

Eppur si muove. Y, sin embargo, añado yo, no está de más que a pasear se aprenda. La ortopedia no es sólo para corregir los defectos, sino también para evitarlos. Y andar con gallardía y gracia, con la debida modestia, sin sobra de altivez y sin falta de decoro, depende, sin duda, de la dichosa condición natural de cada individuo, pero algo depende también de la buena educación, y esto, como todo, puede echarse a perder por afectación, vicio o mal gusto. La enseñanza, pues, ni aun en esto está de sobra, y muy especialmente en las mujeres. Si Beatriz hubiese andado mal, Dante no hubiera acertado a decir de ella, ya al verla venir, ya cuando se iba, que por admiración y respeto apenas se atrevía a mirarla y que temblaba y enmudecía su lengua.

Y, sin duda, cabe en el andar algo de divino, cuando el cisne de Mantua hace que por el andar reconozca Eneas a la diosa su madre; et vera incessu patuit Dea.

Bien está que las doncellas sean recatadas y vigiladas y custodiadas por sus madres o por un aya o venerable dueña, cuando lo permitan los recursos económicos con que cuenten. Conveniente es, a mi ver, esta cautela hasta la edad de veintidós años por lo menos. El vigilante cuidado de una madre puede salvar y salva, sin duda, a las niñas de muchos extravíos y peligros. Por esto acaso apenas hay madres en las comedias de nuestro antiguo y clásico teatro. No habían de concebir los dramaturgos de entonces que sus damas jóvenes corriesen tantas aventuras y se mezclasen en tantas intrigas como madres no les faltase.

La custodia, sin embargo, y el acompañamiento perpetuo e indispensable, cuando no de una madre, de una dueña o de una aya, suele llevarse hoy al extremo en ciertas clases de la sociedad. Señoritas o damas solteras he conocido yo que, aun después de pasar de los treinta años, y aun de los cuarenta, no se atreven a salir solas; necesitan de una acompañante, a quien bien puede la malicia atribuir la condición de Enona, o a quien por lo menos pueden dar los chuscos el apodo de carabina, por lo poco malo que evita.

Menester es confesar, a pesar de lo expuesto, que a causa de la osadía y carencia de comedidos miramientos de los hombres, es muy expuesto que en el día de hoy salga sola una dama por esas calles sin que ofendan su decoro requebrándola lascivamente, persiguiéndola y hasta acosándola. Falta de educación es ésta que debemos lamentar en los hombres, deseando que se corrija; pero acaso tenga también de ello alguna culpa la desenvoltura de las mujeres.

Véase, pues, cuánto conviene aprender a pasear. A los hombres, para no pecar de atrevidos, y a las honestas mujeres, para no ir pidiendo guerra. Más peligroso y más ocasionado a burlas es aún hablar de la danza que hablar del paseo. Más fuerza tiene el chiste si en vez de decir que sin estudio hay sobra de paseantes, dijésemos que hay sobra de danzantes sin estudio. Y, sin embargo, ¿está bien que se descuide tanto aprender a danzar? Los antiguos, y no sin razón, daban a este arte mayor importancia que nosotros. En muchos ritos y ceremonias religiosas solía bailarse, y no dejaban tampoco de haber danzas guerreras, como, por ejemplo, la pírrica. Considerándose los ejercicios todos que valen para robustecer y dar

agilidad al cuerpo como arte gimnástica y los ejercicios y faenas para cultivar y desenvolver el espíritu como arte música, la danza era mirada como lazo de unión de las artes todas del cuerpo y del alma, como centro y empalme entre la gimnástica y la música.

Fuera de esto, no puede negarse que el descuido de aprender y bailar puede acarrear perjuicios patrióticos, estéticos y morales. Ignorando o desdeñando las clases aristocráticas y las personas bien educadas los bailes populares, éstos se ejercen sólo por sujetos asalariados y a menudo de baja estofa, por donde los tales bailes se avillanan y se pervierten y acaban por ser grotescos, indecentes y lascivos. Y no sólo ocurre esto en los bailes propios de la nación, sino también con los importados de tierra extranjera. Los mismos nombres de agarrao, y de la polca íntima patentizan ya la fea obscenidad de la mencionada coreografía.

Del canto y del saber tocar un instrumento músico bien puede afirmarse lo propio: que conviene que lo aprenda quien pueda, entendiéndose que sería absurda pérdida de tiempo empeñarse en bailar, en cantar o en tocar el piano o la guitarra quien no tiene afición ni aptitud para ello.

Leer con sentido, comprendiendo bien lo que se lee y expresándolo con nitidez y con gracia, sin enfadosa monotonía, sin precipitación y sin la melopeya o cancamurria que no pocos adoptan, es el complemento o último toque de saber leer bien, así los versos como la prosa. Importa, pues, que algo de declamación aprenda el que pueda. Y no para desviarse de lo natural y ser afectado por falsa virtud del arte, sino para desechar por su verdadera virtud toda afectación o resabio de mal gusto que impremeditada o inconscientemente adquirimos. Bien puede cuidar cada cual de que sea su voz lo menos desentonada y chillona posible, y de que el tono, el gesto y hasta la actitud y movimiento de las manos estén en armonía con lo que se habla, se lee o se recita. De aquí que haya países donde no sólo los actores dramáticos o comediantes, sino todo género de personas, tome lecciones de declamación.

Todo ser humano, y más aún la mujer que el hombre, no deben limitarse a ser útiles en la casa y en el seno de la familia, sino que deben también prestar dulzura y agrado a la vida, y hermosearla por cuanto esté a su alcance. No están por consiguiente, de sobra, sino que por mil razones se recomiendan el saber y el empleo de las artes cosméticas e indumentarias, así en la propia persona como en los hijos.

Siempre me han parecido mal dos afirmaciones que hacen con frecuencia los que en España presumen de severos, afirmaciones ambas que considero falsas y que traen consigo no cortas desventuras cuando se toman en cuenta. Son estas afirmaciones que la ineptitud para las artes del deleite es prueba o síntoma del gran ser de quien la tiene, y que los españoles nos señalamos y nos hemos señalado siempre por tal ineptitud.

No discutiré aquí la falsedad o la verdad de la afirmación segunda. Me limitaré a decir que, si somos ineptos, debemos enmendarnos.

No es prueba ni indicio de energía de una raza, casta o nación, ni de mayores bríos y grandeza de los hombres en una época determinada el no procurar ni amar la elegancia, el aseo en la persona, el lujo y el primor en vestidos, tocados y alhajas de casa, y el regalo lícito y los no pecaminosos y honestos deleites; antes bien: son fuente de riqueza y de bienestar el ingenio y el trabajo que se emplean en producir los medios

para gozar de todo lo dicho.

¡Cuántos sacrificios pecuniarios no cuesta a España la adquisición de ricas telas, de tocados y vestidos, de perfumes, mudas y afeite, y hasta de bebidas y manjares delicados, que aquí no sabemos hacer y que traemos de otros países y singularmente de Francia!

Muy de desear sería acaso que tuviésemos los españoles menos afición al lujo, mayor severidad y sencillez de costumbres y poca o ninguna inclinación a admirar las elegancias exóticas, sin temer que el que no goza de ellas o las luce incurra en la tremenda nota de cursi, idea y palabra que aterrorizan a las mujeres y de las que por huir los jefes de familia gastan más de lo que tienen y se arruinan o se desesperan. Pero ya que de la elegancia, del lujo y de otros primores no acertamos a prescindir, bueno sería que por acá, y sin ir a remedarlos o a buscarlos en tierra extraña, supiésemos inventarlos y producirlos.

Como quiera que ello sea, la aspiración a lo cómodo, limpio, bien ordenado y hasta primoroso y artístico en el menaje, así como en el adorno y compostura de las personas mismas, va cundiendo mucho entre nosotros, y no es, a mi ver, indicio de corrupción viciosa, sino de adelanto en la cultura.

La mujer, mucho más que el hombre, debe cuidar de todo esto hasta donde sus bienes de fortuna lo permitan y el decoro de su posición social lo requiera.

Sin duda que es peligroso estímulo para las faltas y el pecado el afán de vivir más regaladamente que lo que las rentas o las ganancias bastan a sufragar, y es vanidad loca el ansia de lucir galas y atavíos que no puedan costearse sin gran menoscabo de la hacienda; pero no son menos de amentar el desaliño en las personas y el desaseo y desorden en las cosas domésticas, que llegan tal vez a hacer el hogar aborrecible.

Para que sea grato, para que la esposa y las hijas imperen en él como reinas y señoras, importa que se esmeren en el cuidado de las propias personas y de cuantos objetos las rodean y contribuyen a darles autoridad y decoro.

Para agradar a su marido, y aun para satisfacer el justo y natural amor propio del marido mismo, bien puede la mujer cuidar de su hermosura o disimular su fealdad, si por su mala ventura es fea, y bien puede gastar en el ornato de su persona hasta donde lo consienta una economía honrada y juiciosa. Y todo esto para ser agradables, punto sobre el cual han discurrido y aun escrito libros algunas mujeres, atreviéndome yo a recomendar el de la señora doña Concepción Jimeno de Flaquer, titulado En el salón y en el tocador.

Entiéndase, sin embargo, que antes de lo dicho hay algo que más importa.

Lo útil es primero y lo agradable después, como corona y flor de lo útil.

La mujer, antes que todo, debe ser hacendosa, vigilante y atinada en el gobierno doméstico; debe ser, en suma, lo que con frase hecha suele llamarse muy mujer de su casa.

La manía del feminismo llevado al extremo hace que se rebelen contra esto no pocos espíritus, sobre todo de mujeres. Una discretísima, verdadera gloria literaria y científica de nuestro país, incurre en tal rebelión a mi ver harto inmotivada. Me refiero a doña Concepción Arenal y a la disertación o tratado cuyo título es La mujer de su casa. No ya de la

mujer, sino también del hombre, el más general y fundamental elogio que puede hacerse es, en mi sentir, llamarlos hombre o mujer de su casa. Después de esto, y sobreponiéndose a esto, sobresaliendo por aptitudes extraordinarias, no de continuo y como si dijéramos todos los días, sino en singulares y raras ocasiones, puede y aun debe el hombre y también la mujer consagrarse a más importantes negocios que los domésticos. Si todos nos considerásemos aptos para dirigir la marcha de la Humanidad y para gobernar el mundo, todos andaríamos desgobernados y en nada habría estabilidad y sosiego.

Sin duda que no basta ser hombre o mujer de su casa para fundar religiones nuevas, reformar o crear constituciones políticas y abrir no trillados senderos al linaje humano; para ser, en suma, apóstol, profeta, reformador social o político, mártir o héroe. Pero los que pueden aspirar a tales cosas son pocos y aun estos pocos no deben aspirar a ellas de diario, sino en ocasiones oportunas que por dicha son raras. ¿Qué mayor calamidad que la de vivir siempre como si dijéramos en período constituyente, en perpetuo viaje sin parada ni reposo, yendo a escape por el camino del progreso, sin querer detenerse un punto para orientarse mejor, evitar extravíos y gozar de las ya logradas conquistas?

Yo no niego a la mujer el derecho, y hasta en el fondo de mi conciencia le impongo, o, mejor dicho, le reconozco el deber de realizar o de contribuir a realizar las más grandes y estupendas evoluciones y revoluciones, cambios y mejoras; pero todo esto no debe ni puede ser sino por excepción, en momentos determinados y solemnes. De continuo será inaguantable. Y no todas las mujeres, sino poquísimas, así como también no todos los hombres, sino poquísimos, deben estimarse con misión especial. ¿Qué horrible barahúnda no resultaría de lo contrario? Y aun así, aunque nos creyésemos todos aptos para predicar nuevas creencias, salvar o regenerar la patria, reformar la sociedad económica o políticamente y hacer dar estupendos brincos a nuestro linaje en su tránsito o ascensión hacia el bien y hacia la luz, todavía se lograría mejor todo ello, empezando por ser cada cual muy mujer o muy hombre de su casa, antes de ser fundador de nueva religión o de nuevo culto, resolvidor de problemas sociales y hasta sabio sencillo y menos trascendente.

Al escribir yo sobre la educación humana, no he tratado ni trato, en los capítulos que llevo escritos hasta ahora, sino de la primera educación, o sea de la fundamental, general y común a todos: de la que tiene por objeto hacer de cada ser humano una persona, tal como debe ser la persona en el más alto grado de civilización a que hemos llegado. Una vez dadas las personas, bien puede ocurrir, aunque no en todas, sino en algunas, privilegiadas por naturaleza o providencialmente predestinadas, que se dé en ellas el caso divino o semidivino de la profecía, del apostolado o de algo por el estilo. Entre tanto, lo que importa para no desatinar es que cada cual tenga la debida modestia, no se deje alucinar por el amor propio, y si despunta o descuella al cabo como ser excepcional, sea tomado por base y fundándolo todo en el sentido común y en el recto juicio.

En resolución: lo primero que hay que saber y lo primero que hay que ser es hombre o mujer de su casa. Lo demás, si Dios quiere, se dará por añadidura: *et hæc omnia adjicientur vobis*, como se dice en el Sermón de la Montaña.

Si doña Concepción Arenal considera mezquino y vicioso el concepto de mujer de su casa suponiendo que debilita, humilla, esclaviza y pervierte a la mujer, es porque su concepto de la mujer de su casa no es legítimo y bien formado concepto, sino concepto que nadie debiera formar de buena fe y reflexivamente. Tal como lo entiende doña Concepción, lo que llama ser mujer de su casa es un feo egoísmo que ni se purifica, ni se cohonesto al extenderse o prolongarse sobre varias personas: sobre los hijos y sobre el marido y aun sobre otros individuos de la familia. Si para que éstos prosperen, brillen, medren y sean dichosos, se prescinde de la justicia y aun de la caridad, se procuran aumentos de honra o de hacienda con perjuicio de tercero, se obtiene por favor lo que otro por justicia debió llevarse, y sólo se atiende al provecho de casa, aunque se trastorne y se hunda cuando está fuera de ella, el ser hombre o mujer de su casa es, por cierto, condición abominable. Pero ¿quién en este sentido ha de recomendar que nadie lo sea?

Y no sólo implica el ser como se debe hombre o mujer de su casa el estricto cumplimiento de cuantos deberes la ley moral nos impone fuera de ella, sino también un interés y una intervención racional en cuanto fuera de ella acontece y contribuye o puede contribuir al bienestar general, ya de la nación a que pertenecemos, ya de todo el linaje humano.

¿Quién no está interesado en estas cosas por pobre y por poco influyente que sea? En mi sentir, nadie tiene más que perder que el que menos tiene. Los errores o maldades de un Gobierno, los trastornos de una revolución, los estragos de una guerra y la decadencia o caída de un imperio o república afectan más al pobre que al rico, ya que el rico puede salvar parte de su riqueza e ir a gozar de ella en paz en tierra extraña.

Sin embargo, esta intervención legítima de todo ser humano en los asuntos públicos o de la colectividad, no implica ni exige ocupación constante, especiales estudios y ejercicio y empleo de determinadas facultades. Basta y sobra con la ilustración suficiente para confiar en el hombre político honrado que sepa defendernos, hacer que se cumpla la ley, que se conserve el orden y que se respete nuestro derecho.

La ilustración general, que proviene de la primera enseñanza, tal como la hemos expuesto, no vale para que cada hombre o cada mujer se empeñe en gobernar a todos y deje de gobernar su casa, sino para que acierte a reconocer y a designar los que pueden gobernar bien, y no se deje seducir por atrevidos aventureros, por innovadores falaces o por charlatanes insolentes.

Recapitulando, pues, terminaré diciendo que la primera enseñanza, general o fundamental, según la hemos expuesto, no es para crear filósofos, reformadores sociales, hombres o mujeres de Estado, ni eruditos, escritores, poetas y sabios, sino para crear una masa ilustrada, un gran público que los aprecie, que los comprenda, que los premie con su aplauso, y que no se deje embaucar ni burlar, haciendo cada día más difícil el encumbramiento del procaz demagogo, la glorificación de coplero insípido o disparatado, y el prestigio del falso sabio.

Como este fin es importantísimo, no se ha de extrañar, y creemos que se nos debe perdonar, el habernos detenido tanto en tratar de la primera enseñanza y menos en dar a ésta mayor extensión que la que de ordinario se le concede.

La que yo le doy es tanta, que todavía hay algo que debe contarse y que entra, a mi ver, en la primera enseñanza. De ello voy a tratar en el capítulo siguiente, desde el que pasaré a discurrir sobre las enseñanzas superiores, no ya generales, sino buena y conveniente cada una a cierto número de sujetos con vocación y aptitud para adquirirla.

- XIV -

Sobre el estudio de los idiomas

Grandísimo es, por lo común, el trabajo que se emplea y mucho el tiempo que se invierte en el estudio de cualquier idioma extranjero, si el que lo aprende o trata de aprenderlo ha pasado ya de la niñez y de la adolescencia. El hombre o la mujer que no tiene una rara y singular disposición para el mencionado estudio, nunca llega a saber bien ni a pronunciar lengua alguna cuando empieza tarde a estudiarla. Evidente es, por tanto, que el estudio de cualquier idioma extranjero es propio de la niñez y debe formar parte de la primera enseñanza. Requiere, además este estudio especial cuidado del maestro y que el discípulo, no sólo le oiga, sino que en su presencia y bajo su férula se ejercite en pronunciar, en hablar, en leer y en escribir el idioma que estudia. De aquí también el escasísimo fruto que sacan de sus lecciones, por muy hábiles que sean los profesores de lenguas extranjeras que hay o suele haber en los institutos o colegios de segunda enseñanza. Aunque asista un niño o joven, entre otros cuarenta o cincuenta más, a una de estas cátedras de idiomas extranjeros, y aunque sea portentoso el saber del maestro y nada vulgar la lucidez con que trata de transmitirlo, el resultado más seguro será que el discípulo, al cabo de uno o dos años o de más tiempo, apenas aprenderá palabra, las pronunciará mal, las combinará peor, y si es despejado y tiene buena memoria, lo más que conseguirá será traducir a su propia lengua lo que vea escrito en la lengua extranjera que aprende, y chapurrar detestablemente dicha lengua extranjera.

Si conviene que algunas personas, supongamos que una de cada mil o de cada dos mil, entiendan, hablen y escriban otro idioma además del de su nación o de su casta, lo mejor, sin duda, es que los aprendan, como por instinto, insensible y prácticamente, hablando y oyendo hablar a sus padres o a las personas a quienes sus padres encomiendan el cuidar de ellos, personas que pueden venir de la tierra donde el idioma que se quiere enseñar a los niños es el idioma propio y castizo.

De esta suerte podrá cierto número de personas aprender sin fatiga, además de la propia lengua castellana, el francés, el alemán o el inglés, que son las tres lenguas más difundidas hoy por el mundo entre las gentes civilizadas, por donde su conocimiento es útil y a veces necesario para muchas carreras y profesiones, como la diplomacia y el comercio. La facilidad de comunicaciones, los frecuentes viajes de un país a otro y el

trato con extranjeros, indispensables a veces y a veces agradables o útil, nos mueven a afirmar la conveniencia de que aprendan bastantes personas algunos de los tres idiomas mencionados, o dos de ellos o todos los tres, si para tanto tienen capacidad suficiente y las prendas naturales que se necesitan: memoria para retener los vocablos; facundia para combinarlos con rapidez, sin pararse ni vacilar antes de la formación de cada frase; buen oído para percibir y distinguir acentos, tonos y diversa pronunciación de letras y sílabas; y, por último, agilidad en los órganos vocales para pronunciarlo o expresarlo todo como se debe.

Además de las tres lenguas citadas, hay otras dos que también importa saber, si se puede. No desdeñamos ni negamos su importancia al no recomendar su estudio. Sólo no lo recomendamos por ser tan grande el parecido que dichas lenguas tienen con la nuestra, que cualquier español de mediano despejo las aprende con un poco de atención y buena voluntad, casi sin previo estudio. Ya se comprende que nos referimos al portugués y al italiano.

La claridad de esta última lengua para todo español, cuando no es muy rudo, se ha hecho evidente de mil maneras. Baste recordar el éxito que han tenido y tienen entre nosotros las compañías dramáticas italianas que vienen a dar representaciones teatrales. Nadie deja de ir a oírla, confesando que no las entiende, y a mi ver las entienden casi todos como si los actores en nuestra propia lengua representasen. Los que creen que son muchas las personas que no entienden y que por vanidad fingen que han entendido se valen de un argumento falso. Dicen por ejemplo: «A ese que asegura haber entendido la comedia italiana que acaban de representar, recítesele o léasele un trozo de Dante, de Petrarca, de Leopardi o de Manzoni y ya verá como no lo comprende ni menos lo traduce.» La contestación a tal argumento es obvia. ¿Comprenderá esa misma persona, explicará o traducirá en prosa llana no pocos pasajes de nuestros poetas modernos y antiguos, o se quedará tan en ayunas de lo que dicen, no ya como si hubieran escrito en italiano, sino como si hubieran escrito en griego?

La inteligencia de muchas cosas no es para todos. Muy amante soy yo de la igualdad, muy firmes son mis opiniones democráticas, pero a menudo se me ocurre decir a quien afirma que no entiende esto o aquello, culpando acaso al que lo ha escrito o hablado de haberse explicado mal, lo que dice el cura al maestro barbero cuando éste en un capítulo del Quijote declara que no entiende el Ariosto: «Ni aun fuera bien que vos lo entendiéades.»

Pero dejemos digresiones a un lado y volvamos a nuestro asunto.

Si bien los idiomas extranjeros deben aprenderse en la primera edad y ser parte de la primera enseñanza, el número de personas que conviene que los aprendan es muy corto. El aprenderlos o el haberlos aprendido presupone una primera educación esmerada, rara vez posible sino para aquellas personas que gozan de desahogada posición y de algunos bienes de fortuna. ¿Sufrirá menoscabo la originalidad castiza con la difusión de tal estudio?

Yo me atrevo a sostener que no. Por el fondo no le sufre, ya que no es menester saber ninguna lengua extranjera para que por medio de traducciones, malas a veces, y hasta en el ambiente que se respira, lleguen a nosotros y se insinúen en nuestros espíritus, así lo bueno, hermoso o útil, que se descubre o se inventa fuera de nuestro país, como

las más insanas doctrinas y las ridiculeces y extravagancias más enormes, y esto con la circunstancia de que, lo que llega a nosotros incompleto, confuso o mal entendido, rara vez trae provecho, a menudo causa daño y siempre produce admiración más ciega que lo que se percibe claro y preciso como si nos fuera familiar y propio.

Bien pueden darse mil pruebas de esta verdad. Bástenos dar aquí algunas, empezando por el apotegma que dice: Nadie es profeta en su patria. ¿Dónde por ejemplo, han tenido más resonancia, han logrado más prosélitos o han sido tomados más por lo serio, los sistemas filosóficos de Krause, de Schopenhauer o de Nietzsche? ¿En la misma Alemania, donde todo el mundo entendía a dichos autores, o entre nosotros, donde los admiran y casi los idolatran personas que de seguro no acertarían a decirles: «Buenos días tenga usted» en la lengua que ellos hablaron y escribieron?

Para el que sabe un idioma extranjero como el propio o casi como el propio, desaparece el prestigioso poder de lo exótico y de lo peregrino. Las tonterías y los disparates quedan patentes; las vulgaridades no pasan por rarezas; lo llano y pedestre no se toma por hondo o por encumbrado. Tampoco puede originarse la corrupción al propio idioma del estudio, saber y empleo de los extraños. Más plagados de galicismos están, pongamos por caso, los escritos de quien no es capaz de leer y de entender bien una página en francés, que los escritos de quien habla tan bien el francés como el castellano. El cumplido conocimiento de cualquiera lengua extranjera trae a toda persona discreta un más cumplido conocimiento de la lengua propia. Sobre este punto, don Antonio Alcalá Galiano escribió y leyó en la Real Academia Española una disertación interesantísima, a la que me remito.

Es, además, muy de notar que los galicismos o barbarismos en que no pocos escritores incurren, afeando y adulterando la lengua propia, no provienen del estudio o de la lectura de los buenos libros clásicos de un idioma extraño, sino de corruptelas, de vicios y amaneramientos que, así en el idioma extraño como en el nuestro, engendran la manía de escribir y la precipitación irreflexiva con que se escribe, valiéndose de frases hechas que se ponen de moda.

Los galicismos que en un escrito en castellano pueden notarse son a menudo ridículos neologismos en la misma lengua francesa: nacen de cierta vanidad muy difundida hoy por todas partes. Nacen de la presunción de que pensamos e imaginamos cosas tan hondas, tan sutiles o tan altas, que apenas caben o que no caben en la lengua que se habló hasta ahora, como no la transformemos y la ensanchemos.

Cierto es que una lengua es algo de vivo y de orgánico que varía en los accidentes, aunque en lo esencial persiste siempre la misma. No se exige escribir como escribió Cervantes, sino escribir en la misma lengua en que escribió Cervantes, o sea escribir en la lengua en que Cervantes hubiera escrito si en vez de florecer en los siglos XVI y XVII hubiera florecido en los siglos XIX y XX.

Ingrata labor de taracea, irrealizable propósito es, sin duda, el de remedar bien el estilo y lenguaje de un escritor antiguo. El lenguaje y el estilo de quien tal fin se proponga será siempre otra cosa, por mucha habilidad, arte y por ciencia que se empleen. Pero así como es una extravagancia el empeño de escribir como se escribió hace dos o tres

siglos, no es menor extravagancia, y de seguro es más perjudicial y lastimosa, la de empeñarse en que nuestro idioma sea nuevo y más ancho que el antiguo, a fin de que en él quepa con holgura la pasmosa inmensidad y la inaudita novedad de nuestro pensamiento.

Muchos sujetos, temiendo unos o esperándolo y deseándolo otros, presumen que el contacto más frecuente e íntimo de unos pueblos con otros propende a borrar las diferencias, asimilarlo todo; a que apenas se distingan las diversas nacionalidades, castas y tribus, y a que nos vistamos todos, nos alimentemos, discurremos, imaginemos y hablemos de la misma manera. Pero si es miedo de la monotonía, bien podemos desecharlo, y si es esperanza de cumplida fraternidad y consorcio íntimo, justo será que se desvanezca. El afán de singularizarnos, el empeño de distinguirnos, se sobrepone a todo y raya a veces en locura. Lejos de propender las gentes a tener un idioma universal, tal vez por orgullo desentierran antiguos idiomas que para las ciencias y las letras estaban muertos o, por lo menos, jubilados. Más de temer es el cisma que de una nacionalidad o casta puede producir tal capricho que la disolución de la nacionalidad misma porque se confunda y esfume en otra nacionalidad más amplia.

Nótese que hasta las palabras y frases que en español, verbigracia, se toman del francés o del inglés, más que para confundirnos con franceses o con ingleses, suelen tomarse para sobresalir entre el vulgo de los españoles y para que aparezca quien las usa más aristocrático y más fino. No seré yo quien deplora tal manía, dándole mayor trascendencia de la que debe tener y considerándola como decadencia y corrupción de un idioma, y, por consiguiente, del valer y de la cultura de las gentes que lo hablan. No pasa de ser mero capricho, tal vez gracioso si lo tiene un galán elegante o una linda señorita, el pronunciar las erres muy gangosas, como se cree que se pronuncian en París, aunque ellos no hayan pasado de Biarritz en sus excursiones, o el hablar con la boca cerrada y los dientes apretados, como si fueran ingleses, aunque jamás hayan estado en la Gran Bretaña y sólo sepan decir en la lengua de Milton y de Byron *sleeping, smoking, five o'clock, tea, high-life, flirt*, y alguna docena más de palabras. Pusilánime recelo es el de quien cree que por culpa de estos adornos postizos pueda corromperse un idioma. Acaso sean galas inútiles, pero no son nocivas; acaso ni siquiera sean galas, sino falsos adornos de similor que en su mayor parte se arrojarán o se arrumbarán cuando pase la moda. ¿Qué pierde un frondoso olmedo con que lozana hiedra parásita revista y tapice algunos troncos robustos o con que la vid enlace los árboles unos con otros formando guirnaldas y festones de pámpanos verdes? Por donde quiera que se mire, no se ve, pues, peligro para el propio idioma en conocer algo de los idiomas extraños. En conocerlos bien no sólo no hay peligro, sino que hay provecho y ventaja. Lo que tiene o puede tener el espíritu nacional de exclusivo y de estrecho se desvanece como niebla, y despejado entonces el ambiente, y diáfano y claro, abre y muestra más dilatados horizontes. Sobre el ser español no está de sobra ni sienta mal algo del ser cosmopolita. Y sin estúpida y humilde idolatría, sin menospreciarnos a nosotros y sin maravillarnos en demasía de los extraños, bien está que sepamos lo que se piensa y cómo se expresa lo pensado en aquellos pueblos que caminan hoy al frente de la civilización del mundo y son como los hierofantes y ministros del progreso.

Todavía, además de los mencionados idiomas vivos, me atrevo yo a colocar en la primera enseñanza, aunque limitándolo a muchísimo más corto número de personas, el estudio de dos lenguas muertas o sabias, singularmente del latín.

Cuando no hace mucho tiempo, siendo el marqués de Pidal ministro de Instrucción Pública, se propuso este señor que al estudio del latín se prestase mayor atención y cuidado, los epigramas, los chistes y las burlas cayeron sobre él como un diluvio. Y como no hay chiste, ni epigrama, ni burla que tenga alguna gracia si carece de razón por completo, alguna razón hubieron de tener los burladores y los chistosos.

Dicha razón se ve patente. Tal como está en el día la instrucción pública en España, donde casi para todo apenas hay muchacho, si gasta botas o zapatos y no alpargatas, y si se peina y se lava la cara de diario, que no se suponga que ha estudiado y que no saque título de bachiller, este bachillerato archidifuso y esta latinización tan vasta asustan y ponen grima. Porque, o bien no se estudiaría el latín, como tampoco lo demás se estudiaba, y se fomentarían la pedantería y el embuste, creando un semillero de falsos bachilleres, o bien muchas personas que para nada necesitan la lengua latina en el oficio o profesión que han de seguir, perderían tiempo, paciencia y calor natural estudiando dicha lengua. Pero en mi sistema o plan utópico las cosas habrían de ser de otra suerte. Por cada diez o veinte bachilleres que hay ahora, no habría de haber más de uno; el ser bachiller sólo sería necesario para entrar en el estudio de las facultades mayores, y, por lo común, se empezarían a cursar los años del bachillerato a los catorce o después, esto es, cuando ya en el día apenas hay muchacho que no esté harto de ser bachiller y hasta olvidado de lo poquito que aprendió para llegar a serlo.

Presupuestas las indicadas reformas, sin la menor vacilación considero yo convenientísimo, y no digo necesario porque en el mundo apenas hay nadie, que no lo sea, el conocimiento de la lengua latina, cuyo estudio debe pertenecer a la primera enseñanza como complemento y preparación para matricularse e ingresar en los institutos.

Privadamente, como en lo antiguo, ya por los dómines, con pequeño número de discípulos cada uno, ya en las escuelas pías y ya en colegios de padres jesuitas o agustinos, se aprenderá mejor el latín que como en la segunda enseñanza se supone que se aprende ahora, o como el señor marqués de Pidal, gracias a su planteada reforma, esperaba que se aprendiese.

Para tal enseñanza entiendo yo que el método debía discrepar muy poco del que se emplea para el estudio de cualquier lengua viva. ¿Por qué las pocas personas que conviene que aprendan el latín han de aprenderlo a medias o menos que a medias, no acertando sino rara vez a escribirlo y hablarlo?

Convengo que hasta mediados por lo menos del siglo XVI debió de ser mucho más general el conocimiento del latín y más esencial requisito para toda persona culta y distinguida. Las literaturas en las diversas lenguas vernáculas aún no eran ricas porque empezaban entonces. En dichas lenguas nuevas había escaso número de libros en proporción de la abundancia de ellos que hay en la edad presente. Y los libros que había en romance o en idioma vulgar, más que de ciencia solían ser de pasatiempo. De aquí sin duda que en aquella edad, hasta las damas que se preciaban de discretas y de elegantes entendían y tal vez hablaban el idioma de Cicerón y de

Virgilio. En el día de hoy hartos se comprende que les baste con saber el francés o el inglés, en que tan abundante pasto espiritual pueden hallar con la lectura de poesía lírica, de novelas y de dramas. Pero si dentro de tan extenso círculo de personas no se requiere ya saber latín, todavía, en mi sentir, sigue y seguirá requiriéndose en el más limitado círculo de los que consagran su vida a las ciencias y a las letras: de los hombres científicos y de los que aspiran a ser verdadera y fundamentalmente letrados.

Las lenguas modernas del occidente de Europa proceden en gran parte del latín. Hasta la lengua inglesa, que muchos califican de germánica, acaso contenga en su léxico muchos más vocablos tomados del idioma del Lacio que los tomados del habla ruda de los invasores anglosajones o de las más antiguamente importadas por las tribus Célticas.

Por otra parte, aun suponiendo que las modernas literaturas y lenguas del occidente de Europa empezaron a florecer, y, por consiguiente, merecen ser estudiadas y sabidas, desde el siglo XI, hasta hoy, todavía hay sobrado fundamento para afirmar que hasta fines del siglo XVI (y empezando a contar un siglo antes de la Era cristiana tendremos un período de mil setecientos años) cuanto han pensado o imaginado los hombres, en sus más altas especulaciones sobre religión y filosofía, sobre moral y sobre derecho, sobre cuanto se sabe o se cree saber, así de las cosas espirituales como del Universo visible, todo se escribió en latín, como en latín se escribieron las leyes, las narraciones históricas y los pactos internacionales. El latín, durante casi todo el tiempo que hemos dicho, fue el idioma universal y diplomático, y fue, también el vehículo de que se valió el entendimiento humano para difundir sus creencias religiosas y sus doctrinas científicas y hasta para transmitir de una nación a otra sus leyendas y tradiciones, el tesoro de su poesía épica difusa, que, tomando más tarde nueva forma en las lenguas vulgares, tal vez fue el germen y contribuyó a dar el impulso inicial a gran parte, y no por cierto a la menos estimada y celebrada, de la nueva poesía, ya cristiana, ya caballeresca, si bien conservando siempre, a pesar de su transformación y mudanza, algo de la clásica antigüedad como núcleo, fundamento y base. Un hombre científico o un buen letrado, por mucho que tenga que saber de cuanto se discurre, se inventa o se imagina desde hace tres siglos, no puede prescindir de saber también, ni debe contentarse con saber de una manera vaga y hartos incompleta lo que antes de dichos tres o cuatro siglos se había discurrido, inventado o imaginado. Sin duda que el sabio español de nuestros días no debe ignorar lo que pensaron, pongamos por caso, Balmes, Donoso Cortés, don Julián Sanz del Río y el padre Ceferino González, pero mejor aprenderá lo nuevo si sabe lo antiguo, y aun en lo antiguo hallará recursos y guía para comprender mejor lo nuevo. Y todo ello, sin afirmar ni negar que, en este punto y entre nosotros, lo antiguo valga más que lo moderno, y que es mejor doctrina y más castiza y más sana que la de los autores antes citados la de Domingo de Soto, Melchor Cano, Luis Vives, el eximio doctor Suárez, Vitoria, Ginesio Sepúlveda y Foxo Morcillo, cuyos notables escritos se conservan en lengua latina. Queda, pues, demostrada, en mi sentir, cuando no la necesidad, la utilidad y la conveniencia de que en España aprendan bien el latín los que aspiran a ser bachilleres y doctores.

La otra lengua sabía que las mencionadas personas deben estudiar también, aunque en la primera enseñanza haría mucho menos detenidamente que el latín, es la lengua de Platón, de Aristóteles y de los más profundos y elocuentes padres de la Iglesia.

Bien puede afirmarse que, si consideramos la superior cultura de los pueblos de Europa que invade, avasalla y guía a los demás pueblos del mundo, desde hace veinticinco siglos, como nuevo árbol de ciencia, que va creciendo siempre y extendiendo por todas partes sus florecientes y fructíferas ramas, la raíz de este árbol, viva y fecunda todavía, está formada por las sublimes especulaciones, por los inspirados conceptos y por la inicial poesía del antiguo genio helénico.

Bastaría esta consideración, si no hubiese, además, otras muchas, para que yo, en mi plan de estudios utópicos, incluyese en la primera enseñanza y como preparación para entrar en la segunda un somero estudio de la lengua griega, lo bastante al menos para saber las declinaciones y las conjugaciones y analizar gramaticalmente y traducir sin grandes dificultades el Nuevo Testamento, la Versión de los Setenta, algo de la más fácil prosa de Jenofonte y de Luciano, y aun a ser posible, y como prueba de ser alumno sobresaliente, los cantos de Homero.

Terminada así la primera y fundamental educación, tanto en lo que ha de ser común a todos como en lo que pocos pueden aprender, aunque es conveniente cuando no indispensable que sepan, voy a tratar ahora de la segunda enseñanza y de las enseñanzas superiores.

- XV -

De la ciencia en general y de las facultades mayores

En mi plan utópico, la segunda enseñanza, que se ha de dar en los institutos, no es un fin: es un medio para pasar al estudio de las facultades mayores. Quien no se dedique a estudiar ninguna de dichas facultades no tiene necesidad de ser bachiller. Puede aprender por gusto, pero no por obligación, cuanto para serlo se requiere. En mi plan, los años de bachillerato serían cinco. Y ni en este estudio ni en ningún otro admitiría yo, con motivo o pretexto de que hay personas de excepcional y raro entendimiento que aprenden las cosas con mayor rapidez y facilidad, el que en menos tiempo del marcado en el plan se aprendiesen todas las asignaturas que en dicho tiempo deben ser aprendidas, se examinasen de ellas los estudiantes por naturaleza privilegiados y se improvisasen bachilleres, digámoslo así. Para ser bachiller exigiría yo cinco años de estudio. Nada perdería por esto quien por su extraordinaria capacidad pudiese aprender en dos o tres años lo que otros aprenden en cinco. Lo que resultaría no sería un mal, sino un bien: el aventajado o el más favorecido del Cielo sabría, al cabo de los cinco años, más fundamental y profundamente las cosas, llegando a entenderlas doble o triple mejor que

lo que se exigiese para ser aprobado.

En suma: yo no daría el título de bachiller a nadie que no tuviese diecinueve años cumplidos. Sus estudios habrían de hacerse de los catorce a los diecinueve.

Para llegar a ser licenciado en cualquiera de las facultades mayores exigiría yo seis años, con la misma ineludible condición de no abreviar, o como si dijéramos, de no condensar el tiempo. No habría, pues, licenciado menor de veinticinco años. Dios, que todo lo crea, puede crear prodigios; pero los hombres, si oficialmente declaran y atestiguan el caso prodigioso o por lo menos, excepcional, se exponen a equivocarse ya producir por error o por malicia licenciados harto precoces, cuya ciencia esté como prendida con alfileres.

Todavía, aunque se me acuse de hacer muy costosas y largas las carreras, no consentiría yo que pasase nadie de licenciado a doctor sin cursar durante dos años las asignaturas del doctorado.

Si el ser doctor no es cosa de broma o de burlas, sino cosa seria y que debe valer lo que significa, me parece que no es sobrada madurez de edad la de veintisiete años a fin de conceder a nadie la autoridad, el título, el crédito y la férula para enseñar a las gentes.

Tendría, además, mi plan la grandísima ventaja de que hubiese en adelante muchísimos menos bachilleres, licenciados y doctores y de que mayor número de sujetos, sin empeñarse en ser oficialmente sabios, se dedicasen a profesiones, oficios y menesteres, si menos sublimes, más propios de la generalidad y más al alcance del mediano nivel de los humanos entendimientos. Ni se opone lo dicho a que, sin exámenes, sin títulos y sin grados, y sin poder adornarse con muceta, borla y bonete, tal hombre o tal mujer pueda ser un pozo de ciencia. Lo único a que lo dicho se opone es a que de oficio y con la autoridad del Gobierno o del Estado se garantice, sin razón suficiente y sin la debida cautela, la magistral sabiduría de nadie.

Quiero y debo, antes de seguir discurriendo sobre estos asuntos, adelantarme a responder a reparos importantes que no se me oculta que pueden hacerme. ¿Cómo me atrevo yo, que nunca fui, ni pasé, ni quise pasar, por hombre científico, a tratar aquí de las ciencias todas y de la manera en que deben aprenderse? Mi contestación es clara y sencilla: yo no enseño ni decido: me limito a meditar. Y si en mis meditaciones hay crítica, mi crítica es exterior y somera, sin más alcance que el del sentido común y sin más razón ni autoridad para ejercerla que las que presta a cada ciudadano el interés por la educación de todos, de la que dependen y en la que se fundan el público bienestar, la riqueza, el poder y el florecimiento de las naciones. Desde la ciencia más elevada hasta el más bajo y mecánico de los oficios, no sólo podemos, sino que tenemos que dar nuestra opinión y emitir nuestro juicio los que ignoramos así el oficio como la ciencia. No se sigue de que yo no sepa guisar el que no me sea permitido decidir y fallar sobre si es buena o mala mi cocinera. Y sin saber de sastrería o zapatería, lícito es y hasta indispensable que yo acepte o repruebe los zapatos y el vestido para mi uso, calificándolos de bien hechos o de mal hechos. Modestamente, pues, y sin mayor trascendencia ni hondura, puedo yo hablar de ciencias sin saberlas y sin haberlas estudiado.

Contra el Gobierno mismo, sea el que sea, aunque con menos motivo que contra mí, puede dirigirse acusación semejante, por donde sería imposible que el Estado fuese docente y que la ciencia se sometiera a ley o determinación alguna que no le fuese impuesta por un legislador científico, reconocido y casi venerado como infalible. Y no existiendo, como me atrevo a recelar que no existe, tal legislador, derecho tiene cada cual a decir lo que mejor le parezca, con buena fe y con mejor propósito. De este derecho es del que yo me prevalgo para seguir escribiendo mis Meditaciones.

Aventurado sería afirmar que haya una filosofía perenne: la ciencia una y toda, sistema enciclopédico levantado sobre bases inconcusas.

El Estado, a mi ver, no puede ni debe, por consiguiente, afirmar que enseña una ciencia más deseada que lograda, ni menos garantizar que alguien la sepa. Así es que debemos desechar y desechamos del número de las facultades mayores la facultad de Filosofía. Decretamos que no haya filósofos oficiales; que no se den con autorización gubernamental licenciados y doctores en ciencia que más que ciencia es aspiración a ciencia, según lo indica el nombre que dicen que le dio el sabio de Samos.

La Historia no debe tampoco considerarse como una facultad mayor. No debe haber oficialmente licenciados y doctores en Historia.

Aun limitándonos a la historia del linaje humano, a la narración de cuanto han hecho, inventado, escrito y realizado los hombres desde que aparecieron en nuestro planeta, ora se sepa o se entienda que se sabe por indicios y conjeturas, ora se funde y se apoye lo que se conoce y se cuenta en documentos y monumentos fehacientes, la Historia tiene tal elasticidad que lo mismo puede encerrarse con habilidad sintética en un pequeño volumen que escribirse en enorme multitud de ellos si el historiador explica y relata muchos pormenores. Y, por otra parte, la Historia así contada no sería en realidad una sola ciencia, sino las ciencias todas, y las artes y los oficios y cantos son los adelantamientos, progresos y mudanzas que ha ido realizando la actividad humana en su marcha progresiva durante siglos. Clara es, por consiguiente, la razón de que no pueda haber licenciados ni doctores en Historia. Como mera narración, más o menos compendiosa, la Historia sería hartamente incompleta y en su estudio se emplearía más la memoria que el entendimiento, mientras que la Historia bien entendida y amplia y completamente estudiada sería toda la enciclopedia, la total noticia de las cosas divinas y humanas, hasta donde el hombre ha logrado saberlas y siguiendo el orden cronológico en que las ha llegado a saber.

¿Cuáles deben y pueden ser, pues, las facultades mayores que oficialmente enseñe el Estado en los establecimientos que destina para ello y que se llaman universidades?

Yo no niego que, al menos como aspiración, como ideal hacia cuya adquisición se siente atraída la inteligencia de los mortales, deba existir, y existe, una ciencia superior; pero esta ciencia ni se enseña en las universidades, ni el Estado puede someterla a vigilancia y reglamentos de ninguna clase, ni mucho menos puede garantizar que en parte o en todo se ha descubierto ya, o está por descubrir, se sabe o se ignora.

Más modestos deben ser el derecho y el deber de enseñar que atribuimos al

Estado. Sin duda, la ciencia ha de ser objeto de su enseñanza; pero una ciencia más conservadora que innovadora, circunscrita a determinados y especiales objetos y encaminada a prácticos y marcados fines.

En atención a estos fines, hay que hacer una división importante. Cuando entre estos fines se cuenta el de proporcionar a los que estudian aptitud bastante para ejercer funciones públicas de necesidad práctica e ineludible, también es ineludible deber que el Estado dé enseñanza. Así es que, si necesita el Estado administrar justicia, hacer que se cumpla la ley y sostener el derecho de los particulares entre sí y en su relación con el Gobierno mismo y el derecho de todo el conjunto de seres humanos que forma la nación en contra de las pretensiones o exigencias de otras naciones extrañas, la primera ciencia oficial que el Estado debe enseñar, y, por consiguiente, la primera facultad mayor que se ofrece a nuestro pensamiento, es la facultad de jurisprudencia, o dígase el conocimiento de las ciencias morales y políticas en su mayor extensión posible para la práctica.

La higiene pública, la obligación, en que se halla el Estado de prestar asistencia a los enfermos desvalidos y de cuidar, además, de la salud de los hombres que componen las fuerzas de mar y tierra, empleadas en su defensa, todo ello hace de la Medicina una función pública, y más aún cuando el Estado garantiza y da crédito con un título a los que ejercen dicha ciencia, por cuya virtud se puede prolongar la vida o se puede precipitar y hasta producir la muerte. La Medicina es, pues, otra facultad mayor.

Otra tercera facultad mayor existe, a mi ver, sobre la cual se ofrecen, desde luego, gravísimas dificultades. Aquí no haré más que indicarlas, sin empeñarme en resolverlas. Para más adelante dejaré empeño tan arduo, concretándome a manifestar ahora la buena fe y el mejor deseo con que he de proceder, haciendo que mis cortas luces no extravíen ni confundan, sino que iluminen bien con la escasa claridad que ellas tienen.

Si, a pesar de la amplia libertad de pensamiento y si a pesar de la tolerancia de creencias y de cultos, la religión católica es la religión de la inmensa mayoría, de la casi totalidad de los españoles, y, por consiguiente, la religión del Estado, no se comprende que el Estado prescinda de la enseñanza de aquellas ciencias que deben aprender los ministros de la religión mencionada. Sin duda, los principios fundamentales de dichas creencias proceden de sobrenatural revelación, y entender en ellos no es incumbencia de ningún poder temporal, sino de la Iglesia sólo. Pero esto no obsta para que todo el conjunto de doctrinas que la mera razón humana deduce de tales principios pueda contener error o deba someterse a crítica de quien para ello no esté autorizado por la Iglesia misma. Los estudios teológicos, no en sus indiscutibles premisas, sino en no pocas de sus consecuencias, pueden romper la concordia entre el Gobierno y el pueblo, insinuando en muchos hombres la creencia de que es incompatible ser buen católico y ser partidario en política y fiel servidor del Gobierno constituido. De aquí, sin duda, y sin retroceder más lejos en la corriente de los siglos, los trastornos constantes, las guerras civiles y la deplorable inestabilidad de los poderes públicos que ha habido en España durante el siglo XIX y que tanto han debilitado moralmente a nuestra patria. De aquí, por último, cierta enemistad

perpetua y ominosa que se advierte, si no en todos los individuos, en bastante número de ellos, para prestar carácter a dos parcialidades distintas y opuestas, haciendo así insegura la conservación de la paz pública. El que haya y pueda haber en política un partido católico lo está diciendo bien a las claras, así como también lo dice y lo confirma la acusación más o menos verídica de que sea o deba ser anticlerical y hasta librepensador el liberalismo.

Para acabar, en lo posible, con tan dañina hostilidad y para completar y afirmar la concordia entre el Estado y la Iglesia, importa, a mi ver, que el Estado, de acuerdo con la Iglesia, intervenga y concurra, en adelante mucho más que ahora, a la educación del clero.

La Sagrada Teología es facultad mayor: en una nación católica como la nuestra, la mayor de las facultades. El Estado debe cuidar de que se enseñe, y en toda Universidad conviene que haya facultad de Sagrada Teología.

Hay, pues, tres facultades mayores que el Gobierno tiene obligación y hasta necesidad de enseñar, ya que por medio de ellas cumple sus funciones y ya que las personas que le sirven de instrumentos o de ministros para cumplirlas deben ser instruidas en una de dichas tres facultades; son, a saber: Teología, Jurisprudencia y Medicina.

Aún puede haber otras dos facultades mayores; pero oficialmente se requiere mucho menos que se estudien. Pocos son los empleos o funciones públicas que exijan su conocimiento. Tales facultades mayores, oficialmente consideradas, más que indispensables, son convenientes. El Estado, o dígase el Gobierno, que las enseñe, más que por habilitarse y autorizarse él mismo, lo hará para suplir la deficiencia o para remediar la inercia de los particulares y para difundir y fomentar la cultura de los espíritus.

Dos son, en mi sentir, estas otras facultades mayores: la de Letras y Artes y la de Ciencias Exactas y Naturales.

La amplitud y la hondura que los estudios de estas dos facultades mayores requieren, apenas conducen a fines inmediatamente prácticos y útiles. Para lograr estos fines, ejerciendo empleos que el Estado sostenga, no se requieren todos los estudios que para ser licenciado o doctor en cualquiera de ambas facultades han de seguirse. El saber será menos completo y extenso; pero en algunos puntos convendrá estudiar pormenores que lo más general y amplio de la facultad mayor no puede tener en cuenta y desecha. Menester serán, pues, escuelas especiales donde se aprenda mucho menos que lo que para ser licenciado o doctor en la facultad se exige, y donde, sin embargo, se enseñen cosas que no se exigen para adquirir en la misma facultad el doctorado o la licenciatura.

Es evidente que para la carrera de archiveros, bibliotecarios y anticuarios no debe exigirse ser licenciado o doctor en Letras y Artes, si bien quien se dedique a dicha carrera debe entender en especiales asuntos, en los que, por la generalización de la misma facultad mayor, sería difícil detenerse. El licenciado o doctor en Letras y Artes necesita saber muchas cosas más profundamente que el archivero o bibliotecario o anticuario; pero, en cambio, éste debe estudiar con más detenimiento la bibliografía, la paleografía, la arqueología y la numismática.

Indispensable es, pues, que, sostenida por el Estado, haya una Escuela

Diplomática, cuya falta no se remedia y cuya supresión no se cumple con la facultad de Letras y Artes en las universidades.

La quinta y última facultad mayor es la de Ciencias Exactas y Naturales. A fin de ser licenciado o doctor en esta facultad se requieren difíciles y largos estudios. Por ellos debe adquirirse el más cumplido y sintético conocimiento del Universo visible de sus fenómenos y de sus leyes, hasta donde los descubrimientos y adelantos de la ciencia han llegado a ponerlo en claro.

Tampoco, como ya queda dicho, tiene oficialmente esta facultad un fin de utilidad inmediata. Esta facultad es, más bien que práctica, de pura contemplación o de elevada teoría, la cual ha de servir de norma a la aplicación parcial de la ciencia a muy diversos y limitados menesteres. Para el estudio de éstos y para el ejercicio al que dicho estudio ha de servir de guía, se requerirán también escuelas especiales, que son como derivaciones de la facultad mayor, si bien con más detenido esmero en aprender ciertos pormenores y en ordenarlos y dirigirlos a la práctica. Habrá, pues, escuelas especiales, donde no todas las ciencias exactas y naturales, sino sólo aquella parte que a ello sea conducente se aprenderán como medio y principal instrumento de determinadas obras. Así, las escuelas de ingenieros de Canales y Caminos, de Minas y de Montes, ingenieros industriales, peritos agrónomos, arquitectos, etc. En suma: se enseñaría en cada una de estas escuelas aquella parte de las ciencias exactas y naturales en que un arte se funda y el arte mismo en dichas ciencias fundado.

Hasta de las facultades mayores que tienen oficialmente un fin muy práctico se derivan estudios limitados, para los que no puede menos de haber también escuelas especiales sostenidas por el Gobierno. Para ser notario, procurador y registrador de la Propiedad, no se requiere ser licenciado o doctor en Derecho, ser un cumplido jurisconsulto. Debe, pues, haber escuela especial donde no se exijan tantos estudios, sino sólo los conducentes a conseguir la aptitud para los referidos empleos.

En la facultad de Medicina hay también parecidas derivaciones, acaso de mayor importancia. Así, por ejemplo, el estudio de la Farmacia, estudio que pide escuela especial y muy científica, aunque no sea menester para ser farmacéutico ser licenciado ni doctor en Medicina.

La facultad de Teología se halla, por último, en idéntico caso que las otras facultades.

Sin duda que el clero católico debe brillar por su ilustración como por sus virtudes. La elevada dignidad de su sagrado ministerio así lo exige. Nada más opuesto a la consideración debida a la Iglesia que el que haya clérigos de misa y olla y curas de escopeta y perro. Pero desde la caída en tal bajeza hasta la absoluta necesidad de que sea licenciado o doctor en Teología aun el peor retribuido párroco o coadjutor de la aldea más insignificante, hay enorme distancia, de la que no debemos prescindir. La licenciatura en la Sagrada Teología podrá obtenerse, pongamos por caso, en cuatro universidades de las diez que hay en España: en las de Madrid, Barcelona, Sevilla y Santiago. Convendría, además, que hubiese tres colegios mayores destinados a los mismos estudios, donde con austero recogimiento, haciendo vida claustral, o siendo internos los estudiantes, aprendiesen la sagrada teología y pudiesen obtener grado y título de

licenciados. Estos tres colegios mayores creo yo que debieran estar en el Monasterio de El Escorial, en el Sacro Monte de Granada y en la histórica ciudad de Salamanca, uno de cuyos antiguos y magníficos edificios pudiera ser elegido, ampliado y restaurado para el efecto.

Tal vez convendría, aunque en las cuatro universidades mencionadas, así como en los mencionados tres colegios, se hiciesen todos los estudios al doctorado conducentes, que el grado de doctor en Sagrada Teología sólo pudiera recibirse, previos exámenes muy severos, en una de las dichas cuatro universidades.

Pero ¿qué necesidad hay, repito, de que para ser sacerdotes tengan todos que seguir tan larga carrera y llegar a licenciados o a doctores? Sin contar los estudios preparatorios de latín y griego que hemos puesto como complemento de la primera enseñanza, el estudiante tendría que cursar cinco años para llegar a bachiller, seis años más para llegar a licenciado y, por último, para obtener la borla de doctor, otros dos años.

Tan larga y difícil carrera, a no tener aptitud suficiente y vocación muy decidida, no es probable que quieran o puedan seguirla muchos. Y como se requieren muchos clérigos para la cura de almas, el culto, la predicación y la administración de los sacramentos, importa subvenir a esta necesidad por medio de los seminarios consiliares de cada provincia, donde en más breve plazo y con harto menos fatigosos estudios pueda cualquier varón piadoso y bueno recibir las sagradas órdenes sin tener que recibir igualmente un título oficial de muy superior y magistral sabiduría, para la cual tal vez no haya nacido ni esté predispuesto, y sin la cual, sin embargo, puede ser ejemplarísimo modelo de sacerdotes.

Por consiguiente (y me importa recordar aquí que cuanto voy diciendo es meditación y pura utopía), sobre la primera enseñanza completa, o sea con inclusión del estudio del latín y con alguna noticia del idioma griego, bastarán seis años de estudio en los seminarios para que el estudiante salga de ellos dignamente ilustrado y apto para ejercer las funciones y cumplir los deberes del sacerdocio y ejercer el popular magisterio, moral y dogmático, de que el sacerdote debe estar investido.

- XVI -

Del doctorado y de la plenitud posible de la ciencia humana

Para adquirir el conocimiento pertinente a cualquiera de las cinco facultades mayores, considero yo que no puede servir de base, de punto de partida y de instrumento la ciencia superior, más deseada que lograda, que llamamos filosofía, o, si se quiere, metafísica, si determinamos más su concepto. Esta ciencia superior es, sin duda, dialécticamente, la base de todas las otras; pero cronológicamente, o dígase para aprenderla, el que no la sabe, y para discurrir sobre ella, es la última de las ciencias, el remate o la corona de todo saber, la especulación por cuyo medio se aspira

a conseguir o se consigue alguna prueba de la legitimidad de nuestro conocimiento, se declara la relación que hay entre el concepto que formamos de las cosas y las cosas mismas, y se propende a crear un sistema armónico donde toda realidad y toda idea vengan a comprenderse, se expliquen por sus causas y se concuerden sus contradicciones, elevándonos así hasta la causa primera racionalmente y según es posible en lo humano. En suma, y discurriendo con la mayor llaneza y en los términos más familiares y menos científicos, entiendo yo que no se requiere ni debe requerirse ser filósofo antes que ser licenciado y buen sabidor práctico de cualquiera de las facultades mayores de que hemos hablado en el capítulo antecedente.

Para su estudio deben bastar y bastan ciertas doctrinas que pudiéramos calificar de preparatorias o instrumentales sin las que no son valederas ni fecundas la observación y la experiencia; doctrinas que en la segunda enseñanza deben aprenderse y sobre las que más adelante discurriremos. Si ahora, con atrevida y buena voluntad, sin presumir en lo más mínimo de sabio, sino sólo con la imaginación y con la fe, hemos subido de un salto hasta la cumbre, es por otear, explorar y percibir, aunque sea vaga y confusamente, todo el vastísimo campo de la ciencia humana. Si es lícito valerse de un caso sublime y grande para símil de otro muy humilde, así imitaremos a Moisés, que llegó a ver la tierra de Promisión desde la cima del monte Nebo. Sea nuestra tierra de Promisión la ciencia, y contentémonos con columbrarla, aunque la voz de Dios o la de nuestra conciencia nos mueva a ser modestos, diciendo: Vidisti eam oculi tuis, et non transibis ad Iliam.

Ora sea realidad, ora mera aspiración la filosofía fundamental o la alta metafísica, esta ciencia debe aprenderse en el período de doctorado.

En las cuatro o cinco universidades donde haya cátedras, pues no es menester que las haya en las diez, para las asignaturas de este período, la cátedra de Metafísica debe ser la primera y debe ser general y única para las cinco facultades.

En esta cátedra y en la enseñanza que en ella se dé, apenas debe sentirse la inspección o vigilancia del Gobierno. A fin de que se preste luz y sea guía y estímulo de futuros progresos, debe reinar en esta cátedra toda la libertad compatible con el respeto que se debe a las creencias religiosas y a la secular constitución del Estado. De ello será firme garantía la prudencia y el tino de los catedráticos. Hasta para su elección y su nombramiento han de seguirse distintas reglas que para el nombramiento de todos los otros. Ser notable o buen filósofo, conocedor en lo posible del saber fundamental y primero, no se demuestra con títulos académicos, ni por concurso, ni con ejercicios de oposiciones, lo que supondría, además, superior competencia en los jueces que en los sujetos que en cada oposición tomasen parte.

En mi sentir, por consiguiente, los catedráticos de Metafísica o Filosofía fundamental debieran ser elegidos en virtud de la gloriosa fama que de aptos los calificase, fama legalizada después por un alto Consejo de Instrucción Pública, cuya imparcialidad y cuyo acierto descollasen por cima de toda sospecha y de cualquier duda. A la carencia de marcadas condiciones en los elegidos, debería ser complemento y garantía incontrastable el merecimiento y el valer de los electores.

Para ocupar la vacante de una cátedra de Metafísica, el Consejo de Instrucción consultaría previamente al claustro de doctores de todas las universidades. Oída la consulta, deliberaría el Consejo y formaría una lista, que no contuviese menos de tres ni más de cinco nombres, y de estos cinco nombres, sin que prejudicase nada ni favoreciese o desfavoreciese el orden con que los nombres estuviesen escritos, el ministro elegiría libremente el que le pareciese más idóneo.

A fin de que la propuesta de candidatos para catedráticos estuviese muy autorizada y mereciese todo respeto, el Consejo de Instrucción Pública, según mi utopía y sin que haya en mí el intento más leve de ofender al Consejo actual, habría de estar investido de consideración elevadísima, por la posición y carácter de los individuos que lo compusiesen.

En nuestro Senado, tal como la constitución política lo forma y organiza, está en germen dicho Consejo. Sólo falta declarar que lo es. Su parte electiva la compondrán los diez senadores elegidos por las universidades y los seis elegidos por las reales academias. Y su parte o porción de individuos por derecho propio serían el patriarca de las Indias y los arzobispos; los capitanes generales del Ejército y el almirante; los presidentes del Tribunal Supremo y del de Cuentas, del Consejo de Estado y del de Guerra y de la Armada, o dígase las personas más elevadas en el mundo oficial por su categoría, funciones públicas y larga carrera.

Con veinte veces que se reuniese al año este Consejo cuando las Cortes estuvieran abiertas, bastaría para deliberar y decidir cuantos puntos y cuestiones se encomendasen a su deliberación y decisión en junta general o plena. Para ofrecer aliciente y premio a la asistencia a tales juntas, no estaría de sobra ni sería muy costoso para el Estado, ni poco decoroso para los consejeros, el presuponer y señalar cierta cantidad para cada dieta, que se repartiría por igual entre los asistentes, y éstos la cobrarían al fin de cada veinte juntas.

Una Comisión permanente de cinco consejeros, elegidos por el Consejo pleno y dignamente remunerados, podría entender en asuntos de menos importancia, cuando estuviesen cerradas las Cortes y el Consejo pleno, sin mucha dificultad y gastos, no pudiera reunirse.

La Secretaría auxiliar de este Consejo, compuesta de un secretario, de tres o cuatro redactores de extractos y de informes y de unos pocos amanuenses, no sería, a la verdad, muy gravosa al Estado, sobre todo si se atiende al mucho crédito que el Consejo mismo prestaría a las resoluciones que sobre instrucción pública tomase.

Así, por ejemplo, atribución de este Consejo debería ser, previo detenidísimo y concienzudo examen, la declaración de los libros dignos de servir de texto, imponiendo, ya que había de obligarse al estudiante a que los comprase, la tasa, tanto en el precio de cada libro cuanto en la expresión que el autor había de dar a su contenido, a fin de que no lo abultara con fárrago superfluo o con nimias prolijidades.

Volviendo ahora a indicar ligeramente y a enumerar las asignaturas del período del doctorado, diré que en el primer año, además de la Metafísica o Filosofía fundamental, debería haber cátedra y estudiarse la Historia de la Filosofía. Esta cátedra sería también única para todas las carreras.

En los estudios del segundo año habría cátedras distintas para cada una de las cinco facultades. En la de Jurisprudencia habría una cátedra de

Filosofía del Derecho y otra de Historia de la civilización, estudiada en las instituciones políticas y en las leyes; en el Derecho en toda la extensión y aplicación que tiene y puede tener en la vida y en la sociedad de los hombres.

En la facultad de Medicina habría en el segundo año una cátedra de Antropología o, si se quiere, de Psicología filosófica, y no ya meramente de observación o de experiencia, y otra cátedra de Historia de las ciencias médicas.

En el segundo año del doctorado de Teología habría dos cátedras también: una de Concordancia de la Fe y la Razón, o bien de armonía entre la filosofía fundamental o verdad metafísica, racionalmente adquirida o columbrada y la misma revelación sobrenatural y divina. La otra cátedra del segundo año en el doctorado de Teología tendría por objeto la Historia crítica de todas las religiones, o sea el desenvolvimiento de la idea de Dios en la mente humana.

El doctorado de la facultad de Letras y Artes enseñaría, en sendas cátedras y durante el segundo año, la Filosofía de lo bello, que llaman estética, y la Historia crítica de las letras y de las artes de todos los pueblos.

Y, por último, en el doctorado de la facultad de Ciencias Exactas y Naturales, durante el segundo año y también en cátedras distintas, se estudiaría la filosofía de la Naturaleza, o dígase la ampliación y aplicación de la metafísica al conocimiento del Cosmos o Universo visible, y la Historia del progreso gradual que los hombres han ido haciendo a través de errores, extravíos, hipótesis y ensueños en el concepto más atinado y claro que del Cosmos o Universo tienen o pueden tener hasta el día de hoy.

Casi es excusado advertir que entre las ventajas que pueden traer estos altos estudios, seriamente hechos, debemos contar en España la del patriotismo defendido y vindicado. Tal vez hará ya dos siglos que las ciencias se cultivan muchísimo menos en España que en otros países de Europa. En los libros que sobre su historia, adelantos y descubrimientos se componen, se habla poco de nosotros por ignorancia o por malicia, resultando así incompleta y en parte falsa la historia de la ciencia y resultando también que en el pensamiento de no pocas personas, aun cuando sean españolas, la ciencia misma tenga cierta experiencia exótica, y más que producto indígena parezca importación extranjera.

Menester es que recobremos nuestro bien conquistado puesto entre los pueblos hierofantes o civilizadores, y a ello pueden y deben contribuir los severos y cumplidos estudios que se exijan para el doctorado.

La enseñanza, en casi todo cuanto tiene de oficial, debe ser conservadora y poner dique a innovaciones absurdas y a novedades disparatadas y fantásticas, lo cual no obsta para que fuera de la ciencia oficial y con libre independencia se descubra, se invente, se cree o se forje cualquier sistema, por atrevido o absurdo que sea. Sólo dentro del período del doctorado, si bien con exquisita prudencia y con reposada precaución para no equivocarse, puede la ciencia oficial aventurarse a explorar lo desconocido y ya seguir, ya torcer con brío la corriente del pensamiento humano en su marcha progresiva, contribuyendo a darle o dándole la dirección más alta y más provechosa.

Madrid, 1902.

Filosofía del arte

Lecciones dadas en el Ateneo de Madrid

Lección segunda

SEÑORES:

Cuando noches pasadas me presenté aquí por vez primera y empecé a exponeros mi teoría sobre lo bello, harto noté que mi natural cortedad y mi falta de facundia, de tersura y de elegancia en el decir no consentían que el asunto de que yo trataba, tan sublime y tan agradable de suyo, os pareciese agradable y excitase vuestra curiosidad y llamase poderosamente a mis palabras vuestra benévola atención, que tanto codicio. Mas a pesar de esto, que debiera yo aprovechar como desengaño y reconocer como escarmiento de mi audacia, vuelvo de nuevo a molestaros y a suplicaros que me prestéis oído, si no por mí, que no lo merezco, por el elevadísimo argumento de mis lecciones.

Aunque mi propósito era y es aún hablarlas y no leerlas, os ruego que me permitáis hacer una excepción en favor de la lección de hoy y de las dos o tres que se le seguirán inmediatamente.

Dejadme sentar por escrito las bases de esta filosofía de lo bello, y después, sobre terreno firme y seguro, podré desenfadadamente emplear la palabra para levantar todo el edificio, que de otra suerte pudiera desmoronarse, vacilar y venir fácilmente a tierra.

Procuré demostrar en mi primera lección que lo absoluto, fecundando el conocimiento que por los sentidos recibimos de las cosas exteriores, es el origen de toda doctrina; esto es, que el entendimiento es la causa instrumental; lo absoluto, la causa primordial, y el Universo visible, o dígasela realización o la encarnación del pensamiento divino, la causa ocasional de la ciencia.

Dije que lo absoluto venía al alma y la visitaba y la iluminaba para ver y comprender las cosas; pero que lo absoluto no se dejaba comprender por el alma. Ésta, como encerrada en una cárcel oscura, no veía dentro de ella sino el rayo de sol que venía a esparcir sobre los objetos sus resplandores divinos; pero no veía ni alcanzaba a comprender el sol de donde esos resplandores divinos dimanaban.

La aspiración constante del alma humana a ver y descubrir ese sol es lo que se llama filosofía, cuando a ese sol queremos llegar con el entendimiento: religión, tomada esta palabra en su sentido más genérico, cuando queremos llegar a él con la fe; y arte, cuando por medio de la imaginación nos levantamos hacia ese objeto de nuestro insaciable anhelo y de los propios resplandores que sobre las cosas creadas vierte la luz increada, formamos un espectro luminoso y un fantasma bellísimo que adoramos como representación, manifestación y forma más diáfana de la idea

eterna, en sí misma inenarrable, irrepresentable e incomprensible. Los sabios de la antigüedad han seguido una doctrina muy parecida a la que exponemos, y por eso, sin duda, Pitágoras y Platón definieron la filosofía: un apetito de sabiduría divina, o más atrevidamente: un asemejarse a Dios en cuanto al hombre, le es posible.

Por desgracia, esta posibilidad es muy corta y mezquina por medio del entendimiento. No negaré, con todo, ni me incumbe dilucidar aquí, el punto oscuro de que esta posibilidad sea bastante a construir en la ascensión pausada de la razón colectiva del linaje humano lo que se llama progreso. Quiero creer y suponer que lo sea; pero creo, asimismo, que la fe y la imaginación pueden inmediatamente, y sustrayéndose a esa ley, del lento y constante desarrollo de la razón ir en busca de lo absoluto, remontándose muy por encima del entendimiento mismo.

Así es que en la religión y en el arte, considerando sólo las facultades que los crean, no cabe progresos; lo hay, empero, hasta cierto punto, si se considera que el entendimiento puede enriquecer y corroborar la fe y la imaginación con sus conquistas. Estoy, por consiguiente, muy lejos de imaginar, como imaginan algunos, una especie de antagonismo entre la filosofía y la religión, entre la ciencia y el arte.

Algunos imaginan que la ciencia está en razón inversa de la poesía, y que mientras más se descubre, menos campo le queda a la imaginación por donde extenderse y volar y dar ser a sus creaciones. Entienden que la poesía, como la religión, es hija del misterio, y suponen que, desvanecido éste y hallada la razón de las cosas, la poesía se disipa y el arte muere.

No tienen en cuenta éstos la distancia portentosa que hay aún que salvar para que el entendimiento, dado que sea posible que alguna vez llegue hasta su término y objeto, se apodere completamente de la idea. Mientras el entendimiento esté, como está aún, tan lejos de ella, sólo la fe y la imaginación podrán llenar, la una con sus símbolos, la otra con sus funciones, el espacio infinito que media entre ambos.

Por esto yo, en vez de proclamar la muerte del arte, le auguro larga, dichosa e importante vida. Por esto creo que el arte no es un mero entretenimiento, sino una ocupación muy seria, una ocupación que tiene algo de sacerdocio y aun de profecía, cuando se ejerce dignamente. El alma, en su aspiración hacia el bien, en toda su pureza, hacia la hermosura sin mancha y hacia la verdad sin nubes que velen sus fulgores, ha menester de la religión que la aliente iluminando el vacío que la separa de ellos, y ha menester del arte para que pueble este vacío con sus fantásticas creaciones.

Acontece a menudo que, instintivamente y como por un impulso divino que mucho tiene de revelación, presiente de un modo vago el alma colectiva de la Humanidad una verdad nueva, y antes de que el sabio, se apodere de esta verdad y la formule en su lengua, científica y rigurosa, el poeta, o el artista, cuya alma está más en contacto con la del pueblo, se apodera de ese presentimiento vago y le da vida y un ser más determinado y una forma duradera, con la cual no se pierde en el punto de nacer, sino que persiste y sirve de guía y de faro luminoso a la ciencia. Aun podemos decir, con Horacio, *Dicte per carmina sortes*, si no queremos negar al linaje humano la espontaneidad y la iniciativa.

Los dioses asistían en los tiempos primitivos a las bodas de los héroes.

En estas bodas, Carmina divino cecinerunt omine pareœ; pero los dioses no han abandonado aún a la Humanidad; los dioses asisten a su fecundo y tal vez cada día más estrecho consorcio con el espíritu eterno; y no son ya las Parcas, sino las Musas jóvenes e inmortales, las que tejen el hilo sin solución de continuidad de la vida de los esposos y vaticinan en sus cantares la gloria futura y las hazañas por siempre memorables de lo que ha de nacer de ese consorcio místico y perpetuo.

Siendo, pues, el arte un empleo tan importante de la vida humana, es natural y necesario que sobre él se filosofe; pero el arte tiene por objeto o, mejor diré, tiene por causa principal lo bello ya nuevamente inteligible, ya realizado en la Naturaleza. El alma, sin lo bello e inteligible que viene a ella inmediatamente, no comprendería lo bello sensible que viene a ella por los sentidos, ni se movería a imitarlo, esto es, a revestir su idea de un elemento fantástico y de una forma por medio de la cual puede aquélla, objetivándose, desprenderse del alma para ponerse en relación con las de los demás hombres y ganar vida inmortal e independiente de la que la creó, encerrándose de un modo misterioso en un papel, en un mármol o un lienzo.

En lo bello, por tanto, pueden considerarse tres momentos de ser: uno, meramente inteligible, y entonces es objetivo -porque está en lo absoluto y no en nosotros-; otro, entendido o comprendido, y entonces puede juzgarse subjetivo; otro, por último, realizado en la Naturaleza o en el arte, o dígase objetivado en el Universo visible. Pero en los tres momentos, o aunque no admitamos más que aquel en que comprendemos lo bello y que nos parece como que forma parte de nuestra alma, siempre, si interrogamos detenidamente nuestra conciencia, ella nos dice que lo bello es independiente de nuestro ser, y que, si no es otro ser, sino un modo, este modo emana de otro ser más alto que el hombre; por eso en la lección pasada definí lo bello: el resplandor del ser. Todas las bellezas del mundo y la belleza del alma humana, sin la cual no comprenderíamos la del mundo, están en él y en el alma humana por participación o como reflejo de la belleza divina.

Negué en la lección pasada los tipos inteligibles de Gioberti, que no son otra cosa sino las ideas ejemplares de Platón o algo parecido a la visión en Dios de Malebranche, porque no creo que pueda haber existencia distinta en las ideas de las cosas materiales desprovistas de forma, y porque si bien entiendo que Dios abarca todas las cosas en una sola idea, entiendo que nosotros no podemos ver distintamente en esa idea todas las cosas. Nosotros no vemos en la idea sino la luz. Para ver los colores y las formas y la hermosura que esta luz pone en las cosas, es menester tender la mirada sobre las cosas mismas. Y si de algún modo se puede decir que vemos en Dios todas estas cosas, no es porque veamos en Él sus ejemplares o arquetipos, sino porque las cosas todas están en Dios, y Dios en ellas, por alto y misterioso estilo.

El hombre, cuando crea una obra de arte, se desprende de ella, y aunque guarda en sí la idea ejemplar de la obra, se separa de la obra misma. Media, además, notable diferencia entre la obra del arte del hombre y su ideal artístico; porque la materia en que el artista trata de informar su idea no depende completamente del artista ni se presta a sus intenciones; pero no así las obras de Dios, las cuales se identifican por completo con

su idea ejemplar, siendo unas mismas con ella, y las cuales, si bien tienen una realidad propia, no dejan, con todo, de tener a Dios en sí, ni dejar de estar en Dios, de quien toman de continuo la razón de su existencia, viniendo a ser la creación de Dios un acto permanente, como la del artista es un acto momentáneo.

En lo que sí hay identidad entre la obra del supremo artífice y las de los artífices mortales es en que tienen que revestirse de una forma sensible para ser percibida por los hombres. Dios tiene en su idea las ideas todas de las cosas; pero no se determinan y distinguen estas ideas hasta que se realizan en las cosas que también están en Dios. El hombre tiene asimismo en su pensamiento las ideas todas que ha adquirido; mas estas ideas permanecen allí y no se transmiten hasta que no encarnan en un signo o en una forma material que puede oírse o verse. La idea formulada por el artista se desprende de él y adquiere vida propia. La idea formulada por Dios hemos dicho ya que, permanece en Dios.

Definida así la belleza y declarada objetiva, y después de haber afirmado que la meramente inteligible viene a nosotros de Dios y nos sirve de canon, de pauta y de norma para medir y apreciar la belleza sensible, paso a decir cómo entiendo yo que esta belleza sensible entra y se pinta y se figura en el fondo de nuestra alma, creando en ella un mundo de ideas que después realiza el artífice o el vate.

Señores, si entro en la alta metafísica es porque no puedo prescindir de entrar en ella. Como aficionado a la poesía y a la crítica, he querido hallar una razón filosófica de mi crítica y de mi poesía, y he llegado a la estética, que ahora pretendo explicaros; mas para apoyar y sostener esta estética es menester una filosofía fundamental o, por lo menos, algunas ideas o principios dimanados de filosofía.

A nadie, sin embargo, le puede ser más difícil que a mí el sentar esos principios de filosofía fundamental. Yo soy racionalista, si por racionalista se entiende el que desecha toda autoridad que no sea la de la razón para todo lo que no se me demuestre de una manera evidente que es de revelación divina, y, sin embargo, a pesar de mí racionalismo, no me satisface ni convence ninguno de los sistemas filosóficos inventados desde Descartes acá como consecuencia del sistema de Descartes. El método subjetivo me parece estéril o inclinado fatalmente al error. Reconozco, sin embargo, que el punto de partida del pensador tiene que ser el pensamiento mismo, la reflexión, el sujeto; pero en el pasado, la primera gran reflexión debe el pensamiento salir de sí mismo para contemplar el objeto inmutable y necesario en quien está el ser y la causa, y la razón y la ciencia.

Yo no puedo aceptar ni las ideas innatas de Descartes ni las nociones necesarias y la virtud representativa de las mónadas de Leibniz. Admito, sí, las formas del entendimiento, las doce categorías de Kant, el tiempo y el espacio y la conciencia del yo como condición o elemento subjetivo de las percepciones y de los juicios. Mas aun así, apenas hago el primer juicio, ya diciendo: «Yo pienso, luego existo», que se puede reducir a: «Soy, luego soy, o soy -igual a: «Soy o yo», igual a yo-, o apenas digo con Fichte: «A es igual a A», cuando veo interiormente que este signo de igualdad está puesto en mi entendimiento, no por el entendimiento mismo, sino por algo que está fuera del entendimiento, y que es Dios, que es lo

absoluto. Para mí, esto no es una demostración, ni lo es para nadie; pero es más que una demostración: es una evidencia imperativa.

Kant podrá destruir en la Crítica de la razón pura todas las pruebas de la existencia de Dios, pero jamás me quitará esta evidencia. Creo, pues, que en posesión de ella no puedo para filosofar encerrarme en el yo, sino salir inmediatamente fuera de él y de esta suerte hasta ayer, en cierto modo, las leyes mismas del entendimiento. Yo no puedo menos de reconocirme como contingente y efímero. Si existo o pienso ahora, dentro de un minuto puedo dejar de existir y de pensar; pero es idéntica a la ley que me hace afirmar que A es igual a A o que yo soy porque soy: quedará existente y no podrá destruirse aunque yo me destruya; luego no la pone el yo, sino que Dios la pone.

No hay, pues, en el yo sino sus facultades entre ellas y el entendimiento con sus formas y la conciencia de nuestro ser limitado y de un ser infinito que está fuera de nosotros.

La idea de lo infinito no es innata, pero es sincrónica con la aparición de la conciencia. Yo no puedo concebir nada sin concebir implícitamente lo infinito. Lo infinito es una calidad y no puede darse sin un sujeto; luego Dios es el ser o sujeto en que esta calidad reside.

De la idea que tenemos de Dios nacen los primeros principios, y combinados éstos con la noticia que los sentidos nos dan del Universo visible, producen la ciencia, esto es, el conocimiento de las cosas, las cuales vienen a nosotros en idea; forman en el alma como un Universo invisible, a semejanza del exterior Universo, y hacen del hombre un nuevo cosmos; porque, como dice con maravillosa elocuencia un sabio español, eminentísimo poeta, «la perfección de todas las cosas, y señaladamente de aquellas que son capaces de entendimiento y razón, consiste en que cada una de ellas tenga en sí a todas las otras y en que, siendo una, sea todas cuanto le fuere posible». Porque en esto se avecina a Dios, que en sí lo contiene todo. Y cuanto más en esto creciere, tanto se allegará más a él haciendosele semejante. La cual semejanza es, si conviene decirlo así, el pío general de todas las cosas y el fin y como el blanco adonde envían sus deseos todas las criaturas. Consiste, pues, la perfección de las cosas en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que por esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su ser de todos ellos, y todos y cada uno de ellos teniendo el ser mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del Universo y se reduzca a unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas, se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean; y para que extendiéndose y como desplegándose delante de los ojos la variedad y diversidad, vengza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo. Mas para que este deseo se logre no basta el entendimiento que clasifique, distinga, comprenda y aúne, sino que asimismo se ha menester la imaginación que cree allá en lo interior de nuestro ser ese Universo ideal, y se ha menester, por el último el deseo de crearle que mueve y estimula a la imaginación al trabajo.

Tenemos, pues, no sólo como condición del arte, sino también de la misma ciencia, a la imaginación y al amor.

Pero ¿qué podré yo decir del amor que ya no lo hayan dicho por admirable manera Platón, León Hebreo y Fonseca, platónicos españoles, y tantos otros que han empleado su ingenio y su vida en decir las merecidas alabanzas del

amor y en enumerar y describir sus excelencias y maravillas? Sólo diré que el amor, a mi modo de ver, es educable y perfectible así en el individuo como en el género humano. Calderón dice por boca de una dama:

A ciencias de voluntad
les hace el estudio, agravio,
pues Amor, para ser sabio,
no va a la Universidad.

Pero yo creo, aunque siento contradecir al poeta, que el amor se perfecciona. El amor grosero de los tiempos de la Iliada no es el amor de nuestro siglo: el primer amor del mancebo no es tan noble como el amor del hombre ya formado. El alma se purifica con el tiempo y se hace digna de recibir al verdadero amor. Por eso amamos a la mujer en la mocedad, pero más tarde el amor, lejos de extinguirse, se ennoblece y se magnífica: no se reposa en un objeto caduco, sino que se extiende sobre muchos objetos. El amor se ordena, en suma, a la patria, a la Humanidad, a la ciencia, a la hermosura inteligible y a Dios, manantial purísimo del amor y de la hermosura.

Esta es una razón más para creer no sólo en la inmortalidad del arte, sino en su mejoramiento y adelanto. El amor es objeto y estímulo del arte, y el amor se perfecciona. Si hemos de creer en el progreso moral de la especie humana, debemos creer también en que cada vez habrá más almas dignas de ser visitadas por el verdadero amor, y, por tanto, más almas de artistas. Porque, recordando aquí la sublime fábula del fabulista frigio, haré notar que Júpiter envía el amor a los hombres para redimirlos y hacerlos dichosos y darles lo que Esopo llama una locura divina; mas el amor se desdeña de herir las almas vulgares, que deja al cuidado de los amores terrenos, hijos de las ninfas, y hiere sólo él, hijo de la Venus Urania, las almas levantadas y celestiales, despertando en ellas una virtud, creadora de innumerables bienes y de sobrenaturales prodigios. Sin duda, después de leer esta hermosa fábula de amor, imaginó Aristóteles aquella divina sentencia de que el amante es más dichoso y más noble y más perfecto que el amado; porque consistiendo el ser del alma en la energía, y siendo principio de la energía el amor, más gozará y completará su existencia el que ame a quien sea amado.

Considerado el amor como elemento subjetivo del arte, no debe poner la mira en el deleite o en el agrado de la cosa amada, sino en su misma belleza. El amor interesado, el amor que busca su fin y su satisfacción en algo que no sea la hermosura misma, no es amor artístico. Ni el amor nobilísimo de la gloria que le hace decir a Zorrilla:

qué me importa morir como un mendigo,

para vivir, cual Píndaro u Homero, puede considerarse como verdadero amor el de poeta o de artista. Éste debe amar la belleza porque es belleza, sin ninguna consideración a la utilidad o al deleite que pueda darle el objeto donde la belleza reside. De otra suerte, lo bello se confundiría con lo

agradable o deleitoso; perdería su carácter de objetivo y absoluto y se transformaría en una calidad subjetiva, que no hallarían todos en los mismos objetos. Se podría entonces aceptar y generalizar como sentencia sería el chiste de Voltaire de que para un sapo nada hay más bello que su sapa, o aquello de Cicerón cuando dice que si bien los lunares son manchas e imperfecciones de la piel, el poeta Alceo nada había hallado tan hermoso como un lunar que tenía en el dedo meñique cierto jovencito de quien el poeta gustaba, *more græcorum*.

Se deduce claramente de lo que hemos dicho hasta aquí que el amor artístico ha de ser desinteresado y espiritual: ha de decir al objeto amado con Santa Teresa o con San Francisco, o con cualquiera que sea el autor de aquel famoso soneto a Cristo:

No me tienes que dar porque te quiera,
porque si lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Pero se ha de precaver el artista de caer en un exceso de misticismo a fuerza de espiritualizar el amor. Este misticismo sería tan perjudicial al arte como el materialismo más grosero. Enamorada el alma de la belleza inteligible y pura, y temiendo profanarla al revestirla de una forma, acabaría con el arte, y muy singularmente con el arte que imita la forma humana, bajo la cual figuran siempre los artistas, los personajes divinos. Así sucedió en la Edad Media, en el cual período la pintura y escultura fueron monstruosas y horribles siempre que trataron de representar la forma humana. No niego yo que en algunas pinturas, anteriores a Giotto y a Ciriaco de Ancona en Occidente, y en algunos cuadros devotos bizantinos, haya cierta expresión ideal; pero las formas de los Cristos y de las madonas no tienen nada de hermosas: el misticismo y el ascetismo ha acabado con la belleza del cuerpo, y los de aquellas pinturas parecen de momias o desenterrados, y hay sobre ellos, en particular sobre el de Nuestro Señor Jesucristo, una profusión de llagas, cardenales, plastas de sangre, heridas y huellas de los azotes, de los clavos y de las espinas, que verdaderamente desesperan y causan horror. Resabios de este antiguo defecto se notan aún en nuestras artes de los siglos XVI y XVII, y yo he visto un Cristo muerto del divino Morales que, si no fuera por devoción, que la inspira muy grande, le movería a uno a taparse las narices creyendo oler la podredumbre de la carne y ver correr por ella los gusanos. Posee esta imagen de nuestro Redentor muerto en los brazos de su Madre una gran princesa, la mujer más hermosa, más galante, hablo en el buen sentido y sin ofenderla en nada, y más amiga y conocedora de la hermosura que ha habido en Europa en nuestros días. En la misma sala en que está el Cristo hay una admirable copia de Psiquis y Cupido que se besan, cuadros de la escuela italiana, que, aun siendo de asunto devoto, por una perversión contraria del artista, están exhalando sensualidad; allí está, además, la Magdalena penitente de Cánova, que apenas se ha despojado aún de sus galas y que, si bien hace ya penitencia, no mueve aún a que hagan penitencia los que la miran.

Allí está el retrato mismo de la señora de la casa, obra bellísima de

Tenerani, retrato no vestido tan a la ligera como el de Paulina Bonaparte que se ve en Roma en el Palacio Borghese y que representa a Veneri vincitrice con la manzana de la hermosura en la mano; pero retrato bastante a la ligera para que se descubran en él las formas blandas y amorosas del original y hermosa dueña. Hay allí, por último, lánguidas y voluptuosas pastoras de Watteau y niñas inocentes y frescas de Greuse, y justamente en medio de todo este deleitoso acopio de objetos profanos ha ido a colocar la princesa al lastimero y sangriento y macerado Cristo muerto del divino Morales. Por fortuna, lo tiene velado con una seda y sólo se descubre a los curiosos impertinentes o cuando la princesa tenga algún desengaño, que ni a las princesas faltan, y quiera meditar un rato sobre la vanidad de la vida.

En resolución, señores: aunque el amor como elemento subjetivo del arte debe ser desinteresado y algo espiritual, todavía ha de conservar cuerpo y consistencia, guardando un justo medio, y no evaporándose en el misticismo. Ciertos místicos aborrecen el arte, y si de alguno se sirven y si alguno cultivan, es el de la poesía lírica cuando descienden, por decirlo así, a revestir de ritmo y de cierto artificio de lenguaje sus oraciones jaculatorias.

Porque, señores, en el deseo de revestir la belleza pura de una forma sensible, hay ya algo de materialismo, que es lo que da ser al artista, y lo que al místico le repugna y ofende. El místico no sólo vuela a Dios con la fe, sino que le llama a sí, y Dios visita a su alma y se une estrechamente con ella. El artista, por el contrario, reviste lo que él conoce de Dios:

L'amorosa idea
che gran parle d'Olimpo in se rachinde,

de una forma material, que la hace perceptible a los profanos y a sí mismo, que suele ser profano también.

No quiero yo sostener que los místicos todos aborrezcan la hermosura del arte y de la Naturaleza, sino que, en cuanto a místicos, suelen aborrecerla, aunque tal vez como hombres y como artistas la amen. Esto ha dado ocasión para que muchos modernos pensadores alemanes y señaladamente los neohegellanos más avanzados, hayan sostenido que el cristianismo inclina el ánimo a ese aborrecimiento. No recordaron que el apóstol lo reprobó cuando dijo: Caro concupiscit adversus spiritum et spiritus adversus carnem, y no recordándolo, supusieron que en odio al naturalismo de los griegos, en odio a aquel panteísmo animado y gracioso que diviniza a la Naturaleza y esparce y divide esta idea natural y divina a la vez, en fuerzas y virtudes personificadas e individualizadas en los dioses, el cristianismo endiabló la Naturaleza, marchita, contaminada, impurificada con el pecado, y de los dioses del Olimpo y de las ninfas de los bosques, de las fuentes y de los ríos, hizo otros tantos diablos tentadores y, aunque tentadores, feos.

Heine refiere en apoyo de esta aserción una historia tomada, sin duda, de una antigua crónica en que se habla del Concilio de Constanza. Dice que algunos padres del Concilio de Constanza iban un día paseando por las

orillas del lago y discurrían sobre cuestiones teológicas, cuando, a deshora oyeron cantar entre las ramas de un árbol a un precioso pajarillo, cuya voz melodiosa los distrajo de sus profundas meditaciones. El primer pensamiento que tuvieron los padres fue el de dar gracias a Dios, que tan lindo músico había criado; pero el más sabio, el más experimentado y el más virtuoso de los padres, movido como por un aviso del Cielo, se puso a exorcizar al pajarito. Entonces éste ahuecó y enronqueció la voz y dijo en palabras inteligibles, tal vez en latín, que era el mismísimo diablo, que había venido a distraerlos y a llevar su atención de las cosas espirituales y divinas a las sensuales y terrenas. ¿Quién no conoce, además, la leyenda de Goethe titulada La novia de Corinto, que está escrita en el mismo espíritu de odio al cristianismo, tachándolo de enemigo de los sentimientos naturales? ¿Quién no conoce la otra leyenda del ya mencionado Heine, cuando pinta el luminoso y espléndido banquete de los dioses, que se regalan con el néctar y la ambrosía, y se deleitan con los cantos de Apolo, que oyen la armonía rápida de las esferas, cuando aparece de pronto un judío, lleno de sangre y triste en el fondo del corazón, y con los dejos aún del cáliz de la amargura entre los labios, y pone la cruz de su suplicio sobre la riquísima mesa del banquete, obra portentosa de Vulcano, y acaba con toda aquella, alegría y deleite sensual?

Pero, señores, es menester que confesemos que estos críticos del cristianismo, con respecto del arte, son exagerados y parciales y se aprovechan de las exageraciones de algunos místicos para fundar sobre ellas sus críticas. El cristianismo purifica y espiritualiza al amor, mas no hasta el extremo de hacernos despreciar o aborrecer por amor todas las cosas materiales. ¿Quién amaba más a la Naturaleza y su hermosura que el maravilloso Francisco de Asís, patriarca, así de santos como de artistas y poetas, cuyas glorias y perfecciones nos ha hecho patentes en estos últimos años el inspirado Ozanan, uno de los más doctos y más amable apologistas modernos del cristianismo? Todo el arte cristiano, desde Dante y desde

Aquel dolce di caliope labro
Ch'amore, nudo in Grecia, nudo in Roma,
D'un velo candidissimo adornando
Rendea nell grembo á Venere celeste,

todo el arte cristiano, desde entonces hasta ahora, protesta contra esa censura. Los mismos místicos ortodoxos, como el citado San Francisco de Asís, y los heterodoxos, como Boehme y Swendenborg, han amado y aman el arte y la Naturaleza.

El amor artístico no debe considerarse, por consiguiente, como contrario al amor místico, sino como un grado más en la escala de perfección del amor. El único modo de que el arte acabase sería, sin duda, que todos cayésemos en el misticismo, mas no porque el misticismo sea esencialmente contrario al arte, sino porque es un complemento y el término infinito de su progreso y desarrollo. El arte es una preparación, un medio, una propedéutica del misticismo.

Así como tenemos sed y hambre, y las satisfacemos y aquietamos con bebidas y con alimentos, y nuestro cuerpo se harta, así en los ojos tenemos sed y hambre en la hermosura visible, y en los oídos sed y hambre de armonías; pero esta necesidad, esta mengua de nuestro ser, se satisface con lo material del arte y, una vez satisfecha la necesidad, muere y fenece en nosotros el amor o el deseo, que es mortal y limitado, como de esa necesidad y de esa mengua nacido; pero el amor de la belleza inteligible no muere nunca, y, satisfecha la sed del alma por alcanzarla y por unirse con ella, no se extingue por eso, antes se inflama y persevera más el alma en el amor mientras más estrechamente enlazada está con su divino objeto. Ésta es una de las excelencias por donde se adelanta la religión al arte. Es otra que en el arte no vemos nunca simultáneamente la belleza, sino por partes, siendo difícil que con la memoria y con la imaginación podamos reproducir el total de la obra artística en nuestro interior de un modo tan gallardo como la hemos comprendido por partes en cada una de las impresiones sucesivas. Así, por ejemplo, cuando contemplarnos la hermosura y majestad de la cabeza del Apolo, no vemos ya la gallardía del pecho y de la espada, ni la perfección de las manos; y cuando leemos el segundo canto de la Eneida, ya se nos ha borrado de la mente la viva impresión que nos causaron las bellezas del canto primero.

Pero el objeto divino irrumpe, penetra, se apodera del alma del místico con amorosa violencia, y entra en ella por completo, si es permitido decirlo así; de manera que el alma ve la belleza toda simultáneamente, aunque, por ser tan pura, ni puede describirla ni representarla; más allá, interiormente, sin representación ni forma, la ve en toda su pureza y con todos sus resplandores, y se abraza con ella y la goza.

Llegados los hombres a este extremo de perfección angélica, las artes no tendrían razón de ser y acabarían; pero no siendo probable que los hombres todos lleguen un día a la bienaventuranza en la Tierra, se puede conjeturar y aun afirmar, como ya hemos dicho al principio de esta lección, que las artes han de ser inmortales, haciendo de ellas el consuelo y la gloria de lo más selecto de la raza humana, y supliendo con la imaginación lo que no se logre con la fe y con el milagro.

Dejo declarado, señores, cuál ha de ser y cómo ha de ser la primera calidad del artista: el amor. En la lección siguiente, que tendré la honra, no sé aún si de leerlos o de improvisaros, trataré de otras calidades esenciales al verdadero artista, a saber: la imaginación, el talento, etc.

He dicho.

Lección tercera

SEÑORES:

Definida ya la idea de la belleza absoluta en cuanto, según mi modo de ver, era posible definirla, y después de haber dicho que esta idea debía venir al alma del artista y ser en ella como la primera condición esencial del ser de artista que tiene, pasé en la segunda lección a hablaros del amor y de las calidades que se debían dar en el amor, para que pudiéramos

contarlo como elemento subjetivo de toda obra artística o de toda poesía. En esta lección de hoy he prometido hablaros de la imaginación; mas antes conviene hacer algunas aclaraciones.

Es la primera sobre lo oscuro y vago que se puede notar en mi definición de la belleza absoluta. Definirla como el resplandor del ser es más poético que filosófico, y, más que definición, imagen. Pero yo ni he querido ni he podido definir la belleza absoluta. La belleza absoluta no se comprende y, por tanto, no se define. Se concibe, sí, y esto basta para afirmar su existencia. Por otra parte, yo no podría, a no suponer su existencia, bien sea de un modo hipotético, explicarme una serie de hechos indudables. Luego la belleza absoluta debe existir, y su existencia puede, hasta cierto punto, demostrarse a posteriori.

Aun partiendo de los principios mismos de que ha partido el filósofo más escéptico; aun diciendo con Hume que no hay más que cosas de hecho y relación de ideas, siempre tendremos que confesar que la ley de esa relación es absoluta, viene al alma directamente y no por los sentidos, y en cierto modo preexiste en el alma. La belleza absoluta que en sí mismo no comprendemos ni definimos es, pues, la ley que nos obliga a declarar bella una cosa que está de acuerdo con la idea de esa misma belleza absoluta, o a declararla fea cuando con ella no está de acuerdo.

Del propio modo, aunque tengamos que confesar que se perciben más claramente, pueden definirse la verdad y la bondad absoluta.

La mayor claridad en la percepción de ésta tiene una explicación muy satisfactoria para los que creemos en la Providencia. A nosotros nos bastaría con decir que como al hombre le interesa más distinguir lo bueno de lo malo y lo falso de lo verdadero, que distinguir lo bello de lo que no lo es, Dios le ha dotado de una idea más clara de la verdad y de la bondad que de la belleza, porque conviene que todos seamos justos y que no caigamos en el terror o en el pecado; pero tal vez no convenga que todos seamos artistas. Un error moral o un error filosófico pueden acarrear a la sociedad y al individuo infinito número de males; pero un error meramente estético, esto es, el mal gusto, pocos son los males que puede traer consigo saliendo del círculo mismo de la literatura y de las artes.

Estas razones, sin embargo, las alego aquí para ilustración del asunto y no como argumento en favor de mis teorías. No es mi intención valerme del sentimiento religioso como argumento en favor de ellas y como punto de apoyo de mi dialéctica vacilante.

Se me dirá, además, que esa ley o esas leyes de la verdad y de la bondad absolutas están escritas y formuladas en todas las almas, pero que no lo están las de la belleza.

Yo convendré en que no están formuladas; sostendré, empero, que esas leyes están en el alma y que son las que la deciden necesariamente a distinguir la fealdad de la belleza.

Es cierto que hay axiomas de verdad como, por ejemplo: «Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo». «Lo que es, es como es», «El todo es igual al conjunto de las partes», etcétera, axiomas que se reducen a la percepción de identidad y al principio de contradicción. Hay también axiomas o máximas fundamentales de moral, como, por ejemplo: «No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti mismo»; pero en estética, en esta filosofía de lo bello, me dirán acaso que no existen tales axiomas.

Convengamos en que no existen, y convengamos en que la idea absoluta de la belleza es tan indeterminable como la misma belleza absoluta. Convengamos en que el entendimiento no la comprende; pero no se me podrá negar, a pesar de todo, que esta ley llega al sentido interior, toca y hiere la voluntad y la decide a amar un objeto con aquel amor desinteresado y sublime de que hablé en la lección anterior.

El entendimiento, no alcanzando la ley absoluta de la belleza, podrá declarar entonces bello un objeto, aunque no vea la relación que media entre él y dicha ley. Basta que el entendimiento entienda y reconozca el amor que el objeto ha inspirado a su alma.

Creo, señores, que ésta es la única síntesis capaz de resolver la famosa antinomia con que termina Kant su larga y profunda crítica del juicio de lo bello.

La antinomia es como sigue:

Tesis: El juicio de lo bello no se funda sobre ninguna noción, pues si se fundase, la noción podría ser demostrada.

Antítesis: El juicio de lo bello se funda necesariamente sobre una noción, pues si no se fundase, no sería posible reclamar el general asentimiento.

Añade el filósofo crítico que la contradicción de estas dos proposiciones no puede conciliarse sino por un principio superior a ambas, por un principio trascendental, por una ley absoluta, substrato invisible de todos los fenómenos de belleza, idea absoluta por cima de las formas o categorías del entendimiento, y, por consiguiente, indeterminable.

El modo que tiene Kant de resolver la contradicción, ya se está viendo que es poco satisfactorio. Pero nosotros, señores, aceptaremos la contradicción y la resolveremos por medio de una filosofía menos subjetiva. Alegrémonos, pues, de que el mismo Kant, fundador de la escuela crítica, tenga que convenir, para salir de su antinomia, en la existencia de esta idea absoluta de belleza.

Esta idea, sin que la confundamos con la de bondad, no se puede negar que es buena, puesto que el alma la apetece, y el alma apetece el bien. En esta idea hay un bien hacia el cual tiende la voluntad, y como este bien y la idea misma en que reside son superiores al alma, el entendimiento no los comprende, pero la voluntad los ama. Por esto ha dicho con maravillosa exactitud el Doctor Angélico que «cuando una cosa en que hay un bien es más noble que el alma misma, entonces la voluntad es más alta que el entendimiento». Las cosas inferiores al alma se deben entender antes que amar; las superiores al alma se deben amar antes que entender.

El entendimiento, en razón de que la voluntad las ama del verdadero y santo amor que hemos descrito, entiende luego y declara que son buenas o que son bellas. Entiende su bondad cuando considera el amor que las tiene con relación a cierto fin perfecto; entiende sólo que son bellas cuando sin relación a fin ninguno, por perfecto que sea, las tiene amor por ellas mismas.

Es, pues, el amor, tal como lo hemos pintado en la lección pasada, la piedra de toque, permítaseme decirlo así, en la cual se aprecian los quilates de la belleza. Por eso pusimos como la primera calidad del alma del artista el que sea un alma enamorada, un alma noble, capaz del verdadero amor. Los antiguos poetas supusieron que el amor había nacido en el principio de los tiempos y que de él nacieron las Musas, y Plutarco

llegó a decir que no se puede ser buen poeta sin ser antes hombre virtuoso. Lo que se llama estro o entusiasmo poético no es más que una locura de amor por la belleza artística.

Excludit sanos Helicone poetas
Democritus,

como dice Horacio, que da asimismo a los poetas mens divinor, una mente más que divina.

Debemos confesar, con todo, que la bondad o nobleza de alma del poeta o del artista no es menester que constituya una voluntad perpetua y constante, que era el carácter de la virtud, según los estoicos. Basta que el poeta o el artista sea noble y bueno en el alma en el momento mismo de percibir la idea de lo bello y de realizarla en su obra. La virtud del poeta o del artista tiene su fin, y se realiza en el arte o en la poesía.

La virtud del héroe o del santo, más constante y elevada, se propone fin más sublime y tiende a realizar su ideal en la propia vida práctica. Los antiguos, que confundían demasiado estas dos nociones, solían considerar la vida como una obra de arte. Cuando tenían un alma muy elevada, consideraban la vida como una epopeya o como una tragedia; y la consideraban como una comedia, cuando tenían un alma más vulgar; todos recordarán el famoso dicho de Augusto al morir. Volviéndose a los circunstantes, exclamó, como el actor que da fin a un drama: Plaudite cives. De todos modos, este sentimiento artístico aplicado a la vida, no se puede negar que produjo vidas muy bellas. El sentimiento religioso, la caridad cristiana, han sobrepujado después en mucho aquel ideal de perfección de la vida de los antiguos; pero la moral filosófica, esto es, el bien mejor comprendido en nuestros días por el entendimiento, aunque independiente y separado del sentimiento religioso, o dígase del amor divino, no nos ha dado, ni nos dará jamás, vidas tan bellas y tan nobles como las que el amor de lo bello inspiró y creó en la época más floreciente de Grecia y de Roma. La moral de entonces sería impura e incompleta y el ideal de perfección menguado; pero el amor de lo bello realizaba aquel ideal por un estilo acabado y altísimo.

Hasta en los monstruos y en los tiranos de entonces se nota algo de noble y de magnífico, de que carecen los modernos tiranos. ¿Cuánto más elevado y poético no es Nerón que Luis XI, Mario que Robespierre, Heliogabálo que Alejandro VI, y Dionisio de Siracusa que Rosas el de Buenos Aires? El amor artístico de lo bello, a falta del amor de Dios y del amor de la virtud, es sin duda el más excelente de los amores.

Ya hemos visto que el entendimiento forma sus juicios sobre las cosas bellas en razón del amor que estas cosas le inspiran. Así es que lo que se llama buen gusto no depende tanto de la claridad y perspicacia al entendimiento, cuanto de la exquisita y delicada sensibilidad del alma, que propende del amor y le nutre más ferviente en su seno por los objetos que de él son dignos. Esta es sin duda la razón de que haya personas de entendimiento muy agudo, incapaces de estimar la hermosura de una poesía o de una obra de arte; y, por el contrario, de que haya personas de escaso entendimiento que tengan cierto gusto para las cosas artísticas. Sin

embargo, el verdadero buen gusto, el buen gusto cabal, presupone entendimiento claro y despejado, puesto que presupone un juicio, cualquiera que sea el fundamento en que este juicio se apoye. Presupone, también el buen gusto cierto grado de imaginación estética o de fantasía.

Hegel, Gioberti, Pictet y casi todos los filósofos que de lo bello se han ocupado, distinguen la imaginación estética de la imaginación común o vulgar. En efecto: la imaginación común es una capacidad meramente pasiva, de percibir las imágenes y de recordarlas. La imaginación estética, aun en el hombre que no ha creado ninguna obra de arte tiene algo de creadora. La imaginación estética crea en este hombre la obra de arte allá en el fondo del alma, si bien no la realiza en el mundo visible dotándola de una forma adecuada. Pero cuando la imaginación estética llega a tal punto de actividad y de virtud productora, que por su medio el artista, como dice Hegel, representa una idea bajo una forma sensible en una obra que es su creación personal, entonces la imaginación estética se llama genio, ingenio o talento, según el grado de excelencia a que se levanta.

La imaginación estética, para ser tal, requiere el concurso de muchas y eminentes circunstancias, siendo la primera la de que la ilumine la luz de la increada belleza. Esta soberana luz se derramará sobre los objetos que percibimos por los sentidos, y si los objetos participan de la naturaleza de esa luz, quedarán iluminados por sus fulgores; si no son de la misma naturaleza, esto es, si no participan, si ya no tienen en sí algo de esa luz, su fealdad se descubrirá y contrastará con la belleza preexistente en la imaginación, la cual acabará por rechazarlos.

Acaso este fenómeno psicológico del contraste, por decirlo así, de la belleza preexistente en nosotros con la que llega a la imaginación por medio de los sentidos, diese lugar a la creencia de Platón de que las almas habían vivido en el mundo de las ideas antes de entrar en nuestros cuerpos, y de que cuando veían una cosa bella y sentían amor, era porque recordaban la idea purísima de aquel objeto y aquel amor que en otro mundo espiritual habían sentido por él. Sin duda a causa de esto suele acontecer que la percepción de una belleza vaga como, por ejemplo, la de una bella melodía, nos ponga, ora melancólicos y ora arrobados y suspensos, ya con esperanza, ya con saudades de algo divino y perfecto que esperamos alcanzar o que lloramos perdido,

recuerdo acaso de un perdido cielo,
quizá esperanza de futura gloria,

como Espronceda ha dicho.

Con la percepción de la belleza exterior se despierta indudablemente en nosotros la idea de la belleza celestial e invisible, y tenemos de ella una intuición más clara y más viva. He aquí cómo describe Platón los fenómenos que se producen en nuestro ser en ese momento solemne: «Tiembra -dice-; y en un principio siente cierto temor; después, como si de él se apodera la fiebre, penetra y se enciende y discurre por él en el alma un fuego ardiente que el alma recibe por los ojos con las emanaciones de la hermosura. Y el alma entonces se agita y se esfuerza, y nota que renacen

en su centro las alas. Pero si el alma pierde de vista la, hermosura, las alas, detenidas en su crecimiento, se mueven en el fondo del alma y batien como arterias y producen dolorosa angustia y delirio, hasta que el alma vuelve a hallar, con el aspecto de la hermosura, la felicidad y el sosiego.»

Se deduce de aquí que hasta para percibir la hermosura, y no sólo para producirla, se ha menester, como dice Pleatino, que el alma misma se haga hermosa: «Todo hombre debe comenzar por hacerse bello y divino para merecer la visión de la divinidad y de la belleza.»

Ese estado que la visión de la belleza produce en el alma, y que hemos descrito con las palabras mismas del discípulo de Sócrates, es lo que se llama inspiración. Estado que, como dice Demócrito, citado por San Clemente de Alejandría, llena nuestro ser de entusiasmo y de un espíritu sagrado.

La inspiración es, por consiguiente, el último término, el grado más sublime a que puede llegar el alma del artista. A la inspiración preceden el sentimiento y el juicio de lo bello; pero ya se entiende que hablo en el orden dialéctico y no en el cronológico, porque el sentimiento puede ser simultáneo, y el juicio posterior a la inspiración misma.

Del sentimiento de lo bello he dicho ya lo que me parece más importante. Sólo me falta añadir que las bellezas exteriores las percibimos por dos solos sentidos: el oído y la vista. El tacto, el paladar y el olfato podrán darnos idea de lo deleitoso o de lo agradable, mas no de lo bello. Lo bello es algo de inmaterial que se oculta en la forma o en el sonido, y que desde la mente del artista pasa a nuestra mente por medio de ese sonido o de esa forma. Si lo bello fuera la forma o el sonido mismo, quien tuviera más perspicaz la vista o el oído más agudo, lo percibiría mejor, lo cual no acontece; luego lo bello es algo inmaterial que se transmite en la forma, o que en ella se pone. A veces la belleza se encarna en la forma de un modo íntimo, haciendo, al parecer, una misma cosa con ella, como, por ejemplo, en la escultura y en la arquitectura; a veces, como en la poesía, la forma no tiene relación íntima con la esencial belleza, de la cual la forma es un mero símbolo, una cifra, un emblema. La belleza de la poesía, que se confunde con la forma, está en la armonía del metro, en la pureza de la dicción, en el bien concertado artificio de las palabras, de las frases y de los períodos; pero el pensamiento del poeta no tiene con las palabras de que se vale para expresarlo más que una relación, hasta cierto punto arbitraria. Así es que si yo no puedo comprender la belleza del pensamiento del artista que hizo la Venus del Capitolio, sin comprender la forma plástica de la Venus, puedo en gran parte comprender la belleza del pensamiento del poema del Dante, sin leer un solo verso de La Divina Comedia o leyéndolo en una traducción, o sea, bajo forma diferente. Esta posibilidad de hacer segregación de la forma y de transmitir la belleza de un modo espiritual, da a mi ver, a la poesía una superioridad grande sobre las otras artes; pero de esto ya trataremos en otra lección con mayor detenimiento.

En suma: la belleza, más o menos unida a una forma sensible, tiene que llegar a nosotros por medio de los sentidos mencionados, el oído y la vista. Ya en nosotros el objeto bello, la imaginación estética se apodera de él y se lo pinta interiormente, y lo ilumina con los rayos de la

belleza absoluta y se lo presenta a la voluntad para que lo ame, y al entendimiento para que lo juzgue y decida sobre él.

Mientras el objeto bello no es más que sentido, la calidad de belleza puede ser considerada como subjetiva; puede parecernos un deleite, de que nosotros gozamos y de que tal vez no gocen otros a la vista del mismo objeto; pero en el instante en que el entendimiento dice «esto es bello», ya ponemos en el objeto mismo la calidad de belleza, independiente de nuestra sensación y de nuestro sentimiento; por, tal arte, que aunque ni nosotros, ni ningún hombre de los que existen, existieron o han de existir, vea el objeto, el objeto no dejará de contener en sí la belleza que puso en él el artista al poner en él su pensamiento y al hacer de él como una rica emanación de su alma. Si sepultadas en los abismos del mar y ocultas a los ojos humanos, son hermosas las perlas, encerradas en un tenebroso subterráneo, sería hermosa siempre la Psiquis de Feneranní o la Magdalena de Cánova.

Aunque hemos dicho que en la idea está la hermosura, y aunque hemos reclamado en favor de la poesía la preeminencia de manifestar la belleza, independiente, hasta cierto punto, de la forma, no por eso pretendemos sostener que en ningún arte, ni en la poesía misma, deba la forma descuidarse. La belleza esencial reside, sin duda, en el pensamiento; pero el pensamiento, ya que no se representa, se expresa, al menos, por medio de la forma en la poesía. La palabra no será el pensamiento mismo que se realiza, pero es, sí, la expresión, si se quiere, arbitraria del pensamiento, el cual no será ni percibido ni comprendido, si no es bien expresado antes. Reflexiones parecidas a las que acabamos de hacer movieron, sin duda, a un ilustre general español, que hoy combate en África, hombre de notable ingenio y más que mediano poeta, a decir que la poesía era «pensar alto, sentir hondo y hablar claro». Aceptando esta definición por completa, que no lo es, aunque está llena de talento, tendremos que convenir en que la poesía, además del pensamiento y del sentimiento, ha menester de otra calidad esencial, a saber: de la forma. Sin ella no se hablaría claro y no habría claridad en la expresión de esos pensamientos altos y de esos sentimientos hondos, que, según el mencionado general, constituyen la poesía. Pero es más, señores: la definición, como ya he dicho, me parece incompleta. Para la poesía no basta hablar claro, es menester hablar con ritmo y con música y con cierta armonía misteriosa de palabras y de frases, en la cual armonía infunde el artista, y revela a los que le escuchan, ideas tan altas y sentimientos tan delicados o egregios, que no caben en la palabra misma. Lo cual movió a aquel originalísimo e ingenioso escritor inglés, autor de la obra titulada Culto de los héroes, a escribir aquella sentencia de que sólo debe cantarse lo que no puede decirse; declarando así por un exceso de entusiasmo, como único asunto digno de la poesía, el que es en prosa inefable e incommunicable. Ideas muy parecidas a las de Carlyle, llevaron, sin duda, al abate Galiani a asegurar que lo más sustancial de ciertos libros era lo que estaba escrito entre renglones, esto es, aquella porción de pensamientos, permítaseme decirlo así, más etéreos y puros, los cuales, sin entrar ni caber en las palabras, quedan misteriosamente encerrados en el armónico conjunto de ellas con lo mejor del alma del que les dio ser, con la maxima pars mei, de que habla el lírico de Venusa.

En la poesía es importantísimo comprender estos pensamientos para comprenderla; y como estos pensamientos están en la forma, la forma es parte esencial de la poesía, como lo es de las demás artes. Presumen muchos de tener un espíritu más poético cuando desatienden la forma de la poesía, y se equivocan, porque lo que tienen es un espíritu más prosaico; la poesía, sin la forma, es prosa, y vuelan y se apartan de ella gran número de esos incommunicables pensamientos de que hemos hablado. Hay, pues, en la forma de la poesía un misterio que no todos entienden. Para entenderlo se han menester, aunque no en tanto grado como para crearlo, amor, imaginación y entendimiento. La mengua o falta de alguna de estas facultades puede hacer que uno no entienda ese misterio. Al que no lo entienda, si es modesto y se calla, debemos compadecerle; pero si porque no lo entiende, lo niega, convendrá decirle, como le dijo el Cura al Barbero, que no entendía a Ariosto: «Ni es menester que vuesa merced lo entienda, maese Nicolás.»

A pesar de esta gran importancia de la forma sensible en la poesía, la poesía es el arte que se entiende y se crea con más independencia del organismo.

Para ser buen escultor o buen pintor, o para entender de pintura o de escultura, no bastan las facultades activas del alma; menester es que la parte pasiva o perceptiva, tal vez localizada en el encéfalo, como los frenólogos pretenden, esté dispuesta para ello; menester es percibir bien las figuras, las dimensiones y los colores. Para ser buen músico o para entender la música, no bastan tampoco las mencionadas facultades, menester es tener buen oído, poseer el órgano de los tonos, estar, en suma, dotado de una organización especial. Mas para ser poeta o para entender la poesía, apenas se ha menester más que las facultades activas de que hemos hablado. El sordo puede leer la poesía y el ciego puede oírla, y ambos perderán poco del conocimiento e inteligencia de su hermosura, merced al carácter más espiritual que esta hermosura posee. Tales la razón de que sean más los poetas y los inteligentes y aficionados a la poesía que los artistas y que los inteligentes y aficionados a otras artes.

Se ha de notar, sin embargo, que si bien hay muchos poetas y muchos que entienden de poesía, hay tanto o más que entender en la poesía que en las demás artes, y así, son innumerables los grados de excelencia en el crear y en el entender los trabajos poéticos; porque yo descubro en la Iliada bellezas sinnúmero que no descubre el vulgo de los lectores, y tal vez un lector, respecto del cual seré yo vulgo, descubra en aquel divino poema bellezas ocultas para mí y como selladas con siete sellos. En fin: puede el inteligente llegar a comprender la obra del artista o del poeta no tan sólo con todas las bellezas que vio en ella el poeta o el artista, sino, a mi ver, con más aún.

El aserto que acabo de hacer, y que indudablemente tiene visos de paradoja, nos lleva a una cuestión importante con la cual terminaremos nuestro discurso de hoy.

He afirmado que el crítico puede ver y comprender en la obra del artista bellezas que tal vez no comprendió el artista mismo. Lo cual es afirmar que el artista puede, por una especie de inspiración ciega, crear bellezas que no comprende; y que, sin ironía, antes bien con la mayor seriedad, se puede decir de él lo que dijo Lope, aludiendo en tono de mofa a algunos de

sus contemporáneos:

Poeta al uso,
que él tampoco entendió lo que compuso.

Esto parece absurdo, señores; y, sin embargo, yo pretendo probar que no lo es. Empecemos por citar aquí el argumento y la autoridad más grandes que se levantan contra mi pretensión. Hegel dice: «Para el trabajo mental que consiste en fundir juntos el elemento racional y la forma sensible, el artista debe llamar en su auxilio una razón activa y muy despejada y una sensibilidad viva y profunda. Es, pues, un error groserísimo el imaginar que, poemas como los de Homero se hayan formado a manera de un sueño mientras que el poeta dormía. Sin la reflexión que sabe distinguir, elegir y separar, el artista es incapaz de dominar el pensamiento que quiere poner en su obra. Es ridículo, por consiguiente, el creer que el verdadero artista no sabe lo que se hace.»

El filósofo alemán está aquí de acuerdo con los preceptistas del siglo pasado. El filósofo alemán dice con Boileau:

Avantt donc que d'écrire, apprenez à penser.

Nos pinta al poeta o al artista crítico, reflexivo, frío, mirado, que piensa con madurez lo que va a decir, que, como dijo Moratín,

compone divinamente
con largo estudio, en retirada estancia,

que se parece, en suma, a Horacio, según él mismo se retrata, en contraposición de Píndaro, tal vez por un exceso de modestia, llamándose parvus, y asegurando que hace los versos per laborem plurimum, a fuerza de mucho trabajo, como la abeja liba las flores.

Pero si bien esta clase de poetas o de artistas se comprende harto fácilmente que sean críticos y reflexivos, no así el poeta o el artista vehemente, inspirado y lleno de pasión, no así el poeta que el mismo Horacio describe cuando al pintar a Píndaro exclama:

Cual de alto monte despeñado río,
que hinchan las lluvias y sus diques rompe,
hierve, e inmenso, con raudal profundo,
Píndaro corre.

Señores: a no ser esta situación del ánimo de Píndaro cuando componía sus odas inmortales una mentira, Píndaro ni reflexionaba, ni medía, ni pensaba con la más severa y escrupulosa crítica todos sus versos, uno a uno. No es esto regar que careciese Píndaro del conveniente entendimiento crítico para estimar las bellezas de lo que componía. Pero sí es negar que esta estimación o juicio fuese simultáneo a la composición y condición precisa de ella. La fantasía en el punto en que el artista se siente inspirado es la que reviste de forma sensible sus imágenes, no tanto

iluminada por la razón cuanto guiada por un instinto divino.

Y esto es tan exacto, y esto es tan verdad, que la experiencia lo corrobora a cada paso. La experiencia nos hace ver que la mayor parte de los artistas y de los poetas son inferiores a ellos mismos como críticos de sus propias obras. Y no porque los ciegue la modestia o porque los ofusque el amor propio, sino porque pura y simplemente son inferiores. Ejemplo notable de esta inferioridad nos ha dado Meléndez, que echaba a perder sus versos cuando los enmendaba.

¿Sería acaso la crítica y la reflexión las que inspiraron a Góngora sus lindísimos romances; a Góngora, que crítica y reflexivamente componía el Polifemo y las Soledades?

Cervantes mismo, ¿no tuvo siempre en más estima el Persiles que el Quijote? Luego hay indudablemente algo de divino o de instintivo en la inspiración, que nada tiene que ver con la reflexión y con la crítica.

Est Deus in nobis agitante callercimus illo. En lo técnico, en lo material por decirlo así del arte, es donde entran por más la reflexión y el estudio; sobre esta parte técnica es sobre la que se establecen las reglas y preceptos, pero la esencia de la composición artística, de cualquier género que sea, se sustrae a los preceptos y a la reflexión.

Yo trabajo según cierta idea, es todo lo que decía Rafael -para explicar el pensamiento de sus obras-, y el cardenal de Este le decía a Ariosto: Messer Ludovico dove avete trovato tutte queste co..., etc. Dichos que vienen a parar todos y a resumirse en uno, que, si bien lleno de exageración andaluza, está aún más lleno de verdad, dicho que muchas veces he oído de boca de uno de nuestros más eminentes poetas contemporáneos:

«Yo doy versos como un peral da peras.»

No se ha de creer, con todo, que la calidad de crítico y la de hombre reflexivo perjudiquen a la de poeta o a la de artista, cayendo en error contrario. Dante, Miguel Ángel, Goethe y Schiller eran críticos a la par que poetas y artistas, y se daban la más cumplida cuenta de lo que hacían. No me persuadiré jamás de que ningún docto y profundo comentador de Dante desentrañe un solo pensamiento de La Divina Comedia, que no esté en La Divina Comedia muy a sabiendas y con toda intención del que la compuso, a no ser que el tal pensamiento no esté allí y sea el resultado de cavilaciones como las de Rosetti y de otros.

Pero no todos los poetas o artistas son como Dante. Los hay también espontáneos y meramente inspirados. Los desconocidos autores de los cantos del pueblo debieron de ser de este orden. Seguidillas y coplas de fandango hay llenas de poesía, y por cierto que, volviéndole a Hegel su anatema, sería un absurdo ridículo creerlas nacidas de la reflexión y del estudio.

El mismo Hegel conviene implícitamente con nosotros al elogiar los cantos populares de la Grecia moderna, coleccionados por Kauriel, «Cantos -dice- recogidos de la boca de mujeres vulgares, de amas de cría y de muchachuelos que no acabarían de admirarse de que pudieran ser admiradas sus canciones.»

En resolución: ya deduzco, de las observaciones que anteceden, que puede darse una obra artística perfecta, aun cuando sea espontánea e irreflexiva. Que la reflexión no se opone, sin embargo, a la inspiración de cierto género; que se puede ser un gran artista y poeta aunque la crítica proceda o sea simultánea a la ejecución de la obra, como sin duda

aconteció con Horacio, con Goethe y con Schiller. Y, por último, que la crítica reflexiva puede ser y es de gran auxilio en la ejecución, no para dar ser a los pensamientos ni a la forma misma en lo que tiene de esencial, sino para la estructura y para lo técnico, y hasta cierto punto mecánico en comparación de la esencia de la obra. Así, por ejemplo, Bellini habrá reflexionado para reunir en un acorde los diferentes instrumentos músicos y las voces y coros que acompañan el aria de Casta diva o la romanza de Ana Bolena; pero de seguro que no reflexionó nada y que nacieron de él espontánea, instintiva y misteriosamente las dos admirables melodías que dan ser y alma a las mencionadas piezas de música; melodías que no son resultado de una prolija lucubración mental, sino que parecen oídas en un éxtasis allá, en el Cielo, y guardadas en la memoria y trasladadas al papel por el músico.

Sin duda que Juanes pensó y reflexionó sobre las proporciones, armaría de colorido, luces y sombras que debía poner en su peregrina imagen de la Concepción que se venera en la catedral de Valencia; pero lo esencial de la imagen misma, aquel resplandor celeste de la fisonomía de la Virgen, aquella hermosura y aquella expresión, más que humanas, no las discurrió el pintor, sino que vinieron a él como del Cielo. En la fe sencilla de aquella edad creyeron todos y creyó el pintor mismo que una imagen le había sido revelada; por esto se preparó con la oración y con otras diligencias cristianas, para lograr, mediante la divina gracia, el desempeño de aquella obra; y se añade que jamás el pintor puso el pincel en el rostro de aquella sagrada imagen de Nuestra Señora, sin que hubiese antes confesado y comulgado aquel día, y, aun le sucedió muchas veces estarla mirando algunas horas, sin atreverse a poner el pincel en la tabla, por no sentir en el interior de su espíritu aquel estímulo que necesitaba para emprenderlo, hasta que corroborado al fin con la oración volvía a encenderse en fervoroso aliento y de esta suerte continuaba. Calcúlese, pues, cuál sería la crítica y la reflexión de Juanes al ejecutar su obra maestra.

Es, señores, cuanto en general tenía, que decir sobre las calidades esenciales del artista. Éste, aunque lleva en sí la idea de lo bello, determina su ideal o lo individualiza incitando objetos existentes en el Universo visible. Hablaremos, pues, en la próxima lección que no tendrá ya lugar hasta el mes que viene, de la belleza natural o de la hermosura que ha puesto en sus obras el artífice soberano.

He dicho.

De los buenos tiempos antiguos

El aseo

Como ahora se agita continuamente la cuestión de si los tiempos antiguos fueron mejores o peores que los modernos, El Cócora ha discurrido tomar parte en ella, no con razonamientos sublimes, sino con hechos curiosos y provocantes a risa.

Unas veces serán estos hechos relativos al estado moral, otras al estado material de los hombres en los tiempos antiguos.

Hoy hablaremos de la falta de aseo de aquellos buenos tiempos, cuando aún no había escrito el excelentísimo señor don Francisco Martínez de la Rosa su admirable y luminosa sentencia, que reza:

El aseo en la persona
muchos bienes proporciona.

El lavarse el cuerpo era herejía o cosa de morisco, cuarenta o cincuenta años ha.

El bañarse era pecado mortal o poco menos, y el reverendo padre fray Miguel Agustín, prior del Temple, sostiene que nadie debe tomar baños, a no ser por causa de gran enfermedad, de orden del médico, y con especial permiso del confesor.

Según don Diego Hurtado de Mendoza, uno de los principales motivos de la rebelión de los moriscos de las Alpujarras fue el que no se les permitía bañarse, lo cual les era insufrible.

Pero los cristianos viejos, o los que querían parecerlo, soportaban con resignación este trabajo, así es que criaban todo género de inmundicias en sus cuerpos.

Ciertos insectillos parásitos eran entonces tan comunes en toda clase de personas, que el padre Boneta habla que Santa Teresa de Jesús, aunque hizo milagros grandísimos, ninguno hizo mayor que el de libertar a las carmelitas descalzas, que cumplían bien con los preceptos de su religión, de que tuviesen dichos insectos.

Quevedo y Cervantes dan en sus obras notables testimonios de lo mucho que en su tiempo abundaba plaga tan sucia.

Hasta los antiguos refranes populares prueban y aprueban la suciedad corporal. Sirva de ejemplo el que dice:

«De cuarenta para arriba, ni te cases, ni te embarques, ni te mojes la barriga.»

¡Qué tal la tendría de limpia el que llegaba a los sesenta o a los setenta años y observaba lo prescrito por el refrán!

Para libertarse en los tiempos antiguos de aquellos animales, que se alimentan de sangre humana, o era menester un milagro o pasar la línea.

El agua y el jabón no se usaban; el peine espeso tal vez ni se conocía.

En comprobación de todo lo expuesto, vamos a citar aquí un pasaje del padre maestro fray Domingo Fernández de Navarrete, misionero apostólico de la gran China, prelado, procurador general, etc., etc.

En la relación de sus viajes, dirigida al señor don Juan de Austria, hijo de Felipe IV, dice lo que sigue:

«Los animalejos que ordinariamente criamos los hombres, en llegando a las islas de Barlovento, se fueron extinguiendo del todo, sin quedar uno solo. Ciertamente es una maravilla rara... De mí puedo con

toda verdad afirmar que en veintiséis años que estuve por todas las partes que iré refiriendo en este papel, jamás crié alguno... ni una l... Después que pasé de Portugal a Castilla, revivió el antiguo humor. ¡No alcanzo esta filosofía!»

Ni nosotros tampoco; pero ya iremos presentando otros enigmas o problemas de la misma trascendencia, que dieron igualmente en qué pensar a los pasados filósofos españoles.

Exposición de Bellas Artes

Muy pronto se verificará una nueva Exposición de Bellas Artes en el antiguo Convento de la Trinidad. Los inteligentes y amateurs anuncian que será mejor que todas las de los años pasados, singularmente en pinturas. Nosotros, aunque no muy peritos, prometernos desde ahora a nuestros lectores un juicio imparcial y razonado de las obras más notables que en dicha Exposición se presenten.

Por lo pronto, no podemos resistir al deseo de decirles que hemos visto ya dos hermosísimos cuadros. El uno, del señor Casado, pensionado en Roma, figura al rey de Castilla don Fernando IV en las agonías de la muerte, y mirando delante de sí a los Carvajales, que le llaman ante el tribunal del Altísimo, y le indican que se cumple el término del emplazamiento. El otro, obra del señor Gisbert, también pensionado en Roma, representa el suplicio de Padilla, Maldonado y Bravo. La cabeza de Padilla ha caído ya bajo el hacha del verdugo, que la muestra al pueblo. Maldonado, pálido y triste, pero con una expresión reposada, solemne y religiosa, está en pie sobre el cadalso. A su derecha, un fraile, de una fisonomía bastante vulgar, le está auxiliando, y se conoce que lo hace por cumplir con su oficio, sin piedad y sin ira. A su izquierda, hay otro fraile joven, acaso la mejor figura del cuadro: en su rostro se ven la caridad y la compasión más profunda; se diría que aquel hombre ofrecería voluntariamente su cuello por redimir el de Maldonado, se diría que allá en el fondo de su alma está elevando al Señor una fervorosa súplica para que abra su gloria al muerto y a los que van a morir. Bravo, entre tanto, sube por la escalera del patíbulo con semblante despejado, que revela un corazón varonil y una conciencia entera y poco o nada arrepentida de los hechos que a tan mal paso le han traído. El fraile que le ayuda a bien morir nos parece que está caracterizado como uno de aquellos en quienes la rigidez de los principios de justicia, o de lo que entienden por justicia, dan poco o ningún lugar a la misericordia. Nosotros creemos que, por las actitudes y semblantes de todos aquellos personajes, se puede columbrar claramente la diversa índole y condición de sus ánimos, y los varios y encontrados sentimientos que los agitan: por tan diestro e inspirado pincel están allí representados.

Ambos cuadros están bien ideados y dibujados; pero el de Gisbert es bastante superior al otro en lo natural o real, y más aún en la viveza,

armonía y tono del colorido, en lo cual el pintor, aunque educado en Roma, manifiesta que es español; pues ya sea por estudio, ya por natural propensión y calidad innata, nos recuerda con el colorido de su cuadro la hermosura de los de nuestras antiguas escuelas, hoy tan poco imitadas y seguidas.

Cuando se abra la Exposición y tratemos de ella en nuestro periódico, volveremos a hablar más detenidamente de ambos cuadros. Ahora sólo añadiremos que lo que es este año, tendrá el Ministerio de Fomento que dar el premio de diez mil reales. La obra de Gisbert lo merece, y con más razón, cualquier otra que se adelante y la venza, aunque esto nos parece difícil.

Nosotros, hasta lo presente, no hemos visto sino otros dos cuadros de los que van a presentarse, y por cierto que valdría más que no se presentasen. Es el uno la coronación de Quintana, del señor López, en el cual la real familia, los poetas y la aristocracia española están retratados en caricatura, y, lo que es peor, con un lastimoso parecido. El otro cuadro es aun más antidinástico y antipoético, porque no retrata poetas.

Hablarnos del cuadro del señor Galofre que figura el casamiento del príncipe de Baviera con una infanta de España. El colorido de este cuadro es chillón y discordante, y las figuras parecen de trapo.

El lienzo del señor Galofre tiene la calidad contraria a la de aquel lienzo encantado de que habla el romance, diciendo:

que a las viejas hace mozas,
a las mozas, mucho mase.

El lienzo del señor Galofre

a las mozas hace viejas,
y a las viejas, mucho mase,
a los lindos hace feos, 5
y a los feos, espantables.

En fin: baste saber que hasta a la hermosísima duquesa de Medinaceli la ha puesto que da lástima verla. No se extrañe, por consiguiente, que nosotros no se la tengamos a él.

Los amigos torpes son más de temer que los acérrimos y crueles enemigos. ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa y discreta y buena y noble y tiene amigos torpes! ¡Oh bárbaros! ¡Oh corvas almas! Ni en la tumba la respetan. Dígalo, si no, cierta oración fúnebre (en griego necrología) de Pedro Fernández, que en vez de hacer llorar haría reír si el caso lo consintiese y no lo estorbase la pena.

El genio

Apuntes casi trascendentales

Por genio entendemos aquí cierto espíritu poderoso y sublime, que encarnándose en el hombre, en vez del entendimiento le dota de facultades creadoras y le hace saberlo todo sin estudiar nada. Los hombres dotados de espíritu se llaman también genios y son ahora muy comunes en España. Los genios son capaces de todo: todo lo comprenden. Así es que por la aptitud, no es posible diferenciarlos ni especificarlos. Las aficiones o inclinaciones de los genios son, sin embargo, diversas. En esta diversidad nos fundamos al dividir a los genios en cuatro especies principales, a saber: los poéticos, los filosóficos, los científicos y los políticos. Fecundada España por el Romanticismo, la primera cría de genios que sacó fue toda poética. Estos genios se van ya anticuando, pero bullen aún y procuran reconquistar el favor y popularidad de que antes gozaban. Se los conoce hasta por el modo de andar, por la mirada profunda y melancólica, por la sonrisa unas veces sarcástica y otras sardónica, por el pelo alborotado y por lo descontentos y tristes que aparecen. En sus conversaciones, y aun en sus escritos, emplean la ironía byreniana. Sólo hablan sin ironía cuando hablan de sí mismos. Muchos no hacen más que hablar de sí mismos, y, por tanto, no son irónicos. Se elogian desafortadamente con la mayor candidez, y se quejan de no ser comprendidos.

Los más de estos genios poéticos presumen de chistosos, y aun se ven obligados a hacer el papel de tales para disimular la ignorancia, Siempre que se habla de algo que ignoran, les da rabia de quedarse callados y salen con un chiste. Este chiste suele estar alambicado y confeccionado con un mes de anticipación, cuando es nuevo; pero más a menudo siguen empleando los chistes que usan desde que empezaron a ser chistosos, los cuales chistes tienen el inconveniente de oler, como vulgarmente se dice, a puchero de enfermo.

Son de estos genios escépticos y llevan desgarrado el corazón. La causa de sus pesares no puede ser nunca, aparentemente al menos, que no los quiere la novia, que no tienen un ochavo, o que el ministro no les da el empleo que pretenden. Esto lo disimula el verdadero genio y supone que su indómito amor a lo ideal, unido a un escepticismo espantoso, es el que le tiene tan malhumorado y desabrido.

Por último, el genio poético se retrata o cree retratarse a sí propio en sus obras líricas, épicas o dramáticas; pero ya se entiende que se retrata disfrazado con todas las susodichas calidades de escéptico, de despreciador del mundo, de enamorado de lo ideal y de incomprendido. Este retrato no sólo es espiritual, sino también corporal. Citaremos algunos rasgos de autores recientes. Uno dice al público:

De mi semblante la abultada arruga;

otro, a su novia:

Mi aliento emponzoñado
 envenena el ambiente que respiras.

Poco posterior, si no simultánea a la aparición de los genios poéticos, fue la de los políticos. Por desgracia, la índole de nuestro periódico no consiente que los describamos. Baste saber que su principal virtud consiste en hacer con el sueldo, o con los mezquinos ahorros del sueldo, algo parecido al milagro de pan y peces. Si por una rarísima casualidad la Justicia los persigue por hacer estos milagros, ellos se declaran bienaventurados y se comparan a Nuestro Señor Jesucristo, que padeció bajo el poder de Poncio Pilato.

Vienen luego los genios científicos, los cuales inventaron que seis y seis son diez, o la filosofía de la numeración, y descubren la cuadratura del círculo, el Eolo, el Ictinio y el lenguaje universal. Así como los genios políticos se comparan a Cristo (Él los perdone) cuando son perseguidos, los genios científicos se comparan todos a Cristóbal Colón, cuando son tenidos por locos. Cierran la marcha de esta tropa de genios, o mejor diremos, coronan la cúspide de este monumento de nuestra gloria, los genios filosóficos, que son, por lo general, o neocatólicos o progresistas germánicokrausianos.

Ser genio neocatólico es más fácil, pues en diciendo que la razón está reñida con la verdad, y que la ciencia es hija o madre de la mentira, se ahorra el candidato a genio neocatólico de cultivar un instrumento tan dañino como la razón; hasta es excusa de tenerla, y para no caer en error se allana a ser ignorante.

Más difícil es ser genio progresista germánico; pero, al cabo, las dificultades se vencen con poco esfuerzo. Pronto se aprende algo del yo, no yo, subjetivo, y objetivo, antinomia y autonomía, estados finito e infinito, categorías, principio inconcuso y desenvolvimientos totales y omnilaterales, por arriba y por abajo, por dentro y por fuera, por detrás y por delante y por en medio. En aprendiendo bien esta jerigonza, y salpicando con ella lo que uno escriba, se gana pronto nombre de filósofo. La gente de buena fe y predispuesta a indigestarse de filosofía, aplaude y se admira más mientras menos entiende. Los que no entienden y se ríen, pasan por espíritus vulgares y necios.

Mucho más se podría decir sobre los genios, pero no nos gusta ser prolijos; tal vez nos lean genios; tal vez nosotros lo seamos sin querer, y como a los genios les basta con poco para enterarse de lo que otro genio dice, y para adivinar lo que deja por decir, nos callamos ya, confiados en que seremos entendidos, y deseosos de que este artículo todo sea sustancial y nada tenga de sobra, y menos de desperdicio o de hojarasca.
EL RANCIO.

Belleza

Expresa esta palabra idea tan capital e importante, que sería extraño que, desde tiempos muy antiguos, no hubiese llamado la atención de los sabios,

excitándolos a definirla bien y a explicar su esencia. La idea parece, al considerarla superficialmente, tan clara, que apenas hay nadie que diga que ignora lo que es belleza, y, sin embargo, no bien se analiza el concepto, se empiezan a sentir las dificultades, nace la incertidumbre y se advierte lo arduo, lo casi poco menos que imposible de una definición exacta y cumplida. Si esta definición se diese, la ciencia o filosofía de la belleza se construiría sobre ella como sobre su fundamento.

Esta ciencia o filosofía es nueva, si separadamente y en tratados especiales y con nombre singular la buscamos; pero es muy antigua, porque apenas ha habido filosofía, desde Platón hasta el día, pasando por Aristóteles, los estoicos, los neoplatónicos, los padres de la Iglesia griega y latina, los escolásticos de la Edad Media y los filósofos del Renacimiento; que no hayan tratado de la belleza, y discurrido sutil y largamente acerca de ella, antes que naciese Baumgarten. Este discípulo de Wolf no inventó la ciencia o filosofía de lo bello, pero la trató el primero por separado.

Y, sin embargo, lo mismo hasta entonces que desde entonces hasta ahora, nunca se ha logrado dar una definición de la belleza exacta y cumplida y en que convengan todos.

Naturalmente, como la filosofía de la belleza es secundaria o aplicada, cada una de las filosofías de la belleza que se han escrito y cada una de las definiciones que de la belleza se han dado tiene que haber sido influida por la distinta filosofía primera en que se funda.

Prescindiendo aquí de la historia de la definición, o sea de lo que cada filósofo ha dicho sobre ella, veamos si, analizando la idea, logramos, hasta cierto punto, definirla.

Es evidente que la belleza es aquella calidad por cuya virtud las cosas son bellas; pero ¿en qué consiste esta calidad? Las cosas son agradables, son útiles, son buenas, son amables; pero estas calidades del agrado, de la utilidad, de la amabilidad y de la bondad, ¿son lo mismo que la calidad de la belleza? Y si no lo son, ¿en qué difieren? Desde luego, podemos asegurar que lo agradable y lo deleitoso no siempre es bello, aunque lo bello sea delicioso y agradable siempre. Así, por ejemplo, el perfume de un incienso y el aroma de las flores son agradables; pero a nadie se le ocurre afirmar que son bellos: luego la idea de la belleza no penetra nunca en el alma por el sentido del olfato. Nada más agradable, ni más deleitoso, que los manjares succulentos y exquisitos para el que tiene hambre; pero tampoco se percibe la belleza por el gusto o por el paladar. Lo mismo se puede decir de las sensaciones innumerables y variadas que por el tacto recibimos. Quedan, pues, dos solos sentidos corporales capaces de transmitir al alma la belleza exterior de los objetos: la vista y el oído.

Por la vista aprende el alma la forma de las cosas, y, por tanto, su hermosura, el primor y concordancia de las líneas, y la gracia, el orden y la medida con que se agrupan y combinan en conjunto armónico. Y por el oído percibe el alma la dulzura, la cadencia y el ritmo de los sonos que producen la melodía, y el primor con que sonos distintos se enlazan y se mezclan armonizándose.

Tenemos, pues, que la vista y el oído son los sentidos estéticos o artistas; los que nos valen y sirven para percibir el arte. A la vista pertenecen todas las artes del dibujo: la arquitectura, la pintura y la

escultura, y al oído pertenece la música. Y antes que el arte se inventase, había, sin duda, en el universo sensible, formas y sonidos cuya belleza natural excitó y movió el espíritu del hombre, primero a la admiración y al deleite, y después a la imitación, para crear bellezas nuevas, compitiendo y aun venciendo las bellezas naturales.

Nada de eso, con todo, nos aclara lo que es belleza. Podemos sentirla en las cosas naturales, cuando por ellas son heridos nuestro oído o nuestra vista, sin comprender lo que es, y, sin comprender lo que es, podemos también crearla. Sólo sabemos hasta ahora que la belleza nos produce deleite, pero, como hay cosas que también nos producen deleite sin ser bellas, o, aunque lo sean, no porque lo son, sino por otro motivo, resulta que no se puede definir la belleza diciendo que es la calidad en virtud de la cual nos deleita algo. Lo único que se infiere es que la belleza produce deleite, pero un deleite peculiar y propio suyo, que no se puede definir, como la misma belleza previamente no se defina.

Si adelantamos algo más en nuestra investigación y recordamos que, tanto en la belleza que percibimos por la vista como en la que percibimos por el oído, hay varias partes, hay un compuesto, que ya se extiende por el espacio y ya se dilata en sucesión por el tiempo, con número y medida, podremos decir acaso que la belleza es la simetría, es el orden con que las partes se combinan para formar el todo; es la variedad en la unidad. A fin de que esta variedad se reduzca a unidad armónica y produzca cierto deleite, esta variedad debe unirse según cierta ley, y esta ley será la ley del arte y el fundamento de todos los preceptos para crear la hermosura o para conocerla.

Llegados ya a este punto, se origina otra dificultad. Esta ley, con arreglo a la cual la belleza se crea, ¿de qué suerte y por qué camino penetra en el espíritu del hombre? ¿Nacerá acaso el conocimiento de esa ley de la contemplación y de la comparación de varios y de muchos objetos naturales en que haya cierta belleza? Y si para entender esta ley nos valen la contemplación y la comparación, ¿nos valdrán también para aplicarla, creando, a nuestra vez, bellezas artísticas? Cuentan que Praxiteles se valió para esculpir su Venus de doce hermosas muchachas griegas, de cada una de las cuales fue tomando e imitando aquella parte del cuerpo que en ella había más hermosa. Así, por mera imitación de la Naturaleza, si bien depurándola, esto es, apartando lo imperfecto y defectuoso y tomando por selección lo mejor, vino el artífice a crear la soberana imagen de la diosa. Pero como el artífice no hubo de proceder a ciegas para decidir y tomar lo que era mejor y más bello en cada una de las muchachas que le sirvió de modelo, ni mucho menos pudo tampoco de la contemplación y comparación de las muchachas inferir y sacar el grado y la medida en que las partes tomadas de aquí y de allí habían de concertarse para formar el conjunto, fuerza es suponer que, si bien con alguna vaguedad, fijada luego por los objetos materiales, preexistía en el alma del artista el tipo ideal de la mujer hermosa, el concepto más puro y acabado de su singular belleza, el cual concepto hubo de servirle de norma, de guía y de canon para elegir lo que eligió, y, concertándolo de un modo conveniente, hacer lo que hizo.

Si no va errado este discurso, tenemos, pues, que en la mente humana hay un tipo ideal de cada cosa y que, cuando una cosa se ajusta o se aproxima

a este tipo ideal, es cuando la declaramos bella. La belleza de las cosas pudiera, pues, definirse en este sentido: la conformidad de su ser o de su forma con el tipo ideal que de ellas preconice la mente.

Atrevida suposición sería, con todo, imaginar en cada mente humana, considerado el hombre como artista y como persona de gusto, un mundo ideal completo de arquetipos o de ideas madres, que, ya nos sirvieran para realizar creaciones artísticas, o ya para juzgar las de los otros o las de Naturaleza. Además, sería contra toda experiencia el imaginar estas ideas innatas y perfectísimas, modelos de las cosas exteriores, antes de que las cosas exteriores nos transmitan su imagen por los sentidos. Luego no hay en la mente tal mundo ideal previo; no hay mujer ideal, ni caballo ideal, ni rosa ideal, ni música ideal, antes que las músicas, los caballos, las rosas y las mujeres reales que en el mundo existen penetren en imagen hasta nuestra alma, hiriendo los sentidos. Ya entonces, una vez percibido lo real, podemos formar los tipos ideales dentro de la mente; pero entonces nos sucederá, hasta cierto punto, lo mismo que a Praxiteles para formar su Venus en el mármol. Esto es, que, a fin de elegir lo mejor y más perfecto de lo real y formar lo ideal con ella, debemos poseer un criterio, una regla que venga a ser, no idea innata de una cosa o de otra, sino forma congénita de la mente, por cuya virtud se concibe una belleza universal, de la que, siempre que las cosas participan más o menos, se dice que son bellos.

Presupuesta ya esta belleza universal, pura e indeterminada de la mente, podría mirarse como base para construir una ciencia especulativa, por cuya virtud juzgásemos de la belleza exterior o la creásemos. Sería esto análogo a lo que con la idea de cantidad sucede, cuando sobre esta idea creamos una ciencia ideal, las matemáticas, que nos sirve para juzgar de todo lo real y apreciarlo, en cuanto hay en ello de cuantitativo, o bien para crear nuevas cosas por arte, sujeta a las reglas indefectibles de la cantidad, en fuerzas, en movimientos, en peso, en volumen, en todo aquello. en suma, que puede reducirse a número.

La diferencia está en que la cantidad se define fácilmente, y en categoría universal que a toda cosa pertenece, mientras que la belleza, que es una calidad que no en todas las cosas se halla, es difícil de definir, cuando no del todo indefinible.

Porque si volvemos a considerar la definición que hemos dado provisionalmente, diciendo que belleza es simetría, o unidad en la variedad, o armonía en el conjunto, presuponemos ya la belleza material y corpórea, mientras que por otro camino y discurso dialéctico: hemos venido a parar en una belleza universal, que está en la mente, y que es inmaterial, sencilla y sin partes, aunque nos da las reglas de la proporción y de la simetría que han de tener las partes de una belleza compuesta, corpórea y sensible. Hasta ahora no sacamos en claro sino que, a fin de juzgar de las cosas bellas exteriores, debe de haber una noción de lo bello en la mente; pues, de lo contrario, no habría bello ni feo, y se podría decir con razón el refrán: «De gustos no hay nada escrito», o más bien: «Sobre gustos no hay ley que valga.»

Kant puso una antinomia, afirmando primero que existía tal noción y negándola luego. La tesis y la antítesis de Kant, como no pocas otras cosas de Kant y de otros filósofos, pecan ya de sobrado claras y

candorosas cuando se entienden. Todo ello se reduce a decir que la noción existe, pues si no existiera, nadie tendría derecho a exigir el convencimiento de otro ni a discutir sobre bellezas; y no es bastante clara, porque, si fuese bastante clara, nadie disputaría; todos convendrían en que esto es bello y aquello feo, sin la menor discusión, como todos convienen en que dos y tres son cinco. Resulta, pues, que, según Kant, no hay noción de la belleza en el entendimiento, pero la hay en la razón, esto es, poseemos un principio trascendental, indeterminado e indeterminable, en virtud del cual juzgamos si un objeto es bello o no lo es.

Nos quedamos así, después de Kant, tan a oscuras como antes. No sabemos qué es la belleza en su esencia, y en cierto modo tampoco sabemos lo que es en sus manifestaciones, sino sabemos sólo que una cosa es bella cuando nuestro juicio lo declara, en virtud del oscuro e ineludible principio trascendental susodicho.

Sumidos ahora en esta oscuridad kantiana, pondremos aquí varias de las vagas definiciones que de la belleza se han dado, a ver si nos traen alguna luz.

Según Platón, la belleza es difícil, es proporción y medida, es lo que es cumplido en sí, es lo que inspira amor.

Según Plotino, la belleza es inmaterial, es inteligible y no sensible, y no puede depender de proporción ni de medida. Viene, pues, la belleza a confundirse con el ser puro, con el bien supremo. El resplandor que este ser puro y este bien supremo vierte en las cosas materiales y visibles es lo que las hace bellas.

Este vago y poético concepto de la belleza en Platón y en los neoplatónicos debe de ser el que más se aproxima a la exactitud y a la verdad, y ha prevalecido casi hasta hoy, con pequeñas variantes. San Agustín, Boecio, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Dante, todos abundan en el sentir platónico al hablar de la belleza. Para todos, la belleza, en nuestro espíritu, es ley que deriva inmediatamente de Dios, y la belleza particular de cada cosa es un destello de la belleza absoluta que está en Dios mismo y que es inasequible a toda inteligencia finita. La belleza de Dios resplandece en las criaturas, como el sello que Dios mismo le pone. Y es singular que Dante, el poeta soñador y teólogo, y Bacon, el apóstol y jefe de la ciencia empírica, concuerden en esto del sello divino que hace bellas las cosas.

Los filósofos franceses e ingleses del siglo XVIII, obcecados, ya por el sensualismo o por el escepticismo, o han desconocido o han negado la belleza como cosa en sí. Para Hume, la belleza no es calidad de las cosas; está en el espíritu que las contempla. Lo que para uno es feo, es bonito para otro, como lo que es para uno dulce puede ser para otro amargo. «Así es -añade Hume- que puede ocurrir que uno vea una deformidad donde otro descubra una belleza. Cada cual debe limitarse a gozar de lo que le guste, sin empeñarse en someter a su gusto el de los demás. Buscar belleza o fealdad reales es empresa vana.»

Otros filósofos ingleses son más rastreros, aunque menos escépticos que Hume. No niegan que hay belleza; pero la ponen en la costumbre, en la unidad, en el tamaño, en la conveniencia, en la asociación, en la línea curva y, muy singularmente, en la utilidad. Para Dugald Stewart, nada hay

más bello que una haza bien cultivada, y para Reid, el perro más bello es el que posee mejor olfato, y el carnero más bello el que tiene más lana y más fina y da mejores chuletas.

Los sensualistas franceses no anduvieron más atinados ni se mostraron más profundos. Diderot define la belleza como la proporción. Rousseau tenía idea más alta, pero no la formula. Para Voltaire, nada hay más relativo. Lo bello depende del sentir de cada persona o ente. Para un sapo, nada hay más bello que su sapa.

En Alemania es donde, en el siglo pasado, volvió a estudiarse mejor y a comprenderse más altamente la idea de la belleza, volviendo a dejarse sentir en los autores el influjo de la doctrina platónica.

Baumgarten llama a la belleza perfección sensible, esto es, reflejo de la belleza divina, que es la perfecta. Para Winckelman, la belleza suprema está en Dios; en el alma hay algo como imagen de esta belleza, y la belleza que vemos en las cosas es la que en ellas está confundida y mezclada, y que nosotros sacamos de ellas, por depuración, extrayendo aquello que más se aproxima al tipo ideal que concebimos, tomando como elemento para la concepción la idea del objeto material que llega a nosotros por los sentidos, y el principio indeterminado de la belleza absoluta que Dios nos graba en el alma.

En resolución: la mayoría de los filósofos y pensadores han venido a coincidir, desde muy antiguo, en que hay belleza que lo es para todos, y en que hay, por tanto, algo en todo espíritu humano en cuya virtud decide, coincidiendo con los demás espíritus, en que una cosa es bella o fea.

Después de la severa crítica de Kant, los tres grandes filósofos, sus sucesores, Fichte, Schelling y Hegel, el último sobre todo, han tratado altamente de la belleza; pero sus definiciones, que tampoco satisfacen, suelen no ser comprensibles sino dentro del cuadro completo o sistema de cada uno. La belleza es la armonía de lo ideal y de lo real; la consonancia del espíritu con la forma; la aparición de lo infinito en lo finito: definiciones todas que pueden reducirse al pensamiento platónico acerca de la belleza y que, en último análisis, no penetran hasta la esencia misma de lo bello.

Los dos únicos medios para acercarnos a una definición de la belleza son: primero, por negación, probando que no es bello lo que a menudo se confunde con lo bello, y segundo, por los efectos que lo bello produce, y no por lo que en sí mismo es.

En el primer medio o en el de la negación hay mucho que distinguir, porque, en cierto alto sentido, lo bello es agradable, y es útil y es bueno, y es amable; y en el mismo alto sentido todo lo que es bueno, agradable, útil y amable, tiene que ser bello por fuerza. Pero lo agradable, lo útil, lo bueno y lo amable de baja ley, de donde nacen en nosotros deleite, contento, satisfacción y amor de baja ley también, puede ser útil, bueno, etc., y no ser bello. Lo bello, pues, implica una perfección y una excelencia cuyo fin está en lo mismo que es bello y no fuera; por donde no hay objeto que, si es bello, o en lo que tiene de bello, considerado en sí, no sea bueno, si se considera con relación a cierto fin, y no sea agradable porque nos agrada; y no sea útil, porque ¿qué utilidad mayor que la de causar agrado?; y no sea bueno moralmente, porque su contemplación eleva y purifica el alma; y no sea deleitoso, de

puro y santo deleite, porque nada deleita pura y santamente más que la belleza. Y, sin embargo, en un objeto altamente bello y que es a la vez bueno, deleitoso, útil, etc., distinguimos bien todas estas calidades y no las confundimos. Una hermosa mujer, pongamos por caso, será deleitosa por su trato y por su cariño para su amigo o su amante, buena por sus prendas morales, agradable por mil motivos, útil porque con su habilidad, con su talento y con otras aptitudes puede traer provecho y ventajas. Y tal vez a su agrado, a su utilidad y a su bondad contribuirá su hermosura; pero su hermosura, con todo, no se confundirá nunca en la mente de nadie con las otras prendas que la adornan, y será hermosa, porque es hermosa, y no porque es útil o buena, o deleitosa, o llena de agrado. ¿Por qué, pues, es hermosa la que es hermosa? Y volveremos a lo mismo, a lo indefinible de la belleza. ¿Es hermosa por la proporción, por la simetría, por la unidad en la variedad? Esto nada significa. Esto es decir lo mismo: es hermosa porque es hermosa, porque hay en ella aquella armonía y debida proporción de partes que requiere la hermosura, cuando la hermosura tiene partes. Además, hay belleza material e indivisible. ¿Cómo explicar entonces esta belleza? La virtud es bella, un alma humana es bella la ciencia es bella, es bella la verdad, es bello un acto, es bella una pasión, y así, son bellos mil objetos en que no hay partes, ni hay, por consiguiente, realizada armónica proporción entre ellos.

No sabemos, pues, lo que es la belleza. El signo característico más seguro para reconocerla está, no en su esencia, para nosotros desconocida, sino en el efecto capital que en nosotros produce. Este efecto es el amor puro, desinteresado, extraño, o, mejor dicho, superior a todo anhelo o deseo de poseer el objeto bello y amado, cuya mera contemplación produce deleite, que puede subir hasta ser bienaventuranza.

Así es que, por el efecto, podemos definir la belleza la cualidad que produce en quien la contempla amor desinteresado y puro. Pero como el fin del amor es el bien, la belleza se confundirá entonces con el bien. A lo cual puede contestarse que no se confunde. En las cosas hay bondad extrínseca, que viene a ser casi la utilidad. Esta bondad es como medio para llegar a un fin. No es esta bondad la que constituye la belleza. Es, sí, la bondad intrínseca, cuando se prescinde de todo fin, o cuando para nosotros no lo tiene, o si le tiene, le ignoramos. La belleza es el resplandor de esa bondad intrínseca, que brota con más o menos abundancia y pureza de los seres todos. Y como frecuentemente esta belleza está turbia, confusa y mezclada con impurezas y fealdades en lo real, ha nacido el arte, por cuya virtud el espíritu humano saca la belleza de las cosas naturales, y, ajustando la idea que concibe de ellas a su concepto universal de la belleza, y revistiéndola luego de forma sensible, con sonidos, palabras, colores, mármol o bronce, crea las obras de arte. De esta suerte, el arte es sobrenatural y no lo es. El arte enmienda la Naturaleza y no la enmienda. El arte es más que la Naturaleza y no es más. El espíritu no debe considerarse fuera de la Naturaleza; el espíritu la completa y le da vida. En los objetos naturales e inanimados no hay belleza cuando no hay el espíritu que les presta el hombre al contemplarlos, percibiendo allí el orden y la armonía.

Resultado de todo nuestro estudio dialéctico es esta definición de la belleza: belleza es el resplandor de la bondad intrínseca, cuya mera

contemplación produce puro deleite y amor desinteresado; pero aun creyendo que esta definición es la menos mala, todavía declaramos ingenuamente que al darla no hacemos sino alejar la dificultad, llevar la incógnita a otro término y no despejarla. ¿Qué es esa bondad intrínseca que, prescindiendo de utilidad, provecho o conveniencia, hay en las cosas, en unas más y en otras menos, y que da alguna luz de sí en todas ellas para los ojos penetrantes de todo noble espíritu humano? A esto menester es contestar que no sabemos qué pueda responderse, si no decimos con sentimiento religioso que esa bondad intrínseca es el sello, es algo del mismo Dios, que el mismo Dios pone en las cosas, porque está en ellas y porque las crea.

La tortura en España

Por un artículo publicado en el Neues Wiener Tageblatt, y firmado por Federico Spielhagen, he llegado a saber que en Alemania y en Austria nos acusan de valernos aún de la tortura como procedimiento jurídico para descubrir a los autores y cómplices de ciertos delitos. Dicen que medio tan bárbaro ha sido empleado en Barcelona por los tribunales militares en las causas seguidas contra los anarquistas.

Aunque La Época, en su número del día 22, contesta como debe a la acusación lanzada contra nosotros y a las declamaciones del señor Spielhagen, no estará de más que otros periódicos traten del mismo asunto, y que estos periódicos sean independientes o de oposición al Gobierno, a fin de que se vea que no es para defenderlo, sino para defender a toda la nación de la injuria que se le hace.

Sin vacilación ni duda de ningún género, doy por seguro que la tal acusación está desprovista de todo fundamento; pero entiendo que en España debemos hacernos cargo de ella para rechazarla o justificarnos ante la opinión pública de Europa.

Es innegable que existen aún no pocas prevenciones de unos pueblos contra otros; y en Francia, Inglaterra y Alemania, naciones en el día más prósperas y poderosas, y acaso más adelantadas en industria y comercio y en organización militar y política, que las hace más fuertes por mar y por tierra, existe, además, la vulgar e injustificada manía de creerse también moralmente más adelantadas, de donde nace el frecuente empeño de humillarnos y de corregirnos, dándonos lecciones y vigilándonos para que no rebajemos el nivel altísimo hasta donde ha subido la moral en nuestro continente.

Siendo yo estudiante, hace ya muchísimos años, vino a parar en la misma fonda en que yo paraba en Granada un noble caballero belga que ha ocupado más tarde muy elevada posición en Roma, señalándose por sus fervorosos sentimientos católicos. Este caballero, entonces muy joven, se hizo gran amigo mío y siempre andábamos juntos durante su permanencia en la ciudad morisca. Pero, a pesar de su afecto, no podía resistir a la tentación de mortificarme, censurando la holgazanería o la carencia de habilidad de los españoles y nuestro deplorable atraso. Para ello me echaba en cara que desde el sombrero hasta los zapatos, todo cuanto yo vestía y calzaba,

estaba hecho por manos extranjeras. No se lo negaba yo; pero me limitaba a contestar que nada de aquello me lo daban de balde quienes lo fabricaban, por donde resultaba evidente que mi padre, que entonces me mantenía, producía algo de un valor equivalente para comprármelo, lo cual era lo mismo que si produjese el paño de la levita, el reloj o cualquier otro dije o prenda con que yo me adornase. Concedamos que fuera de España se teje, se fabrican relojes, se guisa y se hacen otros primores que en España se hacen peor o que no se hacen; pero nada de esto se nos da de balde y por filantropía. Si para adquirirlo no acertásemos a hacer algo equivalente, tendríamos que andar en cueros. Lo único que se nos da de balde son las lecciones de moral, de las cuales es precisamente de lo que no necesitamos. No todo español puede poner una buena fonda, una fábrica de tejidos o una peluquería; pero hasta el más bolo entre los españoles puede hoy meterse a predicador, hablar de ilustración, de humanitarismo y de progreso, y echar sermones tan bonitos y edificantes como el que nos echa el señor Spielhagen, sin llevarnos nada por su trabajo, y fundándose en la no probada hipótesis de que en Barcelona hemos dado tormento a los presuntos reos.

Créanos el señor Spielhagen: si la certeza de hecho tan bárbaro estuviese demostrada, no sería menester que acudiese él a convencernos de su maldad, porque en la Prensa, en los clubs, en los ateneos, en las universidades en periódicos, en folletos y hasta en libros, la reprobación hubiera sido universal, y casi, o sin casi, nos atrevemos a afirmar que no hubiera habido un solo periódico en España, como en Alemania los ha habido, que considerase lícito o tolerable el empleo de tales medios contra los anarquistas. No hay español que no sepa que, aun cuando se pone fuera de toda ley y es un monstruo que se aparta y extraña de la Humanidad el que hace estallar una bomba en medio de una muchedumbre de seres humanos para causarles la muerte o espantosos tormentos, todavía el poder social no puede, sin rebajarse en cierto modo hasta el nivel de ese monstruo, atormentarle por ningún motivo ni imponerle más pena que las que están prescritas en los códigos, después de bien demostrado el delito.

Ahora bien: así nuestro Código Penal ordinario como nuestro Código de Justicia militar son de los más humanos y benignos vigentes hoy en el mundo. Ni en ellos ni en los procedimientos que prescriben hay nada que autorice o que dé pretexto o excusa a los jueces para emplear misteriosamente la violencia contra los reos a fin de que delaten a sus cómplices. Cada reo tiene el derecho y hasta el deber de elegir un abogado defensor; tanto, que si él no le elige, se le nombra defensor de oficio.

¿Cómo suponer, pues, que si algún reo hubiese sido atormentado su abogado defensor no hubiera denunciado aquel delito, marcando como blanco de la pública indignación a quienes le hubieran perpetrado? Por muy en secreto que se hubiera aplicado la tortura, ¿la podría ignorar el abogado defensor del torturado? Y si el empleo de la tortura se hubiese hecho público en Barcelona ¿no se hubieran levantado en contra hasta las piedras?

El pueblo español no se distingue por su afición a que los criminales sean castigados, sino más bien por la compasión que los criminales le inspiran, y a menudo, por cierta simpatía indulgente, no a causa del delito, que se aborrece, sino a causa del valor y del enérgico esfuerzo de voluntad que se ha empleado en cometerlo. Ello es que entre nosotros apenas se concibe

lo que llaman linchar en los Estados Unidos, y es indispensable poner dificultades a los indultos para que no queden impunes muchos delitos o para que no sean insuficientemente castigados. Tal es en España el sentir popular, por donde considero imposible que en Barcelona se haya empleado la tortura, sin que los anarquistas, ni los socialistas, ni los republicanos, ni los demás hombres, en suma, que viven en aquella gran ciudad lo hayan sabido a ciencia cierta y hayan protestado solemnemente. Si algún anarquista residente en Barcelona, o tal vez residente en Francia, ha hecho cundir la voz de que en Barcelona se ha aplicado la tortura, y esta calumnia ha sido propalada por periódicos franceses, todo ha sido sin pruebas, como el señor Spielhagen tiene que confesarlo, por lo cual hubiera podido ahorrarse el trabajo que deben haberle costado sus declamaciones, a no ser que diga: «Si esto hago en seco, ¿qué no haré en mojado?»

Lo cierto es que los toros y la Inquisición nos perjudican mucho en las tierras extrañas, sirviendo de base en que se funda la fama que se nos da de crueles. No seré yo, por cierto, quien defienda ni la Inquisición ni los toros. Los toros siguen, pero la Inquisición ya pasó, y relativamente puede defenderse sin peligro de que se establezca de nuevo. Yo me limitaré a decir que en Alemania, por ejemplo, donde creo que no hubo Inquisición jamás, sólo por considerarlos brujos o brujas se han quemado, ahorcado y atormentado más seres humanos que ocho, diez o veinte veces las víctimas de la Inquisición en España y en todos sus dominios, cuando éstos se extendían no poco sobre el haz de la Tierra.

Más que para impugnación del artículo del señor Spielhagen, deseo que valga este artículo para seguir llamando, acerca de lo que dice, la atención en toda España, y singularmente en Barcelona, desde donde me alegraré que se conteste a dicho señor y a los periódicos alemanes y austríacos que nos acusan como él nos acusa.

No soy yo de los que se complacen en exagerar la perversidad de los delincuentes para aumentar el odio que tal vez inspiran. Este odio está reprobado pública y oficialmente por nosotros. Y yo he leído en las puertas de muchas cárceles esta piadosa inscripción: «Odia el delito y compadece al delincuente.» Para compadecerle, sin embargo, no creo que convenga ni que sea justo ir tan lejos como va el señor Spielhagen, haciendo cómplice, o, mejor diré, promovedor del crimen, a todo el cuerpo social o al Estado que le representa, el cual, por torpeza o por vicio, infunde tan rabiosa desesperación en algunos ánimos que los arrastra al crimen. Esta falsa y peligrosa doctrina está claramente expresada en el artículo del señor Spielhagen. Si fuera cierta, no dejarían de ser culpados los que, para remediar el mal, o movidos por la desesperación que el mal les causa, arrojan bombas de dinamita en medio de una muchedumbre descuidada e indefensa; pero todavía sobre el Estado, o más bien sobre la sociedad entera, caería el peso de la culpa en su origen, por causar la locura abominable, que induce a la culpa a las víctimas de la mala organización que la sociedad tiene. La verdad es que el señor Spielhagen no sabe lo que dice, o, teóricamente al menos, se hace tan anarquista como los que lanzaron las bombas.

Ni el Estado ni la sociedad pueden remediar ni evitar muchos de los males inherentes a la flaca y triste condición humana. Esos males tienen, sin

duda, su raíz en la misma naturaleza de las cosas y se remediarán o se aliviarán, no repentina y violentamente, sino con el transcurso del tiempo y con calma y paciencia. El Estado, entre tanto, hace cuanto está a su alcance hacer. Y lo que es en España, la sociedad entera no puede ser más caritativa. Nobles y hermosas pruebas de su caridad están dando en los momentos difíciles que ahora atravesamos. Básteme citar lo que ocurre en mi ciudad natal, donde las malas cosechas y la completa destrucción de los viñedos por la filoxera han destruido la principal riqueza y han hundido en la miseria a los jornaleros. La cuarta parte de la población no puede hoy allí ganarse por el trabajo el sustento diario; pero la caridad los mantiene a todos. Será poco ingenioso recurso, pero no se me negará que es generoso y que quita todo pretexto o motivo para atenuar cualquier atentado contra la sociedad que de tal modo se conduce.

Quiero advertir, por último, que esta inagotable caridad del pueblo español no se limita sólo a los menesterosos y desvalidos, sino que se extiende, tal vez demasiado, hasta sobre los mismos criminales, en quienes no deja de ver, de respetar y hasta de amar un alma hecha a imagen de Dios atribuyéndole propensión y capacidad para la virtud y para el arrepentimiento, que un frío criterio tiene que tildar de inverosímiles.

Poco después de los horrendos crímenes anarquistas de Barcelona se ha representado en muchos teatros de España, con extraordinario aplauso, el drama de Sellés titulado Los domadores, que demuestra lo que digo. Un anarquista, resuelto ya a arrojar una bomba y a causar mil muertes, se deja enternecer por el inocente y bondadoso afecto de su mujer y de su hijo, se convierte y se hace punto menos que un santo. La milagrosa y dulce conversión ha sido solemnizada con las lágrimas y con el entusiasmo de los espectadores, entre los cuales pudo haber algunos de los parientes de las víctimas o tal vez víctimas mismas de las que escaparon con vida cuando los atentados de Barcelona.

Tal es y tal ha sido siempre la predisposición del público español a compadecer al que perpetra un delito, por horrible que sea, y a creerle capaz de contrición sincera, que le haga digno de que Dios le perdone y de que le miren con cariño fraternal y le tiendan la mano los hombres mismos a quienes ha ofendido. Es, pues, absurdo imaginar que en un pueblo que de esta suerte siente y piensa pueda todavía aplicarse a nadie la tortura.

Lolita

- I -

A no corta distancia de la Puerta del Sol, bullicioso centro de esta heroica villa, vivía, hace ya muchos años, la señorita doña Lola Rodríguez. Era su habitación el entresuelo de una casa nueva, en una de las mejores calles.

Sin preámbulos y sin pedir venia alguna, penetramos con el espíritu, que, invisible y sutil, se cuele o se filtra por donde quiere, en la habitación susodicha; pero seamos prudentes y comedidos y no penetremos a una hora

inusitada y sospechosa, sino casi en el punto en que van a dar las once de una hermosa mañana del mes de mayo.

La señorita no está en casa. Tanto mejor. Volverá pronto; la aguardaremos, y aguardándola tendremos ocasión de registrar su vivienda y de enterarnos de todo sin que nadie lo note.

El cuarto es pequeño, pero no ha menester de más quien lo habita. Lola, huérfana de padre y madre, vive sin otra compañía que la de una a modo de criada antigua, que más que por criada pudiera pasar por dueña o por aya venerable, capaz de prestar autoridad y de infundir respeto. Esta criada o aya se llamaba Vicentica, y no era, por cierto, ni muy vieja ni muy fea. Distaba aún bastante de frisar en los cuarenta años y era una matrona de frescas y apretadas carnes, alta y gruesa, con mucho garbo en el andar, y en sus ademanes y gestos al parecer briosos y decididos.

Su viudez le daba respetabilidad, y su conducta la sostenía, sin que para ello tuviese que mostrarse grave y severa. Vicentica era todo lo contrario: alegre, parlanchina y muy inclinada a contar historias y a dictar sentencias, que ella, cuando no los otros, consideraba agudezas o chistes, con vanidad tan candorosa como inofensiva.

Vicentica no tenía mal talle, porque la gordura no la había deformado. Y, gracias al esmerado aseo con que cuidaba su persona, su rostro moreno resplandecía como bruñido bronce, y sus abundantes cabellos, sin canas aún, parecían de ébano lustroso y hasta tenían reflejos azules, como las alas del cuervo. Sus negros y grandes ojos no carecían de fuego. Bien se mostraba en ellos, además, la jovialidad del carácter de Vicentica; pero su arrogante y marcial apostura desbarataba todo plan o propósito atrevido que pudiera nacer en la mente de los hombres que la trataban, los cuales, según he oído decir, más que amorosas aspiraciones, experimentaban, al lado de ella, sentimientos de medrosa veneración, muy semejantes a los que tiene cualquier humilde pilluelo cuando se encara y habla con un sargento de guardias civiles.

Tal era la apariencia de Vicentica, a quien iremos conociendo mejor y a fondo cuando veamos y tratemos de cerca en el proceso de esta historia. Por lo pronto, Vicentica estaba sola en casa, y ya iba a la cocina a tenerlo todo preparado para el almuerzo, ya blandía el plumero o esgrimía la escoba para que todo en la sala estuviese limpio, terso y brillante.

Vicentica, digámoslo así, tenía que multiplicarse en aquella casa, donde era a la vez ama de llaves, cocinera, aya, doncella y confidenta de la señorita doña Lola.

Por donde quiera estaba la casa saltando de limpia, dando testimonio de que era Vicentica infatigable trabajadora.

Quien entrase en aquella casa por primera vez, se preguntaría con curiosidad: «¿Qué clase de mujer será esta doña Lola, su ama?»

El diminuto salón estaba primorosamente alhajado. Pocos objetos había en él de gran valor, pero nada había que no fuese del mejor gusto. Y tal vez en algunas cosas podían notarse como los restos de un elegante bienestar: un pequeño escritorio con muchos cajoncitos y gavetas, adornados de embutidos de marfil, ébano y nácar, que formaban intrincados dibujos; varios juguetes, figurillas y vasos de porcelana, bronce y hasta plata, encerrados en una graciosa vitrina; butacas y sillas cómodas y cubiertas modestamente de telas no muy ricas ni de colores muy vivos; y sobre la

chimenea, en miniatura, un espejo con marco de roble artísticamente tallado y unos candelabros y un reloj modestísimos, pero de bronce bueno y no de imitación o pacotilla.

En un gabinetito contiguo al salón estaba el tocador de Lola, todo muy aseado y curioso, pero sin perfumes ni afeites. Separado sólo del tocador por un cortinaje de cretona estaba el dormitorio de Lolita, donde apenas cabía ni había más que una cama de hierro, bien cuidada y muy pulcra; la mesita de noche, y sobre la cabecera de la cama, colgado en la pared, un crucifijo, en cuya cruz, al parecer de ébano, se veía la imagen de nuestro divino Redentor, sin duda de barro pintado, pero obra de gran mérito, debida a la mano de no vulgar artista. Varias estampas devotas de santos y santas adornaban, además, las paredes de la alcoba, y en la pared opuesta a la cabecera del lecho se veía un armario para la ropa, y al lado del armario, sobre una repisa, un San Antonio de Padua, también como el Cristo de barro cocido, y con un bonito y alegre Niño Jesús en sus brazos. Asimismo había en la casa otro cuarto bastante capaz, donde dormía Vicentica, y entre éste y la alcoba de Lola otro cuarto mucho más reducido, destinado a las abluciones.

No faltaba, por último, un comedor que se había convertido en sala de costura y de lectura, en biblioteca y en despacho, porque Lolita y Vicentica comían juntas y como buenas camaradas en la mesa de la cocina. Vicentica tenía que levantarse a cada momento para quitar y traer platos, para poner en la mesa los manjares que ella misma había guisado y que estaban en el fuego.

No se extrañe que demos tan minuciosa descripción de aquella vivienda. Casi ha pasado una hora. Van a dar las doce, y Vicentica, que sabe la exactitud y puntualidad de Lola en acudir a la hora señalada, no duda que tardará ya pocos minutos en llegar y se emplea en hacer para el almuerzo una tortilla como único plato, pero tortilla complicada y abundante, porque ha de estar empedrada o llena de menudos tropezos de jamón y ha de contener, además, exquisitos espárragos trigueros.

Llamaron a la puerta, abrió a escape Vicentica y entró Lola, de vuelta de la iglesia, con mantilla y basquiña, y con el devocionario en la mano.

- II -

Las dos mujeres tenían tan buen apetito, que, no bien se saludaron, sin hablar y por acuerdo tácito, se sentaron a la mesa y arremetieron con tal denuedo a la tortilla ya mencionada, que en pocos minutos no quedó en los platos ni huella ni el más leve indicio de que la tortilla hubiese existido. Pudiera decirse que se evaporó o se disipó como un sueño. Lola y Vicentica bebieron luego sendos tragos de un medianejo vino tinto de Valdepeñas.

Y, por último, Vicentica presentó sobre la mesa, en vez de postre, una gran sopera, donde, sin embargo, no había sopa, sino medio kilo de sabrosas y aromáticas fresas de Aranjuez, anegadas en dulce mar de cándida leche. Era la estación de las fresas, y eran las fresas, así preparadas, el postre favorito de Lola.

Ella y su acompañante, satisfecha el hambre y ambas de muy buen humor, desataron las lenguas y entablaron el siguiente diálogo:

-Alabemos a Dios -dijo Vicentica- y démosle gracias por los modestos recursos con que cuentas y que permiten que tan bien nos tratemos. La pobre rentita de tu caudalillo de Villalegre no bastaría para tanto lujo, pero tú tienes en las manos más rico caudal. Tu diestra, armada de las tijeras, produce más abundante fruto que el majuelo que tienes arrendado, único resto de los muchos bienes de tu padre. Y algo te ayudo yo, a pesar del tiempo que me roba el cuidado de la casa, ya con el dedal y la aguja, según la antigua usanza; ya cosiendo en la máquina, que no me negarás que al cabo he aprendido a manejar con notable destreza. Pero si he de decirte la verdad, yo soy para ti muy y ambiciosa, y nada de lo que hoy tenemos me satisface. Abiertos tienes tres caminos para llegar a la fortuna. Y es lo singular que bien puedes tú ir por los tres al mismo tiempo.

-¿Qué caminos tan raros son éstos? -interpuso Lolita, riendo y mostrando al reír, entre sus abiertos, frescos y colorados labios, dos brillantes hilos de perlas, que no otra cosa parecían sus sanos y menudos dientes.

-Pues voy a señalarte los tres caminos -contestó Vicentica-. Ya eres buena costurera. Lo probable, lo casi seguro, es que te acredites más, que logres tener muchas y buenas parroquianas y que te conviertas en una modista de primer orden. Este camino lo doy ya por andado. No quiero contarlo entre los tres. Es una vereda por donde al cabo adelantarías con lentitud. Y los tres caminos que yo veo son como ferrocarriles eléctricos, por donde correrías y volarías y subirías a lo más alto en un abrir y cerrar de ojos.

-Mira, Vicentica -repuso Lola-: yo no estoy descontenta de mi vida presente. No me devora la impaciencia de medrar; pero si el medro es fácil y si estos tres caminos son llanos, tonta sería yo en no seguirlos. Indícamelos, y ya verás qué pronto me voy por ellos, si no hallo inconveniente que me ataje.

-Pues el primer camino es el de los gorgoritos. No hay violín ni flauta que suene más dulce que tu voz. Cantas como una calandria, y, además, ¡con qué expresión!, ¡con qué maestría! Si salieses a las tablas en la Zarzuela o en Apolo, se hundiría a aplausos el teatro. Al ver tu palmito y tu linda cara, las mujeres se morirían de envidia y los hombres de amor.

-Tremendos estragos me anuncias: hundimientos de teatros y algo como epidemia mortal, con que mi presencia inficionaría al público. Cruel sería yo si siguiese ese primer camino. Indícame el segundo, a ver si mi conciencia, menos escrupulosa entonces, consiente que lo siga.

-El segundo camino es el de enamorar a uno de esos señorones ricos que te conocen y te admiran. Nada de ilegal, nada de incorrecto. No, señor. ¡Pues no faltaba más! ¡El cura por delante! Y yo no dudo de que en un dos por tres, si tú te empeñas en ello, te convertirías en duquesa, en marquesa o, por lo menos, en poderosa capitalista, arrastrando coches con campanillas y ruedas de goma, y tan maja y tan peripuesta como una emperatriz.

-Este segundo camino me parece mejor que el primero. Lo declaro sin hipocresía: no tengo inconveniente en seguirlo, pero ha de ser a condición de que el duque, el marqués o el banquero que de mí se enamore y me ofrezca su mano ha de enamorarme antes, y de tal suerte ha de enamorarme, que me ha de gustar y ha de rendir mi voluntad, aunque de repente

desaparezcan sus riquezas y se quede más pobre que las ratas. Bien me enseñas este segundo camino, pero no ves tú lo que yo veo a la entrada de él: tan enmarañada red de condiciones, si no imposible, dificultosas, que me enredan en sus mallas y no me dejan dar un paso. Búscame novio a mi gusto.

-Ya te buscaré y te lo señalaré, aunque temo que sea tan superferolítico tu gusto, que ningún novio te pete. En fin: allá veremos. Voy a mostrarte ahora el tercer camino. Es el más llano, recto y seguro; pero debo confesar que es también el menos ameno de todos. Este tercer camino es el que abre para ti don Ramón, tu tío. Pues ¿es acaso moco de pavo la ventura que se te viene encima, como caída del cielo, con la llegada casi imprevista de un excelente tío en Indias, que trae el riñón bien cubierto? El tío, al parecer, está robusto; pero ¿quién sabe los alifafes que tendrá? Lo que yo sé es que cuenta ya sus setenta y cinco añitos bien cumplidos y largos de talle. No se sabe que haya dejado por esas Américas ser alguno racional de su crianza y labranza. Conque a mimarle y a cuidarle, y por lo pronto lloverán los regalitos, y si un poquito más tarde Dios le llama así, lo lamentaremos y lloraremos, aunque consolándonos con que seas tú su heredera. ¿Y quién ha de serlo con más títulos y derecho que la hija legítima de su hermano? Y no de un hermano así como quiera, sino de un hermano, aunque menor que él en edad, mayor que él en saber y gobierno, al menos en mejores días, antes que se desgobernase y se echase a disparatar en esta heroica villa, donde al cabo vino a arruinarse. Pero antes de la ruina él fue quien prestó a tu tío las alas con que ha volado. Esto no lo debe olvidar tu tío.

-A lo que yo presumo -dijo entonces Lolita-, es innegable que mi tío se valió del crédito de mi padre, cuando mi padre era rico para cimentar en él su fortuna. No consta, sin embargo que mi padre le prestase dinero, ni hay de ello la menor prueba. Mi tío, por consiguiente, no nos debe nada, y si algo quiere hacer por mí, será por el cariño o por el parentesco y sin la menor obligación. Si alguna hay que la gratitud le imponga, ha de ser tan moral, tan sutil y tan invisible, que no se muestre a los ojos de la conciencia de mi tío. Estos ojos, dicho sea con prudente sigilo, se me figura que son no se si de vista corta o cansada y que no quieren ver o que ven muy poco. En lo de mirar a mi tío, no hallo que sea, el camino tan recto y seguro como tú dices. Lo hallo, sí, muy poco ameno. En suma: el tío es fastidioso, caprichoso y exigente, quiere mandarlo y disponerlo todo, y bien pudiera ocurrir que, después de someterme yo a sus caprichos y manías, me quedase tocando tabletas. ¿Quién me asegura que él no tenga en Buenos Aires personas a quienes dejar sus bienes? Pero, prescindiendo de todo esto, repugna a mi carácter, con casi invencible repugnancia, el papel que tú me aconsejas hacer. No quiero ni puedo cultivar la herencia de mi tío. Ni Dios permita nunca que, afanada yo en tal cultivo, me ponga en peligro de desear que venga la muerte con su guadaña, para segar la mies y traer la cosecha a mi granero. Créeme: lo mejor es que yo me la busque con mi caletre y con mis manos, sin que dependa mi buena suerte de que canten a nadie el gori-gori. Y en cuanto a los regalillos, no te quepa duda, mi tío es muy agarrado y no nos los hará. Él no dice nada, pero basta ver su cara y su facha para imaginar que piensa:

Como tú no te pongas
más manteleta
que la que yo te compre,
ya estarás fresca.

Muy contrariada Vicentica al ver que Lola hallaba mal los tres caminos que había trazado, y que se negaba a seguirlos, dirigió la conversación a otros puntos de menor trascendencia. Allá, en sus adentros, pensó que Lola no gustaba de dejarse guiar por sus manejos y que el único modo de que hiciese algo de lo que ella quería era no aconsejárselo, a fin de que sus resoluciones pareciesen dictadas por el propio juicio y no por inspiración extraña. Vicentica, sin embargo, no había podido resistir a la vehemente tentación de mostrarle los tres caminos que ella encontraba tan llanos. El de la costura era bueno para seguir viviendo, pero muy pobre y modestamente. Vicentica no esperaba, sino tal vez por casualidad y después de mucho tiempo, que llegase a ser Lola una modista acreditada y rica. Y, por el contrario, ya siguiendo cualquiera de los tres caminos, ya los tres al mismo tiempo, Vicentica veía que Lola se encumbraba a escape, que salía de la oscuridad, elevándose a esferas luminosas y altas, y que se convertía, como por encanto, en una señorona de fuste, conocida, admirada y envidiada por todo el mundo.

Con sentimientos, ya de compasión por la ceguera, ya de cólera por la terquedad con que Lolita se atenía a su juicio, vio Vicentica el ningún caso que aquélla hacía de sus amonestaciones, y se resignó a ser en silencio la ayudanta de una costurera pobre y modesta, a no ser que la joven se decidiese a seguir sus consejos sin confesar que los seguía, o lograse, sin buscarlas, las venturas que Vicentica le pronosticaba. Bien pudieran caer sobre Lolita, como llovidas del cielo, sin que ella diese un paso para recibirlas.

Con esta leve y vaga esperanza se consoló Vicentica del mal éxito de sus peroraciones.

- III -

Lola quería tan entrañablemente a su acompañanta, aya, criada o lo que fuese, que jamás se negaba a escuchar con atención sus advertencias y las reglas de conducta que le dictaba, no oponiéndose a ellas, sino considerándolas discretísimas aunque reservando entero su libre albedrío. El carácter de Lolita, la vida que había vivido hasta entonces, su mente soñadora y la educación recibida, hacían de ella el ser menos calculador y positivista de cuantos pueden imaginarse. De aquí que, hasta cierto punto, fuesen convenientes y útiles para Lolita los consejos de su acompañanta, porque refrenaban los vuelos de la arrebatada fantasía y retraían el espíritu a la Tierra, desde las encumbradas regiones imaginarias adonde solía remontarse.

No eran pecaminosos los razonamientos de Vicentica, pero estaban dictados por el más ruin sentir y el más ruin pensar que caben y pueden ajustarse

dentro de la ley moral sin quebrantarla. En cambio, Lolita tenía otro consejero, no cerca, sino apartado, pero cuyos consejos pesaban con autoridad y fuerza en su ánimo. Lola los guardaba por escrito en una extensa carta, que leía y releía a menudo. Los consejos de la carta eran elevadísimos, pero poco prácticos. Seguirlos con fidelidad y por completo hubiera sido rayar en la perfección. Y Lola no se consideraba capaz de tanto.

Atraída, pues, en opuestas direcciones, por lo que le decía la carta y por lo que le decía Vicentica, Lola se colocaba en un medio, que no me atreveré yo a calificar de justo, aunque no era injusto tampoco. La carta a que nos referimos estaba escrita por el señor don Ramón Jurado, cura párroco de Villalegre, en cuya casa se había criado y había vivido Lola hasta la edad de dieciséis años.

Muy viejo, pero sano y robusto, vivía aún en el lugar el señor cura, donde pasaba, y no sin razón, por un modelo de virtud y por un pozo de ciencia. El señor cura había recogido en su casa a Lolita cuando apenas contaba dos años y había quedado huérfana de su madre. Había sido ésta una pobre y linda muchacha, prima del señor cura. Nacida de una falta que expió su madre con dura penitencia y al fin con la muerte, en soledad y abandono, Lolita halló en casa de su tío dulce amparo y santo refugio.

Harto sospechaban o sabían todos en el lugar quién era el padre de Lolita, pero ni él pensó en ella ni la reconoció hasta muy tarde.

Después de pasado mucho tiempo, don Pedro Gutiérrez, que así se llamaba el padre, vino al lugar a ver las fincas que todavía le quedaban y que trataba de vender. Don Pedro era aún bastante rico, pero las viñas y los olivares producen poco arrendados y están expuestos a que los arrendadores hagan con ellos algo parecido a lo que hizo con la gallina de los huevos de oro el hombre que la poseía.

Cuidar desde Madrid aquel caudal, sin venir nunca a verlo, le había probado muy mal a don Pedro. Varias veces había cambiado de administrador, y siempre le parecía peor y quedaba más descontento del último. El mismo don Pedro había sido administrador antes de ser propietario, y, juzgando de los otros por lo que de sí mismo sabía, su desconfianza en los administradores no podía ser mayor.

A pesar de todo, don Pedro había vivido en Madrid tan distraído en negocios de grandísima importancia y tan entregado a toda clase de devaneos, que había dejado pasar los años sin cuidarse de su caudal de Villalegre, del abandono en que lo tenía y de lo poco que le producía. Acaso los recuerdos de la madre de Lola, de cuya muerte y de cuyas desventuras había sido ocasión, si no la causa, le tenían como huido de Villalegre, que era el lugar de su nacimiento, y le inspiraba repugnancia y hasta miedo de volver por allí.

El señor cura no había pensado jamás en vengar a su prima, aun suponiendo que fuese merecida la venganza y que su prima no se perdió porque quiso. Pero el señor cura, muy digno y honrado, jamás pidió auxilio a don Pedro para sostener a la huérfana, ni le excitó tampoco a que la reconociese por hija suya.

Impulsado don Pedro, en algunas ocasiones, por su poco escrupulosa conciencia, había insinuado que enviaría una pequeña pensión para el sostenimiento de la huérfana, aunque sin confesar que fuese su hija. El

señor cura, con mansedumbre, a par que con entereza, había rechazado aquellas vergonzantes ofertas, asegurando que él se bastaba y no necesitaba de nadie para el mantenimiento y la educación de su sobrina.

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo